HUELLAS DE PLOMO

María Villamayor

2ª PARTE DE *LAS DOCE LLAVES*



En esta segunda parte de *Las doce llaves*, Sara y Alejandra Ferrer se verán obligadas a indagar, mediante una serie de señales e incógnitas, en los episodios más oscuros del siglo XV, revelando hechos ocultos de personajes destacados de la historia.

Los síndicos del Tribunal de las Aguas jugarán un papel importante en este descifre de *Huellas de Plomo*, herencia de nuestros antepasados los edetanos.

Sirviéndose de la ciudad de València como escenario, su autora nos introduce en una trama trepidante, rápida, escalofriante, a veces hasta angustiosa, atrapando al lector desde el principio y dejándolo sin aliento.

¿A qué se enfrentan realmente? ¿Qué armas utilizarán para vencer al poder sobrehumano? ¿Qué línea separa la cordura de la locura, la luz de la oscuridad, el Bien del Mal?



María Villamayor

Huellas de plomo

ePub r1.1
Titivillus 09.05.2023

Título original: *Huellas de plomo*
María Villamayor, 2020

Editor digital: Titivillus
Revisado por lectura y corrección de erratas: lvs008
ePub base r2.1



Dedicado a mis nietos, Álvaro, César y Pablo.
Espero que lo lean cuando crezcan.

Hay momentos en que los problemas entran en nuestras vidas y no podemos hacer nada para evitarlos. Pero están ahí por una razón. Solo cuando los hemos superado, entendemos por qué estaban allí.

PAULHO COELHO DE SOUZA



Prólogo

Ese 30 de mayo, Valencia reverdecía perfumada de flores. Había descendido el bochornoso calor de las últimas horas, dejando una suave brisa primaveral que se agradecía a esa hora de la tarde. En el ático de Sara de la calle Quart, había empezado el ajetreo desde primera hora de la mañana. Las hermanas Ferrer junto con su Tía Rosa iban y venían ultimando detalles para la ceremonia, ya que habían acordado salir las tres juntas desde allí, camino de la iglesia.

La floristería les había entregado dos *bouquets* de novia; uno con flores de azahar para Alejandra, el otro, cómo no, de margaritas blancas para Rosa en honor al primer encuentro, en el Mercado Central, con Miguel Roselló.

Rosa había cerrado su modesto piso en la avenida del Puerto, y guardado en un rincón de su corazón todos los buenos recuerdos vividos allí para instalarse en el piso de Miguel, frente a la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Lo habían amueblado y decorado al gusto de los dos, de manera que, horas previas a la boda, se encontraban en él Miguel y Lluís en compañía de Pepe, con este en el papel de padrino y preparados para el acontecimiento.

Sara lucía un elegante traje largo, de encaje azul, que realzaba su esbelta silueta, con tacones de vértigo y una coleta lateral que le daba un aspecto jovial. Orgullosa de ser la madrina, ayudó a su hermana a enfundarse un precioso vestido de novia en color natural, con el cuerpo de encaje escotado en la espalda y una maxi falda de tul encolada por detrás.

La emoción al ver a su hermana se delató en su rostro. Parecía un ángel.

Rosa no pudo contener la emoción añorando la falta de sus padres. Lo que hubiera dado porque su hermana Carmen y su cuñado Jorge hubieran estado presentes en ese día tan especial. Su ausencia había sido difícil de sustituir, a pesar de su empeño por cubrirla en todos los aspectos. Si lo había hecho mejor o peor, no lo sabía; pero sí sabía que les había dado todo su amor, que se había preocupado por darles una buena educación y enseñarles los valores importantes de la vida. Aunque en el ADN fueran sus sobrinas, para ella, siempre serían sus pequeñas, sus únicas y verdaderas hijas. Con lágrimas de nostalgia, pero también de felicidad, se enfundó un traje entallado de color marfil, combinado con pedrería, que le sentaba como un guante gracias a un régimen que le había permitido recuperar el peso que tenía olvidado hacía algunos años. La transformación fue increíble, cuando se miró en el espejo no se reconoció.

A las seis y media en punto, novias y madrina bajaron a la calle a la espera de que las recogieran. Desconocían, no solo quién iba a ser el chófer, sino también en qué coche las iban a llevar a la iglesia. Para ello se había encargado la parte masculina del grupo; querían que fuese una sorpresa, y así había sido, ya que no habían conseguido arrancarle a ninguno de los tres una mísera pista. Rosa temía que Miguel y Lluís no se hubieran puesto de acuerdo, porque solían discrepar en cuanto a gustos se refería.

Al salir del ascensor, el eco de unos cascos al trotar en el asfalto hizo que se apresuraran por salir a la calle.

—¡Caballos! —gritaron a la vez.

Se quedaron boquiabiertas ante aquella impresionante calesa, de cuatro plazas y adornada con flores, que les esperaba con cochero y lacayo incluido.

El sonido de un claxon les hizo salir del aturdimiento. Sara miró hacia atrás y pudo ver la hilera de coches retenidos y sin poder avanzar, debido al estrechamiento de la calzada.

—¡Señoras! —les invitó el lacayo ofreciéndoles la mano para subir.

Rosa fue la primera en acomodarse en los asientos de piel. Alejandra, ayudada por el joven, lo hizo después mientras Sara le acoplaba los metros y metros de tul dentro del carruaje.

El par de corceles negros inició el paso, ondeando sus crines al viento, provocando un suave traqueteo. Al bordear las Torres de Quart ya se habían acostumbrado al sonsonete musical del trote que las acompañó durante todo el trayecto.

Por fin había llegado ese día tan esperado para Rosa. Ese momento crucial

que se había entrometido en sus sueños, convirtiéndose al despertar en crueles pesadillas. Esa falsa realidad que se había postergado durante veintitrés largos años. Toda una eternidad. La paciencia, como importante virtud en la vida, le había devuelto la esperanza de creer en lo imposible, en lo que ya daba por perdido; su unión con Miguel Roselló. Curada ya de su antaña y dura decisión de escoger entre el corazón y la razón, y con la recompensa a su buen hacer, a su sensato juicio de criar a sus sobrinas a cambio de sus sacrificados sentimientos, descontaba los minutos de esa unión con la mirada brillante por la emoción, el corazón palpitante y las manos temblorosas. El tiempo ponía cada cosa en su lugar y a cada uno en su sitio, aunque, a veces, la espera fuera larga.

Sara le sonrió.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —le dijo con una sonrisa.

—Lo sé —le respondió ella.

Alejandra cerró los ojos por unos instantes. Estaba embriagada de una sensación tan placentera que no podía explicar; se había asentado en todos los poros de su piel, adueñándose de su voluntad. No podía creerse que Lluís, el ángel de su vida, su amigo, su amante, su vecino hasta ese día, fuera a convertirse en su marido, en su pareja en toda regla. Cuántas aventuras habían compartido y siempre había tenido su apoyo incondicional, a pesar de los malos momentos. Apenas había dormido esa noche pensando en el paso tan importante que estaba a punto de realizar, en el cambio que iban a experimentar sus días venideros. Las dudas le habían acosado en algunos instantes, ¿sería normal? —se preguntaba con recelo—. Sin embargo, estaba convencida de que lo amaba a rabiar y quería compartir el resto de su vida con él.

Una sonrisa brotó de sus labios cuando el coche entró en la plaza de San Vicente Ferrer y dobló a la derecha, adentrándose en la calle Trinquete de Caballeros. El cochero tiró de las riendas, frenando a los caballos en la misma puerta de la Iglesia de San Juan del Hospital.

Instantes antes, los invitados más allegados que se habían dispersado por el patio, con saludos y felicitaciones, habían entrado ya en la nave central y tomado asiento en los primeros bancos de madera, junto con los novios, Miguel Roselló y Lluís Esteve, que nerviosos y de pie esperaban pacientemente en el altar.

Lluís se retocó la flor del ojal y consultó el reloj.

—¿No crees que están tardando mucho? —preguntó.

—Lluís, querido amigo —atajó Miguel, con la templanza de la madurez—, las mujeres tienen el privilegio de poder llegar tarde, y más si es el día de su

boda.

El patio, que minutos antes había acogido el eco de las conversaciones de los convidados, ahora se había quedado tan silencioso, que Pepe podía escuchar con total nitidez los acelerados latidos de su corazón. Tragó saliva y se aflojó el nudo de la corbata que le ahogaba y le impedía respirar con naturalidad. Su aspecto era irreconocible; quién lo hubiera dicho tan solo unos pocos meses atrás cuando deambulaba bajo de las Torres de Quart. Parecía tan lejano a pesar de ser tan próximo. ¡Qué pronto nos acostumbramos a lo bueno y nos olvidamos de lo malo! —se decía más de una vez.

El sonido inconfundible del casco de los caballos sobre el pavimento retumbó dentro del patio. Pepe, al escucharlos, salió a la entrada a toda prisa.

Se quedó maravillado ante la belleza de esas tres impresionantes mujeres a las que había aprendido a querer.

Sara fue la primera en descender ante la atenta mano del lacayo.

—¡Ya están todos dentro! —dijo Pepe de sopetón, colocándose a su lado.

—¡Estás guapísimo! —le alabó Sara, mirándole de arriba a abajo.

Las novias descendieron y se alinearon mientras Sara arreglaba los vestidos y se preocupaba de que la cola de tul de su hermana luciera como se merecía.

—¡Estáis preciosas! —farfulló Pepe, agitado.

—Gracias, tú pareces un pincel —añadió Rosa.

A esa hora de la tarde la intensidad del sol había menguado, aun así, les escoltó hasta el mismo umbral de la iglesia donde se perdieron en la penumbra.

Alejandra se aproximó a Pepe y le agarró del brazo. Notó como temblaba.

—¿Nervioso? —le preguntó.

—¡Más que si fuera el novio!

Ella le ajustó la corbata, sonriente.

—¿Demasiado prieta, te molesta?

—Un poco, es la falta de costumbre.

—¿Podrás aguantarla un rato? —le rogó mientras le pasaba la mano con suavidad por la solapa de la chaqueta.

Él asintió demostrando su complicidad.

Rosa fue la primera en aparecer a los pies de la iglesia, del brazo de su sobrina. Ante ella se extendía un largo pasillo adornado con centros de flor. El corazón le dio un vuelco al ver la figura de Miguel. Respiró hondo, le faltaba el aire, en su inspiración se sació con el perfume de las flores cercanas. Sara observó su excitación, era imposible no apreciarla. Con dulces palabras le

tranquilizó antes de iniciar el paso. Miguel, que aparentemente parecía sosegado, se derrumbó al ver cómo se aproximaba con elegancia y naturalidad.

Fue Lluís quien sonrió al apreciar su emoción bajo esa calmada fachada.

Los asistentes, atrapados por la magia de la novia, admiraron la caballerosidad de Miguel al descender el par de escalones del altar para entregarle su mano y subirlos juntos.

Embelesado, ante ella, tan solo acertó a decir:

—Estás preciosa. Parece un sueño —balbuceó.

—Es real Miguel, es real —le susurró Rosa sonriente.

Alejandra y Pepe, con los latidos de sus corazones al mismo compás, iniciaron sus pasos por el pasillo central, fusionados en el crepitar del vestido que serpenteaba por el suelo dejando una estela blanca.

Lluís la miró anonadado. Era imposible estar más bella. Esa imagen permanecería grabada en su retina para siempre.

La homilía resultó emotiva, sobre todo a la entrega de las alianzas. Al finalizar, las dos parejas sellaron su unión con un beso.

La salida se llenó de arroz, pétalos de flores y felicitaciones. Los ocho síndicos del Tribunal de las Aguas se aproximaron hasta ellos para darles la enhorabuena. Fue el presidente, Humberto Fernández, el primero en acercarse a los novios.

—¡Que seáis muy felices y regresad pronto, tenemos mucho trabajo por delante!

—Humberto, no seas así —le reprochó otro de los síndicos—. Déjalos que disfruten de su luna de miel.

—Era broma. Pasadlo muy bien —se justificó el presidente.

—Gracias por venir —les agradeció Miguel, estrechándoles la mano.

—Hasta dentro de quince días yo estoy fuera de cobertura —agregó Alejandra, provocando las risas en todo el grupo.

El inspector Moreno que se encontraba al lado de Sara también se aproximó.

—Que seáis muy felices —añadió, besando a las novias.

—Inspector —le dijo Alejandra con ironía— cuida de mi hermana Sara mientras nosotros estamos fuera.

—Lo haré.

Las dos parejas de recién casados desaparecieron en el carruaje de caballos hacia la masía donde se celebraba la cena.

El evento se desarrolló con un variado surtido de cocina de autor: canapés,

cócteles y champán, música, baile y barra libre.

Era ya bien entrada la madrugada cuando la fiesta se disolvió y llegaron las despedidas.

Sin duda había sido un día inolvidable.



Capítulo 1

Habían transcurrido casi tres años desde el día de los enlaces matrimoniales de Rosa Soler con Miguel Roselló y Alejandra Ferrer con Lluís Esteve, y unos pocos meses más del descubrimiento del valioso hallazgo, de incalculable valor, encontrado en los Jardines de Viveros sobre el tesoro mejor guardado de toda la historia de la ciudad de Valencia. La noticia se propagó por todos los medios de comunicación. Con la rapidez que daban las tecnologías informáticas, llegó a todo ciudadano y ciudadana sin importar la edad, despertando la curiosidad para unos y fortaleciendo la existencia del desaparecido Palacio del Real, para otros.

Semejante revelación había abierto las puertas a varias fuentes de ingresos, tanto para el Ayuntamiento, Generalitat y Diputación, como para los organismos oficiales que supieron negociar, astutamente, parte de las riquezas históricas encontradas, cediendo temporalmente algunas de ellas a importantes museos de diversas ciudades, y dando un giro radical a los primitivos y paralizados proyectos bajo la Montañeta del General Elio.

Ahora, casi tres años después, con el incremento de los suculentos e inesperados beneficios, habían sufragado los gastos del equipo del Servicio de Investigación Arqueológica, que se había encargado hasta la fecha, tras un arduo trabajo llevado a contrarreloj, de restaurar, conservar, rehabilitar y clasificar tan solo la cuarta parte de los tesoros encontrados.

Ese primer domingo de septiembre, fecha esperada por muchos, había amanecido despejado de nubes tras varios días de tormentas de verano. La puerta principal de Viveros y alrededores acogía a cientos de personas con la mirada

atónita, que querían ser testigos de la inauguración del Museo del Palacio del Real.

Decenas de periodistas se apelotonaban con sus móviles y cámaras en mano, inmortalizando un acto tan señalado, entrevistando a las más altas autoridades que, congregados a las puertas del museo, esperaban el inicio del evento. Una visita que arrancaba sus pasos junto a la fuente de la Dama de Elche, lugar del descubrimiento gracias a un desconocido acceso subterráneo, donde habían aprovechado dichos pasadizos, habilitándolos para las visitas, que desembocaban en varias grandes salas donde tan solo una reducida parte de los hallazgos encontrados estaban etiquetados y expuestos en pulcras vitrinas.

Pero lo más atractivo del recorrido era que cada visitante reviviría la historia del palacio antes de su demolición, más de 200 años atrás, en una reconstrucción virtual con gafas y auriculares, en las que se mostraban con todo lujo de detalles sus dependencias, desde los aposentos de la torre del rey y de la reina, la decoración de la capilla con tapices, pinturas y objetos litúrgicos, hasta las cocinas y las caballerizas, tal y como se detallaban en los ocho planos encontrados de forma casual por el investigador Josep Vicent Boira en el Archivo Nacional de Paris, pertenecientes al fondo del General Suchet, y que debió de confiscar al final de la guerra, llevándoselos a Francia.

Una reconstrucción casi perfecta recreada, además, por las explicaciones audiovisuales y diapositivas en varios puntos del recinto.

Era un día memorable para la ciudad. Nada más cortaron la cinta de inauguración, una mascletá estalló en el cielo, dirigida por uno de los maestros pirotécnicos valencianos, anunciando el inicio del evento. Al finalizar, uno de los grupos se preparó para sumergirse en las entrañas de ese resucitado palacio. Entre la gente se encontraban Sara y Alejandra Ferrer junto a Lluís, Rosa y Miguel, piezas fundamentales, entre otros, de la localización de los hallazgos.

Andreu Subies había dejado atrás su apelativo de Pepe, retomando su verdadera identidad, y también su pasado de indigente donde los pilares de las Torres de Quart habían sido su cobijo, y uno de los bancos cercanos su camastro para dormitar. Muchos habían sido los cambios para encauzar el rumbo de su vida a lo largo de ese espacio de tiempo.

Debido a su intervención en el descubrimiento y a sus amplios conocimientos históricos del Palacio del Real, le habían ofrecido el puesto de guía. De manera que, impecablemente vestido y con los ojos brillando por la

emoción, encabezaba y dirigía uno de los grupos con su acreditación colgando del cuello.

Las enhorabuenas le llovían ese día.

Las hermanas Ferrer se colocaron a su lado, dispuestas a iniciar la visita. Fue Lluís quien se aproximó a él y le susurró:

—Lo vas a hacer muy bien. ¡Ya lo verás!

—¿Tú crees? —contestó él incrédulo.

—Estoy convencido de ello.

Andreu Subies fue entregando a cada uno de los visitantes las gafas y los auriculares, advirtiendo que se sujetaran bien de los pasamanos para descender por los escalones mientras se remontaba a los orígenes del lugar.

—La historia del palacio ha pasado por varios procesos de construcción. Las primeras referencias que se tienen de él son del siglo XI, en la época musulmana, que se construye como almunia o finca de recreo por el rey Abd al Aziz…

Las caras de sorpresa se reflejaban en muchos rostros del grupo. Rosa no pudo evitar sentir un ligero escalofrío al ver de nuevo las antorchas y recorrer esos túneles; aún podía percibir la angustia de aquellas horas, la incertidumbre de si saldrían con vida de allí. Miguel le apretó la mano como si estuviera compartiendo sus mismos pensamientos.

Andreu continuaba con su explicación ante la silenciosa atención de la gente.

—Después se convirtió en el palacio de los Reyes de Aragón y Valencia. Al estar fuera de la muralla disponía de huertos y jardines donde se celebraban torneos…

Alejandra sonrió al ver cómo Andreu se había metido a todos en el bolsillo. Por unos instantes revivió algunos de los episodios de ese lugar, tiempo atrás. Un repentino calor le hizo quitarse el pañuelo de seda que llevaba anudado al cuello, protegiendo su garganta inflamada. Luego se acercó a su hermana y le susurró:

—¡Vaya cambio! Nada que ver con los pasadizos que nos encontramos nosotros, ¿verdad?

—No, en absoluto —Sara sonrió—. Aquí por lo menos tenemos entrada y salida.

Varios guardias de seguridad uniformados custodiaban el museo. Entre ellos, una joven de piel morena, bastante agraciada y con una abundante mata de pelo recogida en una coleta, se encontraba al principio de la sala por donde iban a entrar. Sara, con discreción, centró toda su atención en ella. Su mirada se detuvo

para leer el nombre de su credencial: Rebeca. Confirmó entonces sus sospechas. Andreu, bastante ilusionado, le había mencionado, en varias ocasiones, su atracción física por esa chica, aunque todavía no se había atrevido a pedirle una cita.

Al pasar por su lado le dio un codazo a su hermana.

—Es ella —le susurró afirmativamente.

Alejandra verificó que estaban en lo cierto al comprobar las mutuas sonrisas de complicidad entre ellos.

Miguel Roselló y Rosa, atentos a la explicación, caminaban en silencio. Él observó las señales indicativas de la salida de emergencia, bien iluminadas, y no pudo evitar respirar con desahogo al recordar las horas de angustia, atrapados allí.

Andreu seguía desgranando la historia del palacio.

—Para acabar siendo Capitanía General hasta el año 1810, en el que fue demolido hasta los cimientos por las tropas españolas como estrategia militar en la Guerra de la Independencia. La versión oficial es que fue para evitar que lo utilizaran como baluarte y poder bombardear la ciudad; pero también se barajan otras hipótesis como muchos hechos acontecidos de la historia que permanecen con incógnitas flotando en el aire.

—¿Cuáles pudieron ser los otros motivos? —preguntó una joven del grupo, extremadamente delgada.

—Valencia —contestó Andreu amablemente— atravesaba una crisis por la guerra, y la demolición del palacio les permitió conseguir importantes beneficios económicos vendiendo el hierro, la madera y otros materiales, así como valiosos bienes extraídos del palacio. Además, cuando llegaron las tropas francesas a las murallas de la ciudad los muros del palacio aún estaban en pie…

Una serie de murmullos brotó de la boca de algunos.

Andreu se detuvo; tras contestar varias preguntas más continuó con su exposición, confiado de saberse la lección.

—En septiembre de 1986, en la calle del General Elio, por motivo de unas excavaciones en las redes de colectores, salieron a la luz los muros del palacio. Dos años después fueron tapados tras valorar qué hacían con los restos arqueológicos encontrados, y se abrió de nuevo el tráfico. Con el paso del tiempo, quedó en el olvido parte de nuestro Patrimonio Cultural.

Los cuchicheos de los asistentes resonaron de nuevo.

—Ahora veremos dónde se encuentran parte de los hallazgos encontrados —

prosiguió Andreu.

—Tengo entendido que usted era uno de los que componían la expedición que descubrió todo esto —preguntó la misma joven de antes.

—En efecto —contestó Andreu, orgulloso.

—¿Realmente era eso lo que iban buscando? —insistió de nuevo.

Sara y Alejandra clavaron sus ojos en ella, inspeccionándola de arriba a abajo. A través de su ropa se podía adivinar su escasa masa muscular, debida a su precario peso. Tenía cara de pocos amigos, con los ojos saltones, la mandíbula marcada, la piel cetrina, el pelo muy corto y con aspecto masculino.

—No sabíamos muy bien lo que nos íbamos a encontrar —Andreu se quedó en silencio durante unos instantes, rememorando aquel día, aquellas interminables horas—, pero a la vista está que superó todas nuestras expectativas. El tesoro mejor guardado de toda la historia de nuestra ciudad, y tan bien conservado.

—Sí, sí, todo eso está muy bien y ha dado pie para organizar este museo y todo eso, pero lo que ha quedado en enigma o entredicho es quién o quiénes se preocuparon de guardar todos esos objetos tan valiosos a lo largo de la historia. ¿Qué propósito tenían? Porque no me dirá usted que todo esto estaba en el palacio, ya que, corríjame si me equivoco, han encontrado objetos anteriores y posteriores a la fecha del derrumbe —su tono rozó la ironía—. ¿Usted nos puede facilitar algo más de información que no se haya revelado hasta la fecha?

Lluís apretó la mandíbula. «¿Quién era esa mujer?» —se preguntó en silencio.

—Me temo que todo está dicho —replicó Andreu— y explicado a quien corresponde. De todas formas, como imagino que sabrá, todavía están estudiando e investigando los hallazgos encontrados, y tan solo han seleccionado una pequeña parte de todos ellos, que veremos a continuación, lo cual quiere decir que es muy posible que muchas de las incógnitas que usted quiere saber estén ahí en espera de ser descubiertas —concluyó Andreu, harto de esa retahíla de preguntas. Sospechaba que esa insoportable mujer incluida en el grupo no era una visitante más; posiblemente una impertinente periodista—. Será mejor que continuemos con la visita; como verá, la gente se está impacientando; además, debemos seguir un horario.

—Estoy convencida de que a más de uno de los presentes le interesan mis preguntas —atajó la joven con cierta prepotencia.

Ella echó un vistazo a su alrededor y comprobó que nadie se sumaba al

interrogatorio. Estaba claro que ese no era su día. No había conseguido sacar nada de información que no supiese hasta el momento, pero no cabía duda de que había mucho donde rascar; mucho más de lo que se había contado, y ella se había hecho el firme propósito de averiguarlo, sí o sí; por algo le llamaban la Arpía en la oficina.

Continuaron la visita sin ninguna intromisión más por su parte.

La gente disfrutó con la exposición, y una vez concluido el recorrido se dirigieron hacia la salida retomando los túneles de acceso. Un pañuelo de seda cayó, por descuido, en el suelo de uno de los pasillos. Unos instantes después una sombra difuminada entre la penumbra de las antorchas lo recogió, lo apretó entre su mano, lo aproximó a la cara y aspiró su aroma. Seguidamente se lo guardó.

Cuando todos salieron a la calle, la luz les hizo entornar los ojos. Una brisa hizo que Alejandra reclamara el pañuelo que se había quitado tiempo atrás.

—¡No me lo puedo creer! —renegó, rebuscando entre el bolso.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su Tía Rosa.

—He perdido el pañuelo que me regalaste para mi cumpleaños —protestó con cara de fastidio.

—¿El de seda de las mariposas? —preguntó Sara.

—Me temo que sí.

—Pero si lo llevabas puesto.

—Sí, tía, pero me lo he quitado al poco de entrar. Luego le preguntaré a Andreu por si alguien lo ha encontrado y ha tenido la delicadeza de entregarlo.

—Qué le vamos a hacer, hija —intervino de nuevo su tía, consolándola.

Andreu se acercó a ellos después de recibir numerosos elogios.

Lluís le puso la mano en el hombro.

—Has estado genial; y las instalaciones ¡cómo han cambiado!

—¡Qué me decís de la curiosona *tipa* de la visita y sus preguntas! —manifestó Sara.

—Cómo quería estirarte de la lengua —ratificó Miguel—. Has salido por la tangente con mucha diplomacia. Te felicito.

—Tenía todo el aspecto de ser una periodista —dedujo Alejandra.

—Tú eres periodista y no tienes ese aspecto, gracias a Dios —bromeó Lluís.

Alejandra le dio un cachete en el brazo.

—Sí, pero sabéis igual que yo —declaró Andreu— que hay una especie de aura de dudas, de preguntas sin respuesta que envuelve a un buen número de

moscones entrometidos.

—Tienes razón —asintió Sara—, cada vez la nube de sospechas se multiplica. No sé muy bien cómo va a terminar todo esto.

—Por cierto, Andreu ¿cómo está tu madre? — le preguntó Rosa, preocupada.

—Está muy mal. El médico todavía no se explica la fortaleza que está demostrando tras esa apariencia tan frágil. Además, en estos últimos meses ha menguado tanto que está irreconocible.

—Pobre mujer, toda la vida enferma — murmuró Rosa.



Capítulo 2

A esa hora de la madrugada las yermas calles descansaban del trasiego de vehículos y viandantes. La calma se había adueñado del casco histórico de la ciudad, donde monumentos y edificios se habían convertido en una urbe de sombras. Las temperaturas, más bajas de lo habitual, habían registrado récords poco usuales en la zona de Levante, y la humedad, propagada como una plaga, había impregnado todo a su paso hasta empapar los adoquines de las calles.

En el tercer piso de uno de los inmuebles de la calle Quart, muy próximo a las torres, las luces estaban apagadas desde hacía varias horas. El relente de la noche había mojado la terraza y empañado los cristales de las ventanas. En su interior, sobre el mueble del salón, había un CD de música romántica; encima de la mesa dos copas de vino vacías y los restos de la cena por recoger. Arriba de la cómoda, un jarrón de cristal con un ramo de olorosas y coloridas flores que contenía una pequeña tarjeta en la que ponía: «Feliz primer aniversario, Sara. “Te quiero”». En el suelo, cerca del sofá, se encontraban unos zapatos de tacón enredados en un vestido, seguidos de una camisa blanca y un cinturón masculino; estas prendas tan solo eran el comienzo de una senda de ropa que finalizaba en las puertas de la habitación de matrimonio donde la pareja dormía plácidamente.

El sonido de un móvil rasgó el silencio concentrado en la casa, despertando a sus dueños. Jesús se levantó y rebuscó, guiándose por el sentido del oído.

—Dime, Roque —dijo al descolgar, aún somnoliento—. ¿Cómo? ¿Dónde ha sido? Sí, sí, voy para allá.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara, todavía adormilada al verlo de nuevo en la habitación.

—Me tengo que ir, sigue durmiendo. Han encontrado un hombre ahorcado en los jardines de la Biblioteca Pública.

—Eso está muy cerca de aquí —murmuró ella sobresaltada.

Jesús asintió, la besó en los labios y le susurró al oído:

—Esta noche hay que repetirla.

Ella sonrió.

Sara se quedó sola intentando conciliar el sueño; todavía era muy temprano para poner los pies en el suelo, aunque por mucho empeño que puso fue una tarea imposible, ya que semejante noticia le había espabilado. Durante unos instantes recordó las horas pasadas con Jesús. Cada vez estaba más convencida de que había tomado la decisión correcta al decidir vivir con él; aunque al principio era una mar de dudas y el temor a equivocarse le asomaba por el resquicio de su mente, perturbándole la razón. Sin embargo, Jesús le había demostrado en numerosas ocasiones, que no solo la quería, sino que también la valoraba y la respetaba. Además, era cariñoso, trabajador, responsable, le hacía reír, se podía hablar con él de cualquier tema y congeniaban a la perfección en la cama. ¡Vaya si congeniaban! ¿Qué más podía pedir?

La fuerza del destino era impredecible. Quién le iba a decir que aquel niño con el que jugaba de pequeña se iba a convertir en el hombre de su vida.

Dio un par de vueltas más en la cama e hizo un repaso mental del día que le esperaba. Pensó si tenía el kimono limpio, y respiró tranquila al recordar que sí.

Combinar sus clases de yoga con el aikido había sido una acertada decisión. Durante muchos años llevaba practicando yoga, y había experimentado una notable mejoría de calidad de vida; no solo a nivel físico, con un cuerpo firme y flexible, sino también mental; pero la búsqueda de las doce llaves supuso en ella y en su hermana un cambio de actitud. Un antes y un después en sus vidas. De repente pasaron de tener dos vidas corrientes, con trabajos normales y sin grandes sorpresas, a aventuras sin límite, algunas de ellas inimaginables por muchos años que vivieran. Esas críticas situaciones las habían puesto a prueba, dejándoles una tatuada huella donde la necesidad de fusionarse con el peligro se había convertido en una tentadora droga. ¡Querían algo más! ¡Necesitaban algo más! De manera que Alejandra había optado por la escalada y estaba empezando a practicar *full contact*, mientras que ella se había decantado por el aikido, ya que su filosofía se acercaba más a su mundo espiritual. No era un deporte de

competición y eso le gustaba, no necesitaba demostrar nada a nadie, estaba satisfecha consigo misma; sin embargo, poder neutralizar al contrario en situaciones de conflicto le pareció atrayente, sobre todo después de haber pasado por enfrentamientos y persecuciones. Aunque donde de verdad conseguía descargar la adrenalina era con el parapente. Siempre le había atraído la altura, la sensación de volar; de sentirse libre a cientos de metros de altitud. Cuando Jesús se lo propuso, a modo de apuesta, esperando una negativa por parte de ella, le pareció una locura. Algo impensable. Un disparate que maduró y que terminó por ejecutar acompañada de un monitor especializado. Jamás había experimentado nada similar. Fue una sensación única, espectacular, maravillosa, que quiso repetir una y otra vez. Así inició sus primeros pasos hacía casi un año, y ahora se evadía siempre que podía por las alturas disfrutando de paisajes a vista de pájaro, antes inimaginables para ella.

Sara decidió quedarse un rato más en la cama hasta que se levantó, recogió la ropa desperdigada por el suelo, llevó las copas y el resto de platos a la cocina y ordenó el salón. Poco después sonó el despertador, dando comienzo a un nuevo día.



Cuando Jesús llegó al lugar de los hechos, la policía ya había acordonado el perímetro y las sirenas azules de los coches patrulla contrastaban con los primeros claros del alba. El subinspector Roque se acercó a él, nada más verle.

—¡Vaya cara que traes!, al parecer, se dio bien el aniversario.

—Sí, me acosté tarde —contestó el inspector Valdés con una media sonrisa —. Centrémonos en el trabajo. ¿Ya están los de criminalística?

—Sí, han empezado las diligencias los de la judicial y la científica.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Un vecino de la zona que estaba paseando al perro. Fue él quien dio el aviso a la policía.

—¡De madrugada! —exclamó Valdés.

—Sí, según nos ha contado suele bajar al chucho siempre a la misma hora. Trabaja en una fábrica de repostería, en el turno de noche; y cuando llega a casa, antes de acostarse para descansar, tiene la costumbre de sacar al animal para que haga sus necesidades.

—¿Hay signos de violencia? —siguió indagando el inspector.

—Aparentemente no.

Los dos anduvieron por la acera de Guillem de Castro, paralelos al Jardín Arqueológico, hasta llegar a los vestigios de la desaparecida Facultad de Medicina. Se detuvieron debajo de los tres arcos que la componían y que daban acceso al parque; desde esa perspectiva la escena resultaba impactante. Al fondo, detrás de la imagen sedente de piedra de Esculapio, dios de la medicina, había dos enormes marcos de mampostería; en el travesaño del lado derecho y suspendido en el aire, se encontraba el cadáver de un hombre que, tieso e inmóvil, aparecía completamente desnudo. El inspector Valdés avanzó unos metros hasta colocarse debajo del cuerpo, levantó la vista y observó su rostro deformado con la lengua fuera. No parecía tener más de cuarenta años y en buena forma física. Después rebuscó por el suelo y le preguntó al forense.

—¿Qué opinas?

—Tiene los indicios de una muerte limpia por asfixia, ¿ves estas marcas de semen? —dijo, señalando el suelo—, hubo una erección por la presión de la cuerda en el cerebelo.

—¿Qué altura hay hasta el suelo? —preguntó el inspector a uno de los peritos— ¿tres metros quizá?

—Algo más —le contestó.

—¿Y se puede saber cómo demonios se ha subido hasta ahí? —preguntó intrigado, no viendo ningún objeto cercano que le hubiera ayudado.

El perito se encogió de hombros.

—¿Se sabe algo de la ropa y de sus objetos personales? —siguió sondeando el inspector.

—Curiosamente están todos ahí —dijo el perito, señalándolos con el dedo—, desde el abrigo y la bufanda hasta los mocasines y los calzoncillos, y digo curiosamente porque nos los hemos encontrado tal como los ves, plegados y perfectamente colocados.

Jesús Valdés se aproximó al montón de prendas.

—¿Y la documentación?

—Está todo; en la cartera, aparentemente no falta nada, hay sesenta y tres euros, el DNI, las tarjetas de crédito, de la Seguridad Social, hasta su móvil, todo estaba en esa mochila de nylon.

—Meticuloso desde luego sí que lo era —apuntó el subinspector Roque.

—Queda descartado el robo —apuntó Valdés—; pero ¿por qué desnudarse?

—Eso nos estamos preguntando todos —añadió el subinspector Roque—,

además, con el frío que hace esta noche.

—Acaba de llegar el juez de guardia para levantar el cadáver —murmuró el inspector al verlo bajar del coche.



Jesús Valdés se presentó en el edificio de la Unidad de la Policía Local, Distrito Ciutat Vella situada entre la calle San Miguel y la calle Alta. Disponía de cuatro plantas que compartía con el Parque de Bomberos, de las cuales, segunda y tercera ocupaban la policía. Antes de entrar se detuvo para admirar su moderna estructura, que contrastaba con el entorno antiguo de los demás inmuebles. Se alegraba del cambio; la vieja comisaría de la otra zona donde llevaba más de ocho años se caía a pedazos. Ya era hora de renovarse y disfrutar de nuevas instalaciones. Lo único que echaba de menos eran los sermones y quejas del comisario Morales, pero se había merecido una tranquila jubilación; por ello se lo había tomado al pie de la letra retirándose a una casita en Anna con vistas al lago, donde esperaba pasar las horas muertas con su caña de pescar.

Ahora le sustituía la comisaria Águeda Ortiz, una mujer estricta en el trabajo y con don de mando, que anuló el apodo de Moreno por su nombre de pila: aspectos en los que chocaron con ciertos rifirrafes entre ellos dos. Después de casi diez meses habían limado asperezas y «enterrado el hacha de guerra». Al fin y al cabo, Valdés era su apellido y con él seguía honrando a su padre: eso era lo verdaderamente importante.

Nada más adentrarse en las oficinas se dirigió a su despacho. Todavía tenía mal cuerpo a causa del caso de ahorcamiento que acababa de cubrir. Siempre se había preguntado si era la valentía, la cobardía o simplemente la desesperación lo que podía llevar a una persona a suicidarse. Todo apuntaba a ese hecho, ya que no habían encontrado signos de violencia y la posición del cadáver decía mucho a su favor.

El subinspector Roque se le acercó con una hoja en la mano.

—Hemos verificado la dirección de ese hombre, se llamaba Adrián Soler, casado y con dos hijos, vivía en la calle del Serpis, paralela al camino del Cabañal.

—A más de cinco kilómetros del lugar en el que lo hemos encontrado — murmuró el inspector Valdés—. ¿Por qué se trasladó hasta aquí?

—Según las huellas — prosiguió el subinspector —, llegó por la calle Hospital y entró por el pórtico gótico que enfrenta con la biblioteca, ese que aún está en pie del desaparecido Hospital de los Inocentes.

—Debía estar en muy buena forma física. No todos se suben allí arriba, con esa altura de más de tres metros, a no ser que alguien le ayudara o le forzara a ello — apuntó Valdés.

—Sí, la verdad es que fácil no está.

—Investiga todo sobre su vida, pareja sentimental, trabajo, etc. Hasta que no tengamos el resultado del informe del forense no podemos verificar si ha sido un suicidio o un homicidio.

El inspector Valdés se centró en la investigación, y pasó el resto de la jornada entre papeles e interrogatorios.



Capítulo 3

Alejandra había terminado su jornada laboral en el periódico; un día estresante en el despacho por culpa de un artículo que no aprobaba el redactor jefe. Al final, había conseguido convencerle para que lo publicara después de agotar todos sus argumentos. Aún dudaba si había hecho bien en aceptar ese trabajo. La oferta era muy tentadora, bien remunerada y desempeñando lo que más le gustaba: escribir, investigar y redactar; pero la incompatibilidad de caracteres con la persona que estaba por encima de ella le estaba haciendo la vida imposible. Un hombre chapado a la antigua que le vetaba su trabajo a la hora de innovar, a sabiendas de que estaba bien realizado. ¿Por qué?, eso le gustaría saber a ella.

Dejó la revista Vía Augusta en la que había trabajado satisfecha hasta que descubrió que su mayor accionista, Augusto Fonfría, había sido el responsable de la muerte de sus padres. A partir de ese momento, tan solo de entrar en sus oficinas, sabiendo que casi todo lo que tocaba era de la propiedad de ese malévolo y ambicioso personaje, le entraban nauseas. Aun así, hizo de tripas corazón hasta que consiguió desenmascararlo.

Tras la sentencia recibida, demasiado benévola si tenían en cuenta los delitos cometidos, todavía se estaba pudriendo en la cárcel y aún le quedaban un buen puñado de años por cumplir. Su potente poder no le había servido para salir impune de la justicia.

Pasaban de las seis y media de la tarde cuando Alejandra, después de salir del trabajo, consiguió aparcar el coche cerca del Rocódromo Petxina. Se había convertido en su ruta habitual de los dos últimos años, en los que dos días a la

semana practicaba la escalada. Una arriesgada y placentera adicción que le permitía exprimir y liberar la adrenalina acumulada durante el día.

Si le hubiesen dicho, unos años atrás, que iba a practicar ese deporte, nunca se lo habría creído. Las vueltas que daba la vida.

Alejandra entró y saludó a los conocidos. En el vestuario se cambió la ropa de calle por algo más apropiado. Sustituyó las botas altas por los pies de gato, se acopló el arnés y la bolsa de magnesio a la cintura y se dispuso a su reto del día.

No era fácil desafiar a la gravedad sin una óptima preparación física, por ello, y siguiendo las instrucciones del monitor, había tenido que fortalecer sus músculos con duros ejercicios de pesas, anillas e infinitas sesiones de abdominales. La fuerza de dedos, brazos y espalda era tan importante como la posición y precisión de pies y piernas, de manera que, alternaba la práctica de bici y correr para potenciar su energía.

Miró la pared vertical y se dispuso a ascender con los pies y agarrarse con las manos. La clave estaba en templar los nervios y estudiar los movimientos. Los colores de las presas le indicaban los niveles de dificultad ya aprendidos, mientras ella intentaba llegar a la cima.

Después del esfuerzo lo consiguió en el segundo intento, superando su media anterior. Desde lo alto, sonrió. La sensación de superarse día tras día, le producía un grato placer.

Liberada de tensión regresó a casa. Lluís ya había llegado. La recibió con un beso en la boca. Thor se abrió hueco entre ellos dos para recibir, de las manos de su dueña, su ración de caricias.

—¿Qué tal hoy? —le preguntó él abriendo la nevera.

—¡Otro conflicto con Ortega, para variar! Nada de lo que escribo le parece bien. No creo que lleguemos a congeniar nunca.

—Búscate otro trabajo. No tienes por qué aguantar a una persona que censura tu talento. Con tu currículo no tendrás problemas, y lo sabes.

—Sí, tienes razón. No sé a qué estoy esperando. La empresa está bien, el sueldo también, pero…

—Desde que estás ahí llegas casi todos los días abatida de ánimo. Solo te salva la escalada y dar patadas en el *full contact*. No le des más vueltas y pon solución. Sabes que tienes todo mi apoyo.

—Lo sé, es la única forma de desfogar la mala leche del trabajo y no traerla a casa.

—Estoy de acuerdo en eso; las malas energías, de puertas hacia fuera.

Él la rodeó entre sus brazos.

—Me muero de hambre —le susurró ella—, como tardes mucho más en terminar de hacer la cena empezaré por comerte a ti a besos.

—¡No me tientes, no me tientes!



En uno de los edificios más vanguardistas y con la Ciudad de las Artes y las Ciencias, como telón de fondo, Tía Rosa compartía su vida con su marido Miguel. El apartamento situado en la planta quince les ofrecía unas envidiables vistas panorámicas del puerto y del mar, con el Palacio de las Artes Reina Sofía justamente enfrente. La magia de ese lugar les transportaba a otro mundo, a otra época. Muchas eran las horas en las que, detenidos en el tiempo, descubrían algo nuevo para sus ojos.

Había cerrado a cal y canto su piso de la avenida del Puerto atesorando todos los momentos vividos allí. De vez en cuando, Miguel la acompañaba para dar una vuelta y comprobar que todo estaba en orden.

Ahora su vida había cambiado. En aquel momento cada uno tenía su propio camino. Lo único que añoraba era que sus sobrinas se habían distanciado. Lo entendía perfectamente y asumía que era ley de vida. Cada uno tenía que cumplir con sus obligaciones; sabía que ellas estaban con el hombre al que amaban, y eso era lo que verdaderamente le importaba, aunque eso significara verlas con menos frecuencia; aun así, no faltaban las llamadas de teléfono para preguntar cómo estaban, o simplemente para comentar cotilleos. Solían verse con frecuencia en reuniones familiares, y lo que no podía fallar era una comida mensual en las que tía y sobrinas quedaban para hablar de temas de mujeres.

Rosa se había amoldado bastante bien al nuevo barrio; de hecho, aprovechando la cercanía del antiguo cauce del río Turia y los jardines que lo rodeaban, no había día que Miguel y ella fallaran a su paseo matutino, convertido en un agradable hábito, en el que recorrían kilómetros y kilómetros ante tanta belleza de la naturaleza.

Eran más de las nueve y media de la tarde cuando Miguel y Rosa llegaban a casa. Venían del Palau de la Música donde habían escuchado un concierto de la Filarmónica de Viena.

—Los pelos, como escarpias se me han puesto —comentó Rosa emocionada —. ¡Qué bien lo hacen!

—Son unos fenómenos —asintió Miguel.

Rosa se descalzó y se puso cómoda, luego se metió en la cocina.

—Hoy no he llamado a las niñas — renegó con fastidio.

—Mañana hablarás con ellas, no te preocupes.

—Ya, pero como me cuesta tanto coincidir, cuando no están trabajando, están haciendo deporte o han quedado con alguien; en fin — suspiró resignada —, es lo que hay.

—No te preocupes tanto, mujer, ya son mayorcitas.

Miguel la abrazó. Sabía que Rosa era una mujer fuerte y lo había demostrado en cada paso que había dado a lo largo de su vida, a veces más complicada y difícil de lo normal. También sabía que los acontecimientos de la búsqueda de las doce llaves y todos sus avatares le habían dejado una especie de temor en el cuerpo, que estaba convencido de que el tiempo se encargaría de disipar.



Capítulo 4

El cielo encapotado amenazaba con descargar lluvia de nuevo, tras dos días sin parar. Sin embargo, esa mañana les había dado una tregua a los familiares que acompañaban a la difunta en su último adiós, mientras recorrían los desolados pasillos del Cementerio General. Se detuvieron en el muro sur ante decenas de hileras interminables de nichos. Apenas una docena de personas componían el sepelio. Su hijo, Andreu Subies, colocado en primer lugar y más próximo al féretro, con el rostro acongojado por la tristeza y la pesada carga de la culpa sobre su espalda.

A su derecha, Sara y Alejandra Ferrer, a quienes había aprendido a querer y a confiar en ellas, junto con su amigo inseparable Lluís Esteve. Habían aparecido en su vida hacía cuatro años y le habían dado mucho más cariño, lealtad y afecto que su propia familia, salvo su madre que, delicada y enferma desde que él lo recordaba, ahora yacía dentro de ese ataúd. Más atrás, Rosa Soler y su marido Miguel Roselló, en compañía de Humberto Fernández, presidente del Tribunal de las Aguas y un par de síndicos.

A su izquierda, su sobrino Juan que suspiraba por la pérdida de su abuela, su cuñado Tomás con el que había perdido toda relación, posible y por haber, desde que su hermana Marta se suicidara según el primer informe policial y quedara demostrado y declarado, posteriormente, como asesinato, aunque de eso hacía ya demasiado tiempo. Sin embargo, lo recordaba como si hubiese sucedido el día anterior. La angustia al ver su cuerpo sin vida sobre el asfalto, con la cara desfigurada, la inconsolable desesperación en el rostro de su madre, esa penosa expresión que le había acompañado hasta el día de su muerte.

Hay hechos que jamás se olvidan…

Un paso más atrás estaba su padrastro. Nunca le había llamado por su nombre. Era un ser déspota y despreciable. No solo le arruinó la vida a su madre, sino que, aprovechando su estado enfermizo, también la de él y la de su hermana. No se habían dirigido la palabra desde hacía, ¿cuánto tiempo?; ya ni lo recordaba, y así habían continuado durante el último mes que, por obligación, se habían tenido que ver las caras en el hospital, en el tanatorio y en el sepelio. Andreu no podía evitar mirarle con desdén, sin desafíos, pero sí con rencor. Se había convertido en un auténtico viejo. Los años pasaban factura para todos; para unos mejor que para otros. Ya no le infundía temor; pero tampoco lástima, tan solo indiferencia. El único lazo que les unía, si se podía llamar unión, era su madre, y ella ya se había ido.

Comenzó a chispear cuando el enterrador introdujo el ataúd en el sepulcro; después colocó la tapa frontal de escayola y amasó el yeso. La lluvia empezó a coger fuerza. Andreu sintió un extraño vacío en su interior. Alejandra abrió su paraguas y se acercó a él cubriéndole; se estaba empapando. Cuando Andreu leyó el nombre de su madre, Matilde García Roig, en la placa provisional que habían encargado, le invadió una desgarradora sensación de ahogo. Ya nunca la volvería a ver. Su viaje había terminado. Ahora se reuniría con su hermana y su padre en el Más Allá, si es que de verdad existía. Consternado, agarró la corona de flores y la aproximó al nicho; en la cinta se podía leer: «Andreu, tu hijo, siempre te recordará. Descansa por fin en paz». Al dejarla en el suelo, los lirios blancos temblaron salpicando de gotas su cara. Fue en ese instante cuando sus ojos se encharcaron de lágrimas.

Lluís se aproximó a él y le abrazó. Sobraban las palabras de pésame y dolor.

El grupo se fue disolviendo, los familiares de la izquierda se alejaron protegiéndose de la lluvia, sin un mísero gesto de despedida.

Los asistentes de la derecha acompañaron a Andreu hasta la salida con cálidas palabras de ánimo.

En el vestíbulo del cementerio se cobijaron del aguacero durante unos minutos. Los miembros del Tribunal de las Aguas se despidieron y alejaron, Rosa y Miguel estaban a punto de hacerlo también cuando una mujer de edad avanzada, de etnia gitana y con mucha palabrería, se plantó delante de ellos pidiéndoles dinero. Andreu recordó su modo de vida anterior y solo pudo compadecerse de ella; entonces rebuscó en el bolsillo del pantalón y le entregó un par de euros. Sus dedos se rozaron con los de esa mujer tan solo durante unos

instantes, suficientes para que la gitana cambiara su sonrisa por una mueca de preocupación.

—¡Ay, mi *arma*! —exclamó en voz alta cogiéndole la mano con fuerza—. ¡La cruz de la desgracia te persigue! —murmuró entre gemidos, dejando a todos mudos—. ¡Pero solo tú, solo tú *pues* cortar la cadena!

Rosa se adelantó y rompiendo los instantes de confusión, gritó:

—¡Déjalo en paz, lianta!

Andreu salió del momentáneo trance y tiró del brazo para soltarse de la mujer.

El grupo se dirigió a la salida mientras las frases de la gitana les persiguieron hasta que cruzaron la calle en busca del coche.

—¡Solo tú *pues* pararla! ¡Solo tú, mi *arma*!



Cuando llegaron a la Plaza del Tossal era más de la una y media. Andreu entró en uno de los restaurantes y saludó a sus compañeros de trabajo, quienes le hicieron saber su pesar. Su jefe le tendió la mano y le dio sus condolencias.

—¡Tómate el tiempo que necesites, Andreu! Me hubiera gustado asistir al entierro, pero sabes que el trabajo…

—Lo entiendo. No te preocupes —contestó—. Mañana vendré a trabajar como de costumbre.

—Como quieras.

Al salir a la calle se reunió con Lluís, Sara y Alejandra. Los tres se habían propuesto no dejarlo solo en esos momentos necesitados de compañía. Avanzaron unos pocos metros hasta llegar al pequeño portal, donde Andreu se había instalado hacía casi dos años. Fue una suerte encontrar ese modesto apartamento en un punto tan histórico de la ciudad. Lluís jugó un papel importante en la contratación laboral. Un amigo de la infancia era familiar del dueño del restaurante, y su recomendación fue crucial para ocupar el puesto vacante de camarero. Empezó con algo temporal y ahora gozaba de la tranquilidad de un contrato fijo, gracias a su competencia, disponibilidad y honradez. En poco tiempo se había ganado la confianza y simpatía de clientes, compañeros y jefes. Las casualidades de la vida le llevaron a enterarse de que un usuario, asiduo de la cafetería, se trasladaba de ciudad, por motivos de trabajo, dejando libre el piso en la misma plaza y con una renta de alquiler asequible para

Andreu. La ayuda de las hermanas Ferrer en decoración y consejos prácticos para un acogedor hogar, fue de gran ayuda para alguien que, por azares de la vida, había vivido huyendo y con jornales precarios. Ahora, cuando miraba hacia atrás recordando tiempos pasados, parecía haber sido un mal sueño.

Subieron las escaleras hasta el segundo piso. Andreu abrió la puerta y se acomodaron dentro. Sara se aproximó al ventanal del balcón salpicado por la lluvia y observó a la gente pasar por la calle de la Bolsería.

—¿Cómo llevas el árbol genealógico? —le preguntó Alejandra, acercándose a un mural inmenso con ciertas anotaciones, que había clavado en una de las paredes del comedor.

—Lento. No es fácil avanzar —contestó Andreu, abatido—. Mi madre, la pobre, no me pudo dar demasiada información; ya sabéis que los últimos meses apenas coordinaba. Y pensar que estuve separada de ella tantos años.

—No fue tu culpa, Pepe, quiero decir Andreu —se disculpó Alejandra—. Aún me cuesta llamarte por tu verdadero nombre, supongo que me acostumbraré.

—Entiendo que todavía te salga el apodo de Pepe, a fin de cuentas con él es como me conociste. He querido recuperar mi nombre y apellido ya que no hay razón para mantenerlo oculto.

—Naturalmente —añadió Sara en tono cariñoso.

Lluís se aproximó al mural de la pared y señaló un punto determinado.

—No hay mucha familia por parte de tu madre —exclamó.

—No —contestó Andreu acercándose a él—, mi madre fue hija única, mis abuelos que apenas conocí y mis bisabuelos, esa es toda la información que obtuve de ella.

—Y, ¿por parte de tu padre? —preguntó Lluís.

—No he tenido ninguna relación con ellos —añadió Andreu con un regusto amargo—. Mi madre me comentó que sus suegros nunca la quisieron y como mi padre murió cuando yo tenía un año, son nulos mis recuerdos hacia él. Tan solo tengo constancia de un tío, hermano de mi padre, que creo que se fue a vivir fuera de España; desconozco si vive aún o no.

—Y, Humberto Fernández ¿te ha podido aportar algún dato? —le preguntó Sara.

—Gracias a él y a los demás síndicos estoy completando el árbol genealógico. Como ya sabéis me despertó la curiosidad de saber quién era yo y mis orígenes al enterarme de que mi bisabuelo, llamado también Andreu Subies,

ejerció durante varios años de síndico de la acequia de Rascaña. Según me contó, tenía su propia alquería y se hizo respetar por su nobleza y buen hacer.

—Mañana hemos quedado con Humberto para continuar con la traducción de los manuscritos —interrumpió Alejandra—. Si no estás con ánimo puedo ir yo sola —dijo, dirigiéndose a Andreu.

—Te acompañaré, no hay problema, hasta por la tarde no tengo que trabajar y me vendrá bien la distracción.

—¿Cómo vas a alternar tu trabajo con las visitas guiadas del Palacio Real? —le preguntó Lluís.

—De momento bien, puedo compaginarlo ya que son esporádicas, además lo compartimos con una agencia de turismo. Lo complicado sera cuando esté el museo terminado y las visitas se multipliquen.

—Todavía les queda mucho trabajo, ¿no creéis? —afirmó Sara— si tienen que restaurar y clasificar todo lo que encontramos hay faena para varios años. Por cierto, ¿habéis descubierto algo más de los manuscritos?

—Eso sí que es un enigma y de los grandes —se quejó Alejandra— tan solo los hemos separado por grupos. Tú misma viste el volumen de información que había allí dentro en esas finas láminas de plomo, y el montón de pergaminos que han aparecido entre ellas. —Sara asintió—, pues a partir de ahora, supuestamente, vamos a empezar a desvelar lo que esconden en su interior. Además, que te diga Pepe, quiero decir Andreu — intercambiaron unas sonrisas —, la escritura ibérica es muy complicada.

—Todos los idiomas son difíciles en el periodo de aprendizaje — atajó Lluís —, el inglés para mi resultó mucho más fácil que el alemán, que se me atragantó hasta que por fin lo dominé con fluidez.

—Si, Lluís, cariño, pero es que los edetanos tenían una escritura con veintisiete símbolos; compuesta por cinco vocales, como nosotros, y seis consonantes; los otros dieciséis signos restantes tienen un valor fonético. Para adaptar nuestro alfabeto latino al semisilabario ibérico hay que hacer cambios fonéticos, y eso no lo llevo nada bien. Yo cuando aprendí inglés no recuerdo que me resultara tan complicado.

Lluís, la rodeó por la cintura y aspiró, suavemente, el aroma de sus cabellos.

Andreu sonrió. Era la primera mueca de alegría que mostraba desde la noticia del fallecimiento de su madre; verlos tan felices le alegraba el alma. Tres años habían transcurrido desde su enlace matrimonial y todavía continuaban en la luna de miel.

—Estoy de acuerdo con Alejandra de que no es fácil — apoyó Andreu —, y eso que, tanto Humberto como los síndicos, se han volcado con nosotros, ofreciéndonos todos sus conocimientos en enseñarnos la lengua edetana. La incógnita es ¿dónde nos van a llevar esos manuscritos edetanos?



Capítulo 5

Aparentemente, la ciudad había sufrido pocos cambios en el transcurso de los tres últimos años. Sin embargo, en cuanto a historia se refería, muchos habían sido los progresos gracias a esa gran puerta de sabiduría encontrada en los cimientos del desaparecido Palacio del Real. Arqueólogos, historiadores y demás gente especializada en la materia, con ansias de saber, llenaban informes, libros y archivos. Por otra parte, las administraciones pertinentes estudiaban la forma más beneficiosa de regentar los miles de valiosos objetos encontrados.

Ante la aparición de los importantes hallazgos y temiendo por la seguridad de los manuscritos edetanos, los síndicos del Tribunal de las Aguas se habían encargado de trasladar el contenido del sarcófago a un lugar más seguro. Las excavaciones arqueológicas y las idas y venidas de todo el personal cualificado encargado de separar, estudiar, restaurar y clasificar, eran un peligro diario ante la inminente posibilidad de que pudieran dar con el escondite sagrado.

Había sido un arduo trabajo trasladar los pliegos de plomo a una zona protegida, habilitada para su estudio y descifre de códigos en una lengua prácticamente desconocida; para ello necesitaban un lugar de fácil acceso, pero, a la vez, oculto de fisgones entrometidos e incómodas interrupciones.

La Casa Vestuario fue el emplazamiento escogido, por unanimidad, dado que ese edificio fue construido, a principios del siglo XVII para servir a los magistrados del Tribunal de las Aguas, como lugar de reunión antes de asistir a los juicios celebrados en la Puerta de los Apóstoles de la Catedral. Ya existía años antes, en ese mismo lugar, una modesta edificación que cumplía con la

misma función; pero cuando Cristóbal Sales, el encargado de sustituirlo por otro de nueva planta, según un proyecto que había realizado Josef García, arquitecto mayor de la ciudad, lo construyó, también se basó en las indicaciones y demandas de los síndicos para hacer un especie de habitáculo subterráneo secreto, que había sido de poca utilidad, en donde habían depositado los valiosos manuscritos de plomo y dónde los síndicos, ansiosos de saber y con admirable aplomo, habían pasado descifrando interminables horas y horas. Dicha habitación oculta tenía dos accesos bien camuflados; uno por el zaguán de la Casa Vestuario, y el otro se comunicaba mediante un túnel con una finca lindante, propiedad del Tribunal de las Aguas, por la que se podía acceder a horas improcedentes para no llamar la atención de curiosos. Ese edificio constaba de la planta baja con la entrada del pasadizo, el primer piso que se había habilitado como estudio de pintura; en él figuraba como inquilino Miguel Roselló y el segundo y tercero que todavía permanecían vacíos.

Alejandra y Andreu se presentaron a la cita acordaba, doblaron la esquina de la calle Caballeros y se adentraron en la plaza de la Virgen, en dirección a la segunda entrada de la cámara oculta de la Casa Vestuario.

El otoño parecía haberse adelantado con notables descensos en las temperaturas. Alejandra se alzó el cuello de la chaqueta mientras Andreu abrió la puerta del patio; después de asegurarse de cerrar bien marcaron la clave en una de las paredes, y una trampilla en el suelo, discretamente enmascarada, se abrió ante ellos. Bajaron por las escaleras mientras escucharon como se cerraba tras de sí, y la penumbra se adueñó del lugar, salvo una tenue iluminación. La sorpresa del primer día se había convertido en costumbre. Avanzaron por el corredor subterráneo hasta llegar a la segunda puerta de acceso donde les recibió Juan Alcázar, Jurado y Síndico de Mestalla.

—Buenos días —les saludó—, puntuales como siempre.

Correspondieron al saludo y se guiaron por el murmullo de varios de los síndicos hasta llegar a la enorme sala donde estaban desplegados los pergaminos de plomo. Humberto les hizo un gesto con la mano derecha para que se acercaran, dejando visible la falta de su dedo meñique.

Los saludó educadamente.

—¿Cómo estás Andreu?

—Bien, gracias.

—Todos los duelos son duros, pero la vida sigue.

—Así es —murmuró.

—¿Alguna novedad? —preguntó Alejandra.

—Creo que sí —afirmó el presidente del Tribunal.

Sus miradas se cruzaron con la chispa de la curiosidad.

Humberto tomó la palabra ante la escrutadora atención de los presentes.

—Como bien sabéis hace veintiséis meses que trasladamos aquí el contenido del sarcófago y, desde entonces, estamos intentando descifrar e interpretar el legado que nos dejaron nuestros ancestros, los edetanos. Un pueblo matriarcal, colmado de creencias y rituales que veneraban divinidades como la naturaleza, la fecundidad y la familia. Que hacían sus ofrendas al cobijo de las cuevas, donde su lengua y su escritura han quedado registradas en numerosas vasijas e inscripciones, pero que todavía no se han podido traducir por ser una lengua olvidada, ya perdida. Se supone que la escritura se asociaba a los grupos de poder y no a la gente humilde, para ello utilizaban soportes de piedra, cerámica, hueso y plomo, de ahí, que las imperecederas láminas de plomo que llegaron a nuestro poder lo hayan hecho en un estado magnífico de conservación. Se ayudaban de finos punzones para escribir los textos, que después enrollaban, a veces, hasta ocupaban ambas caras, otras veces hemos observado tachones y modificaciones, lo cual nos demuestra que semejante material permitía ser reutilizado. Como hemos comprobado personalmente, la ciudad ibérica de Edeta, ubicada en el Tossal de San Miguel de Llíria, sobre unas quince hectáreas repartidas por todo el cerro y excavadas entre los años 1933 y 1953 sacó a la luz numerosos vasos decorados y nos ha mostrado dónde vivían, gracias a los restos de las edificaciones adosadas a la pared rocosa. Se tiene constancia de que Edeta nació en el siglo VI a. C., aunque tuvo su máximo esplendor entre los siglos IV al II a. C., siendo a partir de ahí, destruida e incendiada por los romanos, cayendo en un completo abandono.

Humberto tomó asiento y continuó con su soliloquio.

—Hemos necesitado de tu presencia, Andreu —dijo, levantando la barbilla en su dirección—, después de tantas décadas, como *el elegido* que estábamos esperando para esta misión, has sabido canalizar los conocimientos que te hemos transmitido. Hasta la fecha tan solo hemos separado y organizado por grupos las distintas láminas, confirmando que en algunos aspectos estábamos equivocados al presumir que sabíamos la fecha exacta en la que estos manuscritos se trasladaron a los pasadizos del desaparecido Palacio del Real. Nosotros siempre argumentábamos, porque esa era la información que nos había llegado a lo largo

de los siglos, que se ocultaron unos dos mil años atrás y, desde ese momento, nadie los había manipulado. Pero al ordenarlos por fechas confirmamos nuestro tremendo error ya que nos hablan de hechos históricos transcurridos en Valencia a lo largo de los siglos XIV, XV y hasta parte del XVI, lo cual me alegra enormemente porque el abanico de información es mucho más amplio, y por lo tanto mucho más valioso.

Todos sonrieron.

—Sin embargo —continuó Humberto—, me temo que entre estas huellas de plomo se encierre también cierto peligro, aunque todavía no sé de qué magnitud estamos hablando —su tono bajó rozando el silencio.

Alejandra tragó saliva en espera de las siguientes palabras.

—Nos habla de planetas, de galaxias, algo impensable 2500 años atrás. Sus conocimientos nos han sorprendido y, a la vez, nos han fascinado. Hemos encontrado dentro de algunas láminas de plomo enrolladas, pergaminos y pliegos de papel muy posteriores a la época edetana que nos muestran unos mapas de la ciudad de Valencia que todavía hemos de determinar. Hemos llegado —su mirada abarcó al resto de los síndicos—, todos hemos llegado a la misma conclusión, estos manuscritos edetanos nos cuentan, nos revelan, en algunas ocasiones con sumo detalle, la historia de nuestro pueblo; y lo hace de una manera tan llana que no omite ni lo bueno ni lo malo. A través de la historia se han sucedido cientos, que digo cientos, miles de hechos, unos conocidos y otros ocultos. Algunos de gran calibre. Estas tablillas de plomo se dividen en dos partes, que a la vez se complementan; una, habla del bien; la otra, de todo lo contrario, el mal —su voz se hizo más grave—. Por eso, el temor a lo desconocido puede causarnos respeto. La pregunta es: ¿Todos estamos dispuestos a llegar hasta el final de las revelaciones de estos manuscritos, y sin vuelta atrás?

Andreu y Alejandra se miraron instintivamente. Humberto les había dejado boquiabiertos y atemorizados, sobre todo, con la última *coletilla*, pero si habían sido valientes para salir airosos en la búsqueda de las doce llaves, con todos sus complicados galimatías y sus enrevesadas aventuras, no podían echarse atrás, ahora, justamente ahora.

Los dos asintieron, aparentemente convencidos de su irrevocable decisión.

—No me gustaría que os precipitarais en vuestra afirmación, —añadió Humberto—, por eso os voy a poner antes al día de los posibles riesgos que

puede llevar; además, esto involucraría también a Sara, Lluís, Miguel y Rosa.

El presidente del Tribunal se levantó y en compañía de Juan Alcázar fueron señalando los manuscritos, montón tras montón.

—Estos nos comentan nuestros orígenes edetanos, estos otros, —dijo cambiando la mano de posición— la entrada de los romanos y visigodos; aquellos de allí, la invasión musulmana y la conquista cristiana. Todas las épocas tienen reflejado el bien y el mal.

—¿Y todas estas tablillas de aquí? —preguntó Andreu.

—Todas esas corresponden a epidemias y plagas, estas otras, a brujas y maldiciones, y estas de aquí a la desaparecida Inquisición.

Alejandra sintió un ligero escalofrió por la espalda. Andreu, simplemente resopló.

—Presiento que el destapar parte de estas revelaciones nos va a traer complicaciones a todos —Humberto Fernández miró a cada uno de los presentes —; todavía no calculo la gravedad, pero…

—Ya sabes Humberto que por nuestra parte tienes el apoyo al cien por cien —pronunció uno de los síndicos.

—Lo sé, pero no es suficiente. Si vamos a seguir adelante necesitaremos la colaboración de vuestro grupo —terminó diciendo Humberto, mirando a Andreu y Alejandra—. Como ya he dicho antes, no es nuestra intención presionaros, así que comentadlo, pensadlo y estaremos a la espera de vuestra contestación.

Esa noche había reunión urgente en casa de Sara y Jesús. El tema era plantearse continuar o no con las revelaciones de los manuscritos edetanos, a sabiendas de sus posibles complicaciones según las sospechas de los síndicos del Tribunal de las Aguas. Después de valorar los pros y los contras del asunto, se iniciaron las preguntas y opiniones al respecto.

—Nos involucra a todos por igual —puntualizó Andreu—, acordaos de nuestro juramento de confidencialidad, y de que fue decisión unánime que, tanto Alejandra como yo aprendiéramos la lengua edetana para acelerar el proceso. Después de más de dos años de intenso trabajo por parte de todos, al parecer hay tablillas oscuras que Humberto presume predecir que pueden ser peligrosas.

Andreu se detuvo durante unos instantes, luego prosiguió:

—A pesar de ello, mi voto es que sí.

—Es cierto —continuó Alejandra, tomando la palabra—, también han comentado que necesitan nuestra ayuda para llevarla a cabo y, con ello, se refería a todos los que estamos en esta sala. Yo me comprometo firmemente y mi voto es que sí. ¿Qué dices Sara? Todavía no te has pronunciado.

—Os he escuchado atentamente —empezó diciendo su hermana—, al hacerlo he retrocedido tiempo atrás, cuando buscando las doce llaves nos vimos tan agobiadas en aquellos oscuros pasadizos que nadie conocía. Nunca en mi vida pensé que me vería envuelta en semejantes aventuras. Ahora, con la mente fría y los hechos pasados, dudo en volver a pasar por lo mismo, salvo que algo en mí cambió en aquellas experiencias que me hicieron ser más fuerte y luchar contra viento y marea. Yo voto por continuar y que sea lo que Dios quiera. Así tendré historias que contar a mis hijos y nietos, si es que alguna vez los tengo.

—Yo apoyo a la mayoría —añadió Jesús—; pero si mi voto cuenta, creo que sí que debéis seguir adelante.

Fue Lluís el que continuó el rumbo de la conversación.

—Yo he seguido el proceso a diario, porque era casi el monotema de Alejandra, todos conocéis lo insistente que resulta cuando quiere venderte algo; pero, hablando en serio, mi voto es que sí.

—Yo creo —intervino Rosa— que, si esos manuscritos han estado guardados durante miles de años, ¿por qué tenemos que ser nosotros quienes los saquemos a la luz, y más, cuando nos han avisado que puede encerrar ciertos peligros? Vamos, digo yo —no pudo evitar mirar a sus sobrinas—. No es necesario poner en riesgo nuestra salud y hasta nuestra propia vida.

—Te recuerdo Rosa —añadió Miguel— que hay un juramento de todos nosotros por el que nos comprometíamos a cumplir con lealtad nuestra confidencialidad con respecto a la historia del Tribunal de las Aguas; pero también a llegar hasta el final y desvelar los manuscritos edetanos. Hasta el momento —continuó Miguel, hambriento de conocimientos—, siento discrepar contigo —dijo cogiéndole la mano en señal de afecto—. Han sido las advertencias de los síndicos las que nos han puesto en alerta, aunque ni ellos saben lo que puede suceder. Simplemente nos avisan, nos previenen que según sus investigaciones hay ciertas tablillas comprometidas con temas ocultos como el Más Allá, la brujería, la Inquisición, que se yo…, pero podemos mantenernos al margen de ellas y averiguar el resto. Pensad solo por un instante la cantidad de revelaciones que nos pueden ofrecer. Estamos hablando de nuestra historia o, mejor dicho, la historia de nuestros antepasados, que no debe permanecer por

más tiempo en el olvido; si aquellos hombres sabios quisieron escribirla, contarla, deberíamos, por lo menos, darles la oportunidad de que sea leída, de que sus palabras sean escuchadas, y más, cuando el idioma está extinguido y tan solo un puñado de personas son capaces de descifrarla. Creo firmemente que somos unos privilegiados que nos están brindando una única oportunidad y no podemos desaprovecharla.

Sus palabras fueron seguidas de un absoluto silencio.

—Desde luego Miguel —añadió Rosa— tienes el don de la palabra para convencer a la gente con tus formidables argumentos. Yo sé que te has volcado en cuerpo y alma, y has pasado innumerables horas con los síndicos, ayudándoles con tu colaboración. Después de escucharte solo puedo decir que sí, que yo también estoy de acuerdo en desvelar esas dichosas tablillas; pero eso sí, con mucho ojo de meternos en terrenos escabrosos.

—Pues queda aclarada la reunión con un rotundo sí por parte de todos —añadió Alejandra con un aplauso.

—Solo nos queda brindar por ello —propuso Sara con una botella de Moët & Chandon en la mano.

—Pero si la estabas guardando para una celebración especial —mencionó tía Rosa.

—Esta ocasión lo es, tía —afirmó Alejandra, sonriente—. Brindo porque lleguemos con éxito hasta el final.

Todos unidos levantaron sus copas.

—¡Que así sea! —murmuró Tía Rosa, con recelo, antes de beber.



Capítulo 6

Apenas podía caminar, el fango de la calle se pegaba en sus pies descalzos salpicando los remendados faldones de su atuendo. Esa tarde era más oscura que de costumbre, y la lluvia había dejado un hedor espeso e irrespirable. Miró a ambos lados y los cadáveres, apiñados unos sobre otros, eran cebo para un puñado de ratas hambrientas. Rostros marcados por el sufrimiento; embotados, ennegrecidos. Cuerpos sin vida; mojados, encorvados, malolientes y, algunos de ellos, hasta mutilados. Dos hombres, con la cara tapada con un tiznado pañuelo, tiraban de un carro desvencijado que encallaba sus ruedas en los hoyos del callejón; sin pudor y curados de espanto, cargaban los despojos humanos como si fueran residuos sin valor, mientras apedreaban a los roedores murmurando una retahíla de maldiciones.

Un sudor frío, cargado de temor, hizo tiritar el cuerpo de Andreu hasta escuchar el castañeo de sus propios dientes. Eso le hizo despertar. Abrió los ojos espantado de los horrores que había presenciado en esa despiadada pesadilla. Era curioso y también alarmante, pero desde el fallecimiento de su madre algo, involuntariamente, había trastocado su mente. La misma noche de su entierro sufrió la primera de las alucinaciones con escenas oscuras de muerte y putrefacción. Su veracidad fue tan absoluta, que incluso despierto dudó que hubiera sido un mal sueño, aunque lo que en un principio parecía un hecho esporádico debido, supuestamente, a los acontecimientos sucedidos en las horas anteriores, se había convertido casi en asiduo, ya que habían transcurrido dos semanas desde aquel día y el número de pesadillas había aumentado.

Andreu se negaba a reconocer que estaba enturbiando su estado psíquico y emocional, a pesar de los comentarios de su entorno social y laboral. Tendrían razón las frases que había escuchado que el duelo era lento y duro. Quizás solo era eso, el duelo y nada más. Tenía que dejar pasar el tiempo y que las aguas volvieran a su cauce. Se sentó en la cama y se pasó las manos por la cabeza alisándose el pelo; después escondió la cara entre ellas, como si con ese gesto le ayudara a borrar sus últimas visiones. Tenía un regusto amargo y unas ligeras nauseas que le oprimían la boca del estómago. Levantó la cabeza y miró el despertador. Faltaban tan solo un par de minutos para las siete de la mañana. El cuerpo era un auténtico mecanismo de una precisión extrema. Un manual de costumbres. Desde que había empezado a trabajar en el restaurante, todas las noches activaba la alarma a las siete en punto, a pesar de que una semana trabajaba de mañanas y otra de tardes. Pues todos los días, sin excepción, se despertaba unos minutos antes de escuchar el pitido. Y pensar que unos años atrás ni tenía despertador ni horario que cumplir, ni tampoco una cómoda cama como esa. Se levantó y preparó el desayuno; solo café; no le pasaba nada más. Mientras caldeaba sus manos con el calor de la taza humeante, se asomó al balcón.

La plaza del Tossal carecía de actividad a esa hora del alba.

Ese día tenía turno de tarde/noche, así que había quedado con el marmolista a las nueve, en el Cementerio General para colocar la lápida en el nicho de su madre. No había aceptado ni un solo euro por parte de su padrastro. Ni siquiera había tenido la delicadeza de ofrecérselo en persona; no…, había enviado a su sobrino Juan de emisario. El odio entre ellos era mutuo y denso. De todas formas, recibió una negativa por parte de Andreu. Era lo menos que podía hacer por su madre, ya que en vida no pudo darle apenas nada. En otros tiempos no hubiera podido ni tan siquiera pagarla, ahora podía permitírselo, sin muchos lujos, eso sí, pero estaba convencido de que a ella le habría gustado; sobre todo por la imagen del Arcángel San Miguel que presidía en el centro, del cual, ella era gran devota. Cuántas veces le había escuchado decir que era el enemigo de Satanás y el encargado de ofrecer a las almas la oportunidad de redimirse, colocándolas en una balanza el día del Juicio Final.

Entre sorbo y sorbo se dibujó en su rostro una sutil sonrisa al recordar aquellos años. Con esos recuerdos se metió en la ducha.

Antes de las ocho y media Lluís pasó a recogerlo con su Audi.

—No tenías por qué acompañarme —le dijo.

—¿Cómo que no? —protestó Lluís—. No pensarías que te iba a dejar ir solo. Además, tengo tiempo suficiente hasta la reunión.

—Gracias de todas formas.

Durante el trayecto mantuvieron una conversación fluida y amistosa. Aparcaron frente a la puerta principal del cementerio y se detuvieron en una floristería cercana para comprar dos pequeños ramos de lirios blancos.

Se adentraron en aquellos infinitos pasillos sin decir ni una sola palabra, solidarizándose con el silencio que allí reinaba. Andreu sintió como una especie de ahogo que ocultó a su amigo. No sabía cómo describirlo, era como un mal presentimiento; sin embargo, evitó hacer mención de ello. No quería ser agorero.

Se colocaron frente al nicho de su madre. Eran los primeros en llegar. Al parecer, el hombre de la losa se retrasaba. Andreu se aproximó, le pasó la mano por la pequeña placa, al mismo tiempo que leyó, mentalmente, su nombre. Al dar un paso hacia atrás lo vio. Frunció el entrecejo sin saber cómo interpretar lo que tenía delante. Alguien se había entretenido en pintarrajear, con pintura azul, unos garabatos ilegibles en el yeso, ya tieso como la mojama.

—¡Cabrones! —murmuró—. Ya no respetan ni la paz de los muertos.

Lluís que se había quedado algo rezagado para dejarle cierta intimidad, se aproximó al escuchar sus quejas.

—¿Qué sucede?

—Compruébalo tú mismo ¡Gentuza!

Lluís se fijó en los dibujos de varios tamaños; lo curioso es que todos eran idénticos; una cruz latina con una flecha en el extremo inferior.

—¿Qué sentido puede tener? —preguntó Lluís.

—No sé, el caso es gamberrear.

—Perdonen el retraso —escucharon por detrás. El operario se disculpó mientras apeaba los aparejos de trabajo—. En quince o veinte minutos estará la lápida colocada.

—Espere un momento, no empiece todavía —añadió Lluís, levantando la mano con una seña, luego sacó su móvil de última generación y grabó la imagen de las marcas en su cámara.

—¿Para qué le has hecho una foto? —le preguntó Andreu.

—Pues no lo sé —contestó levantando los hombros—, me he acostumbrado a hacerlo de todo, nunca se sabe.

Ambos desviaron la mirada al trabajador que, antes de iniciar su trabajo, murmuró:

—Otra marcada.

—¿Cómo dice? —le preguntó Andreu, al no entender su comentario.

—Ah, nada…, que no es la primera tumba que me encuentro marcada. No hay más que pasear por el cementerio para encontrarse con más de estas.

Lluís se aproximó, sus palabras le habían suscitado cierto interés.

—¿Se refiere a esos signos? —le preguntó.

—Sí, en efecto —confirmó el hombre señalándolos.

Andreu y Lluís se quedaron perplejos. Los dos coincidieron en la percepción que la persona que se había molestado en hacer semejantes grabados, o tenía mucha prisa o no era muy hábil con el lápiz.

—¿Y dice usted que hay más señales como esta por aquí? —le preguntó Andreu.

—Sí, si yo le contara… Disculpen que les dé la espalda mientras trabajo, es que no puedo entretenerme, he quedado con otro cliente dentro de media hora.

—Claro, claro, lo entendemos —murmuró Andreu.

—¿Sabe lo que significan? —insistió Lluís.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó el hombre sin girarse.

—Le preguntaba que si sabe qué pueden significar esos símbolos — preguntó de nuevo Lluís, acercándose un poco más.

—Me temo que no, y créame usted que yo también tengo curiosidad.

Tal y como les había anunciado, tardó veinte minutos exactos en terminar la faena. A los pocos instantes, recogió el material y se despidió de ellos.

Andreu se aproximó para colocar las flores en los búcaros correspondientes. Luego detuvo sus ojos en la imagen del santo.

—Aquí tienes a tu Arcángel San Miguel, no creo que tú tuvieras muchos pecados que redimir. Estoy seguro que él te habrá colocado en el buen lugar que te mereces.

Por último, a modo de despedida, se llevó dos dedos a los labios y los posó sobre la foto de su madre durante unos instantes.



Capítulo 7

En el centro neurálgico y social de la ciudad los transeúntes caminaban deprisa queriendo llegar a tiempo a sus obligaciones. La fuente de traza circular de la plaza del Ayuntamiento destacaba entre los edificios levantados, en su mayoría, durante la primera mitad del siglo XX, entre ellos, la Casa Consistorial, sede del Ayuntamiento y el edificio de Correos y Telégrafos.

A pocos metros de tan majestuosas edificaciones, en una de esas construcciones, de estilo ecléctico, estaba ubicado uno de los periódicos de mayor peso y antigüedad de la ciudad. Ocupaba dos plantas de extensión en un amplio chaflán con grandes miradores. Dentro de una de sus muchas oficinas alguien bullía en su asiento, carcomida por la impaciencia mientras navegaba en Internet en busca de información. Su mesa era un tapiz de papeles y anotaciones que no le llevaban a ninguna parte. Parecía increíble que ese tema le tuviera sorbido el cerebro y hasta la conciencia desde hacía más de un año, y lo peor de todo era que no había conseguido aclarar sus dudas. Su perspicacia estaba bloqueada y eso le había generado un estado de ánimo que acentuaba su mal humor; además, peligraba, por parte de todos en la empresa, la continuidad de llamarle la Arpía, alias que en un principio le desagradó cuando se enteró, a pesar de que ese apelativo le describía a la perfección; pero que con el tiempo había llegado a hacerlo suyo, y por nada del mundo quería perder fuerza y sustituirlo por la Inútil. De eso nada, sus padres le habían bautizado con el nombre de Victoria, que quería decir ganadora; no por suerte, sino por trabajo y esfuerzo constante, y lo pensaba cumplir al pie de la letra.

Dio el último sorbo al café, solo y sin azúcar, dejando la taza vacía encima de la mesa, pegada a dos más con el poso seco, y cogió un chicle de regaliz para paliar la adicción al tabaco. Así llevaba seis meses, sin probar un cigarrillo, y no sabía por cuánto tiempo más aguantaría. El médico le había dado un ultimátum. El negror de sus pulmones para nada correspondía con sus treinta y cinco años, más bien parecían de una anciana mujer que había fumado toda su vida como un *carretero*. La nicotina le había consumido hasta tal punto que casi rozaba la anorexia. Estaba hastiada de escuchar que, al dejar de fumar, de la noche a la mañana, te ponías cuatro kilos encima. Todo mentira. Ella llevaba seis meses y apenas había aumentado unos pocos gramos. Y lo peor de todo es cómo añoraba el sabor de un cigarrillo rubio, sobre todo, después de *pegar un polvo*.

Las imágenes de la pantalla iban y venían, mientras Victoria se detenía, leía, anotaba, retrocedía y volvía a buscar. En el historial de su ordenador se repetían, una y otra vez, las mismas búsquedas: A.F.C.A.N.I. y su representante mayoritario, Augusto Fonfría, que continuaba en prisión por el delito de cuatro asesinatos: Jorge Ferrer, su mujer Carmen Soler, Marta Subies y Elisa Hurtado.

Había solicitado visitarle infinidad de veces en la prisión de Picassent para poder entrevistarle y sacar algo de información; sin embargo, tan solo había obtenido una retahíla de negativas, al igual que de su hija Erika, que también cumplía condena por ser la causante de la muerte de un policía en acto de servicio.

La misteriosa aparición de los hallazgos encontrados en los Jardines de Viveros, la posible y no demostrada relación de los miembros del Tribunal de las Aguas y esas hermanas Ferrer y compañía que hubiera jurado que estaban presentes en la visita guiada que realizó al recién inaugurado Museo del Palacio del Real. Había tantas incógnitas, que su buen olfato de periodista le decía que había mucha más mierda ahí metida de lo que parecía, y se iba a encargar de sacarla a la luz, salpicara a quien salpicara.



Sara salió de impartir sus clases de yoga, atravesó la calle Burriana en dirección a la Gran Vía Marqués del Turia y paseó por el seto central. Esa mañana no se había llevado el coche; cada vez le era más complicado aparcar, así que decidió caminar y mirar escaparates para hacer tiempo a su encuentro con Alejandra y

tía Rosa. Habían quedado las tres en comer juntas y comentar cotilleos, algo que echaba de menos desde que su hermana se trasladara al piso de Lluís.

Cuando Sara llegó al restaurante, Tía Rosa estaba esperando en la puerta. Después de abrazarse entraron y tomaron asiento en la mesa reservada para ellas.

—Tía, estás estupenda —le halagó su sobrina—. ¿Has ido a la peluquería?

—Gracias hija, esta mañana, aunque me han cortado más de la cuenta —protestó mientras se acariciaba las puntas de la melena—, ya sabes cómo es la profesión, rara es la vez que no se les va la mano con la tijera.

Alejandra hizo acto de presencia por detrás, y ambas se levantaron para saludarse.

—Qué ganas tenía que llegara nuestra reunión de mujeres —pronunció mientras se despojaba de carpetas y bolso, dejándolo todo en la silla de al lado —. ¿Habéis pedido ya?

Sara negó con la cabeza.

El camarero se les acercó para tomar nota.

—Tres copas de vino blanco, por favor —pidió Sara.

—Si empezamos así me vais a tener que llevar vosotras a casa —aclaró Tía Rosa, sonriente.

—No hay problema —mencionó Alejandra, servicial—, yo me he traído el coche. ¿Qué nos cuentas, tía? ¿Cómo está Miguel?

—Estupendamente, un poco resfriado, pero igual de atento, servicial y cariñoso que siempre.

—No hay más que verte —puntualizó Sara—, además, te has adaptado perfectamente al nuevo barrio.

—Yo también lo haría —atajó Alejandra risueña—, estás en una zona privilegiada de la ciudad.

—Sí, y como sabéis he conocido gente nueva: vecinas de allí que coincidimos en la panadería, en el súper o en el ascensor. Y, principalmente, a Salomé, creo que alguna vez os he comentado algo de ella. Tiene un Westy llamado Póker y nos hemos visto cuando lo baja a pasear, es una habladora nata, viuda de un empresario de muebles. Parece que tiene una buena posición económica, vamos, que dinero no le falta. Vivían en Galicia, pero al quedarse sola, porque no tiene hijos, se vino a Valencia. Según me ha contado pasaba largas temporadas aquí y dice que adora nuestra ciudad, la gente y el clima. Reconozco que mi vida ha cambiado, aunque os sigo echando de menos ya que siempre estáis tan ocupadas.

Sara arqueó una ceja.

—No os estoy reprochando nada —aclaró, viendo el gesto de su sobrina—. Yo sé que tenéis vuestras obligaciones.

—Tía —dijo Sara— nos alegramos de que hagas amistades. Has cambiado de vida y las dos sabemos que Miguel está pendiente de ti a toda hora.

Alejandra continuó:

—Sí y no porque nos lo hayas dicho tú, no hay más que verle cómo te habla y cómo te mira. Muchas mujeres quisieran tener un hombre así a su lado.

—No me malinterpretéis, yo no puedo ser más feliz de lo que soy con Miguel. Es un hombre que me da todo lo que yo necesito, le quiero y he querido siempre, vosotras lo sabéis mejor que nadie, es solo que os echo mucho de menos. Antes nos veíamos tan a menudo, siempre hemos hablado tanto entre nosotras que…

—Tía, no te pongas nostálgica —le reprendió Sara con dulzura—. Ahora estamos las tres juntas, eso es lo que importa. Disfrutemos del momento.

—Tenéis razón, ya está bien de hablar de mí. ¿Qué me contáis? —preguntó Tía Rosa feliz de estar las tres juntas—. ¿Cómo va el trabajo?

Sara fue la primera en contestar.

—Yo sin novedades en el frente. Continúo con mis clases de yoga y mis queridos alumnos, y por las tardes sigo en el gabinete de psicología con Lucas que… ¡sí que hay novedad!, se me había olvidado, su mujer está embarazada de nuevo.

—¿Otra vez? —preguntó Alejandra—. ¿Qué es, el tercero o el cuarto? Ya he perdido la cuenta.

—El cuarto —aclaró Sara.

—Pues en los tiempos que corren —replicó Tía Rosa— tener cuatro hijos ya tiene mérito, ya. Y, ¿Jesús?

—Muy bien, nuestra relación va viento en popa, ahora su trabajo lo tiene absorbido; la otra noche le llamaron de un suicidio y se tuvo que ir de madrugada; hace un par días tuvieron que sacar a una familia de okupas de una vivienda y se armó un follón.

—Es su faena, qué le vamos a hacer —añadió Tía Rosa—. Tú ya sabías a lo que se dedicaba, es algo que tienes que aprender a asimilar.

Sara asintió resignada.

—Y, ¿tú, Alejandra? —preguntó su tía.

—Yo, fatal. Ese Ortega, conservador del demonio, me tiene cohibida

totalmente. Nada, que se ha empeñado en que no sea yo en mis artículos, en todos me tiene que poner pegas.

—Y si te buscaras otra empresa —le sugirió Sara.

—Lo mismo me ha dicho Lluís. Así que estoy, profesionalmente, en un momento bastante crítico.

Alejandra se quedó muy seria, y luego de su rostro floreció una chispeante mirada.

—Si no te conociera —añadió su tía—, nos estás ocultando algo, ¿verdad?

—Esta hermana mía siempre con un as en la manga —exclamó Sara, ansiosa.

—Hay algo importante que quiero comentaros —soltó Alejandra de sopetón.

Las miradas de las dos mujeres se clavaron en ella en espera de que continuara.

—Lluís y yo hemos decidido tener un hijo —dijo con el broche de una sonrisa en los labios.

Los gritos de alegría de una y de otra resonaron en el local.

—Me vais a hacer tía — exclamó Sara—. ¡Qué ilusión!

—Lo vamos a intentar, te puedo asegurar que vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos — sonrió con picardía —, a partir de ahí ya no depende de nosotros.

—Cuanto me alegro Alejandra — manifestó su tía emocionada —. Como seas como tu madre no te va a costar nada quedarte embarazada.

—Espero que así sea; como mi profesión no está en el mejor momento, igual como madre sí que funciona.

La tertulia entre ellas se alargó hasta bien entrados los postres. Después se despidieron.



Capítulo 8

Andreu había trabajado desde primera hora de la mañana; por suerte, acababa de terminar su jornada laboral y aún le quedaban unas horas para poder disfrutar de su tiempo libre.

Entró en su casa, satisfecho de sentirse útil; su vida estaba empezando a cobrar sentido, solo echaba en falta las pinceladas del amor, y no es porque no se sintiera querido; desde luego no pensaba en su familia, aunque sí en sus fieles y sinceras amistades, porque como decía el dicho: «La familia te la imponen, los amigos los escoges, o algo así». Qué razón tenían esas palabras en su propia piel. A pesar de todo, echaba de menos una mujer; una pareja con la que compartir ciertas intimidades. Hacía unos años ni se lo hubiera planteado, ya que apenas podía sobrevivir él mismo; ahora, era diferente.

Recordaba en sus años de colegial, en el Instituto Lluís Vives, la imagen de una niña a la que solo veía en el recreo, ya que era un año mayor que él. Aquella sensación que experimentaba cuando la contemplaba embobado, ese nerviosismo cuando la tenía cerca o ese imborrable roce de manos, en la fila, antes de entrar en clase. Aquellos instantes olvidados le habían dejado huella. Algo parecido le había sucedido con Alejandra, a la que admiraba y había aprendido a querer en silencio, y también a respetar por ser la mujer de su mejor amigo. Sin embargo, aquella evocación, aquellos imborrables sentimientos habían vuelto a brotar dentro de él al conocer a Rebeca.

Su primer encuentro fue en el Museo del Palacio del Real; cuando se la presentaron como guardia de seguridad, Andreu no podía despegar sus ojos de ella; su aspecto de piel morena, sus almendrados ojos oscuros y su cabello

abundante, casi siempre, atado en una coleta, su apacible sonrisa y su desmesurada dulzura, le tenían trastornado.

Habían coincidido en numerosas ocasiones, siempre en el trabajo; pero pocas veces a solas, por no decir ninguna, y entre que Andreu desconocía si mantenía alguna relación sentimental seria y que estaba desentrenado en los temas amorosos, había ido transcurriendo el tiempo hasta que, por fin, se había animado a pedirle una cita que expiraba esa misma tarde. Nervioso de ver cómo avanzaba el reloj y ensayando la conversación que iba a mantener con ella, se colocó frente al armario. En esos instantes de indecisión recordó las palabras de sus amigos dándole los consejos a seguir; tomó buena nota de ellos y, unos minutos antes de la hora acordada, se presentó en el café elegido, próximo a la plaza de la Virgen.

Rebeca fue puntual; antes de llegar lo vio de pie, fuera del local, esperándola. Cuando se acercó se dieron un par de besos en la mejilla y se acomodaron dentro.

—Tenía mis dudas de que aceptaras quedar conmigo —fue una de las primeras frases de Andreu.

—Me gusta tu sinceridad, si quieres que yo también lo sea, no me sorprendió; la verdad es que estaba esperando tu cita desde hacía tiempo.

Andreu sonrió, casi ruborizado.

—Vaya ¿tanto se me notaba?

—Llámalo intuición femenina.

—Ya que eres tan franca, se ve a la *legua* que soy novato en estos temas, ¿verdad?

Rebeca asintió y sonrió.

—Yo tampoco soy muy experimentada, no creas. Vivo con mi madre, ella es madre soltera y me tiene leída la cartilla día sí y otro también.

La conversación resultó distendida, intercambiaron confesiones que hacía mucho tiempo que no desenterraban, hasta el punto que se alargó hasta la cena. En tan solo unas pocas horas sabían mucho más uno del otro que mucha gente cercana a ellos.

Andreu acompañó a Rebeca hasta su casa, al principio de la calle Alboraya; se detuvieron unos instantes al cruzar el puente de la Trinidad. Andreu echó un vistazo a la imagen de San Luis Bertrán recordando cuando, subido y agarrado a la estatua, buscaba desesperadamente una de las doce llaves.

—¿Sabías que este puente de la Trinidad es el más antiguo de la ciudad de

Valencia?

Ella negó con la cabeza.

—Recibe ese nombre por el monasterio que hay al otro extremo del río.

—Sabes muchísima historia de la ciudad —le confesó ella, encandilada por su cultura—. Cuando haces las visitas guiadas procuro escucharte siempre que puedo; hablas con tanta seguridad.

Andreu se quedó sin palabras, luego tragó saliva y reaccionó con un ligero carraspeo.

—El próximo día que nos veamos si quieres te cuento más cosas; porque quieres que nos volvamos a ver, ¿verdad? —Andreu cruzó los dedos esperando una respuesta afirmativa.

—Nos veremos este domingo en el museo —contestó, apenas sin darle importancia.

Andreu se detuvo un instante. Se lo estaba poniendo difícil.

—Me refería a una segunda cita.

—Ya lo sé —sonrió ella a carcajadas—. Sí, me gustaría mucho.

Andreu acortó el paso, no quería llegar a despedirse; estaba tan a gusto.

—Hemos llegado —murmuró ella, deteniéndose ante un portal y mirándole fijamente a los ojos.

Andreu se acercó con la intención de darle dos besos como despedida. De buena gana le hubiera besado en la boca, pero se contuvo; sin embargo y ante su sorpresa, Rebeca se le acercó, le dio un beso rápido en los labios y, sin decir ni una palabra, abrió la puerta y desapareció, dejándole sin reaccionar.

Durante el camino de regreso. Andreu no pudo borrarse la sonrisa de su boca. Cuando llegó a casa encendió el televisor, se despojó de los zapatos y se dejó caer en el sofá. La programación a esas horas no era nada atractiva; hizo algo de *zapping*, y aburrido, mientras se planteaba ir a la cama, se quedó dormido, sumergiéndose en una terrible pesadilla, como tantas otras últimamente.

La visión de una austera habitación ocupó su mente. A pesar de la oscuridad reinante, podía percibir la presencia de varias mujeres que, iluminadas por las llamas de la chimenea, trajinaban alrededor de una cama intentando sofocar la angustia de una parturienta que se convulsionaba de dolor. ¿Dónde se encontraba? ¿Quiénes eran esas personas que pasaban por su lado sin verle, convirtiéndolo en tan solo un mero espectador? Las manos maduras de las féminas y sus frases de ánimo no eran suficientes para calmar la angustia que

reflejaba el rostro de esa mujer. Un ahogado grito de dolor se escuchó haciendo temblar gran parte de la estancia. Una de las experimentadas mujeres grito: ¡Ya viene, ya está aquí! Instantes después aparecía la cabeza peluda de un recién nacido. Su madre lloraba y gritaba, reclamando saber su sexo. Unas manos cogieron al bebé y se lo mostraron. Ella se conmovió al ver su inocente rostro, luego miró entre sus piernecitas y soltó un grito de temor al comprobar que era una niña. Una preciosa niña. Estaba a punto de tenerla entre sus brazos cuando el bebé empezó a tornarse amoratado, y sus brillantes ojos se apagaron. Se lo arrebataron ante sus gritos de desespero sin que pudiera llegar a tocarlo. Todo intento de reanimación resultó inútil. Los sollozos de la desconsolada madre mientras apretaba a su bebé contra su pecho, hicieron despertar a Andreu que, sobresaltado, se incorporó en el sofá reclamando qué demonios le estaba sucediendo y ¿quién era esa mujer que se había filtrado en sus sueños?

Cuando Andreu se fue a la cama lo hizo acompañado de las últimas imágenes. Hasta bien entrada la madrugada no consiguió cerrar los ojos con el temor de que la pesadilla continuara donde la dejó; pero no, por suerte durmió reposado hasta la mañana siguiente.



Capítulo 9

Los ocho Síndicos del Tribunal de las Aguas se habían reunido en la Casa Vestuario, como lo iban haciendo con asiduidad en los últimos meses. En compañía de Andreu estaban a punto de desvelar uno de los enigmas que tantos quebraderos de cabeza les había creado.

Entre algunos de los manuscritos habían aparecido ocultos en su interior unos pliegos de un material diferente; al examinarlo con detenimiento llegaron a la conclusión de que eran delicadas hojas de auténtico papiro, el material más noble que procedía del Antiguo Egipto utilizado desde el año 3000 a de C, y que se transportó por todo el Mediterráneo.

Humberto Fernández se tocó la barbilla, miró a Juan Alcázar, Jurado y Síndico de Mestalla, y después de este dar su aprobación añadió:

—Señores nuestras sospechas se confirman favorablemente con un muy deficiente margen de error. Tenemos ante nosotros varios planos de la ciudad de Valencia. Unos planos inéditos hasta la fecha y supuestamente inexistentes.

Todos sonrieron de satisfacción ante un peliagudo trabajo en equipo.

—Tenemos estas láminas de papiro en las que aparece el plano de la ciudad en la época romana y que detalla, con bastante lujo de detalles, la exactitud y perímetro de su muralla; algo impensable tras el descubrimiento de los orígenes de Valentia y la apertura del Museo de la Almoina, donde los alrededores continúan ocultos y con difíciles posibilidades de recuperación. No se puede levantar la ciudad y ponerla patas arriba.

—Aquí se ve claramente el templo —puntualizó Andreu, señalándolo con el dedo índice— donde hoy está la catedral, ahí la posición exacta del circo

romano, aquí las necrópolis…

—Este plano podría despejar muchas dudas —sugirió Jaime Santos, Jurado de Quart.

—En efecto, y también este otro de la época musulmana —continuó Humberto, desplazándose a otro ángulo de la mesa—. Aquí como veis el material ya no era papiro, empezaba a parecerse más al papel.

—¿Cuándo entró el papel en España? —preguntó Andreu.

Fue Lorenzo Alonso, Jurado de Rovella quien contestó:

—Si no recuerdo mal, durante unos 500 años la fabricación del papel estuvo limitado a China, fue expandiéndose por Japón y Asia Central hasta que los árabes lo introdujeron en España, en el siglo XI, estableciéndose en Játiva la primera fábrica de papel europea.

—En este mapa se ve claramente la evolución de la muralla del siglo XI —comentó Adolfo Serrano, Jurado de Mislata—. Esto es un hallazgo sin precedentes.

Todos asintieron.

—Y este otro es mucho más reciente, ¿no? —preguntó de nuevo Andreu, sediento de saber.

—En efecto —respondió Humberto—, este para nuestra sorpresa, está firmado por Antonio Manceli.

Andreu le miró asombrado. Había oído hablar de él.

—Si no estoy equivocado —comentó Andreu, emocionado— a lo largo de la historia de Valencia se tiene conocimiento de dos planos como los más antiguos, el de Antonio Manceli de 1608 y, casi cien años después, el del Padre Tosca de 1704, ¿no?

—Así es, Andreu, aunque del mapa de Manceli no hay otra obra derivada, tal vez porque se realizó en 1608 y estuvo desaparecido, durante casi cuatrocientos años, hasta el año 1992 que salió a la luz tras haber sido comprado a un anticuario y, posteriormente y después de varias negociaciones, vendido al Ayuntamiento, en el año 2001, por 60 000 euros, mientras que el del Padre Tosca sí que aparecen otros posteriores con su mismo modelo de plano. Actualmente esos originales se encuentran en el Museo Histórico Municipal.

—Sí, los he visto —afirmó Andreu.

Tomó el relevo Jaime Santos, Jurado de Quart.

—Aquí tenemos unas copias de esos mapas para poder comparar y ver cómo ha evolucionado y crecido la ciudad. Hemos decidido iniciar nuestras averiguaciones en estos planos, dándole prioridad sobre los demás temas porque después del descubrimiento de Manceli, como antes había comentado Humberto, y después de que los expertos lo estudiaran, llegaron a la conclusión de que, posiblemente, fuera una prueba de imprenta debido a sus tachones y borrones o alguna tirada corta de ejemplares. La incógnita está ahí. Además, todavía ha suscitado más interés al descubrir que hay un segundo ejemplar idéntico en la Biblioteca Apostólica Vaticana de Roma; lo único que los diferencia es que uno de ellos tiene como una especie de tachón donde está ubicada la catedral. Se especula que pudiera encontrarse en algún momento una tercera prueba; pero no se contempla la posibilidad de dar con el mismísimo original.

—Entonces, ¿cuál es este que tenemos en nuestro poder? —preguntó Andreu, casi adivinando la respuesta.

—El legítimo plano de Manceli de 1608 —Humberto sonrió.

Andreu respiró profundamente conteniendo la alegría y murmuró:

—Parece increíble cómo careciendo de medios en aquella época, pudieran plasmar con tanta exactitud las calles, las iglesias, las plazas…

—Sí, tiene una gran valía —alabó Jaime—. El plano de Manceli tiene las casas más apiñadas, e incluso las uniones son más imperfectas. Nos da pie a pensar que lo hizo un aprendiz; sin embargo, Tosca es mucho más perfeccionista en su trabajo, su minuciosidad da por hecho que debió de subir a balcones, campanarios y todo lo que estuviera en su mano para plasmar semejante panorámica. Quizá también se debiera a la diferencia de edad; Manceli creo que podía tener unos 26 años más o menos y Tosca tenía 50, pero hay un dato curioso que une todos los planos que tenemos aquí, independientemente de su antigüedad, y es que todos están plasmados desde el mismo ángulo: el río, cabe pensar, que esa era la mejor perspectiva.

—Por cierto, Andreu, cambiando de tema —añadió Humberto Fernández mostrándole un fino portafolios—, tengo algo más de información de tu árbol genealógico. Nos hemos centrado en la rama de tu padre como nos indicaste.

Andreu abrió los ojos más de lo normal; esperaba ansioso esas palabras, solo que ahora que las escuchaba una sensación de inquietud le oprimía la garganta.

—No ha sido fácil indagar seis generaciones atrás — puntualizó Humberto —, gracias que tenemos el Archivo del Reino que contiene verdaderas joyas de nuestra historia, documentos privados, papeles notariales, escrituras, testamentos

y archivos para conseguir datos de nuestros antepasados, dado que es de carácter público.

Andreu se sorprendió.

—Pensaba que tan solo serían tres generaciones hasta llegar a mi bisabuelo Andreu.

—Ese fue el objetivo que nos encargaste; de hecho, indagar hasta él no ha sido complicado, además siendo síndico del Tribunal de las Aguas como fue durante varios años, teníamos ciertas referencias que nos han abierto las puertas, lo difícil ha sido remontarnos tan atrás.

—Te preguntarás por qué lo hemos hecho, ¿verdad? — preguntó Jaime Santos, Jurado de Quart —. Tu expresión de confusión te delata.

Andreu asintió, tenía el extraño presentimiento de que no le iba a gustar lo que iba a escuchar.

—Hay algo curioso en tus ancestros familiares — retomó la conversación Humberto Fernández —. Nos hemos remontado a seis generaciones, en todas ellas las cónyuges han muerto a una temprana edad; de la descendencia de esas mujeres tan solo han sobrevivido los hijos varones, como podrás comprobar cuando lo estudies con detenimiento; hay un hijo varón por pareja, salvo en la generación de tu padre que tuvo un hermano, mientras que todas las niñas nacidas en ese periodo murieron al poco de nacer. Ninguna sobrevivió más del primer año de vida. En seis generaciones la única hija viva fue tu hermana Marta.

Andreu se despidió de los síndicos con la carpeta debajo del brazo. Su cabeza repetía una y otra vez la frase escuchada hacía tan solo unos instantes: «Todas las niñas murieron al poco de nacer».



Andreu llegó a casa sin entretenerse y empezó a leer los documentos. Llevaba mucho tiempo intentando avanzar en su árbol genealógico, algo imposible en los últimos meses por el empeoramiento de la enfermedad de su madre y posterior fallecimiento; ahora que tenía esa información en su poder hubiera preferido seguir ignorándola.

Desplegó los folios encima de la mesa y leyó el nombre de su padre: Ricardo Subies, al que no tuvo oportunidad de conocer. El destino le privó de su compañía a la edad de tan solo un año. Apareció el nombre de su tío, hermano de

su padre, un tal Agustín Subies que lo poco que sabía de él era por su madre; tan solo que se casó con una mujer judía y vivía en Israel. Nunca lo había visto ni tan siquiera en fotografía; tampoco disponía de su teléfono ni dirección, si es que todavía vivía.

Su madre no perdonó a ninguno de su familia política por hacerle la vida imposible; se deshizo de todo rastro que pudiera tener relación con ellos.

Andreu continuó leyendo hasta detenerse en sus abuelos paternos, que tampoco conoció; después mencionó a sus bisabuelos, tatarabuelos hasta remontarse al año 1755.

Efectivamente, tal como Humberto le había comentado todas las esposas de la familia Subies habían muerto muy jóvenes. Todas menos su madre, que falleció a la edad de sesenta y tres años, aunque con una vida precaria de salud.

Al leer de nuevo todos los nombres, un dato le llamó tremendamente la atención; el nombre de Andreu aparecía en tres ocasiones y cada tres generaciones. No era de extrañar que se repitieran los mismos apelativos en la familia ya que era una costumbre común; pero porqué siempre cada tres veces. ¿Sería una simple casualidad?

A continuación, los ojos de Andreu retomaron los nombres de sus ancestros y corroboró, como le había confirmado Humberto, que todos los descendientes varones habían sobrevivido a lo largo de esas seis generaciones; sin embargo, todas las hembras, salvo su hermana Marta, habían muerto durante su primer año de vida. Al contar mentalmente el número de ellas se quedó horrorizado.

¿Por qué no había sobrevivido ninguna de esas catorce niñas?



Capítulo 10

El día 29 de septiembre Rosa se levantó la primera, se metió en la cocina y preparó un desayuno digno del mejor restaurante. Cuando estuvo todo a punto sacó a su marido de la cama con los ojos tapados y lo sentó delante de deliciosos manjares.

—Feliz día de San Miguel, amor mío —la felicitación la selló con un beso en los labios.

Miguel abrió los ojos abrumado por los detalles de una mesa bien vestida, adornada con un ramillete de margaritas blancas en el centro y dos cubiertos que abrían el apetito a cualquier inapetente.

—Muchas gracias, Rosa, estás en todo. Así es imposible dejar de quererte.

—O sea, que solo estás conmigo por mis manos en la cocina, confiésalo.

—Me temo que así es.

Los dos sonrieron, cómplices del mismo amor, mientras daban fin al festín.

Una hora más tarde y acomodados en el Mercedes de Miguel se dirigieron hacia la pista de Ademuz, dirección Llíria, al Real Monasterio de San Miguel Arcángel.

Era un día muy querido por los lirianos y demás visitantes, que habían copado el municipio para acompañar al santo en la bajada del monasterio. Miguel y Rosa lo venían haciendo como una tradición desde que eran novios, luego lo interrumpieron forzosamente durante más de veinte años mientras él estuvo fuera de España; pero a su vuelta lo habían vuelto a retomar.

Después de que aparcar resultara una verdadera odisea, se abrieron paso entre la multitud ascendiendo por los tramos en zigzag de la cuesta del Tossal de

San Miguel, con el corazón acelerado y las piernas cansadas por el empeño, hasta llegar a la cima de la colina. Luego se detuvieron en el patio con la intención de reponer fuerzas y que el aumento de sus pulsaciones se estabilizara. Desde el mirador la brisa del cerro les acarició el rostro, les revolvió los cabellos y vaporizó los restos de sudor de sus frentes. Se respiraba tanta paz allí arriba que se deleitaron con las vistas panorámicas del Camp de Llíria.

A sus pies se encontraban los restos de la antigua ciudad de Edeta; cuántos hechos históricos habían acontecido en esas tierras, convirtiéndose en la cuna de los pueblos que hoy formaban las comarcas labradoras de Valencia.

La pareja atravesó la puerta del monasterio, de estilo rococó, subió por la empinada escalera y se adentró en la iglesia. La escultura de San Miguel presidía en el centro del altar. Rosa se santiguó y juntos se abrieron hueco en uno de los bancos.

El Arcángel San Miguel, llamado Príncipe de la Milicia Celestial, era uno de los cuatro arcángeles principales de la Iglesia Católica, considerado como el protector del pueblo de Dios, de ahí, que se le representara como un ángel guerrero, con armadura de plata y una espada en la mano, batallando contra las fuerzas del mal, Lucifer.

Miguel inició los conocimientos sobre la historia de ese eremitorio en su época de estudiante y recordaba como en compañía de Don Camilo, uno de sus profesores, natural de Llíria y amigo de la familia, lo había traído de excursión en numerosas ocasiones, enseñándole las entrañas de ese monasterio, convertido en uno de los más importantes de la Comunidad Valenciana.

Después de comer le propuso a su mujer saludar a su antiguo maestro. Un octogenario al que apreciaba y del que había perdido el contacto durante más de treinta años, hasta que el año anterior en la misma fecha decidieron hacerle una visita, desconociendo si todavía seguiría con vida. Su sorpresa y alegría fue que se encontraba impedido en una silla de ruedas y lleno de achaques, pero con la lucidez y memoria de sus mejores tiempos, cosa que agradó a Miguel, y juntos recordaron anécdotas de una época pasada.

El día trascurrió entre rezos, procesiones, fiesta y verbena. Ya prácticamente había anochecido cuando Miguel y Rosa entraron en su casa. Ella se descalzó; estaba muerta de cansancio, pero satisfecha, había sido una intensa jornada.



En el Museo del Palacio del Real las colas de visitantes parecían no tener fin. La noticia había corrido, de boca en boca, y en menos de un mes habían superado todas las expectativas esperadas.

Andreu había perdido la cuenta de las veces que había descendido a sus pasadizos y repetido la misma historia. Reconocía que disfrutaba en el papel de guía, mostrando sus conocimientos, aunque lo que más le complacía era ver a Rebeca con su uniforme de seguridad y su embaucadora sonrisa.

Terminaron la jornada al mismo tiempo, y Rebeca accedió a la invitación de Andreu de comer en su casa. Juntos trajinaron en la cocina como si llevaran años haciéndolo, abrieron una botella de vino tinto que degustaron mientras se terminaba el asado y compartieron chismes del trabajo e intimidades.

A la hora del café se sentaron en el sofá. Andreu se quedó mirándola.

—Lo que daría porque todos los días fueran como este —le susurró.

—¿Te refieres a la comida? —dijo ella con picardía.

—Me refiero a tenerte aquí, a mi lado, “siempre”.

—Eso tiene fácil solución, invítame a comer todos los días.

Andreu la rodeó entre sus brazos y la besó llenándola de caricias. Rebeca se dejó llevar. Tanto tiempo deseando ese momento, y por fin había llegado. Él se levantó, la cogió de la mano y la guio hasta la habitación; tendidos sobre la cama se desnudaron entre arrumacos y besuqueos, gozando del sexo y confesándose su amor.

Abrazados y saciados de placer cayeron en un estado de somnolencia que les dejó indefensos; en una paz interior, en la que no eran conscientes de sus actos y la mente viajaba por iniciativa propia. Andreu se sumergió en las profundidades del abismo, se vio en un lugar desconocido, ni bueno ni malo, simplemente difícil de explicar. A su derecha se desplegaba un abanico de colores cálidos, brillantes, vivos, semejantes a un arco iris, mientras que a su izquierda predominaba la niebla enturbiando los tonos parcos, desde el gris al negro. Había un escalofriante silencio, como el preludio de alguna desgracia, de alguna sangrienta batalla. Él estaba en esa delgada línea de separación de esos dos mundos tan opuestos, en tierra de nadie, inmóvil, sin saber qué hacer o qué decir. De repente, estalló un ruido infernal y el suelo se movió provocando que Andreu se tambalease hacia un lado. Entonces fue cuando lo percibió; a ambos lados tenía una profunda sima. Un abismo interminable. ¿Cómo había llegado hasta allí? — se preguntaba atemorizado, restableciendo el equilibrio—. El estruendo se hizo más intenso, tanto que Andreu tuvo que taparse los oídos para ver, con

espanto, como de la niebla emergían unos seres deformes acompañados de luces negras; del otro lado aparecieron cientos de puntos de luces doradas; ante sus ojos se desató una lucha indescriptible. Andreu, horrorizado, intentaba esquivar los impactos de esos monstruos que, aunque no le atacaban a él sí peligraba que pudiera caer por el precipicio. Súbitamente y ante sus temores, un coletazo inesperado le golpeó la espalda lanzándole al vacío. Andreu gritó y gritó en aquel pozo oscuro; a medida que caía le pareció distinguir unas pinceladas de rojo vivo, que crecían haciéndose más intensas hasta que supo, sin lugar a dudas, dónde se dirigía. Aquello eran las puertas del mismísimo infierno.

—Andreu, Andreu, despierta — le gritó Rebeca, achuchándole — no me asustes, por favor.

Él abrió los ojos espantado de las visiones que había presenciado y que le empezaban a preocupar.

—Tranquila, tan solo ha sido un mal sueño — murmuró sudoroso.

Rebeca le abrazó.



Capítulo 11

Había entrado el mes de octubre pasado por agua. Valencia, que se caracterizaba por su buen clima, llevaba dos semanas que apenas veía el sol. Esa mañana Sara escuchaba la radio algo alarmada, mientras preparaba el desayuno. Informaban que se avecinaban abundantes lluvias por el Mediterráneo, donde ya habían causado verdaderos estragos en las Islas Baleares, y en pocas horas llegarían a la Comunidad Valenciana.

Por unos instantes no pudo evitar recordar la escena que le tocó vivir unos años atrás en la Iglesia de San Juan del Hospital; aquella inolvidable noche de tormenta en la que se quedó atrapada en aquel agujero de tierra, y que le costó casi una pulmonía. Todavía se le erizaba el vello solo de pensarlo.

Sara continuó prestando atención a las noticias. Las autoridades habían activado la alerta naranja ante la inminente Gota Fría que se preveía, y además Jesús ya le había puesto al corriente sobre las medidas que estaban tomando en el cuerpo de bomberos y de policía para paliar semejantes previsiones atmosféricas.

—Menudos días nos esperan —murmuró Jesús.

—Ten cuidado —añadió Sara, sonándose la nariz—. Qué poco me gusta la lluvia cuando lo hace así, sin control, y encima con este tiempo me he constipado.

—Espero que no sean pocas todas las medidas de precaución que se van a tomar. Deberías meterte en la cama y descansar, hoy que puedes.

—Imposible, he quedado con Alejandra para ir de compras esta mañana, ya sabes lo complicado que es coincidir últimamente.

—Como quieras.

—¿A qué hora llegaste anoche? —le preguntó ella.

—Pasada la una. No quise despertarte, estabas tan a gusto. Te di un beso y ni te enteraste. Me encanta verte durmiendo.

Ella se acercó y le besó.

—Este es por el de anoche que me perdí.

Sara se sentó frente a él con la taza de café con leche caliente entre las manos.

—¿Al final fue un suicidio el hombre que apareció ahorcado cerca de aquí?

—Sí, estaba casado y con dos hijos. Su mujer es maestra de un colegio público y mantenía una relación sentimental con el director del centro. Estaban en plenos trámites de divorcio. Según los interrogatorios de los más allegados, estaba desesperado, se le había agriado el carácter y se había hecho más introvertido.

—Motivos tenía desde luego.

—Sí, por eso el caso ya se ha cerrado.

—Y ¿sabéis por qué estaba desnudo?

—No exactamente, a veces la angustia de una persona le lleva a cometer actos poco sensatos. Si supieras los casos raros que aparecen por ahí.

—¿Sabes algo del robo de la joyería en la calle la Paz? —le preguntó ella—. No puedo creerme que haya muerto el dependiente que nos atendió con los anillos de compromiso. Con lo atento y buen profesional que era.

—Deja viuda y tres huérfanos. Esta vida está llena de injusticias, en mi profesión te das cuenta de que es así.

—Esta puta sociedad materialista —murmuró Sara, asqueada—. ¿Hoy también vendrás tarde?

—No, hay partido Barça/Madrid y he quedado con Lluís en verlo juntos en el bar.

—Pues que os aproveche, yo esta tarde tengo clase de aikido, y después me bajaré con mi hermana y veremos alguna de esas películas que nos gustan a las dos.

—Románticas…

—Sí, porque de policías ya tengo bastante con el de casa —dijo en tono de guasa.

Jesús se levantó y llevó su vaso al fregadero. Después le dio un beso a Sara y se marchó.

Sara se arregló y bajó al piso de su hermana, a pesar de no tener muchas ganas de patear tiendas.

Fue Lluís quien le recibió, al abrir la puerta junto con Thor.

—Hola, cuñada, ¿preparada para gastar dinero?

—Espero que sí, porque no siempre que voy de compras encuentro lo que quiero —añadió ella después de sonarse la nariz.

—Las mujeres sois únicas en eso —comentó con guasa.

—¿Mi hermana está lista? —preguntó Sara al no verla.

—Sí, está en el baño, saldrá enseguida. A ver si le animas —le susurró en voz baja— porque…

Alejandra apareció en el salón, interrumpiendo la conversación de Lluís.

Sara torció el gesto al no terminar de entender la frase de su cuñado.

—¿Nos vamos? —preguntó Alejandra, dirigiéndose a su hermana.

—Sí, claro —contestó Sara—, espera que tire el clínex a la basura que estoy cogiendo un tabardillo de mucho cuidado.

Sara se metió en la cocina, y al abrir la tapa del cubo se tropezó con un test de embarazo usado. No necesitó comprobar su diagnóstico, ya que por la expresión en la cara de su hermana y el semicomentario de Lluís podía adivinar su respuesta.

Ya en la calle, Sara no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada, hoy no tengo un buen día —le contestó, esquivándole la mirada.

Sara se detuvo delante de ella.

—Sin querer he visto el test en la basura.

—Pues entonces ya te lo imaginas —contestó en voz baja.

—Alejandra, no te sugestiones, sabes que esas cosas llevan su tiempo.

—Lo sé, lo sé, —respondió, moviendo la cabeza de un lado a otro—, pero sabes lo puntual que he sido siempre con mis reglas. Se puede decir que desde mi primera menstruación no me ha fallado nunca, y este mes llevaba una semana de retraso, por eso empecé a hacerme ilusiones.

Sara percibió el escozor del dolor en sus palabras.

—Sigue intentándolo, no te desanimes, eso es lo peor que puedes hacer — que más le podía decir — como dice Tía Rosa «El que la sigue, la consigue».

Alejandra le miró con un brillo especial en los ojos.

—Gracias.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites: reír, llorar, irnos de juerga, de compras, lo que quieras.

Alejandra le abrazó.

—Lo sé. No será porque no lo estemos intentando. Estamos follando más ahora que en nuestra luna de miel. Lluís está muy contento, dice que: «bebé no sabe si tendremos o no, pero disfrutar del sexo estamos disfrutando "a tope"».

Las dos hermanas se unieron en mutuas carcajadas.



Victoria Quirós llegó al aparcamiento de la cárcel de Picassent con tiempo suficiente para su encuentro con Augusto Fonfría. Aunque sus rasgos inexpresivos no delataban su entusiasmo, su sangre hervía por sus venas con signos de alegría.

Todavía no era consciente de la realidad, ya que en sus más altas expectativas había deseado esa cita con él. A pesar de sus insistentes cartas y llamadas telefónicas, con su acreditación siempre por delante, solicitándole una visita y anteponiendo su interés por desenmascarar qué y quienes se escondían detrás de ese monumental tesoro encontrado en el Palacio del Real, siempre había obtenido negativas por parte del accionista y empresario.

Hacía unos días, para su sorpresa, que había recibido tan esperada llamada del propio señor Fonfría, al que admiraba por el inmenso imperio que había logrado cosechar a lo largo de su carrera, accediendo a su petición, y contando con la aprobación de recibir visitas por parte de la Dirección del Centro Penitenciario.

Victoria cogió su mochila y salió del coche. Disponía de tan solo cuarenta minutos para ganarse su confianza y formularle las preguntas que llevaba amasando tanto tiempo. Con paso firme, atravesó los pertinentes controles de seguridad hasta que le condujeron a la sala del locutorio, compuesta por una hilera de pequeñas cabinas blancas. Entró en el número indicado, cerró la puerta y se sentó en la única silla de plástico que allí había.

A los pocos minutos, un hombre con el uniforme de la prisión se sentó al otro lado. Al principio no lo reconoció, la imagen que tenía en mente de Augusto Fonfría era de un hombre elegante, siempre impecablemente vestido, con un

cabello oscuro peinado hacia detrás, bronceado por el sol y con un aspecto saludable. Sin embargo, el varón que tenía delante parecía la sombra de quien fue. Su pelo canoso, su indumentaria y su piel arrugada le habían puesto al día con respecto a su edad, antes camuflada por el poder del dinero.

Victoria, restablecida de la inicial impresión, carraspeó antes de pronunciar sus primeras palabras.

—Antes de nada, quisiera darle las gracias por concederme esta visita.

—Y yo, antes de nada, quiero advertirle señorita Quirós, tal y como le comenté por teléfono, que cualquier comentario fuera de aquí sobre mi aspecto o sobre nuestra conversación le puede llevar de patitas a esta misma cárcel. Puede estar segura de ello.

—Lo sé y puede estar tranquilo, se lo aseguro. Aunque mi profesión es la de periodista, no me recreo en cotilleos de ese tipo. Mi intención es mucho más laboriosa, como le he explicado en mis misivas.

—Muy bien, aclarado ese punto podemos continuar. ¿Qué quiere saber, señorita Quirós?

Ella respiró con naturalidad. La conversación llegaba al punto tan esperado para ella. Una a una le fue formulando todas sus dudas hasta que dejó el tintero seco. Tenía más información de la que esperaba, saciando su curiosidad, y además enfocada hacia la dirección que ella sospechaba. Se despidió del señor Fonfría en el minuto treinta y ocho, con el acuerdo de repetir la visita en alguna otra ocasión. Lo vio desaparecer con paso tranquilo, como quien tiene asumida su condena, o quizás como quién tiene la convicción de que no va a pasar mucho más tiempo allí.

Camino del coche Victoria sonrió, su corazón brincaba de alegría, ¡lo que hubiera dado por tener un cigarrillo cerca para poder celebrarlo! En su lugar, rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y se metió un chicle de regaliz en la boca.



Capítulo 12

El día de Todos los Santos amaneció tranquilo y libre de nubes. El sol se abría paso después de varias jornadas grises provocadas por la temida Gota Fría, que había dejado a su paso numerosos destrozos y pérdidas millonarias en el litoral mediterráneo.

En la plaza del Tossal, en el chaflán de uno de los antiguos edificios, en el segundo piso, Andreu llevaba varias horas despierto, sentado en la cama. La pesadilla de hacía unas horas le había dejado conmocionado, ya que ese sueño había sido diferente a los demás. Todos eran terribles y distintos, llenos de escenas sin sentido, pero así eran los sueños de irreales; sin embargo, ¿por qué tenía la extraña sensación de que intentaban decirle algo? ¿Qué le estaba sucediendo?

Hurgó en su mente buscando una explicación, una relación aparente; intuía que sí que la había, solo que no era capaz de encontrarla. Trató de rememorar detalles, y cerró los ojos como reanudando aquella presión psicológica, aquella sinrazón tan dispar que le estaba volviendo loco; y en su oscuridad apareció la visión de aquellas bestias diabólicas, con grandes alas y cuerpos semihumanos que le habían perseguido y atormentado esa noche. Andreu abrió los ojos de golpe. Durante su alucinación desconocía de qué engendro se trataba, pues el miedo le había bloqueado los sentidos; ahora, más sereno y con la capacidad de razonar, les ponía rostro a esas figuras que había visto apostadas en los cuatro extremos del Puente del Reino.

Rápidamente cogió el móvil y buscó en Internet. En efecto, las esculturas de bronce del puente aparecieron al instante, exactamente igual como se habían

infiltrado en su sueño, pero con vida propia. Su aspecto era similar al de las gárgolas, aunque desechaba esa definición; más bien eran guardianes alados de aspecto demoníaco. Unas figuras masculinas, pues tenían pene, representando al ángel caído, con cabeza de felino y alas de águila.

Andreu dejó el móvil encima de la cama y se levantó. Quería aparcar esos pensamientos que le entorpecían la coherencia y le dejaban tan mal sabor de boca. Se metió en la cocina, desayunó y después de arreglarse se dirigió a la calle Quart. A pocos metros de las torres se detuvo frente el portal de Sara y Alejandra; inconscientemente, su mente retrocedió unos años atrás y se vio merodeando por allí con el aspecto de indigente.

Una voz a su espalda le sacó de aquellas visiones.

—¿Llevas mucho rato aquí? —le preguntó Lluís.

—Hola, no, acabo de llegar. ¿Ya estáis listos?

—Casi, ahora bajan las mujeres de la casa.

Jesús salió del patio y saludó a Andreu. Seguidamente aparecieron las hermanas Ferrer.

Los cinco se subieron en el coche de Lluís y se dirigieron al Cementerio General. Allí habían quedado con Miguel y su mujer.

Aparcaron en el descampado frente a la puerta principal. Entremezclados con la gente, anduvieron por los interminables pasillos admirando la arquitectura de aquel museo del silencio, como lo llamaban algunos, ese espacio de soledad donde panteones construidos como verdaderas obras de arte acogían los restos de las familias más pudientes de la ciudad.

Muchos nombres emblemáticos que habían dejado su huella a lo largo de la historia, habían encontrado allí su lugar de descanso, porque la muerte no entiende de posiciones sociales ni tampoco de sexo ni de raza.

El despliegue floral, mayoritariamente naturales en esa fecha, adornaban con su colorido, ofreciendo diversos perfumes que los acompañaron en su recorrido. A pesar de los muchos años que Tía Rosa y sus sobrinas llevaban visitando el cementerio, siempre descubrían lápidas nuevas, aun siendo centenarias.

La cita con la tumba de Jorge Ferrer y Carmen Soler en ese día tan señalado, se había convertido en una tradición que ninguna de las tres quería olvidar, a pesar de haber trascurrido veintisiete años desde su defunción.

Jesús Valdés también tenía a alguien muy querido en aquel silencioso lugar. Su padre había fallecido en acto de servicio por culpa de un indeseable, un asesino que disparó contra él quitándole la vida el mismo día en que su hijo

ingresaba en el cuerpo de policía. Un hecho que le marcó durante muchos años y que le costó superar.

—¿Estás bien, Jesús? —le preguntó Sara, al verlo como distraído.

—Sí, cariño, estoy bien —él le cogió de la mano.

—¿Quieres que vayamos primero a ver a tu padre?

Él asintió.

Sara se acercó a los demás y les dijo:

—Adelantaos vosotros, ahora nos vemos.

A los pocos instantes, Jesús y Sara se perdieron de vista.

Cuando Andreu, Lluís y Alejandra llegaron al nicho de sus padres, ya estaban allí Miguel y Rosa. Esta les daba la espalda, afanada en poner su toque personal a los ramos de flor natural.

—Tu tía está disgustada —le susurró Miguel a Alejandra en cuanto la vio llegar.

Alejandra no entendía el motivo.

—¿Por? —murmuró.

—Ah, ¡Ya estáis aquí! —dijo Rosa con retintín al verlos—. ¡La última vez que lo hago! ¡La última vez!

—¿Qué ocurre tía? —le preguntó su sobrina.

—Que, ¿qué ocurre? Pues que no me tengo que dejar llevar por nadie. Os hice caso de contratar a una mujer para limpiar la lápida y que le colocara las flores que yo le dije, y mirad —dijo, señalándola— menudo aseo le ha hecho, ¡un lavado de cara! ¡Ah!, y encima le ha puesto la mitad de las flores que le pedí. Seguro que se ha embolsado el dinero sobrante: y no me costó barata, pero se lo pienso decir, ¡pues sí señor! La última vez, la última vez, ¿me oís?… mientras yo viva seguiré haciéndolo yo. ¿Os queda claro a todos?

El rapapolvo los dejó sin palabras. Sus sobrinas la habían convencido, pensando que era lo mejor; pero a la vista estaba que nadie, salvo ella, podía hacerlo bien.

Los ánimos de Rosa se habían calmado cuando Sara llegó con Jesús. Juntos visitaron las lápidas de sus abuelos, y después acompañaron a Andreu a ver la tumba de su madre.

Anduvieron por aquella miniciudad, separados en dos grupos; primero iban las mujeres y detrás los hombres.

Andreu les iba relatando las pesadillas que había tenido últimamente, en especial la de esa misma mañana en las que las esculturas del Puente del Reino

habían cobrado vida.

—¿No habrás leído algo relacionado con el tema? —puntualizó Miguel, procurando darle algún sentido lógico—. Hay leyendas y cuentos sobre ellas.

—No, Miguel —negó Andreu—. ¿Y qué me dices del sueño de la parturienta y del infierno? Son cosas que no tienen sentido.

—Todos tenemos malas rachas —agregó Jesús, restándole importancia.

—Joder, Andreu, a mí no me invites a tus sueños, tío —comentó Lluís con guasa.

Jesús sonrió.

El grupo de féminas se detuvo frente al nicho de la difunta Matilde. Fue Sara la primera en darse cuenta y poner el grito en el cielo.

—Andreu, ¿has visto esto?

El grupo masculino dejó a un lado sus bromas y prestó atención a la alarma de Sara.

Andreu se aproximó, seguido de Lluís, centrándose en la pieza de mármol gris.

—¡Serán cabrones, otra vez! —murmuró Andreu, malhumorado.

Todos fijaron su atención en el símbolo que alguien se había entretenido en hacer con pintura azul.

Lluís sacó su móvil y escudriñó en su galería de imágenes. Cuando encontró lo que buscaba, lo aproximó y comprobó que era el mismo signo que había antes de que añadieran la lápida; hasta juraría que estaba hecho por la misma persona: una cruz latina con una flecha en la parte inferior.

—Es el mismo —murmuró Andreu.

Miguel se acercó para verlo con más claridad.

—Ese signo me recuerda a algo —dijo, hurgando en su cabeza. Siempre había presumido de tener muy buena memoria; pero últimamente empezaba a fallarle. No quería preocuparse, sería la edad—. Estoy seguro de que lo he visto antes, y no logro ubicar su procedencia.

—Pero ¿qué sentido tiene pintar esto aquí? —reflexionó Jesús en calidad de detective—, y además, repetirlo en dos ocasiones.

—Aunque ahí no acaba la cosa —intervino Alejandra—, diles Lluís lo que os dijo el hombre que instaló la losa.

—Lo había olvidado. Nos dijo que no era la primera marca que veía en el cementerio. Que hay más como esta.

—¿De verdad? —Rosa se santiguó.

—Pues yo no he visto ninguna —terció Sara—. ¡Qué misterioso!

—Igual estas marcas son el sello de algún grafitero. No nos descarriemos del tema —sugirió Miguel con la sensatez por delante—. Hablemos con propiedad.

—No sé por qué dices esa tontería, Miguel —protestó Rosa—. No digo que no puedas tener razón; pero después de los hechos y aventuras que hemos pasado ya no dudo ni dejo de creer en nada, y tú deberías de hacer lo mismo. ¿Acaso tenía lógica lo que nos tocó pasar?

Miguel recapacitó. Rosa tenía razón, habían vivido experiencias inexplicables.

—Andreu —pronunció Alejandra—. ¿Has visitado alguna vez la tumba de tu padre?

—Pues si he de ser sincero, desde que era un niño no he vuelto a verla.

—¿Está enterrado en este cementerio? —preguntó Lluís.

Él asintió.

—¿Sabrías encontrarla? —Alejandra estaba muy interesada.

—No lo sé, puedo intentarlo. ¿Por qué?

—Pues no lo sé, es por descarte. Sería una manera de saber si ese signo está hecho por casualidad o a conciencia, siguiendo unos patrones. Si lo tienen más miembros de tu familia o ha sido al azar. Es una simple intuición.

—Pues si es una intuición de mi mujer, hay que llevarla a cabo —alegó Lluís, sonriente.

—Muy gracioso —susurró Alejandra.

—¿Queréis que la busquemos ahora? —preguntó Andreu.

—¿Por qué no? —contestó Sara, uniéndose a la cruzada de su hermana. ¿Tenéis algo mejor que hacer?— preguntó a los demás.

Todos negaron con la cabeza, unos más convencidos que otros, a fin de continuar con esa contienda.

Andreu retrocedió en el tiempo. Su memoria cabalgaba a gran velocidad, buscando en los recovecos de su mente la ubicación de la tumba de su padre. Rescató varias imágenes, y recordó varias frases escuchadas por boca de su madre.

—Recuerdo que mi madre me contó, que a mi padre lo enterraron en la misma sepultura de su madre, que al parecer murió muy joven. Y dado que mi abuelo no tenía buena relación con su nuera, fue él quien se encargó de todos los preparativos del funeral, dejando a mi madre, su viuda, a un lado.

—¿Sabes el motivo de por qué no se llevaban bien? —le preguntó Rosa.

—No exactamente —contestó Andreu—. Ella nunca dio detalles, y mi hermana Marta y yo éramos demasiados pequeños para plantearnos un por qué. Después, al unirse con mi padrastro, ese tema quedó zanjado.

—Y, ¿tienes idea de dónde se puede encontrar esa tumba? —preguntó Sara, ansiosa.

—Creo haber ido dos veces en mi vida, y desde luego mi corta edad no me sitúa en el lugar exacto, aunque sí recuerdo que estaba próxima a una columna muy alta con una cruz en lo alto.

—¡Una cruz en lo alto! —exclamó Miguel—. Podría ser el monumento a los muertos del cólera. Si es él, está en el Patio de Columnas. Siempre me llamó la atención ese lugar. La cruz representa las cinco epidemias por las que pasó Valencia, y en las que murieron miles de personas. Tantas, que se habilitaron fosas comunes para enterrar a los muertos.

—Sé cuál es, Miguel —intervino Alejandra—, alguna vez la hemos visto, ¿verdad Sara?

Su hermana movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, siempre nos gustó ese patio —alegó Sara—, es como remontarse a la época romana.

—En efecto —continuó Miguel—. A mediados del siglo XIX se les quedó pequeño el cementerio y aprobaron su ampliación, empezando con el patio compuesto por unas 170 columnas; solo que, al terminarlo, se gastaron los fondos de que disponían y el resto del cementerio se quedó sin presupuesto y sin columnas.

—Es cierto —afirmó Andreu sonriente—, recuerdo que también había columnas y era un panteón familiar.

Anduvieron por los inmensos corredores con el sol sobre sus cabezas, hasta que divisaron el mencionado obelisco.

Todos se colocaron a sus pies. Andreu levantó la cabeza y comprobó que estaban en lo cierto. En la cima de esa gran columna se erigía una inmensa cruz; más abajo, un búho con las alas abiertas, como símbolo de la noche, la oscuridad y la muerte.

—¿A qué esperamos para empezar a buscar? —preguntó Lluís impaciente.

Decidieron separarse por grupos en las cuatro esquinas del patio. Pasaron por numerosos nombres de fallecidos; pero el apellido Subies no entraba en ellos hasta que Sara se detuvo y alertó a su hermana y al resto. La habían encontrado.

No tardaron en reunirse todos frente a él con la misma incógnita.

Andreu centró los ojos en la fotografía de su padre. Su imagen recobró la nitidez, perdida tras permanecer borrosa en su retina más de veinte años. Leyó en voz baja: Ricardo Subies Casas, fallecido a los treinta y tres años.

¿Qué hubiese sido de su vida y la de su familia si no se hubiese muerto tan joven? —se preguntó en silencio. No valía la pena hurgar en el pasado si no iba a obtener una respuesta.

En el lado derecho del panteón, acompañando al nombre de su padre, había cuatro más: dos femeninos y dos masculinos. Andreu hizo un repaso mental, visualizando el árbol genealógico que tenía colgado de una de las paredes de su casa. Los cuatro nombres coincidían a la perfección, lo cual confirmaba que su padre se encontraba con sus padres y sus abuelos. En ese panteón, de no grandes dimensiones, estaba enterrado su bisabuelo Andreu Subies Cuñat, antiguo síndico del Tribunal de las Aguas.

Lo que verdaderamente les llamó la atención fue que en la parte izquierda había una lista de seis nombres femeninos.

—¿Quiénes son esas mujeres? —preguntó Sara.

—Di más bien quiénes son esos bebés —rectificó Alejandra, horrorizada.

—Es cierto —afirmó Lluís—, fijaos en las fechas. Todas las niñas fallecieron en el mismo año de su nacimiento.

—Dios, ¿qué les pudo suceder? —murmuró Alejandra, sumamente afectada.

—Pertenecen a dos generaciones —aclaró Andreu—. Tres de ellas hubieran sido las hermanas de mi padre, y las otras tres las hermanas de mi abuelo. Humberto me comentó, cuando me entregó los datos de mis antepasados, que en seis generaciones tan solo habían sobrevivido los hijos varones.

—Eso es una verdadera desgracia —comentó Rosa, impresionada.

—Convendría saber si había alguna enfermedad hereditaria, o algo similar que pudiera ser la causa de ello —comentó Miguel sin muchos más argumentos.

—Por otra parte —intervino Jesús, rodeando el sepulcro—, no parece que haya ninguna marca como la que estamos buscando.

—Si es así me quedo más tranquilo —respiró Andreu—, lo cual nos lleva a presuponer que nada tiene que ver con la familia de mi padre.

Rosa se acercó para ver las flores que había en la jardinera, y observó que eran de tela, y que nadie las había repuesto en mucho tiempo. Al aproximarse murmuró:

—Esperad un momento y no cantéis victoria tan pronto. Creo que ese signo

que estamos buscando lo está tapando el ramo, y además por triplicado.

—¿De veras? —Alejandra se acercó, y retirándolo a un lado dejó al descubierto tres copias idénticas a la que estaban buscando.

—Y del mismo color azul —susurró Sara con los ojos como platos—. Están deterioradas por la intemperie, pero se ve claramente que son las mismas.

El rostro de Andreu palideció. Jesús y Lluís murmuraron algo que no logró entender; solo sabía que no le gustaba nada lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué los signos? —preguntó Sara, totalmente intrigada.

—Eso es lo que nos gustaría saber a todos —terció Lluís.

Jesús tomó la palabra.

—Deberíamos buscar si hay más símbolos en otras tumbas, y descubrir qué relación puede existir entre ellos. Yo haré las averiguaciones pertinentes en la comisaría por si alguien se ha quejado denunciado estas marcas o algo por el estilo.

Una vez más, Andreu se sintió arropado por las personas que le habían demostrado su lealtad.

—Estoy de acuerdo, Jesús —apoyó Miguel algo confundido.

Rosa tragó saliva. La situación le estaba empezado a resultar incómoda.

—¿No sabrás si están enterrados en este cementerio alguien más de tu familia? —preguntó Miguel—. Convendría comprobar también tus antepasados por la rama de tu madre.

—Pues no lo sé —añadió Andreu—. La verdad es que desconocía que estuvieran aquí también los restos de mis bisabuelos. Ha sido toda una sorpresa.

—Esto se pone interesante —murmuró Lluís que no salía de su asombro.

—Por suerte —añadió Andreu—, tengo, aunque incompleto, el árbol genealógico de mi familia, y dispongo de nombres, apellidos, fechas de nacimiento y defunciones.

—Estupendo, eso nos facilitará el trabajo — apuntó Jesús —, así que manos a la obra.



Capítulo 13

Andreu había dormido a trompicones. Se había despertado muchas veces y con sueños que no conseguía recordar. Levantado desde antes de que amaneciera y colocado frente al panel familiar de sus antepasados, intentaba dar con la solución a un enigma que crecía a medida que pasaban los días. Repasó por enésima vez todos los acontecimientos, partiendo del entierro de su madre. Cogió una libreta y anotó todo lo que le pareció importante, incluyendo las pesadillas que le habían atormentado últimamente. Tenía el extraño presentimiento que tenían relación con todo lo que estaba sucediendo en su entorno, solo que no sabía ni por dónde empezar a indagar. En una lista colocó los parientes paternos, y en otra los maternos. Tachó los que habían encontrado en el panteón el día anterior, con el objetivo de dejar bien visible el resto y localizar el lugar donde estaban enterrados los demás, hasta que recibió la llamada de Alejandra para ir juntos a la Casa Vestuario.

Salieron de su casa y caminaron por la calle Caballeros hasta llegar a la plaza de la Virgen; después, tras introducirse por el pasadizo de la finca colindante, ya protocolo habitual, llegaron al habitáculo de los manuscritos. Humberto estaba frente al mapa de Manceli que había robado su total atención.

Minutos después se giró para saludarlos.

—No te veo buena cara, Andreu.

—Lo mismo le he dicho yo —añadió Alejandra— cuando le he visto esta mañana.

—Será porque no he pegado ojo en toda la noche —aclaró Andreu.

—¿Se puede saber a qué se debe ese desvelo? —le preguntó Humberto, muy interesado.

—A los dichosos signos que hemos encontrado en la tumba de mi madre y en el panteón familiar de mi padre.

—¿Signos? —preguntó el presidente del Tribunal de las Aguas frunciendo el ceño—. No tenía noticia de algo así.

—Es que al principio carecían de importancia —masculló Andreu—. Pero ya no sé qué creer.

—Andreu, coméntales las pesadillas que has tenido en estos meses —le incitó ella.

Ante su explicación, los demás síndicos que estaban desperdigados por la sala, cada uno en sus obligaciones, fueron agrupándose alrededor de ellos, prestándoles atención.

—¿Cómo dices que es ese símbolo? —preguntó uno de los síndicos.

Andreu sacó su libreta de anotaciones y se lo mostró. Humberto se acercó para verlo con más detalle.

—Esa marca me ha parecido verla representada en algunos de los pergaminos —aclaró el presidente—, aunque no consigo ubicar exactamente dónde. Juraría que era la misma, o tal vez muy similar. Últimamente, con tantos signos y descubrimientos se me entremezclan las cosas. Será cosa de la edad.

—Es completamente normal —añadió Andreu—, la sobrecarga de todos estos meses nos tiene que pasar factura a todos.



Andreu salió de trabajar más tarde de su horario habitual, ya que un grupo de turistas japoneses habían colapsado el restaurante en la hora de la cena.

Consultó el móvil antes de subir a casa y tenía dos llamadas perdidas de Jesús. Abrió el WhatsApp, y un mensaje de él le decía: «llámame, aunque sea tarde».

Andreu subió a casa y le llamó desde allí.

—Hola, Jesús, acabo de salir del restaurante. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Andreu, he hecho ciertas averiguaciones respecto a las denuncias en la comisaría sobre las marcas del cementerio, y hay dos personas, aparentemente sin ninguna relación entre ellas, que han denunciado el hecho que figura como

vandalismo. En el primer caso se alegaba que se había encontrado un símbolo similar al que había en las lápidas de tus familiares; en el segundo, la persona comentaba algo parecido, añadiendo una acusación a una mujer de etnia gitana como causante de los hechos.

Andreu se quedó pensativo.

—¿Tú crees que puede ser simplemente el pasatiempo de una gitana? ¿Tunear las lápidas?

—No lo sé.

—Estaría bien que me estuviera volviendo loco por una gamberrada, y que todas nuestras conjeturas no sean más que maquiavélicas suposiciones.

Andreu sonrió.

—Gracias, Jesús.

—De nada. Ya sabes que estoy para lo que necesites. Descansa. Por cierto, me dice Sara que vengas mañana a cenar, estarán todos.

—Allí estaré. Dale un beso de mi parte.

Echó un vistazo al árbol genealógico y pasó de largo. Esa noche no quería ver ni oír nada del tema que le había estado martirizando las últimas semanas.



Andreu se levantó descansado, como hacía mucho tiempo que no le sucedía. El día transcurrió con total normalidad, y se podría decir que su estado de relajación le había llegado a sorprender. Era consciente de que no había sido producido por ningún analgésico o sustancia prohibida, era muy reacio a tomar nada que pudiera ir en perjuicio de su salud; sin embargo, su alegría interior era como si se hubiera bebido varios *gin-tonic* seguidos. ¿Sería porque su mente se había despojado de retorcidos pensamientos y dantescas imágenes? —Se preguntó sin dejar de sonreír.

A la hora de la cena, Andreu se presentó en casa de Sara con un par de botellas de vino tinto. Fue Jesús quien le abrió la puerta con ropa cómoda y el cabello todavía húmedo.

—¿Soy el primero en llegar? —le preguntó mientras se chocaban la mano.

—Sí, los demás no tardarán.

—¿Dónde dejo esto? —preguntó Andreu, señalando la bolsa.

Sara le recibió con dos besos en las mejillas.

—Sabes que no tienes que traer nada —le regañó.

—Lo sé, pero me apetecía hacerlo.

—Jesús, encárgate de abrirlas —le pidió Sara—, por favor.

La anfitriona de la casa regresó a la cocina, ultimó varios aperitivos fríos, troceó la tortilla de patata y preparó la mesa para siete comensales.

A los pocos minutos, sonó el timbre de nuevo y Jesús se dirigió a abrir.

En el rellano se encontraban Lluís y Alejandra junto con Miguel y Rosa. Después de los saludos pertinentes, Alejandra y su tía descargaron las bandejas que llevaban en las manos.

—He traído unas empanadillas y unas croquetas que todavía están calientes —añadió Alejandra. ¡Oye, esa tortilla tiene muy buena pinta!

—Sara —intervino su tía— mira a ver dónde pongo esta empanada que he hecho esta tarde.

—¡Madre mía, como sois! Va a sobrar un montón de comida —refunfuñó Sara.

Todos tomaron asiento, y la cena se desarrolló en buena armonía.

—Andreu, ¿tienes algún dato más de los símbolos de tus antepasados? —Le preguntó Lluís, iniciando un tema que no se había abordado en toda la velada.

—He comprobado que por la rama de mi madre no hay rastro de ningún símbolo. Están totalmente limpios; y por parte de mi padre me temo que es muy probable que todo hayan sido maliciosas coincidencias que nos han llevado a sacar conclusiones precipitadas.

—De veras… —añadió Alejandra sin entender ese cambio de actitud.

Fue Jesús quien abordó la conversación, aclarando que posiblemente esas marcas fueran producto de una gitana con demasiado tiempo libre.

—Ya decía yo que tenía que haber una respuesta coherente —añadió Miguel.

—Pues sabéis lo que os digo, que me alegro de que sea así —voceó Rosa—. Ya tenía yo ganas de zanjar este asunto. Así que vamos a brindar porque se haya aclarado el malentendido.

Obedientes y sonrientes, levantaron sus copas con un brindis. A los pocos instantes, el sonido de un móvil captó la atención de los siete comensales.

—Es el mío, lo siento —se disculpó Andreu, hurgando en el bolsillo de su abrigo—. ¡Es Humberto! —exclamó, extrañado por la avanzada hora nocturna.

—¡Qué raro! —susurró Alejandra—. Cógelo, igual ha ocurrido algo.

Andreu descolgó.

—Humberto, ¿qué sucede?

—¿Puedes hablar? —Su voz sonaba agitada, algo inusual en él.

—Pues sí, de hecho, estoy cenando con todos, ya sabe…

—Perfecto, porque lo que voy a decir os concierne a todos.

Andreu recorrió con la mirada a cada uno de sus compañeros de mesa, y pudo observar en sus rostros el signo de interrogación en mayúsculas.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara, moviendo las manos en señal de una pronta respuesta.

Andreu dejó su teléfono encima de la mesa, pulsó la tecla de manos libres y dijo:

—Humberto, tiene el camino libre para hablar, todos le estamos escuchando.

—Buenas noches. Antes de nada, quisiera disculparme por interrumpir la cena en familia —se oyó con claridad—; pero no he podido esperar a mañana porque lo que hemos descubierto es demasiado importante.

Los presentes se miraron unos a otros en espera de una aclaración a sus palabras.

—Humberto, por Dios, sáquenos de dudas —atajó Rosa, buscando el abanico en su bolso. Le estaban entrando unos calores que no sabía si achacarlos a la menopausia o al temor de lo que pudiera decir.

—Ayer, Andreu me comentó el hecho de las marcas que han aparecido en las lápidas de sus familiares; una cruz latina con una flecha en el extremo inferior. Yo le dije que me había parecido ver la misma en alguno de los montones de los manuscritos, aunque no podía asegurarlo al cien por cien.

Hubo unos instantes de silencio.

—Pues confirmo que estaba en lo cierto. Ese signo se encuentra precisamente en el manojo de manuscritos que pensábamos omitir por su oscuro contenido.

—Habíamos acordado que nos mantendríamos al margen de ellos —comentó Rosa angustiada.

—Tía —atajó Sara— dejemos que Humberto termine con la explicación de sus averiguaciones, ¿no te parece?

El presidente del Tribunal de las Aguas prosiguió:

—El símbolo de la cruz es universal, de hecho, se encuentra en la mayoría de las culturas. Los egipcios la consideraban como la llave mágica que abría la puerta de la inmortalidad, aunque también se asocia al árbol de la vida. Esa cruz es un símbolo de lucha. Le llaman la Cruz contra el Mal. La flecha que figura en la parte inferior representa la hoja punzante de la espada, y los brazos superiores dibujan la empuñadura.

—¡Ya lo sé! —gritó Miguel—. Sabía que esa marca me recordaba algo no muy lejano, algo que conocía bien, pero no era capaz de verlo con claridad. Ahora, sí, Humberto, usted me acaba de abrir los ojos. Representa la espada de San Miguel Arcángel; claro, todo concuerda, ya sabéis que él es el comandante de los ejércitos celestiales, y siempre aparece como un ángel guerrero con una espada en la mano combatiendo al dragón que representa a Lucifer.

—Miguel, ¿estás seguro? —le preguntó Rosa tras ver su euforia.

—Claro que lo estoy. Además, ¿de qué color eran las marcas?

—Azules —contestaron varios del grupo.

—En efecto —prosiguió Miguel—. El Arcángel San Miguel se simboliza con el color azul, que significa justicia.

—Mi madre tiene la imagen de San Miguel en su lápida —agregó Andreu algo descolocado—. ¿Crees que puede ser un motivo?

—No lo creo —negó Miguel—, en el panteón familiar no había ninguna figura del santo.

A continuación, Miguel se quedó fijo mirando el móvil sobre la mesa y añadió:

—Humberto, discúlpeme, mi alegría ha provocado que le interrumpiera y no le dejara terminar su explicación.

—Al contrario, Miguel, acaba de abrir una puerta a la esperanza; si todo lo que ha comentado es cierto, todavía tenemos alguna alternativa para poner remedio a este “Mal” que nos envuelve.

—¿De qué “Mal” habla? —le preguntó Andreu, sintiendo que no le llegaba el aliento.

—No quiero precipitarme antes de dar la noticia. Hace una hora pensaba que habíamos topado con algo indestructible, que superaba nuestras posibilidades; ahora creo que tenemos alguna oportunidad. Me gustaría que nos viéramos mañana, a primera hora si fuera posible, ya sabéis dónde.

—Allí estaremos —contestaron casi todos al mismo tiempo.

—Buenas noches entonces — se despidió Humberto.

El silencio reinó en el salón. Nadie fue capaz de decir ni una sola palabra, asimilando la reciente conversación e intentando adivinar la gravedad que les embargaba.



Capítulo 14

A primera hora de la mañana, tal como había solicitado Humberto en su conversación telefónica, se presentaron en la Casa Vestuario las hermanas Ferrer con sus respectivas parejas, Miguel, Rosa y Andreu.

Las horas previas a la cita habían resultado, para la mayoría, una agonía de incertidumbre con hipotéticas suposiciones en las que siempre aparecía la palabra “Mal”.

Todos sentados alrededor de la mesa y en compañía del resto de síndicos, esperaban que Humberto diera comienzo a su exposición:

—Ante todo quiero agradeceros vuestra puntualidad y asistencia. Sé que mi llamada de anoche fue inapropiada, sobre todo porque os dejé con la miel en los labios; bueno, ojalá fuera dulce todo lo que voy a decir.

Rosa tragó saliva y rebuscó el abanico en su bolso.

—En estos últimos días nuestro primordial afán era averiguar qué significado tenía el símbolo aparecido en las tumbas de los antepasados de Andreu, y qué función tenía. Ahora sabemos que es la Cruz contra el Mal y que su cometido es de lucha. Anoche Miguel añadió la ficha que faltaba de este rompecabezas al asociarlo al Arcángel San Miguel. Esa cruz aparece, tanto en las tablillas del Bien como en las del Mal; algo que nos despistaba y no terminábamos de entender. Para obtener una respuesta hemos tenido que retroceder varios siglos atrás.

Humberto tuvo un golpe de tos que calmó con un sorbo de agua. Después continuó:

—Miguel, en hebreo significa “Quién como Dios” y su oficio es velar por las personas. Él es el jefe de los ejércitos de Dios en las religiones judía, islámica y cristiana. La Iglesia Católica le da el más alto lugar entre los arcángeles y le llama Príncipe de los espíritus celestiales. Se le representa con una espada, como un ángel guerrero y conquistador de Lucifer, con la balanza de la justicia donde pesa las almas separando las buenas y las malas o con una llama azul de protección. Su culto empieza a desarrollarse sobre los siglos V y VI, iniciándose en Italia, Francia y Alemania hasta pasar a la zona cristiana. En las tierras valencianas llegó de la mano del rey Jaime I, gran devoto del santo, al conquistar Valencia en 1238 tras haber estado bajo la dominación árabe durante más de cinco siglos. En aquella época el pueblo necesitaba una figura que se asociara con la idea de acabar con el enemigo del pecado. San Miguel, imagen bien conocida en el islam, era un santo de fácil asimilación por parte de la población musulmana, de manera que, se sustituyó el dragón por la balanza con las almas del purgatorio, siendo aceptado por moros y cristianos. A partir de ese momento el santo se convirtió en el ángel tutelar de la ciudad de Valencia y de todo su reino. Creció su veneración y se propagó construyendo templos y ermitas. En el arte gótico se multiplicaron sus imágenes y se enriquecieron las procesiones dedicadas al él; y en los siglos posteriores su iconografía se desarrolló notablemente como atestiguan numerosos retablos y conjuntos pictóricos.

—Muy interesante —murmuró Sara.

—El siglo XIV fue una época marcada de supersticiones, hechizos y magia, pero también de hambre y epidemias como la temible Peste Negra que causó verdaderos estragos en la población medieval y que se extendió, en 1348, hasta territorios valencianos dónde recibió el nombre de la *glánola*. Por entonces, San Miguel había creado un gran impacto espiritual, incrementado entre los habitantes a medida que las desgracias se cebaban con ellos. Suponemos que ahí pudo nacer el símbolo de la cruz latina con una flecha en el extremo inferior. La Cruz contra el Mal en honor a San Miguel.

—¿Tan solo es una suposición? —preguntó Andreu—. ¿No hay ningún documento que lo corrobore?

—Me temo que no, aunque tenemos constancia de otro ángel que tuvo una gran repercusión en el pueblo valenciano y que llegó a ser el protector de la ciudad y del reino.

—¿Y quién es? —cuestionó Alejandra.

—El Ángel Custodio —contestó Humberto—. Sus primeras figuras aparecen a finales del siglo XIV en una de las pinturas murales que decoró la Sala del Consejo de la Casa de Ciudad, en una especie de altar y que más tarde daría forma a la capilla.

—¿Ha dicho la Casa de la Ciudad? —preguntó Alejandra, tratando de ubicarse.

—Sí, era el ayuntamiento de entonces, ya desaparecido, que se encontraba en lo que hoy son los jardines de la Generalitat.

Ella asintió.

—¿Y cómo se representaba ese ángel? —quiso saber Andreu.

—Con una espada en una mano y una corona en la otra.

—¿Está insinuando que tal vez el símbolo pueda referirse a él? —preguntó Lluís.

—Es muy posible —mencionó Humberto, cauteloso—. Valencia tuvo que lidiar con varias epidemias a lo largo del siglo, pero la fatalidad pestífera de 1395 se cebó con los más pequeños. El pueblo confió sus oraciones a San Miguel, pero al ver que su mediación no era suficiente necesitaron apoyarse en otra imagen divina más para que aplacase semejante pandemia, y lo hicieron también en el Ángel Custodio. El gobierno ordenó misas diarias en el altar de la Casa Consistorial, capilla que se había gestado en su interior, y no tardó en popularizarse su culto mediante asiduas procesiones.

—¿Entonces no sabemos a quién de los dos pertenece? —preguntó Andreu.

—Después de nuestras investigaciones, todos los síndicos hemos llegado a la conclusión de que el símbolo de la Cruz contra el Mal representaba la lucha y también la protección de una población necesitada de esperanza y de fe. Por ello se agarró con uñas y dientes. Primero a San Miguel y después al Ángel Custodio. Los dos se unieron en la misma contienda de mantener libre de todo mal a esos habitantes que habían creído en ellos. Según nuestras huellas de plomo, tenemos constancia de que fueron muchas las familias que tallaron en madera, como símbolo de humildad, la imagen de la Cruz contra el Mal, y la llevaban consigo como amuleto y como defensor del bien.

El presidente del Tribunal volvió a tener un nuevo ataque de tos.

—Perdonen —se disculpó—, este frío se me ha metido en los huesos.

—Cuídese Humberto —le aconsejó Rosa—, debería estar en la cama. Usted es lo primero.

Los demás asintieron, y seguidamente le prestaron atención.

—Sin embargo —continuó el síndico más repuesto—, os estaréis preguntando qué era aquello tan grave a lo que me refería anoche y no os llegué a contar. Como había empezado a explicar al principio, la sociedad de la Edad Media, en la zona del Mediterráneo, fue una época en la que abundaban las supersticiones, la práctica de brujería, los hechiceros, curanderos y adivinos, sin distinción de género, que actuaban con actos rituales y dudosos poderes sobrenaturales sobre una débil población marginada. Muchas de ellas eran mujeres experimentadas, de edad avanzada, viudas, prostitutas o mendigas, alcahuetas engañosas que empleaban métodos para satisfacer voluntades con venenos, fetiches, rezos o conjuros, elaborados con ingredientes siniestros tan dispares como cabellos, huesos, muelas, heces. Así arremetían el odio contra sus enemigos, bien por celos, envidias o venganzas. No obstante, detrás de algunas de esas mujeres se escondían otras con valiosos conocimientos de hierbas y minerales, que habían pasado de abuelas a madres e hijas y que utilizaban sus jarabes para la posible cura de un mal. La hechicería de un modo u otro se abrió un hueco clandestino, compuesto de pócimas mágicas, horóscopos y amuletos.

Con la divulgación del cristianismo, las brujas comenzaron a representar un peligro para la época en las que algunas de esas mujeres se mostraban incluso más adelantadas que algunos hombres. Los clérigos desprestigiaron su saber y lo tacharon como poderes que les otorgaba el diablo. Por ello, la llegada de las condenas por brujería fue para muchos un gran respiro. El símbolo de la Cruz contra el Mal, que en un principio se había creado con la fe y la esperanza de un pueblo, y cuya imagen de madera se propagó entre los ciudadanos como un credo, se fue torciendo por otros corrompidos caminos, utilizándolo en hechizos y conjuros, malinterpretando su labor y contaminando su inicial objetivo. La iglesia prohibió su uso y fue requisando todo amuleto, colgante o signo que tuviera algo que ver con esa cruz que se había inventado el pueblo, y castigaba a quien se revelaba u ocultara su símbolo.

Las ejecuciones y persecuciones de envenenadoras o sortílegas se convirtieron en habituales en la Valencia bajomedieval, según hemos podido comprobar en algunos registros penales.

—Es curioso cómo un símbolo —reflexionó Miguel— y una creencia puede arrastrar a las masas y, a la vez, cómo puede desviarse.

—Imagino que muchas de esas llamadas brujas —pronunció Alejandra— serían meras embaucadoras, farsantes.

—La mayoría —continuó Humberto— estoy convencido de que sí; pero imagino que también habría, entre ellos o ellas, quienes fueran adoradoras del diablo.

—¿Lo dice en serio? —Rosa terminó la frase con los pelos como escarpias.

—Me temo que sí.

—Hemos encontrado en las huellas de plomo una lista de nombres fechados en los siglos XIV y XV de hombres y mujeres que fueron decapitados, ejecutados en la hoguera, la horca y el garrote vil. Lista que hemos corroborado con los registros penales en el Archivo del Reino y coinciden a la perfección, lo cual nos demuestra que son totalmente fiables. Además, se detalla la causa y el lugar donde fueron ajusticiados.

—Pensaba que todos los reos eran ejecutados en la plaza del Mercado —apuntó Andreu.

—No fue así —aclaró Humberto—. La localización dependía del delito cometido y también de la clase social a la que pertenecía; la pena de muerte por decapitación era destinada a la nobleza y se realizaba en la plaza de la Seo, hoy plaza de la Virgen.

Andreu arqueó una ceja e hizo un gesto para que Humberto prosiguiera.

—Entre todos esos nombres destaca una mujer llamada Guadalupe Bru Coscolla, apodada Lupe, que pertenecía a un aquelarre de brujas y vivían en un callejón muy próximo a la catedral, concretamente, detrás del Almudín. Es mencionada en varios manuscritos por sus perversos hechizos y conjuros amatorios, maldiciones, magia e invocaciones al diablo. Se cuenta que en el año 1413 fue condenada y quemada viva en la hoguera de la Petxina, enfrente del hoy Jardín Botánico, donde solían ejecutar a los herejes y acusados de crímenes indecentes. Se dice que sus diabólicas risas se oyeron por todo el cauce del río Turia, mientras su cuerpo se achicharraba en las tormentosas llamas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Alejandra horrorizada, pensando que esa zona la solía visitar con frecuencia.

—Tres personas —continuó Humberto—, dos hombres y una mujer, fueron quienes delataron, acusaron y provocaron ese ajusticiamiento. Sobre ellas cayó una maldición como venganza y castigo, en las que no solo se condenaba a los denunciantes sino también a sus generaciones venideras. Al día siguiente de la ejecución de Lupe, cada individuo recibió un pergamino enrollado que contenía

un conjuro endemoniado que la bruja había designado para ellos. El primero fue destinado para Camilo Subies…

—¿Ha dicho Subies? —preguntó Andreu, sorprendido.

—Sí, deduzco que pudo ser un antepasado tuyo, tal vez la raíz de lo que te está sucediendo.

Andreu se quedó consternado.

—Entiendo tu aflicción y me temo que en esta misión vamos a destapar revelaciones que quizá no deberían salir a la luz.

—Continúe, Humberto, no podemos quedarnos a mitad —añadió Andreu, resignado.

—De acuerdo. Camilo Subies era un funcionario administrativo que trabajaba como secretario en las juntas del Hospital de los Inocentes de Valencia, redactando actas y dejando constancia de los pactos acordados. Un hombre inteligente, laico, leal a sus principios; pero su mayor temor era perder la cordura, dado que a diario veía el comportamiento de los dementes recluidos en el manicomio. A los pocos meses de recibir el envoltorio con la maldición concebida para él, lo internaron en el mismo hospital donde trabajaba. Se había vuelto loco de remate, sin ser consciente de sus actos. Se lo encontraron, tiempo después, ahorcado en uno de los pórticos del patio donde los enfermos salían a pasear.

Andreu no salía de su asombro.

—El segundo pergamino fue para Pedro Adell, panadero y hombre, pulcro de pecado, temeroso de la ira de Dios y también temeroso de la muerte. Fue hallado dentro del horno donde cocía el pan todos los días, devorado por la lumbre e incinerado junto al documento maldito que le había sido entregado y que permaneció impoluto ante las llamas.

—¡No se quemó! —exclamó Andreu.

Alejandra percibió una ligera nausea.

Lluís simplemente se quedó boquiabierto.

—El apellido Adell —interrumpió Jesús, atónito— figuraba en una de las dos denuncias del cementerio que estuve investigando. El otro nombre era Roig. No me dirá, Humberto, que también coincide.

—Me temo que sí —afirmó el presidente, dejando a los presentes estupefactos—. La tercera de las víctimas fue Hortensia Roig. Su castigo se basaba en una muerte prematura y el maleficio de que todas las niñas que pariera morirían antes del primer año de vida.

Inconscientemente, todos clavaron sus miradas en Andreu con los mismos pensamientos. Este se había quedado sin aliento. Cuando recobró el resuello exclamó:

—No puede ser… mi familia ha padecido un mal similar.

—Ya sé que es difícil de digerir, Andreu —puntualizó Humberto.

—¿Difícil? Yo no sabría cómo calificarlo —expuso Andreu, conmocionado —. ¿Quiere decir con ello que mi familia pudo cargar con esa maldición durante generaciones?, ¿o tan solo es un atajo de casualidades?

—Desconocemos cuál de las dos hipótesis puede ser la correcta —respondió Adolfo Serrano, síndico de Mislata, que había permanecido en silencio durante toda la oratoria—. Hasta la fecha y según lo que sabemos de tus ancestros, siguen los mismos patrones.

—Pero eso es imposible —replicó Sara— estamos hablando de, ¿cuántos años? ¿Quinientos, seiscientos…?

Humberto asintió.

—Esos conjuros fueron el instrumento de esa bruja despechada para maldecir a las tres familias —manifestó Rosa, escandalizada—. Cómo puede albergar una persona tanto odio y tanta malicia.

—Ante tanto desvarío —manifestó Miguel— hay ciertos datos que no concuerdan. Sí que es cierto que la madre de Andreu ha estado enferma toda la vida, y también es cierto que no había un diagnóstico específico y claro. ¿Es así o no, Andreu? Corrígeme si me equivoco, pero aquí se está diciendo que la maldición afecta a la descendencia femenina. Y Andreu tuvo una hermana que falleció por causas que no voy a mencionar ahora, a una edad mucho más adulta.

—Es cierto, Miguel —afirmo Humberto—. ¿Pero qué pasa si miramos su árbol genealógico? Hasta la llegada de su hermana Marta, todas las niñas que nacieron de sus antepasados, y no fueron ni una ni dos ya que fueron muchas más; catorce, creo recordar, fallecieron dentro del primer año de vida. ¿Es así o no?

—¿Por qué no pensar que esa maldición puede estar perdiendo fuerza? —retomó la palabra el síndico de Quart—. También dice que las cónyuges morían jóvenes; y tu madre, Andreu, ¿a qué edad falleció?

—A los sesenta y tres años —contestó más repuesto—. En efecto, todas las mujeres Subies fallecieron bastante jóvenes menos mi madre. Esto nos demuestra que quizá no era una mujer tan débil como todos pensábamos, sino

mucho más fuerte, ya que sobrevivió, aunque con mala calidad de vida. Es posible que Jaime no vaya muy desencaminado y el maleficio esté menguando.

Andreu esperaba que así fuera. Sus pensamientos ahora estaban tan solo centrados en Rebeca. La mujer que había robado su corazón corría el peligro de enfermar si permanecía a su lado.

—Si todo esto es cierto — manifestó con tristeza Alejandra, dirigiéndose a Andreu—, ¿quiere decir que las mujeres que pasen por tu vida pueden estar marcadas con el estigma del hechizo, y tu descendencia femenina estaría sacrificada?

—No podemos asegurarlo al cien por cien — apostilló Humberto —, pero me temo que las posibilidades de que eso suceda son muy elevadas.

Todos enmudecieron.



Capítulo 15

La sala de los manuscritos edetanos estaba al rojo vivo después de averiguar la existencia y perversidad de la bruja Lupe, y la maldición creada a las tres familias.

Convocados todos y desconcertados en muchos momentos, intentaban aportar su granito de arena a la investigación con el fin de aclarar algún punto más a ese misterio que les envolvía.

Hasta el momento sabían el trágico desenlace de Camilo Subies y Pedro Adell, pero desconocían qué había sucedido con la última víctima de ese retorcido hechizo.

Fue Lluís quien se adelantó a formular la pregunta igual de interesado que los demás.

—¿Qué paso con Hortensia Roig?

—Como ya se ha comentado —empezó aclarando Juan Alcaraz, síndico de Mestalla—, había sido maldecida con una muerte prematura; además, que todas las niñas que pariera morirían antes del primer año de vida. Poco tiempo después de la ejecución de la bruja Lupe, Hortensia perdió a su hija en misteriosas circunstancias, días antes de cumplir el primer año de vida, cumpliéndose la maldición que le había sido impuesta. Después de enterrarla y carcomida por la pena, los remordimientos y el miedo a perder la vida que llevaba de nuevo en su vientre, en avanzado estado de gestación, y la suya propia, le pidió ayuda a Fray Joan Gilabert Jofré, más conocido como el Padre Jofré, ya que habían sido vecinos durante la infancia, en la calle Jofrens, próxima a la parroquia de Santa Catalina, y les unía una leal amistad. El fraile mercedario acababa de regresar a

Valencia, después de estar tres años predicando con San Vicente Ferrer en Italia, Murcia y Castilla; y como su Orden Religiosa requería siempre, se volcó en ayudar a los pobres y desfavorecidos. Precisamente por ese amor que le tenía a los débiles y afligidos, no pudo negarse a auxiliarla.

—El Padre Jofré fue quien creó en Valencia el primer hospital para dementes del mundo, ¿no es así? —demandó Alejandra, inquieta.

—Cierto, el llamado Hospital de los Inocentes —contestó Jaime Santos, síndico de Quart.

—También —añadió Sara— es el lugar donde trabajaba Camilo Subies, donde lo internaron y se suicidó.

—En efecto —continuó el síndico—. Actualmente, en su lugar está ubicada la Biblioteca Pública de la ciudad. Joan Gilabert nació en 1350 y fue un adelantado a su tiempo y uno de los valencianos más ilustres. Desde niño quería ser religioso; pero alentado por su familia y su confesor espiritual, estudió derecho en Lérida. Allí debió de conocer a Vicente Ferrer, que estudiaba Teología. A los veinte años y con los estudios avanzados, tomó el hábito de mercedario en el monasterio de Santa María del Puig. Pronto despuntó como un elocuente orador, dedicándose a predicar y lo haría en un par de ocasiones acompañando a San Vicente Ferrer durante sus campañas apostólicas. Como requería la Orden de la Merced, se dedicó a asistir a los pobres y a rescatar a los cristianos cautivos en el norte de África. De manera que viajó mucho y observó, con sorpresa y también con agrado, que los árabes tenían adelantos para asistir a los enfermos mentales, y eran tratados de una forma diferente al mundo cristiano, donde eran abandonados por las calles como almas perdidas, agredidos y humillados. Por ello, el veinticuatro de febrero de 1409, siendo vicario de la parroquia mercedaria del Puig y comendador del Convento de La Merced, cuando se dirigía a la catedral a pronunciar un sermón el primer domingo de Cuaresma, presenció cómo unos muchachos estaban insultando y apedreando a un joven loco. El religioso intervino en su defensa, compadecido, y le curó las heridas. Enardecido por el hecho, cuando llegó a la catedral se subió al púlpito y modificó el mensaje de su predicación en el que reclamaba la necesidad urgente de crear una institución benéfica que acogiera a esos enfermos dementes y furiosos que, tratados como apestados, eran abandonados por las calles siendo objeto de burla y maltrato. Su sermón fue tan convincente que conmovió a los asistentes y se ofrecieron diez mercaderes valencianos para sufragar el proyecto que contó con el beneplácito real y papal. Así se construyó el primer psiquiátrico

del mundo. Sus instalaciones fueron un ejemplo en cuanto a forma de atender y cuidar a sus enfermos, mejorando sus dietas, higiene y terapias rehabilitadoras. Si antes permanecían atados y encadenados, su trato ganó evitando que estuvieran ociosos, realizando trabajos manuales y de la huerta, mientras que las mujeres hacían hilados o bolillos.

—¿Y qué pasó con la pobre Hortensia? —preguntó Andreu.

—Fray Joan Gilabert Jofré solicitó consejo al Padre Patricio, mercedario del Convento de la Merced y buen amigo suyo, que había estudiado teología y disponía de la licencia obispal para realizar todo tipo de exorcismos. Una persona prudente y con gran sentido común que, a sus sesenta y cinco años, había lidiado con el demonio en numerosas ocasiones.

El síndico hizo un inciso para beber un poco de agua, después continuó:

—En pocos días Hortensia dio a luz a una niña prematura que falleció en los brazos de su madre. Cuando el Padre Patricio atendió a la mujer estaba ya muy grave. La maldición seguía su curso. Le llevó a la capilla del Convento de la Merced con el fin de exorcizarla y limpiar su alma. Según se relata en los manuscritos, el padre detalla en su diario que fue una de las sesiones más duras que jamás había presenciado, indagando contra quién o quiénes se enfrentaba, y determinar si era una posesión, maldición o influencia demoníaca. Después de varias horas consiguió, por boca de la posesa y en un tono masculino, que le revelara los demonios que le tenían atrapada. Sus nombres eran: Satanás, Leviatán y Lilith. Instantes después de darle la extremaunción, Hortensia falleció.

Instintivamente, muchos de la sala cruzaron sus miradas.

—¿Qué sabemos de ese diario? —preguntó Sara.

—Poca cosa, por no decir nada —contestó el síndico—. En el Convento de la Merced ocurrió un terrible infortunio. Un importante saqueo. En ese incidente dos frailes fueron golpeados, y desgraciadamente el Padre Patricio resultó gravemente herido. Falleció semanas después.

—No me lo puedo creer —murmuró Alejandra, afectada.

—Y de los pergaminos que recibió cada uno de los maldecidos, ¿se sabe algo? —quiso saber Jesús—. Además, uno de ellos, creo recordar que no se quemó, o sea, que no podían destruirse tan fácilmente.

—Buena observación —apuntó Juan Alcázar, jurado de Mestalla—. De momento, nada de nada.

—Entonces volvemos a estar estancados de nuevo — agregó Andreu,

desanimado.

—Hemos de desgranar —sugirió Miguel— cualquier detalle por insignificante que parezca, por si ello nos puede aportar algo de luz a tanta oscuridad.



Capítulo 16

La claridad del sol había colmado gran parte de la sala, y su calor reconfortaba la espalda de Rosa mientras observaba a Miguel cómo indagaba en su ordenador.

—¡Parece tan increíble la historia esa de los conjuros y las maldiciones! —le dijo a su marido—. Ayer Humberto nos dejó a todos de piedra. Hoy, con la mente más fría, parece todo tan irreal.

—Sí, tienes razón, sabes que yo suelo buscar siempre la parte más coherente de las cosas, pero después de repasar un sinfín de páginas en Internet y verificar que a lo largo de la historia de la humanidad han existido casos de exorcismos, brujerías y rituales en torno al diablo, ya no sé qué pensar.

—¿Hasta llegar a producir la muerte? —le preguntó ella con un nudo en la garganta.

—Me temo que sí, Rosa.

—Ay, Miguel, este terreno no me gusta. Me da mucho respeto.

—A mí también, a mí también.

—¿Y si estamos exagerando?, ¿y si ese hechizo no está afectando realmente a Andreu? Bien sabe Dios que lo quiero como si fuera mi sobrino y que haría lo que fuera por él; pero embarcarnos en una aventura de este tipo sin estar seguros, y arriesgarnos a que nos pase algo. Sabes Miguel que no estoy pensando en mí precisamente.

Hubo unos instantes de silencio.

—Se me ha ocurrido… —ella se calló de nuevo.

—¿Qué estás pensando? Rosa, que te conozco.

—Pues que el otro día hablando con Salomé, mientras paseaba a Póker, me comentó que ella suele visitar a una vidente. Bueno, ella le llama Meiga porque allí en Galicia les llaman así. Se la recomendaron varias personas que conocía, y va cada cierto tiempo. Me dijo que hasta la fecha, todo lo que le había dicho se había cumplido, que siempre acertaba, que una vez le echaron «mal de ojo» y que esta mujer se lo quitó. Además, no cobra por la visita, tan solo la voluntad, y Salomé sabes que no tiene problemas de dinero. Vamos, que perfectamente podría pagar una buena tarifa.

—Rosa, no doy crédito a todo lo que está saliendo de tu boca, ¡pero si tú nunca has creído en esas cosas!

—Tienes razón, y cuando he escuchado comentarios al respecto siempre he pensado que eran pamplinas y tomaduras de pelo; pero ahora, si he de serte sincera, soy un mar de dudas. No perdemos nada por proponérselo a Andreu y que él elija si quiere o no visitar a esa mujer. ¿Qué te parece?

—No me parece mal —dijo Miguel, casi convencido.

—Ahora mismo voy a llamar a la vecina para pedirle el teléfono y la dirección. Por supuesto, no le voy a decir la verdad, ya me inventaré algo, con lo alcahueta que es.

Andreu deambulaba por el restaurante sirviendo mesas como un zombi. No podía quitarse de la mente la última reunión en la Casa Vestuario, y mucho menos las palabras de Humberto, que se habían clavado como estacas y le estaban martirizando. No pretendía que en su situación personal ni laboral le afectara; sin embargo, su compañero ya le había preguntado en un par de ocasiones, si se encontraba bien.

Se acercó a la barra para recoger unos cafés, deseando que terminara el turno cuanto antes, y fue entonces cuando la vio.

—¡Hola! —fue lo primero que escuchó.

—¡Rebeca! —la cara de Andreu se iluminó.

—Pasaba por aquí y he dicho: voy a entrar a verle.

—Pues no sabes lo que me alegra. ¿Quieres tomar algo?

—No, mi madre está fuera esperando. Solamente pasábamos por aquí.

—Puedes aprovechar para presentármela.

—No sé si será buena idea —sonrió ruborizada, rectificando a los pocos instantes—. Espera un momento.

La joven salió a la calle, mientras tanto Andreu sirvió los cafés en la mesa correspondiente, regresó a la barra, se alisó la camisa y recolocó los pantalones.

Al momento, entraron madre e hija sonrientes. Andreu observó el gran parecido que había entre ellas, pese a la diferencia de edad.

—Andreu, te presento a Adriana, mi madre.

—Encantado de conocerla —dijo de sopetón, al mismo tiempo que le tendía la mano en señal de saludo.

—Lo mismo digo. Rebeca no para de hablar de ti a todas horas.

—Espero que bien.

Los tres sonrieron.

El gesto de aprobación de su futura suegra relajó a Andreu; sin embargo, tan solo duró unos minutos ya que a lo largo de la breve conversación que mantuvieron le pareció percibir que algo, en ella, había enturbiado su expresión.

Se despidieron dejando a Andreu con una desagradable sensación de desasosiego. Estaba deseando llegar a casa y aclarar ese malentendido. Hablaría con Rebeca por teléfono. Seguro que había sido una mala interpretación. Sin conocer a Adriana no podía prejuzgar su comportamiento.

Dos horas más tarde, Andreu entraba en su casa. Todavía no se había quitado la chaqueta cuando escuchó el tono de su móvil.

—¿Sí, dígame? —preguntó con una sonrisa dibujada en su cara, a sabiendas de quien era.

—¿De veras que no sabes quién soy? —Le preguntó una voz femenina con tono de enfado—. Creía que tenías grabado mi nombre en tu teléfono.

—Y así es.

—No me vuelvas a tomar el pelo.

Hubo un intercambio de frases hasta que Andreu no pudo reprimirse más y le preguntó:

—Rebeca, necesito saber qué opinión se ha llevado tu madre de mí.

—Buena —murmuró tras unos instantes de silencio absoluto.

—¿Seguro?

—Más o menos.

—Y por qué tengo la impresión de que algo no ha ido bien. Aunque no termino de entenderlo, me he mostrado educado y…

—No ha sido tu manera de actuar ni tu trabajo, ni tú. No sé cómo decírtelo.

—Inténtalo —le pidió Andreu con un nudo en la garganta.

—Mi madre tiene una especie de don. Ella percibe si una persona tiene malas energías.

—¿Y?, no entiendo.

—Pues que al tener contacto contigo ha notado cierta aura oscura, sucia, negra.

—¿Qué significa eso? —le preguntó, presintiendo que no era nada bueno.

—Andreu, no quiero que esto interfiera en nuestra relación. Tan solo es una percepción que ella ha experimentado.

—Yo tampoco quiero que esto nos perjudique, pero necesito saber a qué me estoy enfrentando.

—¿Tiene algo que ver con el símbolo que viste en el cementerio? — le preguntó Rebeca.

—Me temo que sí y es más grave de lo que parece, por eso necesito saber todo, hasta el más mínimo detalle de lo que pudo ver tu madre.

—Ella me ha dicho que el negro es un color contradictorio. Se le asocia con desgracias e incluso con la muerte; pero también significa protección sobre energías tóxicas y negativas.

Hubo unos instantes de silencio.

Andreu, no quiero intimidarte con lo que te acabo de decir — murmuró ella, arrepentida de su confesión.

—No te preocupes, agradezco tu sinceridad — la consoló percibiendo su pesadumbre —. Ya sé lo que tengo que hacer, tú me has abierto los ojos.



Capítulo 17

Estaba empezando a anochecer cuando Lluís y Andreu bajaron del coche en busca de la dirección que Rosa les había facilitado. Andreu, con el cuerpo revuelto, todavía se preguntaba qué demonios estaba haciendo ahí y cómo, debido a los últimos acontecimientos, se había dejado convencer en visitar a la pitonisa, vidente o como quisiera que la llamaran. Lluís, como siempre, demostrando su leal amistad, se había ofrecido para acompañarle, aunque no compartía esas creencias.

—Creo que es aquí —señaló Lluís frente a un portal en no muy buenas condiciones—. La verdad que el barrio se las trae, no me aventuraría a venir aquí solo por la noche.

Andreu arqueó una ceja buscando el número de la puerta en los telefonillos, una tarea imposible ya que todos estaban borrados.

—Llama a uno cualquiera y que nos abran —le sugirió Lluís.

En ese momento un par de hombres latinos se acercaron a ellos, los miraron de arriba a abajo, y sin mediar palabra abrieron la puerta y entraron.

Andreu puso el pie impidiendo que se cerrara. Los dos amigos se colaron dentro, iluminados por una simple bombilla que les mostró unas paredes pintarrajeadas con grafitis. El ascensor tenía un cartel de estropeado. Desde allí escucharon los gritos de una discusión familiar, sin ubicar exactamente su procedencia, y subieron hasta el segundo piso, impregnados de olor a hervido y fritanga.

Antes de llamar, Andreu tragó saliva.

—¿Crees que hacemos bien o nos damos la vuelta? —Le preguntó a Lluís.

—¡No seas cobarde y llama de una vez! Solo espero que esta bruja no tenga una verruga en la nariz —susurró irónico.

El sonido del timbre fue corto y seco. A los pocos instantes la puerta se abrió. Ante el umbral apareció una mujer de mediana edad con un semblante sereno.

—Buenas tardes señora, soy Andreu, tengo una cita con usted —los nervios le estaban atascando las palabras.

—Adelante.

La mujer se retiró para dejarles entrar y los llevó a una pequeña salita de estar.

—Ahora pasaremos a otra sala y solo usted podrá entrar conmigo —dijo, dirigiéndose a Andreu—. Mientras tanto su amigo —pronunció mirando a Lluís — tendrá que esperar aquí o en la calle, como prefiera. Como verá, no todas las brujas tenemos verrugas en la nariz —dijo muy seria.

Lluís se quedó pasmado, era imposible que le hubiera escuchado.

—Esperaré aquí si no le importa —añadió él con humildad.

—Como quiera. Pero le pido que no utilice el móvil bajo ningún concepto; es más, le pediría que lo apagara.

Lluís, confuso y sorprendido, asintió mientras los vio desaparecer en la habitación de al lado, luego sacó el teléfono del bolsillo y le obedeció al pie de la letra. Después hizo un barrido con la mirada a su alrededor y cogió una revista para entretenerse.

Mientras tanto, Andreu, algo intimidado, había tomado asiento frente a la mujer.

—No sé muy bien lo que debo hacer o decir —pronunció él.

—No debe hacer ni decir nada, tan solo déjeme algún objeto personal suyo: un anillo, una pulsera…

Andreu se miró las manos, no tenía nada de lo que le hubiera pedido; sin embargo, recordó la cadena y la medalla que llevaba alrededor del cuello y que era de su padre. Su madre se la entregó unos días antes de morir.

—¿Esto le servirá?

—Sí.

La mujer pasó los dedos por los eslabones de oro con los ojos cerrados y se detuvo en la imagen de San Miguel.

Andreu quiso tragar saliva. Le fue imposible, tenía la boca seca.

La mujer abrió los ojos y le miró fijamente, como si quisiera verificar sus

conclusiones.

—Has tenido una vida difícil, pero tu nobleza permanece pura y tu fuerza interior sigue intacta. Eso es lo que verdaderamente importa. Te has sabido ganar el aprecio de personas sanas y leales que te ayudarán en tu tarea. Hay unas ancestrales redes que enturbian tu futuro, que te amarran. Necesitas romperlas para ser libre. Busca en tu propia sangre, ahí encontrarás la clave. Tienes muchas almas que velan por ti, que te protegen. No tengas miedo de luchar; pero lucha pronto el tiempo se acaba. Veo también que el amor ha entrado en tu vida, que la ilusión es muy poderosa. Tienes muchas armas para vencer y las necesitarás para derrotar a la tentación. No lo dudes.

Lluís había perdido la noción del tiempo cuando oyó la puerta de la habitación contigua abrirse. Se puso en pie como si le hubiesen asestado una fuerte descarga de vatios en el trasero. Sus ojos se detuvieron en el rostro de Andreu, que había entrado nervioso, encogido, casi descompuesto, y ahora aparecía con un semblante increíblemente apacible. ¿Le habría dado alguna pócima mágica? En ese momento la mujer sonrió. Lluís, intimidado, pensó si habría leído sus pensamientos. No era posible…, o quizás sí.

En silencio, absorbidos por sus propias reflexiones, salieron del piso y anduvieron hasta el coche. Una vez dentro, Lluís empezó con su interrogatorio.

—No me he atrevido a decirte nada cerca de esa mujer, me da un *yuyu*; y tú, mírate, has salido «empanado». ¿Qué te ha dado?

—No es solo lo que me ha dado sino lo que me ha dicho. Todo tiene sentido —se quedó pensativo durante unos instantes—. Me ha entregado este amuleto para ahuyentar los males.

Andreu abrió la mano y dejó al descubierto una pequeña imagen de madera de la Cruz contra el Mal.

—Me ha dicho que la llevara siempre conmigo, junto con la medalla de mi padre. Ha adivinado que era de mi padre sin yo decirle nada.

—Joder, tío, tengo los pelos de punta. Andreu, ya estás contándome todo con detalle —inquirió su amigo mientras ponía el motor en marcha.

Nada más llegar a casa, Lluís había convocado a Sara y Jesús para apoyar a Andreu en su causa y comentar los últimos acontecimientos. Pasaba ya de la media noche y la conversación de los cinco amigos no había decaído ni un ápice.

En la mesa se amontonaban los vasos vacíos de refrescos y cervezas, que habían suavizado sus gargantas, pero ahora habían llegado a un punto muerto.

—Pero estoy seguro —afirmó Andreu— que la frase correcta fue: «Busca en tu propia sangre, ahí encontrarás la clave».

—Pues después de todas las hipótesis que hemos desechado, solo queda la familia —continuó Sara—. Tu familia.

—Sí, pero no es tan fácil. Recordad que solo tengo un tío, hermano de mi padre, que ni conozco, ni tengo fotografías, ni referencia alguna de él. Tan solo sé por mi madre, y de eso hace muchos años, que vivía en Israel.

—Pues tienes que localizarlo —insistió Sara, que parecía que a esas horas de la madrugada era la más despierta—. Sí o sí.

—Se puede intentar gestionar a través de la embajada de allí —propuso Jesús —. No sé si se prestarán a facilitarnos datos, pero no perdemos nada por intentarlo.

—También podrías hablar con tu padrastro —planteó Lluís al ver como Andreu torcía el gesto—. Ya sé que no es la mejor opción, pero a lo mejor tiene su teléfono o yo que sé.

—Con tu padrastro —expuso Alejandra— sé que te será difícil porque no hay buena relación.

—Ninguna relación, diría yo — rectificó Andreu.

—De acuerdo — retomó la conversación Alejandra —, pues por qué no lo intentas con tu sobrino. Quién sabe, a lo mejor te puede dar alguna pista.

Andreu recapacitó y su sugerencia le pareció la más viable.



Capítulo 18

Andreu atravesó el centro a buen paso; y no es que tuviera prisa esa mañana, ya que entraba a trabajar de tarde, pero aún así los nervios le impedían que caminara lentamente. Había desechado coger el autobús, necesita airear y ordenar sus pensamientos. Las calles estaban adornadas con luces de colores desde hacía casi un mes, dispuestas para recibir la Navidad, aunque él no tenía ningunas ganas de celebraciones con todo lo que le había caído encima.

Muchas eran las fiestas que había pasado en un duro camastro de piedra, sin muchas esperanzas de comer caliente. Ahora, podía dar gracias a la providencia de que su vida había dado un increíble giro; sin embargo, parecía no ser suficiente, ya que todavía no se había ganado la tranquilidad y el equilibrio que todo hombre quiere conseguir. Sus duras pruebas no habían acabado, sino que le quedaba la jugada maestra de la que no sabía si saldría bien parado.

Se detuvo a mitad de la avenida de La Plata, en la acera de enfrente del bar Oro y Plata, y miró el reloj, luego esperó. A los pocos minutos, vio salir a su sobrino y cruzar en su dirección. Se dieron la mano como dos conocidos. Andreu observó el lunar de su mejilla izquierda, igualito que su madre; estaba convencido de que si su hermana no hubiera fallecido hubieran mantenido una relación más cercana. De esta forma tan solo eran dos extraños con entrañables recuerdos casi olvidados.

—¿Cómo estás? —le preguntó su sobrino—. Me sorprendió que llamaras al bar preguntando por mí.

—Bien, Juan, estoy bien. No tenía tu teléfono y no sabía otro modo de localizarte.

—No fue fácil lo que me pediste. Yo tampoco he visto nunca al tío Agustín. Recuerdo que la abuela hablaba poco de él, solo alguna vez, pero he hecho memoria y sí que llamó al bar en un par de ocasiones preguntando por ti, solo que tú estabas desaparecido. También preguntaba por la abuela, aunque el abuelo nunca le pasó la llamada.

—Me lo imagino, ya que en el momento que aparecía mi nombre todo se turbaba.

—¿Sabes qué le han detectado un cáncer de páncreas?

—No, y no puedo decir que me entristezca ni que me alegre.

—Ya, lo entiendo. No se portó bien contigo, ni tampoco con la abuela.

—Ni con tu madre. Lo que ocurre es que tú eras todavía un niño.

—Si aguanto aquí es por mi padre, por no dejarle solo.

—Lo sé —añadió Andreu—. Siempre se dejó manipular, y a cambio consiguió un trabajo fijo en el bar.

—Tengo el teléfono que me pediste, aunque no ha sido fácil conseguirlo.

—¿De verdad? —peguntó Andreu con una sonrisa de agradecimiento—. Estuve registrando en el despacho del abuelo, porque sé que es muy organizado y lo anota todo. Lo tenía en su agenda; aunque no sé para qué, ya que nunca le devolvió la llamada, por lo menos que yo sepa.

—No sabes lo importante que es para mí. Gracias.

—Me alegro de haber sido útil por una vez.

Andreu le abrazó y notó cómo era correspondido. En esos instantes retrocedió en el tiempo, con la imagen del niño travieso y sensible que era. Cuando se separaron, el brillo de los ojos de tío y sobrino delataron su emoción.



Andreu llegó a casa, ansioso porque la llamada de su tío fuera respondida. Podía haberla hecho en el trayecto de vuelta, solo que no quería tener interferencias de ningún tipo, era demasiado importante.

Inspiró y se llenó los pulmones de aire con el fin de ralentizar su pulso, y a continuación marcó el número.

Escuchó dos tonos, tres, cuatro, y al quinto alguien descolgó el teléfono.

—¡Shalom! —oyó decir al otro lado de la línea con una nitidez, como si estuviera en el cuarto de al lado.

Andreu se quedó sin habla.

—¡Shalom, Ken! —volvió a oír con más intensidad.

—Perdón, quisiera hablar con Agustín Subies, no sé si habla mi idioma.

Hubo unos instantes de silencio.

—Le entiendo perfectamente —contestó la voz masculina—. ¿Quién pregunta por él?

—Me gustaría localizarle, es de máxima urgencia. Soy Andreu Subies, su sobrino.

Un mutismo atrapó a los dos hombres.

—Es usted, ¿verdad? —preguntó Andreu con el presentimiento de que no erraba.

—Sí, lo soy —el acento de su castellano nativo estaba sombreado de un dejo extranjero—. Me alegra tener noticias tuyas. ¿Cómo está tu madre?

—Falleció hace tres meses.

—No sabía nada. De veras que lo siento. Intenté hablar con ella en varias ocasiones, hace algunos años, siempre eran evasivas por parte de tu padrastro. También quise averiguar tu paradero, pero no me fue posible.

—Desconocía todo ello hasta esta mañana, en la que me puso al corriente mi sobrino Juan cuando me facilitó su teléfono.

—Ya estará hecho un hombre —comentó con nostalgia.

—Así es.

—Andreu traté de advertirte, de ponerte al día, solo que según me dijeron eras muy despegado y llevaban años sin saber de ti.

—Tenía mis motivos —contestó Andreu con firmeza.

—No lo pongo en duda, no te estoy juzgando.

—¿Advertirme de qué? ¿De qué quería ponerme al día?

—De la maldición Subies. Imagino que cuando me has llamado es porque eres consciente de su existencia.

—Hasta hace unos meses era totalmente ajeno a lo que se cocía en mi familia.

—Y ahora, ¿qué sabes hasta el momento? —Le preguntó su tío, muy interesado.

—Ahora sé que algo oscuro ha estado perturbando el bienestar de mis antepasados y que me puede perjudicar a mí también. Sé que el mal afecta a las cónyuges de la familia Subies, que enferman y fallecen a una temprana edad, aunque con mi madre no ocurrió así. Imagino que siempre está la excepción que rompe la regla; también a la descendencia femenina que mueren antes del primer

año de vida, por eso necesito que me cuente todo lo que sepa de ese conjuro, maldición o como quiera que lo llamemos —le pidió Andreu casi en tono de súplica.

—En mi caso, por desgracia, así ha ocurrido. Mi mujer falleció demasiado pronto y también tres de nuestras hijas, que no sobrevivieron más de seis meses. Tan solo está conmigo, como único superviviente, mi hijo Jacob. ¿Estás casado, Andreu? —le preguntó Agustín.

—No.

—Te diré que tus conclusiones son correctas tan solo a medias.

—No termino de entender —le interrumpió Andreu, confuso.

—A lo largo de nuestros antepasados existe, porque está demostrada, otra variante.

—¿Cómo? —preguntó de nuevo sin comprender nada.

—Sí, la variante masculina. Por la edad que debes de tener, deduzco que cuándo has acudido a mí en busca de respuestas, como único pariente Subies, es porque el maleficio te ha empezado a afectar a ti.

Andreu frunció el ceño repasando la última frase de su tío.

—¿Por qué deduce que me ha empezado a afectar?

—Los primeros síntomas son asiduas y terribles pesadillas, ¿las tienes?

Hubo un estremecedor silencio.

—Sí — afirmó, observando el aumento de sus pulsaciones.

—Cada vez serán más frecuentes y también más terroríficas hasta el punto de que no querrás cerrar los ojos.

Andreu se quedó paralizado.

—Tu padre, lamentablemente, también empezó así hasta que su mente se trastornó en poco tiempo… y se suicidó.

Andreu no podía asimilar esa confesión, era demasiado amarga. Desconocía esa parte de la historia de su padre. Su madre siempre evitaba hablar del tema.

—Presiento, por tu mudez, que no eras conocedor de la verdadera razón de su muerte.

—En absoluto, mi madre me contó que falleció por problemas de corazón.

—Y así fue, le falló el corazón, solo que fue él quién lo provocó. Hay una larga historia que deberías saber porque te incumbe directamente. Ahora no puedo seguir hablando, llámame esta noche a partir de las doce y te contaré todo lo que sé. Pero llámame sin falta. Si ya has empezado con las pesadillas, entonces, no te queda mucho tiempo.



Capítulo 19

Los gritos del gentío atronaban la plaza. Sus abucheos, silbidos y gestos de amenaza alzando las teas encendidas le atormentaban sin saber por qué estaba ahí, o por qué razón le habían amordazado a ese poste de madera y por qué hacían caso omiso a sus súplicas. Las caras de la muchedumbre reflejaban un odio que jamás había visto en el ser humano. Un desprecio abominable y cruel.

Andreu forcejeó con las manos intentando liberarlas, pero solo consiguió incrementar el dolor de las heridas de sus muñecas. El asfixiante calor de su derecha le hizo desviar su atención para, aterrado, divisar entre las llamas de esa gigantesca hoguera el cuerpo carbonizado de una persona. Andreu no pudo evitar contener varias arcadas. Los aullidos de dolor de una mujer le hicieron girar rápidamente la cabeza hacia el otro lado, para ver como sus pies empezaban a chamuscarse. ¿Dónde estaba y qué significaba toda esa barbarie? ¿Quiénes eran las víctimas de semejante horror y quiénes sus verdugos?

Andreu, consternado, quiso gritar, pedir una explicación, aclarar que estaban confundidos, cuando vio cómo un hombre acercaba su antorcha a la base donde él se encontraba para encender su fogata. En apenas unos instantes las llamas crecieron, y un condensado humo gris le cubrió la cara hasta que un arranque de tos, le despertó.

Al abrir los ojos le reconfortó el entorno de su comedor, nada comparable con las visiones de los últimos minutos. Su cuerpo estaba empapado de sudor a pesar de que la temperatura de la estancia no superaba los diecisiete grados. Se levantó del sofá, encendió el radiador y se cambió de ropa.

Se había dejado caer en el sofá a la salida del trabajo, esperando que se hiciera la hora de llamar a su tío; pero el cansancio y el sueño le habían vencido. Más valía la pena que no lo hubiera hecho ante semejante pesadilla.

¿Sería verdad que si no ponía remedio, el futuro le deparaba vagar en la enajenación mental?

Andreu cogió el móvil y buscó en la agenda el nombre de su tío. Pasaban de las doce de la noche, la hora acordada que le había propuesto. Después de un par de tonos escuchó la voz masculina que empezaba a ser familiar.

—Buenas noches, Andreu.

—¿Es un buen momento? —preguntó él con cautela.

—Sí, estoy solo en casa y no tendremos ningún tipo de interrupción. Esta mañana mi hijo estaba merodeando por casa y no quería que escuchara más de la cuenta. Ahora ha salido con unos amigos y tardará en volver. Imagino que estarás ansioso por saber.

—Así es.

—Creo que tus conocimientos son más completos de los que yo tenía a tu edad, pero es cierto que durante generaciones nuestra familia ha estado maldita. Entonces desconocía que eso fuera así, solo sé que después de la muerte de mi hermano empecé a investigar si lo que le sucedió podía deberse a una alteración o herencia genética; es decir, si había habido más casos de locura y suicidio a lo largo de nuestro árbol genealógico. Efectivamente, así había sido, solo que en mis pesquisas no solo confirmé mis sospechas, sino que además me embarqué para intentar remediar este mal.

Andreu estaba tan atento que apenas se le oía respirar.

—No sé si conoces el símbolo de la Cruz contra el Mal —le preguntó.

—Me temo que sí, ha aparecido en la tumba de mi madre y también está en la de mi padre y abuelos, ese fue el detonante de que empezara a indagar.

—Vaya, aún sigue marcando las lápidas —murmuró.

—¿Sabe quién lo ha estado haciendo?

—Sí, Paca. Es una mujer de raza gitana que vive por los alrededores del cementerio por lo menos vivía allí hace más de treinta años. Ella fue la que me guió y me abrió los ojos ante esta inmensidad. La que me reveló la maldición familiar que nos perseguía y el significado del símbolo. Convendría que hablaras con ella. Pregunta a los de mantenimiento, seguro que sabrán indicarte dónde localizarla.

—Lo haré.

—Esas marcas representan al Arcángel San Miguel.

—Lo sé —afirmó Andreu.

—También se encuentran en las lápidas de nuestros ancestros, en la parte más antigua del mismo camposanto, y fueron de las primeras en poblarlo. Yo me pasé un año buscando una respuesta lógica a todo esto, y al final tuve que claudicar y creer a esa mujer a la que había estado tachando de embustera y enredadora. Ella siempre repetía que siguiera los pasos del Arcángel San Miguel, que tan solo su espada podía romper el hechizo. Y así lo hice hasta que mis averiguaciones me llevaron a la Línea Sacra de San Miguel. ¿La conoces?

—No, no tengo ni idea.

—La componen los siete santuarios que están unidos por una línea recta imaginaria y perfectamente alineados, representando la espada de San Miguel, que van desde Irlanda, pasando por Inglaterra, Francia, Italia y Grecia, hasta llegar a Israel. Según cuenta la leyenda, simbolizan el golpe de la espada que el ángel infligió al diablo para enviarlo al infierno. En todos esos monasterios el arcángel se apareció de una forma u otra. Recorrí todos y cada uno de ellos pensando que estaba en el camino correcto y que iba a vencer la maldición. Realicé al pie de la letra el ritual que la gitana me indicó, y convencido de que había neutralizado el conjuro decidí quedarme una temporada en el último destino que era Israel, y así descansar de tanto viaje antes de partir para España; pero conocí a Alina, mi mujer. Me enamoré perdidamente de ella, me enseñó hebreo, sus costumbres y también su religión, hasta que, convencido de mis acciones, decidí convertirme al judaismo y casarme con ella. No fue fácil ni tampoco rápido; pero los años que vivimos juntos fueron los mejores de mi vida. Ella fue perdiendo la salud hasta que falleció. Aun así, me dio tres hijas preciosas que murieron a los pocos meses de nacer, y un varón que sobrevivió. Entonces supe, con gran dolor, que el maleficio seguía vigente; quise ponerme en contacto contigo para avisarte del peligro, pero no me fue posible. Llevo varias décadas intentando dar con la posible solución, con la forma de frenar, de destruir ese hechizo, y temo no por mi vida, que al fin y al cabo es la que menos me importa, pero sí por la de mi hijo. Me niego a tirar la toalla, a rendirme…

Su voz se volvió más ronca, hasta que dejó de escucharse y se transformó en sollozos.

Andreu, impresionado por su confesión, se mantuvo callado durante un tiempo prudencial, respetando su dolor, hasta que decidió desviar el rumbo de la conversación.

—Hoy, he vuelto a tener otra pesadilla.

Agustín Subies recuperó la compostura.

—Disculpa mi flaqueza, pero esta carga la he llevado solo durante muchos años, y al compartirla contigo ahora no he podido evitar emocionarme.

—Lo entiendo —murmuró Andreu.

—¿Son ambientes de otra época?

—¿Cómo?

—Me refiero a tus pesadillas, ¿están ambientadas en otra época ya pasada?

—Sí, la mayoría sí.

—¿En tus sueños eres víctima o espectador? — le preguntó.

—En algunos tan solo estoy presente y los personajes no me ven, como si no existiera; en cambio, en la de hoy era una de las víctimas. Estaba atado a un poste sobre una gran pira en espera de que le prendieran fuego mientras la multitud de la plaza nos abucheaba — Andreu se miró las manos como reviviendo las brutales escenas, y se quedó aterrado ante lo que vio.

Tras unos instantes de puro silencio su tío le reclamó:

—Andreu ¿estás ahí?

Nadie contestó al otro lado de la línea.

—¡Andreu!

—Sí, sí estoy aquí, pero ha pasado algo que… — su voz reflejaba angustia.

—¿Qué ocurre?

—Tío, no se lo va a creer, pero tengo las muñecas con rasguños como si hubieran estado maniatadas.

—Andreu, no tienes tiempo que perder. Busca a Paca, la gitana, haz por hablar con ella.



Capítulo 20

La verdadera amistad no solo se valoraba en los buenos momentos, la lealtad estaba presente tanto a las duras como a las maduras. Eso es lo que había sucedido ese sábado por la mañana en casa de Andreu, que después de comentar con Lluís la conversación telefónica mantenida con su tío y su alarmante preocupación, habían acudido a su llamada de auxilio las hermanas Ferrer y sus respectivas parejas.

—Es cierto —murmuró Sara, sorprendida al ver las secuelas de las heridas en las muñecas de Andreu—. Pero ¿cómo pudo pasar?

—Es de máxima urgencia —dijo Alejandra con carácter— que le hagamos unas preguntas a la gitana del cementerio, tal y como te aconsejó tu tío Agustín. Lluís y yo te acompañaremos.

—También nosotros —añadió Sara, incluyendo a Jesús.

—¡Nos vamos ya! —alegó Lluís con las llaves del coche en la mano.

Media hora después, los cinco entraban por la puerta principal del cementerio. Andreu les adelantó, atravesó el *hall* y se detuvo en la pared de la derecha.

—Por aquí es dónde se supone que están algunos de tus antepasados, ¿no? —Le preguntó Sara.

—Sí, debe de ser de los primeros sepulcros. Esta es la parte más antigua. Las obras comenzaron en 1805 y terminaron en 1807. Un año después de su apertura se alzaron los primeros ochenta nichos. La tumba de uno de mis tatarabuelos, ya no recuerdo qué generación, debería de encontrarse por aquí, ya que falleció en 1808.

—¡Andreu!, ¿es esta? —gritó Jesús, señalándola por encima de su cabeza.

Todos se aproximaron para comprobar que estaba en lo cierto.

—También lleva el signo de la Cruz contra el Mal —apuntó Lluís.

—Voy a preguntar a ese operario, puede que conozca a la gitana —manifestó Alejandra, alejándose del grupo.

Un hombre, de mediana edad y con un mono de trabajo, reparaba los adoquines de una de las aceras.

—Perdone que le moleste —fue lo primero en decir.

El obrero detuvo sus quehaceres y le prestó atención a la joven.

—Estoy buscando a una mujer que frecuenta el cementerio, se llama Paca y es gitana, ¿la conoce usted, o sabe dónde puedo encontrarla?

—Sí, claro que la conozco, es raro el día que no aparece por aquí; pero no sé dónde vive, siento no poder ayudarle —el hombre reanudó su tarea.

—Gracias de todos modos.

Alejandra estaba a punto de retirarse, cuando escuchó por detrás:

—Espere un momento señorita —el hombre se giró rápidamente y le gritó a una mujer con uniforme de seguridad, que se encontraba a pocos metros de distancia— ¿tú sabes dónde vive Paca, la gitana?

La señora se acercó a ellos.

—Creo que en el callejón de enfrente, el que va a parar a La Rambleta. Exactamente no sé qué casa es, pero no hay muchas, no creo que tenga pérdida.

—Muchísimas gracias por la información —les dijo Alejandra, agradecida.

A los pocos minutos el grupo se adentró en la calle. Pasaron una empresa de mármoles, unos campos y, mientras ojeaban por una valla metálica en una de las casas, dos perros salieron defendiendo la propiedad y empezaron a ladrar. Ellos se retiraron sobresaltados.

—¡Qué susto! —murmuró Sara—. Menos mal que no pueden salir de ahí.

—Eso es lo que tú te crees, mira ese —dijo Andreu, señalando al más grande — está intentando sacar la cabeza por ese agujero.

—Eso es un peligro —afirmó Jesús—. Esa reja está a punto de romperse. Le voy a llamar la atención al dueño.

Ante los incesantes aullidos de los perros, un vejestorio salió dentro de la casa, llamándoles e intentando calmarles.

—Ya vale. ¡Ostia! ¡*Me cagüen to lo que se menea*! —El individuo vio a Jesús y a Andreu que estaban más adelantados, e hizo un par de intentos por sujetar a los animales, hasta que los agarró fuertemente de la correa.

—Perdone —le inquirió Jesús—, ¿usted sabe que sus perros pueden salir por esa valla en mal estado y pueden ser una amenaza para quien pase por aquí?

—Pero si *lo* animales no hacen *na*, seguro que les han *provocao* —protestó —. Además, por ahí no *puen* salir.

—Como no arregle este cercado me veré obligado a denunciarle —le gritó con autoridad.

—Mira el *paaayo*, amenazando con que va a ir a la policía —gritó en tono chulesco.

—¡Yo soy policía!

El rostro del gitano cambió de expresión.

—*Pos* no se preocupe usted que mañana mismo está *arreglao*.

—¿Qué pasa Antonio? —preguntó una gitana que salió al escuchar la trifulca.

—No pasa *naaaa*. Ata a estos dentro —dijo, achuchando a los perros—, que ya los despido yo, si eso.

—Perdone señora —interrumpió Andreu— ¿se llama usted Paca?

—*Pos* sí —afirmó la mujer.

—Me gustaría hablar con usted. Vengo de parte de mi tío, Agustín Subies.

—No conocemos a *naide* que se llame así —negó el hombre.

—Usted a lo mejor no, pero ella sí —insistió Andreu—, ¿verdad?

—Es importante que hablemos con usted —imploró Sara, acercándose.

La septuagenaria mujer permaneció en silencio unos instantes, luego les dijo:

—¡Pasen!

—Un momentico —gritó el gitano con las manos en alto—. Con una *condisión*, si *quien* hablar con mi Paca no digan *na* de la *alambrá*, que juro por estas —dijo besándose los dedos cruzados— que eso mañana está *arreglao*; mañana no, esta tarde.

Sara y Alejandra fueron las primeras en entrar. La casa era vieja y atascada de cachivaches, la mayoría inservibles. Tomaron asiento en diferentes sillas de madera, cada una de su madre y de su padre. El hombre se quedó fuera con los perros y tan solo entró la gitana.

—Sabía que antes o después ibas a venir, mi *arma* —sus primeras palabras fueron dirigidas a Andreu—. Te vi el día que le dieron sepultura a tu madre. Ya intenté avisarte.

Todos retrocedieron a aquel día.

—Hace *muchismos* años que no oía el nombre de Agustín Subies.

—Vive en Haifa, en Israel —le comunicó Andreu—. Usted le dijo que nuestra familia estaba atrapada en una terrible maldición.

—Sí, ¡una maldición *muu* fuerte! ¡Nunca había *notao* tanta maldad!

—¿Es usted quién pinta las marcas en las lápidas? —le preguntó Alejandra.

—Sí, ya lo hacía mi madre y también mi *agüela*. ¡Que Dios las tenga en su gloria! Lo hago *pa* que *toas* esas almas descansen en paz, *pa* que no vaguen en las tinieblas.

—Y, ¿cómo lo sabe? —Preguntó Alejandra, intrigadísima.

—Lo sé. *Tos* los días me paseo por las tumbas, y cuando percibo el mal les hago la señal *pa* que encuentren la luz.

—Pero… todo eso parece tan irreal —alegó Alejandra, confusa.

—Ay, niña, ese eco de tu voz no me gusta *na* —susurró, mirando fijamente a Alejandra.

—¿Se refiere a mí? —preguntó la joven, sorprendida de su reacción y alejándose unos centímetros de ella.

La gitana se había quedado absorta mirándole sin pestañear. Luego murmuró:

—Mi niña, hay una sombra *muu* negra detrás de ti.

Instintivamente, todos miraron detrás de la espalda de la joven; pero salvo una jaula de metal vieja y varios tablones de madera apilados en la pared, no había nada similar a una sombra.

—Ten mucho *cuidao* con ella, es escurridiza, malévola y perversa —susurró la gitana.

—No entiendo, ¿a quién se refiere? —Insistió Alejandra, acoquinada en espera de una aclaración.

—Ten mucho *cuidao*, ten mucho *cuidao*, mi niña. Va a intentar tentarte —susurraba sin cesar.

Repetía la misma frase una y otra vez. Parecía haber entrado en un bucle del que no encontraba la salida.

Luís pasó su brazo por los hombros de su mujer como gesto de protección, esa gitana le había puesto la piel de gallina.

Fue Andreu el que continuó con su interrogatorio, dirigiendo la conversación a otro punto.

—Ese símbolo de la Cruz contra el Mal representa al Arcángel San Miguel, ¿no es así?

La gitana se calló durante unos instantes. Luego contestó:

—Sí, él es único que *pue* vencer a Satanás.

—¿Cómo? —interrogó Sara.

—No es *na* fácil, esa maldición es *muu* fuerte, más que una brujería normal y ha *arrastrao* a *muuuchas* generaciones. Esa bruja tenía mucho poder, era *maaala*. Invocó a esos demonios. *Tos* juntos son indestructibles.

Ellos, absortos, cruzaron sus miradas.

—Todos juntos —apuntó Jesús—, ¿a cuántos demonios se refiere?

—A tres de los más malignos que vagan en las tinieblas del infierno: Satanás, Leviatán y Lilith.

Desconcertados tragaron saliva.

—¿Cómo podemos vencerlos? —preguntó Sara con un hilo de voz.

—Yo no sé cómo detenerlos, hace *muchismos* años creía que sí, por eso le dije a Agustín lo que tenía que hacer. Pero me equivoqué.

—Y la maldición continuó —susurró Lluís.

—Sí —susurró la gitana—, el Arcángel San Miguel es el único que *pue* vencerlos porque él es el príncipe de las Milicias Celestes, el jefe de los Ejércitos de Dios, aunque no *pue* hacerlo solo. Necesita un mediador.

—¿Quién? — preguntó Andreu.

—Tú, tú eres ese mediador que *pue* romper la cadena del mal. ¡El tiempo corre en tu contra! ¡Busca, busca y encontrarás!

Nadie de la habitación supo qué contestar.



Capítulo 21

Esa misma noche el inspector Valdés se había quedado hasta tarde en la comisaría, revisando el caso de un pederasta al que le estaban pisando los talones, aunque todavía no habían conseguido dar con él. Era astuto el muy hijo de puta. Se recreó en unas fotografías, intentando descifrar algo que antes le hubiese pasado por alto, cuando al detenerse en la imagen de una casa destartalada, no pudo evitar recordar la conversación de esa misma mañana mantenida con la gitana del cementerio. Sus palabras les habían alarmado a todos, dejándoles indefensos como niños. Él estaba acostumbrado a luchar contra algo humano, material, por muy fuerte o retorcido que resultara; pero, cómo se combatía contra algo así, invisible y sin cuerpo donde agarrarse en la pelea. Ahí ni las balas, ni el gas, ni ningún arma terrenal surgirían efecto. Aquello parecía un callejón sin salida, y lo peor de todo era que su amigo Andreu parecía estar en el ojo de semejante huracán.

El inspector Valdés cerró la carpeta del expediente que estaba investigando, con la intención de marcharse a casa. Su cabeza estaba al límite de datos racionales e irracionales. Al levantar la mirada vio que el despacho de la comisaria Águeda Ortiz estaba vacío, y también la mayoría de las mesas de sus compañeros. Recogió los papeles de su mesa, cogió su chaqueta, el móvil y bajó por las escaleras hasta la entrada principal.

Se detuvo durante unos minutos con un par de compañeros que les tocaba el turno de noche, comentando algún que otro cotilleo del barrio, cuando, a punto de despedirse, se recibió la llamada de un taxista que, alterado, avisaba de que

había encontrado un hombre muerto en los Jardines Arqueológicos de Guillem de Castro.

Rápidamente se dio la voz de alarma.

En pocos minutos, el inspector Valdés llegó al lugar de los hechos, seguido de la ambulancia y otros vehículos oficiales que llenaron los alrededores de sirenas y luces de colores. Nada más bajar del coche, vio el taxi en el carril bus, con los intermitentes de emergencia encendidos, frente a los tres arcos de la antigua fachada de la Facultad de Medicina. Se aproximó a su conductor, que no tendría más de veinticinco años, y se encontraba sentado sobre el bordillo de la acera con las manos en la cabeza, tremendamente afectado.

—Buenas noches, soy el inspector Valdés, ¿ha sido usted quién ha dado el aviso?

El muchacho asintió.

—¿Dónde ha visto el cuerpo?

El joven se levantó, se giró hacia detrás, alargó el brazo y lo señaló mientras murmuraba:

—Acababa de dejar un servicio, en este mismo lugar, cuando al mirar hacia el parque vi, entre sombras, cómo colgaba la silueta de un hombre. Salí del coche para asegurarme de que era solo un falso efecto de luz. Entonces fue cuando vi que estaba muerto; ya no se movía.

El inspector miró en la dirección indicada hasta tropezarse con el cadáver que, ahorcado, colgaba de una de las dos vigas de piedra que daban acceso al parque.

Avanzó los metros que le separaban de él, mientras el personal de la ambulancia le adelantaba para corroborar su fallecimiento.

La imagen era idéntica a la ocurrida hacía poco más de dos meses atrás. La misma escena, la misma posición y con los mismos patrones. Un varón completamente desnudo con la ropa amontonada en un lado y los objetos personales intactos.

Sin embargo, aunque las pautas eran idénticas, había un importante detalle que los diferenciaba y era que para anudar la soga a la altura donde se encontraba, más de tres metros, no era nada fácil acceder hasta allí, a pesar de que uno de los pilares tenía ciertos salientes, tampoco había ningún objeto cercano que pudiera facilitar su ascenso. El primer fallecido tenía cuarenta y tres años, con una extraordinaria forma física, ya que era un deportista de riesgo, y no le debió de resultar complicado trepar a las alturas. Eso, añadido al móvil de

su ruptura sentimental, provocó que no ahondaran más de la cuenta en su investigación; pero ese hombre que tenía ante él rondaría los sesenta años, y con un sobrepeso de más de noventa kilos, sin mucho temor a equivocarse. Por lo tanto, con semejante peso y poca agilidad ¿cómo se había podido subir hasta allí? Tenía que tener una explicación. Esos dos cadáveres debían de tener algo en común. Esto no podía ser una simple y llana casualidad. Presentía que algo gordo estaba detrás de todo ello; pero ¿qué era verdaderamente lo que estaba sucediendo?



A pocos metros de la comisaría, en uno de los antiguos edificios de la plaza del Tossal, Andreu, sentado sobre el sofá de su casa y abrazado a Rebeca, le explicaba los acontecimientos de las últimas horas.

—Temo por ti, de verás —le dijo asustado e impotente.

—Es por ti por quien debes preocuparte —le contestó ella.

—Pero ya sabes mis antecedentes familiares, y no puedo permitir que te ocurra nada, no me lo perdonaría nunca.

—Es la historia más espeluznante que he oído jamás. Pero sería yo quien no me perdonaría si te abandonase ahora, justo cuando más necesitas el apoyo moral de las personas que te quieren. Y yo te quiero mucho.

Rebeca le besó en la boca. Él le correspondió con pasión, como si fuera una despedida.

—Aun así, creo que lo más sensato es que dejemos de vernos por un tiempo. Yo no soy la persona que te conviene en estos momentos.

—No puedes decir eso. No puedes estar hablando en serio — su voz sonó quebrada.

Andreu se levantó.

—Te acompañaré a casa. No quiero que estés atada a mí. Quiero que seas libre para poder volar y conocer a otro hombre. Mereces ser feliz, y conmigo dudo mucho que encuentres esa felicidad.

—Pero…

Andreu le puso un dedo en la boca en señal de silencio. Luego le cogió el abrigo y la ayudó a ponérselo.

Salieron sin decir ni una palabra, bajaron las escaleras sin mirarse, y así continuaron todo el recorrido. Cuando llegaron al portal de Rebeca, ella le

abrazó, le besó y envuelta en lágrimas le dijo adiós.

Andreu cruzó el puente de la Trinidad con el corazón roto. Esa maldición se estaba encargando de destrozarle la vida.



Era de madrugada cuando Alejandra se levantó de la cama y fue a la cocina. No conseguía dormirse. Miró el reloj de la pared y pasaban de las tres y media. Se llenó un vaso de agua y se lo bebió de un trago. Tenía la boca áspera y seca. Entre las averiguaciones de Humberto, con los conjuros que envolvían a Andreu y a sus antepasados, y la última visita a Paca, la gitana, estaba con el estómago encogido y la mente infestada de demonios y especies malignas. Estaba segura de que esa intranquilidad e insomnio era a causa del miedo que le había metido en el cuerpo esa mujer, al decirle que tuviera cuidado con la sombra que le acechaba. Pero ¿de qué sombra hablaba? ¿A qué puñetas se refería? Se pasó las manos por los brazos para calmar la sensación de frío. Frunció el ceño, intentando recordar las palabras exactas, solo que su mente era un auténtico borrón.

Dejó el vaso en el lavavajillas, apagó la luz, y con paso rápido, como si algo o alguien le persiguiera, se metió en la cama, se tapó hasta la cabeza y se abrazó a Lluís.

—¿Qué te pasa? ¿No duermes? — le preguntó él con voz somnolienta.

—Me he desvelado — susurró —. La gitana me ha acojonado.

—Vamos, no hagas caso de esas cosas y duérmete, que mañana tenemos que madrugar. En cuanto pasen unos días lo habrás olvidado, ya verás. Ven aquí que te acurruque.

Lluís le dio un beso para tranquilizarla y volvió a cerrar los ojos.

Alejandra se sintió protegida entre los brazos de su marido. Hasta mucho tiempo después no se durmió.



Capítulo 22

Antes de las nueve de la mañana, Miguel Roselló bajó del autobús y caminó unos metros, orientándose en la calle que buscaba. No conocía demasiado el barrio de Patraix, por eso había decidido no coger el coche, por el problema del aparcamiento. Últimamente viajaba más a menudo en transporte público, salvo que tuviera que salir fuera de la ciudad.

Sin embargo, durante todo el trayecto había advertido la presencia de una mujer, extremadamente delgada, que juraría que no era la primera vez que había coincidido con ella en diversos lugares. No es que él se fijara mucho en las jóvenes de hoy en día; pero su aspecto no pasaba desapercibido. ¿De verdad le estaba siguiendo? —se preguntó algo escéptico en sus recelos—. Volvió la vista hacia atrás para asegurarse de que sus sospechas eran fallidas, y observó que también se había bajado en su misma parada, solo que había tomado una dirección diferente.

Miguel meneó la cabeza que empezaba a desvariar, con el fin de airear semejantes suposiciones, y se plantó delante del Archivo de la Diputación con el objetivo de husmear en los registros del Hospital General. Sus orígenes se remontaban al Hospital de los Inocentes, que se empezó a construir en 1410, gracias a Fray Joan Gilabert Jofré. Contaba con una valiosa documentación desde el siglo XIII en adelante, con libros anuales, ingresos, gastos por obras. Aunque el objetivo de Miguel no era precisamente saber cuánto dinero les costó construirlo, ni saber el material que gastaban para los enfermos, ni nada por el estilo. Su intención era hurgar en las fechas relacionadas con la presencia del Padre Jofré en el hospital, por si había alguna anotación misiva o pista, por

pequeña que fuese, que les ayudara a iniciar su búsqueda, ya que habían acordado hilar lo más fino posible en los detalles.

Miguel se adentró en el antiguo edificio y, después de ascender por las escaleras y atravesar varias salas con el intenso olor a papel acartonado, logró acceder a la estancia deseada. Mucha labia había tenido que derrochar para que le permitieran estar ahí, pero había valido la pena. Esa era la recompensa a su persuasión y don de palabra.

Se encaró delante de la estantería que contenía la horquilla de años deseada, desde 1410 a 1417 y, con mucho tacto fue apilando un archivo tras otro encima de la mesa. Se puso sus gafas de presbicia, se acomodó en la silla y empezó con su investigación. No pensaba salir de allí hasta que no encontrara algo satisfactorio.

Por sus manos pasaron notas históricas, con una caligrafía ejemplar, donde reflejaban cantidades, nombres y fechas. El vello se le erizó al encontrar la firma de Camilo Subies en algunas de ellas, y las repasó con interés por si alguna palabra o frase se salía de su cometido; pero no encontró nada a destacar. Después de varias horas, sin apenas descanso y con los ojos enrojecidos, abrió el último archivo. Su moral había descendido a medida que hojeaba sin resultado alguno; sin embargo, algo llamó su atención en la tercera hoja, por la textura del papel que parecía diferente. Sacó del bolsillo de su chaqueta un planchado pañuelo de algodón, y se frotó los ojos retirando cualquier resto de lágrima que le empañara nitidez.

Se centró en los detalles de esa lámina y apreció que estaba superpuesta, como una pegada sobre otra. Buscó en un pequeño departamento de su cartera un cortaúñas, y desplegó una fina lima de metal que introdujo suavemente hasta despegar el papel. Su primera impresión era certera; no era una sino dos láminas, tan perfectamente adheridas, que fácilmente podrían pasar inadvertidas. Continuó hasta separarlas completamente y observó, con sorpresa, que estaba completamente vacía o, por lo menos en apariencia, salvo una pequeña imagen de la Cruz contra el Mal que figuraba en la parte inferior como si fuera una rúbrica. Con el dedo índice empujó las gafas hacia arriba, y se aproximó todavía más para verificar que estaba completamente limpio. Aquello no tenía ningún sentido.

Sacó su móvil y le hizo una fotografía. Seguidamente, volvió a dejar la nota donde estaba y pasó una página tras otra confiado de encontrar algo más. Solo que sus esperanzas se truncaron cuando llegó al final sin nada positivo que

añadir; entonces se quedó pensativo ordenando sus reflexiones, retrocedió en busca de la lámina en blanco, la cogió, miró hacia ambos lados, la introdujo entre las páginas de su periódico y lo plegó.

Miró la hora. Faltaban tan solo unos minutos para la una y media. Se planteó regresar a casa o acudir al Archivo del Reino; era martes y sabía que no cerraban al mediodía. Se decantó por la segunda opción, ya que tenía el extraño presentimiento de que no tenía que desistir. Recogió los tomos, los dejó igual que los había encontrado y se dirigió hacia la salida.

Minutos después respiraba el aire fresco de la calle. A pocos metros de allí, cogió un taxi.

—¡Al Paseo de la Alameda, veintidós, por favor!

Miguel le pagó la carrera al taxista, y se apeó próximo al Archivo del Reino. Era un camino conocido ya que había estado en otras ocasiones acompañado de algún síndico. A su derecha se encontraba el Museo Histórico Militar, la última vez que entró iba con Rosa; recorrieron todas las salas que contenían todo tipo de armamento, desde carros de combate hasta fusiles y mosquetones de varias épocas. ¡Cómo le recordó al servicio militar y a su lejana juventud!

Anduvo hasta colocarse frente al archivo y se deleitó ante su fachada; un edificio que se terminó de construir en 1965, exprofeso para albergar escritos originales que abarcaban desde el siglo XIII hasta el siglo XX. Uno de los grandes tesoros documentales de nuestro país compuesto por dos estructuras diferentes: una de once pisos que contenía la documentación y manuscritos en condiciones óptimas de conservación, y otra más pequeña, donde se encontraban las oficinas y los servicios auxiliares.

La historia de los fondos del Archivo del Reino se remontaba al reinado de Alfonso V el Magnánimo, cuando, en 1419, acordó la creación de este organismo para recoger y albergar toda la documentación propia del Reino de Valencia, teniendo su sede en el Palacio Real, en cuyas cámaras se custodiaron durante cuatro siglos hasta su demolición. Con el paso del tiempo, parte de la información se fue perdiendo. En el siglo XVIII esa masa de documentos estaba en peligro por su desorden y falta de custodia. Carlos III asignó como nuevo emplazamiento la Casa Profeta de los Jesuitas, pero sus instalaciones dejaban mucho que desear y el archivero asignado elevó un informe de quejas en el que alegaba el mal estado de los archivos, muchos de ellos reducidos a polvo por el calor de un horno colindante. Otros, destruidos por la humedad de una acequia

cercana; otra de las estancias estaba invadida de polillas a causa del calor o con tierra, polvo y ratas. En 1810, con la destrucción del Palacio Real ante las tropas francesas, el resto del Archivo Real se trasladó, con toda premura, a la Casa Profeta de la Compañía de Jesús, salvando la mayor parte de él y perdiendo su orden y colocación, agravado también por la caída de una bomba francesa en el nuevo local, que dejó inutilizada una parte de ellos. Después de la guerra se iniciaron los trabajos de ordenación, formación de índices, extractos de documentos; trabajos que tardaron quince años, hasta que en 1965 fue inaugurada la nueva sede.

Miguel se introdujo en sus instalaciones con la intención de escarbar en el siglo XV. Era un lujo disponer de una edificación semejante que albergaba tantas joyas de la historia, tantos documentos centenarios; además, con un acceso público al ciudadano, bien en busca de pruebas para solucionar conflictos o para curiosear en el pasado.

En la sala de lectura y frente al monitor de microfilm, Miguel fue hojeando las imágenes digitalizadas de los propios originales hasta detenerse en el año 1413, fecha de la ejecución de la bruja Guadalupe. Se centró en los procesos criminales de la Real Audiencia, una ardua tarea ya que contaban con 3756 expedientes, que iban desde el siglo XIV hasta el XVII; sin embargo, la extraordinaria clasificación del archivo y su objetivo claro de indagar en el proceso de Lupe, simplificó bastante el trabajo.

El corazón de Miguel se aceleró cuando leyó el nombre de Guadalupe Bru Coscolla. Se subió las gafas de presbicia y empezó a leer y leer, imprimiendo las páginas que para él eran importantes.

Miguel había perdido la noción del tiempo cuando escuchó que el Archivo del Reino estaba a punto de cerrar sus puertas. Aturdido de tanta información empezó a recoger la documentación y salió del recinto. Eran casi las seis de la tarde y estaba anocheciendo. Miguel se abrochó el abrigo y se anudó la bufanda. Estaba satisfecho de la jornada, y a la vez, hambriento. No había probado bocado desde el desayuno; menos mal que había avisado a Rosa de que no iría a comer.

Cruzó el Puente de las Flores y decidió ir caminando a casa. Necesitaba que le diera el aire y despejar su mente, saturada de letras.

Media hora después estaba abriendo la puerta de su hogar.

—¡Ya era hora! —le riñó Rosa—. Creía que tampoco venías a cenar. Y encima sin cogerme el teléfono. Si te hubiera pasado algo, qué, ¿dónde te busco?

—Lo siento Rosa, he puesto el móvil en silencio para no molestar a los demás, te juro que se me ha pasado el día sin enterarme.

—Eso quiere decir que has estado muy ocupado. No hay más que verte los ojos, rojos de tanto leer. Espero que haya valido la pena. Este tema nos está empezando a afectar a todos ¿Habrás comido algo?

—Una empanadilla que me he comprado por ahí —mintió sin maldad para salvar la situación.

—Tienes hambre entonces, ¿no? — su tono era más condescendiente.

—Mujer, pues no te lo voy a negar.

—Siéntate, anda, que te hago una merienda/cena.

—Cuánto te quiero, si no fuera por ti, por lo que me cuidas — Miguel le agarró por la cintura y le dio un beso en los labios que fue correspondido.

—No seas zalamero, que me tienes contenta — protestó, ocultando una sonrisa.



Capítulo 23

A mitad de mañana, Alejandra salió malhumorada de la oficina para no regresar nunca más. Un año llevaba en esa miserable empresa y no estaba dispuesta a alargarlo ni un minuto más. Esas últimas horas habían sido dignas de enmarcar, como las más tormentosas y humillantes de su vida laboral; pero se había despachado bien a gusto con el impresentable de Ortega. Le había dicho, en su propia cara, lo incompetente que era, entre otros apelativos, que no merecía la pena mencionar. Como era de esperar, había sido despedida de la compañía. Desde luego, eso era lo que estaba pretendiendo su superior desde el primer día que entró en ella; tan solo necesitaba motivos para poder hacerlo y esa misma mañana Alejandra se los había puesto en bandeja. Sin embargo, a medida que se alejaba del edificio que le había amargado todos esos meses, la sensación de bienestar y de libertad se iba asentando en su interior, hasta ralentizar su respiración a un ritmo normal.

La sonrisa de Alejandra volvió a su rostro, restableciendo su confianza. Era una mujer válida en su profesión, y lo sabía; tenía formación, conocimientos y experiencia para demostrarlo en cualquier otra empresa, y eso precisamente era lo que iba a hacer a partir de ese momento. Eso tan solo había sido un bache en su carrera profesional, nada más.

Cuando llegó a casa, Lluís estaba terminando de preparar la maleta. Al verla, se sorprendió:

—Es más tarde de lo que creo, o deberías de estar en la oficina —dijo, mirando el reloj.

—Me han despedido. Bueno, para ser franca, lo he provocado poniendo a Ortega en el lugar que le corresponde.

—Vamos, que le has mandado a tomar por culo —pronunció Lluís con una risita.

—Yo no lo hubiese descrito mejor.

—Y, ¿cómo estás? —le preguntó su marido.

—Estupendamente, ya no habrá quién reprima mi manera de pensar o de escribir.

—Esa es mi chica. Ahora tómate un par de semanas de vacaciones y ya verás cómo te llueven las ofertas.

Lluís la abrazó.

—¿Cómo vas de tiempo? —le preguntó ella.

—He de estar en el aeropuerto dentro de una hora. Volveré antes de Navidad; no creo que esté en Nueva York más de una semana, aunque me temo que en los próximos meses voy a tener que dejarte sola bastante a menudo.

—Vuelve pronto —le susurró ella—, que Thor y yo te vamos a echar mucho de menos.

El perro al escuchar su nombre se acercó a ellos y se abrió hueco entre los dos.

—Tú también me vas a echar de menos.

Lluís se agachó y mientras le acariciaba la cabeza al animal le dijo:

—Cuida del ama de la casa en mi ausencia.

—¿Quieres que te lleve al aeropuerto?

—No, he llamado un taxi y estará a punto de llegar.

La pareja se fundió en un largo beso de despedida.

Alejandra, asomada al balcón, lo vio alejarse y no pudo reprimir un sentimiento de tristeza. No era la primera vez que viajaba. Debía de estar acostumbrada a ello, sin embargo, ¿por qué tenía ese extraño presentimiento de que este viaje no iba a ser como los demás?

Miró la hora y todavía era pronto, cogió el bolso, el abrigo y se despidió de Thor.

—¡Cuando vuelva te bajo a dar un paseo, campeón!

Anduvo por la calle Quart hasta llegar a la plaza del Tossal, y entró en el restaurante donde trabajaba Andreu. Después de comprobar que era su mañana libre, continuó por la calle Caballeros hasta llegar a la concurrida y céntrica

plaza de la Virgen. En pocos instantes entraba en la Casa Vestuario y era recibida por uno de los síndicos.

Alejandra se adentró en la sala de los manuscritos y vio la silueta de Andreu en compañía de Humberto.

—Creía que trabajabas esta mañana —le dijo Andreu, sorprendido.

—Y trabajaba, aunque a partir de ahora voy a tener mucho tiempo libre, así que contad conmigo para desvelar este galimatías.

Andreu la miró fijamente, como si quisiera detectar su estado de ánimo.

—Estoy bien —le dijo ella, percibiendo su intranquilidad—. Trabajos hay muchos.

—Por supuesto, y más para una mujer como tú. ¿Cómo has sabido que estaba aquí? Acabo de llegar.

—Era de esperar, he pasado por el restaurante y me han dicho que librabas.

Andreu sonrió.

—¿Ya se ha ido Lluís? —le preguntó.

—Sí, hace un rato.

—Me ha parecido escuchar que vamos a contar con tu presencia mucho más tiempo —agregó Humberto.

Alejandra asintió.

—Perfecto, cuantos más seamos mejor. Miguel está a punto de llegar; según me ha anticipado tiene valiosa información que nos puede interesar.

—Estupendo —se alegró Alejandra—, yo he empezado a hojear algunas páginas sobre los demonios que hay invocados en esta maldición: Satanás, Leviatán y Lilith; aunque tan solo el pronunciar sus nombres me eriza el vello. La verdad es que la información es extensísima. Ahora que Lluís no está y voy a tener más tiempo libre, me dedicaré por entero a ello.

Miguel no se retrasó, su mirada chispeante transmitía la emoción y el orgullo de cuando se comparte algún secreto.

—Ayer fue un día fructífero en cuanto a adelantos —confesó—, se puede decir que estuve todo el día en el Archivo del Reino y, después de mis deducciones, esto es lo que he sacado en claro.

Miguel abrió una fina carpeta azul y sacó varios folios.

—Dado que la muerte del Padre Patricio nos cerraba las puertas de nuevo en nuestra investigación, yo me he centrado en hurgar en la vida de la bruja Lupe. Al parecer, sus poderes ya venían desde generaciones atrás, ya que su abuela pertenecía a un aquelarre ubicado en la calle de las brujas, ejerciendo de

curandera o ensalmadora y adivina. Su nieta Guadalupe renegaba de ella y apenas tenían contacto; huía de esa vida de hechizos, tan solo buscaba un buen marido, con rentable posición social y económica que le permitiera tener una vida acomodada, y lo consiguió al casarse con un importante notario de Bocairente, diez años mayor que ella, pero que le mimaba y amplió sus conocimientos de leer y escribir. Dicho notario tenía una suculenta y nutrida cartera de clientes, en su mayoría nobles importantes de la época. Solo que el poder del dinero cavó su propia tumba, cayendo en un engaño y traición, provocado por uno de esos poderosos e ilustres aristócratas, utilizándolo como cabeza de turco. Lo ajusticiaron por estafa, igual que un vulgar ladrón, ante cientos de personas que lo abuchearon y escupieron delante de su mujer Guadalupe. Ella se quedó prácticamente en la miseria, y todos sus bienes fueron requisados. Entonces, viéndose sola y hundida, se refugió y unió al aquelarre al que pertenecía su abuela; allí, día a día, fue alimentando su ira, creciendo su maldad y perfeccionando sus poderes.

Alejandra sintió un ligero estremecimiento y se echó la chaqueta por los hombros mientras seguía escuchando a Miguel.

—Ese grupo de brujos y brujas que veneraban al diablo, el rey de las tinieblas, en todas sus variantes y formas, canalizaban su poder mediante un libro de rituales satánicos, dónde se engendraron esos tres pergaminos dirigidos a las personas que Guadalupe quiso maldecir. Un libro maldito que llevaba por nombre *Súmmum* y que recogía todo tipo de maldiciones, hechizos, imágenes y sucesos diabólicos.

—Ese libro era una auténtica bomba de relojería —exclamó Andreu, asombrado.

—Hemos tenido mucha —prosiguió Miguel—, muchísima suerte, ya que en los Archivos del Reino he encontrado varias láminas con dibujos, tanto de los juicios, como de los reos; y esa imagen que aparece en la primera página — dijo mostrándola ante ellos— coincide con la techa de la sentencia de Lupe, aunque carece de nombre. Quiero pensar que esa mujer que vemos atada con la soga a ese poste, es ella.

Todos se aproximaron al papel con la intención de ponerle cara a esa diabólica mujer.

—Miguel, has hecho un laborioso trabajo — le felicitaron varios síndicos.



Capítulo 24

Alejandra se quedó hasta altas horas de la madrugada delante de la pantalla del ordenador, indagando sobre los tres demonios: Satanás, Leviatán y Lilith. Las últimas revelaciones de la maldición, la conversación de la gitana, la existencia de la bruja Lupe, el relato del exorcismo que Humberto había comentado sobre el Padre Patricio y la pobre Hortensia, todo ello, le había impresionado mucho más de lo que se imaginaba. Hasta la fecha, todo lo que sabía del tema, que era más bien poco, había sido por medio del cine. Quién no había visto la película de *El exorcista* alguna vez a lo largo de su vida, y que en ella marcó un antes y un después, grabando algunas de sus imágenes en su retina, durante bastante tiempo. Pero de la ficción a la realidad, ella pensaba que había una distancia infinita; ahora, al descubrir que, efectivamente, esas cosas existían presentándose mucho más cercanas de lo que pensaba, le daba un gran repelús.

A pesar de ello, se había hecho el firme propósito de averiguar todo lo que estuviera en su mano sobre los tres demonios, solo que el cansancio empezó a hacer mella y decidió irse a dormir. La ausencia de Lluís se le estaba haciendo pesada y eso que Thor intentaba llenar esos vacíos con su compañía. Antes de meterse en la cama le tapó con su mantita y le miró con cariño. Mañana sería otro día.

Alejandra cayó rendida en un profundo sopor que le condujo a un largo y oscuro túnel, donde se vio acosada por seres maléficos y desproporcionados. Las continuas imágenes absurdas que allí presenció la despertaron y la desvelaron. Miró el despertador y apenas había dormido tres o cuatro horas. Hizo un nuevo

intento de adormecerse, pero resultó una tarea imposible. Al final, aburrida de dar vueltas se levantó y encendió el ordenador.

Las pisadas de Thor le hicieron sonreír.

—Tú tampoco duermes —murmuró, viendo cómo se tumbaba a su lado.

Alejandra retomó las anotaciones de hacía unas pocas horas y se concentró en su investigación. Cerca de las diez de la mañana el sueño empezaba a hacer acto de presencia, justamente ahora que no podía recrearse con un sueñecito. Se levantó, se preparó un café bien cargado, una tostada y reanudó sus averiguaciones.

Pasaban de las dos y media de la tarde cuando sonó el timbre de la puerta. Alejandra miró el reloj, sorprendida por la velocidad en la que trascurría el tiempo delante del ordenador. Se levantó para recibir su esperada visita. Tía Rosa y Miguel se encontraban al otro lado.

—¿Cómo está mi niña? —preguntó Rosa abrazándola.

—Bien, tía, bien. Hola, Miguel —le saludó mientras le daba dos besos en las mejillas.

—Pues nadie lo diría por la cara que llevas. ¿Aún estás en pijama? —le preguntó su tía, preocupada.

—Sí, llevo varias horas sentaba buscando información sobre los tres demonios que nos están volviendo locos a todos, y no he tenido tiempo ni de ducharme.

—Habrás desayunado, al menos.

—Sí, tranquila, que estoy bien alimentada.

—Por cierto —añadió su tía—, he traído arroz al horno para comer, como quedamos, y unos táperes con caldo de cocido, porque como sé que estás sola, seguro que comerás cualquier cosa de poco alimento.

—Gracias, tía.

Alejandra sonrió, premiándola con un beso.

—Aséate mientras yo preparo la mesa —le sugirió su tía—, que tu hermana no tardará en llegar.

—Jesús no viene a comer —añadió Alejandra mientras entraba en el baño—, ayer me dijo Sara que se quedaba en comisaría.

A los pocos minutos, el timbre se volvió a escuchar y fue Miguel quien se dirigió a abrir.

Sara entró acariciando a Thor y saludó a su tía.

—¿Cómo estás, pequeña? —le preguntó Rosa cariñosamente.

—Agobiada de trabajo, pero bien.

Al poco tiempo Alejandra, con mejor aspecto, se unió al grupo y se incluyó en la conversación.

—Y Lluís, ¿qué tal por las Américas? —le preguntó Miguel.

—Con ganas de volver y yo de que vuelva —contestó Alejandra—; todavía le quedan tres días, y me temo que en los próximos meses va a tener que irse más a menudo. Es lo que tiene su empresa.

—Tiene sus compensaciones —apuntó Rosa, dándole ánimos—; el sueldo que tiene, el tiempo libre que dispone cuando está aquí. No podemos tenerlo todo, hija.

—No, si no me quejo, tía, es solo que esta vez lo estoy llevando peor, nada más.

—Eso es porque ahora tienes más tiempo libre —agregó Sara—, pero ya te he dicho que cuando te aburras, que subas a mi casa.

Tía Rosa percibió la nostalgia en su sobrina. Su desconsuelo le había llegado al alma. Abordando la situación con entereza grito:

—¡Se acabaron las lamentaciones, y vamos a comer, que esto se enfría!

Degustaron las buenas manos de Tía Rosa en la cocina, y mientras tomaban el café, iniciaron el tema de la conversación que habían pospuesto a lo largo de la comida.

—Puedo deciros —añadió Alejandra— que la vigilia de esta madrugada ha dado algo de fruto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sara.

—Pues que los tres demonios que nos están rondando, últimamente, me han acompañado en mis desvelos todo el tiempo.

—¡Alejandra, no digas esas cosas ni en broma! —le reprendió Rosa—. ¡Con el diablo no se juega!

—Tía, era una manera de hablar, no es literal —se justificó su sobrina con una media sonrisa.

—Te repito que con el diablo no se juega —el tono adusto de Tía Rosa les sorprendió a todos.

Miguel intercedió entre ellas.

—Vamos, mujer, no tiene mayor importancia.

—No me gustan estos temas —manifestó Rosa—. No, no me gustan.

—De acuerdo —claudicó Alejandra—. ¿Queréis saber que he averiguado? ¿Sí o no?

—Sí —contestó su hermana—, estoy ansiosa.

—Después de varias horas contrastando información, hay datos muy interesantes, Satanás, que en hebreo significa adversario o enemigo, es el embaucador que conduce a la humanidad por el camino del pecado, y se representa con cuernos y pezuñas.

Alejandra se levantó y recogió de la mesa de su despacho varios folios que luego les fue mostrando.

—Leviatán, figura de la que tenía una leve referencia, es una bestia marina del Antiguo Testamento asociada a Satanás, y creada por Dios en el quinto día de la creación. Según Rashi, un sabio judío-francés y un experto en la lengua hebrea, cuenta que, según la leyenda, la pareja de Leviatán se reencarnó en la serpiente de Adán y Eva. Al parecer, Dios creó un Leviatán macho y uno hembra, pero mató a la hembra y se la dio de comer a las fieras del desierto, ya que si los leviatanes hubieran procreado se hubieran podido hacer los dueños del mundo.

—¡Jesús! —exclamó Tía Rosa, viendo el dibujo de tal demonio en la hoja de papel que le había pasado su sobrina.

—¿Y qué pasa con Lilith? —preguntó Sara.

—Esa es la figura que más me ha impresionado. He de decir que sabía algún dato sobre ella, pero no con tanta exactitud. Si Leviatán es el monstruo que se enrolla y representa la fuerza, yo diría que Lilith representa la seducción, el erotismo y la lujuria, por lo tanto, es astuta y peligrosa.

—Alejandra, desatasca ya de una vez —le pidió su tía.

—Lilith, según la versión de la tradición judía, es la mujer que precedió a Eva, o sea, la primera mujer de Adán.

—¡Ahora sí que me he perdido! —protestó Rosa—. Yo siempre he creído que la primera mujer fue Eva.

—Según la teoría de la Biblia sí —le explicó Alejandra—; de hecho, el nombre de Lilith tan solo se menciona una vez en ella. No se sabe si se referían a él como nombre propio, o quizás como una bestia salvaje o una rapaz nocturna.

—¿Por qué un ave rapaz? —preguntó Rosa.

—Porque según la leyenda del folclore judío, de origen mesopotámico, Lilith es un demonio femenino, conocido como la Reina de la Noche y se representa como una bella mujer, en la flor de la vida, con el pelo largo y rizado y a veces con alas y extremidades inferiores de pájaro rapaz.

Rosa se quedó sin habla.

—Según la tradición mitológica, hay varias versiones. El Alfabeto de Ben Sira, escrito entre el siglo VIII y XI, cuenta que Lilith se resistió a yacer por debajo de Adán, alegando que estaban hechos de la misma materia pura y por lo tanto eran iguales. Al intentar forzarla Adán a obedecerle, ella pronunció el nombre de Dios en vano, abandonó el paraíso y se asentó en la costa del Mar Rojo, lugar concurrido por los demonios. Allí copuló con Satanás, convirtiéndose en su esposa y engendrando un centenar de demonios al día. Sin embargo, Adán se vio solo e insatisfecho y se quejó a Dios, quien envió a tres ángeles para devolver a Lilith al Edén. Los ángeles le dijeron que, si se negaba a acompañarlos, Dios se llevaría a sus niños demonios lejos. Ella rechazó su oferta, maldiciéndoles, y Dios mató a cien bebés demoníacos cada día. Desde entonces, Lilith, como venganza por el dolor infringido, se propuso matar a los hijos de Adán, atacar a los niños durante el nacimiento y a sus madres. Además, se inmiscuiría en los sueños de los hombres, robándoles su esperma para dar nacimientos a más niños demonio, que reemplazarían a los asesinados cada día.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Rosa, escandalizada—. Por eso Dios creó a Eva de la costilla de Adán, porque se había quedado solo —concluyó Tía Rosa.

Alejandra asintió.

—Así es como lo explica la Biblia, Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo». Eva representa la compañera de Adán y madre de sus hijos. Hay quienes opinan que el demonio que tentó a Eva en el Paraíso fue Lilith, y así está reflejado por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

—También —intervino Sara— el personaje de Lilith ha servido como estandarte del feminismo actual, como signo de liberación, representando la autonomía de la mujer, ya que se muestra independiente y rebelde alejándose de rol que tenía la mujer común, obediente y sumisa.

—La maldición va cogiendo sentido — murmuró Miguel —. Lilith encaja perfectamente en la sentencia de Lupe a la pobre Hortensia. Las piezas todavía están desperdigadas, pero tenemos que atinar la forma de encajarlas.



Capítulo 25

Rosa andaba liada con los preparativos de la cena de Nochebuena; aunque aún faltaban varios días, quería tenerlo todo hilvanado a falta de comprar lo perecedero el último día. Esa mañana había ido al Mercado Central, en compañía de Miguel y habían recorrido sus pasillos rememorando parte del pasado; su primer encuentro, su idílico noviazgo, su reencuentro, veintitantos años después; ese entorno había sido cómplice de tantos momentos en sus vidas que no podían evitar caminar por él con añoranza y aprecio. También habían pasado por el puesto de Paco, aunque su intención había sido evitarlo a toda costa por no despertar resquemores; pero se habían tropezado con él casi sin darse cuenta. Rosa apenas había levantado la cabeza a su paso, y aun así, definió perfectamente la silueta de Paco y, aunque no podría asegurarlo al cien por cien, estaba convencida de que él los había visto. No es que le importara demasiado su parecer; al fin y al cabo, él no supo encajar nada bien la ruptura de su relación. Sin embargo, la vida era así, a veces había que tomar decisiones, y no siempre eran del agrado de todos.

Miguel acompañó a su mujer hasta casa después de las compras, luego se despidió de ella, había quedado con Andreu y Alejandra en acudir a la Casa Vestuario para ver cómo iban las investigaciones de los síndicos. Eran casi las doce del mediodía cuando llegó a la Puerta de los Apóstoles, y estaba a punto de dar comienzo el tradicional juicio del Tribunal de las Aguas, que se celebraba todos los jueves a esa misma hora. Miguel se abrió paso entre la gente que rodeaba el escenario, para no perderse uno de los ritos más ancestrales de la Historia de Valencia, mientras intentaba localizar la posición de sus compañeros

que todavía no habían llegado. En ese momento sonaron las campanas del Miguelete y el alguacil dio paso a los ocho síndicos, que ocuparon el sillón de su acequia correspondiente.

Decenas de personas con sus móviles en las manos, apretujaron a Miguel queriendo inmortalizar el momento. Este quiso salir de semejantes apreturas cuando, al retroceder, vio la silueta de una delgada mujer que ocultaba su rostro detrás de su cámara de fotos.

Miguel frunció el entrecejo en el mismo instante en que le tocaron el hombro por detrás.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alejandra al verle cara de enfado—. Nos hemos retrasado un poco, pero no para que te pongas así.

—No es por vosotros —contestó Miguel—, hay una joven detrás de ti, Andreu, que la he visto en demasiados lugares. Mucha coincidencia me parece; además, juraría que me estaba grabando a mí.

Alejandra se giró en la dirección señalada. La mujer se había dado la vuelta, alejándose.

—Yo no estoy segura, no termino de ubicarla.

Andreu, no soportando la tensión, decidió salir de dudas y clavó sus ojos en ella.

—Yo no sabría decir, apenas la he visto.

—El juicio ha terminado —afirmó Miguel, viendo como los síndicos se ponían en pie—. Hoy no hay demandantes.

—Pues os invito a una cerveza —sugirió Andreu—, así le damos tiempo a los síndicos de que se quiten el blusón y bajen a la sala de los manuscritos.

—Aceptamos la invitación —añadió Alejandra, sonriente.

Un rato más tarde, los tres atravesaron la oculta entrada y descendieron por los escalones de piedra hasta llegar a la gran sala. Allí les esperaban la mayoría de los síndicos. Humberto les propuso tomar asiento.

—Nuestros avances —fue el inició de su conversación— van más despacio de lo que esperábamos. Han aparecido estos pliegos —dijo, mostrándoselos—. Son unos dibujos en color que no terminamos de ubicar su procedencia. Hemos incluso especulado que podían pertenecer al libro *Súmmum*, y estar desprendidos por algún motivo intencionado o por un simple descuido. Nos hemos centrado en ellos, especialmente, porque están estampadas las imágenes de Satanás, Leviatán y Lilith.

Alejandra se sintió sumamente atraída por esos trazos, esos pigmentos tan

llamativos que parecían tener vida propia e incluso el poder de hipnotizar. Se fijó en los más insignificantes detalles, principalmente, en la extraordinaria y seductora belleza de Lilith. Nada que ver con los dibujos que ella había recopilado en Internet.

—También nos han llamado la atención esos versículos de la Biblia y del Génesis que hay debajo de la lámina de Lilith —comentó Humberto leyéndolos en voz alta.

> *Isaías 34:14*
> *Los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará al otro. También allí reposará Lilith y en él encontrará descanso.*
> *Génesis 2:4-25.*
> *Creó, pues, Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó.*

—Estaría bien —indicó Andreu— que los tuviéramos en cuenta, nunca se sabe.

—Opino lo mismo —apoyó ella.

Alejandra, ensimismada con la ilustración de Lilith y sin poder apartar la mirada de ella, alargó el brazo con la intención de coger el dibujo con las dos manos. Sin querer movió una grapadora que estaba en el borde de la mesa, y a punto estuvo de caer al suelo si no hubiera sido por los rápidos reflejos de la joven; solo que, al cogerla, quiso hacerlo con tanto ímpetu, que se clavó la rebaba punzante de una grapa en el dedo corazón.

—¡Ay! —exclamó, soltándola de golpe.

—Te has pinchado, ¿verdad? —añadió Jaime—. No te hemos advertido que está rota. Tenemos que comprar otra, ya lo he dicho varias veces.

—No tiene importancia —dijo ella mientras buscaba un clínex en el bolso para limpiarse la sangre que empezaba a brotar.

Andreu se acercó a ella con la intención de ver su herida.

—¿Te duele? —le preguntó.

—Escuece un poco, pero creo que sobreviviré —se limitó a contestar, sonriente, mientras envolvía el dedo en el papel.

—No tenemos que llevarte al médico, ¿entonces? —bromeó Miguel.

Ella sonrió mientras leía una de las anotaciones. No era la primera vez que Alejandra veía esos fragmentos. Después de su tenaz búsqueda se había tropezado varias veces con ellos. Lo que verdaderamente desconocía era si

podían tener o no alguna relevancia. Motivada por esas impresionantes láminas, expuso sus recientes conocimientos adquiridos sobre los demonios en cuestión.

—Después de escuchar a Alejandra, la verdad es que yo no tengo gran cosa que decir —comentó Andreu con pesar—. Me gustaría estar más involucrado, solo que este mes con la comidas y cenas de empresa de Navidad nos han incrementado el horario y…

—No tienes por qué disculparte, Andreu —le tranquilizó ella—. Miguel y yo ahora tenemos más tiempo libre.

Ella le pasó la mano por la mejilla.

—Miguel, ¿tú puedes aportar algo más? —le preguntó Jaime.

Miguel asintió.

—Esta noche no me ha acompañado el sueño, y en mi desvelo no he parado de darle vueltas a ese diario del Padre Patricio y sus anotaciones referentes al exorcismo de Hortensia. Presiento que el contenido de esas revelaciones hubiera sido una pieza fundamental en este puzle que llevamos entre manos. Claro está, que no tenemos, absolutamente, ningún dato más sobre él. Sin embargo, como la noche ha sido muy larga, no he podido evitar sacar mis propias conclusiones, quizá algo descabelladas, aunque no del todo inverosímiles.

Todos le escucharon atentamente.

—Si no recuerdo mal, hubo un robo en el Convento de la Merced, donde saquearon algunas de las pertenencias del monasterio y resultaron heridos tres de los frailes, entre ellos el Padre Patricio, de especial gravedad.

Jaime asintió.

—Bien, supuestamente, el diario debía de acompañarle siempre y, es muy probable, que en esos momentos del incidente lo tuviera cerca. Imagino también que sería conocedor de su estado agonizante, ya que murió semanas después; de manera que, ¿a quién pudo confiar ese diario tan importante para él?

—A alguien cercano y de suma confianza —propuso Alejandra.

—Como por ejemplo, el Padre Jofré —contestó Andreu al instante.

—Opino lo mismo —asintió Miguel—. Él fue comendador del convento, amigo, conocedor de ese dietario y del último exorcismo realizado a su vecina.

Miguel prosiguió, levantándose de su asiento.

—Según cuenta la leyenda, el Padre Jofré buscaba alguien que le cincelara una imagen para la ermita del hospital, y que representara a la Cofradía. Entonces se le presentaron tres peregrinos ofreciéndose para ese cometido, pidiéndole hospedaje, alimento y los útiles necesarios. El padre los instaló en

una pequeña capilla, actualmente El Capitulet. Durante el primer y segundo día oyeron golpes; al tercero, al no escuchar nada, el fraile, preocupado, decidió entrar. Con sorpresa, observó que los peregrinos habían desaparecido, aunque la comida y los materiales estaban intactos, y en su lugar estaba la imagen de Nuestra Señora que, posteriormente, se convertiría en la Virgen de los Inocentes o Desamparados, patrona de la ciudad. El hecho los llevó a pensar que esa talla había sido esculpida por los propios ángeles. Hasta aquí, prácticamente lo sabíamos todos, ¿no es así?

Ellos asintieron.

—Pero yo desconocía el dato de que en esa ermita y en ese mismo instante, encontraron no solo la imagen de la virgen, como yo creía, sino que había dos más: la Virgen de los Desamparados, el Cristo del Hospital y la imagen de San Miguel. Sobre ello hace referencia una antigua copla que mi octogenario profesor de Llíria me recordó, y que empieza así:

> *La Virgen de los Desamparados, San Miguel y el Cristo nacieron el mismo día, unos ángeles esculpían, otros tañían…*

—Yo tampoco lo sabía. ¿A dónde quieres llegar? —le preguntó Andreu intrigado.

—Pues dicha imagen de San Miguel fue regalada, en 1411, por el Padre Jofré a su hermana. Sor Enriqueta Gilabert, que era la mayorala del beaterio de San Miguel de Llíria. Dado que el monasterio acogía a devotas mujeres de vida contemplativa, con una senda de abnegación y sacrificio, todo lo que llegara a sus manos, tanto de valor sentimental como monetario, era de agradecer ya que vivían de sus pequeños patrimonios, conseguidos a base de dotes y limosnas. Al margen de la leyenda. Sor Enriqueta deseaba sustituir la imagen de San Miguel, que tenía el eremitorio desde sus inicios, por una más esbelta y majestuosa. Puesto que el célebre dominico Fray Vicente Ferrer era su confesor y también amigo de su hermano, cabe pensar que le contara sus deseos; por ello, que fuera un regalo.

—Muy interesante —solicitó Andreu, ansioso.

—Mis suposiciones me llevan a pensar que, tras el fallecimiento del Padre Jofré, el 18 de mayo de 1417, todas sus pertenencias personales pudieron pasar a las manos de su hermana, Enriqueta Gilabert, y cabe la posibilidad de que

incluyendo ese diario. Porque dónde iba a estar mejor custodiado que en ese monasterio, lejos de la civilización y en compañía de esas religiosas de clausura.

—No sé dónde quiere ir a parar, pero sus argumentos hasta el momento tienen cierta lógica —indicó Humberto, expectante ante la continuación de su desarrollo.

Miguel sonrió.

—Cuando Joan Gilabert vuelve a Valencia en 1417, tras predecir su muerte su amigo Ferrer, lo hace solo, fallece y todo pasa a su hermana. Durante doce días estuvo su cuerpo expuesto en el Convento de Nuestra Señora del Puig, donde miles de valencianos lo honraron.

—¿Cuándo falleció Sor Enriqueta? —preguntó Andreu.

—Un año después —aclaró Miguel—, en 1418, y San Vicente Ferrer el 5 de abril de 1419.

—Seguimos estancados —se lamentó Alejandra—. Tuviera su hermana o no ese diario, ¿dónde lo buscamos?

Andreu sonrió.

—Me da en la nariz que Miguel tiene un as en la manga, si no a qué viene ese brillante planteamiento.

—Así es Andreu, ya nos vamos conociendo. Recordad que yo he visitado el Monasterio de San Miguel de Llíria a lo largo de toda mi vida y he acudido a sus fiestas y procesiones; cuando he estado en España, claro está, y me une una gran amistad con Don Camilo, mi antiguo profesor, natural del municipio, que se conoce el eremitorio como la palma de la mano; pues me he tomado la libertad de hablar con él antes de venir aquí, y me ha comunicado que existe una habitación en la que hay documentos tan antiguos como el propio monasterio, ya que él los vio una vez, hace ya muchos años; pero presume adivinar que todo debe de estar igual que entonces porque el movimiento del eremitorio es prácticamente nulo.

Alejandra y Andreu sonrieron.

—Una puerta se nos abre — alegó Humberto.

—No perdemos nada por intentarlo; por algún sitio hay que empezar — agregó Andreu, con un hilo de esperanza.

—A qué estamos esperando — pronunció Alejandra, eufórica.



Capítulo 26

Después de los adelantos de Miguel, se habían citado para ir al Monasterio de Llíria nada más pasar el día de Navidad. Dejarían pasar las fiestas en familia, lejos de hechizos y maldiciones.

Pasaba ya la medianoche, y Alejandra continuaba aporreando las teclas de su ordenador intentando descifrar el significado de los versículos e indagando sobre maldiciones y demonios. Además, su intuición femenina le presagiaba que tenía que haber un punto débil en todo este mal que se había cernido sobre ellos.

Tenía las piernas entumecidas de estar todo el día sentada, y la cabeza le iba a estallar de un momento a otro. Quería adelantar todo lo posible antes de que llegara Lluís que, si no había ningún contratiempo, iría a recogerle al aeropuerto a las seis de la tarde del día siguiente. Tenía tantas ganas de verle; esa semana sin él le había resultado eterna.

Leyó y releyó, a sabiendas de que el sueño le estaba ganando la batalla. Se movió en el sillón, estiró la espalda y las piernas, bebió un trago de agua y le dio un bocado a un sándwich de jamón y queso que apenas había mordisqueado. Los radiadores se habían desconectado automáticamente, aunque todavía se mantenía activo el calor en la habitación. Alejandra pasó de página y se centró en un fragmento de un novelista italiano, de origen judío, llamado Primo Levi que hacía una reseña de Lilith por boca de uno de sus personajes. Alejandra dejó de ver la pantalla durante unos instantes, convirtiéndose en un auténtico borrón; el cansancio le vencía; de repente, abrió los ojos y, soñolienta, comenzó a leer:

«A ella le gusta mucho el semen del hombre, y anda siempre al acecho a ver dónde ha podido caer. Todo el semen que no acaba en el único lugar consentido, es decir, dentro de la matriz de la esposa, es suyo. Todo el semen que ha desperdiciado el hombre a lo largo de su vida, ya sea en sueños, o por vicio o adulterio. Te harás una idea de lo mucho que recibe: por eso está siempre preñada y no hace más que parir».

Alejandra, agotada, perdió la consciencia, dejando caer la cabeza sobre el torso de sus manos encima de la mesa del despacho, rodeada de papeles. En su duermevela emergieron figuras sin sentido, que provocaron inquietud en su rostro y en su cuerpo hasta el punto de que con la respiración agitada comenzó a balbucear palabras incoherentes, hasta que sin saber por qué abrió los ojos. Al retomar la imagen de su mesa de trabajo, inclinada por la posición de su cabeza, se quedó paralizada e imposible de reaccionar. Sin pestañear, el pánico se reflejó en su semblante al sentir el gélido tacto de una serpiente que reptaba alrededor del teclado y se paseaba, con insultante descaro, a pocos centímetros de ella. De repente, el ladrido de Thor la despertó sacándole de su adormecimiento. Alejandra levantó la cabeza, histérica, y miró y remiró su entorno para apreciar con alivio que tan solo había sido una aterradora pesadilla. Pero ¿por qué Thor se mostraba tan nervioso, olisqueando por aquí y por allá?

—No pasa nada, tranquilo —le dijo mientras le acariciaba—. No hay nadie. Tan solo era un mal sueño.

Alejandra acompañó a Thor hasta su camastro y miró la hora. Eran más de las tres de la madrugada. Apagó el ordenador, y al pasar el dedo índice por las teclas le pareció que estaba algo viscoso. Frotó las yemas de los dedos con el fin de detectar qué sustancia era aquella, y respiró sonriente al deducir que era aceite del emparedado que no se había terminado. Se levantó, apagó la luz y se metió en la cama.

Mañana sería otro día.

Amaneció un día alegre y soleado. Alejandra se preparó la mochila para practicar la escalada, y después de bajar a Thor y desayunar, cogió la bici y se dirigió al Rocódromo Petxina. Quería descargar adrenalina y esa era una buena manera de hacerlo. Además, en los últimos días había dedicado muchas horas, quizá demasiadas, a la recopilación de datos, y apenas se había movido. Tenía que paliar esa vida sedentaria. Cuando llegó, saludó a los conocidos, se cambió de ropa, se acopló el arnés y la bolsa de magnesio y empezó a trepar. Ascendió

un metro, dos y tres sin ningún problema, agarrándose a las presas conocidas. Era una lección sabida, y también el resto, ya que lo había ejercitado varias veces, y la confianza nos puede jugar malas pasadas. Estaba a punto de llegar hasta el final, cuando al poner la mano sobre la última presa, le sorprendió el tacto gelatinoso y poco usual, haciéndole perder el equilibrio; por suerte, pudo agarrarse a la cuerda que estaba próxima y tan solo recibió un golpe en el muslo.

Descendió en un santiamén y lo volvió a intentar. Ese contratiempo no iba a impedir que lo consiguiera una vez más, y así fue.

Regresó a casa, satisfecha y con ganas de preparar la llegada de Lluís. Abrió el grifo de la bañera y dejó caer un puñado de sales de baño. El sonido de su móvil le interrumpió el ritual.

—Hola, cariño —saludó ella sonriente—. Me estoy preparando un baño de los que a ti te gustan para recibirte hoy.

—¡Qué rabia! Cielo, han retrasado el vuelo por causas meteorológicas. No voy a llegar esta tarde.

—Lluís, no me digas eso —su tono era de fastidio y decepción al mismo tiempo.

—Lo siento. Aterrizaré mañana a las doce del mediodía. Tan solo son unas horas, y llegaré a tiempo para la cena de Nochebuena.

—Si no hay más remedio —comentó, resignada—, ¿pero estás bien?

—Sí, preciosa, te quiero.

—Yo también.

La joven colgó el teléfono enfurruñada, a punto estuvo de quitar el tapón de la bañera; pero por qué iba a desaprovechar toda esa agua. Seguidamente, siguió con su plan inicial, se desnudó y se sumergió en el agua perfumada. Tenía una temperatura perfecta, no demasiado caliente. Se tumbó apoyando la cabeza en uno de los extremos del borde, cerró los ojos y disfrutó de esos instantes de placer mientras su cuerpo se relajaba, impregnándose de calor. El baño se llenó de vapor y los azulejos se empañaron. Alejandra se pasó la esponja, suavemente, por el cuerpo, por el cuello, el pecho, el vientre, las caderas, el pubis, las piernas, y el suave roce fue despertando en ella deseos carnales reprimidos durante varios días. Su mente se remontó a escenas ya pasadas con Lluís en ese mismo lugar. Lástima que estuviera lejos. Repitió sus movimientos, con más lentitud, con más parsimonia, saboreando cada roce, cada caricia. Rozó sus erguidos pechos y se recreó en ellos, después deslizó su mano hasta llegar a sus genitales, buscando su clítoris. Su respiración se acentuó y sus jadeos se incrementaron avivando su

fuego interior. Cerró los ojos y percibió el tacto de las manos de Lluís, manoseando sus nalgas, pellizcando sus pezones. Sintió sus besos, escuchó sus susurros, notó la presión de su cuerpo y la dureza de su pene erecto reclamándola con premura, hasta que se sintió poseída, extasiada de placer. Con cada embestida gruñía con más fuerza, mientras ella se masturbaba y gemía y vibraba, envuelta en el agua jabonosa, hasta que dejó de suspirar y su cuerpo se detuvo, calmado y sereno.

Se enjuagó y se puso de pie, se enrolló la toalla alrededor del cuerpo y se dispuso a salir. Algo llamó su atención; sobre el suelo había unas huellas mojadas, unas huellas de animal. Pensó si podían ser de Thor, solo que en ningún momento lo había visto aparecer. Cuando la joven llegó al salón, su querida mascota estaba dormida encima de su manta; le tocó las patas y estaban completamente secas. Confusa, levantó las cejas.

Qué cosas tan extrañas le estaban sucediendo últimamente.

Las horas siguientes no le dedicó demasiado tiempo al ordenador, quería desconectar y pasar unas Navidades tranquilas, sin más preocupación que su querido Lluís y su familia.

Estuvo un rato en casa de Sara, y luego llamó a Tía Rosa, ofreciéndose para ayudarle en la cena familiar.

Cuando anocheció, bajó a Thor y estuvo jugando con él en los jardines de Guillem de Castro; luego se preparó una ensalada y algo de fruta, apagó la televisión y se puso a leer un rato hasta que los ojos se le cerraron. Tapó a Thor y se fue a dormir. Los sueños agitados de esa noche la despertaron a las seis de la madrugada. Se despertó exaltada, envuelta en sudor y con la cara descompuesta. No pudo conciliar el sueño hasta que amaneció. Recordó sus años de pesadillas a lo largo de su infancia y adolescencia, solo que este mal sueño, de hacía unas horas, nada tenía que ver con los de antaño.

Con los primeros rayos del alba, Alejandra se levantó. No aguantaba ni un minuto más en la cama. Hizo las tareas de costumbre por pura inercia, mientras su mente, obcecada en turbios pensamientos, le taponaba los sentidos. Cuando calculó que su hermana podía estar levantada, subió a su casa.

Sara le abrió la puerta, sobresaltada.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—Perdona por despertarte —se disculpó, al verla en pijama.

—Ya estaba despierta, no te preocupes, pasa. ¿Qué sucede?

—Realmente no lo sé, pero me están pasando cosas muy extrañas.

—¿Extrañas?

—Sí, he tenido un par de sueños con serpientes.

—¿Con serpientes? Alejandra, después de todo lo que estás leyendo sobre esos demonios, lo raro sería que no tuvieras sueños disparatados.

—No sé qué pensar. Jamás había soñado algo parecido. Y tú sabes que he padecido pesadillas desde niña; pero esto es diferente, no es igual.

—Entiendo que te sobresaltes, es normal, vamos a ver el significado. Depende de cómo se te aparezca tiene un sentido u otro.

—Pues, la primera vez estaba enrollada sobre la mesa de mi despacho, y se paseaba al lado de mi cara sobre el teclado del ordenador; la segunda, levantaba la cabeza y me miraba desafiante para después enroscarse en mi cuerpo. Te juro que cuando lo pienso se me ponen los pelos de punta. Me muero de angustia.

—¡Siéntate y relájate! Espera que consulte en este libro de los sueños. A ver qué dice.

Sara se aproximó a una estantería y rebuscó hasta encontrarlo. Luego lo hojeó y dijo:

—Aquí está. Si una serpiente se te enrosca significa: traición o enfermedad —leyó textualmente.

—Pues casi prefería no saberlo. Sara, lo estás arreglando, vengo para que me des ánimos y me das una mala noticia.

—Espera, también dice que simboliza la seducción en tu vida amorosa. Habla de tu propia sexualidad, de poner más pasión en tu relación.

Alejandra se sonrojó.

—Te has puesto colorada, ni que fueras una colegiala.

—No, no es eso Sara. Es que desde que se ha ido Lluís estoy más cachonda de lo normal. No sé cómo explicártelo, a mí me gusta hacer el amor y disfruto del sexo con mi marido; sin embargo, esto es diferente. Además, en el sueño de esta noche me ha pasado algo que…

—¿Qué te ha pasado?

—Que estaba fornicando como una salvaje, igual que una perra en celo, ha sido una escena engañosa porque yo no soy así, y a la vez, era tan real.

—No tienes por qué preocuparte, ya sabes que los sueños, sueños son. No se pueden controlar, es la mente la que decide qué y con quién soñamos.

—Ese es el problema —su voz sonó algo angustiada.

—No te entiendo.

—Con quién estaba follando no era con Lluís — dijo angustiada.

—¿Ah, no? ¿Y con quién era? — le preguntó Sara, llena de curiosidad.

Alejandra se quedó muda durante unos instantes.

—Era con Andreu. A partir de ahora no voy a poder mirarle a la cara sin morirme de vergüenza.



Capítulo 27

Alejandra llegó con media hora de anticipo al aeropuerto de Manises. Estaba azorada y nerviosa; el sueño de la noche anterior le había dejado una bochornosa sensación de culpa que no había logrado limar en las últimas horas, a pesar de los intentos de Sara por restarle importancia. Solo esperaba mantenerse entera cuando recibiera a Lluís, y no desmoronarse en sollozos sobre sus brazos.

Lo vio aparecer por la terminal, con la chaqueta en el brazo, tan guapo, tan atractivo, que tuvo que contenerse para no asaltar a las personas que tenía delante. Cuando llegó a su altura le abrazó y le besó como si fuera el último día de su vida.

—¡Vaya recibimiento! —suspiró Lluís, complacido.

—¿Has tenido un buen viaje?

—Demasiado largo, aunque bien. Debería de estar acostumbrado, ya sabes que el cambio horario es lo que más me trastorna.

—¿Has podido dormir en el avión?

—Poca cosa, alguna cabezada.

—Tengo la comida hecha, así que comeremos pronto, te echas un rato la siesta y así que estés despejado para esta noche. Acuérdate que cenamos todos en casa de Tía Rosa.

Lluís sonrió sin poder dejar de mirarla. Estaba preciosa.

—Y tú, ¿cómo llevas el tiempo libre?

—Bastante bien, pegada al ordenador. Vamos, sin aburrirme. A pesar de todo, te he echado mucho de menos.

Una vez en el *parking*, entraron en el coche.

—Así que te has buscado un sustituto.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, azorada.

—Sí, que me has sustituido por el ordenador —Lluís soltó una carcajada—. Y Andreu, ¿qué tal?

Alejandra se quedó sin responder unos instantes, temiendo que el sonrojado de sus mejillas le pudieran delatar.

—Está bien —le contestó, mirando al frente.

—¿Ha tenido nuevas pesadillas?

—Pues creo que no.

Lluís cambió de tema, cosa que agradeció su mujer.

Cuando llegaron a casa, Alejandra deshizo la maleta y puso una lavadora, mientras Lluís se daba una ducha. Cuando salió del baño ella le abordó en el salón, se aproximó a él y le besó en los labios revolviendo sus húmedos cabellos, le abrió el albornoz y empezó a sobarle el pecho. Él, deseoso, la apretujó contra su cuerpo, dejándola indefensa y comiéndosela a caricias.

—Voy a tener que irme más a menudo —murmuró él mientras la besuqueaba —. Me encanta esa actitud de loba.

—¡No me vuelvas a dejar sola! —le reprochó, mordisqueándole el labio y magreando con fuerza su pene erguido—. Sabías que no llevo bragas —le cuchicheó al oído.

—Uf… ¡Cómo me gusta! —siseó, ardiente.

Lluís la levantó en volandas mientras se devoraban el uno al otro, buscó el ardor de su vagina y le penetró con vigor; en cada sacudida Alejandra vibraba jadeante, hambrienta de querer más, de derramarse ante él y de ser correspondida. Convertidos en uno, Lluís anduvo hasta la habitación, la dejó caer sobre la cama y la desnudó. Hicieron el amor durante más de una hora, como dos fieras en celo, desinhibidos, sin dar freno a su lujuria, destapando el frasco de los placeres prohibidos, y exprimiéndose el jugo de ambos hasta quedar saciados de amor y extenuados de sexo.



Esa noche estaban todos invitados y no podía faltar ni el más mínimo detalle. Rosa disfrutaba de veladas como esa ejerciendo de anfitriona; le hacía sentirse útil y al mismo tiempo querida y arropada por su familia. Sus sobrinas le habían

propuesto ayudarla. Rosa se había negado por completo, pues bastante trabajo tenían ellas como para liarlas más.

Lluís y Alejandra llegaron acompañados de Sara y Jesús. En el ascensor, Sara se fijó en la luz que desprendía su hermana.

—Estás radiante. ¿Qué has hecho? ¿Has cambiado de maquillaje? —le preguntó.

Alejandra negó con la cabeza, y no pudo evitar mostrar una sonrisa.

—Sí, sí, será el maquillaje — agregó Lluís mirando, con complicidad a su mujer mientras bajaba la mano de la cintura a las nalgas.

Jesús, atento a la escena, añadió con guasa:

—Después de una semana sin veros, ahora se llama maquillaje.

Sara miró a Jesús, captando el mensaje.

Les recibió Miguel tan atento como siempre; Tía Rosa, todavía con el delantal, les envolvió en abrazos.

—¡Andreu llegará un poco más tarde! — explicó Lluís.

—Le esperaremos, ¿queréis tomar algo mientras? — preguntó Miguel como buen anfitrión.

La tertulia amenizó la llegada de Andreu, que hizo su aparición saludando a todos. Alejandra, cohibida sin razón y con más calor del habitual, apenas le rozó la mejilla cuando se saludaron.

Tía Rosa dispuso el lugar de cada uno en la mesa, y fue ultimando los entrantes mientras Sara y Alejandra llevaban los aperitivos a la mesa. Lluís se ofreció servicial a echar una mano, y lo hizo con Miguel, encargándose de la bebida.

Andreu, sentado al lado de Alejandra, comentaba una anécdota del día en la que todos sonrieron. Jesús, seguidamente, contó otra que provocó carcajadas. Alejandra no quiso recordar el sueño de la otra noche; al fin y al cabo, no había sido más que eso, un sueño.

Sin embargo, Sara había estado observando los movimientos de su hermana, y no había pasado por alto las miradas lascivas entre ella y su cuñado, al igual que los roces voluntarios al cruzase en la cocina: comportamiento meloso que le agradó dada la preocupante conversación mantenida con ella esa misma mañana. También había advertido de la manera más discreta, la prudente distancia que mantenía Alejandra con respecto a Andreu, y de la que esperaba no se hubiera dado cuenta nadie.

La cena de Nochebuena se desarrolló en buena armonía hasta bien entrada la

madrugada. Se despidieron con unas copitas de más y envueltos en risas. Dejaron a Andreu en la puerta de su casa y, minutos después, las dos parejas se perdieron en el portal de la calle Quart.



Andreu se descalzó nada más llegar a casa. El comedor le daba vueltas y más vueltas. No entendía el motivo, ya que no se había excedido con la bebida, tan solo un poco más de lo habitual. Bebió un vaso de agua para quitarse la aspereza de la lengua y se metió en la cama deseando que la noria de su cabeza se detuviera, o terminaría por vomitar la cena; algo que lamentaría por lo delicioso que estaba todo y el cariño depositado por la cocinera.

El mareo provocó que, en poco tiempo, cayera en un profundo sopor, donde ya no era dueño de sus razonamientos ni de sus actos; tan solo una ebria marioneta al antojo de sus fantasías más retorcidas y metas por cumplir. Su inconsciencia le condujo por oscuros senderos abruptos de maleza, que se clavaban en sus pies descalzos. Iba a medio vestir, con el faldón de la camisa por fuera y los pantalones arremangados a la altura de los tobillos. La humedad de la noche había impregnado su cuerpo que, desorientado, buscaba salir de ese tenebroso laberinto. Agobiado y cansado de dar vueltas en círculo, divisó una luz roja a lo lejos. Anduvo hacia ella confiando en buscar una respuesta a esa alucinación, a ese despropósito sin sentido. A medida que se aproximaba al destello encarnado, era invadido por una fragancia dulzona, desconocida para él, pero no desagradable, que le magnetizada como imán; y lo que, en un principio, tan solo era un punto púrpura en el horizonte, se fue reencarnando en un cartel luminoso en el que Andreu pudo leer claramente: Mar Rojo. Bajo él había una gran puerta de madera con diferentes grabados en relieve de ángeles, serpientes e imágenes dantescas. Andreu quiso retroceder. Aquello no le gustaba nada en absoluto; no obstante, antes de que sus pies le obedecieran, su mano derecha agitó con furia el llamador de metal, produciendo un sonido ronco y seco.

La puerta se abrió al instante sin que nadie lo recibiera. Con cautela, entró a una inmensa estancia con una gran chimenea donde las chispeantes llamas declamaban su nombre con seductoras voces femeninas. De repente, la puerta se cerró de golpe. Andreu se sobresaltó y quiso retroceder. Ya era demasiado tarde; de aquella flama viva salieron unas mujeres aladas, semidesnudas, que se aproximaron a él sin parar de susurrar: *Andreu, Andreu, Andreu.…* conduciéndole

hasta un diván de terciopelo granate en el que se dejó caer, sintiendo las lenguas de aquellas féminas que le lamían sin control, baboseando su piel, mientras sus manos le manoseaban desde los pies hasta la cabeza, desprendiéndole de la ropa sin que él pudiera mover ni un solo músculo de su cuerpo. El sonido de una campanilla hizo que las hembras se retiraran de él, volviendo al interior de la lumbre, difuminándose entre las llamas. Andreu vio como una mujer, envuelta en una capa de seda escarlata y con el rostro oculto por la capucha, descendía, de forma etérea y majestuosa por la escalinata de mármol. Avanzaba silenciosa, con los pies descalzos, siguiéndole unas piernas largas y esbeltas, despojadas de prenda alguna, dejando entrever su adolescente pubis y un vientre firme y plano, hasta que llegó a su altura y se colocó a horcajadas sobre su cuerpo masculino. Andreu percibió el cálido contacto de su piel, la humedad de su sexo. Cerró los ojos y sintió como las manos de esa diva se posaban en su rostro, en sus ojos y en sus labios, mientras él, inmóvil, experimentaba la presión de los movimientos libidinosos de esa hembra que rezumaba el mismo empalagoso perfume que llevaba oliendo todo el tiempo, y que era la misma esencia del erotismo y la concupiscencia.

La mujer con manos expertas le sedujo hasta la perdición, hasta la cima de la locura, consiguiendo que su libido adquiriera el punto más álgido. En el mismo instante en que iba a copular con esa diosa del sexo, ella se desató el capisayo y lo dejó resbalar por su espalda, mostrándole unos turgentes pechos dentro de un cuerpo perfecto. Andreu sintió enloquecer, levantó la vista para ver su rostro y, espantado, gritó:

—¡Alejandra!

En ese momento se despertó.



Capítulo 28

A primera hora de la mañana, Miguel y Rosa aparcaron el coche en la puerta del Real Monasterio de San Miguel. La pareja se recreó admirando el horizonte a la espera de la llegada de Lluís y Alejandra que lo hicieron a los pocos minutos. Andreu no había podido acudir; la enfermedad de un compañero le había obligado a tener que cambiar el turno de trabajo.

Alejandra bajó del coche, abotonándose el abrigo.

—Qué frío hace aquí —se quejó, mientras el viento le revolvía los cabellos.

—Es la altura y el invierno —le aclaró Miguel, sonriente.

Lluís le pasó el brazo por los hombros, prestándole su calor. Los cuatro entraron por la puerta, de arco de medio punto, y ascendieron por la escalinata hasta llegar al patio. Miguel, mientras tanto, les iba relatando:

—Este monasterio fue fundado por Jaime II el Justo, nieto de Jaime I, en 1326, lo testifica un documento encontrado aquí; espero que tengamos suerte y también nosotros encontremos lo que buscamos. La entrada principal, la escalera y donde nos encontramos ahora es del año 1900.

Todos se dispusieron a entrar en la iglesia.

—Como veréis, es pequeña —comentó Rosa una vez dentro.

Miguel continuó con su explicación:

—Nació a finales del siglo XIII como un reclusorio, durante siglos cobijó a devotas mujeres aisladas del mundo, en reducidísimas celdas; ermitañas primero, beatas después. En los documentos antiguos figura que se les llamaba *Les dones de San Miguel*. En 1896 se convirtieron, por primera vez, en la Orden Religiosa de la Visitación de Nuestra Señora y de San Miguel; monjas de clausura que se

dedicaban a la vida contemplativa, la oración y la limosna. Después pasó por la Orden Franciscana y, por último, durante un breve espacio de tiempo una Orden de Centroamérica hasta el año 2001; desde entonces no hay Orden Religiosa. Actualmente es propiedad del arzobispado.

—Una vida de pobreza y penalidad —murmuró Alejandra, discrepando de esa mentalidad.

—Sí, pero elegida por ellas. Nadie les obligaba a estar aquí —puntualizó Rosa.

—Entonces, ¿ahora no hay nadie? —preguntó Lluís.

—No, la entrada a la iglesia es libre —aclaró Rosa—, pero no sé cómo nos las vamos a ingeniar para llegar a la habitación que queremos, porque, supuestamente, toda la parte del convento está cerrada y en desuso, ¿no, Miguel?

—Así es, desde hace muchos años. He conseguido unos planos y según me ha detallado Don Camilo hay una pequeña habitación justamente aquí —señaló en el mapa—, con todas las llaves colgadas en un panel. A veces, hay alguien de mantenimiento por aquí. De momento, no hemos visto ni oído a nadie.

—Y, ¿qué hacemos si aparece? —preguntó Rosa.

—Habrá que improvisar —soltó Alejandra sin más argumentos.

—Sí os fijáis —retomó la conversación Miguel—, la iglesia es de poco valor arquitectónico y desproporcionada, ya que la planta no es recta con respecto al presbiterio debido a las construcciones adosadas en distintas épocas, por eso estoy intentando orientarme en este mapa. Al parecer, donde ahora está la pileta de agua bendita y el púlpito, estaba ubicada la pequeña capilla, una barraca valenciana, y debajo de nuestros pies hay una cripta con centenares de tumbas; las primeras fueron profanadas, las siguientes están cubiertas de yeso.

—¿Esa imagen de San Miguel es la que el Padre Jofré le regaló a su hermana en el siglo XV? —preguntó Alejandra, mirando el altar.

—¡Ojalá! —exclamó Miguel—. La original, lamentablemente, fue destruida en la Guerra Civil Española. Durante los tres años que duró la contienda el monasterio fue desmantelado y expoliado, llegando a utilizarlo como prisión.

—Hay una leyenda urbana —contó Rosa— que cuenta que en esos años de conflicto tiraron el santo por la valla, y en una de las piedras del patio de entrada quedó esculpida una de sus alas; aunque volviendo a la realidad, cuando destruyeron la talla gótica, alguien cogió un fragmento de la escultura y lo guardó. Cuando terminó la guerra lo entregó al santuario, que fue acogido por

las monjas como una reliquia de San Miguel. Creo que todavía perdura en el monasterio.

—En 1939 —explicó Miguel— los lirianos reclamaron su destruido San Miguel. Mediante una suscripción popular se hizo un listado de personas que sufragaron el gasto de las 7000 pesetas que costó la talla que veis ahora, y que fue obra del escultor del momento, José María Ponsoda. La imagen gótica desaparecida llevaba una armadura de guerrero medieval con la enagua por debajo para no escaldarse, como la moda de entonces; esta si os fijáis —dijo señalando el altar— lleva el faldellín por fuera y la banda militar. En cuanto al manto, también hay variación, este es largo como el de una virgen, mientras que el original llevaba una clámide; una capa corta hasta las rodillas, con hebilla al hombro, como la de los militares romanos.

—Miguel, ¿ya sabes por dónde tenemos que ir? —le preguntó Rosa.

—Creo que sí. Seguidme.

Los tres siguieron los pasos de Miguel, atravesaron varios patios llenos de macetas, hasta colarse en una estancia con una serie de muebles antiguos; se adentraron en ella, y conducidos por varios pasillos llegaron hasta la habitación de las llaves. Efectivamente, tal y como le había descrito Don Camilo a Miguel, había cuatro paneles con llaveros y sus respectivas etiquetas.

—Nos separaremos a buscar. Deben estar marcadas con los nombres de celdas y archivos, o algo parecido —dispuso Miguel con entereza.

—Pero eso es imposible —protestó Lluís—, ninguno de los llaveros tiene nombre, tan solo números.

—¿Cómo? —preguntó Rosa confundida—. ¿Qué hacemos, Miguel?

—No perdamos la calma —dijo Alejandra.

Miguel desplegó el mapa de nuevo y vio que todas las estancias estaban numeradas, entonces respiró.

—Ya lo tengo. Buscad los números 2, 7 y 25.

—Pero ¿por qué tres números, Miguel? —le preguntó Rosa, descolocada— ¿no estamos buscando solo una habitación?

—Sí, las otras son de acceso hasta llegar allí. Aunque tengo algunas dudas —dijo, girando el croquis para interpretarlo desde otro ángulo.

—Localizas la 2 y la 7 —murmuró Lluís—. Me falta la número 25.

Alejandra gritó:

—¡La tengo!

Salieron, guiados por el plano, hasta tropezarse con una estrecha escalera,

blanqueada de cal, que subieron sin rechistar.

—No estoy muy seguro de si es por aquí —renegó Miguel, confuso.

Abrieron una vieja puerta de madera, nada más entrar escucharon voces, bajo en el patio.

—Hay alguien —susurró Rosa—. Tenemos que darnos prisa.

—Creo que no es por aquí —dijo Alejandra—, esto parece el antiguo noviciado. Mirad todas esas pequeñas puertas, deben ser las celdas de las beatas.

La curiosidad condujo sus pies hasta ver dentro de esas diminutas estancias donde cabía la cama y poco más.

—Y qué me dices del ventanuco —añadió Rosa—. Están en un estado lamentable, no me extraña que no dejen subir a la gente.

—¿Qué quieres, Rosa, después de tantos años sin utilizar? —aclaró Miguel —. Deberíamos irnos ya.

Retomaron sus pasos y descendieron por la vieja escalera; las voces de antes se oían con intensidad y tuvieron que frenar su bajada. Cuando oyeron que se alejaban continuaron con su aventura buscando la entrada correcta a la sala de los archivos; pero aquello era un laberinto interminable de pasillos.

—Creo que es por aquí —agregó Miguel.

Volvieron a subir otras escaleras que les condujo a otra ala del convento, en este caso con mejor aspecto, aunque con una austeridad extrema. Continuaron por varios corredores, atestados de centenares de libros apilados en el suelo y cubriendo estanterías.

—Espero que todavía continúen parte de los documentos —expuso Miguel —, porque según me han contado, en la Guerra Civil una parte de esos papeles se los llevaron en sacos y los metieron en el aljibe de una masía de campo; las tormentas hicieron que terminaran pudriéndose; otros tuvieron mejor suerte y se los llevaron al Archivo del Reino.

—Y lo dices ahora —le reprendió Rosa—, después de lo que nos estamos jugando. Estaría bien que nos encontráramos con esa habitación vacía.

Miguel se detuvo ante la última puerta, respiró hondo e introdujo la llave en la cerradura. Con cautela, entraron en el cuarto, y nada más hacerlo supieron que habían dado en el blanco. Una de las contraventanas de madera estaba entreabierta, de forma que les permitió definir con intensa claridad su contenido. Ante ellos, se encontraba una mesa cubierta por decenas de carpetas, una arcaica cómoda de madera y un armario.

—Creo que hemos llegado —afirmó Miguel.

Alejandra fue la primera en tomar la iniciativa, abriendo el primer cajón del comodín. Sus ojos acrecentaron su tamaño al vislumbrar pergaminos de una antigüedad incalculable. Tomó el primero en sus manos y pudo apreciar la fecha de 1550.

—¡Mirad esto! —susurró con ímpetu.

Miguel se había quedado sin palabras al abrir uno de los cartapacios y hurgar en su contenido, lleno de documentos de donaciones. Destapó el siguiente y había registros notariales, en el tercero indulgencias familiares. No podía creer que todos esos escritos estuvieran fechados entre los siglos XIV, XV y XVI, algo increíble.

—No nos dejemos embaucar por lo que tenemos delante —advirtió Lluís, viendo el embeleso de los demás—, y centrémonos en lo que hemos venido a buscar.

Rosa abrió el armario y se asombró del volumen de papeles valiosos que se encontraban allí dentro. Para revisar todo aquello necesitarían, no días, sino semanas, e incluso meses. Tiempo del que no disponían.

Alejandra abrió los cajones restantes. Dio un vistazo rápido y se unió a su tía y Lluís en ese ropero repleto de información.

De pronto, las voces de un hombre y una mujer se volvieron a escuchar de nuevo, lo que provocó que los cuatro se detuvieran en sus quehaceres, para retomarlos a los pocos instantes cuando presumían que podía haber pasado el peligro.

La ansiedad había provocado en Alejandra cierto agobio, la emoción le impedía respirar con normalidad. Procuró calmarse; no era el momento de tener bajones. Tenía que recuperar la compostura, y así lo hizo. Instantes después, se había sumado hojeando papeles y más papeles hasta que se detuvo ante una especie de desgastado listado donde aparecían el nombre y la fecha de defunción de las monjas que allí habían habitado. No creyó que esos datos pudieran aportarle grandes beneficios a la investigación; sin embargo, se remontó al 1418, fecha en la que falleció Sor Enriqueta Gilabert, y la encontró al instante, junto a una numeración. Alejandra arqueó una ceja, dio un vistazo rápido hacia arriba y hacia abajo sin saber muy bien qué dato positivo le podía aportar, hasta que se detuvo, con gran sorpresa, al leer el nombre de Hortensia Roig. Un momento, ¿qué pintaba el nombre de esa mujer entre todas esas religiosas?

—Mirad esto, creo que es importante —clamó, llamando la atención de los demás, que se aproximaron a ella con la intención de saciar su curiosidad.

—¿No creéis que es demasiada casualidad? —preguntó Alejandra.

—Quizá la hermana Gilabert —añadió Rosa— sí que era conocedora del caso y consciente de lo que su hermano le entregaba.

—¿En qué fecha pone que falleció? —preguntó Lluís.

—Unos meses antes de la muerte de Sor Enriqueta —contestó Alejandra.

—¿Todas esas mujeres están enterradas en la cripta que hay debajo de la iglesia? —preguntó Lluís de nuevo.

—En efecto, más de trescientos nichos —verificó Miguel.

—¿Creéis que echaran en falta este documento? —preguntó Alejandra con cara de niña traviesa.

—Hija —contestó su tía—, con tantos papeles que hay aquí y lo desastrado que está todo, no lo creo. Así que escóndetelo bien.

—Creo que esa reseña nos puede abrir una puerta —apuntó Lluís— dado que el resto de información no parece importante para nuestra causa. Ahora deberíamos salir de la misma manera que hemos entrado; es decir, sin que nadie nos vea.

—Si —aclaró Miguel—. Aunque antes tengo que devolver las llaves al cuartucho. Creo que lo mejor es que vosotros os vayáis a la salida y nos vemos en la calle.

—No, Miguel —dijo Rosa—, yo voy contigo. Ellos que se vayan.

En fila india descendieron los peldaños con cuidado de no tropezar y de no ser vistos. Miguel y Rosa se perdieron por uno de los pasillos, buscando el cuarto de las llaves. Las voces se volvieron a escuchar, esta vez tan próximas que Lluís y Alejandra no pudieron retomar los pasos hacia la salida y tomaron la dirección opuesta; un jardín con una gran parrilla. Sin detenerse, se colaron por otra puerta hasta una gran explanada llena de pinos desde donde se divisaba gran parte del Camp del Turia. En ese momento, alguien les llamó la atención por detrás.

—¡Perdonen, oigan, no pueden estar ahí!

Ellos se giraron de inmediato.

—Disculpe —dijo Alejandra con serenidad— creíamos que se podía entrar, por eso nos hemos tomado la libertad de asomarnos por estos fantásticos miradores.

—No, no se puede entrar, tan solo en la iglesia — el hombre le escrutó con

la mirada, intentando detectar el grado de verdad; luego hizo lo mismo con Lluís —. Los acompañaré hasta la salida.

—Muchas gracias — le agradecieron —. Lamentamos habernos metido hasta aquí sin permiso.

Cuando salieron a la explanada vieron que Miguel y Rosa les estaban esperando.

Subieron en los coches, ufanos de alegría. Su primer objetivo estaba cumplido.



Capítulo 29

Andreu tamborileaba los dedos sobre la mesa del bar. Estaba inquieto tras la última pesadilla en la que Alejandra había aparecido como la reina de la lascivia. Buscando una excusa, había evitado acudir al Monasterio de Llíria, pues no tenía la indecencia de presentarse delante de ella y de Lluís. Siempre había pecado de no saber fingir y estaba convencido de que iban a leerle el pensamiento. La honestidad con la se había fraguado su amistad estaba en peligro, y eso le atormentaba seriamente. Admitía que siempre había sentido una debilidad, una atracción especial por Alejandra, tanto como mujer y como persona; pero en todo momento la había tratado con el respeto que se merecía, y además, era la mujer de su mejor amigo, de su leal camarada y compañero Lluís. No podía defraudar a ninguno de los dos.

Él no era así. Se sentía sucio y avergonzado.

Andreu se pasó las manos por la cabeza, que le iba a estallar de un momento a otro. Cuando levantó la vista vio salir a Jesús de la comisaría donde trabajaba.

Jesús cruzó la calle y entró en el local. En cuanto localizó a Andreu se sentó a su lado. En la mesa había dos botellines vacíos.

—Gracias, Jesús, no sabía a quién acudir. ¿Qué quieres tomar?

—Una cerveza. Ya he terminado mi turno.

—Dos cervezas, por favor —pidió Andreu—. La mañana ha estado movida, ¿no? Porque he oído más sirenas de lo normal.

—Ya te digo. Los bomberos han ido de cabeza por un incendio que se había declarado en un edificio cercano, en el que hace algunos meses se asentaron un

grupo de okupas. Menudo día, evacuando a dos familias afectadas, menos mal que solo han sido daños materiales.

Jesús dio un trago al botellín.

—Y a ti, ¿qué te pasa?, porque no tienes buena cara —dijo preocupado—. ¿Qué es eso tan importante que me tenías que decir?

—Sigo con las pesadillas.

—¡Joder, qué putada! —exclamó—. Yo la mayoría de las veces no me acuerdo de mis sueños. ¿Con qué has soñado esta vez?

—No te lo vas a creer, este sueño ha sido diferente, me encontraba en medio de la noche, perdido, hasta que me encontré con un lugar siniestro que tenía un cartel luminoso en rojo. Aquel antro era la cuna del placer y del sexo, con mujeres semidesnudas que me tocaban, provocándome, y me acariciaban privándome de voluntad…

—Y dices que era una pesadilla —le interrumpió Jesús con sarcasmo.

—Sé lo que estás pensando. Pero lo grave no es eso, lo que verdaderamente me preocupa es que después de esa sesión de tentaciones apareciera, con el rostro tapado, la diosa de la lujuria; sensual, hambrienta, insaciable, y me sedujera como nunca lo había hecho ninguna mujer.

—No lo veo tan grave. Todos hemos tenido alguna vez algún sueño erótico.

—Jesús, esa mujer era Alejandra.

—¡Mi cuñada! —exclamó—. ¡Ostia, qué callado se lo tenía! —dijo en tono de guasa.

—No le veo la gracia. Sabes que yo sería incapaz de traicionar a un amigo.

—No me malinterpretes, Andreu. Ha sido un comentario espontáneo. No te lo tomes al pie de la letra, tan solo ha sido un sueño y puede tener cierta lógica. Los últimos días habéis estado más en contacto y… —se le terminaban los argumentos.

Jesús dio un trago a la cerveza asimilando la confesión de su amigo.

—¿Lo sabe Lluís?

—No, y les he puesto un pretexto de trabajo para no acompañarlos esta mañana a Llíria. Sé que en la cara me van a notar mi incomodidad, lo sé.

—Vamos a ver, no dramaticemos. Yo creo que deberías actuar como si no hubiese pasado nada. En realidad, todo ha sido producto de tu imaginación, y ya sabes que la mente va por libre: los pensamientos no se pueden controlar. Debes quitarte esa sensación de culpabilidad y mentalizarte de que “no” ha pasado nada. Andreu, “no” ha pasado nada.

—Tienes razón. Esta situación me está trastornando. Gracias Jesús por tus consejos.

—No hay de qué, ya sabes que puedes contar conmigo siempre que lo necesites.

Salieron del local y a pocos metros, en la plaza del Tossal, se despidieron.



Cuando Jesús entró en casa, Sara ya había llegado. Lo recibió con un beso en los labios.

—Me ha llamado mi hermana, que han encontrado algo importante en el Monasterio de Llíria.

—Qué buena noticia. ¿Han tenido complicaciones?

—Ninguna. Sorprendentemente, ha sido todo demasiado fácil. Estaban emocionados. Ojalá ese hallazgo nos libere de muchas preocupaciones.

—Sí, sobre todo a Andreu —indicó Jesús con aprecio—. Últimamente está muy decaído, esas pesadillas lo tienen marcado. En el fondo, lo entiendo.

—El pobre Andreu se está ganando el cielo, y esa maldición nos está empezando a afectar a todos. Hasta mi hermana ha retornado a las andadas soñando cosas raras.

—¿Ah, si?

—Sí, escenas sin sentido —Sara se mordió la lengua, midiendo sus palabras —. Claro que, no me extraña. Todos los días investigando sobre demonios, hechizos y cosas por el estilo, pues, al final, la mente se contamina y los sueños se infectan de toda esa ponzoña.

El timbre de la puerta sonó interrumpiendo su conversación. Sara se dirigió a abrir, y desde el salón Jesús escuchó las voces del resto de la familia.

Rosa y Miguel fueron los primeros en entrar, seguidos de Lluís y Alejandra. La alegría iba reflejada en sus rostros.

—Enhorabuena, creo que hay algo nuevo —les felicitó Jesús.

—Sí, creemos que de interés —contestó Miguel—. Alejandra, muéstranos ese listado, por favor.

Los dos fueron exponiendo todas sus hipótesis ante la atención de Jesús y Sara.

—¿De verdad creéis que en el nicho de Hortensia Roig puede haber algo que nos interese? —preguntó Sara, escéptica.

—Queremos creer que sí —contestó Alejandra—, desde luego, no serán los restos de ella, que falleció cuatro años antes en el centro de la ciudad.

—Decís que en esas catatumbas hay más de trescientas cajas fúnebres —añadió Sara—. ¿Cómo vamos a saber cuál es la correcta?

—Hay unos números al lado de cada nombre —aclaró su hermana—, y suponemos que llevarán algún orden.

—¿Hay algún acceso viable a esa cripta? —se interesó Jesús.

—Solo de escucharos tengo los pelos de punta —manifestó Rosa.

—Está bastante jodido —protestó Lluís—, ¿no, Miguel?

—Sí, la cosa no pinta demasiado bien. Según he repasado el plano y contrastado con Don Camilo, tenía tres entradas. Una enfrente de la puerta principal, debajo del altar de madera que entonces tenía unos pasadores por donde bajaban las cajas. En una de las reformas la madera se sustituyó por el cemento y el paso se cerró. Otro de los accesos estaba debajo de la imagen de San Miguel, que también está cegado; este llevaba a una bóveda transversal y después a tres bóvedas más donde están los nichos. Al fondo de esa última hay una pequeña escalera que asciende hasta la nave central de la iglesia.

—Si asciende a la nave central de la iglesia —apuntó Sara—, quiere decir que también se puede bajar, ¿no es así?

—Sí, aunque no es tan fácil —añadió Miguel, sosegando los ánimos—. En ese punto debía de haber una losa que se levantaba y bajaba a la cripta, solo que ahora según dicen está inaccesible; lo peor de todo es que no sabemos cuál es el sitio exacto.

—Pues tendremos que averiguarlo —pronunció Alejandra—. Hay que avisar a Andreu y mantenerlo al día. Yo le iba a llamar, pero creo que está trabajando.

—Yo me encargo de darle la noticia — se ofreció Jesús.



Esa tarde Miguel no había podido pegar ojo en su hora de la siesta. Los acontecimientos de esa mañana en el Monasterio de Llíria le habían mareado los pensamientos, intentando ubicar la posición exacta de la entrada a la cripta.

Rosa, sentada en el sofá a su lado, hojeaba una revista; de vez en cuando, le miraba de reojo.

—¿No te duermes?

—No, y mira que este sueñecito es sagrado para mí.

Acto seguido, se puso en pie y extendió el plano del eremitorio encima de la mesa.

—Hasta que no des con lo que buscas no vas a parar. Si no te conociera…

Miguel cogió una libreta y un lápiz, empezó a anotar, a medir y rayar, aparentemente, sin ningún sentido, moviendo el plano de aquí para allá, viéndolo desde distintos ángulos. Rosa, inquieta, ante tanto trajinar se levantó y se colocó a su lado.

—¿Qué piensas? — le preguntó.

—Pues que si aquí había una entrada — dijo, señalándole en el papel—. Aquí había otra, y sabemos que hay tres bóvedas; se podría decir que las catatumbas ocupan gran parte del suelo de la iglesia, por no decir todo. Don Camilo me dijo que la figura del monaguillo, esa que vimos antes del altar, de tamaño natural, estaba sobre la baldosa señalada, aunque ahora la han cambiado de sitio, dejándola en el centro.

—Ay, Miguel, ¡me estás poniendo nerviosa! Además, eso de profanar una iglesia y el descanso de todas esas religiosas no me parece bien.

—¡Rosa, tenemos que volver a ir al monasterio!

—No me estás escuchando, ¿verdad?

—Claro que te escucho, pero ahora no es el momento de andar con prejuicios. De manera que cuanto antes lo hagamos mejor. Voy a llamar a los síndicos y comunicarles nuestras intenciones.

Rosa se alejó unos metros. Estaba a punto de sentarse en el sofá cuando su marido la reclamó.

—Llama a Sara y Alejandra, que avisen también a Andreu, tenemos que volver; no debemos demorarlo más.



Capítulo 30

Esa noche la claridad de la luna llena iluminaba el Tossal de San Miguel, mostrando un monasterio erguido y triunfante, ante las incontables contiendas y hazañas sucedidas a sus pies. Dos haces de luz, unidas al motor de un coche, ascendieron por la cuesta, en forma de zigzag, irrumpiendo la calma hasta llegar a la explanada. Próximo a la puerta de entrada, Lluís apagó el motor de su Audi negro recobrando la quietud de ese milenario lugar.

Sara y Alejandra fueron las primeras en salir, seguidas de Miguel. Luego lo hizo Andreu; por último, Lluís, que abrió el maletero y sacó una mochila con herramientas de primera necesidad. Jesús tenía guardia en la comisaría, y Rosa habían acordado que se quedara en casa.

Se repartieron una linterna para cada uno y se acercaron al pórtico de madera. Lluís hizo los honores de ser el primero en forzar la cerradura, y lo consiguió al segundo intento.

—No he perdido reflejos —murmuró satisfecho.

—Ligeros como gatos, se deslizaron dentro y subieron la escalinata hasta llegar a la puerta de la iglesia. Andreu iba detrás de Alejandra. Durante todo el trayecto se había mostrado lo más natural posible, evitando que detectaran su cohibición hacia ella. Aún perduraba en su memoria el sueñecito de la otra noche, en la que ella se había mostrado como la diosa de la lujuria. A pesar de los consejos de Jesús, no había podido hacer desaparecer esas imágenes; de forma que cuando en un momento puntual su linterna alumbró sus piernas seguida de sus nalgas, se sonrojó e intentó desviar la luz lo más rápidamente posible. «Evita la tentación y evitarás el peligro» —se dijo para sus adentros.

—Andreu, entra de una vez —le susurró Sara al otro lado de la puerta de la capilla.

Él le obedeció. Se había quedado el último sin darse cuenta.

El interior estaba completamente a oscuras, salvo las ráfagas de sus linternas. Sombras por aquí y por allá que ponían los pelos de punta al más decidido.

—¡Como cambia el decorado visto de noche! —exclamó Alejandra—. No sé si estoy preparada para lo que vamos a hacer.

—Sí, he de reconocer que impresiona bastante —le apoyó su hermana, alumbrando la figura del arcángel que presidía el altar.

—Podéis esperarnos en el coche —les sugirió Lluís con cierto desasosiego —. De buena gana me iría con vosotras.

—Dejemos ya de quejarnos y vamos manos a la obra —sugirió Andreu—. Miguel, guíanos.

—Pues después de mis hipótesis —Miguel miró hacia un lado y a otro—, la baldosa que buscamos debería de estar por aquí. Cerca del altar en un margen de estos tres metros cuadrados, más o menos.

—¿Por aquí, dices? —preguntó Lluís.

—Sí, eso creo —afirmó Miguel con ligeras dudas—. Deberíamos retirar esos dos atriles de portavelas.

—Ayúdame Andreu —solicitó Lluís.

Los cinco dirigieron sus focos de luz hacia el suelo, revisando palmo a palmo.

—Estas baldosas de ajedrez marean un poco —se quejó Sara—, ¿no creéis o me pasa solo a mí?

—A mí también me ocurre —dijo Miguel.

—¿Cómo se supone que vamos a saber cuál de todas es si son exactamente iguales? —Preguntó Alejandra.

—Buena pregunta, cariño —apoyó Lluís—. Si por lo menos supiéramos si son las blancas o las negras, sería de gran ayuda.

—Y si os dijera que son blancas y negras —agregó Andreu, enfocándose la cara con la linterna y luciendo una radiante sonrisa.

—¿Lo has encontrado? —murmuraron los demás casi al mismo tiempo.

—No lo sé. Juzgar vosotros.

Andreu iluminó sus pies y todas las miradas se centraron en ellos. Fue Alejandra la primera en agacharse en el momento en que Andreu dio un paso

dejando ese espacio libre de impedimentos. Le siguieron los demás con el signo de interrogación grabado en sus rostros.

—Esta losa no es como las demás —expuso Lluís, siguiendo la junta con la yema del dedo índice—. Esta unión es falsa, lo cual la diferencia de la demás porque es cuatro veces más grande.

—Eso me había parecido a mí también —se unió Andreu.

—Ha de haber alguna esquina, alguna muesca o fisura —puntualizó Sara.

—O no —agregó Miguel—. Recordad que esta entrada también estaba tapada, o quizá ha sido un bulo que simplemente han dejado correr.

—Pues si no tiene hendidura por dónde tirar, habrá que hacerla —añadió Lluís, hurgando en la mochila y sacando un cincel y un martillo.

—¡Espera! —le frenó Miguel antes de que fuera a dar el primer golpe— ¿No os parece un poco extraño que no hayan dejado ninguno de los tres accesos viables? Inspeccionemos bien ese metro cuadrado antes de aporrear la piedra y desgastar fuerzas.

—¿Qué piensas, Miguel? —le preguntó Andreu.

—Todavía no lo sé…

—Un momento —perfiló Alejandra de rodillas en el suelo—, ¿qué creéis que son estos dos puntos?

Lluís rascó los dos orificios situados en un extremo.

—Están tapados con masilla, yeso, que se yo; pero esa capa es tan solo superficial.

—Aquí en la otra esquina hay otros dos más —gritó Sara algo emocionada.

—Eso es lo que necesitábamos —exclamó Miguel—. Dejadme ver, en efecto, está tapado solo para cubrir las apariencias. Ahí tiene que entrar algo que nos ayude a tirar de ella; una argolla o algo similar, en forma de herradura, quizás, que podamos incrustar en los pequeños agujeros.

Todos se levantaron y rebuscaron a su alrededor sin ningún éxito.

—Íbamos demasiado bien —murmuró Sara algo decepcionada—. Está claro que no iban a dejarnos el pomo de la puerta ante nuestras propias narices —su tono se convirtió en puro sarcasmo.

—A lo mejor sí que está en nuestras narices, pero no lo vemos —murmuró Miguel, alumbrando a todos lados hasta detenerse en la estatua del monaguillo, a tamaño natural, que se encontraba a pocos metros de ellos.

En ese instante rememoró las palabras de Don Camilo.

—Si no recuerdo mal, ese monaguillo se encontraba sobre la baldosa que

facilitaba la entrada a la cripta, solo que lo van cambiando de sitio al libre albedrío de cada uno.

Miguel se aproximó a él y todos le siguieron.

—¿Crees que puede estar aquí? —Le preguntó Andreu.

—No lo sé.

—Pues salgamos de dudas —se apresuró a decir Sara, toqueteándolo de arriba abajo para terminar negándolo con la cabeza.

—¿Qué pasa con la peana? —propuso Alejandra.

Todos se miraron durante unos instantes. Entre Andreu y Lluís lo levantaron, colocándolo en posición horizontal. Miguel se agachó unos centímetros y no pudo evitar soltar un grito de euforia al ver dos grilletes sin pernos, que cogió rápidamente. Luego se dirigió a los orificios e intentó incrustarlos en ellos, solo que parecían no encajar tan fácilmente como esperaba.

—Miguel, los nervios te están traicionando —le manifestó Andreu, corrigiendo la posición—. Es al revés, dale la vuelta.

Efectivamente, las argollas anclaron como si estuvieran diseñadas para ese fin. Armados de voluntad y mucha fuerza, tiraron hasta dejar al descubierto una profunda oquedad que ensamblaba con una rudimentaria escalera de metal.

—¿Quién es el valiente que va primero? —preguntó Lluís a modo de guasa.

—Yo —se pronunció Andreu como voluntario—; al fin y al cabo, todo esto es por mí culpa.

—Yo no diría culpa —dijo Sara—. Llamémosle herencia familiar.

—No tenemos por qué bajar todos —planteó Alejandra—. Ese agujero es tan negro que no sé si prefiero quedarme aquí.

—Podemos entrar Andreu y yo —comentó Lluís—. No hay necesidad de más.

—Yo también voy —se unió Miguel—. Tengo gran curiosidad.

—De acuerdo, ¿llevas el número de nicho que hemos de buscar?

Miguel asintió.

Sara y Alejandra los vieron desaparecer entre las ráfagas de luces. Se sentaron en el escalón del altar, confiando que la espera no fuera muy larga. El sepulcral silencio les intimidó. Un crujido les hizo mirar hacia el frente.

—¿Es normal que chasque la madera de los bancos? —preguntó Sara.

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿qué coño es ese ruido?

—Igual es alguna rata —dijo Alejandra—. No me extrañaría nada; cuando

vimos las desahuciadas celdas de las monjas había cagarrutas de roedores.

—Pues yo casi que me voy a poner de pie.

—Creo que deberíamos bajar con ellos —propuso Alejandra—; no soporto la espera.

—Opino lo mismo.

Las dos hermanas iniciaron el descenso, y pegadas la una a la otra caminaron unos metros hasta tropezarse con una de las bóvedas con decenas de nichos abiertos.

—¡Qué mal huele aquí dentro! —se quejó Sara.

—Sí, con todo lo que hay y sin ventilación, no me extraña que apeste así.

—Estas son las cajas que dijo Miguel que habían profanado.

—Sí, ten cuidado, hay muchos restos por el suelo —le previno Alejandra.

—No me digas que todo lo que cruje bajo de mis pies son huesos de las pobres monjas —renegó Sara alumbrando el suelo—. Joder… joder —murmuro esquivándolos.

—Dónde se habrán metido los demás —quiso saber Alejandra, alumbrando aquí y allá.

—Calla un momento, me ha parecido escuchar voces.

Sara y Alejandra se guiaron por el sentido del oído, solo que el eco resultaba un poco confuso. Traspasaron otra de las bóvedas con sus respectivos nichos apilados y tapados con yeso, para evitar el saqueo, hasta casi entrar en la última parte de la cripta y la más antigua. En ella, se podían apreciar las cajas en peor estado de conservación. Sara se adelantó y pudo ver una de ellas que estaba abierta. Se asomó y no había nada en el interior.

—Creo que esta es la que estábamos buscando.

—Efectivamente, el número coincide —certificó Alejandra—, lo cual confirma mis conclusiones. Tengo gran curiosidad por saber qué había ahí dentro y lo que han encontrado, si es que había algo.

—¿Se puede saber dónde están ellos?

—Eso me gustaría saber a mí. Debemos volver ¡Oh, Dios mío! —exclamó Alejandra horrorizada—. No saben que estamos aquí dentro. ¿Y si ya han salido?

—Qué insinúas…

Las dos hermanas salieron corriendo de allí todo lo rápido que sus pies le permitieron, a pesar de la semioscuridad que les rodeaba. Sortearon obstáculos con el primordial objetivo de buscar la única salida que existía en ese tétrico cementerio subterráneo.

A pocos metros de la abertura, por donde habían descendido hacía tan solo un rato, una sensación de ahogo, de falta de aire se apoderó de ellas al verificar que sus temores se habían convertido en realidad y que el agujero se encontraba herméticamente cerrado. No podía ser cierto. Aquello no estaba sucediendo. Fue Sara la primera en subir por las escaleras y hacer un fallido intento por empujar la baldosa; aquello era imposible de mover.

Alejandra sacó su móvil, tenía que contactar con el resto del grupo.

—¡Maldita sea, no hay cobertura! —exclamó.

—No se pueden ir sin nosotras. En cuanto vean que no estamos ni en la iglesia ni en el coche, nos empezarán a buscar —Sara pretendía convencer a su hermana y autoconvencerse ella misma—. Espero que sean listos y piensen que podemos estar aquí.

Apenas habían trascurrido unos instantes, cuando un murmullo en el interior les congeló las entrañas.

—¿Has escuchado eso? —le preguntó Alejandra.

Sara asintió.

Atentas ante cualquier ruido o movimiento extraño y con la luz de sus linternas enfocando en círculo alrededor de ellas, volvieron a oír una serie de crujidos que les erizó el vello.

—Esto nos pasa por profanar tumbas —susurró Sara—. ¿Quiénes somos nosotros para perturbar la paz de los muertos? Lo tenemos bien merecido.

—Te quieres callar —le ordenó su hermana—. Serán ratas.

—Ah… es un consuelo, cuando nos encuentren estaremos mordisqueadas por ellas e infestadas de enfermedades.

—Sssshhhh —le chistó Alejandra—. Se oyen más cerca.

Las dos mujeres, apiñadas, apuntaron con la ráfaga de luz en la dirección de donde provenía el ruido, con la intención de salir de dudas de una vez por todas; pero en ese mismo instante la imagen de un hombre apareció ante ellas y un grito unánime atestó aquella catacumba.

—Somos nosotros, somos nosotros —escucharon ante sus voces.

Instantes después, la calma había retomado los últimos acontecimientos. Ante ellas aparecieron Miguel, Lluís y Andreu.

—Si vosotros no habéis salido —apuntó Sara dirigiéndose a los tres—, ¿quién coño nos ha cerrado la entrada?

—¿Cómo? —Clamó Lluís mirando hacia arriba—. Eso es imposible.

—¿Ah, sí? —voceó Alejandra—, pues nosotras, desde luego, no hemos sido.

—Ayúdame, Andreu —le pidió Lluís.

Los dos se encaramaron en los peldaños de metal y forcejearon hasta hacer que la baldosa temblara.

—Otra vez, Andreu, esta no va a poder con nosotros.

Alejandra se unió a ellos y, juntos, consiguieron desplazar la losa hacia un lado, lo suficiente para poder dejarles paso. Sin perder tiempo, los cinco salieron a la superficie y respiraron tranquilos.

—Decidme que esta experiencia ha valido la pena — añadió Alejandra más tranquila —, y habéis encontrado lo que queríamos.

Miguel asintió.

—Yo tengo una pregunta que me está corroyendo por dentro, — puntualizó Sara —. ¿Quién sabía que estábamos aquí y ha intentado enterrarnos vivos?



Capítulo 31

Eran casi las cinco de la mañana cuando las hermanas Ferrer y compañía regresaban del Monasterio de San Miguel de Llíria. Había sido una noche larga y con algún sobresalto no esperado, aunque también productiva, ya que habían encontrado el diario del Padre Patricio. El cuaderno del mercedario parecía contener tanta información que, a pesar del cansancio y la tensión acumulada, no podían posponer su lectura ni tan siquiera unas horas.

Lluís encontró aparcamiento alrededor de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, próximo al edificio de Miguel. Los cinco descendieron, ansiosos por tener nuevas revelaciones. Rosa les estaba esperando; no había podido pegar ojo, intranquila, por el curso de los acontecimientos, hasta que su marido le había llamado con buenas noticias.

Cuando entraron en el apartamento, Rosa les había preparado un tentempié; una bandeja de bocadillos, café y refrescos.

—Gracias, tía —agradeció Sara—; pero apenas tenemos hambre.

—Habla por ti, cuñada —añadió Lluís, hincando el diente a uno de los panecillos.

—Se ha hecho tan tarde —dijo Rosa—, que estaba angustiada por si os había pasado algo.

—Pues hemos tenido suerte porque casi no lo contamos… —la frase de Lluís se quedó a medias por un pisotón que recibió de Alejandra.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Rosa, alarmada.

—Nada que no hayamos podido solucionar —intervino su marido, restándole importancia.

—Voy a avisar a Jesús —anunció Sara—. Terminará el turno de noche en una hora, por si quiere venir o irse a dormir.

—Será mejor que repongamos fuerzas y comamos algo —sugirió Miguel, desenvolviendo el hallazgo encontrado—; todavía tenemos mucho camino por delante si queremos desmenuzar este diario.

—Sí, que las cosas con el estómago lleno se ven mejor —apoyó Rosa.

Hicieron un inciso siguiendo las recomendaciones de los más experimentados de la casa. Miguel fue el primero en abrir el diario y hojearlo, hasta llegar al punto que le interesaba.

—Escuchad esto —expuso—. Aquí detalla el exorcismo realizado a Hortensia Roig, hay escrita como una especie de reflexión sobre lo dura, perversa y agotadora que resultó su sesión antes de que falleciera. También cita a:

> *Isaías 27:1 y dice así:*
> *En aquel día, Yahvé castigará con su espada cortante, grande y fuerte, a Leviatán, la serpiente huidiza, a Leviatán, la serpiente tortuosa, y matará al dragón que está en el mar.*

—Otra vez Leviatán —susurró Alejandra.

Miguel pasó de página.

—Aquí el Padre Patricio menciona la malignidad del libro *Súmmum,* del que fueron engendrados los tres pergaminos para maldecir a las tres personas que denunciaron a la bruja Guadalupe; algo que ya sabíamos.

Rosa le acercó una taza de café. Después de dar un sorbo continuó:

—También hace especial hincapié en una frase que ha subrayado en dos ocasiones; una frase que, según detalla, pronunció el demonio por boca de la posesa y la repitió varias veces con desafiante sarcasmo. La frase es:

> *El triángulo está cerrado, nadie puede entrar ni salir.*

—Curiosa y retorcida frase —murmuró Lluís.

—Sí, y con demasiado sentido —añadió Miguel, con tono de preocupación —. Aquí explica que la bruja Lupe maldijo a los tres denunciantes y a todos sus descendientes; pero que para que dicha maldición se cumpliera y perdurara en el

tiempo, vendió su alma al diablo como garantía, y selló el pacto derramando su sangre en su propio medallón.

—Desconocíamos la existencia de ese medallón —apuntó Andreu.

—El fraile mercedario asegura que dichos pergaminos son indestructibles, que tan solo podrán ser aniquilados y revocada su maldición con la fusión del libro *Súmmum* y el medallón.

—Entonces, ese medallón es el símbolo o la clave que certifica la maldición —añadió Sara, descolocada.

—Yo cada vez lo entiendo menos —protestó Alejandra.

Miguel asintió.

—Ya sabíamos que el documento enviado a Pedro Adell —aclaró Andreu— no se quemó a pesar de encontrarse en el horno donde él fue calcinado, o sea que es cierto.

Miguel hojeó un par de páginas y se detuvo.

—Según detalla, el fraile inició una lucha por destruir semejante maldición, indagó entre las familias afectadas y consiguió reunir los tres pergaminos; aunque cuando saquearon el Convento de la Merced donde residía, desaparecieron. Se desconoce si era lo que buscaban o fue una simple casualidad.

—Robaron los pergaminos —apuntó Andreu.

—También dice que la búsqueda del medallón le resultó más complicada, ya que Guadalupe Bru lo llevaba puesto el día de su ejecución.

—¿Se quemó con ella? —preguntó Andreu.

—Eso parece —contestó Miguel.

—Entonces —añadió Andreu abatido— eso quiere decir que si no hay medallón la maldición es irreversible.

—No lo sé —contestó Miguel, cabizbajo—; todo esto se me escapa de las manos.

—Yo creo que deberíamos consultar con un sacerdote —propuso Rosa—. Algo podrá hacer.

—Tu propuesta está muy bien, tía —intervino Sara—; pero si el Padre Patricio no logró exterminarla en aquella época con los hechos recientes, no lo vamos a conseguir ahora después de más de seiscientos años. ¡Esto es increíble! —exclamó, levantándose y mirando por la ventana hacia la calle—. Si no podemos encontrar el medallón porque supuestamente se quemó con su dueña,

no sabemos qué ha pasado con esos pergaminos que robaron, ni dónde buscarlos, ni tampoco si todavía existe el tal libro *Súmmum*. ¿Qué le vamos a decir al cura?.

—¿Y si no se quemó? —articuló Alejandra pensativa—. Si los pergaminos son ignífugos, por llamarlos de alguna manera, ¿por qué el medallón no?, si estaban poseídos por los mismos demonios y concebidos en la misma maldición.

Todos reflexionaron sobre sus palabras.

—Espera un momento que vas a tener razón, Alejandra —añadió Andreu, que había retomado el diario y había continuado dónde Miguel lo dejó—. Aquí dice que la tumba de Lupe fue exhumada y el medallón no estaba. Que debieron de enterrarla sin él porque la caja no estaba profanada.

—Lo debieron de coger después de muerta —murmuró Rosa.

—Pero ¿quién? —se preguntó Lluís.

Miguel se levantó y se dirigió al despacho. Rebuscó entre los papeles de la mesa hasta coger una carpeta, y la llevó ante todos los demás.

—¿Qué buscas? —le preguntó su mujer.

—Recordáis que en el Archivo del Reino hice copias de algunas de las láminas de los juicios de la época y de los reos. Esta precisamente —dijo levantándola con la mano— correspondía a la fecha de la sentencia de Lupe, aunque carecía de nombre.

Todos asintieron.

—Pues en su momento quise pensar que esa mujer que vemos atada con la soga a ese poste podía tratarse de ella, ahora saldremos de dudas.

Miguel salió del salón, y volvió a entrar unos instantes después con un cuentahílos en la mano que utilizaba en la filatelia.

—Esto tiene suficiente aumento para ver con detalle si algo le cuelga del cuello.

Seguidamente, lo colocó encima de la foto y se aproximó hasta casi rozarlo para mirar por la pequeña lente de aumento.

—Decidme que veis —dijo, cediéndole el turno a otro.

Rosa buscó sus gafas de cerca.

Todos coincidieron en que, efectivamente, sobre el pecho de esa mujer colgaba un medallón de un diámetro considerable.

Miguel cogió el papel, lo escaneó y lo pasó al ordenador; luego amplió la ilustración al máximo, centrándose en el objeto que les interesaba.

—En la Edad Media Europea las joyas eran un privilegio de la aristocracia, eran usadas por los miembros de la familia real, los nobles, los religiosos y los

ricos comerciantes; un símbolo de poder que, a veces, se alternaba con el hecho de curar enfermedades o realizar hechizos.

—Es como una espiral, ¿no? —Hizo la observación Sara.

—Así es. Aunque al ser en blanco y negro no se aprecia con detalle —continuó su hermana—. Yo diría que más que una espiral parece como una serpiente enrollada.

—Pues, ahora que lo mencionas —aclaró Lluís—, yo también lo diría.

El timbre de la puerta les sobresaltó. Miguel fue a abrir y entró con Jesús.

Sara se acercó a su pareja y le besó.

—¿Cansado? —le preguntó.

—No demasiado. Creo que vosotros tampoco habéis dormido.

—Ninguno, para ser sinceros — contestó Lluís—. Por cierto, alguien nos ha encerrado esta noche en la cripta, colocando la baldosa por la que habíamos bajado y el único acceso a ella.

—¿Os han cerrado la salida? — preguntó Jesús muy serio.

—Sí. Suerte que hemos podido retirarla y salir airosos continuó Andreu.

—Esto no me gusta — pronunció Jesús —. Aquí hay alguien más implicado, y no me refiero a nosotros.

Rosa sintió cómo se le encogía el estómago.



Capítulo 32

A esa hora de la tarde, la Casa Vestuario se había llenado de gente, no solo estaban todos los Síndicos del Tribunal de las Aguas sino también habían acudido Sara y Alejandra con sus respectivas parejas, Tía Rosa, Miguel y Andreu. Había novedades que contar y, de una vez por todas, querían ver algo de luz ante tanta tiniebla. Miguel había pasado la mañana en compañía de Alejandra en el Archivo del Reino, tratando de averiguar algún dato más sobre ese medallón del que sabían su existencia hacía tan solo un par de días. Así que en ese momento exponían sus recientes avances.

—Como ya hemos comentado —empezó a decir Alejandra—, Guadalupe Bru llevaba el medallón colgado de su cuello en el momento de su ejecución en la hoguera de La Pechina. Todos pensábamos que era una misión imposible si se había quemado con ella; pero la providencia nos sonríe. Gracias a las anotaciones del Padre Patricio y a nuestras averiguaciones —miró a Miguel—, sabemos que ese medallón quedó intacto ante el fuego y que fue el mismo verdugo quien lo recogió de entre las cenizas y lo vendió a un afamado orfebre/anticuario del reino. Su nombre era Lorenzo Salvador, y aparece la descripción exacta de dicho medallón en un inventario realizado un año después de la ejecución de Lupe.

Miguel repartió unas copias con el dibujo de la alhaja en tamaño ampliado.

—Da un poco de yuyu mirarlo —añadió Lluís con respeto—. Y, ¿de qué material está hecho?

—Muy buena pregunta —alabó Miguel—. Está hecho de plata; pero la serpiente que veis enrollada en forma de espiral es de puro azabache, con dos

minúsculos rubíes a modo de ojos. Y digo puro azabache porque es de las Costas Jurásicas de Asturias; uno de los yacimientos más importantes de esta piedra semipreciosa.

—Tenía entendido que el azabache era una piedra mágica de protección contra el mal de ojo y energías negativas —puntualizó Rosa.

—Así es —continuó su marido—. Las mujeres de los pescadores la quemaban a trocitos en la playa con el fin de asegurar el regreso de sus maridos con una buena captura.

—Dices que la quemaban —apuntó Sara—, o sea que arde fácilmente; sin embargo, salió indemne de la hoguera.

—Sí, de hecho —explicó Miguel— es una piedra negra similar al vidrio. Pero realmente es madera fosilizada.

—También existen otras versiones —empezó a decir Alejandra—, como que es el ámbar de las brujas, dicen que cuando la frotas se carga eléctricamente, y si la llevas de forma continuada se cree que absorbe parte de tu alma.

—Dudo mucho —agregó Sara— que ese anticuario supiera de dónde provenía y el mal que escondía.

—De todas formas, es una estupenda noticia —elogió Andreu— que hayáis averiguado dónde fue a parar ese misterioso medallón.

—Tan solo a medias —puntualizó Miguel—, ya que este negociante de antigüedades exportaba mercancía fuera del país y viajaba con frecuencia; se le pierde la pista poco tiempo después.

Fue Humberto, presidente del Tribunal de las Aguas quién, con el diario en la mano, tomó la palabra:

—Vuestra exposición ha sido brillante y vuestros adelantos prósperos y necesarios. Quizás os habrá llamado la atención que no hayamos intervenido, manteniéndonos en silencio; pero teníamos ciertas sospechas, temidas sospechas que, lamentablemente, se acaban de confirmar al leer una pequeña parte del diario del fraile Patricio.

—¿Qué tipo de sospechas? —preguntó Jesús.

—Por lo que he estado hojeando, habla de Hortensia Roig, cita algún versículo de la Biblia, y también hace alusión. Aunque no consta como que sea un versículo, más bien parece como una deducción personal, dice:

> *La sangre le sirve de alimento, nunca se sacia y quiere más, así absorbe y domina la voluntad de sus víctimas, dejándolas a su merced.*

—¿A quién se refiere? —Preguntó Lluís.

—Yo diría que a Lilith —añadió Humberto—. Luego añade:

> *Lilith, mitad serpiente, mitad hembra, condenada y arrojada del mundo de los creyentes para el fin de los días, será vencida, sin piedad, por la espada del arcángel.*

—El arcángel que menciona debe de ser Miguel —dijo Jaime, síndico del Tribunal.

—Opino lo mismo —se unió Humberto.

—Siempre volvemos al Arcángel Miguel —puntualizó Sara—; todos los pasos, vayamos por dónde vayamos, nos conducen a él.

Humberto rebuscó entre un montón de papeles y se acercó de nuevo a la mesa.

—Hay algo importante que debéis saber. Hace poco más de una semana encontramos estos dibujos —dijo, mostrándolos a todos—. Son las imágenes de los tres demonios Satanás, Leviatán y Lilith. Los recordáis, ¿no?

Miguel, Andreu y Alejandra asintieron.

—Entonces sospechábamos que esas láminas podían pertenecer al libro *Súmmum*, aunque tan solo eran meras conjeturas; ahora, lamentablemente, podemos asegurar que nuestras primeras hipótesis eran ciertas.

—No entiendo —añadió Andreu, reclamando una explicación.

—En el diario del padre menciona la peligrosidad de tres láminas pertenecientes al libro *Súmmum*, en las que están representados los tres invocados demonios.

—Sí —asintió Miguel—, lo pasé por alto sin saber a qué se refería exactamente.

—Pues —continuó Humberto apesadumbrado y mirando al resto de los síndicos—, corresponden a estas que tenemos aquí.

Varios murmullos se desataron en la sala.

—Hay algo que nos preocupa enormemente —prosiguió Humberto apenado —. En el dibujo de Lilith. Algo que no estaba.

Las miradas de unos y otros se cruzaron en señal de incógnita.

—Alejandra ¿has notado algo raro últimamente? —le preguntó uno de los síndicos.

—No sé a qué se refiere —contestó la joven, encogiéndose de hombros y sorprendida por su pregunta—. ¿Dónde quiere ir a parar?

—Seré más directo. ¿Últimamente has tenido alucinaciones? —agregó Humberto— Visiones poco habituales.

Sara miró a su hermana.

—Pues, ahora que lo dice, he soñado con serpientes —Alejandra decidió omitir el tema sexo; no era el momento más adecuado.

—¡Alejandra! —exclamó Tía Rosa, alarmada.

—Tía, no pasa nada —le calmó Sara con un nudo en la garganta.

—Me lo imaginaba —pronunció Humberto.

—Le importaría ser más explícito —solicitó Lluís, viendo el nerviosismo de su mujer.

—Recuerdas que hace unos días —añadió Humberto, retomando su explicación— os enseñé estos dibujos y te hiciste una herida en el dedo con la grapadora.

—Sí —asintió Alejandra con temor.

—Pues, sin querer, debió de caerte una gota de sangre sobre la imagen de Lilith.

—¿Cómo dice? —pronunció Miguel.

—Podéis comprobarla vosotros mismos —les mostró uno de los síndicos.

—Lilith, como ya sabéis, es la reina de la noche —comentó Humberto—. Representa la destrucción y la muerte, pero, a la vez, el erotismo dentro del cuerpo de una bella mujer, que suele ir con alas y extremidades inferiores de ave rapaz, como veis en la imagen —dijo, señalándola—. A ambos lados tiene dos leones y dos búhos, lleva un tocado de diosa y en sus manos sujeta dos argollas; con ellas busca el retorno del tiempo, amarrando a sus víctimas.

—¿Qué quiere decir con todo eso? —preguntó Rosa, angustiada.

Humberto permaneció callado durante unos instantes, luego anuncio:

—Que busca un cuerpo para engendrar el mal, y también para procrear.

Alejandra sintió como si le hubiesen tirado un jarro de agua fría. Intentó ponerse en pie y la flojedad de piernas se lo impidió.

Lluís tragó saliva ante semejante comentario, alargó el brazo para coger la lámina y se la acercó a Alejandra. Asombrados y aterrados, distinguieron una pequeña y circular mancha roja que cubría una de las argollas que Humberto acababa de describir.

El orden se alteró de comentarios y lamentaciones. Alejandra estaba

conmocionada por las últimas afirmaciones de Humberto.

—Me temo que en breve tendrás sueños eróticos —prosiguió el síndico—. Esa es la manera de obrar de Lilith; según nuestras huellas de plomo en estos manuscritos del Mal, se especifica que, en varios casos, a lo largo de la historia, se ha apoderado del cuerpo de varias mujeres transformando su personalidad; su ente incuba dentro del cuerpo de su víctima durante veintiún días, al principio, con sutiles síntomas basados en visiones; después de ese periodo toma posesión de su cuerpo irremediablemente.

Alejandra se quedó paralizaba.

—Ya he empezado con los sueños que menciona —afirmó dolida.

Lluís la abrazó y le susurró:

—No me has comentado nada de ello.

—Ha sido en estos últimos días y estabas de viaje.

—Humberto —atajó Miguel, impresionado por la situación—, si todo lo que acaba de decir es cierto, ¿de cuántos días disponemos?

—Según mis cálculos, han pasado diez días; nos quedan tan solo once.

—Pero esto no puede estar pasando. No puede ser verdad, ¿por qué ella? —Preguntó Rosa, angustiada.

—No lo sé —negó Humberto con tristeza—; solo sé que Alejandra tiene un don superior a todos nosotros, ya lo mencioné hace tiempo, y ocurre lo mismo que con Andreu; son afines en mente y espíritu. Él fue «el elegido» para destapar los manuscritos edetanos, y desconozco cuál es la misión de Alejandra.

—¿Alguien más se ha visto afectado de alguna manera? —preguntó Jaime.

—Yo continuo con las pesadillas —confesó Andreu—, solo que han cambiado.

—¿En qué sentido han cambiado? —Se interesó Lluís.

Jesús miró a Andreu, temiendo su respuesta.

—En escenas carnales dentro de un burdel llamado Mar Rojo.

—Lilith, cuando abandonó a Adán —explicó Alejandra—, se retiró al Mar Rojo, donde fornicó con los diablos que allí vivían.

—En efecto —afirmó Humberto.

—¿Hay alguna forma de eliminar esa posesión? —planteó Jesús.

—Necesitamos urgentemente un sacerdote —mencionó Rosa, apesadumbrada.

—Deberíamos tener en cuenta tu propuesta, Rosa —aprobó Miguel.

—Pero —añadió Andreu, algo confundido—, usted ha indicado que ha

habido otros casos precedentes a lo largo de la historia.

El presidente del tribunal asintió.

—¿Se sabe cómo terminaron esos casos? —insistió Andreu.

—Según los datos de las tablillas del mal, quienes fueron poseídos por Satanás, Lilith, Leviatán o cualquiera de los demonios que anidan en las tinieblas, fueron quemados en la hoguera por herejes y brujas.

—No puede estar pasando esto —exclamó Rosa con el estómago encogido.

—No os dais cuenta —gritó Sara, histérica ante la palidez de su hermana— de que esto se nos está yendo de las manos. Tan solo disponemos de once días y no creo que estemos en disposición de perder el tiempo.

—Tienes razón Sara — manifestó Lluís en estado de *shock* —. Debemos actuar, y debemos hacerlo ya.



Capítulo 33

El salón se encontraba prácticamente a oscuras, tan solo las imágenes de la televisión alteraban la tenue luz de la estancia, y la voz de los personajes que protagonizaban la serie resonaban en esas cuatro paredes. Alejandra, con los ojos enrojecidos del atracón a llorar que se había dado en los brazos de su marido, y con la mirada al frente, fingía ver la pantalla de plasma, aunque su mente estaba en otro lugar, mucho más lejos; lamentándose de la situación en la que se encontraba, y preguntándose cómo había llegado a sucederle algo así. En ese instante recordó las palabras escuchadas de su tía unos días antes: «Con el diablo no se juega». Qué razón tenía. La situación era mucho más grave de lo que ella se podía imaginar. Menos mal que tenía el apoyo de su familia y de su querido Lluís.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó él preocupado.

—Sí, estoy más tranquila, me voy a ir a dormir; la verdad es que no estoy centrada.

—Lo entiendo, yo también iré enseguida.

Alejandra se metió en la cama, aunque le fue imposible conciliar el sueño. Al poco rato, Lluís la acompañó y la rodeó con sus brazos.

—¿No te duermes? —le preguntó él.

—No.

—Ya verás como todo se arregla. No te preocupes, ya oíste a tu tía que iba a hablar con el cura que nos casó. Intenta descansar.

Lluís la beso. La quería tanto que no se atrevía ni a pensar que algo malo le pudiera suceder. Abrazados los dos, consiguieron conciliar el sueño.

Sobre las cuatro de la madrugada, cuando todo estaba en completo silencio, Alejandra, agitada y sudorosa, comenzó a balbucear palabras incoherentes despertando a Lluís. Unos instantes después, le escuchaba gritar y llorar desconsoladamente. Asustado y padeciendo por su angustiosa actitud le susurró:

—Alejandra, cariño, despierta. No pasa nada.

Ella abrió los ojos con la cara congestionada.

—Todo ha sido un mal sueño —la tranquilizó él, abrazándola—. Pronto terminarán todas estas alucinaciones, ya lo verás.

—Me voy a volver loca —balbuceó ella, sollozando.

—Yo estoy contigo y siempre lo estaré, lo sabes, ¿verdad, amor mío?

—¡Le he visto muerto Lluís, le he visto muerto! —farfulló ella.

—¿A quién?

—A Andreu. Le he visto tendido sobre la arena amoratado, hinchado, ahogado.

Lluís tragó saliva.

—Tan solo ha sido una pesadilla, intenta descansar.

—¡Llámale, Lluís! Por favor, ¡llámale! —le suplicó.

—¿A quién?

—A Andreu, llámale, asegúrate de que está bien, por favor. Ha sido tan real.

—Alejandra son las cuatro de la madrugada, seguro que estará durmiendo, no querrás que lo despierte y le asuste.

—¡Llámale, por favor!, Lluís.

Él se levantó y localizó su móvil; antes de pulsar el teléfono de su amigo miró a Alejandra, dudoso; no pudo soportar su expresión de pánico y llamó. Para su sorpresa, el teléfono lo descolgó al segundo tono.

—Andreu, siento haberte despertado —se disculpó.

—No te preocupes. Estaba espabilado. ¿Le ha pasado algo a Alejandra? ¿Cómo está?, ¿está bien? —preguntó angustiado.

—Sí, ella está bien, está aquí a mi lado. Te llamo porque queríamos saber si tú estabas bien. Ya sé que no son horas, pero Alejandra ha tenido una pesadilla y… —Lluís pensó lo que iba a decir.

—Menos mal que no le ha pasado nada. Yo estoy bien, es que he soñado algo escalofriante. Lluís, he visto a Alejandra en la orilla de la playa ahogada.

Lluís se quedó inmóvil sin saber cómo reaccionar.

—¿Por qué me has llamado? ¿Qué ha soñado ella? —preguntó receloso.

—Curiosamente lo mismo que tú, solo que…

No pudo continuar. Se había quedado mudo.

—El muerto era yo, ¿verdad? —murmuró.

—Sí, Andreu, pero lo importante es que nada de eso ha pasado y los dos estáis bien. Vamos a intentar descansar todos.

Lluís colgó el teléfono y volvió a la cama aturdido por la inexplicable situación.

—Andreu, ¿está bien? —quiso saber ella.

—Sí, todo ha sido un mal trago, nada más — no pensaba darle más detalles.

—La otra noche también soñé con él — musitó ella.

—Alejandra, no te atormentes — le susurró con dulzura.

Ella seguía hablando en voz baja sin escucharle:

—Era un sueño erótico, estaba en la cama con él, con Andreu, creía que eras tú, pero no…

Alejandra rompió en sollozos.

Lluís se quedó mudo y herido en su ego masculino. Los celos crecieron maliciosos como raíces, envenenando todo su cuerpo. Cuando reaccionó, apenas si podía articular palabra y su mandíbula estaba enclavijada de ira.

—Últimamente pasáis mucho tiempo juntos, ¿no?

Ella, con lágrimas en los ojos, simplemente le miró.

—¿Le quieres?, ¿te pone Andreu?

—¡No, no!

—¡Alejandra, no me mientas!

—Sería incapaz de mentirte. El aprecio que siento por él es de un buen amigo de un hermano, nada más.

Alejandra se incorporó frente a él y le sujetó la cara entre sus manos hasta conseguir que le mirara.

—Tú eres el único y verdadero amor de mi vida. Todo esto que me está sucediendo me sobrepasa porque no lo puedo dominar; pero mi amor por ti es sincero, es limpio. Lo mejor que me ha pasado, te lo juro. Jamás, escúchame bien, jamás, sería capaz de engañarte.

Lluís la besó en los labios con pasión. La quería tanto que sin ella no podría vivir. Quería creerle a toda costa, sabía que nunca le perdonaría una infidelidad; sin embargo, el grado de confianza era tan alto que la creía ciegamente.

Abrazados se sumergieron entre las sábanas y disfrutaron, no solo del sexo, sino también de su amor.



Capítulo 34

A primera hora de la mañana, Miguel y Andreu se adentraron en el Archivo del Reino con la intención de indagar todo lo referente al orfebre Lorenzo Salvador. Tenían que localizar ese medallón; de no ser así, estaban perdidos. Además, el tiempo apremiaba; en el caso de Andreu las pesadillas habían aumentado, y después de la conversación con su tío Agustín sobre su posible e inminente futuro de perder la cordura, no estaba dispuesto a seguir el mismo destino de sus antepasados. Todavía conmocionado por el sueño de la noche anterior en el que había visto a Alejandra muerta en la playa, y dolido porque ella también se veía involucrada, no prestó atención al comentario de Miguel.

—Andreu, ¿me escuchas?

—Sí, perdona, estaba pensativo —se disculpó.

—Ya me he dado cuenta. Regresa de nuevo aquí porque tenemos mucho trabajo por hacer.

Los dos centraron su atención en la pantalla.

—Mira, Lorenzo Salvador era sefardí. En aquella época el judaismo estaba considerado como un peligro para la pureza de la fe cristiana. Ante las numerosas amenazas recibidas, muchos de ellos optaron por las aguas del bautismo y tuvieron que convertirse, forzosamente, al cristianismo para evitar persecuciones; eran los llamados «conversos» o «cristianos nuevos». Aunque algunos de ellos, de puertas hacia fuera, parecían cumplir con los deberes de la religión cristiana; sacramentos, asistencia a misa, confesión, comunión y demás menesteres: en la intimidad seguían practicando sus primeras creencias de la ley de Moisés. Sabemos que Lorenzo Salvador era un artesano que comerciaba con

artículos de lujo; oro, plata, pedrería y otros metales que importaba y exportaba a Oriente Próximo. Vivía con su familia en la calle Del Mar, próxima al portal de la Figuera, entonces barrio judío de Valencia.

—Muy interesante —murmuró Andreu.

—Según este listado, donde vuelve a aparecer su nombre, fue uno de los judíos que fingía haberse convertido al cristianismo. Consta que fue descubierto y detenido. Gracias a la Orden del Hospital que intercedió por él y su familia, pudieron huir del reino.

—Pues ya tuvo suerte —murmuró Andreu.

—Ya lo creo, porque unos años antes, en 1391, se produjo uno de los peores boicots antisemitas de la ciudad. Una muchedumbre cristiana, enervada, salió de la plaza de la Merced en dirección a la judería y robaron, quemaron e incluso asesinaron a judíos; luego los llevaron a la catedral para que recibieran el bautismo. Después de estos hechos la mayoría de ellos fueron emigrando como pudieron.

—Ahora nos surge la pregunta de si Lorenzo Salvador comerció con el medallón y lo exportó fuera del país, se lo llevó cuando huyó con su familia de Valencia o, por el contrario, lo dejó en la ciudad.

—Así es —afirmó Miguel—, porque a partir de ahí ya no hay ninguna huella de este hombre. Nada donde agarrarse.

—Un momento —reflexionó Andreu—, los conversos cambiaban de nombre, ¿no es así?

—Tienes razón —Miguel sonrió, mostrando su perfecta dentadura—. Muy buena observación Andreu, durante las conversiones forzosas, muchos de los judíos adoptaron nuevos apellidos. Unas veces eran las mismas parroquias quienes los elegían escogiendo nombres de santos; otras veces, tomaban el apellido de sus padrinos cristianos.

—Pues tenemos que averiguar qué nombre tenía antes de convertirse. Quién sabe, a lo mejor nos ayuda en algo.

Unidos en la contienda se repartieron los archivos para avanzar más deprisa. Miguel se frotó los ojos; habían empezado a amontonársele las letras y decidió hacer una pausa.

Andreu bostezó y miró el reloj: eran las dos y media. Con razón su estómago se revolvía. Terminó de leer la página y le dio un toque a Miguel.

—Creo que tengo algo…

Miguel le prestó toda su atención.

—El nombre con el que nació Lorenzo Salvador era Lorenzo Cortés. Venía de una familia judía, numerosa y acomodada; su padre era contable de la Orden del Hospital, lo cual justifica el afecto que demostró la orden hacia él en caso de necesidad. Uno de sus hermanos falleció en el pogromo de 1391. Casi toda su familia emigró de Valencia y se asentaron entre Turquía y Jerusalén.

—Bien, Andreu, bien —le felicitó Miguel.

—Deberíamos irnos a comer ya, yo trabajo esta tarde.

—Sí, ya está bien, ¿quieres venir a casa? Rosa estará encantada, ya sabes que cuando cocina lo hace para medio barrio.

—Pues no sé.

—¿Cómo que no sabes?, ahora mismo le llamo y que ponga un cubierto más en la mesa.

El sonido de un móvil interrumpió la conversación. Andreu comprobó que era el suyo.

—Es mi tío Agustín —exclamó.

Descolgó y se dirigió hacia la salida seguido de Miguel.

—Andreu, ¿te interrumpo en algo? —le preguntó su tío.

—No, tranquilo, puedo hablar, ¿cómo va todo?

—Bien, sin ninguna novedad, que eso es mucho. Te llamaba precisamente para saber cómo estabas tú.

—Continuo con las pesadillas. Por lo demás, bien.

Andreu se quedó pensativo durante unos instantes.

—Tío estamos intentando averiguar el seguimiento de la vida de un anticuario, un sefardí que exportaba orfebrería a Oriente Próximo y que desapareció de Valencia a principios del siglo XV.

—¿Es importante su localización?

—Bastante. Adquirió un medallón muy significativo para nosotros y primordial en nuestra investigación: tanto, que necesitamos encontrarlo para poder dar fin con la maldición Subies.

—¿Estás hablando en serio? ¿De verdad que has encontrado la forma de acabar con todo esto? —su voz se tornó más grave, casi rozando la congoja.

—Sí, solo que no resulta fácil.

—Todo cuesta en esta vida, yo estoy acostumbrado a esperar.

—El nombre del artesano orfebre es Lorenzo Cortés, pero cuando se convirtió al cristianismo se lo cambió por Lorenzo Salvador. Huyó de la ciudad

con su familia; calculamos que la fecha aproximada…

—Espera un momento que me tome nota de todo.

Andreu le facilitó los datos de que disponía y le pasó una foto del medallón por el móvil. Poco después, se despidió de su tío y regresó al lado de Miguel.



Mientras tanto, Rosa había movido todos los hilos necesarios para solventar la increíble y angustiosa situación de su sobrina Alejandra y de Andreu. Había hablado con el cura que les casó en la Iglesia de San Juan del Hospital, que le inspiraba confianza, y le había expuesto el caso, solicitando la recomendación de un sacerdote que pudiera atenderles espiritualmente y curar su mal. Muy amablemente, el párroco había hecho un par de llamadas, dada la premura del caso, y había conseguido un encuentro para esa misma tarde.

La oscuridad del atardecer se había asentado cargada de humedad, aumentando la sensación de frío. Tía Rosa y sus sobrinas caminaban por la calle del Miguelete hasta plantarse delante de la Puerta de los Hierros de la Catedral. Eran casi las siete de la tarde, y a punto de expirar la hora de la cita. Rosa observó el temblor en las manos de Alejandra. Le partía el corazón verla sufrir así; ella que siempre había sido risueña y decidida para todo, en los últimos días su actitud había decaído considerablemente, y debajo de sus hermosos ojos se habían asentado unas ojeras que delataban su agotamiento.

—Vamos, ya verás como esto se arregla pronto —le animó su tía, cogiéndole del brazo.

Las tres mujeres subieron los escalones de piedra y entraron dentro. La nave central estaba prácticamente vacía, salvo alguna beata arrodillada en los primeros bancos. Por los pasillos de las capillas laterales se veía gente; la mayoría turistas. Rosa inició sus pasos a la derecha, hacia la Capilla del Santo Cáliz, y las jóvenes le siguieron. Antes de entrar, oyeron una voz masculina.

—¡Rosa!

Ella se giró instantáneamente.

—Sí, soy yo, ¿es el Padre Simón?

El religioso asintió. Vestía el traje eclesiástico de rigor con sotana y llevaba una pequeña Biblia en la mano derecha.

—Estas son mis sobrinas Sara y Alejandra —les presentó Rosa mientras se daban la mano mutuamente en señal de saludo—. No sabe lo agradecidas que

estamos de que nos haya podido recibir esta tarde.

—Acompáñenme, por favor.

Ellas le obedecieron sin rechistar, se aproximaron a una de las capillas clausurada por una verja de metal. El padre seleccionó la llave correspondiente de un pequeño llavero y abrió la puerta central. Sara miró la Virgen que había en el altar; desconocía cuál era. Después accedieron por una reducida y camuflada entrada a un pequeño y sobrio despacho.

—Pueden sentarse —fueron sus siguientes palabras, al mismo tiempo que él se acomodaba en una silla detrás de la mesa.

Sara le observó, era alto y aparentemente delgado a deducir bajo el hábito. Tendría alrededor de unos cincuenta años, con una frente amplia y despejada por una incipiente alopecia, ojos pequeños, pero con mirada serena y un rostro aniñado que podría llegar a confundir su edad. Se le veía tranquilo, como dominando la situación; y así debía de ser porque según la información que su tía tenía de él, se dedicaba al tema de los exorcismos desde hacía casi dos décadas.

—Alejandra, tengo entendido que es usted la persona afectada —dijo, dirigiéndose a ella.

Ella asintió.

—¿Quiere que estén presentes su tía y su hermana?

—No me importa que estén.

—Muy bien, adelante…

—Perdone, padre Simón —interrumpió Rosa—, creemos que le envuelve una especie de maldición, bueno, no sabemos qué es realmente, pero el caso es que…

—Me gustaría que fuera ella quien me lo contara —expresó el sacerdote, dirigiéndose a Alejandra.

—Lo siento padre es que estoy muy nerviosa —se disculpó Rosa, poniéndose la mano en la boca.

—Tía, relájate —le susurró Sara.

—No sé si me tiene que preguntar o tengo que contarle yo —quiso aclarar Alejandra, tomando la palabra—, ya que jamás me he visto en una situación similar.

—Lo comprendo, yo solo pregunto cuando la persona está sola; es decir, si está acompañada pueden variar sus respuestas, en cuyo caso simplemente me limito a escuchar.

Sara cogió a su tía de la mano y se levantó.

—Entonces, nosotras preferimos estar fuera, de forma que haya una total libertad para contar los hechos sucedidos.

Alejandra las vio salir y cerrar la puerta tras ellas.

—Padre, lo que le voy a contar no tiene sentido y parece irreal. Imagino que no será la primera vez que escuche cosas descabelladas.

—Así es, tranquila.

—Lo que sí sé es que estoy verdaderamente desesperada y angustiada.

Apenas pudo terminar la frase; la aflicción reflejada en su voz se lo impidió.

El Padre Simón, pacientemente, comenzó con sus preguntas. La conversación duró algo más de una hora. El preliminar estado nervioso de Alejandra se apaciguó a los cinco minutos de estar hablando con él; algo que agradeció. Después procuró contar todo lo que recordaba y en el orden que había sucedido.

—Como ya hemos hablado —comentó el padre— es importantísimo que tu espíritu esté limpio y puro, y eso se consigue principalmente con la confesión, porque así será mucho más difícil que pueda atacar o entrar alguno de los demonios. Los humanos somos un espíritu en un cuerpo, de manera que los pecados cometidos son siempre del espíritu, aunque los cometa el cuerpo. La función del demonio es tentar e insistir en la tentación de pecar. Ante esa incitación el Señor nos ha puesto un ángel de la guarda o un Ángel Custodio para que esas inspiraciones malignas sean compensadas con las inspiraciones del bien. Si una persona es tentada y reza, la tentación desaparece. La oración crea una barrera, ya que nuestra voluntad se centra en Dios; entonces el demonio no puede resistirse y huye.

—Soy cristiana padre, reconozco que, últimamente, la religión la he desplazado a un lado. La última confesión fue unos días antes de casarme, y de eso hace ya más de tres años.

—Alejandra, si quieres vencer al demonio que te acecha has de retomar tus hábitos religiosos. En cuanto a tus pesadillas, es difícil discernir cuando una pesadilla tiene causa natural y cuándo demoníaca. En tu caso, hay ciertos hechos que no tienen una explicación lógica. La eficacia o fuerza de un maleficio se basa en dos cosas fundamentales: la voluntad o maldad del que realiza el maleficio e invoca a los demonios, y la voluntad de los demonios al atacar a una persona. Tú insistes en que esa bruja vendió su alma al diablo; eso es algo difícil de probar y jamás había escuchado que hubiera un plazo de veintiún días para

una posesión. También es cierto que yo mismo he presenciado casos escalofriantes y extremadamente incomprensibles.

—¿Podrá destruir a ese demonio?

—El demonio es indestructible, es un espíritu y no se puede desintegrar algo que no tiene órganos.

—¿Estoy poseída, entonces?

—No lo creo, estás sufriendo una influencia demoníaca.

—No entiendo, ¿qué diferencia hay?

—La posesión es cuando un espíritu maligno reside en un cuerpo, y en determinados momentos habla y se mueve a través de ese cuerpo sin que la persona pueda evitarlo; siente repulsión a los objetos sagrados, agua bendita o imágenes religiosas. La influencia u opresión demoniaca es cuando un demonio o varios demonios atacan espiritualmente a una persona, incitándola a un comportamiento pecaminoso.

—De acuerdo. Le recuerdo que me quedan tan solo diez días.

—Llévate esta agua bendita y santíguate todas las noches con ella. Ayudará a repeler al maligno, confiésate y reza las oraciones que te he dicho. ¿Tienes Biblia?

—No, aunque creo que mi tía tiene una pequeña.

—Pues pídesela y tenla cerca de ti.

—Lo haré. Entonces ¿cuándo tengo que volver? —preguntó Alejandra.

—Normalmente suelo citar varias semanas después para ver la evolución. En tu caso lo haremos dentro de un par de días, y ven acompañada de tu amigo Andreu, es necesario hablar con él.

—Muchas gracias —le agradeció ella, al mismo tiempo que le estrechaba la mano en señal de despedida.

Al salir del despacho se unieron a Sara y Tía Rosa, que permanecían todavía sentadas en un banco de la capilla.

Ya en la calle, Alejandra no paró de saciar las preguntas de su hermana y de su tía. Cuando llegaron a la plaza de la Virgen entraron en la Basílica por iniciativa de Rosa. Estos temas la dejaban desvalida, y más si encima afectaba a su propia sangre. Con las veces que le había advertido que con el diablo no se jugaba, al parecer, no le habían escuchado.

Las tres mujeres se confesaron y comulgaron. Frente a la Virgen de los Desamparados rezaron sus oraciones; ahora más que nunca necesitaban de la presencia del Cuerpo de Cristo. ¡Qué falta les iba a hacer!



Capítulo 35

Sara se acercó a la cocina y sirvió dos platos; uno para su hermana y otro para ella. Se alegraba de que estuvieran solas, así podían hablar con mucha más libertad. Alejandra le había contado sus temores, y todas las sensaciones extrañas que estaba experimentado a raíz de que el dibujo de Lilith se hubiera inmiscuido en su vida. No era nada agradable ver a su hermana sumida en el desconsuelo; hasta le había llegado a decir que estaba apática en el sexo, porque ya no sabía si era ella misma la que gozaba o la propia Lilith que le estaba manipulando, y bajo ningún concepto quería quedarse embarazada, por lo menos, no en esos momentos.

—¿Te ayudo? —escuchó desde el comedor.

—No, ya voy —le contestó Sara por inercia, aunque valía la pena mantenerla ocupada porque si no se pasaba el día mirando por la ventana con la mente detenida en el tiempo. La situación estaba afectando a toda la familia. Su tía estaba histérica, sin poder dormir y llamando por teléfono varias veces al día. Entendía perfectamente su intranquilidad. Y ella, ahí estaba, procurando no perder la serenidad ante su hermana y con palabras de aliento.

—¡Ya está! —pronunció Sara, sentándose a la mesa.

—Huele muy bien: aunque no tengo apenas hambre.

—Da igual que no tengas hambre, tienes que comer. Alejandra tienes que superar esta crisis, no puedes desmoronarte, ¿me oyes?

—Sí, ya lo sé —dijo suavemente, casi sin energía.

Alejandra revolvió los macarrones, se llevó dos a la boca y siguió removiendo la comida del plato, con el pensamiento a saber dónde.

—Mañana es Nochevieja; podíais subir Lluís y tú a cenar a casa. Siempre que has estado en Valencia la hemos celebrado juntas.

—Sabes que no estoy de ánimo.

—Lo sé, precisamente por eso te lo digo, porque quiero verte alegre de nuevo.

—No puedo sonreír si no me nace, sabes que nunca he sido falsa en eso.

—Alejandra, podemos hacer una cena normal, nos comemos las uvas juntos y ya está. Y si quieres llamamos a Tía Rosa, Miguel y Andreu.

—No sé…

—Habla con Lluís.

—Él estará encantado de ello.

—¡Pues ya está! ¡No lo pienses más! Es bueno que estés distraída.

—¡Ya veremos!

—¿Sigues sin ninguna entrevista de trabajo?

—Nadie me ha llamado, y mira que he entregado un montón de currículos. Es como si me estuvieran cerrando las puertas de todo.

—Pues casi mejor que pasen fiestas, ¿no crees?

—Sí, habrá que mirar el lado positivo.

—¿Has hablado con Andreu?

—Sí, me acompañará esta tarde a la reunión con el padre Simón, aunque está algo reacio a ello.

—Te dio esperanzas, ¿no?

—Esperanzas lo que se dice esperanzas, pocas. Más bien se limitó a decir lo que debía hacer para tener el espíritu limpio y mantener alejado al maligno.

—Confesada estás, mejor dicho, estamos.

Alejandra hizo una mueca similar a una sonrisa.

—¿Has notado algún cambio? ¿Rezas lo que te dijo y todo eso?

—¡Me paso el día rezando, y estoy exactamente igual que hace dos días! Con pesadillas, malos pensamientos y hundida, lo que se dice totalmente hundida.

—¿Qué malos pensamientos? —quiso saber Sara, sumamente preocupada.

Su hermana no contestó.

—Alejandra, ¿qué malos pensamientos? —insistió, mirándole fijamente a los ojos.

—De suicidio…

Sara se quedó absorta, sin poder respirar y con los ojos humedecidos.

—¡No digas eso ni en broma! —la amonestó.

Alejandra rompió en sollozos.

—Yo no sé si esto tiene cura o no; hasta el mismo padre Simón jamás ha escuchado un caso como este, y estoy segura de que no sabe cómo atajarlo.

—Tenemos el remedio del medallón, los pergaminos y el libro *Súmmum* —susurró Sara, a sabiendas de que había sido un error pronunciar tal frase.

—¡Ah, sí! Y de verdad crees que los vamos a encontrar, y si lo hacemos algún año de estos, ¿cómo estaremos Andreu y yo? ¡Locos de remate, enterrados en una tumba o con el demonio gobernando nuestro cuerpo!

Sara no supo qué responder, se hubiese unido en su llanto y compartido sus lágrimas porque eso es lo que realmente le pedía su cuerpo para deshacer ese nudo que le atascaba la garganta. Sin embargo, tragó saliva, apretó los puños y con los ojos brillantes le dijo:

—Está bien que te desfogues llorando; ahora come, tienes que estar fuerte para superar todo esto.

Alejandra se sonó la nariz y obedeció a su hermana. No tenía voluntad ni para replicar.

Era la hora acordada con el Padre Simón cuando Andreu y Alejandra traspasaron el umbral de la puerta de la catedral. Los acompañaba también Sara, a sabiendas que se quedaría fuera todo el tiempo que hiciera falta.

En la penumbra del templo la misa acababa de terminar, y los feligreses se dirigían hacia la salida, dirección contraria a ellos.

—¡Ahí está! —susurró Sara al verlo aparecer entre la gente.

—Buenas tardes —dijo Alejandra cuando estuvo a su altura—. Le presento a Andreu.

El sacerdote correspondió con los saludos de rigor y les indicó que le acompañaran al mismo despacho de la vez anterior.

Andreu no había abierto la boca en ningún momento, ni tampoco había demostrado su descontento; ni creía ni dejaba de creer, y no sería porque su madre no les inculcara a su hermana y a él sus convicciones religiosas. Sin embargo, su vida no había sido un camino de rosas, y si alguna vez su fe en la doctrina católica ocupó algún lugar, se fue perdiendo hasta casi desaparecer.

Sara permaneció fuera, acomodándose en la pequeña capilla mientras los tres se perdían en aquella reducida entrada y cerraban la puerta tras ellos. A los pocos

instantes, salió su hermana y se sentó a su lado.

—Mejor que esté Andreu solo —murmuró—. Luego entraré yo.

—¿Nerviosa? —le preguntó Sara.

—Nerviosa e intranquila. Es como un mal sueño del que me gustaría despertar.

—¿Cómo lo está llevando Lluís?

—Pues aparentemente bien, aunque yo sé que lleva la procesión por dentro. Me observa en silencio; es tierno y cariñoso conmigo.

—Siempre lo ha sido.

—Sí, solo que ahora presiento que lo hace por no disgustarme. Quiero que todo esto acabe de una vez por todas.

—Vamos a dar una vuelta por la iglesia, así la espera se nos hará más corta —sugirió Sara.

Poco después las dos hermanas se levantaron de allí.

A pocos pasos, en el despacho del exorcista, Andreu había empezado a contar los sucesos y también sus conclusiones sobre la maldición familiar que envolvía el apellido Subies desde hacía varias generaciones; mientras tanto, el padre Simón intentaba evaluar su caso, nada fácil. Aunque muchos de los síntomas coincidían con los de Alejandra, como tener la misma pesadilla erótica y ver el cuerpo del otro muerto en la playa, la presencia maléfica parecía ser diferente. No obstante, debía de asegurarse e hilar muy fino; sabía que el demonio era el padre de la mentira y a veces disfrutaba creando confusión.

—Sé por Alejandra —continuó Andreu— que es importante tener el alma limpia de pecado, por eso y después de… no sé… treinta años sin confesarme, lo hice ayer.

—Bien, por algo se empieza. Sé de otros casos con maldición que han atrapado a familias enteras; pero reconozco que tus hechos son mucho más retorcidos. Al principio dudé de la existencia de esa bruja llamada Lupe; ahora, estoy empezando a considerarla como autora de los hechos.

—Hay testimonios escritos que corroboran su existencia.

—No lo pongo en duda. Llévate esta agua bendita y santíguate todas las noches con ella.

Andreu asintió.

—Voy a salir a llamar a Alejandra.

El Padre Simón desapareció durante unos minutos y regresó acompañado de ella.

—En la mayoría de los casos —prosiguió— esos fenómenos de posesión se producen tras participar en algún rito esotérico: ouija, espiritismo, santería, vudú, etc., sin embargo, no es vuestro caso, aunque Andreu, tú sí que has visitado a una vidente; ya sé que lo has hecho con buena intención y a veces la desesperación nos lleva a cometer hechos imprudentes, pero con esa visita tan solo has conseguido abrir una puerta más a la entrada del mal, al demonio en sí.

Andreu no supo qué responder.

—No os voy a hacer un exorcismo, porque a pesar de todos vuestros síntomas no demostráis una posesión demoníaca; de ser así la persona poseída manifiesta ira ante lo sagrado, y a veces hasta pierde la conciencia mostrando una segunda personalidad, hablan en idiomas desconocidos o muestran una gran fuerza física, también pueden padecer alucinaciones, ver sombras, oír crujidos, dar señales de conocer cosas ocultas, y el más infrecuente de los casos es la levitación.

Alejandra sintió un escalofrió por la espalda. Prefería ignorar todos esos indicios.

—Tengo entendido que también existen demonios ocultos —puntualizó Andreu.

—Es cierto, se esconden en el interior del poseso sin manifestarse de ningún modo. La persona nota un cambio en su vida, siente cosas extrañas, incluso fenómenos preternaturales. Los demonios son ángeles caídos. Son mucho más listos que los humanos. Llevan milenios sobre la tierra.

—Creo que preferiría no saber todo eso — exclamo Alejandra.

—Vuelvo a repetir que no es vuestro caso, por eso he pensado que vamos a hacer una oración de liberación. A veces, no se consigue solo con una sesión, hay que hacer varias; pero podemos empezar por ahí. Os recuerdo que es importante el querer divino, y ante todo la fe, la fe de las personas.

—¿Y qué ocurre con el plazo de mi posesión?, le recuerdo que caduca dentro de ocho días — preguntó Alejandra, angustiada.

—Vamos a intentar frenarlo con la oración de liberación — insistió el sacerdote —. Nos vemos, en el mismo lugar y a la misma hora, dentro de tres días.

Ellos asintieron. No les quedaba otro remedio.



Capítulo 36

Andreu se vio desprotegido en la penumbra de ese lugar que desconocía. La tenue luz de su candil se mecía al compás de sus ajetreados pasos, produciendo un chirriado en la argolla oxidada de la lampara, como único sonido ante ese sobrecogedor silencio. Su mirada hizo un giro de noventa grados hacia un lado y otro, intentando detectar cualquier movimiento ajeno a su persona; a pesar de que la nitidez era pésima más allá de un par de metros a la redonda, estaba seguro de que no estaba solo, de que alguien le seguía; su sombra le había delatado al igual que el crujir de la suela de sus zapatos; sin embargo, no había sido capaz de identificarle. Tantos pasadizos sin ninguna salida aparente no le llevaban a ninguna parte. Más bien parecía dar vueltas en círculo. La delicada llama hizo un intento de apagarse, y Andreu la restauró con un achuchón. No podía quedarse a oscuras, ahora no. Miró al frente y le pareció ver algo escrito en el tabique. ¿Qué era aquello? Se acercó un poco más, y sobresaltado comenzó a leer un nombre tras otro. Levantó la luz en alto y observó que la lista era infinita. Estaban por todas partes; por el techo, las paredes, ¿cuántos había?, cientos, miles. ¿Quiénes eran todas esas personas? —se preguntó, afligido—. Un nuevo ruido a su espalda le hizo ponerse en alerta, otra vez ese crujido de hacía unos instantes; con el resuello entrecortado se giró rápidamente para comprobar con espanto que la sala donde se encontraba se había llenado de personas sin rostro; mujeres y hombres harapientos que con los brazos extendidos hacia delante se aproximaban hacia él. Andreu se quedó perplejo, mudo, sintiendo tan solo cómo sus sienes eran aporreadas por los latidos de su aterrado corazón. Buscó una salida que no existía, y quiso desfallecer al verse vencido. Gritó y

gritó hasta desgañitarse pidiendo ayuda, hasta que la débil luz se consumió y entonces reinó la oscuridad. En ese instante percibió el contacto de esos terribles seres que empezaron a manosearle y apretujarle, oprimiéndole el pecho e impidiéndole respirar.

Andreu se despertó de su terrible pesadilla con las mismas bocanadas de un pez cuando sale fuera del agua; asfixiado, sin apenas aliento y con el miedo como único dueño de su cuerpo. El resplandor de las farolas de la calle, filtrado a través de la ventana de su habitación le permitió definir, con cierta nitidez, los objetos que le rodeaban; cosa que le tranquilizó.

Con la mirada fija en el techo intentó recuperar su ritmo cardiaco habitual. Estaba claro que la visita al padre Simón de esa tarde no le había hecho ningún efecto favorable. Tal vez era pronto para notar alguna mejoría; solo sabía que no podía aguantar así mucho más tiempo. El cuerpo necesitaba descansar, dormir, aunque fueran tan solo unas pocas horas al día, y él se estaba planteando prescindir de ese sueño reparador, de esa función vital, a sabiendas de que ello le podía producir graves e irreversibles secuelas.

Encendió la luz de la lamparilla y se sentó en la cama. Faltaban un par de horas para que amaneciera, y no estaba por la labor de volver a cerrar los ojos. Todavía seguía teniendo esa sensación de ahogo, de presión en su cuerpo provocada por esas huesudas manos. Necesitaba salir a la calle. Se levantó, se vistió con lo primero que vio, se puso una chaqueta y bajó las escaleras del portal.

Decidió caminar sin rumbo, con el aire sobre su rostro, olvidándose de lugares, personas y tiempos; desembozar la mente de imágenes dantescas. Menudo legado le había dejado su familia. Estaba claro que no siempre se heredaba lo bueno. Llevaba más de media hora callejeando cuando alguien pronunció su nombre:

—¡Andreu! ¿Eres tú?

Un coche de la policía local se había parado a su lado con Jesús asomado de la ventanilla.

—¿Estás bien? —le preguntó al comprobar que su primera impresión era certera.

—Sí, tan solo quería despejarme un poco.

—¿Sabes la hora que es, verdad?

—Sí.

—Otra pesadilla, ¿no?

Andreu asintió.

—Anda, sube, te llevamos a casa —le ánimo Jesús.

Andreu cedió.

—Te esperamos esta noche para cenar y despedir el año —le recordó Jesús.

—No faltaré.

—Nosotros también lo celebraremos en casa —añadió Roque, que iba al volante y se había mantenido en silencio— con los niños. El año pasado mi suegro se atragantó con una de las uvas y nos dio un susto de muerte. Espero que esta nochecita sea más tranquila.

Todos sonrieron.



Amaneció un día soleado, perfecto para finalizar el año. Sara se acercó al Mercado Central con la intención de comprar unas cosas para la cena de Nochevieja. Por fin su hermana había accedido a pasarla juntos, en familia; además, también venía Tía Rosa, Miguel y Andreu.

El hecho de que despidieran ese año en pésimas condiciones no quería decir que tuvieran que entrar con mal pie en el venidero, y confiaba en que sus desventuras colaterales tuvieran una corta caducidad.

Repasó la lista de la compra; últimamente anotaba absolutamente todo ya que con semejante trajín familiar su cabeza no estaba donde debía, provocándole ciertos despistes. Comprobó que tan solo le faltaban las uvas; una noche tan simbólica sin ellas hubiera sido un signo de mal agüero, y tal como estaban las cosas no se lo podía permitir. Se detuvo en el primer puesto de verdura que vio donde se exponía una fruta de primera calidad. Le atendió una mujer con una gran sonrisa. Mientras le pesaba los racimos, Sara cayó en la cuenta de dónde se encontraba, ¡cómo no se había dado cuenta antes! Levantó la vista hacia el fondo del mostrador y la mirada de Paco le taladró como un proyectil.

—¡Aquí tienes, guapa! —le dijo la mujer al entregarle el paquete.

—Gracias —murmuró ella, sacando el dinero del bolso.

Estaba a punto de darse la vuelta, sin saber muy bien cómo reaccionar, cuando escuchó la voz de Paco:

—Recuerdos a tu Tía Rosa.

—Se los daré —contestó ella con la boca pequeña.

Sara abandonó el mercado analizando el tono de la última frase que había escuchado. No había sido de resentimiento. Después de tres años lo normal es que el rencor se hubiese apaciguado, aunque no cabía duda de que su deje había sido mordaz.

Sara estuvo gran parte del día trajinando en la cocina y poniendo en orden la casa. Su hermana subió a mitad de tarde para echarle una mano y no quedarse sola, ya que Lluís había tenido que solucionar un problema del trabajo de última hora.

—¿Cómo va Jesús en la nueva comisaría?

—Mucho mejor, y más libre desde que patrulla las calles, como yo lo llamo. Corre más riesgos, eso sí, pero ya sabes lo activo que es. No tardará en venir.

—Me alegro por él. La empresa de Lluís está empezando a hacer agua —le confesó Alejandra—. Se rumorea que va a presentar un ERE.

—Una regulación de empleo y, ¿crees qué peligra el puesto de Lluís? —preguntó, alarmada.

—Eso nunca se sabe, con semejantes monstruos internacionales es difícil saber lo que piensan o lo que quieren hacer. El caso es que la semana que viene se vuelve a ir de viaje. Ni tan siquiera va a pasar aquí el día de Reyes. Justo ahora que más lo necesito.

—No te preocupes. Todos pasamos malas rachas, y esto tan solo es temporal —intentó consolarle a pesar de que sus razonamientos se debilitaban.

—No comentes nada de esto con Tía Rosa. Bastante afligida está ya como para incrementar su malestar.

Sara asintió.

—Esta mañana he cogido la bici y me he recorrido el río.

—Claro que sí, tienes que estar entretenida; además, tú eres dinámica, no puedes pararte, has de seguir con tu vida. ¿Y la escalada?

—La he dejado de lado varias semanas. Tendré que ponerme las pilas otra vez.

Sara la miró con un hilo de esperanza. Le reconfortaba escucharla así; animada, viva.



Los invitados se presentaron a la cena de Fin de Año, que resultó más agradable de lo que en un principio se preveía. A pesar de que cada comensal llevaba su

procesión por dentro, procuraron no enturbiar la velada hasta bien entrada la noche. Poco después de brindar la entrada del nuevo año se desataron las preguntas.

—¿Alguna novedad sobre el medallón? —Lluís fue el primero en romper el hielo.

—Ninguna por nuestra parte —contestó Andreu—. Mi tío está investigando sobre el anticuario, espero que pronto pueda darnos algún dato favorable.

—¡Si es que lo hay! —añadió Alejandra con pinceladas de sarcasmo y una voz achispada.

—Alejandra, no bebas más —le sugirió su marido.

—Lluís tiene razón, ¡ya está bien! —le reprendió su tía.

—Cómo que no… —gritó con la lengua enredada— estamos en Nochevieja y está permitido emborracharse. Que alguien me llene la copa otra vez, por favor. Quiero ver qué pasa cuando los demonios sobrepasan las tasas de alcohol.

Nadie se inmutó ante la petición de la joven ni tampoco le rieron la gracia.

Alejandra se incorporó de la silla con desaire, y esquivando varios obstáculos de la mesa agarró la botella de cava con tan mala fortuna que tiró su copa al suelo, haciéndose añicos. Tambaleándose, se agachó para recogerla, al mismo tiempo que Lluís y Sara, los más próximos a ella, seguían sus pasos.

—Déjalo, ya lo recojo yo —le mandó su hermana.

Lluís la sujetó por los hombros para intentar levantarla, cuando se percató que le sangraba una de las manos.

—Te has cortado —exclamó él alarmado.

Tía Rosa le lio una de las servilletas, que al instante se tiñó de rojo.

—Hay que ver la gravedad de la herida por si hay que llevarla a urgencias para darle puntos —añadió Jesús.

Tía Rosa cogió las riendas, y junto con Lluís, Sara y Jesús la llevaron al cuarto de baño.

Jesús volvió a los pocos minutos, calmando la intranquilidad de Miguel y Andreu.

—El corte no parece profundo. Por suerte Sara tenía tiritas de puntos de sutura.

Al rato, y algo más tranquilos, todos regresaron al salón.

—Gracias por la cena —agradeció Lluís a los anfitriones—. Pero nosotros nos vamos ya a casa. Alejandra necesita descansar.

—Sí, será lo mejor — asintió Rosa, preocupada—. Si necesitáis algo.

—¡Gracias, Rosa!

Alejandra permaneció sentada en el sofá, ajena a todos los comentarios, sin inmutarse ni para bien ni para mal, hasta que abrazada a Lluís se marcharon de allí.



Capítulo 37

Alejandra se despertó con la cabeza embotada, el estómago revuelto y la lengua sucia. Miró al otro lado de la cama y el hueco de Lluís estaba vacío. Se levantó dando tumbos hasta que consiguió restablecer el equilibrio, dominando la situación, y rebuscó por la casa. Estaba claro que estaba sola, ni rastro de su marido ni tampoco de Thor.

A los pocos minutos oyó el sonido de la puerta de la calle.

—Ya te has levantado —dijo Lluís con la ropa de deporte empapada de sudor —. He ido a correr al río, me hacía falta y a él también —dijo, señalando a Thor, mientras dejaba el cacharro del agua seco—. Demasiadas tensiones últimamente.

—Podías haber contado conmigo, nos hubiéramos ido juntos.

—Tal como te acostaste anoche, dudo que estés para trotar mucho.

—Sí, tienes razón —murmuró ella.

—¿Cómo llevas la herida?, ¿te duele?

—Me tira un poco.

Hubo un silencio entre los dos.

—Mejor me doy una ducha antes de que me enfríe —añadió Lluís, dejándola sola en la cocina.

El agua tibia le aplacó parte de su mal humor. No podía evitar sentirse así; rabioso por la situación creada en su mujer en las últimas semanas, y que le había provocado un serio cambio de actitud. Estaba distante y abstraída en su mundo, en sus oscuros pensamientos y, lo peor de todo, es que eran escasos los momentos en que los compartía con él; en cambio, con Andreu, era diferente. A él sí que le hacía partícipe de su tormento. Solo había que escucharlos hablar por

teléfono. De acuerdo que sus síntomas eran similares hasta en las más aterradoras pesadillas, y quién sabe si también habían sintonizado en las escenas eróticas; algo que le crispaba en lo más profundo de su orgullo masculino. Le dolía tanto tenerla que compartir con alguien más, aunque fuera tan solo en sueños, y encima con su mejor amigo. Reconocía que desde hacía casi un mes, Andreu y él se habían distanciado. Su relación se había deteriorado, por ambas partes. No cabía duda. Conocía bien a su leal camarada para darse cuenta de su lejanía, bien disimulada. No sabía muy bien cómo había sido, quizá involuntariamente o tal vez con el poso de la culpabilidad. Estaba claro que, a veces, las circunstancias nos obligaban a cambiar.

Cuando Lluís entró en la cocina, su mujer estaba sentada frente a la mesa con las manos alrededor de la taza de café casi vacía.

—Siento mucho el numerito de anoche —su voz sonó de sincera disculpa.

—Disculpas aceptadas —contestó él fríamente, dándole la espalda mientras se preparaba una tostada.

Alejandra no pudo contener las lágrimas, y las dejó correr en silencio a lo largo de sus mejillas.

—No me duele que bebieras más de la cuenta; en fechas como esta más de una vez nos hemos sobrepasado con el alcohol, pero luego hemos llegado a casa alegres y hemos pegado el polvo del siglo. Lo que verdaderamente me pesa es tu frialdad en estos últimos días, tu poca comunicación. Siempre nos hemos contado todo, hemos resuelto nuestros problemas juntos, hemos valorado los pros y los contras antes de actuar; pero los dos éramos uno. Ahora, ya no sé qué pensar, no sé si definirlo como un dúo o como un trío.

—Pero ¡qué estás diciendo! —exclamó ella con lágrimas en los ojos—. Solo me faltaba escuchar eso de ti. ¿Se puede saber qué demonios, y siento haber nombrado esa expresión, estás insinuando?

—Simplemente que no te conozco.

—¿Estás dudando de mí? ¿Qué no me conoces? —gritó ella, exasperada—. ¡A lo mejor soy yo quien no te conoce a ti!

Alejandra se levantó y se metió en la habitación. No estaba dispuesta a alimentar más esa discusión.

Andreu empezó el año activo. El primer día del año nadie quería comer en casa; todas las mesas del restaurante estaban completas.

A mitad de tarde regresó a casa deseando echarse un rato y poder descansar. Apenas había dormido en toda la noche, teniendo en cuenta que llegó cerca de las dos de la madrugada y se desveló, afectado por el estado de ánimo, tan apático, de Alejandra. Había que poner fin cuanto antes a toda esa perturbación que les envolvía.

Se descalzó y se dejó caer en el sofá; apenas había cerrado los ojos cuando escuchó el sonido de su móvil. Un poco traspuesto lo buscó en el bolsillo de su chaqueta; al cogerlo el corazón le dio un brinco.

—Hola, Andreu. Ante todo, Feliz Año —le felicitó su tío Agustín.

—Gracias, tío, igualmente. Me alegra oír tu voz, aunque me alegraría más si fuera para darme buenas noticias.

—Por eso precisamente te llamo.

Andreu, expectante, se volvió a sentar atento a sus siguientes palabras.

—No ha resultado nada fácil indagar sobre Lorenzo Cortés o Lorenzo Salvador, como quieras llamarlo, dada la carente información que me facilitaste. Pero a veces ayuda el tener buenos contactos.

—¿Qué sabes? —Preguntó Andreu, anhelante.

—Como bien me indicaste, Lorenzo Salvador y así es como continuó llamándose después de salir de Valencia, se asentó en el Imperio Turco con su familia. Muy astutamente, y viendo que su fecha de caducidad para continuar en la Península Ibérica tenía sus días contados, y aprovechando su negocio de exportar mercancía en Oriente Próximo, fue deshaciéndose de su patrimonio y enviándoselo a su hermano, un reconocido médico asentado en Constantinopla, hoy Estambul. Parece ser que residió durante varios años allí; sin embargo, desconozco los motivos que le llevaron a la actual ciudad de Praga donde falleció. Sus restos se encuentran en el antiguo cementerio judío de la ciudad, y su nombre aparece grabado entre los miles y miles que están escritos en las paredes de la sinagoga de Maisel.

Andreu se quedó pensativo durante unos instantes, recordando su último sueño.

—En cuanto al medallón, seguir sus pistas ha sido todavía más complicado. Según los registros de entrada de mercancía, llegó a Constantinopla unos meses antes de que lo hiciera Lorenzo Salvador; como destinatario fue su propio hermano. A partir de junio de 1415 se le pierde la pista. Sí que te puedo decir

que sus dos hijos continuaron con la misma profesión de orfebre y con el negocio familiar de su padre. Abandonaron la ciudad en 1453, poco antes de la Caída de Constantinopla, y se trasladaron a Jerusalén.

Andreu suspiró. Hubiera sido demasiado perfecto hallar el paradero de ese medallón. A saber lo que había sido de él.

—Por lo menos ya sabemos que salió del país, y dónde hay constancia de él. Gracias por toda la información. Sé de buena tinta lo costoso que es conseguirla.

—¡Ya está! —exclamó su tío.

—No te entiendo —manifestó Andreu confuso.

—Te conformas con lo que te he dicho y ya está. ¿Te estás dando por vencido?

—No, en absoluto me estoy dando por vencido; pero no puedo exigirte más de lo que puedes.

—No me subestimes, Andreu. Los Subies tenemos muchos recursos, deberías saberlo ya.

—¿Me estás intentando decir que tienes más datos sobre él?

La voz de su sobrino tenía pinceladas de esperanza.

—Andreu, lo he visto.

—¿Cómo? —exclamó, incorporándose del sofá— ¿Te refieres al medallón?

—Sí, bueno, no físicamente, pero sí sé dónde está, aunque no te va a gustar saber dónde se encuentra.

Andreu, todavía incrédulo, sonrió.

—Desembucha de una vez —le imploró.

—Se encuentra en los almacenes de la AAI.

—Podrías ser un poco más explícito —le solicitó su sobrino, desconociendo el significado de las mencionadas siglas.

—Naturalmente. En Israel existe una autoridad gubernamental independiente que es responsable de las antigüedades del Estado, de su custodia y conservación. También se encarga de promover las investigaciones arqueológicas, controlar las excavaciones, entre otras funciones. La califican como Autoridad de Antigüedades de Israel o si quieres abreviarlo la AAI, y tiene su sede dentro del Museo Rockefeller de Jerusalén.

—¿Me estás diciendo que está expuesto en el museo?

—No precisamente. Hace unos años la Unidad de Prevención del Robo de la AAI requisó un suntuoso botín del patrimonio histórico del Pueblo Israelí, que iba a ser vendido y exportado ilegalmente del país por un anticuario. Había

burlado los controles de inventarios comerciales, impuestos para evitar el blanqueo de dinero. El caso es que entre esos objetos se encontraba nuestro ansiado y buscado medallón.

Andreu respiró.

—Cuando eso ocurre trasladan la mercancía a unos almacenes donde se guardan las reliquias. Allí son catalogadas y ordenadas; incluyen procedencia, tipo, dimensiones, lugar donde se descubrió, datación; en fin, datos detallados del objeto en sí. Los más deteriorados pasan por un laboratorio de restauración donde son tratados meticulosamente.

—No parece tan difícil —murmuró.

—Yo no opino lo mismo. Si tenemos en cuenta que encontrarse una reliquia o pieza arqueológica en Israel y no entregarla a la AAI está contemplado como delito grave y pueden caerte unos cinco años de prisión, imagínate cuál puede ser la pena si es robada voluntariamente.

Hubo un silencio por ambas partes.

—Además —prosiguió Agustín—, para evitar el tráfico ilegal de la Historia de Israel se requiere una declaración de aduanas, así como una inspección preliminar del objeto en cuestión realizado por la AAI, para emitir una licencia de importación. Imagino que el control para exportarlo todavía será más exhaustivo.

—¿Cómo lo has descubierto?

—He tenido acceso al listado de objetos que se encuentran en el almacén. Se me ocurrió como última alternativa después de un sinfín de pasos y preguntas. Un orfebre me comentó que buscara en los tesoros nacionales, y acertó. Repase más de ocho mil piezas hasta dar con él. Allí está la descripción detallada y una clara fotografía. Te paso una copia por el móvil.

—De acuerdo.

—Parece que al final nos vamos a conocer — dijo Agustín con cierta nostalgia.

—Seguro que sí.



Capítulo 38

Enfrente del Palacio de las Artes Reina Sofía, Miguel hablaba por teléfono con Andreu desde su apartamento mientras gozaba de un espectacular panorama. Su euforia iba en aumento a medida que avanzaba la conversación. Rosa, inquieta, intentaba adivinar de qué se trataba. Miguel se despidió de su interlocutor con una enorme sonrisa, para, seguidamente, besar a su mujer en la boca.

—¡Agustín ha encontrado el medallón! —exclamó.

—Gracias, Dios mío —murmuró Rosa, emocionada, tapándose la cara con las manos.

—Se encuentra en unos almacenes de antigüedades de Jerusalén.

—¿Tan lejos?— su voz sonó con cierta decepción.

—En avión estamos en unas pocas horas. Acompañaré a Andreu en el viaje. Sabes que yo me defiendo perfectamente, no con el hebreo, pero sí con el inglés.

—¿Lo saben ya Sara y Alejandra?

—Ahora mismo les iba a llamar Andreu para comunicárselo.

En la calle Quart, en el piso de Lluís y Alejandra, el día había trascurrido prácticamente en silencio desde la pelotera que había mantenido la pareja esa misma mañana. Tan solo se habían dirigido alguna palabra forzosa, en tono distante, y las pocas frases que habían mencionado habían ido dirigidas a Thor.

En ese momento el animal disfrutaba de uno de sus paseos por el jardín de Guillem de Castro, acompañado de Lluís, quien ensayaba cómo hacer las paces con su pareja antes de que llegara la noche. A primera hora del día siguiente tenía que salir de viaje a Nueva York, y lo que menos quería era tener que separarse enfadados.

Cuando Lluís llegó a casa, Alejandra estaba hablando por el móvil y parecía contenta. Eso le agradó; facilitaría su reconciliación. A los pocos minutos colgó el teléfono.

—Era Andreu —le informó ella sin que él le preguntara.

Lluís apretó la mandíbula; otra vez el puto Andreu; por eso se le veía tan complacida. Una avalancha de celos le llenó de los pies a la cabeza.

—Su tío ha encontrado el medallón. Se encuentra en Israel —continuó ella de sopetón.

Lluís intentó reaccionar, conteniendo su repentina ira.

—Por fin. ¿Tendrá que ir hasta allí o lo puede conseguir Agustín?

—Al parecer, se encuentra en unos almacenes custodiados por no sé qué autoridad y no va a ser fácil apoderarse de él.

Lluís se mantuvo en silencio.

—Miguel le acompañará en el viaje —continuó Alejandra.

—Le será de gran ayuda. Domina el inglés con perfecta fluidez.

—¡Y yo también!

—¿Qué quieres decir? —preguntó, receloso.

—¡Que yo también voy a ir! —Su tono fue firme.

—¿Tú?, ¿por qué tienes que ir tú también?

—Porque esto me atañe de la misma manera que a él, y si tú no quieres entenderlo, ese es otro problema.

—Sé que necesitas ese medallón, pero puedes esperar aquí a que lo traigan.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo hemos hecho así las cosas? Desde las primeras pruebas de las doce llaves siempre hemos sido una piña, en todo. ¿Qué ha cambiado entre nosotros?

—¡Eso me gustaría saber a mí! Sabes que me voy mañana de viaje, ¿cuándo se supone que os vais?

—Hay que mirar los horarios de los vuelos. Pero en dos o tres días como mucho.

Lluís soltó una sonrisa de decepción. Estaba jodido, muy jodido.

—Sabes de sobra que yo estaré fuera. Por eso quieres irte, ¿verdad?, porque

sabes que no puedo acompañarte.

—Pero ¿qué estás diciendo? No puedo creer lo que estás insinuando. Creo que tú y yo no tenemos nada más que hablar al respecto. ¡Igual deberíamos tomarnos un tiempo para reflexionar!

—Sí, quizá sí, para saber de qué lado estamos cada uno.



Antes del alba, Lluís se levantó en completo silencio; sin esperar a que sonara el despertador, se duchó, cogió la maleta y se marchó. No hubo despedida, ni tan siquiera una mueca de afecto ni un frío adiós, simplemente un portazo al salir. Alejandra, en la cama, rompió a llorar nada más escucharlo. Sabía que ya no había vuelta atrás y eso le dolía, le dolía tanto que su corazón se había resquebrajado, se había hecho añicos igual que una pieza de porcelana al caer al suelo.

Nada más despuntar el día, poco después de levantarse, Alejandra subió a casa de su hermana, sumida en la tristeza.

Fue Jesús quien le abrió la puerta.

—Buenos días, ¿ocurre algo? —le preguntó, intranquilo, viendo sus acentuadas ojeras—. Pasa, no te quedes ahí que hace frío.

Ella accedió sin rechistar y tomó asiento en el sofá. Sara al verla se alarmó.

—¿Estás bien? No sé por qué te pregunto eso, no hay más que verte la cara.

—Hemos discutido, Lluís y yo.

—Vamos, todas las parejas discuten alguna vez —le animó Sara.

—Nosotros no; pero creo que esta ha valido por todas.

—Baja y haz las paces con él —le aconsejó su hermana.

—Hace tres horas que se fue a Nueva York sin despedirse.

Sara recordó el viaje de trabajo que tenía pendiente.

—Pues cuanto antes hables con él por teléfono para aclarar las cosas, mejor.

—No lo entiendes, le he dicho que nos tomáramos un tiempo.

—¿Un tiempo para qué?

—Para reflexionar sobre nuestra relación.

—No puedo creerlo; pero ¡si estabais tan compenetrados! —Sara no daba crédito a la confesión de su hermana—. Si vosotros sois una de las parejas con los cimientos más sólidos que he conocido en mi vida.

—Pues ya ves esos cimientos, como tú dices, se acaban de desmoronar.

Jesús que había escuchado parte de la conversación se detuvo en el salón.

—¡Está celoso! —exclamó.

—¡Qué dices, Jesús! —le reprendió Sara.

—Lo que yo os diga —reiteró.

—¿Pero de quién? —quiso saber su mujer.

—¡De Andreu!

Las dos hermanas fijaron su mirada en él.

—Pero cómo va a estar celoso si ellos dos siempre han estado muy unidos, además, no tiene motivos, ¿verdad? —Sara miró expectante a su hermana.

—Motivo con fundamento no, aunque…

Alejandra se quedó pensativa.

—Ayer me llamó Andreu.

—¿Qué te dijo? —quiso saber Sara—. ¿Alguna novedad?

—Tiene noticias sobre el medallón. Su tío lo ha localizado, está en Jerusalén, en un almacén de antigüedades o algo así.

—Eso es una gran noticia —se alegró su hermana—. Y, ¿qué piensa hacer?

—Vamos a ir Andreu, Miguel y yo para recuperarlo.

—¿Tú estás en condiciones de viajar? —Preguntó Sara, preocupada.

—Sí, además, sé que tengo que ir. Tengo que ir, tú lo entiendes también, ¿no?

Sara asintió.

—Pues Lluís no lo ve así. Aunque ya estábamos enfadados, ese fue el detonante para agravar más la situación.

—No me creéis —insistió Jesús—, pero vuelvo a repetir que está celoso.

Alejandra retrocedió semanas atrás y analizó hechos y conversaciones con Lluís. ¿Sería verdad lo que apuntaba Jesús?



Capítulo 39

Esa misma noche Alejandra le envió un WhatsApp a su marido pidiéndole que, por favor, le avisara cuando llegara al hotel. Que tenía que hablar con él. A la mañana siguiente recibió la esperada llamada, pero los ásperos monosílabos de Lluís anularon los alicientes de una pronta reconciliación.

La culpabilidad no había parado de acosar a Alejandra, recriminándose el impulso de proponerle a Lluís una separación temporal. Había estado completamente ciega. Apenada por su situación sentimental, tomó asiento en una de las cafeterías de la plaza de la Reina en espera de la llegada de su tía Rosa.

A las siete de esa misma tarde tenían una cita Andreu y ella con el padre Simón. Tal y como les había detallado en la última visita, les iba a realizar una oración de liberación, donde supuestamente y si todo iba como el religioso esperaba, quedarían limpios del mal, o si no, por lo menos les facilitaría una especie de tregua; tiempo que necesitarían para culminar su difícil tarea.

—Ya estás aquí —le dijo su tía, dándole dos besos y sentándose a su lado.

—Acabo de llegar. ¿Qué quieres tomar?

—Pues un café con leche calentito. Hace tanta humedad que los huesos se resienten. Y, ¿Andreu?

—Vendrá más tarde.

—Alejandra, sigo opinando que no deberías ir a ese viaje. No me lo quito de la cabeza.

—Tía, ya lo hemos discutido por teléfono y no vas a hacerme cambiar de opinión. He dicho que me voy con ellos a Israel y no se hable más.

—Pues entonces yo también iré —replicó Rosa con carácter—. Ahora lo más importante eres tú, y aquí no nos ata ninguna obligación. Además, nuestra maleta se hace rápida. Ya lo he hablado con Miguel y está de acuerdo.

—Tía, ¡por favor!, que no voy sola. Además, ya soy mayorcita y sé defenderme, ¿no crees? He viajado toda mi vida sola por trabajo y no ha pasado nada, y ahora todos queréis ser mis protectores.

—¡Alejandra, no me vas a convencer! —renegó su tía—, y qué mala suerte que Lluís esté fuera, hija, ¡qué casualidad!

Alejandra le había omitido la pelea que había mantenido con su marido y también su separación temporal. Para qué iba a preocuparle y rizar el rizo todavía más.

—¿Qué pasa con tu miedo al avión? —le preguntó su sobrina—. Te recuerdo que el vuelo dura unas seis o siete horas, y seguramente habrá que hacer escala.

Rosa, después de una pausa de silencio, dijo:

—Alguna vez tendré que superarlo. Una vez arriba lo mismo me da una hora más que menos.

Su sobrina le miró y sonrió.

—Termínate el café que ya es la hora —le dijo Alejandra con cariño.

Se levantaron y caminaron hasta la Puerta de los Hierros de la Catedral en espera de que llegara Andreu, que lo hizo a los pocos instantes.

—Siento el retraso —se disculpó con la respiración agitada—, me he tenido que escapar del restaurante y no ha sido fácil, menos mal que me cubre un compañero.

—¿Entramos? —Preguntó Rosa.

Ellos asintieron.

Los tres se perdieron en la opacidad de la iglesia; tras los saludos con el padre Simón se adentraron en el sobrio despacho. Rosa se quedó fuera como era de esperar, hasta que salieron una hora y media después.

El padre Simón durante todo ese espacio de tiempo rezó oraciones al Arcángel Miguel, contra el Mal, contra el maleficio, y una serie de plegarias imposibles de repetir. Alejandra durante toda la sesión tuvo el estómago encogido y con sensación de nauseas. Cuando terminó la visita e intentó incorporarse estaba algo mareada.

—Tranquila, Alejandra —escuchó por boca del sacerdote—, no te levantes todavía. En estos casos, a veces, el cuerpo se ralentiza y lo demuestra con síntomas de vahído o decaimiento.

—¿Cómo te encuentras? —Se interesó Andreu, preocupado, con la mano en su hombro.

—Mejor —murmuró ella poniéndose en pie.

—Los caminos del Señor son infinitos —comentó el padre antes de que salieran—. Que vayáis a Tierra Santa no es una casualidad, es el camino que el Creador os ha impuesto, Él os guía. Debéis ir al Santo Sepulcro donde crucificaron a Cristo y resucitó al tercer día, y rezadle allí.

—Lo haremos padre —respondió Alejandra.

—Nos vemos a la vuelta. Avisadme cuando regreséis.

Ellos asintieron.



Mientras tanto, Victoria Quirós permanecía apoyada sobre el muro del atrio circular que precedía a la Puerta de los Hierros de la Catedral, hurgando en el móvil para matar el tiempo, alternándolo con los tragos de una lata de cerveza. Llevaba por los alrededores más de dos horas intentando averiguar qué se traían entre manos la familia Ferrer y sus amistades, ya que los había visto entrar y hablar con uno de los sacerdotes; además, no era la primera vez que se citaban con él. Esa gente siempre con tapujos que esconder. Lo normal es que hubieran ido a escuchar misa. ¿Para qué se va a una iglesia si no es para oír el sermón del cura? —se preguntaba, sin entender esa patética devoción de los feligreses, daba igual la religión que fuera—. Por eso, ella era atea de los pies a la cabeza. No necesitaba esas historias sin sentido, esa sarta de mentiras que alguien se había inventado y que se empeñaban en hacer creer.

Levantó la vista y vio salir a tía y sobrina. Detrás iba el camarero. Victoria se giró ocultando su rostro, dio el último trago al bote y lo dejó apoyado en el banco de piedra. Luego les siguió tan próxima a ellos que le pareció escuchar algo sobre un viaje a Israel. Después se perdió entre los callejones en espera de no ser descubierta.

Victoria Quirós madrugó para llegar a tiempo a su cita. Condujo hasta Picassent y aparcó el coche en el *parking* de la cárcel, como en otras ocasiones anteriores. Estaba satisfecha con su trabajo de investigación. Disfrutaba hurgando en la vida de los demás; sobre todo, si escondían algo suculento que contar.

Saludó al guardia de turno y, después de atravesar los pasillos que se habían convertido en familiares, se sentó en la silla de la diminuta garita en espera de que Augusto Fonfría apareciera.

Puntual como siempre, lo vio llegar hasta colocarse enfrente de ella.

—Según su llamada de teléfono, señorita Quirós, tiene importante información que contarme.

—Así es señor Fonfría, tal y como acordamos estoy siguiendo a la familia Ferrer y compañía.

—¿Y qué me puede aportar que no sepa?

—Estoy convencida de que siguen algún tipo de búsqueda. Como usted me advirtió, no es una familia normal.

—Yo no miento nunca señorita, debería usted saberlo.

Victoria sonrió. No entendía por qué, pero delante de ese hombre se sentía diferente, mucho más importante. Él sí que sabía valorar su trabajo.

—Pues verá, Miguel Roselló, el marido de…

—Sé perfectamente quién es Miguel Roselló —le interrumpió con carácter —, y tengo muy claros los nombres de cada uno de ellos, así que le pido que no alargue más su explicación y vaya al grano.

—Tiene razón, discúlpeme —Victoria carraspeó antes de continuar—. Miguel y compañía han visitado, en varias ocasiones, el Monasterio de San Miguel de Llíria.

—Y, ¿qué importancia puede tener eso?

—Una de las veces lo hicieron de noche, forzando la cerradura.

Fonfría mostró interés.

—¿Qué buscaban?

—No lo sé, pero profanaron la cripta.

—Esto se pone interesante. Están volviendo a las andadas. No cabe duda de que algo importante se traen entre manos.

—Aunque se lo pusimos difícil para salir de allí. Les cerramos la entrada.

Fonfría sonrió.

—Veo que te has tomado mis instrucciones al pie de la letra.

—Soy muy disciplinada.

—Así me gusta. ¿Necesitas más ayuda?

—No, que va. Con esos dos tipos ya está bien. Además, son poco habladores, así no discutimos. También han estado indagando en el Archivo de la Diputación

sobre los Registros del Hospital General, concretamente se han remontado al siglo XV.

Augusto Fonfría se frotó la barbilla.

—Y en el Archivo del Reino, lugar al que han ido varias veces —Victoria se creció al ver el interés de Fonfría—, según el historial del ordenador que consulté cuando se fue Miguel, ha hurgado en la vida de un tal Lorenzo Salvador, un judío sefardí y afamado orfebre de la época.

—Muy interesante, ¿qué andas buscando, Miguel? —se preguntó en voz alta.

—Aquí no termina la cosa señor Fonfría, últimamente las hermanas Ferrer y su tía están visitando a un párroco de la catedral que les atiende en privado.

—Igual es para celebrar la boda de una de ellas que queda por casar.

—No lo creo, también los acompaña el que fue indigente; y según me he informado, ese sacerdote es especializado en exorcismos, posesiones y rollos de esos.

Augusto Fonfría frunció el ceño.

—Además, me ha parecido escuchar algo sobre un viaje a Israel.

Victoria miró el reloj. Todavía disponía de diez minutos.

—¿Recuerda que le comenté que los veía entrar muy a menudo en una finca colindante a la Casa Vestuario?

Fonfría asintió.

—Pues es Miguel quien tiene alquilado uno de los pisos.

—¿Con qué propósito?

—He preguntado en el bar de la calle y a los vecinos lindantes, y lo utiliza como estudio de pintura.

—¡De pintura! —Augusto arqueó una ceja—. Desconocía esa faceta artística suya. De todas formas, no te creas todo lo que ves. Esa gente es muy astuta.

—No se preocupe señor Fonfría, estaré al tanto.

—Tantos pisos en Valencia y tiene que alquilarlo justo al lado de los Síndicos del Tribunal de las Aguas — murmuró Fonfría en voz alta.

—Sí, a mí también me sorprende, lo investigaré.

—Sé que lo harás y lo harás bien. Además, sabes que yo soy muy agradecido con mi gente.

Tras esas palabras Augusto Fonfría se levantó y, sin mirar atrás, salió de la sala de visitas.

Victoria recogió su mochila, orgullosa de su exposición y se dirigió al coche. Antes de entrar deslió un chicle de regaliz y se lo metió en la boca, después arrugó el papel y lo tiró al suelo.



Capítulo 40

El viaje había tenido poco de placentero para Rosa. La desazón no le había abandonado ni un solo instante, ni siquiera consiguió relajarse cuando el avión sobrevoló el Mar Mediterráneo, ni tampoco cuando atravesó el sur de Italia, y eso que era un lugar al que siempre había querido ir.

Miguel había intentado distraerla sin ningún resultado. Estaba claro que esa mujer era un saco de nervios.

Cuando aterrizaron en el Aeropuerto Internacional Ben Gurión de Tel Aviv, después de hacer escala en Estambul durante un par de horas, Rosa no podía ocultar su malestar.

—Ya hemos llegado —le alentó Miguel al descender del avión.

—¡Gracias a Dios! —suspiró ella con resignación.

—No ha sido para tanto. Si te hubieras tranquilizado…

Rosa le soltó una mirada inquisitiva.

Alejandra se cogió del brazo de su tía.

—Muchas horas, ¿verdad?

—Lo importante es que ya estamos aquí —replicó ella.

—Esa es la cinta para recoger nuestras maletas —señaló Miguel.

—Me ha dicho un cliente de la cafetería donde trabajo —comentó Andreu— que estuvo aquí hace un par de años, que los israelíes son muy suspicaces.

—¿Qué quieres decir con suspicaces? —preguntó Rosa.

—Nada de importancia —le quiso tranquilizar Miguel—. Que a veces te separan del grupo y te hacen algunas preguntas.

—¡Pues estamos bien! —se quejó Rosa.

—A veces lo hacen —comentó Alejandra—, pero no solo aquí, también en otros países. Lluís está acostumbrado a todos esos menesteres.

Se colocaron en la cola de pasajeros con los pasaportes en la mano.

—¡Qué lentos son! —protestó Rosa, atenta a la garita del final—. Parece que les están haciendo muchas preguntas, ¿no crees?

—Es normal —añadió Miguel—. Tú porque no estás acostumbrada a salir de España. Cuando nos toque el turno, déjame hablar a mí.

—No, si no pienso decir nada.

Alejandra, que iba delante de ellos junto Andreu, se giró.

—Tía, todo esto es normal.

—Es normal que los saquen de la fila, como a esos —señaló Rosa, siguiendo con la mirada a dos hombres que eran acompañados hasta una sala del final.

—Más o menos —murmuró su sobrina algo inquieta.

—¡Pues vaya ánimos que me das!

Cuando llegó el turno de Alejandra les entregó los dos pasaportes, el suyo y el de Andreu, y con cierto desparpajo, dominando el inglés con fluidez, respondió a las solicitadas preguntas. A los pocos minutos les dejaron pasar.

—Prepárate —dijo Miguel a su mujer— que ya casi nos toca, y recuerda que somos turistas.

Rosa observó cómo Miguel se adelantaba y, con una excelente pronunciación del inglés, le mostró los pasaportes al hombre de la garita. Ella se sintió intimidada cuando el funcionario clavó sus ojos sobre ella para verificar la autenticidad de la fotografía. Sin embargo, algo parecía no ir bien porque Miguel repetía una y otra vez las mismas frases, y con una ligera subida de tono.

Rosa empezó a alarmarse.

—¿Qué ocurre Miguel? —Le preguntó en voz baja.

—No pasa nada.

El hombre de la ventanilla salió fuera dejando su hueco vacío; a los pocos instantes volvió a entrar y les indicó que se retiraran a un lado para dejar pasar a los que iban detrás.

Miguel y Rosa cruzaron unas miradas de confusión. Ante esa desagradable sensación de ignorancia, apareció una señorita.

—¡Acompáñenme! —soltó con un español casi perfecto.

—Pero ¿qué pasa? —chistó Rosa, cogida del brazo de su marido.

—Aparentemente nada.

—¡Esperen aquí! —escucharon secamente.

—Menos mal que por lo menos hablan español —murmuró Rosa, entrando en una especie de sala de espera.

Tomaron asiento, en una hilera de sillas, junto a caras extrañas de diferentes razas. Poco a poco fueron llamando a cada uno por separado.

—Si me preguntan, ¿qué les digo? —demandó ella, azorada.

—La verdad que hemos ensayado. Estamos aquí para conocer la ciudad. Solo somos simples turistas. Su política es hacer muchas preguntas, y siempre las mismas para ver si varías en las contestaciones o te pillan desprevenida, por eso si dices la verdad siempre contestarás lo mismo.

—Pero ¿por qué nosotros? Nos tienen retenidos aquí como si fuésemos vulgares delincuentes, ¿acaso tenemos pinta de terroristas? —su tono había subido sin apenas darse cuenta.

Varias miradas se clavaron en Rosa ante la última palabra.

—Rosa, mide todas tus palabras —le advirtió su marido—. No estamos en España. Mucho cuidado con lo que dices. Entraremos juntos y no va a pasar nada, ya verás.

Ella tragó saliva al sentirse observada. Estaba a punto de contestar, cuando escuchó su nombre a través de la puerta.

Los dos se levantaron al mismo tiempo.

—Todo va a salir bien —le susurró Miguel—. Recuerda que somos turistas. No lo olvides.

Al cruzar el umbral de la puerta, una mano sobre el hombro de Miguel le indicó que él no podía entrar.

Rosa, al verse sola, sintió que el mundo se le caía a los pies. Respiró profundamente y, con la cara bien alta se dijo: «no tengo nada que esconder».



Cuánto tiempo llevaba dentro Rosa, media hora, tres cuartos. Miguel no había mirado el reloj, y la incertidumbre de no saber qué estaba pasando allí dentro le estaba ahogando. Tenía que haberle advertido con más interés las posibilidades de que esto podía suceder; pero las probabilidades eran tan bajas que, ¡cómo iba a pensar él que les iban a retener y a interrogar, sin ningún motivo aparente!

El sonido del picaporte le aceleró la respiración. Rosa asomó por la puerta con las mejillas coloradas, Miguel se levantó y juntos tomaron asiento.

—Han dicho que esperemos aquí —fue su primera frase.

—¿Qué te han preguntado?

—Que, ¿qué me han preguntado? — protestó en voz baja a punto de estallar de cólera—. Di mejor qué no me han preguntado. ¡Menudo interrogatorio! Los muy… querían saberlo todo: si alguien me había ayudado a hacer la maleta, si había conocido a alguien en el viaje. Unas preguntas más raras: qué hacíamos aquí, dónde nos hospedábamos, el dinero que traíamos, las tarjetas de crédito que utilizábamos, los nombres completos, las fechas de nacimiento, nuestros ingresos, todo, absolutamente todo, tan solo les ha faltado preguntarme por la talla de mi sujetador.

—Lo has hecho muy bien, Rosa, lo has hecho muy bien.

—Tú sabías que esto podía pasar, ¿verdad?

—Sé de algún caso que sí, pero las probabilidades eran tan ínfimas que preferí omitirlo.

—Miguel, si quieres que nos sigamos llevando bien, quiero que, a partir de ahora, no omitas nada en absoluto. Quiero estar enterada de lo bueno y de lo malo de cada cosa, ¿de acuerdo?

Él asintió cabizbajo.

La misma señorita que los había acompañado hasta la sala les llamó y les hizo entrega de los pasaportes, sin mucha explicación al respecto.

Cuando salieron a la calle, una hora y media después, con el equipaje en la mano, respiraron aliviados al ver a Alejandra y Andreu.

—Pero ¿qué os ha pasado? — le preguntaron ambos.

—¡Que hemos entrado con mal pie! — protestó Rosa —. Primero dejadnos respirar y ahora os lo contamos.



Capítulo 41

El viaje estaba resultado extenuante, llevaban más de doce horas entre aeropuertos y aviones, pasaportes y colas de gente. Nada más salir de Ben Gurión alquilaron un coche y los cuatro emprendieron destino hacia Jerusalén. Andreu se puso al volante siguiendo las indicaciones de Miguel. Las señalizaciones estaban escritas en hebreo y árabe; tarea difícil de traducir. Rosa había echado una cabezada en el asiento trasero del coche, recostada sobre el hombro de su sobrina. Alejandra, en cambio, no quería cerrar los ojos; la noche anterior había vuelto a tener otra de las escalofriantes pesadillas que le habían dejado el cuerpo revuelto. Ya dudaba de la efectividad de la oración de liberación del padre Simón y todas sus visitas anteriores.

—Por este desvío —le indicó Miguel—. Si este chisme de navegador no nos engaña, deberíamos llegar en quince minutos.

—Vaya, me he quedado traspuesta —murmuró Rosa—. ¿Cómo estás Miguel?

—Bien, cansado, pero bien.

—Y, ¿tú, Alejandra? —le preguntó su tía, advirtiendo sus ojeras.

—Deseando llegar y que todos podamos descansar. ¿Andreu, quieres que te sustituya al volante?

—Estoy bien, no te preocupes. Ya estamos entrando en Jerusalén —afirmó él —. Ahora buscaremos el hotel en la Ciudad Vieja.

—Siempre me ha llamado la atención este cruce de culturas —murmuró Alejandra—. Nunca pensé que tendría que visitarlos en estas circunstancias.

—Mi niña, no te preocupes —le animó su tía—, verás como todo sale bien. Qué diferente es todo a como estoy acostumbrada; las tiendas, las casas, la gente. ¡Qué pena! Siempre viviendo en conflicto.

—Y conviviendo día tras día a pesar de sus diferencias —puntualizó Miguel —. Es la otra calle, Andreu, esta es prohibida.

—Sí, tienes razón.

—Ahí está el *parking* del hotel —contestó Alejandra.

Después de aparcar el coche sacaron las maletas y estiraron las piernas. A los pocos minutos estaban instalados en sus habitaciones. Después de una reconfortante ducha se reunieron en el vestíbulo para cenar. Rosa aprovechó para llamar a Sara y decirle que habían llegado bien.

—Hay un restaurante típico muy cercano —les informó Miguel—; pero debemos de darnos prisa porque aquí suelen cerrar la cocina más pronto que en España.

—Espero que la comida sea decente —deseó Rosa—, porque la del avión dejaba mucho que desear.

—Aquí lo típico es el *falafel* —le indicó Alejandra—, son como croquetas de garbanzos, y el *hummus*.

—El *hummus* sí que lo he probado —afirmó Rosa.

—¿Cómo has quedado con tu tío Agustín? —Se interesó Miguel.

—Mañana a primera hora vendrá a recogernos. No puedo creerme que vaya a conocerlo.

—La vida da muchas vueltas —manifestó Miguel con la mano en el hombro del muchacho—, amigo mío.

La cena en el restaurante fue satisfactoria y les permitió saciar sus estómagos, aún resentidos por el trastorno del viaje. Decidieron retirarse temprano para estar frescos al día siguiente.

La noche en esa desconocida y cómoda habitación no había sido demasiado agradable para Andreu, daba igual dónde estuviera y el ánimo moral en que se hallara, las pesadillas le habían vuelto a acosar; esas tormentosas imágenes no le dejaban en paz. Andreu se levantó, se dirigió al cuarto de baño, se refrescó la cara y se enjuagó la boca con regusto a sal.

En el mismo pasillo, separada por dos alcobas, dormía Alejandra agarrada a su móvil, en espera de una contestación por parte de Lluís. Una contestación que no llegaba; ni una llamada, ni a un WhatsApp.

En el dormitorio contiguo Miguel y su mujer habían entrado en un profundo

sopor. El ajetreado viaje les había derrotado y es que como había comentado Rosa, «ya no estaban para esos trotes».



Alejandra abrió los ojos y, sobresaltada, pensó que se había dormido, debido a la abundante luz que entraba por el ventanal. Rebuscó entre las sábanas buscando su móvil con la intención de ver la hora y salir de dudas, y lo halló en el suelo, al lado de sus zapatillas. Se tranquilizó al ver que tan solo eran las seis de la mañana. Decepcionada, observó que continuaba sin tener noticias de su marido.

Tal y como habían quedado los cuatro, se reunieron puntuales para desayunar. Los agradables aromas del restaurante despertaron sus apetitos, salvo a Alejandra que se la veía decaída.

—Tienes que comer algo —le achuchó su tía—, nos espera un día muy movido. Menos mal que el desayuno es continental. A saber lo que podremos comer a lo largo de día.

—Haz caso a tu tía —insistió Andreu con dulzura.

La joven hizo un esfuerzo porque le pasara la comida: tenía un nudo en la garganta que se lo impedía.

—¿Has hablado con Lluís? —Le preguntó Rosa.

—¿Cómo? —Murmuró Alejandra.

—Que si has tenido noticias de tu marido —le aclaró su tía—. Hay que ver, este aire no te ha sentado nada bien.

—Sí, anoche hablamos por teléfono —mintió piadosamente—. Está muy bien.

—Has visto, Miguel, por qué tenía que venir —le susurró Rosa, preocupada —. No está bien, si no la conociera.

Estaban a punto de levantarse cuando sonó el móvil de Andreu.

—Es mi tío Agustín que ya ha llegado —comentó—. Salgo a recibirle, os espero fuera.

Andreu se dirigió hacia la salida, observó el temblor de sus manos y sonrió. Durante toda su vida había carecido del contacto de su familia paterna. Había llegado el momento de conocer a uno de sus supervivientes.

Nada más atravesar la puerta del hotel notó como la brisa de la mañana le acarició la cara. Miró a ambos lados hasta tropezarse con un hombre de avanzada edad, con el pelo cano y rostro bondadoso, que levantó el brazo

dándose a conocer. Los pasos siguientes de Andreu acortaron la distancia que les separaba, hasta estrecharle entre sus brazos, palpitante de emoción.

—Cuánto me alegro de verte, Andreu —exclamó Agustín, visiblemente impresionado.

—Yo también, tío. ¿Cómo has sabido que era yo?

—Tienes la misma planta que tu padre. Han pasado demasiados años, a pesar de ello, todavía tengo muy presente como era; eso es algo que nunca olvidaré.

Poco después vio como los demás salían del hotel y se dirigían hacia ellos.

—Por ahí vienen mis compañeros de viaje; son más que amigos, son parte de mi familia —señaló Andreu.

A los pocos instantes se saludaron entre ellos.

—Tengo noticias al respecto —empezó a explicar Agustín—. Me acaban de comunicar que hay una amplia selección de objetos, ya clasificados, en espera de que les asignen un museo para exponer. El medallón está en esa lista. Una opción es que lo lleven al Museo Rockefeller, situado fuera de las murallas de la Ciudad Vieja, a unos quince minutos andando desde aquí; de no ser así, sería en el Museo Nacional, algo más lejos.

—¿Y? —preguntó Miguel.

—Ninguna de las dos opciones son buenas, sus medidas de seguridad son de última generación y de la misma índole de las que se encuentran en el Santuario del Libro, donde se exponen los milenarios Rollos del Mar Muerto. Los que no se exhiben se guardan en una sala, que es como un bunker; sería más fácil entrar en el Pentágono que profanar esa sala.

Los cuatro se miraron unos a otros.

—¿Dónde está el medallón en estos momentos? —quiso saber Andreu.

—En el Almacén de Tesoros Nacionales de la AAI, que se encuentra en una gran nave industrial de Bet Shemesh; una pequeña ciudad, a una hora de Jerusalén. Sus largos pasillos están cerrados al público y acumula más de un millón de objetos de la historia de Tierra Santa.

—¿Cuándo se supone que hacen el traspaso de mercancía? —preguntó Alejandra.

—Disponemos de dos días para llevarlo a cabo.

—Pues no hay tiempo que perder —añadió Miguel, decidido—. Tenemos que ir allí y estudiar la situación.

—¿Habéis cambiado euros por shekels? —quiso saber Agustín.

—Sí, tío, lo hicimos en el aeropuerto.

Los cinco subieron al coche dirección a Bet Shemesh. No podían perder tiempo; durante el trayecto Agustín comentó:

—Habréis observado que aquí en Jerusalén hay una gran diversidad cultural donde están muy presentes las religiones del judaismo, cristianismo e islam; y aunque estamos a menudo en conflicto, nos une el amor por la tierra que pisamos y sus creencias, siendo una de las ciudades más antiguas del mundo. La Ciudad Vieja no es muy grande y se divide en cuatro partes: la parte cristiana, donde estáis alojados en el hotel, la judía, musulmana y armenia. Tengo que deciros que no hay mucha comunicación entre unos y otros, esa es la manera de convivir que existe aquí, por llamarlo de alguna manera.

—Sí, me ha llamado la atención la forma de vestir —apuntó Rosa—, algunos de ellos son como si hubiéramos retrocedido en el tiempo.

—Así es —continuó Agustín, sonriente—, son los judíos ortodoxos, y como habréis podido observar, llevan las patillas largas, sombrero y trajes negros. Se encuentran en el barrio Mea Shearim. Allí si quieres visitarlo se aconseja ir vestido con recato; cubrir la cabeza y no hacer fotografías.

—¿Es cierto que las mujeres judías llevan peluca? —preguntó Rosa.

—Sí, durante siglos las mujeres judías han llevado sombreros y pañuelos siguiendo el decreto que ordena cubrirse la cabeza una vez se casen. En la actualidad lo hacen con *scheitel* o peluca.

—Y los hombres también os cubrís la cabeza —añadió Alejandra mirando la *kipá* que llevaba él.

—Los judíos nos cubrimos la cabeza en señal de respeto —le contestó—, de humildad para recordarnos que el Creador Eterno siempre está por encima de nosotros.

Rosa sonrió, complacida, ante esa sencilla definición.

—Aquí lo que impone también —mencionó Miguel— es ver a los soldados con la metralleta en la mano.

—Entiendo vuestra reacción —contestó Agustín—. Nosotros estamos acostumbrados. Israel necesita el ejército para subsistir. Todos los varones israelíes están obligados a hacer tres años de servicio militar, las jóvenes dos; como es habitual, los veréis con la metralleta al cuello o la pistola en el cinturón.

—Creo que estamos llegando —murmuró Andreu, aminorando la marcha del vehículo.

—Rodea la nave —le indicó Agustín—, no te detengas.

—¡Madre mía! Es enorme —exclamó Rosa—. ¿Cómo se supone que vamos

a encontrar el medallón ahí dentro?, y lo que es peor, ¿cómo vamos a entrar?

—Buena pregunta, Rosa —pronunció Miguel—. El muro no es demasiado alto, pero sí la valla metálica que hay a continuación y el alambre de púas, tipo militar, que delimita el final. Por lo menos mide entre tres metros y medio y cuatro.

—Sin contar las cámaras de seguridad —señaló Andreu—. Fijaos, hay por todas partes.

—Alguien está entrando —advirtió Alejandra—. Parece un repartidor. Creo que esa puerta corredera es la mejor y única forma para entrar. No podemos arriesgarnos a saltar semejante alambrada, sería una locura.

—Me parece la postura más sensata —murmuró Rosa—, pero ¿cómo?

—Tenemos que idear algo —susurró Andreu, pensativo.

Agustín cogió el móvil y les dijo:

—Dejadme que hable con alguien que quizás pueda ayudarnos.

Todos se centraron en interpretar sus monosílabos, deseosos de que colgara el teléfono y les informara como es debido.

—La persona que me ha proporcionado el listado —empezó a decir Agustín, sonriente— es familiar de alguien que trabaja en las oficinas de la AAI; me acaba de comunicar que el canal de televisión, National Geographic Channel Israel, va a grabar un documental sobre las Antigüedades del país, que será emitido con subtítulos en hebreo; está previsto que se desplace hasta aquí un equipo de periodistas.

—¿Cuándo? —preguntó Alejandra.

—Dentro de tres días.

—No podemos mezclarnos con el grupo, nos delataríamos al instante — murmuró Alejandra, pensando en voz alta—, pero sí podemos simular ser ellos y adelantarnos un día.

—Tu proposición me parece descabellada — advirtió Miguel —; aunque también la única viable.

—Entonces tenemos mucho trabajo que hacer — apuntó Andreu con una chispa de esperanza —. Debemos conseguir el material necesario.



Capítulo 42

El grupo se había distribuido, equitativamente, las faenas a realizar para llevar con éxito la sustracción del medallón. Agustín y Andreu se habían dedicado a buscar una cámara de segunda mano y un micrófono. Miguel, mientras tanto, había conseguido en Internet el logotipo de la emisora de televisión y estaba confeccionando unas acreditaciones para llevarlas visibles junto con nombres ficticios y las fotografías de cada uno. Alejandra y Rosa habían contactado con el arqueólogo, a quien iban a entrevistar, encargado de las antigüedades del Tesoro Nacional, para notificarle el adelanto de la fecha. Por suerte, no habían tenido ningún impedimento tras el convincente argumento expuesto por Alejandra, disculpándose de antemano por ese cambio de día. También habían comprado pelucas y accesorios para camuflar su aspecto y resultar más difícil su identificación.

Por decisión unánime, Andreu grabaría el documental con la cámara, y Miguel y Alejandra se encargarían de entrevistar y formular las preguntas al arqueólogo, que previamente se habían estudiado. Agustín estaría fuera en el coche, esperándoles junto a Rosa, que se había negado a permanecer en el hotel.

Esa misma tarde Andreu se marchó con su tío a Haifa para conocer a su primo Jacob; le ofrecieron una sabrosa cena y una cama para pasar la noche.

Alejandra había decidido no volver a llamar a Lluís hasta que regresaran a Valencia, en vista de sus ausentes respuestas. Allí, con más tranquilidad, intentaría arreglar su deteriorada situación sentimental. Todavía no se explicaba cómo habían llegado a ese estado.

A la mañana siguiente, cuando regresó Andreu, ultimaron detalles y, aprovechando que todo estaba a punto, decidieron disfrutar de su viaje en Tierra Santa. Visitaron el Monte de los Olivos, callejearon por la Ciudad Vieja, recorrieron el barrio judío y se detuvieron en el Muro de las Lamentaciones. Luego se adentraron en el barrio musulmán y caminaron por Vía Dolorosa hasta llegar al Santo Sepulcro.

—No me puedo creer que estemos en el camino que recorrió Jesús con la cruz a cuestas, antes de que fuera crucificado —comentó tía Rosa.

—Aunque él lo hiciera siete metros por debajo del subsuelo —añadió Miguel —, el tiempo no pasa en balde.

—¿Habéis observado el cambio tan significativo del área judío al musulmán? —puntualizó Alejandra—. Las vestimentas de las gentes, sus aromas, parece que estemos en otra ciudad.

—Tienes razón —intervino Andreu—, hasta los letreros están escritos, primero en árabe y después en hebreo.

—Acabamos de llegar al Santo Sepulcro o también llamada la Iglesia de la Resurrección —manifestó Miguel, levantando la cabeza y admirando su magnitud—. Aunque la arqueología no ha podido probar que Jesús fue enterrado aquí; más bien es una cuestión de fe.

Alejandra recordó las últimas palabras que pronunció el padre Simón: «Que vayáis a Tierra Santa no es una casualidad, es el camino que el Creador os ha impuesto, Él os guía. Debéis ir al Santo Sepulcro dónde crucificaron a Cristo y resucitó al tercer día, y rezadle allí».

—¿Preparado, Andreu? —le preguntó Alejandra.

Él asintió.

Rodeados de penitentes y turistas se adentraron en el recinto. Nada más entrar, Alejandra comprobó que a la derecha se encontraban las escaleras internas para subir al Calvario; justo enfrente estaba la Piedra de la Unción donde Cristo fue preparado para enterrar; dicha plataforma de piedra rectangular estaba constantemente concurrida de feligreses que la tocaban y besaban para absorber su energía positiva. Sobre ella, se arrodillaron Andreu y Alejandra, recitando sus oraciones con el convencimiento de que pronto estarían libres de esa maldición que les había empezado a amargar la existencia. Rosa y Miguel les imitaron.

Luego continuaron su visita hacia la izquierda donde una gran cúpula marcaba el lugar del Santo Sepulcro, conservado dentro del Edículo y sostenido

por numerosas columnas. A esa hora, pasadas las seis de la tarde y a una hora del cierre, aún contaba con una copiosa hilera de gente, donde se sumaron ellos cuatro.

Alejandra sintió una sensación de vahído, acompañada de angustia y calor, mucho calor.

—¿Te encuentras bien? —cuestionó su tía—. Estás muy pálida.

—Un poco mareada. Este lugar está tan cerrado —susurró.

—Vamos fuera, que te dé el aire —añadió Andreu.

—No, no… estoy mejor, se me pasará.

Miguel le acercó una silla que había conseguido de algún sitio. Después de más de media hora de espera traspasaron la pequeña entrada que da acceso a la Sala del Ángel; un reducido habitáculo con numerosas lámparas de aceite, colgadas del techo. En el centro pudieron observar un fragmento de la piedra que cerraba el sepulcro donde el cuerpo de Cristo fue envuelto en el sudario. Andreu y Alejandra repitieron la misma operación, recitando sus oraciones. A continuación, separado por una pequeña entrada, adornada con dibujos en mármol, se encontraba la Sala del Sepulcro; al intentar atravesarla pudieron observar la imagen tallada del ángel que se les apareció a las mujeres anunciando que Cristo había resucitado, en la parte superior, a Cristo saliendo del sepulcro. Debido a su pequeño espacio, solo pudieron entrar ellos cuatro agachados. Ante ellos, había una losa de mármol que protegía la piedra original donde estuvo el cuerpo de Cristo; sobre ella, una imagen esculpida en la pared con *El resucitado*. Allí se postraron y oraron sosegados.

Alejandra no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas, necesitaba limpiarse, purificarse de toda la carga de esa pena que le carcomía por dentro. Tía Rosa se abrazó a ella y juntas compartieron su llanto. No cabía duda de que había sido una experiencia inolvidable.

Cuando salieron a la calle había caído un chaparrón; las calles estaban encharcadas y todavía continuaba chispeando. Alejandra, más repuesta, agradeció la frescura de la tarde. Todos se refugiaron en un restaurante cercano para cenar.

Rosa y Miguel regresaron pronto al hotel dejando a ellos dos tomando una copa.

—Mi primo Jacob tiene un gran parecido con la familia Subies.

—Me alegro mucho de que hayas podido contactar con ellos. Te merecías este encuentro.

Hubo unos instantes de silencio.

—Estoy algo asustada. ¿Y si no nos sale bien la jugada de mañana?

—No pienses eso, Alejandra. Tenemos que estar unidos, no podemos decaer ahora.

—Lo sé, si por lo menos estuviera Lluís aquí —añoró ella con los ojos vidriosos.

—Hay algo que no va bien, ¿verdad?

—Me temo sí… Lluís y yo lo hemos dejado por un tiempo. Fui yo, en un momento de furia, quien lo propuso, y no puedes imaginar cómo me arrepiento.

—Y, ¿él que dice?

—No lo sé. No contesta a mis llamadas ni a mis mensajes. No quiere saber nada de mí. Sé que le he hecho mucho daño.

Alejandra estalló en sollozos. Andreu la ayudó a levantarse, sujetándola por los hombros, y salieron del local. Aún continuaba lloviendo; cruzaron la calle en dirección al hotel, chapoteando los charcos, abrazados. Se refugiaron bajo una marquesina, en completo silencio, salvo el tintineo de las gotas de agua al rozar en el suelo; uno frente al otro, mirándose fijamente.

—Estoy convencido de que él te quiere —le susurró Andreu—, y yo también —terminó diciendo con dulzura.

Andreu acercó su cara a la de ella, sintió su agitada y tibia respiración, y sus labios se rozaron. En ese mismo instante Alejandra apoyó las manos en su pecho y lo alejó.

—Creo que deberíamos irnos a dormir. Se ha hecho muy tarde.

—¡Perdóname! —se disculpó con pesar—. Sé que no debí hacerlo. No he podido evitar el impulso.

—No has debido ni intentarlo. Sabes que significas mucho para mí, pero Lluís siempre será el amor de mi vida.

—Lo sé y lo admiro por todo ello. Por eso no sé si podrás disculparme.

—Será mejor que lo olvidemos y nos vayamos a descansar. Mañana necesitaremos estar despejados.

Alejandra se refugió en su habitación, todavía aturdida por la confesión de Andreu. No cabía duda de que los últimos acontecimientos habían forzado la situación. Sin embargo, no estaba sorprendida; quizás en lo más profundo de su ser sí que lo intuía, aunque no quisiera reconocerlo.

Las mujeres tenían un sexto sentido para esas cosas.

Antes de darse un baño miró el móvil con la esperanza de tener alguna

noticia de Lluís; en su lugar halló un mensaje de Sara de que le llamara. Alejandra consultó el reloj, todavía era una hora prudente; sabía que ella solía acostarse tarde.

En el tercer tono su hermana descolgó:

—Hola, he visto tu mensaje ¿dormías?

—No, hace un rato he terminado de hablar con Tía Rosa, que está muy preocupada por ti. ¿Cómo estás?

—Si te dijera que bien, no te lo creerías. Así que, si te soy sincera, fatal.

—¿Continuas con las pesadillas?

—Sí, al final nos acostumbramos a todo, aunque sea malo. Levantarme tres o cuatro veces durante la noche, agobiada o asustada, ya va siendo algo habitual en mí.

—¿Has hablado con Lluís?

—No y no sé nada de él. Está claro que hemos roto definitivamente. Sara, yo no quiero vivir así —su voz tembló.

—Alejandra, ten paciencia, por favor.

—Además, mañana vamos a intentar robar el medallón; no sé si voy a tener fuerzas. Procuro mantenerme entera y firme ante Tía Rosa y Miguel, que no saben nada; porque tú no les habrás dicho…

—No, estate tranquila, de mi boca no ha salido nada que no hayas dicho tú ya.

Alejandra respiró, sabía que antes o después se tenían que enterar, solo que aún albergaba una pizca de esperanza.

—Por favor, tened mucho cuidado mañana, no os arriesguéis más de lo necesario. Jesús ha estado documentándose sobre la AAI y tienen una estrecha vigilancia de personal muy cualificado. ¡Qué mal he hecho en quedarme aquí!

—No digas tonterías, Sara. Qué íbamos a hacer aquí toda la familia. Lo importante es que regresemos a casa, sanos y salvos.

—Sí, eso es lo importante y eso es lo que va a suceder. No quiero entretenerte por más tiempo.

Tras la despedida, Alejandra se quedó inmóvil con la mirada perdida en un punto, con la mente suspendida en el tiempo. Si hubiera podido detener la respiración, también lo habría hecho. Después, se dio un baño relajante; con el albornoz alrededor de su cuerpo se preparó la ropa del día siguiente. En ese momento, escuchó que alguien llamaba a la puerta.

Alejandra se sobresaltó, eran las doce y media de la noche. Por unos

instantes se cruzó la imagen de Andreu. Pensó que no tendría valor para presentarse allí después de su negativa; pero y si era que sí. Con la oreja pegada al otro lado de la puerta intentó escuchar algún movimiento; sin embargo, el silencio era absoluto. Se despegó unos centímetros, y cuando estaba a punto de retroceder volvió a escuchar el mismo sonido de los nudillos al golpear la madera. El cuerpo de Alejandra se estremeció. Cogió el pomo, lo giró suavemente y tiró de él hasta dejar pasar una fina hilera de luz; al asomarse se quedó boquiabierta. Una inexplicable sensación de confusión y alegría le conquistó, dejándola totalmente indefensa.

—¡Lluís! —exclamó con suavidad.

—Hola, pasaba por aquí…

Ella no pudo evitar sonreír.

—¿Puedo entrar?

—Sí, claro —Alejandra se retiró para dejarle espacio. Al pasar por su lado se embriagó de su habitual perfume masculino, que tanto había echado de menos esos últimos días.

Lluís dejó su maleta a un lado y la miró.

—Pensaba que no querías saber nada de mí, y lo entiendo — se excusó ella —. Fui muy borde y tenía que haberme mordido la lengua antes de proponerte una separación.

—La culpa es mía. Yo lo provoqué. Me cegaron los celos, no podía soportar compartirte con nadie más, y mucho menos perderte. Me ha costado mucho esfuerzo no contestar a tus llamadas. Necesitaba un tiempo de reflexión para darme cuenta de que no puedo vivir sin ti.

Alejandra no pudo contener las lágrimas. Lluís se aproximó a ella, la rodeó por la cintura, le levantó la cara y sellaron su amor con un apasionado beso.



Capítulo 43

Amaneció un día nublado, aunque según la previsión meteorológica no se preveían lluvias. Alejandra se levantó de la cama y dirigió a la ventana, sus cabellos cubrían parte de su desnuda espalda y sus insinuantes pechos provocaron excitación a los ojos de Lluís.

—Eres preciosa —le piropeó él.

Ella le sonrió.

—¡Quieres estar atento a la explicación! —le reprendió dulcemente.

—Ya me lo he aprendido de memoria. Sé todos los pasos a seguir dentro de la nave de los Tesoros Nacionales. No te preocupes.

Lluís se levantó y la besó.

—¿Nos da tiempo a pegar otro polvo?

—Sabes que no. Dentro de nada mi tía, Miguel y Andreu bajarán a desayunar. Vaya sorpresa se van a llevar cuando te vean.

Cuando la pareja apareció en el comedor, Rosa y Miguel ya estaban allí, habían sido los primeros en aparecer. La noche había resultado inquieta pensando en la jornada que les esperaba. Andreu sentado a su lado, también parecía haber pecado del mismo mal.

Los tres se quedaron sin palabras al ver a Lluís.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —exclamó Rosa, levantándose y abrazándolo—. ¿Tú sabías que venía? —Le preguntó a su sobrina.

Alejandra negó con la cabeza.

Miguel se unió a los saludos. Andreu, desconcertado, le estrechó la mano.

—¿Has venido desde Nueva York? —le interrogó Miguel.

Lluís asintió.

—Eso es amor y lo demás son tonterías —murmuró Rosa.

—¿Vas a venir con nosotros? —quiso saber Andreu.

—Sí, Alejandra me ha comentado todos los pormenores.

—Yo estoy muy asustada —confesó Rosa—. Apenas he pegado ojo en toda la noche.

—Tía, creo que sería mejor que te quedaras en el hotel, así Lluís podrá ocupar tu asiento en el coche.

Rosa se quedó pensativa.

—De acuerdo. Pensándolo mejor, tan solo sería un estorbo.

Agustín llegó puntual, y juntos repasaron los pasos a seguir, haciendo hincapié en los detalles. Cargaron el material correspondiente en el coche, transformaron su aspecto con pelucas, gafas y algún bigote y barba y, metidos en el papel de periodistas, se dirigieron hacia Bet Shemesh.

Llegaron al destino con media hora de adelanto. Curiosearon un poco y aparcaron en la cara norte, a pocos metros de distancia de la gigantesca nave. Por mutuo acuerdo, Lluís y Agustín se quedaron en el coche, salvo caso de emergencia.

Desde esa perspectiva podían ver la entrada principal, y por ella misma se presentaron Andreu con cámara en mano, Alejandra con un bloc de notas y Miguel con el micrófono.

Llamaron al timbre y fueron recibidos por un chico joven, que los acompañó hasta las oficinas. Unos minutos después entraron dos hombres, uno vestido con ropa informal; el otro, mucho más corpulento, con americana negra.

Fue Alejandra la primera en dar el paso.

—¡Ben Aberman! —exclamó, chocándole la mano al hombre más menudo —. Hemos hablado por teléfono, soy Cristina López del National Geographic Channel Israel; aquí, mis colaboradores —dijo, señalando a Miguel y Andreu.

—Sí, así es —afirmó el arqueólogo—. Les presento a Asier Weinberg, inspector de la Autoridad de Antigüedades de Israel. Por suerte ha podido acompañarnos hoy, es una persona muy ocupada.

Iniciaron los saludos con una conversación distendida y fluida.

—Yo soy judío, de origen argentino —concretó el arqueólogo amablemente —. Tengo entendido que alguno de ustedes es hispano también, ¿no es así?

—Sí —afirmó Miguel—, por nosotros no hay ningún problema en grabar en el idioma que ustedes prefieran.

—El señor Weinberg —explicó Ben Aberman— habla hebreo, inglés y bastante bien el español, aunque imagino que luego ustedes lo traducen a varios idiomas y lo subtitulan, ¿no es así?

—En efecto —verificó Alejandra.

—De acuerdo. Antes de empezar hay un protocolo a seguir —les advirtió el inspector Weinberg.

—Usted dirá —demandó Alejandra.

—Antes de ser emitido el programa hemos de dar la conformidad de que todas las imágenes que aparecen y todo lo que se dice no ha sido manipulado en ningún momento.

—Le damos nuestra palabra de que así será —añadió Miguel con convicción.

—No es suficiente con la palabra, necesito que, además, firme aquí la persona encargada —dijo, entregándole unos impresos—. Simple burocracia.

Hubo un intercambio de miradas entre ellos.

—Por supuesto, ¿dónde hay que firmar? —solicitó Miguel, muy resuelto, estampando su rúbrica.

—Por favor, ponga también al lado el número de su pasaporte —le solicitó el inspector de la AAI con una media sonrisa.

Miguel le correspondió con la misma mueca mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta el documento. Seguidamente lo abrió y, con aparente naturalidad, fingió copiar correctamente la numeración solicitada. Con los dedos cruzados rezó porque no contrastaran los datos con el visado: si lo hacían estaban perdidos. Después le devolvió los papeles.

—Además, deben dejar todos sus pasaportes que, por supuesto, al terminar la grabación le serán devueltos —continuó el inspector—. Cuando llegue Marian, mi secretaria, corroborará que todo está en orden.

Andreu tragó saliva. Aún no habían empezado y la cosa se complicaba.

Con desgana, Alejandra los recogió y los dejó encima de la mesa.

—¿Aquí le parece bien? —preguntó con cierto retintín.

Asier Weinberg asintió.

—Adelante, pasen por aquí —les indicó el arqueólogo—. Les enseñaré las instalaciones, y cuando quieran pueden empezar a preguntar y a grabar.

Se adentraron por una hilera de interminables pasillos, repletos de vasijas de todo tipo. Andreu conectó la cámara y empezó a representar su papel. Alejandra revisó en sus anotaciones el lugar exacto dónde se encontraba el medallón, según las indicaciones de Agustín.

Miguel dio comienzo a la entrevista.

—Un lugar inmenso, ¿podría especificar cuántas reliquias se guardan aquí dentro?

—Por supuesto —contestó Aberman—, alberga más de un millón de artefactos arqueológicos descubiertos en Israel.

—Tengo entendido que algunos de ellos se acercan a la época de Jesucristo, ¿no es así?

—Cierto, algunos de estos objetos pertenecen al siglo I —contestó Aberman —, y eran utilizados en la vida cotidiana por los habitantes de Jerusalén.

—Y, ¿dice usted que estas vasijas pertenecen a la época de Jesucristo, y son mencionadas por los apóstoles en el Evangelio?

Miguel seguía teniendo ocupado al arqueólogo y al inspector, solo esperaba que no se le terminara el repertorio de preguntas. Por otra parte, Alejandra controlaba que el foco de luz enfocara con acierto, que los ángulos de grabación fueran correctos y el sonido adecuado.

Habían recorrido gran parte de la nave sin el resultado que ellos esperaban. Alejandra estaba atenta a la numeración de las estanterías. Su corazón se aceleró; si sus datos no fallaban se acercaban al lugar que iban buscando.

—Ahora vamos a entrar en este pasillo, compuesto por centenares de bandejas —puntualizó el inspector Weinberg—; en estas últimas se encuentran los objetos ya clasificados y preparados para trasladar a los museos correspondientes. Alejandra y Miguel se miraron instintivamente con la esperanza de que su objetivo se encontrara allí.

—¿Puede mostrarnos alguno en particular? —preguntó Alejandra, tentando a la suerte.

—Por supuesto —se ofreció Aberman, mostrándoles el interior de una bandeja tras otra—; en esta hay veinticuatro monedas y un pendiente de oro encontrados en un pozo en el Parque Nacional de Cesárea, con una antigüedad de 900 años.

—Grábalas —le dijo Miguel a Andreu—, acércate y toma un primer plano.

—En esta otra hay dos anillos y un medallón que pertenecen al siglo XV —continuó el arqueólogo ajeno, a la impresión causada en sus invitados.

Andreu clavó el objetivo, confirmando que era la pieza que buscaban. Un estremecimiento le recorrió la espalda al ver la silueta enroscada de la serpiente,

esculpida en azabache, y sus dos ojos rojos. Alejandra y Miguel también le prestaron suma atención, procurando no despertar sospechas.

—Ahora visitaremos la parte este —añadió Aberman—, y con ella concluiremos nuestra visita.

—¡Discúlpenme! —interrumpió Alejandra—, ¿tienen baño?

—Sí, está al lado de las oficinas —le contestó el inspector Weinberg—. Le acompaño, no sé si sabrá llegar en medio de este laberinto.

—Todavía tengo algunas dudas que me gustaría consultarle, inspector —se precipitó en decir Miguel, captando su atención.

—No se preocupe por mí —se disculpó la joven—, seguro que lo encontraré.

Alejandra retrocedió sobre sus pasos con un hormigueo en las piernas difícil de explicar, memorizando el lugar exacto dónde estaba el medallón. Se colocó delante, miró a ambos lados para verificar que no había nadie, respiró hondo y tiró de la arqueta hasta hacer visible la alhaja. Sacó del bolsillo un guante, y al colocárselo observó como su mano temblaba. Después rebuscó en su mochila hasta encontrar la pequeña caja de metal donde iba a ser colocado. Se negaba a tener un contacto físico con él sin saber las consecuencias que podían acarrear. La respiración se le aceleró al pensar la malicia que alojaba algo tan pequeño. Escuchó la voz de Miguel no muy lejos de allí; entonces reaccionó. No podía dudar y perder más tiempo. Así que se santiguó, lo cogió y lo encerró en el estuche, luego lo escondió en el bolsillo de la cazadora y aligeró el paso en busca del baño.

Al pasar por las oficinas vio que una mujer hablaba por teléfono, rápidamente localizó la posición de los pasaportes y continuaban en el mismo lugar dónde ella los había colocado. ¿Significaría eso que todavía no los había revisado? Quería pensar que sí, de otra manera ya hubiera dado la voz de alarma.

La mujer se levantó, colgó el teléfono, y por sus movimientos Alejandra dedujo que iba a salir, así que se ocultó detrás de unas columnas. La mujer entró en el aseo, instantes que le permitieron a la joven entrar rápidamente y apropiarse de los estimados documentos. Luego salió con la velocidad del rayo y buscó a sus compañeros.

Miguel, al verla aparecer, percibió la señal de que urgía salir rápidamente de allí.

—Muy bien señores, hemos concluido la entrevista —atajó Miguel, guardando el micrófono en la mochila—. Estoy convencido de que quedarán satisfechos con los resultados; de todas formas, seguiremos lo acordado y le

pasaremos una copia antes de emitir nada en absoluto por si quisieran modificar algo.

Andreu replegó sus trastos en silencio. Estaba seguro de que si pronunciaba alguna palabra la tartamudez le delataría.

—Señorita, ¿ha encontrado el baño sin problema? —le interpeló el inspector.

—Sí, sí, —afirmó Alejandra, luchando contra sí misma por mantener la calma.

—Los acompañamos a la salida —se ofreció Ben Aberman.

—Muy amables —Alejandra sonrió.

—Voy a recoger sus visados —añadió el inspector Asier Weinberg—. Por favor, espérenme en la puerta.

—No es necesario —atajó Alejandra—. ¡Qué despiste! Me los ha entregado Marian cuando he ido al baño.

El inspector de la AAI se quedó pensativo durante unos instantes.

—Entonces, ya no hay nada que les retenga aquí —remató con una media sonrisa.

Salieron al patio frenando sus pies, evitando que salieran corriendo. Al atravesar la puerta de la nave un estruendoso sonido se disparó, asustándoles.

—¡Es la alarma! —pronunció el arqueólogo.

Alejandra cerró los ojos. No tenían escapatoria posible.

—No llevarán ustedes nada que no les pertenezca, ¿verdad? —les cuestionó el inspector.

Alejandra se sujetó del brazo de Andreu, temiendo que su flojedad de piernas le hiciera caer al suelo.

—¡No hablará usted en serio! —protestó Miguel con firmeza.

—Tranquilos —les consoló Aberman—, están probando la alarma, ha tenido varios fallos en los últimos días y la están reparando.

Todos rompieron en carcajadas, unos con más sinceridad que otros, mientras se despedían.

La verja metálica inició el movimiento de apertura dejando paso a los invitados que, sin mirar atrás, se metieron en el coche.

—Estábamos muy asustados — manifestó Agustín —, ¿lo que ha sonado era la alarma?

Andreu le contestó:

—Tío, ahora no es el momento de dar explicaciones. Lluís sácanos de aquí cagando leches.



Capítulo 44

Refugiados en el hotel tras los hechos acontecidos en el almacén de la AAI, se habían reunido todos en la habitación de Alejandra para concretar la salida del país, lo antes posible.

—No hay forma de adelantar los billetes —confirmó Lluís, dejando el móvil encima de la cama—, está todo completo. Por suerte, tan solo les quedaba uno libre y podré acompañaros en la vuelta; pero me temo que tendremos que esperar dos días más.

—Es una temeridad quedarnos aquí; sobre todo, si han detectado la falta del medallón —añadió Alejandra—. Todavía tengo el susto metido en el cuerpo.

—Todo lo que nos está haciendo pasar este maldito colgante —se quejó Andreu, cogiendo la caja de encima de la mesa y estrujándola entre su mano.

—Andreu —manifestó Agustín—, en estas situaciones hay que actuar con frialdad, no podemos dejarnos llevar por las emociones, como la ira. La maldición y los demonios que la alimentan se aprovechan de nuestras debilidades.

—Si no han echado nada en falta podemos respirar tranquilos hasta mañana —apuntó Miguel—; la cosa empeorará cuando acuda el auténtico equipo del National Geographic Channel Israel para hacer su documental, entonces se descubrirá que no éramos trigo limpio, sino unos impostores y se preguntarán, ¿qué íbamos a buscar?

—Será mejor que durante estos dos días salgamos lo menos posible del hotel —puntualizó Rosa.

—Jugamos con la ventaja de que carecen de nuestros nombres —apuntó Andreu.

—Así es —confirmó Miguel—, aunque nuestros camuflados rostros estarán grabados en las cámaras de seguridad.

El sonido de un móvil se escuchó en la habitación.

—¡Es el mío! —exclamó Alejandra, buscándolo—. Es Humberto —dijo sorprendida.

—Contesta antes de que cuelgue —le animó Andreu—, igual es algo importante.

—¡Dígame!

—Alejandra, gracias a Dios, que te localizo —su voz era de desasosiego—. ¿Ya tenéis el medallón en vuestro poder?

—Sí, desde hace tan solo un par de horas.

—Eso quiere decir que todavía estáis en Israel.

—Sí, volamos dentro de un par de días para Valencia.

—Uf… —resopló el síndico—. Entonces todavía hay tiempo.

Alejandra levantó las cejas.

—¿Tiempo para qué? —clamó.

—Presta mucha atención a lo que te voy a decir…

—Humberto, espere un momento que ponga «el manos libres». Así le escucharemos todos. ¡Adelante!

—Mañana vence el plazo de los veintiún días para que se forje la posesión de Alejandra —empezó a decir, captando la atención de todos los presentes—. Desde que partisteis de viaje llevamos día y noche intentando descifrar el significado de ciertos versículos de la Biblia que han aparecido en las tablillas del mal, al igual que en el diario del padre Patricio, y creemos que tienen un doble sentido.

Hubo unos instantes de silencio.

—Creemos que el que estéis ahora mismo en Jerusalén no es una casualidad, sino la providencia del destino; también creemos que es posible revertir esa posesión, siempre que Alejandra venza en el combate.

—No entiendo, ¿de qué combate habla? —preguntó la joven, abrumada por sus palabras.

—Ruego me disculpéis, quizá la palabra combate no sea la traducción literal adecuada.

—Humberto, le pido por favor que se explique mejor —le imploró Rosa—,

porque yo no estoy entendiendo nada.

—Como ya comentamos en el exorcismo realizado a Hortensia Roig, el padre Patricio cita en su diario:

> *Isaías 27:1 y dice así:*
> *En aquel día, Yahvé castigará con su espada cortante, grande y fuerte, a Leviatán, la serpiente huidiza, a Leviatán, la serpiente tortuosa, y matará al dragón que está en el mar.*

—Sí, la recuerdo —afirmó Alejandra.

—Entonces también recordarás estas frases:

> *La sangre le sirve de alimento, nunca se sacia y quiere más, así absorbe y domina la voluntad de sus víctimas, dejándolas a su merced.*
> *Lilith, mitad serpiente, mitad hembra, condenada y arrojada del mundo de los creyentes para el fin de los días, será vencida, sin piedad por la espada del arcángel.*

—Así es, Humberto —agregó Andreu—, pero todavía no sabemos dónde quiere ir a parar.

—Muy bien, pues hemos sacado estos versículos de las tablillas del mal, leo textualmente:

> *Isaías 34:5.*
> *Se ha embriagado mi espada en el cielo: he aquí que va a caer sobre Edom, y sobre el pueblo de mi anatema, para juzgarlo.*
> *Isaías 34:14*
> *Allí se darán cita los chacales y fieras del desierto. Y el sátiro llamará a su compañero. Lilith tendrá allí su morada y hallará el lugar de reposo.*

—¿Qué quieren decir todos esos versículos? —preguntó Lluís.

—Nos habla de la Salvación de Israel —aclaró Humberto—, del Castigo de Edom y de la morada de Lilith.

—¿Qué es Edom? —preguntó Rosa.

—Era una región —esclareció Humberto— mencionada en la Biblia, situada al sur de Judea y del Mar Muerto. Actualmente se encuentra en la frontera meridional de Jordania e Israel; pero el texto, continua.

El silencio fue mutuo.

—Dice así:

> *El creyente corrompido por las artimañas del maligno se purificará con las aguas del Mar Muerto, y renacerá limpio de espíritu.*

Lluís rodeó a su mujer en un abrazo mientras escuchaban al presidente del Tribunal de las Aguas.

—Y continua así:

> *Isaías 49:8.9, Liberación de los cautivos, dice: Yahvé: Al tiempo de la gracia te escucho, y en el día de la salvación vengo a auxiliarte… a fin de decir a los cautivos: "Salid" y a los que están en tinieblas: "Venid a la luz".*

Rosa, intranquila, miró a Miguel en completo silencio.

—Alejandra, los síndicos y yo hemos llegado a la conclusión de que, para neutralizar dicha posesión de Lilith, deberías purificarte en las aguas del Mar Muerto y que tu espíritu renazca limpio.

Alejandra se quedó pensativa.

—Eso no es complicado —murmuró—; pero ¿dónde tiene cabida la palabra combate que ha mencionado antes?

—No lo sabemos ciertamente, aunque deja ver entre líneas algún tipo de enfrentamiento entre el cautivo y el demonio. Deducimos que Leviatán, Lilith o Satanás se resistirán a perder a su presa, aunque tú juegas con una baza muy importante.

—¿Ah, sí? —dudó la joven—, pues dígame cuál es porque yo no la veo por ninguna parte.

—Tu fe. Tus visitas al padre Simón han reforzado tus creencias; en tus confesiones y oraciones radica tu poder. El poder de tu alma.

Ella se quedó sin palabras.

—Andreu —terminó de decir Humberto—, sería conveniente que tú también lo hicieras, no sabemos hasta qué punto te puede beneficiar en tu maldición, pero no te puede perjudicar.

A primera hora de la mañana Lluís los recogió en la puerta del hotel tras haber sustituido el coche que venían utilizando por un monovolumen de siete plazas, automático. Se dirigieron hacia El Arabah, un área geográfica al sur de la cuenca del Mar Muerto, que estaba entre Israel y Jordania, y que en tiempos bíblicos era el Reino de Edom, destacando por su producción de cobre donde el Rey Salomón tenía asentadas sus minas.

Condujeron paralelos al Mar Muerto a lo largo de sus 80 km de extensión, durante casi dos horas de camino, hasta adentrarse en un valle seco y caluroso, también pintoresco, con pigmentos arenosos, coloridos acantilados y punzantes montañas.

—Ahora vamos a entrar en un tramo pedregoso —advirtió Agustín—. Como veréis el entorno es prácticamente desértico.

—Desértico y precioso —murmuró Alejandra.

—¿Es verdad eso de que en el Mar Muerto se flota? —preguntó Rosa, incrédula.

—Sí —continuó Agustín—, es debido a la elevada concentración de sales. Todos los minerales que recibe del río Jordán y de los pequeños manantiales, se quedan estancados; no tienen salida, provocando que flotemos sin ningún esfuerzo.

—Así no hay riesgo de ahogarnos para los que no sabemos nadar —musitó Rosa.

—Al tener ese nivel tan alto de salinidad —continuó Agustín con su explicación—, tan solo sobreviven algunas bacterias y algas; desde luego, ni peces, reptiles ni anfibios.

—Además, tengo entendido —comentó Alejandra— que bañarse en sus cálidas aguas tiene poderes curativos y beneficiosos para la piel. En la antigüedad, Cleopatra ya utilizaba su lodo para realzar su belleza y renovar su piel.

—Hay algunos consejos —previno Agustín— que se deberían tener en cuenta a la hora de bañarse en sus aguas.

—¿Consejos? —preguntó Andreu.

—Son bastante básicos; hay que evitar, en la medida de lo posible, el contacto con los ojos y la boca, si tenéis alguna herida no os va a resultar agradable. Procurad no salpicaros unos a otros: de hecho, al lugar donde vamos estaremos solos. El agua es azul cobalto, a diferencia de los lugares donde abunda el baño de turistas, que suelen estar más turbias y que se aplican los

barros medicinales. Además, ahora la temperatura del agua suele ser bastante agradable, calculo que sobre los 25° o 26° grados. En verano puede llegar hasta casi los 50°, lo cual es para pensarlo antes de darse un chapuzón.

—Ya hemos llegado —avisó Lluís—. ¿Aparco por aquí?

—Ahí mismo —le señaló Agustín.

Bajaron del coche, impresionados por semejante maravilla de la naturaleza. En sus azules y cristalinas aguas había pequeños islotes erosionados de sal, simulando espuma blanca.

Alejandra fue la primera en quedarse en bikini y mojarse los pies. Le siguieron Lluís y Andreu, que le incitaron a adentrarse un poco más. Se alejaron unos metros de la orilla y sintieron la extraña sensación de flotar en el agua; algo que jamás habían experimentado ninguno de los tres. Lluís sonrió al ver emerger sus propios pies sin ningún esfuerzo, mientras levantaba también los brazos.

—¡Mirad esto! —exclamó—. Tenéis que probarlo, es increíble.

Andreu le imitó, sin dar crédito a lo que le estaba sucediendo.

Alejandra, en cambio, recordó la conversación telefónica mantenida con el padre Simón, pidiéndole consejo, tras la llamada de Humberto. A pesar de que el párroco no compartía semejante propuesta, alegando no tener ningún fundamento, le alentó diciendo que tampoco le haría ningún mal. Así que la orientó sobre las plegarias que podía rezar, principalmente la oración del Arcángel San Miguel, y apenas había empezado con ella cuando le pareció que algo le había rozado uno de sus tobillos.

—Alejandra, vamos, sube los pies —le animó Lluís—, tienes que probar esta experiencia, es única.

Ella sonrió al ver a los dos en la misma postura; contagiada por su entusiasmo, se dejó llevar y vio como le asomaban los dedos de los pies por encima del agua.

—Ah… no puedo creerlo —gritó, sorprendida—. ¡Es fantástico!

Movió los brazos de alegría saludando a su tía, Miguel y Agustín, que aún permanecían en la orilla, cuando, de nuevo percibió como un refregón a la altura del muslo. No demasiado fuerte, pero sí lo suficiente como para sentirlo con nitidez; giró la cara esperando tener a Lluís cerca y achacarle a él dicho manoseo, cuando, desconcertada y algo asustada, vio que a la distancia en que se encontraba era imposible que hubiese sido él. Bajó los pies al suelo de inmediato y la sonrisa de tan solo unos instantes se le borró de cuajo.

—¡Lluís!, ¡Lluís! —le llamó espantada.

—¿Ya te has cansado, cariño?

—Lluís, ¡hay algo en el agua!

—Pero ¡qué dices, eso es imposible!

—¡Te juro que algo me ha tocado dos veces! —gritó histérica.

—Tranquilízate, sabes que aquí no sobreviviría ninguna especie.

—No me lo estoy inventando, Lluís, sé lo que he sentido y no me gusta.

Su marido se le acercó al detectar su estado nervioso.

—Andreu —gritó Lluís—, Alejandra dice que hay algo en el agua.

—¡Me caguen!… —se quejó Andreu—. ¡Algo me ha arañado en la pierna!

Lluís, alarmado por la coincidencia de ambos en el mismo testimonio, comenzó a mirar en círculo a través del agua con el fin de detectar qué podía ser aquello que les estaba empezando a incomodar; sin embargo, a pesar de la nitidez que allí había no se veía nada en absoluto.

—¿Estáis seguros? —dudó Lluís—. ¡No se ve nada!

—¿Crees que esto es broma? —protestó Andreu, mostrándole el rasguño de la pantorrilla—. ¡Joder, no veas como escuece!

—¡Vámonos de aquí ahora mismo! —chilló Alejandra.

Lluís cogió a su mujer fuertemente de la mano e iniciaron el regreso hacia la orilla, seguidos de Andreu.

—¡Otra vez! —gritó Alejandra con la cara descompuesta—. Ahora ha pasado entre mis piernas. Es algo muy grande.

Atemorizados, quisieron salir corriendo, solo que el agua les frenaba sin poder evitarlo, y por mucho que intentaban detectar qué bicho les estaba arremetiendo, seguían sin conseguirlo.

—¡Ah!… —bramó Andreu—. ¿Qué coño es eso? ¡Me ha mordido o pinchado en el muslo! ¡Qué dolor!

Lluís se giró para socorrerle sin soltar a Alejandra.

—Vamos tío, agárrate fuerte —le dijo tendiéndole la mano—. Esa cosa no va a poder con nosotros.

Los tres unidos ganaban terreno hacia la orilla, que se encontraba a pocos metros de distancia. Sus gestos y gritos alarmaron a Miguel, que avisó a Rosa y Agustín.

Alejandra, en su desespero y a trompicones, imploró la protección del arcángel:

Arcángel San Miguel, defiéndenos en la lucha, sé nuestro amparo contra la malignidad y las insidias del diablo. Te pedimos suplicantes; y tú Príncipe de la celeste milicia con divino poder; lanza al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan…

En ese mismo instante y antes de que pudiera terminar su plegaria, Alejandra gritó:

—¡Está aquí otra vez! ¡Dios mío, se me ha enroscado en la pierna!

Lluís se envalentonó y quiso ayudarla, a pesar de que seguía sin ver nada. ¿Qué era aquello que les acosaba sin forma ni color? Seguidamente, y antes de que pudiera reaccionar, una fuerza brutal le empujó hacia un lado haciéndole perder el equilibrio, tanto a él como a Andreu, provocando que soltara la mano de Alejandra quién, irremediablemente, se hundió en las profundidades de las aguas.

—¡Alejandra! ¡Alejandra! —gritó Lluís, desesperado, buscándola. A pesar de la claridad del agua, había desaparecido por completo.

—¿Dónde está? —Chilló Andreu, consternado.

—¡No lo sé, estaba aquí hace un momento, conmigo!

Lluís, sin pensarlo dos veces, metió la cabeza en el agua. El escozor que le causó fue terrible. Emergió rápidamente sin rastro de su mujer.

—Esto no puede estar sucediendo. ¡Alejandra! —gritó él, angustiado.

Miguel llegó hasta ellos, alarmado por la situación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Miguel, la hemos perdido —vociferó Lluís, llorando—. ¡La he soltado, la he soltado!

—Pero ¿cómo ha sido? —quiso saber Miguel, sin parar de mirar a todos lados—, si esta parte no cubre.

—¡No lo sé, algo me ha empujado!

Miguel no salía de su asombro.

—El combate —susurró aturdido—, el enfrentamiento que mencionó Humberto.

—¡Ahí está! —vociferó Andreu, al ver como el cuerpo de Alejandra flotaba boca arriba, desmadejado e inmóvil, a unos metros de distancia.

Lluís apenas podía abrir los ojos, la irritación le era insoportable. Los dos hombres corrieron a su encuentro hasta que Lluís la tomó entre sus brazos y se dirigió a la orilla. Mientras tanto, Andreu no podía retirar la mirada del rostro

azulado de Alejandra; tanto sus ojos cerrados, como los orificios de su nariz y la comisura de sus labios, estaban rodeados de una aureola blanca. No pudo evitar rememorar la terrible pesadilla que tuvo, semanas atrás, en la que la vio ahogada y muerta.

Aterrados, la tendieron sobre la arena sin un ápice de aliento, pero con las almas llenas de esperanza de vida. Los dos se hubieran cambiado por ella en esas mismas circunstancias.

—¿Respira? —preguntó Rosa, envuelta en sollozos—. ¡Dios mío, devuélvenosla!

Miguel negó con la cabeza. Andreu no podía borrar la imagen amoratada de Alejandra.

—No hay tiempo que perder —voceó Lluís—. Andreu vamos a hacerle una reanimación cardiopulmonar. Yo las he hecho en mi empresa, aunque solo en prácticas — susurró.

Esa última frase apenas la oyó nadie. Él era el primero al que le asustaba, enormemente, no estar a la altura, pero no le quedaba otro remedio, y no iba a desistir hasta ver de nuevo la vida en el rostro de su mujer.

—No sé si voy a saber — murmuró Andreu, tembloroso.

—¡Yo te dirijo, Andreu, no te derrumbes ahora, te necesito!

Andreu siguió al pie de la letra las indicaciones de su amigo y presionó con sus manos el pecho de Alejandra, mientras Lluís le practicaba el boca a boca. Agotados y sudorosos, les pareció advertir un sutil movimiento en ella.

—¡Andreu, sigue, no te detengas! — vociferó Lluís con restos de sal en su boca y en su cara —. Un poco más y está con nosotros. ¡Alejandra cariño, vuelve, por favor!

Andreu apenas sentía ya los brazos y las manos, aunque sí un tremendo dolor y escozor en la herida de su pierna; aun así, seguía ejerciendo la presión sobre Alejandra. No pensaba desistir mientras le quedaran fuerzas.

Instantes después, Alejandra comenzó a toser expulsando una gran bocanada de agua blanquecina.

Rosa, con las manos en plegaria, susurró:

—Gracias, Señor.



Capítulo 45

En la sala de espera del Saint Joseph Hospital, muy cercano al hotel y donde Agustín tenía amistad con uno de los médicos, Rosa trataba de recuperarse del susto de hacía unas horas. Habían estado a punto de perder a Alejandra; eso era algo que todavía le atormentaba.

—Toma, bebe un poco de café con leche caliente —le ofreció Miguel, sentándose a su lado—. Te sentará bien.

—Tengo el estómago cerrado. No puedo dejar de pensar en… —la congoja apenas si le dejaba hablar.

—Rosa, no te martirices más, ya ha pasado, eso es lo que importa. —Por ahí viene Agustín— murmuró Rosa, levantándose de inmediato.

—Ya podemos entrar a verla —les comunicó—. De hecho, ya están con ella Lluís y Andreu. Lleva una venda sobre los ojos porque le molesta mucho la luz. Le han recetado un tratamiento para la irritación ocular; por lo demás, las pruebas han salido favorables y no es necesario que se quede ingresada. El doctor no se explica cómo ha podido suceder ni tampoco a qué se deben las pronunciadas marcas constrictivas del muslo derecho, con el riesgo de haberle provocado, transitoriamente, un bloqueo en el flujo sanguíneo.

—Ni nosotros tampoco —expuso Miguel.

Se dirigieron a la sala indicada. Rosa, al verla, no pudo evitar emocionarse. Esa sí que era su sobrina, no la que vio que sacaban del agua; amoratada, con restos de sal por todo el cuerpo e inconsciente.

—¿Cómo te encuentras, hija? —le preguntó, abrazándola—. ¡Menudo susto nos hemos llevado!

—Mejor, tía, no te preocupes.

—¿A vosotros ya os han curado? —se interesó Miguel.

—Sí —contestó Lluís—, yo tengo la misma irritación en los ojos que Alejandra, solo que mucho más leve.

—¿Y a ti, Andreu? —demandó Agustín—, todavía nos estamos preguntando qué te ha podido hacer semejante herida, es como el coletazo de un cocodrilo o algo así.

—¡Yo lo vi! —pronunció Alejandra, dejando a todos mudos—, los vi luchar. Vi a Leviatán reencarnado en esa terrible bestia marina, a Lilith en el cuerpo de esa gigantesca serpiente que se aferró a mi pierna, inmovilizándome, y me hundió en las profundidades del abismo como una frágil muñeca. Fue todo tan extraño, esa bicha se había adueñado de mi cuerpo, y también de mi voluntad. No podía respirar, me ahogaba, en silencio, sin poder remediarlo. Estaba a punto de perder el conocimiento, con el último soplo de vida, cuando apareció él con su cegadora luz, su afilada espada, y me defendió —Alejandra sollozó; a pesar del escozor de sus ojos estaba tan agradecida que no le importaba su dolor—. ¿Os dais cuenta? Luchó por mí, él fue quién me llevó a la superficie.

—¿Quién? —interrogó su tía—. ¿A quién te refieres, niña?

—Al Arcángel San Miguel, ¿quién si no?

Esa misma noche, en la habitación de Andreu, se debatía cómo y de qué manera iban a sacar el medallón del país, solo que las diferencias de opinión provocaron desacuerdos.

—Vuelvo a repetiros —insistió Agustín— que el aeropuerto israelí es uno de los más seguros del mundo. Antes de entrar al recinto las Fuerzas de Seguridad Armadas controlan e inspeccionan los maleteros de los vehículos sospechosos. Pensar que aquí la amenaza de los comandos terroristas es muy elevada. Os someterán a un exhaustivo cuestionario antes de facilitaros la tarjeta de embarque. Os estudiarán durante ese interrogatorio, os sentiréis observados, examinarán vuestros gestos y movimientos, si las respuestas son contradictorias, si demostráis miedo, sudáis o evitáis mirar a los ojos del interrogador; todo, absolutamente todo, lo tienen en cuenta.

Rosa bebió un poco de agua, se le había quedado la boca seca.

—Después —continuó Agustín— todo el equipaje será escaneado. Al ser extranjeros lo harán de forma manual, tanto maletas como equipajes de mano.

—Va a ser imposible extraer el medallón —vaciló Alejandra, suspicaz.

—Tiene que haber alguna forma —siseó Lluís.

—No hemos venido aquí —protestó Andreu—, y hemos pasado por lo que hemos pasado para irnos con las manos vacías. ¡Yo lo llevaré! Al fin y al cabo, he sido yo quién os ha metido en todo esto por culpa de mi maldición familiar.

—Andreu, es muy noble tu actitud —reflexionó Miguel—, pero no basta tan solo con eso, tenemos que estudiar la manera más viable de salir airosos de esta situación, aunque sé que no es fácil.

—Conozco un compañero —contó Lluís como posible opción— que pasó por el escáner corporal estadounidense con un objeto de metal adherido a su pierna. Al parecer, si no está en contacto con la piel no es detectado, ya que no hay un contraste.

—Por norma general —aclaró Agustín— no utilizan ese tipo de escáner en Israel.

—Se ha derrumbado entonces mi proposición —masculló Lluís, decepcionado.

—¡El medallón irá conmigo! —soltó de sopetón Rosa, dejando a su marido sin palabras.

—Tía, ¿qué estás diciendo? ¿Que no recuerdas el mal trago que pasaste en el interrogatorio de entrada y eso que no ocultabas nada? —clamó Alejandra, desconcertada—. Imagínate, solo por un momento, si te descubren.

—No me vais a hacer cambiar de opinión —reafirmó Rosa con carácter—. Se me ha ocurrido algo que quizá podría funcionar.

—Miguel, dile a mi tía —le achuchó Alejandra, esperanzada en que desistiera— que lo que acaba de decir es un disparate.

—Rosa, vamos a ser consecuentes…

—Miguel, ¡ni consecuentes ni leches! Ya sabes que a terca no me gana nadie.

—Pues necesitamos saber tu propuesta antes de acceder —le suplicó su sobrina.

—Tengo que madurarla —formuló—. Tan solo os anticiparé que a veces no vemos las cosas, aunque las tengamos delante.

Rosa se levantó, cogió la cajita de encima de la mesa que contenía el medallón y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Y no se hable más! Ahora vamos a descansar, que ya es muy tarde.

¡Mañana, Dios dirá!



Amaneció el día encapotado, con lloviznas débiles. Alejandra lo agradeció en el alma, pues lo que menos necesitaba en esos momentos eran los rayos del sol. De hecho, la noche no había resultado nada agradable debido al escozor y lagrimeo de sus ojos, y por la tajante decisión de su tía, que le había causado gran preocupación. Sin embargo, a esa inquietud se le había sumado también la intriga de lo que estaría tramando. Además, no había tenido noticias ni de Miguel ni de ella salvo un WhatsApp, a primera hora de la mañana, diciéndole que se iban de compras.

Se acercaba la hora de tener que ir al aeropuerto y seguían sin dar señales de vida. Cuando el matrimonio apareció, cargado con varias bolsas, la cara de incógnita reflejada en los rostros de los demás, reclamaban una explicación.

—Os habéis retrasado —le reprochó Alejandra—, ¿se puede saber qué habéis comprado?

—¡*Souvenirs*! —le contestó su tía—. Dejadme que los guarde en la maleta y nos vamos.

—¡*Souvenirs*!, lo que me faltaba por oír —susurró su sobrina.

Cuando llegaron al Aeropuerto Internacional de Ben Gurión en Tel Aviv, se había desatado un chaparrón; a pesar de ello, Alejandra decidió dejarse las gafas oscuras de Chanel puestas que le mitigaban la desazón. Se despidieron de Agustín, que se encargó de devolver el coche de alquiler. Andreu fue el último en abrazarle.

—¿De verdad que no quieres que me quede hasta que embarquéis?

—Tío, ya has hecho demasiado por nosotros y te estamos muy agradecidos. Te mantendré informado de todo. Márchate a casa, aquí la tarea ya es nuestra.

Cuando entraron en el aeropuerto les pareció percibir cierto revuelo. Colas interminables de pasajeros, de distintas razas, parecían no avanzar. Buscaron el panel de salida, pero el vuelo a Valencia todavía no aparecía en él.

—Es pronto aún —les quiso tranquilizar Miguel.

—Deberíamos pasar por el control de pasaporte —propuso Lluís—, es importante que nos mostremos tranquilos en el interrogatorio sobre nuestra estancia aquí.

Después de más de media hora de espera pasaron el control sin ningún incidente, hasta llegar el turno de Alejandra; su extremada rojez en las conjuntivas les llamó la atención y se recrearon certificando la autenticidad del pasaporte; después, sin comentario alguno, escribieron algo en un papel que pasó de mano en mano.

Superado el primer examen oral, con decenas de preguntas, se colocaron en la fila, dispuestos a pasar por la inspección de maletas.

Rosa comenzó a estar incomoda. Los nervios le empezaron a acosar. Miguel le cogió de la mano.

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

—¡No puede ser! —exclamó Andreu—. Mirad quién está allí, es el inspector de la AAI, Asier Weinberg, con cuatro hombres más.

Alarmados, miraron en la dirección señalada.

—Se han colocado en la cabina de control de pasaportes —añadió Alejandra, pensando que, por suerte, ellos ya habían pasado por allí.

—Allí vienen más hombres con el mismo atuendo —avisó Miguel—; se están repartiendo por el aeropuerto y parando a quienes le parecen sospechosos.

—Deberíamos separarnos —propuso Andreu—. No pueden vernos a todos juntos. Me despistaré por ahí, espero que nos veamos en el avión.

—¿Qué hacemos nosotros, Miguel? —pronunció Rosa más que asustada.

—Deberíamos seguir adelante con la inspección. Hay que pasar cuanto antes el mal trago del control de maletas.

—Pues yo necesito ir al baño, urgentemente, con tantos nervios no aguanto mis.

—Quedaos aquí y seguid adelante, que os queda muy poco —les indicó Miguel a Lluís y Alejandra—. Nosotros retomaremos la hilera después.

Minutos más tarde, y delante del personal de control de aduanas, Alejandra obedeció al pie de la letra sus indicaciones. Abrió su maleta y dejó que escarbaran en sus enseres personales, luego vació su bolso y repitieron la misma operación. En la mesa de al lado se encontraba Lluís en igual situación. En esos instantes no pudo evitar pensar en su tía y un nudo le atascó la garganta.

—¿Toma usted droga? —le pareció escuchar en un español bastante aceptable.

—¡Droga, claro que no! —contestó ella rotundamente.

—¿Y sus ojos? —preguntaron secamente.

Alejandra quiso dar una explicación convincente a su problema ocular, pero

dos personas parecían no prestarle la menor atención mientras le pasaban un palo con una especie de papel/sensor por sus pertenencias, incluido el móvil, para terminar en las ruedas y el asa de su maleta.

Lluís se acercó a ella.

—Conmigo han terminado, ¿y tú?

—Señor Esteve, abandone la habitación y recoja sus cosas —le advirtió en tono seco unos de los hombres.

—Sí, pero es mi mujer, ¿no puedo esperar con ella?

—¡Señor Esteve, es preferible que espere fuera, por el bien de los dos!

—¡Lluís, márchate! —le alentó Alejandra con una falsa sonrisa. Ahora mismo salgo.

Alejandra se quedó sola, observando cómo, a toda costa, querían encontrar algo que no existía, o por lo menos que ella fuera consiente. Cansados de probar una y otra vez, sin resultados positivos, al final le dijeron que podía marcharse.

Una hora después, Miguel y su mujer estaban a punto de traspasar el umbral del registro manual. Cuando lo hicieron, Rosa rezó una breve plegaria. Tal y como le indicaron, abrió su maleta y se limitó a observar cómo le revolvían sus prendas de ropa; en otras circunstancias les hubiera dado un manotazo por su negligencia y su desorden, ahora solo podía aguantar y callar. El hombre, que no le miró en ningún instante, solo cebado con el equipaje, sacó una pesada bolsa de plástico del interior y llamó a otro de los funcionarios antes de ver el contenido. Rosa tragó saliva y un retortijón le pinchó las tripas.

—Son *souvenirs* —quiso aclarar Rosa con una media sonrisa.

El hombre le miró sin pestañear; a continuación, vació su interior sobre la mesa, dejando al descubierto decenas de objetos de metal, baratijas en su mayoría; había crucifijos de varios tamaños de madera y de metal, llaveros y colgantes con la estrella de David, *Hamsa* o también conocidas como la Mano de Fátima, de gran tamaño y vistosos colores, amuletos *Nazars* para el Mal de ojo, *Menorah* en medallones, y entre toda esa morralla se encontraba el medallón enredado entre los cordones y las cadenas.

—¿Va a venderlos en su país? —preguntó sin una mueca de simpatía.

—¡Vender, no, por Dios! Son todo regalos —especificó Rosa—. Mire este es para mi vecina Hortensia —explicó señalándolo—, este otro para mi sobrina Carmen, este de color azul tiene que ser para Sofía, mi amiga de toda la vida. ¿Sabe usted?, si se llega a enterar de que he estado aquí y no le he llevado ni un solo recuerdo, no sé lo que me haría. Ah, este para el hijo de Amparo, un buen

chico ese muchacho, y este otro plateado y verde para Consuelo, una antigua compañera de trabajo, y aquel, ¡mire qué preciosidad!, ese es para la chica del súper, un encanto que siempre me ayuda con la compra.

El hombre removió el montón de chatarra y escarbó, cogiendo uno tras otro.

—Ese que tiene en la mano es para la panadera, la conozco tantos años que me dijo: me tienes que traer algo de Israel, que no todos podemos hacer un viaje como el tuyo; y ese, mire qué colores, ese solo puede ser para mi tía, estoy segura de que le va a encantar; y este crucifijo para mi suegra, una mujer muy religiosa, ¿sabe usted?, muy buena mujer al fin y al cabo, para que luego hablen mal de ellas, ¿y qué me dice de este otro dorado y plateado?, ese es para mí, que al fin y al cabo para eso los he escogido yo, ¿no le parece?

—Bien, bien, puede guardarlo todo —le dijo el hombre, esperando que se callara de una vez por todas.

—Muchas gracias buen hombre, es que yo siempre he dicho que en esta vida hay que ser agradecida, y qué mejor que con un detallito, ¿verdad?

Rosa no paraba de hablar, al mismo tiempo que se daba aire en recoger todos sus trastos, no fuera a ser que cambiara de opinión.

Instantes después estaba fuera, cargada con sus bártulos, pero fuera.

—Has estado genial —le elogió Miguel, ayudándola—, con qué entereza. Eres una gran actriz.

—Ay, Miguel, que las piernas no me sostienen —bisbiseó Rosa, tomando asiento.

—Respira mujer, respira, ya hemos pasado lo peor.

Aproximadamente una hora después embarcaban en el avión Lluís y Alejandra, seguidos de Miguel y Rosa. No sabían nada de Andreu desde que se separaron en la terminal, y la preocupación iba en aumento.

—Faltan tan solo quince minutos para que despegue y Andreu sigue sin aparecer —mencionó Alejandra—. Y si le han cogido.

—No —gritó Lluís—. ¡Por ahí viene!

—Gracias a Dios —murmuró Rosa, acomodada delante.

Andreu entró en el pasillo y se sentó a su lado.

—Creíamos que ya no venías — musitó Alejandra.

—Por poco no lo hago, me han estado siguiendo, menos mal que los he despistado.

Los motores del avión se pusieron en marcha. Jamás un sonido les había sido tan agradable. Cuando empezó a moverse, Rosa se santiguó y Miguel le tomó de

la mano. Alejandra cerró los ojos; no se podía creer que regresaran a casa, a su ansiada casa. Andreu le dio un codazo a Lluís señalando la ventanilla. A través de la cristalera que daba a la pista vio la silueta de un puñado de hombres que corrían hacia la puerta de salida. Divisaron con claridad que en primer lugar iba el inspector de la Autoridad de Antigüedades de Israel, Asier Weinberg. Segundos después les perdieron de vista; el avión cogía la velocidad necesaria para despegar.



Capítulo 46

La Casa Vestuario se había llenado de gente, estaban los síndicos del Tribunal de las Aguas, al completo, además de Sara, Jesús y todos los que se habían encargado de traer el medallón de vuelta a la ciudad de dónde partió.

La reliquia, dentro de una cajita de metal, fue pasando de mano en mano, y con gran minuciosidad la inspeccionaron.

—Sé que ha sido difícil vuestra misión —exaltó Humberto Fernández, dejando la joya encima de la mesa—, y también muy arriesgada.

—Yo calificaría de loable la astucia de Rosa —añadió Jaime, síndico de Quart—, al camuflar la joya entre la bisutería.

—Todos han tenido un gran mérito —alabó Adolfo, síndico de Mislata—, porque, qué me decís de la falsa entrevista del National Geographic Channel.

—Vuestra historia en el Mar Muerto —agregó Humberto, retomando el hilo de la conversación— es algo increíble.

—Puedo asegurar que todo lo que hemos contado es cierto —quiso aclarar la joven.

—Sí, no lo pongo en duda, lo corroboran vuestros testimonios y también vuestras secuelas —dijo, mirando a ella y a Andreu.

—Pues he de confesar —prosiguió Alejandra— que, a raíz de ese hecho, algo ha cambiado en mí. No sabría cómo explicarlo, es como si me hubiese liberado de todo ese mal que me estrujaba el pecho y me acosaba constantemente. Llevo dos noches en las que he dormido tranquila y relajada. Eso es mucho para mí.

—Estoy convencido —continuó Humberto— de que el Arcángel San Miguel venció en esa batalla, intercedió por ti truncando la posesión y ahuyentó a los demonios que te tenían presa.

—El padre Simón —añadió ella— también opina lo mismo. Cuando he hablado con él esta mañana por teléfono, se ha quedado sorprendido ante mi revelación, y piensa que no solo estoy curada sino también protegida por el arcángel.

—Y tú, Andreu, ¿has notado algún cambio? —le preguntó Lorenzo, sindico de Rovella.

—Siento contestar que no, la herida de la pierna sigue supurando y mis pesadillas continúan con la misma intensidad. Me asusta pensar que esto tenga fecha de caducidad. Temo que me suceda como a mi padre, que el único final que vea sea el suicidio.

—Tienes que desechar esos malos pensamientos —le animó Lluís, encogido por sus palabras—. Entre todos vamos a conseguir acabar con esa maldición.

—Lo cual nos demuestra —especuló Humberto— que tu maleficio es muy superior al intento de posesión de Alejandra, y afianzan nuestras hipótesis sobre la urgencia de localizar los tres pergaminos y el libro *Súmmum*. Hasta la fecha hemos avanzado que el medallón, imprescindible para llevar a cabo ese ritual, ya está en nuestro poder. Algo impensable un mes atrás.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Sara, inquieta.

—Siento interrumpir —se disculpó Jesús, atento a la conversación—. Hoy tenía un especial interés en asistir a esta reunión, sé que todos estáis haciendo un trabajo memorable pasando por experiencias únicas e inolvidables, y sufriendo en vuestras propias carnes, parte de este calvario. He de formular una pregunta que, seguramente, os sorprenderá, pero que es de vital importancia.

Todos le miraron expectantes.

—Como bien se ha comentado en varias ocasiones, la maldición arrastró a tres personas, una de ellas fue Camilo Subies que se volvió loco y su cuerpo apareció ahorcado en el patio del antiguo manicomio, Hospital de los Inocentes, ¿no es así?

La mayoría asintieron con un movimiento de cabeza.

—Hay un dato que necesito saber con urgencia; si se tiene constancia de que el cuerpo de ese hombre, de ese tal Camilo Subies, apareció desnudo.

Todos se quedaron descolocados ante semejante cuestión.

El presidente del Tribunal miró a Jaime Santos, jurado de Quart, en espera de

una respuesta.

—¿Tienes ese dato?, yo lo desconozco.

El síndico revolvió unos papeles e indagó en ellos, hasta levantar la cabeza con sorpresa y asentir.

—¿Cómo lo sabías? —le preguntó Miguel, ante el desconcierto de todos.

—Tengo razones para pensar que ese hecho ocurrido en el siglo XV se ha repetido, recientemente, en dos ocasiones y en el mismo lugar.

La sorpresa se reflejó en el rostro de cada uno de los presentes.

—Presiento que esta historia nos viene grande a todos —apuntó Rosa, inquieta.

—¿Puedes aclarar eso? —solicitó Andreu.

—En poco más de tres meses —inició Jesús su explicación— han aparecido los cuerpos de dos hombres ahorcados en los jardines de la Biblioteca Pública, antiguo Hospital de los Inocentes. Los dos estaban desnudos y con las mismas pautas. El primer caso se achacó a un suicidio, por motivos que no vienen al caso. El segundo nos hizo sospechar que algo no encajaba, hasta que hemos descubierto qué tenían en común.

La mirada y la atención del grupo, apenas pestañeaba.

—Los dos trabajaban, uno de ellos, esporádicamente, en el Archivo del Reino diseccionando o descifrando, no sé muy bien cómo definirlo, unos antiquísimos y misteriosos documentos extraídos en los hallazgos que encontrasteis en los túneles subterráneos del Palacio del Real.

El rumor de muchos se elevó en la sala.

—No sé cómo se titula dicho manuscrito —continuó Jesús—, pero apostaría que es *Súmmum*.

La revelación les había pillado a todos por sorpresa.

—Ustedes tienen un registro de las piezas encontradas en el palacio, ¿verdad? —preguntó Alejandra con interés.

El presidente del tribunal asintió.

—¿Podemos comprobar si se encuentra el libro? —preguntó Jesús.

—Por supuesto —accedió Humberto, todavía impresionado—, entre los manuscritos edetanos había una relación de todos ellos, o por lo menos eso es lo que creemos ya que no lo hemos verificado personalmente. En ella, hay miles de objetos desde el siglo IV antes de Cristo hasta el siglo XVI, aparece el nombre de cada objeto, una breve descripción y el año de la adquisición. Lo único que sé es

que de todo lo hallado tan solo han restaurado y clasificado una cuarta parte, y deduzco que han sido las piezas que se encontraban en mejor estado; el resto continúan con su investigación, y otras muchas en espera de que les llegue el turno.

Humberto se retiró unos metros, y tomando unos manuscritos los repartió entre varios de los síndicos para agilizar la búsqueda.

Fue juan Alcázar, jurado de Mestalla, quien dio el aviso de que se encontraba en su lista.

—¡Aquí está! —exclamó—. Hay una frase al lado de la palabra *Súmmum* que advierte del peligro de su contenido, y lo describe como las puertas del mismísimo infierno.

—No sé cómo no se nos había ocurrido pensar que podía encontrarse ahí —añadió Humberto, perplejo—. Lo teníamos ante nuestras propias narices.

Rosa tragó saliva. Los demás ni gesticularon.

—No cabe duda de que estamos ante una gran revelación —apuntó Sara, todavía impresionada por el curso de los acontecimientos—, y un importante adelanto en nuestra búsqueda.

El inspector Valdés salió de la Casa Vestuario con el firme propósito de requisar el libro *Súmmum* del Archivo del Reino.

Entró en el retén policial y se dirigió al despacho de la comisaria Ortiz. No sabía muy bien qué motivos le iba a exponer, sin desvelar la causa que llevaban entre manos los miembros del Tribunal de las Aguas, sus familiares y amigos; pero lo que sí sabía era que no podía permitir que nadie más muriera a manos de esos documentos, dado que su peligrosidad seguía activa a pesar de los siglos.

Una hora después, el inspector Valdés entraba en el Archivo del Reino con el subinspector Roque, y la orden de confiscar el maldito manuscrito en la mano. El encargado del edificio, un tal Onofre Lafuente, hombre de unos cuarenta y tantos años, espigado y con una incipiente calvicie, les estaba esperando. Tras las presentaciones y saludos pertinentes los acompañó a lo largo de todo el trayecto con una actitud servicial.

—Nuestras instalaciones son de lo más avanzadas en cuanto a tecnología se refiere —les instruyó el encargado con orgullo—. Disponemos de laboratorio de restauración, que cuenta con una sala de estudio y diagnóstico, otra de

tratamientos específicos y una de operaciones mecánicas y tratamientos húmedos. En estos archivos hay miles de documentos de una valía incalculable y de gran envergadura.

—Ya… —murmuró el subinspector Roque.

—Somos muy meticulosos en nuestro trabajo y todos los documentos están a buen recaudo, se lo puedo asegurar. Tanto Adrián Soler como Félix Aguado, no solo eran dos grandes personas, sino extraordinarios profesionales en el mundo de la paleografía; por eso fueron seleccionados. Unos manuscritos de tal antigüedad no se podían dar a cualquier aficionado. Lamentamos con gran pesar su pérdida y los sucesos ocurridos.

—Además de las dos personas fallecidas, ¿ha estado en contacto directo con el documento alguien más? —preguntó Jesús Valdés en el ascensor.

—No, inspector.

—¿Nadie les ha sustituido en la labor de descifrar ese códice? —insistió el inspector.

—Todavía no. Con las fiestas de Navidad por medio se han suspendido las investigaciones. Estamos esperando la llegada de Lina Bellver, veterana en estos temas, para que prosiguiera donde ellos lo dejaron; pero aún no se ha incorporado.

—¿Podemos ver los adelantos del trabajo? —preguntó el subinspector Roque.

—Por supuesto, en unos instantes tendrán ustedes el códice y las conclusiones de los paleógrafos a su disposición. De hecho, ya hemos llegado.

El señor Lafuente sacó un llavero de su bolsillo y abrió la puerta de una sala vacía con varias mesas y sillas, al fondo se encontraba un mueble cerrado con llave.

—Lo tenemos separado de los demás documentos, por precaución y también por seguridad —les explicó mientras se encargaba de abrir el cajón correspondiente—. Son varios los agentes que han venido a preguntar por él.

—Varios… —preguntó el inspector Valdés con sorpresa—, somos tan solo nosotros dos los que estamos encargados del caso.

—Pues le aseguro que no son los únicos que han venido haciendo preguntas.

El hombre abrió el cajón y su cara se llenó de espanto.

—¡No está! ¡Ha desaparecido! —gritó.

—¿Cómo dice? —voceó el subinspector Roque.

El inspector Valdés se asomó al fondo del hondo cajón y comprobó que era

cierto. El libro *Súmmum* había desaparecido.



Capítulo 47

El inspector Valdés se revolvía en su asiento de trabajo, de rabia e impotencia. ¿Quién coño se había llevado ese dichoso libro, que desde que sabían de su existencia no había acarreado más que problemas? No cabía duda de que la investigación se complicaba a cada paso que daban. Desde que se toparon con el cajón vacío no había parado de interrogar a los empleados del Archivo del Reino, uno por uno; habían repasado las cámaras de seguridad y, ¡qué casualidad!, que durante una horquilla de dos horas hubo un fallo eléctrico, careciendo totalmente de cualquier imagen inculpadora.

Estaba muy claro que quienes buscaban ese maldito libro iban un paso por delante de ellos, o incluso más. ¿Sería el mismo o los mismos que les taparon la entrada a Sara, Alejandra y los demás en el Monasterio de San Miguel de Llíria? ¿Quién tenía conocimiento de su existencia, y qué interés podía mover sus hilos de conducta?

—Ya tengo la dirección exacta de Adrián Soler y de Félix Aguado —dijo Roque, sentándose a su lado—. Esto cada vez está más jodido.

—Desde luego que sí. Cruza los dedos porque hallemos algo o estamos perdidos.

—¿Qué te ha dicho la comisaria Ortiz? —quiso saber Roque.

—Mejor que no lo sepas —murmuró, levantándose y poniéndose la chaqueta —. ¿Nos vamos?

Bajaron a la calle y cogieron el coche en dirección a la casa de Adrián Soler; sabían que la pareja estaba en trámites de separación, pero confiaban en que su mujer aún conservara sus pertenencias.

—¿Crees que vamos a encontrar algo? —preguntó el subinspector.

—No lo sé, confío en que sí. No hago más que darle vueltas a quién puede haberlo sustraído del archivo.

—Este caso no me gusta y, sobre todo, porque tú me estás ocultado algo, no estás siendo franco conmigo. No sé quién te está pasando información…

—Roque, dejemos el tema, no puedo decir más de lo que ya he dicho.

—Vale, vale. Tus motivos tendrás, pero vuelvo a repetirte que no me gusta.

Aparcaron el coche patrulla, próximo al número que buscaban. En pocos minutos estaban llamando al timbre de la puerta. Les abrió una mujer de unos cuarenta años, seguida de un niño de apenas cuatro o cinco.

—Buenas tardes, señora, soy el inspector Valdés, hemos hablado por teléfono esta mañana.

—Sí, pasen, han tenido mucha suerte, Adrián, mi marido se había alquilado un piso por el centro y se había llevado lo imprescindible. Como ya saben estábamos con los papeles del divorcio y todo eso; pero al morir, sus pertenencias han vuelto a casa. La verdad es que todavía no sé qué hacer con ellas. La ropa la he dado a Cáritas, su bici y todos sus enseres de deporte todavía están aquí; era un gran deportista, principalmente de triatlón, pero todavía quedan un montón de cosas personales en esas cajas, pueden mirar lo que quieran.

—Muchas gracias.

Valdés y Roque hicieron una primera criba hasta tropezarse con un montón de archivadores y carpetas.

—Centrémonos en ellas —murmuró Valdés—, si hay algo debe de estar aquí.

—Perdón, señora —pronunció el subinspector Roque—, ¿le importa si nos llevamos a comisaría estos papeles? Así no le entretendremos por más tiempo y podemos repasarlos con más calma.

—Sí, no hay problema, pueden llevárselo todo y no es necesario que me lo devuelvan. Adrián era muy meticuloso y lo anotaba todo al dedillo.

Los dos policías se miraron con un hilo de esperanza, si esa afirmación era cierta, las posibilidades de que encontraran algo a su favor era elevadas.

Cuando llegaron a la comisaría su primordial misión era desmenuzar todas esas anotaciones y averiguar si había alguna copia de los avances en el libro *Súmmum*.

A última hora de la tarde tan solo les quedaba una cuarta parte por revisar; el

inspector Valdés miró la montaña de papeles que habían desechado y oyó el crujir de su abdomen.

—Necesitamos comer algo o no seremos capaces de terminar con esto.

—Tienes razón, voy al bar de enfrente a por unos bocadillos y ahora vuelvo —se ofreció Roque—. ¿Lo mismo de siempre?

El inspector asintió, después continuó con su búsqueda. Estaba harto de tanta letra. De no ser tan urgente en la vida de Andreu y de Alejandra, lo hubiese demorado unas horas, solo que no podía permitirse perder ni un minuto. Jesús Valdés se detuvo ante unas anotaciones, sospechando que eran las que buscaban; fijó todo su interés en ellas, hojeándolas, y ¡bingo! Había acertado. Estaba a punto de repasarlas de nuevo cuando escuchó la voz de Roque que se aproximaba. Sin pensarlo dos veces las plegó por dos partes y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Vamos a comérnoslos ahora que aún están calientes —añadió el subinspector, desenvolviendo su bocadillo.

Jesús Valdés dejó todo a un lado de la mesa.

—¿Qué pasa si no encontramos nada? —demandó Roque con la boca llena.

—Iremos a casa de la otra víctima, y repetiremos la operación hasta que nos aparezca alguna pista. No podemos desistir.

—Sí, tienes razón. Sé lo responsable y juicioso que eres en tu trabajo, nos conocemos casi diez años y lo puedo confirmar, por eso, precisamente, me atrevería a decir que hay algo en este caso que ha multiplicado tu interés. No sé, Jesús, sé que me estás ocultando algo.



Jesús Valdés llegó a casa, a punto de dar la media noche. Sara estaba en el sofá, viendo terminar una película de Netflix, cuando escuchó la llave en la cerradura.

Él se acercó y le dio un beso en los labios.

—Qué tarde se te ha hecho —le dijo con ojos de sueño.

—Lo sé, Sara. Creo que tengo algo importante.

—¿De veras? —ella se incorporó, interesada.

Jesús sacó los papeles del bolsillo y los extendió encima de la mesa.

—Estas son las conclusiones del primer fallecido que estudiaba el libro *Súmmum* en el Archivo del Reino — empezó a decir —, suerte que guardó una copia en su casa.

—No debías haberlas cogido, no quiero que todo esto te cree problemas en tu trabajo.

—Sé perfectamente que me he apropiado indebidamente de estas pruebas; pero en estos momentos es lo que debía de hacer. No podemos desvelar al Tribunal de las Aguas como nuestra fuente de información en todo este entramado, y tanto el caso del siglo XV de los afectados de la bruja Lupe como los dos suicidios de ahora están relacionados; si conseguimos atajar uno de ellos, atajaremos también el otro.

Sara asintió, convencida de su argumento.

—Si te fijas habla del libro con mucha cautela. Sus frases están como a mitad, como si le diera miedo terminarlas. Define el libro como *Súmmum* — Sara y él intercambiaron las miradas —, también hace mención a las visiones que ha empezado a tener y que no sabe si achacárselas o no a los conjuros e invocaciones que allí alberga.

—Jesús estoy asustada, temo que no podamos frenar todo este mal que nos envuelve.

Jesús la abrazó. Sara cerró los ojos como si con ese gesto pudiera borrar todas las escenas que la incomodaban. Lo que hubiera dado porque eso fuera así.



Capítulo 48

Alejandra se levantó con cierta angustia. No recordaba haber cenado nada fuera de lo normal la noche anterior; aun así, no dejó que ese malestar le amargara la ilusión que sentía, debido a una llamada de teléfono que había recibido con una oferta de trabajo, de un importante periódico de la ciudad. Además, parecían tener cierta urgencia ya que la habían citado esa misma mañana. Con la emoción contenida, porque todavía no le había dado tiempo a decírselo a nadie, salió a la calle. Anduvo callejeando hacia el Mercado Central, hasta llegar a la plaza del Ayuntamiento, y se adentró en uno de los edificios administrativos, para llegar a las oficinas donde estaba citada. Observar las instalaciones de la empresa con decenas de mesas de trabajo, el ajetreo de la gente, las conversaciones por teléfono que había escuchado al pasar, suscitó en ella una mirada retrospectiva de sus mejores tiempos laborales, haciendo resucitar su apatía temporal.

Preguntó dónde se encontraba el despacho del señor Llácer y, a los pocos minutos, la hicieron pasar.

Su entrevista duró algo más de media hora. Pasado ese tiempo Alejandra volvía a salir, esta vez con una sonrisa de oreja a oreja. Cerró la puerta con delicadeza, y al volverse, entusiasmada, tropezó con una mujer extremadamente delgada que llevaba una taza en las manos. Al chocarse, se derramó parte del café, cayendo al suelo.

—Perdona, no te he visto —se disculpó Alejandra humildemente.

—¡Pues ten más cuidado la próxima vez! —le recriminó la otra con cierto desagrado.

—Te puedo invitar a otro café, así estaremos en paz —se ofreció Alejandra con una sonrisa; no quería crearse enemistades antes de entrar.

—¿Vas a trabajar aquí? —le indagó la otra con más suavidad—. Lo digo porque como sales del departamento de personal.

—Sí, empiezo la semana que viene.

—Entonces ya tendrás tiempo de pagarme otro café. Que sepas que tengo buena memoria.

—Hecho, soy Alejandra Ferrer —se presentó, mostrándole la mano para limar asperezas.

—Victoria Quirós —pronunció la otra, correspondiéndole al saludo con su huesuda mano.

—¡Quirós! ¿La del artículo del preso político Vidal Torres, que despertó tanta polémica?

—La misma.

—Vaya, no tienes pelos en la lengua.

—Cuando tengo que defender algo, no.

Alejandra salió de las oficinas con el convencimiento de que no le gustaría tenerla como enemiga. Cuando llegó a la calle hubiese gritado a los cuatro vientos que ya tenía trabajo y con unas condiciones que no esperaba. Controló su impulso y llamó a Lluís.

Mientras tanto, desde una de las ventanas de las dependencias del periódico, Victoria Quirós observaba a su presa como se alejaba hablando por teléfono. Dio gracias a la providencia por haberle puesto a una de las hermanas Ferrer en bandeja.



Nada más llegar al portal de la calle Quart, Alejandra decidió pasar antes por casa de su hermana; por la hora que era dedujo que ya habría llegado de dar sus clases de yoga y quería darle la noticia en persona.

En cuanto Sara abrió la puerta no pudo contenerse.

—¡Ya tengo trabajo! —exclamó.

—Cuánto me alegro, no hay más que verte la cara para saber que algo bueno te ha sucedido.

—Ha sido todo tan rápido que aún no me lo creo. Según me ha explicado el director, un tal Llácer, tenían mi currículo preparado para hacerme una

entrevistaba que reunía el perfil que buscaban; pero el accidente de una colaboradora y su baja temporal ha provocado tanta urgencia.

—Y, ¿cuándo empiezas?

—El lunes.

—Año nuevo, trabajo nuevo ¿Estás con fuerzas para retomar la actividad laboral?

—Sí, aunque llevo varios días con una ligera angustia por las mañanas, no sé si es del estómago o qué.

Sara detuvo lo que estaba haciendo y se limitó a mirarla.

—Una ligera angustia, dices…

—Sí, vamos, sin importancia. ¿Por qué me miras así?

—¿No estarás embarazada?

—¿Pero qué dices? —la cara de Alejandra reflejaba sorpresa y confusión al mismo tiempo—; si me tiene que bajar la regla…, espera un momento que consulte el calendario del móvil.

Sara se sentó a su lado.

—¡No puede ser! —murmuró, lívida—, si creía que me tocaba la semana que viene; sin embargo, según estas fechas se me ha retrasado quince días. No entiendo cómo se me ha podido pasar algo así.

—Con todo el ajetreo de estas semanas y el viaje a Israel, no me extraña nada.

—Sara, ¿y si de verdad estoy embarazada? —su voz reflejaba cierto canguelo.

—Solo hay una manera de averiguarlo. Hay que comprar un test.

—¡Tengo uno en casa!

—Alejandra, estás temblando.

—Si solo fuera eso, se me va a salir el corazón por la boca.

—Lo primero, tranquilidad —aconsejó Sara, intentando controlar su estado nervioso—, que no eres la primera mujer ni la última que se queda preñada. ¡Ay, no me puedo creer que vaya a haber un bebé en la familia! —gritó, derrumbándose por la emoción.

—¡Tú eres la que dices que estemos tranquilas!

Alejandra sonrió, luego respiró profundamente asimilando la situación.

—Vamos a actuar con calma, pero calma de verdad, sin anticiparnos a conclusiones aceleradas. Lluís ya debe de haber llegado. Me voy a casa, se lo digo a él, me hago la prueba y te llamo nada más sepa algo, ¿qué te parece?

—Creo que es lo correcto —murmuró autoconvenciéndose.

Alejandra la abrazó.

—¡Que no se te olvide llamarme! —fueron sus últimas palabras.

Alejandra entró en su vivienda, sigilosa, al instante, supo que su marido estaba dentro. Thor salió a recibirla como de costumbre.

—Hola, cariño —Lluís la abrazó, y le dio un beso en los labios nada más verla—. Enhorabuena por tu nuevo trabajo, ¿ves como todo llega?

—Sí, eso parece.

—¿Estás bien?

Lluís se alejó de ella unos centímetros. Su mirada era diferente; tenía un brillo especial que no sabía identificar.

—¿De veras que estás bien? —insistió, inquieto al percibir el tiritar de su cuerpo.

—Tengo una demora de quince días —soltó de sopetón, intentando controlar las lágrimas—. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Jamás me había pasado algo así, no me lo puedo creer.

—¡Alejandra!

—De verdad que no me lo puedo creer… —ella no le escuchaba.

—Alejandra —le susurró con dulzura, al mismo tiempo que le sujetaba la cara—, escúchame, amor mío. No nos podemos acobardar ahora. Es algo que los dos estamos deseando y hemos buscado.

—Tienes razón, pero y si es otra falsa alarma.

—Lo seguiremos intentando — Lluís abrió un cajón y, sin vacilar, le entregó una pequeña caja.

—¡Salgamos de dudas!

Tan solo cinco minutos, ese es el tiempo según el prospecto, que debían de esperar antes de saber si el resultado era positivo o negativo. Un tiempo insignificante que transcurre en la vida de unos y otros y al que, a veces, no le tenemos ningún apego; un tiempo que se crece con el aburrimiento y se nos esfuma en un plis plas cuando estamos bregando con algo. Sin embargo, esos cinco minutos, esa ínfima parte del tiempo de nuestras vidas se había multiplicado, convertido en una desazón de incertidumbre para Lluís y Alejandra.

Cuando ella destapó el indicador, trémula de emoción, y se lo mostró a él reafirmando que iban a ser padres, les conquistó una increíble y desconocida sensación de gozo, conscientes de que sus vidas emprendían un nuevo rumbo.



Capítulo 49

Andreu llegó a casa después de visitar la consulta del médico, y el diagnóstico que había escuchado le había dejado con el alma en vilo. Las heridas producidas en el Mar Muerto se le habían infectado; el rasguño de la pantorrilla, supuestamente un arañazo sin mayor importancia, no cicatrizaba, aunque eso no era lo más grave, sino la herida del muslo que empezaba a tener un aspecto desagradable. Le habían curado y recetado antibiótico, e incluso le habían hecho unos análisis para determinar su nivel de glucosa en sangre.

No entendía nada en absoluto. Siempre había tenido una buena recuperación, y cuando había tenido alguna rozadura, llaga o lesión su cuerpo había reaccionado favorablemente; por eso su cabeza era una peonza que no paraba de dar vueltas a sus mayores temores de que todo era debido a una cuestión sibilina y sobrenatural. Sus teorías habían adquirido más consistencia tras la última de las pesadillas, que le había dejado sin aliento. En esa visión se encontraba en la calle de un lugar desconocido, atrapado en una cola interminable de mujeres y hombres que, como él, llevaban vendajes en alguna parte de su cuerpo. A medida que se acercaba a la entrada de una endeble tienda de campaña, que hacía la función de un improvisado hospital, su pierna se iba agarrotando impidiéndole caminar, hasta tener que llevarla arrastras. Cuando atravesó la cortina de separación, entre la calle y el interior, vio que todos los pacientes que allí había estaban mutilados. Se quedó consternado ante la atrocidad de ver un amontonamiento de restos humanos en los que predominaban los brazos y las piernas. Cuando lo tumbaron en una de las camillas, pese a su resistencia, Andreu gritó y se despertó.

Todavía se le ponían los pelos de punta al recordar semejante barbaridad. Se detuvo frente al panel de su árbol genealógico, dando un repaso mental, cuando escuchó el sonido de su móvil.

—Buenos días, Miguel, dime.

—Hola, estoy en la Casa Vestuario, sería conveniente que vinieras enseguida, ha sucedido algo que nos ha dejado a todos sin palabras.

Durante unos instantes Andreu no supo qué contestar.

—En diez minutos estoy ahí —dijo con voz ronca.

Salió de casa a toda prisa, anduvo por la calle Caballeros hasta llegar a la plaza de la Virgen, y después al portal contiguo a la Casa Vestuario. Una vez allí se adentró hasta la sala de los manuscritos.

Fue Fernando Villar, jurado de Rascaña, quien le recibió. Su aspecto era más pálido de lo habitual.

—Adelante —le dijo.

—Pasa, Andreu, pasa —escuchó por boca de Humberto, que se encontraba junto a Miguel y varios de los síndicos.

Enfrente de ellos había una mesa de madera; sobre ella, el pequeño estuche del medallón abierto.

Andreu se colocó al lado y apenas en un susurró preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Juzga tú mismo! —le contestó Miguel, señalando hacia delante.

Andreu desvió la mirada para centrarla en el interior de la caja. Con gran sorpresa, exclamó:

—¡La serpiente ha cambiado de color!

—Así nos la hemos encontrado esta mañana nada más entrar —explicó Jaime Santos, síndico de Quart—. Todos recordamos el medallón de plata con la serpiente de azabache enroscada, ¿no? Pues del negro ha pasado al rojo intenso. Algo inexplicable.

—Como si algo la hubiese provocado y activado —vocalizó Andreu.

—Algo así —afirmo Humberto—; pero eso no es todo. ¿Recuerdas las ilustraciones de los tres demonios donde Alejandra se infestó con Lilith?

Andreu solo pudo asentir con la cabeza.

—Pues míralas de nuevo —Humberto se las mostró.

Andreu le obedeció en silencio. La primera litografía era la imagen de Satanás, una silueta contrahecha con cabeza de macho cabrío, cuernos y pezuñas

de animal que, inconcebiblemente, de su color negro inicial se había tornado roja.

—Ha cambiado igual que el medallón —clamó Andreu, confuso.

—Sí —afirmó Lorenzo, síndico de Rovella—, creemos que al estar próximos ha despertado a la bestia que ha estado adormecida largo tiempo.

—¡A Satanás! —pronunció él.

—Es posible. También barajamos la conjetura de que pudiera ser el espíritu de Lupe.

Andreu se fijó en la segunda estampa, que correspondía a Lilith, representada con alas y extremidades de ave rapaz; pero ¿qué le había sucedido en el cuerpo? No era posible, no…, a la altura del vientre había aparecido dibujado un pequeño embrión humano.

—¿Y ese feto?, antes no estaba. ¿Qué puede significar?

—Creemos que tiene algo que ver con Alejandra —aclaró Miguel, dolido por tener que decir esas palabras.

—No entiendo…, si ella no está embarazada —la mirada de Miguel parecía desmentir su afirmación—, ¿o sí que lo está? —susurró.

Miguel asintió con preocupación.

—Nos enteramos anoche de la alegre noticia.

—Nosotros la desconocíamos —aclaró Lorenzo Alonso, jurado de Rovella.

—Será mejor —propuso Miguel— que Alejandra se mantenga al margen de todas nuestras averiguaciones. Hemos de silenciarle estas mutaciones, o por lo menos la sufrida en Lilith y, por el bien de ella y de su bebé, no debería pisar esta habitación ni estar en contacto con todo lo que aquí se esconde.

—¡Opino lo mismo! —reafirmó Humberto.

Andreu se quejó de dolor. Había sentido un fuerte pinchazo en el muslo afectado. Inconscientemente, se llevó la mano a la zona dañada, y al retirarla vio que estaba manchada de sangre. Cuando levantó la vista se topó con la tercera y última estampa, en ella figuraba Leviatán, en forma de monstruo marino, con aspecto desafiante y una pierna humana en sus garras.

La conmoción en Andreu persistió a pesar de los ánimos que recibió por parte de las personas de la sala.

—Es de máxima urgencia que sigamos adelante —comentó Miguel con firmeza—. Tenemos que relevar a Alejandra, y sería conveniente que a ti también —dijo, dirigiéndose a Andreu.

—No puedo quedarme sin hacer nada o interviniendo desde la distancia —

replicó Andreu—. Además, si estamos involucrados en este asunto ha sido por mi culpa, por esta perversa maldición que nos va a volver locos a todos. Cuantos más seamos más adelantaremos, y esa es la prioridad más absoluta. Mi pierna no va bien, yo lo sé, y mis pesadillas cada vez son más tormentosas. No sé hasta cuando podré sobrellevar esto. Gracias por no dejarme solo ante tanta adversidad.

—¿Creéis conveniente que separemos el medallón de las láminas? —Propuso Antonio Sánchez, jurado de Bénacher-Faitanar.

—Es una buena idea, Antonio —reforzó la propuesta otro de los síndicos—. Creo que sí deberíamos buscarle una nueva ubicación.

Fue Jaime, síndico de Quart, quién tomó la iniciativa de cerrar la caja del medallón; tenía la impresión de que estaba hipnotizando al grupo. Al hacerlo, notó el excesivo calor que desprendía. La serpiente era como una ascua al rojo vivo.

—¡Esto no me gusta! —exclamó.

—No deberíamos de demorar su traslado —expuso Miguel—. La pregunta es dónde. Recuerdo que con la búsqueda de las doce llaves alquilamos una caja de seguridad en el banco.

—No estaría mal —añadió Humberto, pensativo—, también podemos usar la caja fuerte de aquí; la que hay en la sala de reuniones del tercer piso, y que rara vez hemos utilizado.

Todos apoyaron la propuesta.

Poco después, Miguel y Andreu salieron de la Casa Vestuario. Necesitaban respirar aire fresco y asimilar los últimos acontecimientos.

—Deberíamos avisar a los demás de la situación —sugirió Andreu—, ¿no crees?

Miguel asintió.

—Yo trabajo esta tarde, pero puedo quedar con ellos.

—Me parece bien, yo hablaré con Rosa.

Andreu se citó con Lluís en uno de los bares de enfrente de la comisaría donde trabajaba Jesús. Habían pedido un par de cervezas para hacer tiempo, mientras esperaban la salida de su amigo, el inspector Valdés.

—¡A esta ronda invito yo! —añadió Lluís, sonriente—. Que tengo un buen motivo que celebrar. Alejandra está embarazada.

—¡Enhorabuena a los dos! —le felicitó Andreu con un abrazo—. No sabes cuánto me alegro. ¿Cómo está la futura mamá?

—En una nube, igual que yo. Lo sabemos hace tan solo dos días y ya nos está robando la mayor parte del tiempo.

Andreu tragó saliva.

—Si he de ser sincero, me lo ha dicho Miguel hace un rato.

—Este Miguel estropeando las sorpresas —protestó cordial.

—Lo he visto en la Casa Vestuario. La verdad es que…

—¡Por ahí viene Jesús! —interrumpió Lluís, levantándose y acercando otra silla.

Hubo un intercambio de saludos.

—¿A qué viene esta quedada ahora? —preguntó Jesús, intrigado.

Lluís se encogió de hombros.

—Quiero comentaros algo —empezó a decir Andreu—. Yo entro a trabajar en una hora y aún tengo que comer, así que no lo haré muy largo.

—Joder, Andreu, desatasca ya —le apremió Lluís con un achuchón en el brazo.

—Vengo de la Casa Vestuario, me ha llamado Miguel, apurado, porque han encontrado…

Las caras de Lluís y Jesús delataron su sorpresa e incredulidad a medida que Andreu avanzaba en el sobrecogedor testimonio.

—Por eso hemos acordado —pronunció Andreu, concluyendo—, sí os parece bien, que Alejandra se quede al margen de todo esto.

—Pensábamos que estaba limpia, que todo había terminado —murmuró Lluís, afectado y cubriéndose la cara con las manos—. Lo ha pasado tan mal que, si vuelve a recaer, no sé lo que puede pasar.

—Por eso no debe enterarse de todo esto —opinó Andreu con firmeza.

—Ya conocéis cómo es —apuntó Lluís—, no accederá a estar fuera si no hay un motivo importante que la frene. Deberíamos contarle parte de la verdad y omitir la transformación de las láminas; en especial, la correspondiente a Lilith, pero sí hacerle saber el cambio sufrido en el medallón.

—Creo que es lo correcto —apoyó Jesús—. Así ella podrá valorar que en su estado no es recomendable que entre en el laberinto de los manuscritos, sin cerrarle la puerta a intervenir en la investigación.

Andreu asintió.

—¿Y tú pierna? —le preguntó Jesús.

—¡Peor! Sospechaba que no era una herida como las demás, ahora lo corroboro. Tenemos que llegar al final de todo esto, y cuanto antes mejor.

—Cuenta con nosotros —musitó Jesús, sacando unos papeles del bolsillo—. Estas son las anotaciones de uno de los dos paleógrafos que estudiaban el libro encontrado en el Palacio del Real.

La expectación se adivinó en el rostro de sus dos amigos.

—Tal y como suponíamos, se reafirma que es el libro *Súmmum*. Según explica Adrián Soler, alberga conjuros concebidos por poderes sobrenaturales y que abren las puertas del infierno. Contiene una retahíla de invocaciones al maligno, signos de brujería casi olvidados y utilizados en la Edad Media. También menciona la maldición concebida por una de las brujas a Camilo Subies, como ya sabíamos; curiosamente, omite las otras dos. En ningún momento las menciona; yo creo que no le dio tiempo a terminar de descifrar el libro, se suicidó antes.

—Esa parte corresponde a la maldición de mi antepasado Camilo Subies, y por eso su muerte fue una réplica en toda regla.

—Me temo que sí —asintió Jesús.

—Tenemos que encontrar ese libro — añadió Lluís.



Capítulo 50

La sala de los manuscritos edetanos de la Casa Vestuario bullía de actividad esa mañana. Los últimos acontecimientos habían mareado a todos, sumiéndoles en un interés desmedido por llegar al final de toda esa pesadilla. La transformación del medallón y las láminas, afianzaba que el tema era más serio y peligroso de lo que se podían imaginar, y el robo del libro maldito en el Archivo del Reino corroboraba la existencia de que alguien más estaba involucrado en toda esa trama. Por eso las horas diurnas y nocturnas que habían empleado, tanto los síndicos como los demás componentes del grupo, habían resultado extenuantes, aunque también productivas.

Miguel, Rosa y Andreu llevaban desde primera hora en la sala. Después se habían incorporado Lluís y Sara. Por suerte, Alejandra había accedido a no volver a entrar en la sala de los manuscritos y se había centrado en su trabajo y embarazo, mientras que Jesús investigaba por la vía policial la sustracción del libro.

—Estas últimas horas —comenzó a exponer Humberto— han sido intensas para todos, nuestra misión no solo es localizar el libro *Súmmum* sino también los tres pergaminos. Hemos encontrado una serie de cartas que, después de contrastar fechas y lugares, hemos deducido que podrían contener información importante en nuestra causa. Algunas pertenecen al mismísimo Alfonso V rey de Aragón, y las otras debían ser de su escribano.

—Del rey Alfonso V El Magnánimo —añadió Miguel incrédulo.

—En efecto —afirmó Humberto—, Alfonso V del reino de Aragón, III de Valencia, I de Mallorca, I de Nápoles y Sicilia. Lo podéis comprobar vosotros mismos; como veréis están firmadas de su puño y letra que, por supuesto, hemos verificado y no hay posible error.

Todos se levantaron ante semejante revelación, y se aproximaron para observar la firma del monarca.

—¿Qué dicen esas cartas? —se interesó Lluís.

—Estas cartas —prosiguió Humberto después de que todos hubieran vuelto a sus respectivos asientos— nos revelan un importante testimonio, si partimos de la base de que el rey Alfonso fue un gran amante de las letras y las artes, y un gran mecenas de la cultura. Hemos contrastado información con los manuscritos del siglo XIV y XV y rellenado los huecos de su vida para poder ordenar este rompecabezas. Según la Historia, Alfonso V rey de Aragón nació en 1396 en Medina del Campo. Se casó, a la edad de 19 años con su prima María de Castilla en la Catedral de Valencia, en 1415. A lo largo de su reinado hubo gente que lo admiró como persona y como rey, pero también fue criticado por los 29 años que pasó en Nápoles y su despreocupación por las tierras de Aragón y Cataluña, aunque algunos historiadores valencianos lo definen como valiente, juicioso e incluso sabio. El monarca tuvo gran predilección por el Reino de Valencia, donde residió largas temporadas y tuvo grandes relaciones personales y culturales; a cambio, recibió la lealtad de su pueblo. Justamente aquí, en nuestra ciudad, fue a parar parte de su extraordinaria biblioteca.

—Perdone que le interrumpa, Humberto —expuso Andreu—, pero no termino de ver la relación del rey con este tema.

—Tienes razón, porque aparentemente no existe ningún vínculo; pero es necesario conocer parte de su vida para entenderla mejor. Siendo un infante, al monarca se le infundió gran aprecio por la literatura, la poesía y los autores clásicos como Livio, Plutarco y Cicerón. Aprendió el latín medieval y le sirvió para leer la Biblia, libros de plegarias y otras obras devotas. Podemos hacernos una idea de la literatura que estaba a su alcance en la primera etapa de su vida. Se sabe de la existencia de encargos que hizo el monarca para la compra de libros, y la reproducción de manuscritos a personajes de la corte y, como ya he mencionado antes, el rey Alfonso V, gran bibliófilo, amante y protector de las letras y las artes, tuvo a su servicio hombres de todas las ramas del saber, recompensó a cualquier intelectual que le mostrara su ingenio y, en el primer

viaje que realizó a Nápoles adquirió libros que compró a un mercader pisano. Por ello, cuando regresó a España la riqueza de los fondos de su biblioteca había aumentado considerablemente. Sus requisitos eran que fueran originales y que estuvieran bien escritos. En 1430 había logrado constituir una suculenta biblioteca real, a cuyo frente estaba su escribano, que contaba con códices religiosos y teólogos, cultura clásica grecolatina, autores clásicos, literatura rabínica, poemas provenzales, historias vernáculas. Fijaos hasta qué punto llegó su pasión por la cultura, que decretó la prohibición de la exportación de libros. De hecho, para impedir el saqueo ningún mercader podía sacar un libro fuera del reino sin la licencia especial. Hasta a los estudiantes que viajaban al extranjero se les pedía una fianza para garantizar su devolución.

Humberto se detuvo durante unos instantes y bebió un sorbo de agua, luego retomó su soliloquio.

—Con esta declaración he intentado mostrar la obsesión del monarca por los libros, sin mencionar guerras y conquistas que no vienen al caso, lo que nos lleva a pensar que esa devoción era bien conocida de todos, y que no le faltarían donaciones o regalos de este tipo por parte de la clase alta de la sociedad, de personalidades de Estado, de dignidades de la Iglesia e incluso de otras vías. Bien, pues nos estamos acercando a la conexión que todos estabais esperando.

Humberto volvió a hacer una pausa.

—Según hemos podido deducir de las cartas del rey Alfonso V, escritas en un castellano fluido, debido a su lengua materna y con una excelente caligrafía, dirigidas a su escribiente, Diego Fuster, cuenta que llegó a su poder un bello códice confeccionado en vitela, con finos pergaminos de máxima calidad, con una uniformidad y blancura impecable y un colorido en sus imágenes que captaron su total atención. En la primera página iba impresa la palabra *Súmmum* seguida de una nota con un enunciado tentador que decía: «Tan solo los valientes siguen adelante, los cobardes se quedan atrás». El monarca hace hincapié en que esa frase era una sentencia desafiante, acusa incluso que premeditada y como hombre valiente que era con espíritu aventurero e inquietudes culturales, no pudo contener la tentación de pasar página y leer una tras otra.

—Quien le regaló ese libro no le quería muy bien —murmuró Rosa.

—Eso parece. En esta otra carta fechada un mes más tarde —señaló Humberto, levantándola unos centímetros de la mesa— la actitud del rey Alfonso V había decaído. Misteriosamente, habla de ese códice, titulado

Súmmum, envuelto en miedo; más que miedo se percibe impotencia. Lo califica como “libro maldito” le dice textualmente a su secretario:

> *He caído en sus oscuras redes, pero no puedo destruirlo ni quemarlo, pues mi vida peligra en ello. Me he encomendado a la protección de Dios con sus oraciones. Averigua su procedencia y devuélvelo a las tinieblas de dónde surgió.*

Andreu resopló.

—Esta otra carta es de Diego Fuster, en ella verifica que después de sus pesquisas, el libro *Súmmum* contiene tres pergaminos que han pasado por las manos de varias familias del reino antes de llegar al monarca, a las que tan solo han traído desgracias y muertes.

La atención de los presentes era máxima, ávidos de saber más.

—En esta carta, fechada un mes después —dijo señalándola— el escribiente informa a su monarca sobre la existencia de un medallón de plata como clave para destruir dicho libro. En escritos posteriores el escribano revela su infatigable empeño por dar con él para frenar su mal y, sin éxito ante su contienda, ha decidido separar los tres pergaminos del libro y esconderlos en lugares inexpugnables.

—¡Esconderlos! —exclamó Andreu.

—Me temo que sí, y termina con la última nota del escribiente que se despide del soberano. Deducimos que, moribundo en su lecho de muerte, hace mención a las terribles visiones que han contaminado su mente.

—¿Ha dicho en su lecho de muerte? —preguntó Sara.

Humberto asintió.

—Aunque en ningún momento hace mención de que estuviera enfermo ni tampoco cita la razón de su inminente gravedad; pero sí nos deja entrever su tormento.

—Qué razón tenía entonces el rey Alfonso ante su temor de destruir ese maldito libro —susurró Andreu.

Rosa notó cómo se le erizaba el vello de los brazos, y pronunció en voz alta sus pensamientos:

—¿Es posible que el mal pasara del monarca a su secretario al intentar destruir el libro?

—Podría ser —afirmó Humberto—, siendo consciente de lo que podía sucederle ya que era conocedor de su malicioso poder.

—Su lealtad le llevó a morir para salvar a su rey —susurró Sara, impresionada.

—¿Qué pasó con el rey Alfonso tras el fallecimiento de su escribano? —preguntó Lluís.

—Dos años después —prosiguió Humberto— el rey Alfonso V El Magnánimo embarcó para Italia y ya nunca más regresó. Si que es cierto que el monarca, desde la primera expedición que realizó a Nápoles, quedó prendado de sus tierras, aunque fuera considerado en algunos aspectos como un extranjero. Jamás perdió el contacto con el Reino de Valencia y mantuvo relaciones cordiales con personalidades valencianas como el poeta Ausias March, que le dedicó varias poesías y compartieron cultura, diversión y caza. También el escritor Joanot Martorell pasó algún tiempo con el monarca y escribió su extraordinaria novela *Tirant lo Blanc*, o el pintor Jaume Baco. El rey Alfonso estuvo asentado en Castelnuovo en Nápoles y, en los últimos años de su vida, celebraba tertulias de lectura en la biblioteca del castillo. Allí acudían desde hombres de letras, cortesanos e incluso muchachos de origen humilde. Después servían bebidas, fruta y pasteles, de esa manera el rey mostraba su gratitud. Falleció a los 62 años, fue sepultado en Nápoles, y dos siglos más tarde sus restos fueron trasladados al Monasterio de Poblet en Tarragona. Su biblioteca se formó a lo largo de medio siglo. Llegó a contar con 2500 volúmenes, dispersados a finales del siglo XV y principios del XVI a Francia y al Reino de Valencia.

—Me gustaría hacer una observación —añadió Miguel, revisando sus notas —. Diego Fuster hace referencia al medallón del que ya teníamos constancia y, afortunadamente, está en nuestro poder. Él lo menciona diecisiete años después de que la bruja Lupe fuese ejecutada, concretamente en 1430, y nosotros ahora sabemos, tras nuestras averiguaciones que, dicho medallón, en esas fechas se encontraba en Constantinopla.

—Cierto —asintió Humberto.

—Me llama un dato la atención —continuó Miguel—, si no recuerdo mal, el padre Patricio asegura en su diario que los pergaminos son indestructibles, y que tan solo podían ser aniquilados, y revocada su maldición con la fusión del libro *Súmmum* y el medallón. También menciona que consiguió reunir, de entre las familias afectadas, los tres pergaminos; aunque cuando saquearon el Convento

de la Merced desaparecieron, sin saber si, efectivamente, era lo que buscaban o tan solo una fatal casualidad.

—Te seguimos Miguel —comentó Sara.

—Donde quiero ir a parar es que deduzco que el robo de esos pergaminos en el convento fue intencionado; alguien los robó y los devolvió a su origen. Así es como el libro completo, años después, cae en las manos del soberano Alfonso V.

—Y, de nuevo — continuó Sara —, es su secretario, Diego Fuster, siendo consciente de su malignidad, quién los vuelve a separar. Esto es el cuento de nunca acabar.

—Estamos igual que antes sin saber dónde pueden estar.



Capítulo 51

A lo largo del fin de semana, Miguel no había descansado de indagar en la vida del escribiente Diego Fuster, junto a alguno de los síndicos. Rosa sabía de su esfuerzo en esa contienda, y sabía también que era una persona inteligente y válida; sin embargo, dudaba de si eso sería suficiente para atajar esa maldición. Desde que Miguel le comunicó el incidente en la Casa Vestuario, llevaba sin poder quitarse a Alejandra de la cabeza. Había hablado con ella por teléfono en varias ocasiones, y daba gracias porque había empezado a trabajar y eso la mantenía ocupada. También había tenido una extensa conversación con Sara, en la que ambas habían mostrado su temor por las circunstancias, comprometiéndose a ayudar en todo lo que les fuera posible.

Ese domingo por la tarde, reunidos todos en casa de Miguel y Rosa, se exponían los adelantos de las últimas horas referentes a la investigación que llevaban entre manos. También se habían unido los síndicos Humberto y Jaime para reforzar la explicación.

—Tenemos cierta información que se nos había pasado por alto, gracias a las huellas de plomo de nuestros antepasados —comenzó a decir Miguel, mirando a los síndicos—. Hemos hecho un seguimiento de la vida de Diego Fuster, el secretario del rey Alfonso V El Magnánimo, para poder iniciar la búsqueda de los tres pergaminos. Según los archivos era un discreto jurista, soltero y reservado, amante de los libros hasta la saciedad. Lo que diríamos un ratón de biblioteca. Vivía en un caserón de la calle Caballeros, herencia de sus padres, con su hermana, quién dio la voz de alarma al encontrárselo muerto.

—¿Fue muerte natural o suicidio? —preguntó Andreu, interesado.

—No lo específica en ningún documento; aunque tras nuestras averiguaciones me atrevería a decir que debió de ser un suicidio —contestó Miguel, percibiendo la intranquilidad de los presentes—. Como ya sabéis, en aquella época todas las iglesias tenían un camposanto anexo que estuvo vigente hasta el siglo XIX, cuando empezaron a construirse los cementerios generales. Diego Fuster consta que fue enterrado en el cementerio parroquial de la Iglesia de San Nicolás, donde iba a rezar cada domingo. Si hubieran confirmado su muerte como voluntaria, dudo mucho que le hubiesen dado sepultura en un camposanto. A veces, hay detalles que no vale la pena comentar o es mejor tapar.

—Pues sí —afirmó Andreu.

—Supuestamente —prosiguió Miguel— aquí debería de haber terminado su historia; sin embargo, años después sucedió algo tremendamente inexplicable.

—¿Inexplicable? —repitió Sara.

—Sí, la Iglesia de San Nicolás era una antigua mezquita hasta la conquista de Jaime I, que la consagró como parroquia cristiana, donándola a la Orden de los Dominicos. Son pocos los datos registrados de esa época, por no decir ninguno, pero gracias al entonces rector de la parroquia, Alfonso de Borja, quien llegaría a ser obispo de Valencia y Papa Calixto III, fue rehecha de nuevo entre 1419 y 1455, ocupando la extensión del lugar donde se encontraba el cementerio. Durante esas obras hubo un derrumbamiento, y varias de las tumbas quedaron deterioradas y abiertas, dejando algunos de los restos al descubierto, entre ellos, los del escribiente Diego Fuster.

Sara presintió que se abría una brecha de luz.

—Encontraron su cadáver en un estado intacto de conservación; algo incomprensible. Según se detalla en uno de los manuscritos, era como si llevara enterrado pocos días, cuando realmente habían transcurrido alrededor de veinticinco años. Su rostro era la viva imagen del sufrimiento. Junto a él encontraron los tres pergaminos.

La cara de sorpresa de todos se unificó.

—¡Los sepultó con él! —exclamó Alejandra—, pensando que sería el lugar más seguro para ocultarlo.

—Así debió de ser —afirmó Miguel—, pero ahí no termina el misterio. En el momento que lo separaron de ellos, el cuerpo se desintegró, convirtiéndose en cenizas. Varios fueron quienes lo presenciaron, entre ellos, el enterrador, el cura de la iglesia y Jaime Roig, bienhechor de San Nicolás y del Monasterio de la

Trinidad, consejero de la ciudad y reconocido médico de la cámara de su majestad, la reina doña María de Castilla.

—¿Y el libro *Súmmum*? —quiso saber Sara.

—Especulamos que lo debió de ocultar en algún otro lugar —aclaró Miguel —. Por suerte y gracias a los antecesores del Tribunal de las Aguas, sabemos que existe, aunque en estos momentos esté robado y desaparecido.

—¿Y qué pasó? —preguntó Rosa, que no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Nadie supo dar una explicación lógica al suceso. Lo achacaron a Satanás.

—No iban mal encaminados —apuntó Lluís con un nudo en la garganta.

—La iglesia sabía de la existencia de esos pergaminos —continuó Miguel— y de las atrocidades que había causado a lo largo de los años. No podía permitir que continuaran rodando, ni tampoco que el hecho trascendiera, de manera que se encargaron de ocultarlos hasta el fin de los días.

—¿Quiénes? —preguntó Lluís.

Miguel siguió con la palabra.

—Con la ayuda de Humberto hemos tenido acceso a los archivos de la catedral y hemos verificado que su majestad la reina María de Castilla se reunió, días después del incidente, con su consejero y altos cargos de la jerarquía eclesiástica para deliberar la mejor opción al problema. Por unanimidad, decidieron silenciar el hecho y hacerlos desaparecer.

—Pero no podían destruirlos —manifestó Jesús.

—En efecto —corroboró Humberto—, de manera que solo les quedaba la posibilidad de ocultarlo.

—O sea que estamos igual que antes —se quejó Sara.

—Quizás no —prosiguió Jaime—. Hemos repasado la historia de la reina María de Castilla, y no solo sabemos que nació en Segovia en 1401, como hija mayor de Enrique III El Doliente y Catalina de Lancaster, sino que su matrimonio, a los catorce años, con su primo Alfonso en 1415, en la Catedral de Valencia, haría de ella una futura reina consorte. Además, era una gran lectora, su marido le hacía llegar algunas de las bibliotecas nobiliarias que tenían dudosos herederos, sabiendo que los valoraba, no como objetos de lujo sino como auténticas joyas del saber. Leyó y aprendió las costumbres regionales, obligaciones y privilegios de sus antecesoras, y cuando tuvo que asumir la lugartenencia general de los reinos de la Corona de Aragón en 1420, en ausencia de su esposo Alfonso V cuando partió por primera vez a Italia, se involucró en

las acciones de gobierno ejerciendo en solitario y mostrando un trabajo incansable con aplomo, persuasión y discreción.

—El rey la dejó sola con 19 años —puntualizó Sara— ante la política y diplomacia de un entorno masculino.

El síndico asintió.

—¿Es verdad que la soberana tenía una salud delicada y no tuvo descendencia? —se interesó Alejandra.

—Sí —afirmó Humberto, aportando su sabiduría—, la fragilidad de su cuerpo se hizo más evidente tras su matrimonio; aunque lo llevó con una templanza y estoicismo admirable. La consumación de este se postergó hasta los dieciséis años, momento en que tuvo su primera menstruación. Sin embargo, la falta de descendencia afectó gravemente su relación sentimental. Varias fuentes de información afirman que el rey tenía sus amantes; de hecho, es a partir de 1423, después del regreso de Alfonso de Nápoles, cuando la reina se entera de que la amante italiana de su marido, Giraldona de Carlino, le había dado un hijo llamado Fernando. La pareja permaneció unida por conveniencia, y ese sería el inicio de las delegaciones de gobierno del rey a su esposa para volverse a marchar a Nápoles en 1432, y no volver nunca más hasta que en 1458 falleció dando fin al matrimonio.

—Un matrimonio dominado por la distancia —susurró Alejandra.

—Sí —afirmó Jaime—; de los 43 años que estuvieron casados tan solo 16 estuvieron juntos.

—Quizá la historia no ha sido demasiado justa con ella —apuntó Alejandra —. Si la comparamos con otras reinas medievales hispanas, más bien se ha hecho hincapié en el aspecto de víctima, de esposa abandonada, que al fin y al cabo es cierto; pero deforma su eficiente capacidad política, e imagino que también eclipsada por las bélicas hazañas de su marido.

—En efecto —afirmó Humberto—, porque fue una reina pacificadora y diplomática. A pesar de la frialdad matrimonial, la reina ayudó a su marido solucionando graves conflictos entre Cataluña y Castilla, e ingeniándoselas en buscar soluciones de paz entre su reino de adopción, la Corona de Aragón y su linaje en Castilla.

—¡Una gran mujer, diría yo! —elogió Rosa con admiración.

—Hemos encontrado una serie de cartas escritas con gran destreza, de su puño y letra —prosiguió Humberto—, teniendo en cuenta que ese era su instrumento para mantener el contacto privado con su tierra natal, su entorno

familiar y personal. En esta misiva enviada a su tía, la abadesa del monasterio de Santa Clara de Toledo, la reina menciona su cuerpo enfermizo y su pesarosa soledad. En esta otra refleja su dolor al enterarse de la muerte de su hermana pequeña Catalina, a causa de un mal parto. Pero también a través de esas esquelas mantenía una estrecha comunicación entre la corona y sus súbditos. Se preocupaba por ellos, por la suerte que pudieran correr las viudas, los huérfanos, y se mostraba compasiva con las personas que habían dedicado gran parte de sus vidas a los servicios de la Casa Real. Por su gran sensibilidad recibía cartas de sus vasallos, pidiéndole clemencia o libertad para sus familiares. Ese vínculo espiritual y devoto le llevó a fundar el Monasterio de la Santísima Trinidad donde sus restos fueron depositados tras su muerte en 1458 y todavía reposan allí.

—Lo cual dice, en favor de la reina, que debía de ser muy querida por el pueblo —hizo hincapié Sara.

—Así es —afirmó Jaime.

Humberto tomó unos folios de encima de la mesa y añadió:

—En esa reunión, entre María de Castilla y altos representantes de la iglesia, firmaron un tratado, deducimos que de mutuo acuerdo, en el que la reina se hacía cargo de tan peliaguda misión, confiando en su sensato criterio para la elección del postulante apropiado, siempre que el cometido quedara a buen recaudo y nunca volviera a ver la luz.

—Difícil tarea la de la reina —apuntó Alejandra.

—Así es. Sin embargo —continuó Humberto—, hemos de agradecer a nuestros queridos antepasados por ser tan conservadores y también tan cautos, porque hemos hallado varias misivas de la reina fechadas a lo largo de 1457, un año antes de que Jaume Roig, médico de su majestad, certificara su muerte, dirigidas al maestro cantero Francesc Baldomar; en ellas se comentan algunas reparaciones del palacio, aparentemente triviales para nosotros, pero en esta otra, por ejemplo, la reina le recuerda a Baldomar su juramento de confidencialidad y le gratifica en el nombre de la iglesia y del suyo propio que haya accedido a hacerse cargo de tan perniciosa encomienda.

Todos abrieron los ojos más de lo normal.

—¿Es Baldomar la persona escogida? —preguntó Andreu esperanzado.

—Deducimos que sí —afirmó Humberto con cautela—. Además, su majestad la reina concluye con la siguiente frase:

Dios salve a la Corona y a su pueblo de las inmundicias de su perversidad y haga que la justicia del arcángel eclipse su furia y nos libre de todo mal.

—¿Por qué escoge a Baldomar? —cuestionó Sara—. Un maestro de la piedra, no tiene demasiado sentido.

—O tal vez sí —apuntó Jaime, síndico y jurado de Quart—. La figura de Francesc Baldomar estaba muy ligada a la ciudad de Valencia. Fue un notable maestro de obra y un excelente arquitecto del gótico levantino, que dejó a todos sin palabras ante su innovador arte geométrico de cortar la piedra; aún, hoy, nos sigue sorprendiendo. Realizó importantes trabajos tanto en las Torres de Quart como en la Catedral y el Almudín, eso por nombrar algunos lugares. Además, también tenía unos lazos estrechos con la Corona de Aragón, ya que Alfonso V El Magnánimo fue uno de sus mecenas; estuvo trabajando en algunas salas y en la fachada del Palacio del Real, lugar donde residían María de Castilla y su marido hasta que este se marchó a Nápoles. Fijaos hasta qué punto debía de tener Baldomar buena reputación y gran prestigio, que el mismísimo rey Alfonso, desde Gaeta, le encargó el proyecto y la construcción de su propia capilla funeraria y la de su esposa en el Real Monasterio de Santo Domingo; aunque después, por otras circunstancias, ninguno de los dos fuese enterrado en ella. También intervino en diversas dependencias del Monasterio de la Trinidad, fundado por el empeño personal de la reina. Eso sin mencionar la extensa lista de lugares donde dejó su sello a lo largo de su carrera profesional.

—Después de toda esa información — opinó Sara — ya no me parece tan descabellada su elección, al contrario, diría, con todos mis respetos, que aplaudo a la reina.

Sara había empatizado con esa mujer, que había demostrado gran templanza y coraje al hacerse cargo de tan comprometida tarea. Contagiada de ese afán de lucha añadió:

—A la vista de los recientes descubrimientos se nos abren nuevos caminos para explorar. No podemos detenernos ahora. El azar nos brinda otra oportunidad. Hay que seguir investigando sobre la reina y Baldomar. Tiene que haber algo más que nos guie en esta búsqueda.



Capítulo 52

A primera hora del lunes, Miguel se presentó en la puerta del Archivo del Reino. La estancia en ese lugar se había convertido en asidua y sus visitas fructíferas, porque rara vez no conseguía la información deseada. Aunque él siempre había sido de ciencias, le estaba empezando a encontrar cierto atractivo a las letras; de hecho, llevaba más de tres horas sumergido en los archivos de la Real Cancillería, y disfrutando de las 3400 Cartas Reales escritas en papel y con la firma autógrafa de los monarcas, desde Jaime II a Carlos IV, así como de algunas reinas e infantas. Había seleccionado la horquilla de años que le interesaban y la autoría del rey Alfonso V El Magnánimo y su consorte María de Castilla. A pesar de que la mayoría eran asuntos económicos y órdenes de pago a los funcionarios que se ocupaban de la Hacienda Real, Miguel había encontrado un apartado con unos manifiestos de la reina dirigidos a Francesc Baldomar, y viceversa, en los que aparecían ciertas frases que se salían del contexto del mensaje y que llamaron su atención. Hizo una copia de todo ello y, saturado de tanta letra, decidió tomarse un descanso.

Transcurrió la jornada en casa con su mujer, aunque ocupado intentando atar los cabos sueltos que no terminaba de entender. Después llamó a Andreu y acordaron verse a última hora de la tarde para comentar los adelantos.

Ya había anochecido cuando la pareja salió de casa buscando la parada del autobús. Miguel se negaba a coger el coche por la dificultad de aparcar en pleno centro, y en poco más de media hora entraban en la plaza del Tossal. Cuando Andreu les recibió ya habían llegado Alejandra, Lluís y Sara. Rosa les abrazó cariñosamente.

—¿Y Jesús? —se interesó Miguel.

—Está a punto de salir del trabajo, y como la comisaría está a cinco minutos, no tardará.

Andreu se metió en la cocina para ofrecerles algo de beber mientras esperaban.

—¿Cómo va tu pierna? —le preguntó Lluís con una cerveza en la mano.

—Igual, por no decir peor. La cosa no pinta bien. Los análisis han salido sin rastro de glucosa en sangre. El médico no sabe darme un motivo científico a lo que me sucede. Espera que el tratamiento haga su labor y remita esa infección.

—¿Y te duele? —indagó su amigo, preocupado.

—¿Qué si me duele?, cada vez más. A veces hasta me despierta a media noche.

Lluís le puso la mano en el hombro, afectado por su desconsuelo.

—No te desanimes, ya verás como todo esto se queda en un mal sueño. No permitiré que se alargue mucho más.

—Gracias. Sé que si estuviera en tus manos lo habrías zanjado ya, desgraciadamente no es así.

Andreu cogió un par de cervezas y algún refresco, y salieron al salón.

—¿Qué tal tus primeros días en el periódico? —le preguntó Rosa a Alejandra.

—Mejor de lo que esperaba. Los compañeros me han acogido muy bien y me han enseñado el funcionamiento de la empresa.

—Y tú, ¿cómo te encuentras? —quiso saber su hermana.

—Salvo la sensación de angustia por las mañanas, y que tengo hambre a todas horas, estoy estupendamente.

El sonido del timbre les alertó de la llegada del inspector Valdés. Nada más entrar les saludó y besó a Sara.

Miguel sacó sus anotaciones de una carpeta y las extendió encima de la mesa, iniciando la conversación:

—Después de un intenso fin de semana y más de cuatro horas en el Archivo del Reino, creo tener algo importante en mi poder.

—Doy fe de la exhaustiva investigación que está llevando —atestiguó su mujer—, solo espero que valga la pena.

—He recopilado —retomó Miguel— una serie de cartas firmadas por la reina María de Castilla dirigidas a Francesc Baldomar y, otras, del propio maestro de obra hacia su majestad, en donde se comentan aclaraciones sobre

algunos puntos de las obras, pagos y demás temas que no son de nuestro interés; sin embargo, he fotocopiado estas otras en las que su conversación es más personal, y en las que intercambian una serie de frases, como en clave, que presiento quieren decir más de lo que supuestamente parece. Por eso las he traído, para que vosotros corroboréis mi primera impresión o derrumbéis mi teoría, quizás susceptible por la situación en la que nos estamos moviendo.

Sus palabras habían captado la total atención del grupo.

—Según las fechas, en la primera misiva de Baldomar hacia la reina, le dice que su proyecto esta iniciado y la primera fase concluida. También le hace saber que sus requisitos han sido acatados como solicitó. Eso nos da pie a pensar que ya ha ocultado una de las partes del libro o uno de los pergaminos, como queráis que le llamemos, contando con que vayamos por el camino correcto y todas nuestras premisas sean ciertas, aunque nos deja en el aire y sin respuesta cuáles eran las condiciones que la reina le impuso. Antes de despedirse de su majestad, el maestro finaliza con esta frase:

> *Mientras los mensajeros acechan, el espíritu vence al mal para salvarnos bajo el áureo blasón de la justicia.*

—Después menciona estos versículos de la Biblia.

> *Isaías: 32,* 1,17.
> *Reinará un rey con justicia y príncipes gobernarán con rectitud.*
> *La obra de la justicia sera la paz y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre.*

—¿Puedes repetir, Miguel? —solicitó Lluís, que se había quedado boquiabierto.

La cara de no entender nada se reflejó en sus rostros. Si tenían que averiguar por medio de semejantes frases la ubicación de alguna parte del libro, su tarea se acababa de complicar el mil por mil.

—He traído varias copias —añadió Miguel—, así que id pasándolas.

—¿De verdad creéis que esto nos va a llevar a alguna parte? —clamó Jesús.

—Tiene que haber algo más que nos guíe —se quejó Andreu, impotente.

Miguel retomó la palabra:

—En esta otra esquela aparece la contestación de la reina María de Castilla, donde le agradece su inestimable labor y le dice que reza por él en sus oraciones.

—Yo estoy hecha un lío —se quejó Rosa, bloqueada.

—¡Pensad! —propuso Miguel, esperanzado—. Y recordad los acertijos de vuestro padre —dijo, mirando a las dos hermanas—. Acordaos que parecían indescifrables.

—Tienes razón —avaló Sara, recapacitando sobre sus palabras—, deberíamos retroceder al siglo XV y ponernos en su piel. Hasta ahora y después de los argumentos expuestos, tiene consistencia que la reina escogiera a Baldomar; pero tal vez deberíamos preguntarnos por qué. ¿Por qué a él y no a otro? A su secretario, su escolta, su consejero, al teniente del escuadrón del ejército, qué se yo…

—Le escogió a él —continuó Alejandra—, porque como ya se ha comentado antes, había trabajado y trabajaba para los reyes en construcciones de gran envergadura, y habría un vínculo de honestidad y lealtad.

—Sí —aceptó Sara—, eso está muy bien, pero ¿de verdad creéis que es el motivo más importante para su elección? Porque yo llevo dándole vueltas a por qué él y no otro. Tiene que haber una fuerza de más peso.

—¿Dónde quieres ir a parar? —preguntó Rosa, despistada.

Fue Andreu quién se lanzó con su teoría.

—Porque por su profesión tenía acceso a lugares inaccesibles de la ciudad, que cualquier otro ciudadano no.

—¡Esa justamente ha sido mi conclusión! —confesó Sara, sonriente.

—¿Estáis insinuando que pudo esconder las tres partes del libro en algunos de esos lugares que él mismo construyó? —formuló Alejandra, admirada por la habilidad e inteligencia de la reina.

—Podría ser perfectamente —apoyó Lluís, sorprendido por la sagacidad de su cuñada.

—Muy bien por el planteamiento, Sara —le felicitó Miguel—. Yo no lo hubiera expuesto mejor; desde ese punto de vista nos abre las miras a sus trabajos realizados. Tengo un listado de ellos en los que intervino Baldomar, en mayor o menor medida, y las fechas correspondientes. Andreu ¿te importa si escribo en esta parte de la pizarra de tu árbol genealógico que está sin utilizar?

—En absoluto. Adelante.

Miguel, a modo de profesor, anotó el nombre de Baldomar y la lista de lugares a medida que iba mencionándolos.

—El primer documento en el que aparece trabajando en Valencia es en el Puente del Mar en 1425; por entonces debía de tener unos treinta años y figuraba a las órdenes de Jaume Esteve como un simple cantero. Por esas fechas alternaba con otras obras en el Miguelete, construyendo los pilares de arriba para alojar la campana. A partir de ahí, no tenemos constancia de Baldomar hasta pasados nueve años.

—Durante nueve años se le pierde la pista —interrumpió Lluís.

—En efecto. Aparece un par de días aislados a lo largo de ese periodo de tiempo, pero carecemos de documentación hasta el 13 de julio de 1434. Después consta tasando unas piezas de madera y piedras en compañía de Joan del Poyo para la bóveda de entrada al Archivo de la Casa de la Ciudad, y también constan otros trabajos posteriores en otras salas, hasta el año 1459 que actuó por última vez en las obras de dicho lugar.

—¡La Casa de la Ciudad! —inquirió Lluís, desconociendo el lugar.

—Disculpadme, era la Sede del Consejo Municipal, o lo que hoy llamaríamos el Ayuntamiento, con opulentas salas para las reuniones de los Jurados. Desapareció en el siglo XIX a causa de un incendio, y se encontraba en los actuales jardines del Palacio de la Generalitat.

Lluís levantó una ceja, satisfecho de su aclaración.

—Dos años más tarde, en 1437, y debido a su gran reputación, uno de sus mecenas, el rey Alfonso V El Magnánimo, le encarga el proyecto de su capilla funeraria y la de su esposa, que se llamaría la Capilla Real de Santo Domingo y que se construiría desde 1439 hasta 1470.

—El Monasterio de Santo Domingo, dónde hoy está Capitanía General —apuntilló Alejandra muy interesada.

Miguel asintió.

—Otro de los trabajos donde intervino fue en Capilla de la Virgen de Santa María de los Inocentes.

—¿Te refieres a la capilla del hospital que se fundó gracias al padre Jofré? —preguntó Sara, procurando no perder el hilo de su explicación.

—Ciertamente —afirmó Miguel—. En 1440 los diputados del hospital encargaron a Baldomar la ampliación de la iglesia, situada al lado del pabellón de las locas, para añadirle una capilla dedicada a Santa María de los Inocentes. Años después se le encargaría la remodelación de la sacristía y la construcción de un porche.

Miguel se acercó a la mesa, sustituyó la hoja de papel por otra y dio un trago al vaso de refresco.

—También se tiene constancia de los trabajos que realizó en el Palacio del Real; las obras de la fachada empezaron en 1432, pero Baldomar aparece a partir del 1440, en fechas esporádicas, al frente de la dirección de los trabajos de cantería hasta el 1472.

—¡Vaya carrera!, no paraba ese hombre —murmuró Rosa.

—Otra de las obras importantes fueron las Torres de Quart en las que aparece como maestro cantero, desde 1441 hasta 1460, dejando como sucesor, al frente de las obras, a Jaume Pérez y después a Pere Compte.

Miguel se había ganado la atención del grupo, expectantes a ver adonde los iban a llevar.

—Se especula, ya que no hay documentación sobre ello que, también intervino en el Monasterio de la Trinidad, fundado por la reina María de Castilla en el año 1445. Baldomar debió de hacerse cargo de la maestría de la obra después de que Antonio Dalmau, maestro de la reina y encargado de las obras del monasterio, falleciera en 1453. La particularidad de sus construcciones le atribuyen su autoría, como es la bóveda del locutorio, la escalera del claustro, los contrafuertes de la iglesia, entre otros.

Miguel volvió a beber otro trago y retomó el hilo de su soliloquio.

—Baldomar figuró también, entre 1455 y 1460, como maestro cantero en El Almudín, lugar destinado para guardar el trigo y otros granos; otra de las obras realizadas para el rey y que compaginó con la Capilla Real.

—¿En qué fecha le encomendó la reina tan peliaguda misión a Baldomar? —preguntó Sara.

—En marzo de 1457 —le contestó Miguel eficientemente—. Por lo tanto, no tendría cabida señalar los trabajos posteriores a la fecha que nos interesa. Sin embargo, añadiré que también trabajó en el Palacio Arzobispal. En aquella época en la ciudad de Valencia, el cargo de maestro mayor de la catedral estaba muy considerado, y siempre lo ocupaba el mejor profesional. Baldomar lo consiguió en 1457, compaginándolo con el cargo de maestro de obras de la ciudad, y fue quien ejecutó el ensamble de las tres edificaciones, que entonces estaban separadas, la Catedral, el Miguelete y la Sala Capitular. Derribaron varios edificios y cavaron los cimientos para la construcción del portal, la Arcada Nova de la Seu, varias capillas y el acceso a la Sala Capitular. La intención de la iglesia no era solo la ampliación de la catedral, sino también su embellecimiento,

de manera que Baldomar renovó el Portal de los Apóstoles y realizó un cuerpo superior arriba con un gran rosetón. Luego transformó el viejo cimborrio de madera en uno de piedra, añadiendo un segundo cuerpo y una espiga, convirtiéndola en una imponente catedral.

—Una brillante carrera profesional —exaltó Andreu, deslumbrado.

—Desde luego que sí —confirmó Miguel—, por eso, omitir la parte final de mi discurso, aunque se saliera de nuestras pesquisas, y no mencionar las mejoras de la catedral de la mano de este brillante hombre, me parecía no hacerle justicia.

—Ahora llega la parte más complicada —manifestó Lluís—, ¿qué significan esas frases y cómo vamos a interpretarlas? Porque vuestras teorías tienen lógica, y las aplaudo, pero ¿y si no fue así?, ¿y si ocultó el pergamino en cualquier sitio, diferente al que suponemos?

—Sí, Lluís, no te lo discuto —intercedió Sara de nuevo, defendiendo su suposición—, pero creo que siguen algún patrón. Un hombre tan inteligente y minucioso como fue Baldomar, donde sus obras corroboran esos adjetivos, dudo mucho que los encubriera simplemente al azar.

—A mí me has convencido —manifestó Alejandra.

Seguidamente fue Sara quien leyó, en voz alta, la frase ante el silencio del grupo.

> *Mientras los mensajeros acechan, el espíritu vence al mal para salvarnos bajo el áureo blasón de la justicia.*

—¿De qué nos habla? —demandó Alejandra.

—De mensajeros —le siguió Andreu a modo de juego—, los ángeles son mensajeros.

—También lo son los apóstoles —continuó Rosa.

—Y los profetas —prosiguió Miguel.

—Pues estamos bien, así no avanzamos —se quejó Jesús.

—*El espíritu vence al mal* —repitió Sara—, los ángeles no son materiales, son seres de luz. Espíritus, al fin y al cabo.

—Se refiere al arcángel San Miguel venciendo al demonio, que es como siempre se le representa —ratificó Miguel.

—Y cuando dice: *bajo el áureo blasón de la justicia* —leyó Lluís—, ¿a qué se refiere?, ¿al escudo del arcángel?

Rosa levantó los hombros.

—Podría ser —murmuró Miguel, atrapado en ese laberinto de palabras que no les conducían a ningún sitio.

—No lo estamos enfocando bien —advirtió Sara—. Tenemos que buscar un lugar que pueda tener relación con su carrera profesional, si es que no estamos equivocados, claro está… —Sara ya empezaba a dudar de sus hipótesis.

—Si os fijáis en los versículos —señaló Andreu—, hace especial hincapié en la justicia, que se menciona tres veces:

> *Reinará un rey con justicia y príncipes gobernarán con rectitud.*
> *La obra de la justicia será la paz y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre.*

—Esperad un momento —intervino Jesús, consultando las anotaciones de la pizarra—. Miguel, antes has mencionado que la Casa de la Ciudad era el ayuntamiento, pero también donde se reunían los Jurados.

Miguel asintió.

—Qué mejor lugar que la Casa de la Ciudad para representar la justicia — alegó Jesús.

Sara le sonrió.

—De momento tiene sentido, ¡vamos bien! — animó Alejandra —. Debemos indagar y saber todo sobre esa casa; sería fundamental centrarnos en qué trabajos realizó Baldomar en ella.



Capítulo 53

La tertulia en casa de Andreu estaba al rojo vivo. Se habían vuelto a reunir, varios días después, tras recabar la máxima información posible acerca de Francesc Baldomar y la Casa de la Ciudad, haciendo hincapié hasta en los más mínimos detalles, y no pensaban salir de allí hasta que no vieran algo de luz en ese oscuro túnel.

—La Casa de la Ciudad fue uno de los edificios civiles más importantes de la ciudad de Valencia —empezó a explicar Sara satisfecha de haberse aprendido la lección— y sede del consejo municipal desde el siglo XIV hasta mediados del XIX.

Luego rebuscó unos papeles y expuso:

—Esta sede de justicia se construyó frente a la Puerta de los Apóstoles de la catedral, tal y como se puede comprobar en los planos de Antonio Manceli y del Padre Tosca, aunque no fue la primera que hubo en la ciudad, anteriormente, estaba ubicada entre las plazas de La Almoina y del arzobispo y la fundó Jaime I, después de su conquista en 1238. En el año 1302 se construyó en el enclave que se mantendría durante cinco siglos, y en 1311 Jaime II autorizó la ampliación de los locales que se habían quedado pequeños. Su construcción fue algo lenta y, en 1342 quedaría oficialmente terminada habilitándose como ayuntamiento, tribunal y cárcel. En la planta baja del edificio estaban las dependencias auxiliares y la prisión común de hombres y mujeres. Mediante uno de los dos patios se accedía a la zona noble que albergaba la sala dorada, la sala de los ángeles, del consejo secreto, la escribanía, el archivo y la capilla.

Sara hizo una pausa para reorganizarse su discurso.

—En un principio el edificio disponía de una sala para el consejo, donde se reunían los Jurados ejerciendo diversas funciones, no siempre compatibles. Más tarde se ampliaría creando la Sala del Consejo Secreto, lugar de recepción de monarcas. A finales del siglo XIV y dada la riqueza de la Casa de la Ciudad se acordó decorar la sala con pinturas murales de Marzal de Sax, en colores, plata y pan de oro, con el fin de darle mayor prestigio, con imágenes del Juicio Final, el Paraíso, el Infierno, la Majestad divina y la imagen del Ángel Custodio, protector de la ciudad. En 1454 se determinó acondicionar una nueva capilla en una estancia que quedaba encima de la prisión y adyacente a la cámara del Consejo Secreto. De ella se conservan todavía algunos recuerdos como la escultura del arcángel San Miguel, la reja de hierro instalada hoy en la capilla de la Lonja y el tríptico del *Juicio Final* de Vrancke van der Stockt.

Sara cerró la carpeta con sus apuntes y le pasó la palabra a su hermana que, poniéndose en pie, comenzó con su exposición:

—Pero no solo las paredes tenían su importancia, los techos se convirtieron en una pieza clave donde era inevitable levantar la cabeza para admirar su fasto trabajo que, dependía según del valor de los objetos que custodiaban o las funciones que cumplían. En 1412 se mandó hacer una laboriosa techumbre para la Sala de la Escribanía como signo de riqueza y prosperidad de la Casa de la Ciudad. En 1418 los regidores deciden habilitar una nueva sala y encomiendan los trabajos a Joan del Poyo para realizar un ostentoso alfarje de madera tallada y policromada en dorado, que le dio el nombre de Sala Dorada y sirvió para acoger las reuniones de los Jurados. Esta techumbre estaba tallada con figuras de profetas en los canes, ángeles, animales fantásticos y la heráldica de la ciudad. En el suelo se colocó un pavimento de azulejos de Manises con el escudo real en azul cobalto y blanco. El 15 de abril de 1428 el rey Alfonso V El Magnánimo sería recibido, con solemnidad, en la nueva sala, tras haber mostrado su interés por conocerla, a pesar de que no estaba terminada. Tras la marcha del monarca se ralentizó la culminación de las labores pictóricas que no se terminaron hasta 1458, el mismo año que el rey falleció en Nápoles.

Alejandra dejó la carpeta encima de la mesa y retomó su explicación:

—En 1586 la Casa de la Ciudad sufriría un terrible incendio, supuestamente provocado por los presos que cumplían condena en los calabozos de la parte baja del edificio. En 1853 padecería un nuevo devastador incendio que provocaría su

ruina y demolición, en años posteriores. Sus dependencias se trasladaron al actual edificio del Ayuntamiento, entonces Casa de la Enseñanza. Únicamente se salvarían del derribo unas pocas piezas consideradas de suficiente valor artístico o histórico, repartidas actualmente entre la Lonja, el Museo de Bellas Artes y el Museo Municipal.

Alejandra dando por concluida su intervención, tomó asiento cediéndole paso a Miguel.

—Si retomamos los trabajos de Baldomar dentro de la Casa de la Ciudad, aparece desde 1434 realizando distintas tareas como la escalera de caracol que conducía al Archivo Racional, colocando dos ventanas con rejas y el pavimento de la Sala Dorada, que fue él mismo quién se encargó de ir a las canteras de Portaceli para elegir las losas de mármol, hasta el año 1459, ya que desde que se comenzó la obra se produjeron distintos desperfectos que hubo que reparar con trabajos de albañilería en las paredes, y la sustitución de una de las jácenas de madera, pues estaba podrida.

—Lo cual quiere decir —intervino Andreu— que, si la reina María de Castilla le encomendó la misión en 1457, hay dos años de margen en los que perfectamente pudo hacerlo, ya que estuvo en contacto con la casa en esas fechas.

—En efecto —afirmó Miguel—, es perfectamente viable que pudiera esconder algún pergamino ya que no solo tenía acceso, sino que conocía bien a los albañiles y carpinteros.

Rosa cruzó los dedos porque dieran con la solución.

—Si repasamos la frase otra vez —propuso Lluís leyéndola en voz alta— *Mientras los mensajeros acechan, el espirita vence al mal para salvarnos bajo el áureo blasón de la justicia*.

—Los *mensajeros* podrían ser los profetas —apuntó Jesús.

—Y cuando habla del *espíritu vence al mal*, se puede referir a los ángeles —continuó Sara.

—Al nombrar *bajo el áureo* se refiere al dorado —intervino Alejandra.

—Y el *blasón de la justicia* es el escudo de la ciudad —dijo Miguel de carrerilla.

—Se refiere a la Sala Dorada —añadió Andreu, con una gran sonrisa—. Posiblemente a la ostentosa techumbre brillante que contiene todos los elementos que hemos mencionado.

—¡Lo tenemos! —gritó Lluís eufórico.

—Me parece fantástico que tengamos el lugar —apuntó Rosa—, pero de qué nos sirve si todo se quemó.

—Es posible que todavía tengamos una oportunidad — expuso Alejandra.

Todas las miradas apuntaron a la joven reclamando una pronta aclaración.

—Como antes ha explicado Sara y después yo, hay un puñado de obras que por su valor artístico e histórico se salvaron de ser destruidas, entre ellas, una reja de hierro y el forjado de madera de la Sala Dorada.

Andreu respiró al ver un hilo de luz.

—Actualmente, se encuentran los dos en la Lonja, la reja de hierro está en la entrada de la capilla y el bello artesonado dorado, en una sala del primer piso, accediendo por la escalera de piedra desde el Patio de los Naranjos. Según los informes se desmontó, desordenadamente, en el incendio y fue trasladado a las cocheras del Palau Arzobispal primero, y a las Torres de Serranos después, donde quedó almacenado. Durante sesenta años estuvo abandonado, después, en 1870, estuvo a punto de ser vendido a peso, probablemente para ser desguazado y destruido, finalmente fue ordenado y colocado en la Sala del Consulado del Mar en 1920.

—¡Eso es una gran noticia! — bramó Andreu —. Dado que la Lonja se encuentra muy cerca de aquí, creo que lo mejor será que nos acerquemos ahora mismo, e inspeccionemos el terreno.

Todos aprobaron su propuesta.



Capítulo 54

La Lonja de la Seda o de los Mercaderes fue construida a finales del siglo XV, como símbolo de la riqueza del momento y con la finalidad de dar cabida a las numerosas operaciones de contratación que se comercializaban en la ciudad. El tejido de la seda figuraba como una de las industrias más potentes, de ahí, que recibiera su nombre. La obra fue encomendada al maestro Pere Compte, discípulo de Francesc Baldomar, ya conocido por haber sido el encargado de las obras del último tramo de la catedral.

Un soberbio edificio, ubicado en el centro de la urbe, considerado como uno de los más importantes en la arquitectura gótica civil de Europa. Estaba compuesto por la Torre dónde se encontraba el calabozo para los ladrones de la seda y los mercaderes poco honrados, la Sala del Consulado del Mar, el Patio de los Naranjos y el Salón Columnario.

Sus repujadas fachadas con majestuosas puertas, almenas y ventanas, albergaban recargados medallones, casi una treintena de gárgolas, con figuras monstruosas y rasgos humanos en actitudes groseras, y los escudos heráldicos de la ciudad.

Eran las seis de la tarde cuando el grupo entró en la Lonja por la entrada principal, situada en la plaza del Mercado. Disponían tan solo de una hora hasta que finalizara la entrada al público, tiempo suficiente para echar un vistazo y calcular las posibilidades de éxito. Nada más entrar, se tropezaron con la Sala de las Columnas: un espacioso salón donde predominaban ocho esbeltas columnas helicoidales que ascendían hacia el techo donde se abrían en un conjunto de bóvedas de crucería.

—¡Es grandiosa! —exclamó Rosa sin poder bajar la mirada del techo.

—Esta sala fue concebida —añadió Sara muy suelta— como un templo al comercio, simbolizando el paraíso; donde las columnas serían los troncos de las palmeras y las cúpulas la bóveda celeste, originariamente estaba pintada de azul con estrellas doradas.

—Mirad a la izquierda —señaló Alejandra—, ahí podemos ver la reja que se encontraba en la Casa de la Ciudad.

—Vamos a darnos prisa, no tenemos mucho tiempo —apremió Andreu.

Anduvieron hacia la entrada del patio, Miguel se detuvo durante un instante para ver el inicio de la escalera de caracol que conducía a la torre; su acceso estaba cerrado por una pequeña verja de metal. Seguidamente, los alcanzó en el Patio de los Naranjos. Un holgado jardín con una fuente central, en forma de estrella de ocho puntas, rodeada de bancos desde donde se podían admirar las satíricas gárgolas.

Cruzaron el lugar esquivando varios turistas hasta colocarse ante las escaleras de piedra que daban al Consulado del Mar; una institución creada para celebrar sesiones sobre asuntos marítimos y mercantiles. Ascendieron por ellas con un súbito aumento de sus pulsaciones, ante la posible cercanía de lo que tanto ansiaban. Nada más asomar la cabeza a la gran estancia renacentista les dejó boquiabiertos. La belleza de esa techumbre era espectacular, y el trabajo realizado en ella por Joan del Poyo de una minuciosidad increíble; pero lo que verdaderamente les dejó sin palabras no fue su fastuoso decorado, sino los cientos de piezas que allí se albergaban, y todas diferentes. Un pensamiento mutuo se formuló en cada una de sus mentes; ¿Cómo iban a saber cuál de todas esas piezas había sido la escogida por Francesc Baldomar?

—¡Madre mía! —vociferó Rosa ante tanta grandeza—, ¿estáis seguros de que es aquí?

—Seguros lo que se dice seguros, no —contestó Miguel, sin poder quitar la mirada de los grotescos dibujos—; pero todo apunta a que este es el lugar.

—Tiene que haber algo más que nos ayude a acotar el cerco —expuso Andreu desilusionado—, de no ser así estamos perdidos.

—Esto es un verdadero rompecabezas —masculló Lluís asombrado.

—Según mis notas —atestiguó Alejandra— el alfarje está compuesto por 670 piezas.

—Uf… —resopló Lluís.

—En los canes que bordean la sala, y están en segundo lugar, se encuentran

los profetas; el resto como podemos ver son escenas de lucha, animales antropomorfos, elementos musicales, vegetales y un sinfín de escudos heráldicos de la ciudad. Lo curioso es que las dimensiones del techo original en la Sala Dorada de la Casa de la Ciudad eran algo más pequeñas; de manera que para acoplarlo al nuevo emplazamiento, tuvieron que hacerle una especie de postizo, integrando dos jácenas nuevas, que son la segunda y la vigésima; más dos entrecalles en el segundo y tercer lugar, y unas ménsulas y plafones para el ancho. Las jácenas originales y las planchas decoradas son de madera de conífera, mientras que la parte añadida son de escayola pintadas. Consiguiendo un efecto muy similar.

—Similar, dices. Yo diría que exactamente igual —opinó Jesús—. Aquí es imposible distinguir unas de otras.

—La pregunta es ¿dónde tenemos buscar? —formuló Rosa, más mareada que un «ajoaceite» de tanto mirar al techo.

—Deberíamos hacer fotos —sugirió Sara, mirando por aquí y por allá—, la verdad es que no sé por dónde deberíamos buscar.

Una señorita se les acercó y les dijo que la Lonja estaba a punto de cerrar sus puertas.

—Gracias, enseguida nos vamos — le comentó Alejandra sonriente. Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que se habían quedado prácticamente solos —. Tenemos que marcharnos.

Lluís sacó su móvil y capturó en su pantalla gran parte del suntuoso alfarje. Después, salieron de allí con el interrogante de cuál sería el siguiente paso.

Sara no había podido conciliar el sueño. Inquieta, se había levantado y, sentada en el sofá, repasaba sus anotaciones sobre la Casa de la Ciudad. No podían demorar por más tiempo esa situación. Andreu, el día anterior, estaba ojeroso; con una expresión de no encontrarse bien. Sabía de su constante malestar en la herida de la pierna, aunque lo intentara disimular. Jesús le había comentado que su aspecto daba mala gana y estaba empezando a oler mal. No entendía cómo la medicina, con todos sus adelantos, no sabía o no podía atajar algo así. Por otra parte, a Alejandra se la veía radiante con su embarazo, y las revisiones ginecológicas indicaban que todo estaba dentro de la normalidad; a pesar de que

todos, salvo ella, estuviesen con el corazón en un puño debido a las láminas demoníacas y a todo lo que le rodeaba.

Volvió a leer la frase que los había llevado a la Lonja y retrocedió buscando no sabía qué; hojeó parte de la información dada por Miguel, con respecto al escribiente del rey Alfonso V, también releyó las anotaciones de Humberto sobre las cartas de la reina María de Castilla mantenidas con Francesc Baldomar, hasta que se detuvo en las siguientes palabras:

> *Dios salve a la Corona y a su pueblo de las inmundicias de su perversidad y haga que la justicia del arcángel eclipse su furia y nos libre de todo mal.*

Claro, pensó; desde el primer instante de todo ese entramado, la figura del Arcángel San Miguel había estado muy presente de diversas formas; desde el signo de la Cruz contra el Mal hasta con su propia imagen en el Monasterio de Llíria. ¡Por qué no ahora también! Si tenía en cuenta que en la capilla de la Casa de la Ciudad había una escultura suya, de la cual el pueblo era gran devoto e incluso la propia reina, era posible y se atrevería a decir que casi acertaba, que también estuviera involucrado en esta peliaguda misión. Por unos momentos recordó las palabras de Miguel al señalar que la reina había exigido a Baldomar cumplir unos requisitos; sería posible que entre ellos pidiera la intervención del Arcángel como símbolo de defensor del pueblo de Dios contra el demonio. ¡Quién mejor que él para mantener a raya ese maldito libro!

Sara hojeó, buscó y rebuscó hasta retomar los folios de sus averiguaciones. Recordaba que de las pocas obras que se habían salvado en la Casa Consistorial, como el alfarje de la Sala Dorada y la reja, constaba la talla del Arcángel San Miguel, que actualmente se encontraba en el Museo Histórico Municipal, dentro del edificio del Ayuntamiento.

Sara recogió y ordenó los folios con la satisfacción de haber dado un pequeño paso hacia delante; mientras lo hacía mentalmente, planificó el día siguiente incluyendo una inesperada visita turística. Eran las cuatro de la madrugada; poca cosa podía adelantar a esa hora, así que decidió irse a la cama a descansar. Si el arcángel le echaba una mano, y confiaba en ello, le esperaba un día muy movido.

Jesús, en su duermevela, la abrazó al sentirla cerca. Ella se sintió querida, y con esa agradable sensación se durmió.



Capítulo 55

A mediodía, Sara salió de impartir sus clases de yoga, cruzó la Gran Vía Marqués del Turia y se dirigió hacia la plaza del Ayuntamiento. Había quedado con Alejandra en verse en la puerta del periódico donde trabajaba. Por teléfono le había adelantado sus progresos; la emoción no le había permitido ocultarlos ni siquiera por unas horas, solo faltaba que todo fluyera como esperaba. Apenas tuvo que esperar unos minutos, cuando la vio aparecer con una gran sonrisa.

—Llevo toda la mañana nerviosa —fueron las primeras palabras de Alejandra.

—Si te confieso la verdad, yo también.

Anduvieron por la plaza, paralelas a la fuente central, hasta cruzar y plantarse delante del Ayuntamiento. Habían pasado por ese mismo lugar miles de veces; sin embargo, ¿qué pasaba ese día que todo lo veían diferente? Las columnas de piedra que sostenían el balcón presidencial les intimidaron. Se adentraron sin pronunciar ni una sola palabra, sonrieron al guardia de la entrada y pasaron los bolsos por el control de seguridad. Todavía no habían cometido ningún tipo de infracción y no pudieron evitar que el corazón se les acelerara.

Ascendieron por la majestuosa escalinata de mármol sin pasar por alto el lucernario del techo con el escudo de la ciudad.

—Creo que la última vez que vinimos aquí fue en una excursión del colegio —murmuró Sara, admirando la entrada del salón de cristal.

—Yo apenas lo recuerdo. Este salón de baile es impresionante. ¡Vaya lámparas! Mira, por allí está la entrada del museo.

Atravesaron un pasillo que presidía la Virgen de los Desamparados, hasta llegar a una sala que albergaba los planos antiguos de la evolución de la ciudad. Las hermanas se detuvieron unos instantes en el de Manceli de 1608 y del Padre Tosca de 1704. Atravesaron la siguiente habitación donde se exhibían grabados con vistas de Valencia, hasta llegar a la Sala de los Fueros, con las paredes cubiertas de pinturas murales representando a los primeros monarcas del reino; en el centro, como obra prioritaria y principal, alojado en una vitrina neogótica, se exhibía el Libro de los fueros, cuyo manuscrito original se custodiaba en el archivo municipal.

Alejandra le dio un codazo a su hermana indicándole que a tan solo unos pocos pasos se encontraba la Sala Foral, que albergaba símbolos y reliquias que habían dado forma a la Historia de Valencia, tales como la Real Senyera y el Pendón de la Conquista, o la espada del rey Jaime I de Aragón y el busto del monarca, al igual que varios santos, entre ellos, el Relicario de Sant Jordi y San Vicente Mártir; pero lo que realmente atrajo la total atención a las hermanas Ferrer fue la anhelada estatua del Arcángel San Miguel, situada a la derecha del principio de la inmensa sala.

Sara notó como un cosquilleo le recorría la espalda. Alejandra, en cambio, con mirada escrutadora, la examinó de arriba a abajo, por delante y por detrás.

—¿De verdad crees que nos va a revelar algo? —preguntó Alejandra, dudosa.

—Espero que así sea.

—¿Se sabe algo de su autor?

—Al parecer es una obra anónima y está realizada en cartón piedra, forrada con lienzos encolados de cáñamo y lino o algo así…, después policromada —explicó Sara—. ¿Sabías que hay una copia hecha de bronce situada en la esquina exterior de los jardines de la Generalitat donde estuvo ubicada la Casa de la Ciudad?

—No tenía ni idea, y mira que he pasado miles de veces por ahí.

—¿Por dónde empezamos a buscar? —atajó Sara, inquieta—. Teniendo en cuenta que no deberíamos tocarla y mucho menos manipularla.

—Y teniendo en cuenta que tan solo llegamos a la altura de la cintura del santo —soltó Alejandra con ironía—, impensable llegar a la cabeza y las alas.

—¡Qué putada!, si por lo menos estuviéramos solas me podría subir al pedestal.

—¡Centrémonos! —exigió Alejandra—. Yo por este lado y tú por el otro.

Una mujer se aproximó a ellas, se detuvo unos instantes ante la escultura y después se alejó. Alejandra revisó centímetro a centímetro la garra y la cola del dragón, después pasó a los pies de San Miguel y la parte baja del escudo, mientras tanto su hermana inspeccionaba el rostro diabólico de Satanás y la lanza que lo aprisionaba.

—Yo no veo nada —se quejó Alejandra.

—Espera un momento. ¡Asómate aquí! Creo que, en la parte de arriba de la lanza, a la altura de la armadura hay algo. No sé muy bien si son números, un dibujo o alguna muesca del material.

—¡Déjame ver! El problema es que como la figura está pegada a la pared —refunfuñó Alejandra—, no va a ser nada fácil.

—Si le pudiera hacer una foto con el móvil —susurró Sara, esperanzada—, a lo mejor…

—¡Perdonen! —La voz de un hombre a sus espaldas les sobresaltó—. No se puede tocar absolutamente nada del museo. Si vuelven a hacerlo me veré obligado a tener que acompañarlas fuera.

—¡Lo siento de veras! —se disculpó Alejandra, melosa—, es que estoy algo mareada, se lo estaba diciendo a mi hermana, por ese motivo me he apoyado sin querer.

La actitud seca del guardia de seguridad se suavizó al ver la palidez en su cara. En décimas de segundo y antes de que nadie pudiera añadir nada, Alejandra se dejó caer en sus brazos fingiendo quedar inconsciente. La rápida actuación por parte del vigilante tumbándole en el suelo para intentar reanimarle, y el corro formado alrededor por los presentes, permitió a Sara, con la rapidez y agilidad de un gato, alzar su móvil y grabar la marca, con la esperanza de que fuera lo que esperaba.

—¡Muchas gracias a todos! —musitó Sara, abriéndose paso entre los curiosos y agachándose a la altura de su hermana— muchas gracias, es que está embarazada. La pobre lo está llevando muy mal.

—Parece que está volviendo en sí — añadió el hombre con remordimientos por si su llamada de atención había resultado algo ruda.

—Parece que sí — añadió Sara mientras la abanicaba.

Diez minutos después y con mejor color de cara, Alejandra bajaba las escaleras de mármol del brazo de su hermana. El guardia las acompañó hasta la misma puerta. Se despidieron de él envueltas en agradecimiento. Cuando

doblaron la esquina de la calle de la Sangre sus brincos de alegría alarmaron a un matrimonio que pasaba por allí.

Rápidamente, Sara sacó su móvil del bolso e indagó en su galería de imágenes. Después de seleccionar la foto que era de su interés, la amplió y gritó:

—¡Bingo!



Capítulo 56

Era bien entrada la madrugada cuando se presentaron en la fachada de la Lonja, Lluís, Andreu y Miguel. Aparcaron la alquilada furgoneta en la plaza de la Compañía, esquina con la calle peatonal de los Cordellats y descendieron, con sigilo, cargados con una escalera metálica. La calle estaba solitaria y los bares cerrados. Después de estudiar la disposición, el entorno, las posibles cámaras de seguridad y el acceso más fácil al edificio, habían optado por la verja de hierro que daba directamente al Patio de los Naranjos. Tal y como habían previsto, la puerta estaba cerrada tan solo con una cadena y un candado. La cerradura estaba inutilizada, algo que les alegró enormemente al descubrirlo. Andreu sacó una cizalla de su mochila y cortó la cadena en dos, procurando hacer el menor ruido posible. No podían permitirse despertar a ningún vecino. Los tres entraron y ascendieron los veintitantos peldaños de piedra hasta plantarse delante del pórtico de la Sala del Consulado del Mar. Lluís sacó su instrumental para forzar el cierre, mientras Andreu le alumbraba con la linterna. Miguel se apoyó en el muro almenado, observó cómo sus pulsaciones se habían multiplicado por la arriesgada situación; de repente se giró al percibir algo de luminosidad y les chistó a sus compañeros para advertirles del peligro. Una de las ventanas de la finca colindante se había encendido y se divisaba una sombra que iba de aquí para allá. Agazapados entre los escalones esperaron a que se volviera a apagar la luz.

Lluís volvió a intentarlo de nuevo, hasta que oyó el clic y la puerta se abrió. Andreu ayudó a Miguel a pasar la escalera de aluminio extensible para acceder a la considerable altura a la que se encontraba el techo. Tres haces de luz

irrumpieron dentro de la cámara; por suerte, estaba completamente vacía de muebles, así no podrían tropezarse con nada. Ahora faltaba atinar en el punto exacto donde debían hurgar.

—Voy a dejar de alumbrar el suelo —susurró Lluís—, con tanto cubo geométrico me da la sensación de que se están moviendo las baldosas.

—No nos descarriemos del tema —exclamó Miguel, sacando una nota de papel—. Según los datos que tenemos, hay un símbolo de la Cruz contra el Mal. En la parte superior está la letra D, que podría indicar el lado derecho o también referirse al profeta Daniel, cuyo significado es «Juicio de Dios», y en la punta de la flecha la numeración 17, 3, tal vez aquí se refiera a la jácena o al canecillo correspondiente.

—¿Empezamos a contar por el principio de la sala o por el final? —preguntó Andreu.

Miguel dudó antes de contestar.

—Yo lo haría por el principio.

—Lluís, ayúdame a abrir la escalera —solicitó Andreu.

La colocaron al final de la cámara, próxima a una de las grandes ventanas, y según la numeración correspondiente. Miguel se encargó de sujetarla para evitar accidentes. Andreu sacó un potente foco y alumbró el techo; a continuación, Lluís ascendió, con precaución, dada la oscuridad que envolvía sus pies. A punto de llegar a los últimos peldaños esquivó una de las lámparas, y viendo que la escalera parecía perder estabilidad, miró hacia abajo. Su rostro se encogió por la altura. Hubiera preferido no hacerlo.

—¿Vas bien, Lluís? —consultó Andreu, sufriendo por su amigo. Se había ofrecido él mismo a hacerlo; pero ninguno de los dos le había dejado debido al mal estado de su muslo. Un paso en falso les hubiera traído desagradables consecuencias.

—Sí, estoy bien, pero estos 7 u 8 metros parecen mucho más altos desde aquí arriba.

—Estate atento porque tiene que haber alguna señal, algo que nos indique —voceó Miguel.

Lluís enfocó su haz de luz ante ese magnifico alfarje. Visto a tan corta distancia era de verdadera admiración. Lo primero con lo que se tropezó fue con las ménsulas del escudo de la ciudad; después aparecieron decenas y decenas de minúsculos grabados, a modo de cenefas, hasta llegar a los canes donde se encontraban animales quiméricos, primero, y un desfile de profetas, después.

—Yo solo veo cientos de dibujos y todos diferentes, nada que me llame la atención especialmente.

—De las veintiuna vigas —le guio Miguel— hay que buscar la número 17; puesto que estás en el final debería de ser la número 5. Mira bien por ahí, si no cambiamos la escalera de posición. A lo mejor es en el otro lado.

Lluís se centró en lo que tenía delante.

—¡Yo no veo nada!

—Miguel, ¿has tenido en cuenta las jácenas postizas que tuvieron que añadir debido a la diferencia de tamaño? —hizo la observación Andreu.

—¡No! —bufó Miguel—. Sabía que algo se me olvidaba.

—Lluís, Lluís, estaba equivocado —voceó Miguel, subsanando su error—. Hay dos vigas que son falsas y posteriores a la realización de la techumbre; la segunda y la veinte, de manera que no es esa, sino la de al lado. La cuarta empezando por el final.

Lluís alumbró con interés. La búsqueda se estaba demorando más de lo previsto; el profeta que tenía ante sus ojos llevaba un libro abierto entre sus manos y parecía haber algo escrito que no conseguía descifrar. Se aproximó despacio para no perder el equilibrio, y pudo leerlo con claridad.

—En el libro de este profeta están escritas las siglas Q.S.D. —anunció a sus compañeros.

Miguel estalló en carcajadas.

—¡Es ese, está ahí! Q.S.D. son las iniciales que identifican a San Miguel, significan «Quien como Dios», y el profeta es con toda seguridad Daniel, que menciona a Miguel en su libro como gran príncipe y defensor de los hijos del pueblo.

—¡Tiene que haber algo, busca! —gritó Andreu, emocionado.

Lluís palpó la silueta del profeta, el libro y los alrededores hasta que, arriba de la cabeza, en una de las pequeñas cenefas de la parte más ancha del can, le pareció ver o adivinar que había algo; ya no sabía si su impresión era certera o eran sus ansias que le estaban jugando una mala pasada. Sacó de uno de sus bolsillos un afilado y fino gancho, que había utilizado para abrir la cerradura de la puerta, y lo introdujo en esos pequeños monstruos en relieve hasta que saltaron como la tapa lateral de una estrecha caja, dejando una cavidad hueca. Seguidamente, introdujo los dedos y su tacto se tropezó con la frialdad del metal en forma de cilindro; parecía un tubo herméticamente cerrado. Su sorpresa fue tal, que tuvo que sujetarse a la escalera o hubiera caído de bruces.

Miguel al notar el vaivén en el metal se alarmó.

—¿Va todo bien por ahí?

—¡Demasiado bien! —gritó—. ¡Lo he encontrado!

Miguel y Andreu se abrazaron. De repente, el móvil de Andreu vibró en su bolsillo. Al cogerlo, vio que tenía una llamada de Jesús, y después un mensaje que decía: ¡*Os han descubierto, tenéis siete minutos*!

—¡Joder!… Lluís, baja rápidamente —gritó Andreu—, tenemos que salir cagando ostias de aquí, Jesús viene de camino.

Rápidamente, Lluís tapó la abertura a presión y descendió lo más aprisa que le permitieron sus pies.

Plegaron la escalera, y entre los tres la sacaron de allí. Entornaron la puerta y bajaron los escalones. Salieron por la reja de hierro y corrieron hasta la furgoneta. Una vez dentro, Andreu arrancó el motor. En el mismo instante en que el vehículo desapareció, el coche patrulla de la policía se detenía en la plaza del Mercado, bloqueando el paso en el otro extremo del callejón.

Cuando el inspector Valdés, con el estómago encogido, vio que la furgoneta no estaba, respiró. El subinspector le mostró la cadena rota en la reja de metal.

—Iban preparados —murmuró.

Alumbraron el Patio de los Naranjos, en puro silencio, y después las escaleras.

—¡Me gustaría saber qué demonios han estado buscando aquí! —exclamó Roque— con lo bien que se está en casa calentito.

Al llegar a la Sala del Consulado del Mar vieron que la puerta estaba forzada.

—Hay que abrir una investigación — añadió el inspector, hurgando dentro con su ráfaga de luz.

—Pero si esta sala está vacía — gruñó el subinspector, desconcertado —. ¡Que coño estarían buscando!, como no se lleven una lampara o una figura de esas del techo. Yo cada vez entiendo menos a la gente.

El inspector Valdés no contestó.



Capítulo 57

Esa mañana Alejandra repetía su rutina diaria desde hacía un par de semanas. Haber encontrado ese puesto en el periódico le había devuelto la confianza profesional. Todavía no había comentado nada respecto a su embarazo; encontrar el momento adecuado le estaba resultado bastante difícil, a pesar de que ya empezaba a notársele, principalmente en las tetas, ¡menudas se le estaban poniendo! Se miró en el espejo del baño y posó su mano sobre su incipiente vientre.

Estaba convencida de que sería una buena madre.

Cuando llegó a la oficina percibió cierto revuelo. Victoria Quirós salió del despacho del redactor jefe, y dos de sus compañeros la felicitaron por su buen artículo. Alejandra tomó asiento y abrió su ordenador.

—¿La has visto cómo se regodea? —murmuró Clara con cierta rabia. Una joven becaria con la que había entablado cierta amistad.

—¿Cómo dices? —le preguntó Alejandra sin prestarle demasiada atención.

—Me refiero a la «Arpía» —pronunció con desdén.

—Todavía no sé por qué la llamáis así —puntualizó Alejandra, ajena a los chismes de la empresa.

—Yo opinaba lo mismo —intervino Ruth con cara de asco, uniéndose a la conversación—, hasta que me la jugó bien la muy hija de puta. Va de mosquita muerta y es una trepa en toda regla, que no le importa pisar a quien haga falta si con ello consigue su objetivo.

—Yo la he tratado poco, la verdad —se excusó Alejandra—, salvo un café que le pagué por habérselo derramado el primer día que vine, y los saludos

típicos de cortesía.

—¿Y se conformó solo con eso? —dudó Ruth, asombrada—. Yo he visto humillar a más de uno por mucho menos. Aquí nadie la traga y esos dos mierdas, esos dos pelotas que le han dado la enhorabuena es tan solo porque seguro que les ha prometido algo que luego no cumplirá. Sabes el dicho de «prometer hasta meter y después de haber metido nada de lo prometido».

Alejandra sonrió, asintiendo.

—No te rías, no, esa frase le viene como anillo al dedo.

—Conmigo hasta el momento se ha mostrado bien —quiso disculparla Alejandra ante tanto desprecio.

—¡Pues algo quiere! —siguió metiendo cizalla Ruth—. Ten por seguro de lo que te digo, o le has gustado mucho.

—¿Qué estás insinuando? —profirió Alejandra, arqueando las cejas.

—Pues que no sabemos si le gusta la carne o el pescado —se apresuró a decir la becaria—, ya sabes, o las dos cosas.

—Allá ella con su vida sexual —siseó Alejandra—. No me interesa nada en absoluto.

—Vuelvo a repetirte que algo quiere —insistió Ruth con bastante firmeza—. Yo llevo aquí seis años y he visto de todo, te lo puedo asegurar. Esa Victoria, como su nombre indica, vende a su madre e incluso su propia alma al diablo si hace falta por conseguir lo que quiere. ¡Te lo digo yo! ¡No te fíes de ella! Tú pareces una buena chica y te puede destrozar. A mis cincuenta años creía haber visto de todo hasta que la conocí a ella.

Alejandra levantó la cabeza y clavó sus ojos en ella, que hablaba por teléfono, riéndose sin parar. No le parecía tan peligrosa como la estaban pintando, aunque sí que había observado, por su talante y sus artículos, que tenía bastante carácter.

—Si no fuera porque la muy zorra escribe bien, a buenas horas la tendrían aquí —siguió achuchando Ruth con una mezcla de rabia y envidia—. ¿Has leído lo último suyo? Ha salido publicado esta mañana.

Alejandra alargó el brazo para coger el diario que ella le entregaba y le echó un vistazo por compromiso. Nada más hacerlo, se quedó paralizada. La foto de Augusto Fonfría, en sus mejores tiempos, aparecía, con total claridad, a la derecha de la página. En su artículo mencionaba al empresario y accionista de A.F.C.A.N.I, alabando su ingenio para crear semejante imperio, edulcorando hasta empalagar su buen hacer con la asociación que había fundado sin ánimo de

lucro, poniendo en duda la culpabilidad de su condena, amañada por unas ineptas gestiones judiciales, y su ensañamiento mediático al saber que era una persona con poder.

La indignación de Alejandra crecía a cada renglón que leía, más adulterado que el anterior. Cómo podía haber englobado tanta falsedad en tan poco espacio. Sin avisar se levantó y, con la página en la mano, se puso delante de Victoria Quirós.

—¡Acabo de leer tu falso y vomitivo artículo! —fueron sus primeras palabras sin un ápice de simpatía.

—¿Y? —exigió ella, esperando su arrebato.

—Has deformado la realidad a favor de ese indeseable, como es Augusto Fonfría. Todo, absolutamente todo lo que has escrito es una patraña. ¡Embustera! ¿En qué fuentes te has basado para argumentar tanta mentira?

—Y tú ¿cómo sabes que son falsas? —Su tono era frío, calculador, atento a cualquier gesto de debilidad de su presa—. ¿Hasta dónde puedes ratificar «tu» verdad?

Alejandra se mordió la lengua durante unos segundos, tiempo que le permitió recapacitar y no cegarse en caliente. La mirada de esa mujer era intimidatoria, y por su expresión de indiferencia deducía que todo era una trama para sacarla de sus casillas y hacerla hablar más de la cuenta.

—¡No me busques, Victoria Quirós! —agregó con tono desafiante—. Que no me conoces.

—¡Tú a mí tampoco, querida! Ahora, si me disculpas, tengo que hacer una llamada.

Alejandra se dio media vuelta y se sentó en su lugar de trabajo. Los dientes le rechinaban de impotencia.

—¡Madre mía! ¡Cómo engañas! —recalcó Ruth por detrás, sumamente sorprendida—. Tan modosita que parecías. Creía que te la ibas a comer. Espero que no te haya influido lo que te he dicho, aunque me alegra que le hayas plantado cara. Todavía me estoy preguntando qué te ha hecho ponerte así, porque desde aquí solo se te oía gritar.

—¡Ruth! —pronunció tajante—. No es el momento de dar explicaciones. No tengo ganas de hablar.

—Claro, claro, lo entiendo —transigió, mientras le daba la espalda y se centraba en sus ocupaciones.

A media tarde, Miguel y Rosa acudieron a casa de Sara. Alejandra y Lluís también habían subido para comentar sus siguientes pasos. Alejandra les acababa de contar el incidente del periódico con la periodista Quirós.

—No me extraña que la llamen la Arpía —refunfuñó Sara en defensa de su hermana—. ¡La bruja, le diría yo!

—Seguro que sabe algo, lo presiento. Todo ha sido para provocarme. Menuda hija de puta. No me extraña que esté tan flaca, el veneno que lleva dentro la está consumiendo.

—Qué puede saber —terció su Tía Rosa.

—Dices que estaba delgada —apuntó Miguel, interesado.

—¡Delgada no, escuálida! —rectificó Alejandra.

—No tendrás una foto de ella —solicitó Miguel.

—No entiendo a qué viene tanto interés por su aspecto físico —masculló Rosa.

—Pues sí, en su página de Facebook —Alejandra buscó en su móvil hasta encontrarla.

Miguel se aproximó para verla con detalle. Después murmuró:

—¡Me lo imaginaba!

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Rosa, intrigada—. ¿Qué la conoces?

—Conocerla no, pero esa joven me ha estado siguiendo en varias ocasiones, en el Archivo de la Diputación, del Reino, en la plaza de la Virgen, eso que yo me haya dado cuenta. Me llamaba la atención encontrármela en tantos lugares; ahora, reafirmo que no era mera casualidad.

—¿Con qué fin? —inquirió Sara, cargada de rabia.

—Esperad un momento —interrumpió Lluís—, esa mujer es la misma que estaba en el Museo del Palacio Real la primera vez que entramos, y agobió a Andreu con sus impertinentes preguntas.

—Y yo sin saberlo he ido a caer en el mismo lugar de trabajo que ella —renegó Alejandra, enojada—. ¡Seré desgraciada!

—No nos alteremos, quizás solo sea eso, una trepa que quiere su minuto de gloria —manifestó Jesús en calidad de policía—, a lo mejor no es tan malo que estés cerca.

—¿Ah, no?

—Imaginaos si cambiamos los papeles y somos nosotros quienes, a partir de ahora, le vigilamos a ella.

—Me parece buena idea —avaló Sara.

Alejandra maduró su propuesta, menos descabellada de lo que parecía.

—¿Cómo va la investigación del robo de libro *Súmmum*? —preguntó Miguel.

—Mal, aparentemente no hay pistas sobre quién o quiénes pudieron cometer el robo. Hemos hecho un minucioso interrogatorio y todo está demasiado bien atado.

—Gracias por avisarnos anoche en la Lonja —le agradeció Lluís—. Nos vino justo, justo, para salir pitando de allí.

—De nada, era lo que habíamos acordado. Se ha abierto una investigación. La comisaria Ortiz me lleva de cabeza con ella. He de reconocer que fuisteis finos en el trabajo. No han encontrado huellas y he visto las cámaras de seguridad. A vuestro favor os diré que va a ser muy difícil, por no decir imposible, identificaros.

—Fue un acierto tapar la matrícula de la furgoneta —admitió Andreu—, y una suerte que nadie nos parara por ello.

—A primera hora de esta mañana he llevado el cilindro de metal a la sala de los manuscritos —expuso Miguel—. Todavía tengo grabada la cara de sorpresa de los síndicos al verlo.

—¡No lo habréis abierto! —rogó Rosa con temor—. Sabéis lo peligroso que es.

—No —negó Miguel—, pero me temo que habrá que hacerlo.



Capítulo 58

Andreu colgó el teléfono con el corazón roto. Había cogido la llamada de Rebeca, a pesar de que se había hecho el firme propósito de hablar con ella tan solo en las horas de trabajo en el Museo del Palacio del Real. Sin embargo, había sucumbido a la tentación y ahora se arrepentía. Había percibido sus lágrimas al otro lado de la línea y eso le estaba ahogando. No podía ceder, sabía que no debía. Qué cruel le estaba resultando sobrevivir en esta vida. Desconocía si había pasado por otras anteriores o le quedaba por vivir alguna más, lo que sí sabía era que las pruebas que le habían asignado eran difíciles y duras.

Un pinchazo en el muslo le recordó el mal que le estaba consumiendo; hasta en el restaurante le habían preguntado si le pasaba algo porque en ciertos momentos cojeaba. No podía permitirse perder ese trabajo que le había dado una independencia de la que había carecido muchos años. Qué más cosas tenía que hacer para probar que era una buena persona. Miró el panel del árbol genealógico de la pared, que se había quedado estancado ante tal aluvión de acontecimientos, y se detuvo ante una estampa del Arcángel San Miguel que le había dado Alejandra. Le dio la vuelta y rezó la oración que había detrás. Ya no sabía si creía o dejaba de creer, solo quería que esa pesadilla en la que se había convertido su existencia terminara de una vez por todas.

Cenó una ensalada y algo de fruta, y sin ver la programación de la televisión se metió en la cama. No tenía el cuerpo para nada más. Esa situación le estaba minando no solo su malestar físico sino también el mental.

¿Hasta cuándo podría mantener la cabeza cuerda?

Con ese pensamiento la razón le abandonó, sumergiéndose en un profundo sueño, tan profundo que ya no era dueño de sus actos. Ahora era su subconsciente, adulterado con embrujos y maldiciones quien le manejaba como una frágil marioneta de madera, manipulando, a su antojo, los cordeles de sus extremidades. El color blanco por todos lados le deslumbró hasta tal punto que quiso protegerse los ojos tapándoselos con las manos; pero ¿qué les sucedía a sus brazos que no los podía mover? Estaban maniatados alrededor de su cuerpo, apresados en esa invencible camisa de fuerza. Se reveló tirando de aquí para allá, con la cara desencajada al sentirse preso. Se refregó por las paredes acolchadas intentando desatar el nudo que llevaba en su espalda. Se revolcó por el suelo como un animal al verse vencido, sin lograr aflojar ni un solo centímetro de su prisión. Un dolor punzante en la pierna le hizo detenerse para contemplar como el pantalón blanco se teñía de rojo sin parar de sangrar. Andreu luchó y luchó hasta que la flojedad le ganó la batalla y cayó al suelo. Su cuerpo se convulsionó, sus ojos marchitos se cerraron y se dejó llevar por esa paz y armonía que había escaseado tanto en su vida. Entonces, escogió la muerte como única salida y se rindió.

Un ruido intermitente estalló en su cabeza haciéndole despertar. Abrió los ojos y se vio tumbado en su cama. Rápidamente se destapó para mirarse el muslo herido. Seguía con el mismo mal aspecto de cuando se acostó. El pitido entrecortado continuaba irrumpiendo por algún lugar de la casa, hasta que fue consciente de que era su móvil quien lo producía. Se levantó corriendo. En el instante en que fue a cogerlo dejó de sonar. Desconocía el número que le había llamado, así que lo dejó encima de la mesita de noche. Las escenas de hacía tan solo unos minutos encharcaron su mente. Sus visiones agonizantes, dando las últimas bocanadas de vida le habían conducido a esa paz interior, apoderándose de su cuerpo. Esas ganas de traspasar el umbral de la muerte le habían resultado tentadoras. Era la primera vez que le ocurría algo así desde que había empezado con las pesadillas. No quería reconocer lo que le estaba pasando. Sin saber cómo, había pasado al siguiente nivel de su maldición, y quizás el último, en el que solo tenía cabida la muerte.



El robo perpetrado en el Archivo del Reino les estaba empezando a quitar el sueño al inspector Valdés y al subinspector Roque. Una vez más, entraron en el

edificio con la intención de volver a ver las cámaras de seguridad y comprobar si algo se les había pasado por alto a pesar de la ausencia de datos en las supuestas horas donde se sustrajo el objeto en cuestión. Subieron las escaleras hasta llegar al despacho de Onofre Lafuente, encargado del archivo, que les recibió con el protocolo de cordialidad que correspondía en el momento. Sin embargo, debajo de esa armoniosa fachada, al inspector Valdés le pareció advertir un ligero nerviosismo.

—¿Va todo bien? —le sondeó el inspector.

—Sí, claro… —su rostro reflejó sorpresa ante tan inesperada pregunta.

—Lo veo algo intranquilo, espero que no sea por nuestra presencia.

—Naturalmente que no, ya saben que están en su casa y tienen las puertas abiertas para lo que necesiten.

—Se agradece la cortesía por su parte —agregó el subinspector Roque—, ya sabe que hay que dar facilidades a la ley para que de caza a los ladrones.

Los tres se unieron en forzadas sonrisas.

—Nos gustaría repasar las cámaras de seguridad —solicitó Valdés.

—¡Otra vez! —exclamó el señor Lafuente.

—Sí, y las veces que sean necesarias —añadió Roque.

—Claro, claro —sonrió—, no hay problema. ¡Síganme!

Una hora después los inspectores subían al coche sin haber visto nada nuevo que les abriera las miras.

—Ese tío no me gusta —gruño Valdés, mosqueado.

—A mí tampoco —secundó Roque.

—Investiga todo sobre él, principalmente su economía, si tiene hipoteca, ya sabes.

—¡Cuenta con ello!



Capítulo 59

La Casa Vestuario se había quedado prácticamente vacía después de celebrar uno de los habituales juicios del Tribunal de las Aguas. Los síndicos habían terminado pronto ya que no había demandantes; y en cuanto pudieron, descendieron a la sala de los manuscritos. Muchos habían sido los meses tratando de desvelar el contenido de esas huellas de plomo. Estaban orgullosos de sus progresos, pero ahora se presentaban ante un difícil y temido reto; destapar el cilindro de metal. Sabían de su peligrosidad y de los riesgos que corrían al hacerlo, aunque por muchas vueltas que le daban al tema no había otro remedio. Fue Jaime Santos, jurado de Quart, el primero en dar el paso; antes de ello pidió que retiraran de su vista las tres láminas de colores de los demonios. Tenerlas tan cerca le producía mal agüero. Colocadas boca abajo y a cierta distancia, sujetó el tubo metálico con firmeza y retiró la tapa, después lo inclinó hacia un lado con el fin de que se deslizara el contenido de su interior, cayendo sobre su mano derecha un códice perfectamente enrollado. Seguidamente, lo dejó apoyado encima de la mesa con la misma delicadeza que si fuera un frasco de nitroglicerina. Los demás siguieron sus movimientos en pleno silencio.

El presidente Humberto Fernández tomó la siguiente iniciativa abriéndolo cuidadosamente. El crujir del material acartonado por el paso de los siglos se adueñó de la sala, apoderándose de todo rincón y espacio.

—Sabes a lo que nos exponemos si lo leemos —previno Juan Alcaraz, síndico de Mestalla.

—Todos lo sabemos —contestó Humberto—. Necesitamos saber con exactitud si está completo, o falta alguna parte. De seguir ignorándolo no

podremos continuar adelante. No puedo implicaros en esto más de lo que ya estáis. Por ello, yo seré el único que corra ese riesgo.

Humberto leyó la primera página, y nada más empezar frunció el ceño. Aquello era un auténtico ritual de frases en las que el nombre de Satanás se repetía una y otra vez sin descanso. Levantó la vista para no contaminarse, percibiendo un ligero vahído. Lorenzo, jurado de Rovella, que se encontraba a su lado, notó como se inclinaba hacia un lado y le acompañó a sentarse. Los demás síndicos le hicieron un corro, preocupados por su estado de salud y por las consecuencias que podía acarrear, discrepando sobre su continuidad.

Todos menos uno, Valentín, jurado de Tormos, iba a seguir los movimientos de los demás; pero al pasar por delante del pergamino una fuerza sobrenatural le hizo detenerse y clavar sus ojos en él. A pocos metros de distancia, la lámina de Satanás se intensificaba de color y también de calor. El síndico levantó la vista con expresión lunática, colocó una mano sobre el texto escrito y empezó a rezar en voz alta una serie de frases incoherentes. Luego levantó los dos brazos al techo con signos de invocación y con un encendedor en la mano derecha.

Fue Fernando Villar, jurado de Rascaña, el primero en darse cuenta y alarmar a los demás. Apenas les dio tiempo a reaccionar, levantarse e impedir que sucediera lo inevitable y que todos temían.

Valentín, con la conciencia ida, prendió el mechero hacia su cuerpo, que en décimas de segundo se vio envuelto en llamas iluminando la estancia y dejando a los síndicos sin palabras. Con rapidez, le tendieron una manta alrededor hasta que el fuego se extinguió. El síndico se quedó tumbado en el suelo, malherido y en estado de *shock*.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó cuando recuperó la conciencia, envuelto en dolor y como si hubiera estado ausente.

La sirena de la ambulancia hizo eco en la plaza de la Virgen, llevándose al síndico de Tormos hacia la Unidad de Quemados de la Fe, con graves quemaduras de tercer grado. Le acompañaron los síndicos de Rascaña y de Benácher-Faitanar en esos momentos tan críticos. La rápida y eficiente actuación de Jesús, al ser llamado por Humberto avisándole de la desgracia, le había salvado la vida y había evitado que descubrieran la sala de los manuscritos.

El lamentable suceso les había hecho recapacitar ante la posible revelación voluntaria de todo lo que poseían. Sus edades ya avanzadas les mermaban agilidad para mantener por mucho más tiempo ese secreto, pudiéndolo brindar a gente más experimentada y con mejores condiciones físicas.

Después de que los ánimos se calmaran, Jesús los acompañó a la sala de los manuscritos, enviando al subinspector Roque a realizar unas gestiones y poder aprovechar para ver el lugar del incidente. El intenso olor a humo le bloqueó las fosas nasales, irrumpiendo con un golpe de tos.

—Hay que conectar los extractores ya, este ambiente es tóxico —aconsejó Jesús.

—No hemos tenido tiempo con el susto de Valentín… —se excusó Juan, jurado de Mestalla, poniéndolos en marcha.

Jesús se dirigió a la mesa donde se encontraba el pergamino en perfecto estado.

—Así que este es el culpable de todo lo ocurrido —mencionó.

Humberto asintió, terriblemente afectado.

—De no haberlo cogido a tiempo se hubiera muerto abrasado, exactamente igual que Pedro Adell, el segundo maldecido por la bruja Lupe.

—Nos hubiera podido tocar a cualquiera de nosotros —añadió Jaime con tristeza e impotencia—. ¡No sé qué vamos a hacer! Hemos estado jugando con fuego todo el tiempo y no éramos conscientes de ello, hasta que nos hemos quemado.

—¿Aquellos son los dibujos de la metamorfosis? —señaló Jesús.

—Sí —le contestó Jaime—, les pedí que los retiraran y los colocaran todos boca abajo.

—Ahora el de Satanás está boca arriba —rectificó Jesús—. Imagino que algún síndico le habrá dado la vuelta.

—Posiblemente —susurró, aunque no recordaba que nadie se hubiera alejado del grupo.

—¿Es cierto que se prendió fuego con un mechero? —indagó Jesús en calidad de inspector.

Humberto asintió.

—Con este, supongo —dijo, agachándose para cogerlo del suelo con un pañuelo.

—Sí, con ese fue —afirmó Lorenzo, jurado de Rovella—. Lo utilizamos para encender alguna vela y poco más.

—¿Seguro que no tenía ningún producto inflamable que se hubiera podido rociar por encima o algo así?

—Estamos convencidos de ello —explicó Jaime—. Aquí carecemos de cualquier toxicidad al ser un recinto cerrado.

Jesús alejó la mano que tenía el mechero para no resultar herido y presionó con el dedo. Ante su sorpresa salió una diminuta llama.

—Lo que no termino de entender es cómo de aquí ha podido salir semejante llamarada y producirle ese nivel de quemaduras.

—Nosotros tampoco nos lo explicamos —apuntó Jaime.



Esa tarde, en la comisaría, el inspector Valdés intentaba rellenar el informe de esa misma mañana en la Casa Vestuario. Apenas había escrito un par de líneas, midiendo con lupa las palabras que podía poner o no, sin desvelar nada que no fuera necesario. La situación se le complicaba en su ámbito de trabajo. Hasta hacía unos días la investigación del libro *Súmmum* le acompañaba desde la distancia, involucrándose colateralmente; ahora estaba metido hasta las cejas, primero, salvándoles el culo en la Lonja y avisándoles de su llegada; después, ayudándoles a mover el cuerpo del síndico hasta la planta de arriba alterando la versión y el lugar de los hechos. Se estaba llenando de mierda hasta las orejas.

—La comisaria Ortiz, que vayas a su despacho —le avisó una compañera.

El inspector Valdés se levantó, dejando la hoja de papel encima de la mesa.

La puerta de su oficina estaba abierta.

—Entre Valdés y cierre la puerta, por favor.

Él la obedeció.

—He leído el informe de la Lonja. ¡A eso llama un informe! Más incompleto no puede estar, parece un telegrama. ¡Modifíquelo! — dijo, entregándoselo—. ¿Cómo va el robo del Archivo del Reino?

—El subinspector Roque está recabando información sobre la persona encargada. Sospechamos que puede estar involucrada.

—Bien, ¿algún problema? — preguntó ella avispada.

—Ninguno, ¿por?

—No sé… me parece que últimamente está como distraído. No me lo tome en cuenta, ya sabe que soy muy observadora y me preocupo por las personas que están a mi cargo.

—Pues todo va bien.

—Me alegro, entonces.

El inspector Valdés salió camino de su mesa de trabajo. Tenía que ser más precavido, más frío y menos transparente.



Capítulo 60

Esa noche había reunión urgente en casa de Andreu, habían acordado que no faltaría ninguno, incluso iban a acudir Humberto y Jaime del Tribunal de las Aguas en representación de los demás síndicos. Se iba a debatir el tema de cómo continuar sin descifrar el pergamino.

Todos llegaron a la hora acordada; después de los saludos pertinentes tomaron asiento. Humberto fue el primero en levantarse y dirigirse a los presentes.

—Antes de nada, quisiera agradecer a todos el interés que habéis demostrado por la salud y recuperación de Valentín; puedo decir que, después de hablar con el médico que le está tratando, su pronóstico es estable y aunque es pronto todavía, evoluciona favorablemente. Tiene quemaduras en la cabeza, parte de la espalda y una de sus manos. Fue una gran suerte que llevara varias capas de ropa, eso le protegió parte de la piel. Aún no nos hemos recuperado del susto.

—¡Madre mía! —murmuró Rosa, viendo la cara de los demás igual de afectados que ella.

—He de decir que, después del trágico incidente, la sala de los manuscritos está casi inaccesible. Están puestos los extractores constantemente para que limpien el ambiente, por eso hemos decidido vernos aquí. Nos ha sido imposible pasar de la primera página de ese malévolo pergamino perteneciente al libro *Súmmum*. No hemos querido arriesgarnos nadie después de lo sucedido. El pergamino se ha vuelto a guardar en su cubierta de metal hasta buscarle un lugar apropiado. Unirlo al medallón en la caja fuerte de la Casa Vestuario nos pareció

una locura, y dejarlo allí en la sala tampoco era apropiado. Jesús se encontraba con nosotros y nos ayudó a buscarle ubicación.

—Es cierto —añadió él retomando la palabra—, al final optamos por una caja de seguridad en un banco cercano y están como titulares Humberto y Miguel; también tuve la oportunidad de comprobar como la débil llama del mechero, que produjo tales quemaduras a Valentín, podía prender con dificultad una miserable vela. De manera que nadie se explica cómo pudo escupir semejante lengua de fuego.

Los murmullos resonaron en la habitación.

—Todos somos sabedores del poder sobrenatural y maligno que rodea el entorno en el que nos estamos moviendo —continuó Humberto—, y los hechos sobrenaturales que han sucedido sin una explicación científica. También sabemos que debido a los síntomas de Andreu y… —Humberto hizo una pausa, mordiéndose la lengua antes de nombrar a Alejandra— existe una importante premura en atajarlo cuanto antes.

—Cierto, Humberto —continuó Miguel, agradecido por su tacto y prudencia al no mencionar a su sobrina—, por ese motivo yo no he dejado de rastrear las pistas que nos han ido dejando Baldomar y María de Castilla, como miguitas de pan, con el inconveniente de que muchas de ellas se las ha engullido el tiempo.

—¡Ánimo, Miguel! Si hemos conseguido una parte, podemos localizar otra más —alentó Lluís, pasando la mano por el hombro de su mujer. Al mirarla respiró, no parecía haber sospechado nada en absoluto.

—Dada que nuestra primera suposición fue certera y nos condujo con éxito a la techumbre de la Casa de la Ciudad, yo he seguido hurgando en la trayectoria profesional de Baldomar, y repasado no sé cuántas cartas de la reina.

—¿Por qué pensáis que pudo esconderlo en otro lugar y no en el mismo sitio, que hubiese sido más fácil? —quiso saber Rosa.

—Tía, es algo que no podemos asegurar —explicó Sara—; por lógica, si la intención era ocultarlos para que fuera imposible unir las tres piezas, no tiene demasiado sentido esconderlas cerca, y mucho menos en el mismo recinto.

—Yo también opino lo mismo —mencionó Miguel, apoyando su teoría—, por ello he seleccionado algunos puntos que me gustaría repasar con vosotros. He estado haciendo una importante criba en los trabajos que realizó el maestro de obra y he anotado tan solo los que reúnen algunos requisitos como estar dentro de la ciudad.

—¿Descartas la posibilidad de que pudiera irse fuera? —cuestionó

Alejandra.

—En absoluto, simplemente me he centrado en los trabajos importantes y dónde, supuestamente, basó gran parte de su labor. Otro de los requerimientos ha sido la horquilla de los años, entre 1457, cuando la reina le encomienda la misión, a 1458 cuando ella fallece. Postergarlo más me parece una pérdida de tiempo.

—Considero que tienes razón —apoyó Andreu.

—Por ello, si partimos desde sus trabajos en el Palacio Real, Baldomar aparece desde 1440 hasta 1472, de forma intermitente, posiblemente porque se hayan podido perder algunos libros de obras; aunque se supone que estaba al frente de la dirección de los trabajos de cantería, tales como las salas entre las torres, incluso la sala de los ángeles, utilizada por el propio monarca.

—Espero que no se decantara por el Palacio Real —mencionó Lluís—, más que nada porque salvo un puñado de piedras queda bien poco.

—O mucho, si tenemos en cuenta todo lo que nosotros encontramos allí —le rebatió Andreu.

Lluís asintió con la cabeza.

—Me parece muy descabellada la idea de que la reina accediera a esconderlo en su propia casa —argumentó Alejandra—, ¿no os parece?

—Sí —apoyó Sara—, yo también creo que deberíamos descartar el Palacio del Real.

—Muy bien —continuó Miguel—, pues he desechado también las Torres de Quart porque, aunque empezaron a construirse en 1441 por Jaume Gallén, como maestro albañil, es a partir de 1444 cuando aparece Francesc Baldomar como maestro cantero, y en las fechas que nos interesan de 1457, sus visitas eran tan solo esporádicas ya que había empezado a ejercer como maestro de la catedral.

Miguel buscó en sus anotaciones y continuó:

—Otro de los posibles lugares en los que aparece Baldomar entre 1455 y 1460 es en el Almudín. Aquí compaginó las obras con la Capilla Real, al igual que muchos de sus ayudantes.

—Ese hombre no paraba de trabajar —susurró Jesús.

—No, porque lo debía de hacer muy bien; sobre todo, las bóvedas aristadas que destacan por su dificultad y magnífico estado de conservación, principalmente la de la Capilla Real del Convento de Santo Domingo, que la empezó antes que las Torres de Quart; sin embargo, terminó de construirse después. También es posible que fuera debido a que no iba a ser asignada para la

finalidad que fue concebida, ya que, recordad, que fue el mismo Alfonso V el Magnánimo quién se la encargó a Baldomar como capilla funeraria para acoger los restos destinados a él y su esposa; aunque, al final, el rey terminara enterrado en el convento de los dominicos de Nápoles y la reina en el sepulcro del Monasterio de la Trinidad. Como podéis ver, la motivación que les impulsara se fue apagando.

—Las vueltas que da la vida. Tanto para nada —susurró Rosa.

—Además, una capilla, realizada íntegramente en piedra de las canteras de Sagunto que transportaban en carretas tiradas por mulos. Según las capitulaciones y libros de cuentas, comienza su construcción en el año 1439; hay un periodo de tiempo que se carece de información, y en 1445 Baldomar aparece a la cabeza de las obras junto con su esclavo Valentí. Tres años después se levantan los muros, se comienza la bóveda de la sacristía y la escalera de caracol. Una escalera helicoidal de dos subidas y doble revolución, con una espiral dentro de la otra. Algo totalmente innovador en aquella época. En 1454 se realizan las cimbras y los andamios para la bóveda de la cabecera de la capilla. En el 1455 aparece con otros picapedreros y con su discípulo Pere Compte. Aquí destaca la introducción de la piedra de Portaceli y la compra de la madera para el retablo. En 1457 comienza su andadura como maestro de la catedral y en 1470 termina la construcción y aparece, por última vez, recogiendo unas desgastadas herramientas como pago por el mucho dinero que le debían, tanto a él como a otros trabajadores.

—Así que de momento tenemos como posibles opciones —quiso resumir Alejandra— el Almudín y la Capilla Real del Convento de Santo Domingo.

Miguel asintió.

—No has nombrado la catedral —apuntó Sara—; si en 1457 era su maestro de obra, perfectamente podía haberla escogido como opción.

—Buena apreciación, solo que, en esas fechas, los trabajos que realizó fueron de poca importancia; a partir de 1459, y se nos va de fecha, es cuando comenzaron a derribar algunos edificios y a cavar los cimientos para ampliar la nave de la catedral y poder unirla al Miguelete y al Aula Capitular. Por último, me gustaría incluir en el abanico de posibilidades, al Real Monasterio de la Trinidad; aunque no hay ninguna documentación que certifique que sus manos llegaron también hasta allí, se deduce que se haría cargo de la maestría de obra después de fallecer Dalmau en 1453, ya que hay numerosos trabajos que llevan su sello y que se atribuye su autoría, como varias bóvedas desde el locutorio, la

iglesia, la tribuna de la reina y la sacristía. También la escalera del claustro y una ventana pétrea típica de Baldomar.

—Tu labor de investigación ha sido exhaustiva —alabó Alejandra—. Te felicito por ella, pero eso no nos saca de dudas con respecto a dónde tenemos que buscar.

—Tienes razón.

Miguel miró a todos, luego continuó:

—Por ello, después de estudiar con detenimiento al maestro cantero, he contrastado las misivas de la reina procurando no pasar ningún detalle por alto, y hay algo peculiar.

Si durante su exposición había captado la atención del grupo, con la última frase Miguel había conseguido una máxima expectación.

—Ya que en este intercambio de notas, la soberana le elogia por su buena disposición para realizar el cometido y anota estos versículos de:

> *Isaías: 9.*
> *2. El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz.*
> *4. Porque el yugo que pesaba sobre ellos, la vara que hería sus hombros y el bastón de su exactor; tú los hiciste pedazos.*
> *10.1 ¡Ay de los que establecen leyes inicuas y de los que ponen por escrito las injusticias decretadas, para apartar del tribunal a los desvalidos y privar de su derecho a los pobres de mi pueblo, para que las viudas sean su presa y los huérfanos su botín!*

—La reina da a entender que tiene la esperanza de atajar ese mal de oscuridad —expuso Sara—, cuando dice *El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz*. Siempre con la intervención de su intermediario el arcángel y de Dios, naturalmente, de ahí el segundo versículo, y cuando menciona *que las viudas sean su presa y los huérfanos su botín*, corregidme si me equivoco, me da la sensación de que hace referencia a la maldición de Hortensia Roig.

—Yo también lo creo —secundó Alejandra.

—Pues escuchad cómo termina la carta; dice así:

> *La Corona y la iglesia, en deuda por tu encomiable labor; gratificará tu honradez y nobleza; que la tutela del arcángel te proteja y los perros del Señor te guíen.*

—Otra vez aparece el arcángel —farfulló Lluís.

—Sí, me temo que también va a estar involucrado —añadió Alejandra con cierta ironía— en esta búsqueda.

—¿A qué o quién se refiere al decir *los perros del Señor*? —quiso saber Andreu.

—Por lo que yo puedo aportar —añadió Humberto—, los perros en las tumbas representan la fidelidad hacia su dueño.

—En este caso sería la fidelidad o lealtad hacia el Señor —murmuró Sara en voz alta.

—Esa misma observación me hice yo al leerla —intervino Miguel—, y después de escarbar, resulta que la Orden de Predicadores o dominicana, como también se le conoce, se consideran a sí mismos como los perros pastores de la iglesia, o si preferís, los perros del Señor.

—Esperad un momento —medió Andreu—, el Convento de Santo Domingo donde se encuentra la Capilla Real es de los dominicos.

Miguel asintió. Rosa cruzó los dedos para que acertaran sin mucha demora.

—¿Creéis que podría ser uno de los lugares elegidos? —preguntó Sara en espera que fuese que sí.

—Buena pregunta —aduló su hermana—, deberíamos investigar sobre él, quizá hallemos la respuesta.

—Yo diría que el lugar tiene muchas posibilidades. —Prosiguió Miguel—. Sé que se ha hecho muy tarde. Todos estamos cansados y muchos de nosotros tenemos que madrugar, pero me gustaría daros a conocer los últimos versículos que Baldomar le envió a la reina verificando que su misión; a falta de culminarse, seguía el objetivo impuesto.

> *Isaías 9.*
> 10. *Han caído los ladrillos, mas edificaremos con piedras labradas; han sido cortados los sicómoros, pero en su lugar pondremos cedros.*
> 18. *Pues la maldad arde como un fuego, devorando las zarzas y espinas, y prende las espesuras de la selva, que se elevan en remolinos de humo.*

—Tiene sentido que lo escribiera el maestro cantero ya que menciona algo de construcciones —hizo la observación Lluís—, aunque no sé muy bien con qué idea.

—Puedes estar seguro que su motivo tendría —contestó su mujer, somnolienta.

—Si nos vamos a centrar en la Capilla Real —empezó Sara—, quizá deberíamos empezar por visitarla y estudiar el tema.

—Me parece lo correcto — dijo Alejandra—. Yo siento deciros que me caigo de sueño.

—Miguel, yo creo que deberíamos dejarlo por hoy propuso Andreu. — Todos llevamos una carga importante y el descanso es necesario.

Miguel asintió.



Capítulo 61

Esa mañana Alejandra no se encontraba demasiado bien, había vomitado el desayuno dejando a Lluís inquieto antes de marcharse a trabajar. Ella había observado que los olores le afectaban de una forma desmesurada. Algo de eso había leído en una revista, sin pensar que llegara a ser tan desagradable. Desde que estaba embarazada era como si su olfato se hubiera hiperdesarrollado, al igual que Grenouille, el protagonista de la novela *El perfume*. Todos los olores, daba igual su procedencia, adquirían una consistencia que le ahogaba, produciéndole unas irremediables arcadas. Aromas que antes le eran agradables, se habían transformado en pestilentes hedores, hasta el punto de que no soportaba ni su propio perfume, y mucho menos el de Lluís. Al salir de la ducha un par de pinchazos, en la parte baja del vientre, le hicieron retorcerse hasta obligarle a sentarse. Al mirarse en el espejo observó, con cierta confusión, que le habían salido un par de pequeñas manchas oscuras en la piel a la altura del ombligo. Eran como moraduras, solo que ella no recordaba haberse dado ningún golpe. Aun así, había acudido al trabajo con normalidad procurando estar atenta a cualquier síntoma, pero sin sugestionarse demasiado. La última visita ginecológica había salido todo bien; no tenía por qué alarmarse, aunque en su interior no podía quitarse esa pegajosa sensación de preocupación.

Pasaban de las nueve de la mañana cuando la Arpía llegó al periódico, con una sonrisa de oreja a oreja, y se detuvo delante de la mesa de Alejandra.

—¿Has leído mi nuevo artículo? —le preguntó sin parar de masticar chicle.

Alejandra mantuvo la respiración mientras notaba cómo se le llenaba la boca de saliva ante el empalagoso olor del regaliz que emanaba de su boca. Solo pudo

negar con la cabeza. Estaba segura de que si pronunciaba una mísera palabra le vomitaría en su propia cara. Quizás eso era lo que se merecía y debía de haber hecho, pero se contuvo.

—Pues te recomiendo que lo hagas, te va a encantar —fueron sus últimas palabras, dejándole un ejemplar encima de su mesa.

A continuación, se dio media vuelta y se marchó. No había que ser muy lista para darse cuenta de que su relación se había envenenado después de la última conversación. Alejandra había observado cómo en los últimos días era controlada de una forma indiscreta y descarada, no solo por su adversaria, sino también por sus súbditos. Tal y como le había comentado Ruth, había gente en el periódico que le apoyaba y defendía, a pesar de ser una auténtica arpía. Su antigüedad jugaba una baza importante en la empresa y contra eso ella no podía competir. Estaba convencida de que si se había dignado a refregarle su última reseña era porque, de alguna manera, sabía que le iba a escocer lo que había escrito en ella.

Alejandra alargó el brazo y lo buscó con gran curiosidad. A saber qué se había inventado esta vez la muy zorra. Enseguida lo localizó, nada más ver el titular supo que su firma estaba detrás sin llegar a verla. Decía así:

El misterioso incendio, sin llamas, de la Casa Vestuario.

Las enigmáticas quemaduras de uno de los síndicos del Tribunal de las Aguas, nos han dejado sin palabras ante el inexplicable incidente ocurrido el pasado jueves en la Casa Vestuario, donde Valentín Soto Oliva, síndico de la acequia de Tormos, resultó gravemente herido a causa de unas quemaduras de tercer grado en gran parte de su cuerpo, producidas por un misterioso incendio y, recalco la palabra "misterioso" ya que en todo el recinto no se registró ni un exiguo rastro de las ascuas de esas llamas. Lo que nos lleva a pensar; tan solo a los malpensados, claro está, ¿que demonios pasó ese día en la Casa Vestuario? A lo mejor sí que era cosa del demonio y las quemaduras son la prueba de que su mal verdaderamente existe…

Alejandra no pudo seguir leyendo. Dejó el diario sobre la mesa y se dirigió al cuarto de baño. La saliva de su boca se había convertido en una pasta espesa que arrojó en el váter, seguida de una bocanada con los restos del café con leche.

Más repuesta, se enjuagó la boca y escupió en el lavabo. De buena gana se hubiera puesto delante de ella y le hubiera dado un puñetazo en la boca, haciéndole tragar esa mierda de chicle que estaba siempre rumiando, y le hubiera

cogido del pescuezo, igual que a un pollo, obligándola a sacar un palmo de lengua.

Pasados unos minutos se mojó las manos y las apoyó en el lavabo y recapacitó frente al espejo conteniendo su mala leche. Con la mente más fría y el corazón más sosegado se dijo: No hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

Instantes después, tras arreglarse el pelo y con la cabeza bien alta, se sentó en su mesa de trabajo y la ignoró. A lo largo de todo el día supo que sus movimientos estaban controlados por la Arpía en todo momento; podía percibir la trayectoria de sus ojos penetrándola como un afilado rayo láser. La vio revolverse en su asiento, presa de rabia por no haber provocado en ella una reacción de disputa.

Alejandra desde su interior se rio.



Jesús entró en su puesto de trabajo. Saludó a algunos de los compañeros, y frente a su mesa hecha un desastre se hizo el firme propósito de que esa misma mañana pondría algo de orden. Ni él mismo se reconocía. Siempre se había considerado una persona metódica y había defendido que todo tenía su lugar; sin embargo, esas últimas semanas no tenía tiempo ni para rascarse.

Roque se acercó con unos papeles en la mano y se sentó enfrente de él.

—Tengo el informe de las cuentas bancarias de Onofre Lafuente, el encargado del Archivo del Reino. Al parecer ha pasado por un mal momento económico.

—¿Y? —demandó el inspector, volviendo a dejar la carpeta que tenía entre las manos encima de la mesa.

—Pues que en los dos últimos meses se ha recuperado misteriosamente. Ha recibido un ingreso periódico bastante importante fuera de su nómina habitual.

—Déjame ver.

Valdés lo hojeó por encima.

—¿De dónde proviene el ingreso?

—De una empresa fantasma de Suiza.

—¡Joder con las empresas fantasma y la economía sumergida! Vamos a hacerle una visita al señor Lafuente. Tengo curiosidad por saber qué nos cuenta.

Pocos minutos después, los inspectores aparcaron el coche frente al edificio. El señor Lafuente les recibió en su despacho, sin apenas hacerles esperar.

—¿Quieren ver las cámaras otra vez? —les dijo con cierta guasa.

—No, solamente queremos verle a usted —contestó el inspector Valdés—; mejor dicho, tenemos interés en hacerle unas preguntas.

—¿Ya saben quién puede ser el ladrón? —soltó con una ligera sonrisa.

—Estamos en ello, por eso hemos vuelto —le contestó el subinspector, devolviéndole la misma risita.

—Nos ha dicho un pajarito que últimamente no va bien de dinero —empezó el inspector.

—Todos pasamos malas rachas —contestó algo intimidado—. Como ya sabrán el dinero va y viene.

—Cierto, por eso le ha venido de golpe —siguió pinchando Valdés—. ¿Nos puede explicar a qué se debe ese ingreso de dinero? —dijo, enseñándole unos extractos del banco.

—¿Han estado investigando mis cuentas? —preguntó, ofendido.

—Le recuerdo que está usted en la lista de sospechosos —le aclaró Valdés—. Solo nos limitamos a hacer nuestro trabajo.

—Del juego, del casino, ¿también me van a controlar cómo me lo gasto o dejo de gastar?

—No, señor Lafuente —intervino el inspector—. Usted es muy dueño de pulir su dinero como le plazca, siempre que ese dinero sea limpio. Quiero decir, legal.

La cara del hombre se transformó en agriada actitud.

—Yo reconsideraría su respuesta para que se aproximara más a la verdad —le sugirió Roque.

—¡Están coaccionándome! —protestó el hombre, poniéndose a la defensiva.

—Nada más lejos de nuestras intenciones —manifestó el inspector—. Solo le estamos poniendo al día para que no haya sorpresas. Ya sabe que las mentiras tienen las patas muy cortas.

Seguidamente el hombre se calló, valorando su posición y la mejor forma de salir airoso de allí.

—No tengo por qué contestar a más preguntas sin que esté mi abogado presente — replicó.

—De acuerdo, está en su derecho — mencionó el subinspector Roque —. Le citamos para un interrogatorio en toda regla. Acuda a la comisaría acompañado de su abogado, si lo prefiere, y recuerde que de no presentarse incurrirá en un delito que se incrementará al posiblemente ya cometido.



Capítulo 62

Eran cerca de las dos de la tarde cuando las hermanas Ferrer, después de salir del trabajo, se vieron en los jardines de la Glorieta. Habían quedado en visitar el Convento de Santo Domingo en compañía de su tía Rosa. Sara se percató de la presencia de un hombre calvo y fornido que las miraba a cierta distancia.

—No te gires —le dijo a su hermana en voz baja—, juraría que hay un tipo que nos está observando. No solo eso, estoy convencida de que lo he visto en los últimos días por la zona donde trabajo.

Alejandra no pudo evitar la tentación de mirar y se giró.

—Es aquel grandote que está de espaldas —le indicó Sara—. Se ha dado cuenta de que lo hemos visto, seguro.

—¿El calvo?

Sara asintió.

—Por ahí viene Tía Rosa —avisó Alejandra, viéndola descender del autobús.

—Me he retrasado un poco —se disculpó nada más llegar—. Iba a venir Miguel también, pero le ha llamado Humberto y se han ido los dos a ver a Valentín al Hospital la Fe.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Alejandra.

—Pues evoluciona despacio, lleva parte del cuerpo vendado. Además, la edad tampoco le acompaña.

—Ha sido una mala suerte —murmuró Sara.

—Desde luego que sí. Y tú, ¿cómo va esa tripita? —le preguntó su tía tocándole el vientre.

—Creciendo, ya apenas me puedo abrochar el pantalón, y con unas arcadas que me muero.

—¡Cuéntale lo que te ha pasado esta mañana con la Arpía! —le sugirió Sara.

—¿Otra vez se ha metido contigo esa desgraciada?

—Será mejor que leas este artículo de mi querida y odiosa compañera Victoria Quirós —dijo con ironía, al mismo tiempo que le dejaba ver el periódico a su tía.

—Pero… ¿qué pretende esa mujer? —Trinó su tía después de leerlo—. ¿Por qué ese interés en hurgar dónde no la llaman?

—Hay quienes no están a gusto con su vida y tienen que escarbar en la de los demás —pronunció Sara—. Mejor será que nos centremos a lo que hemos venido.

Atravesaron la fachada de la antigua Capitanía General, ubicada en el convento y declarado Monumento Histórico Artístico Nacional en el año 1931. En la actualidad, acogía a la sede del Cuartel General Terrestre de Alta Disponibilidad CGTAD.

Se detuvieron ante la puerta del convento y admiraron su magnificencia. Tanto Sara como Alejandra se habían propuesto descifrar los versículos que se intercambiaron en las misivas Baldomar y la soberana María de Castilla, aparentemente nada fáciles. Para ello, habían repasado parte de la historia de ese lugar, y sabían que Jaime I concedió esos terrenos a la Orden de Predicadores en 1239, a extramuros de la ciudad y frente a la puerta de la Xerea; que el monarca colocó la primera piedra y que los dominicos construyeron una pequeña iglesia rodeada de un huerto, unas celdas y un cementerio, ocupando la actual Capilla de los Reyes y la de San Vicente. Con el tiempo resultó insuficiente, y en 1250 se emprendió una iglesia mayor y un cementerio para la nobleza valenciana. En 1310 se levantó el claustro gótico con un pequeño jardín en el centro, un conjunto de bóvedas de crucería, ménsulas historiadas y preciosos parteluces decorados con blasones de familias importantes de Valencia. En la misma época se construyó el Aula Capitular, uno de los lugares más emblemáticos, donde se tomaron importantes decisiones. En dicha sala destaca su arquitectura gótica valenciana con cuatro columnas centrales, semejantes a esbeltas palmeras que abren sus palmas en la bóveda. Con el paso de los años se levantó una tercera iglesia en el trazado de la segunda y se añadieron capillas, claustros y distintas

edificaciones, convirtiéndolo en uno de los conventos más majestuosos del reino e incluyéndolo en el perímetro amurallado de la ciudad.

Durante la Guerra de Sucesión se convirtió en paso de soldados, dándole la función de almacén de provisiones y caballerizas. En 1808, con la Guerra de la Independencia, el monasterio fue saqueado, convirtiéndolo en cuartel y parque de artillería. La nave de la iglesia se convirtió en almacén de víveres y las bombas derribaron parte de la iglesia y de la torre. Tras la marcha de los franceses, los dominicos volvieron al convento que se encontraba en estado ruinoso y emprendieron su reparación. Sería en 1839 cuando el Consejo de la ciudad gestionó el convento como residencia de Capitanía General, ya que el Palacio Real había sido derruido. Actualmente solo queda como lugar de culto la Iglesia de San Vicente y la Capilla de los Reyes.

Sara fue la última en atravesar el umbral, introduciéndose en un pequeño claustro, a modo de patio, rodeado de plantas y con dos puertas al fondo; una enfrente que conducía a la iglesia y otra a la derecha que llevaba a la Capilla Real.

—Es por aquí —señaló Sara, seguida de las demás—. ¿Sabéis que en este convento vivieron y fueron priores San Vicente Ferrer y San Luis Bertrán?

Rosa negó con la cabeza. Nada más entrar en la capilla, se quedó pasmada admirando su grandeza arquitectónica.

La planta rectangular era un espacio diáfano, ausente de pilastras y contrafuertes. Las seis altas ventanas ojivales permitían la entrada de luz, acentuando el tono grisáceo de la piedra.

—He leído que tiene unos muros de 2.50 metros de espesor —añadió Alejandra sin poder bajar la vista del techo—. Fijaos en esas bóvedas aristadas. Son de una perfección absoluta.

—No me extraña que no le faltara trabajo a ese tal Baldomar —comentó Rosa—: ¿en ese sepulcro de alabastro es dónde iban a enterrar a los reyes? —se interesó, señalando el centro de la estancia.

—No, tía —negó Alejandra—, ese es posterior, del siglo XVI. Creo que ahí están los marqueses de Zenete. Debajo hay una cripta donde hay enterrados personajes importantes. Donde iban a estar los restos mortales del rey Alfonso V El Magnánimo y María de Castilla es en esas capillas de las paredes laterales donde están las piezas de orfebrería y liturgia.

—Oye, y esa ventana pequeña que hay a la izquierda del altar, ¿qué sentido tiene? —preguntó Tía Rosa con gran curiosidad.

—No te lo vas a creer —contestó Sara con una risita—, es el ventanuco por donde miraba Baldomar el desarrollo de las obras.

Las tres sonrieron.

—¿Te has traído los versículos? —le preguntó Alejandra a su hermana.

—Sí —contestó, hurgando en el bolso—. Vamos a sentarnos mientras intentamos descifrarlos.

> *Isaías 9.*
> 10. *Han caído los ladrillos, mas edificaremos con piedras labradas; han sido cortados los sicómoros, pero en su lugar pondremos cedros.*
> 18. *Pues la maldad arde como un fuego, devorando las zarzas y espinas, y prende las espesuras de la selva, que se elevan en remolinos de humo.*

—Según dice: *Han caído los ladrillos, mas edificaremos con piedras labradas* —recitó Alejandra—. Deduzco que se refiere a que la construyó sobre la antigua iglesia; y la frase *han sido cortados los sicómoros, pero en su lugar pondremos cedros*. ¿Qué tienen que ver los árboles?

Tía Rosa levantó los hombros.

—Como no se refiera a la madera del retablo —sugirió Sara.

—No creo —negó su hermana—, porque el retablo de madera dorada que veis al fondo sustituye al lienzo original, y la puerta de la derecha debe dar acceso a la famosa escalera de caracol del maestro cantero.

Sara releyó la última frase:

> *Pues la maldad arde como un fuego, devorando las zarzas y espinas, y prende las espesuras de la selva, que se elevan en remolinos de humo.*

—*La maldad arde como un fuego… se elevan en remolinos de humo* —susurró Sara meditabunda—. Se eleva como remolinos, como una chimenea, o quizás un ciclón… como una espiral. ¡Claro! ¡Cómo no nos hemos dado cuenta antes! —gritó eufórica.

—Sara, no grites que estamos en una iglesia —le regañó su tía, viendo como las miradas de la gente se habían centrado en ellas.

—¡Lo tengo! —bisbiseó emocionada—. Se refiere a la escalera de caracol que tanto hincapié nos ha hecho Miguel por su originalidad. La compara con los remolinos de viento y menciona a los cedros por su similitud con el tronco de un árbol: alto, férreo y retorcido.

—¡Sara, eres un *crack*! —le felicitó su hermana.

—¿Qué tiene de especial esa escalera? —Quiso saber su tía.

—Pues que son dos escaleras de caracol en una; es decir, con el mismo eje o machón central —explicó Alejandra.

—¿Sabéis una cosa? —mencionó Sara, viendo como entraba un párroco y se dejaba la puerta entreabierta—. Me muero por verla. Así que esperadme aquí.

—¿Qué vas a hacer? —le chistó Rosa, solo que ya era demasiado tarde; su sobrina se había alejado en dirección a la pequeña entrada que daba a la escalera de caracol y no la escuchaba.

—¡Déjala tía! —la tranquilizó Alejandra—. Si queremos resolver este enigma, no se nos puede quedar nada por ver.

Sara se asomó por la rendija y se coló por ella. La estancia era de planta trapezoidal, de piedra al igual que la capilla. Desde allí podía ver las dos aberturas de la escalera helicoidal de esa obra maestra, con una espiral dentro de otra en el primer tramo y un caracol de ojo abierto en el segundo. No lo dudó ni un instante, aunque un ligero tembleque le hizo mirar sus manos. Ahora no era el momento de flojear; haciendo caso omiso a su estado nervioso se decantó por la boca de la izquierda. Ascendió por los primeros escalones, sujetándose del eje central, percibiendo cómo la frialdad de la piedra se colaba por los poros de su piel. La sobriedad de esa espiral de más de quinientos años le resultó imponente. Se tropezó con una puerta que estaba cerrada. Por unos instantes, pensó qué explicación iba a dar si alguien le encontraba allí. Esfumó esa hipótesis y bajó con sigilo, luego ascendió por la otra hasta llegar a la cubierta, pero tampoco le acompañaba la suerte. Desanimada, descendió hasta la sacristía, solo que la puerta por la que había entrado ya no estaba entornada sino totalmente cerrada. El estómago se le encogió al no ver salida. Rápidamente, sacó el móvil y vio que no tenía batería. Maldijo el olvido de cargarlo la noche anterior.

A los pocos minutos, oyó la voz de su tía al otro lado de la puerta que mantenía una conversación con un hombre. Sara pegó el oído al pórtico con el fin de descifrar qué decían. Luego llamó a la puerta para dar señales de que se encontraba allí. Segundos después, dejo de escucharlos para ver cómo se movía

la manivela de la cancela. Tía y sobrina se miraron; ya podían respirar tranquilas.

—Muchas gracias, padre —le agradeció Rosa.

—Sara, que ya hemos encontrado a la niña —voceó Rosa, guiñándole un ojo a su sobrina—. No se había metido por aquí, hija. ¡Menudo susto! Estaba en los jardines del patio. Gracias a Dios que ya está con su madre.

—No sé cómo ha podido suceder — se disculpó el sacerdote—. Ha debido de ser un descuido ya que esta puerta siempre está cerrada, al igual que las de arriba.

—Tranquilo padre, y muchas gracias por todo.

Las dos mujeres salieron a la calle donde les esperaba Alejandra.

—¿Has visto algo? — le preguntó Alejandra.

—Nada de nada.



Capítulo 63

En la calle Quart, en casa de Sara, los tonos de voz se habían alzado más de la cuenta, por parte de unos y otros, sin llegar a un acuerdo de cómo atajar la situación de la insolente e implacable Victoria Quirós que, con sus artículos, había levantado cierta polvareda en el ambiente. Esa zorra se había encargado de ir tirando piedras al agua, creando un movimiento ondulatorio de polémica e interrogantes en un tema del que nadie se había atrevido a cuestionar, aunque sí a pensar. Ahora faltaba saber hasta dónde iba a llegar esa onda expansiva y a quién o quiénes iba a salpicar.

—Yo solo sé que algo sabe —especuló Alejandra—, o es muy lista y está intentando sonsacarme.

—La verdad es que hay cosas que no tienen explicación —añadió Jesús—. Hasta a mí me ha resultado complicado rellenar el informe policial de la Casa Vestuario.

—Deberíamos buscar otro lugar —propuso Lluís.

—Eso sería perfecto, pero —añadió Miguel— todos sabemos que no es fácil.

—Nadie sabe de la existencia de la sala de los manuscritos, y eso juega bastante en nuestro favor —defendió Andreu.

—Nadie lo sabe, de momento —puntualizo Sara—. A este paso nos vamos a quedar todos con el culo al aire antes de lo que pensamos.

—Lo que deberíamos es liquidar y dar fin con esta búsqueda —exclamo Rosa— que nos está trastornando a todos, y pasar página cuanto antes.

—Os comunico —anunció Jesús— que Onofre Lafuente, el encargado del Archivo del Reino, ha confesado que fue él quien hizo de intermediario para

hacer desaparecer el libro *Súmmum*.

—¡Eso es una buena noticia! —exclamó Lluís.

—Tan solo en parte, ya que según ha declarado no conoce ni sabe quién le hizo el encargo. Dice que alguien se puso en contacto con él por teléfono, le ofreció una suculenta cantidad de dinero por extraerlo y depositarlo en una consigna de la Estación de tren Joaquín Sorolla. ¡Eso es todo!

—Y, ¿no podéis averiguar quién le pagó? —preguntó Andreu.

—Estamos en ello. Hasta el momento el dinero proviene de una empresa fantasma de Suiza.

—Vamos a ser consecuentes y analicemos la situación —caviló Miguel abstraído—. ¿Quién, además de nuestro grupo, puede saber de la existencia de ese libro?

Todos se quedaron pensativos.

—La iglesia, de hecho, trató con María de Castilla —sugirió Andreu.

—Hablamos de casi seiscientos años, pero no es descabellada tu hipótesis —aprobó Miguel—; es muy posible que incluso en la actualidad sea conocedora de que existe.

—También era irracional pensar que la maldición que ha perseguido a mi familia y a mí, todavía pervive después de ese mismo tiempo.

Todos asintieron.

—Otra opción podría ser el aquelarre de brujas que lo creó y donde estaba incluida la bruja Lupe —opinó Sara muy resuelta—, tal vez persista a modo de clan o secta, o algo así.

Miguel meneó la cabeza, dudando de aceptarlo o no.

—El libro ha estado oculto en los hallazgos del Palacio del Real desde que desapareció en el siglo XV —planteó Sara con la finalidad de convencerles—. Hasta hace unos tres años que salió a la luz su contenido, nadie sabía que ese libro se encontraba ahí. Si de verdad han perdurado en el tiempo esas descendientes de adoradoras del diablo, no creéis que su primera prioridad, ante el descubriendo de que ha aparecido su manual de instrucciones después de seiscientos años, sería recuperarlo a toda costa.

Las palabras de Sara calaron a cada uno de los presentes, sin atreverse a replicar.

—No es tan descabellada tu hipótesis —pronunció Andreu—. Hemos llegado a un punto en el que las cosas más inverosímiles están resultando ciertas.

—Vuelvo a repetir que deberíamos zanjar este tema cuanto antes —insistió Rosa.

—Sí, tienes razón, tía —apoyó Sara—, y para ello, tenemos que repasar los pasos a seguir para localizar el segundo pergamino. Ya hemos dado por hecho que se debe encontrar en la escalera de caracol de la Capilla Real. La pregunta es, ¿dónde exactamente? Yo que he subido por ella puedo deciros que no hubo nada que a simple vista me llamara la atención.

—Sabemos que esa escalera se divide en dos —continuó Alejandra—; la de la izquierda conduce a una estancia superior, y la de la derecha a la terraza y a la torre campanario. También sabemos que el único acceso es por la pequeña puerta en esviaje que hay a la derecha del altar.

—Algo estamos pasando por alto —comentó Andreu.

—Si repasamos de nuevo los versículos de la Biblia —propuso Miguel, leyéndolos en voz alta—:

> *Han caído los ladrillos, más edificaremos con piedras labradas; han sido cortados los sicómoros, pero en su lugar pondremos cedros.*

El sicomoro es un árbol de la familia de la moráceas. Su madera es de gran resistencia y perdurabilidad, por eso se utilizaba en el antiguo Egipto para construir sarcófagos.

La cara de Sara se iluminó.

—Nos está diciendo, entre líneas, el lugar donde está la clave.

—¿Ah, sí? —se interesó Lluís.

—En los muros de las paredes laterales — explicó Sara — se encuentran las dos pequeñas capillas donde iban a depositarse los sarcófagos de los reyes. Tiene que haber algo dentro que nos guie.



Sara salió de casa antes de que anocheciera. Se dirigió a Guillem de Castro y esperó en la parada del autobús a que llegara el 5. Se había comprometido a ir a la Capilla Real para comprobar si había alguna señal o pista que les ayudara a continuar con su búsqueda. Después, había quedado en pasar por la comisaría para recoger a Jesús y volver juntos a casa.

Antes de lo pensado, Sara se bajó del autobús en la misma fachada del Convento de Santo Domingo. Vio una portada de piedra similar a un retablo y dividida en dos cuerpos horizontales. Sobre la puerta se encontraba el escudo de los dominicos, entre dos perros tenantes. Encima, como figuras representativas, tres santos dentro sus respectivas hornacinas; entre ellos, Santo Domingo de Guzmán. A ambos lados de la puerta, había cuatro grandes columnas, y entre ellas cuatro imágenes esculpidas a tamaño natural.

Sara cruzó la calle esquivando los coches y se adentró en el patio. Instantes después, la acogía la lóbrega iglesia. Por suerte, tan solo había un par de mujeres sentadas en diferentes lugares. Ello le permitió moverse con discreción. Se acercó a la capilla más próxima a la puerta de entrada. Dentro estaba la imagen de la Virgen y varios objetos litúrgicos protegidos por una lámina de cristal, a modo de vitrina. La escasa luz le resultó angustiosa. Era imposible apreciar nada en aquellas antiquísimas piedras de más de quinientos años. Sus pupilas se amoldaron a la semioscuridad y empezó a revisar las partes bajas del marco y las piedras del suelo. Desilusionada, por no encontrar nada que fuera de su interés, miró hacia arriba, pero desde su posición resultaba inalcanzable llegar hasta allí.

Las dos mujeres que había dentro se levantaron, se santiguaron y se dirigieron hacia la salida dejándola completamente sola. Sara sonrió. Era ahora o nunca. Agarró uno de los pesados bancos de madera y lo arrastró, se subió en él y encendió la linterna de su móvil. Enfocó la luz en toda ranura y rincón con la esperanza de encontrar algo. Se detuvo en el borde izquierdo, a la altura de un sencillo capitel, al ver grabado el símbolo de la Cruz contra el Mal junto al número catorce. Rápidamente devolvió el banco de madera a su lugar y en varias zancadas se colocó enfrente de la otra capilla, en iguales condiciones, pero con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. La puerta de la calle se oyó chirriar, Sara se volvió y vio como entraba una pareja de turistas. Entonces apagó la luz del móvil y fingió observar el recinto igual que ellos. Notó como las palpitaciones de su corazón se multiplicaban. Rezó porque fueran breves en su visita. En cuanto volvió a quedarse sola, repitió la misma operación. Arrimó el banco de madera y se encaramó a él buscando la misma posición del otro lado. Confiaba y anhelaba que su intuición fuera acertada. Con grata sorpresa se tropezó con el símbolo ya conocido, a su lado estaba el número cincuenta y siete. Sara volvió a escuchar la puerta de entrada; esta vez una familia con niños. Entonces, se bajó, dejó el banco en su lugar y, muy dignamente, ante la atenta e interrogante mirada de ellos, salió por la puerta. Una vez fuera, respiró.

Estaba a punto de cruzar la calle cuando algo enturbió su alegría; la presencia del mismo hombre calvo que se había encontrado en varias ocasiones. Se encontraba justo enfrente, apoyado en uno de los setos ajardinados. Sara cambió el rumbo y se dirigió hacia el río. Caminó deprisa con la sensación de que le seguía sus pasos, se giró para comprobar si era así y no le vio por ningún lado. Pensó que se estaba sugestionando demasiado. Las últimas tensiones vividas le estaban empezando a hacer mella, y ya veía cosas que no eran verdad. Cuando llegó a la plaza del Temple se perdió entre los callejones.



Capítulo 64

Eran las dos de la madrugada cuando Lluís aparcó el coche en el *parking* de la Glorieta, a su lado iba Alejandra, empeñada en acompañar al grupo, pero con la condición de quedarse en el coche hasta que ellos volvieran. Detrás, Andreu y Sara, mentalizados para la misión que, aparentemente, no parecía tener demasiada dificultad.

—¡Tened mucho cuidado! —les suplicó Alejandra, besando a Lluís.

—En un rato estamos aquí —contestó él.

Cogieron las mochilas y subieron por las escaleras que les conducían a la calle. Salieron justo enfrente de su objetivo: el Convento de Santo Domingo.

Cruzaron los tres juntos sin tropezarse con nadie hasta llegar al portón que daba acceso al patio claustral. Las dos puertas pequeñas carecían de cerradura exterior, de forma que les hubiese resultado imposible entrar. Por suerte, Lluís había pasado unas horas antes por allí y había manipulado los cerrojos. Si todo salía como habían preparado, tan solo tendrían que empujar. Al tercer intento, una de las puertas cedió y se abrió. Se colaron rápidamente, dejándola entornada. Encendieron las linternas y avanzaron en fila india por el pasillo de la derecha, paralelos al jardín central, hasta llegar a la entrada de la Capilla Real. Lluís subió la pequeña rampa, sacó su kit de ganchos y se centró en la cerradura. Apenas tuvieron que esperar. En pocos minutos estaban dentro. Sara dibujó ráfagas de luz en su interior. Alumbró el sepulcro, el altar y las bóvedas aristadas. En la oscuridad todavía eran más impresionantes.

Se aproximó a la diminuta entrada que conducía a la escalera de caracol donde Andreu y Lluís no perdían el tiempo intentando forzarla.

—No me puedo creer que esta, con lo pequeña que es, me esté costando tanto —maldijo Lluís con una ristra de tacos.

—¡Tranquilízate! —le dijo Andreu sin parar de alumbrar—. Nervioso no vas a acertar.

—¡Ya está, joder! —exclamó Lluís, entrando en una estancia trapezoidal.

—Como veréis hay una doble escalera de caracol, esta —dijo Sara señalando a la derecha— nos lleva a la terraza y tiene 63 escalones, esta otra, 23, y conduce a un habitáculo que está sobre la sacristía.

—¿Cuáles son los números que tenemos? —preguntó Andreu.

—El catorce y el cincuenta y siete —contestó Sara—. Que si lo unimos sería 1457, o sea, el año que la reina le hizo el encargo a Baldomar.

—Hemos deducido —apuntó Andreu— que posiblemente se refiere a algún escalón en concreto; lo que no termino de ver es porqué hay dos cifras.

—Pensad —atajó Sara— que Baldomar fue una persona muy ingeniosa. Si ha sido capaz de hacer esta escalera de caracol de dos subidas y doble revolución, con una espiral dentro de otra, que conducen a dos lugares distintos, perfectamente podría haber incluido algún mecanismo en ese eje central que se active con los números que tenemos.

—Una exposición igual de ingeniosa que la del maestro cantero —manifestó Lluís—; ahora falta saber qué tecla tenemos que pulsar.

—Pues para ello, empecemos por subir escalones —propuso Andreu con el pie en el primer peldaño. Sara le siguió.

—¡Ten cuidado! No se ve una mierda —protestó Andreu, atento al foco de luz.

Mientras tanto, Lluís había optado por el otro tramo de escalones, que fue iluminando a medida que avanzaba. Se detuvo en el décimo cuarto y, en cuclillas, lo inspeccionó centímetro a centímetro. Hizo lo mismo con el de arriba y el de abajo por si al contar se había despistado; pero no encontró nada interesante. Luego, se cebó con el eje central. Nada de nada. Al final, se sentó sobre la fría piedra y enfocó la linterna por todos lados. Estaba convencido de que había algo que no veía. Cansado de escudriñar sin resultado, decidió levantarse y continuar subiendo. Al hacerlo, se apoyó en el canto más estrecho del escalón y le pareció percibir una sutil hendidura en la tabica. Rápidamente, se agachó y enfiló la linterna confirmando sus primeras impresiones. Ante él había una pequeña pieza cuadrada que se adentraba sutilmente. Rebuscó en la mochila hasta sacar una fina ganzúa y rascó los bordes. No le quedaba duda de

que esa pieza tenía alguna función, a pesar de que quedaba prácticamente integrada en el escalón. Deslizó los dedos sobre ella, con la misma delicadeza que acariciaba el cuerpo de Alejandra, y no pudo evitar acordarse de ella. Estaría desesperada allí fuera y sin intervenir. Lo que hubiera disfrutado en estos momentos —se dijo.

—¡Va por ti, Alejandra! —pronunció—. Luego presionó con fuerza y esta se hundió despertando el sonido metálico de un engranaje en el eje central, que retumbó por todo el interior de aquella enroscada cavidad.

Mientras tanto, Sara y Andreu, en el otro tramo de escaleras, habían llegado al peldaño cincuenta y siete. Desde allí, podían ver la puerta de la terraza que estaba cerrada con un cerrojo. Se centraron en registrar todos los huecos y fisuras existentes en la piedra. Pocos recovecos les quedaban, cuando les sorprendió un estridente ruido. Se detuvieron asustados. Jurarían que no habían tocado nada para provocarlo; sin embargo y ante su sorpresa, un pedazo de la piedra del machón central se movió, dejando una pequeña abertura a la altura de los ojos de Sara.

Ella dirigió la luz hacia el interior de esa reducida cavidad y vio relucir el brillo del cilindro de metal.

No cabía duda de que lo habían encontrado.

Sara lo agarró y se lo mostró a Andreu, después lo metió en su mochila y se la colgó a la espalda.

—¡Misión cumplida! —clamó Andreu con una incontrolable sonrisa.

Bajaron despacio y con algún traspiés. Sara se quedó un poco mas rezagada; la linterna le había empezado a fallar.

Andreu llegó abajo el primero; le sorprendió no ver a Lluís, así que se asomó a la boca de su escalera y vio una ráfaga de luz. Dedujo que estaba bajando y sonrió. Estaba a punto decirle que lo habían conseguido, cuando, al dirigir su linterna hacia él apreció que la silueta que había detrás de esa luminosidad no se parecía en nada a la de su querido amigo, sino que correspondía a un hombre mucho más corpulento y completamente calvo. El hombre se abalanzó sobre Andreu dándole un brutal puñetazo. Antes de perder el conocimiento quiso avisar a Sara, pero ya era tarde.

El hombre sacó varias bombas de gas lacrimógeno y las lanzó en cada escalera. Después le dio una patada a Andreu en el estómago, a pesar de que estaba inconsciente en el suelo, y se marchó.

Alejandra no había podido aguantar más en el coche. Se había paseado de arriba a abajo del *parking* varias veces y no había conseguido apaciguar su estado nervioso, que ya rozaba la histeria. Habían pasado ya dos horas desde que se marcharon y no tenía ninguna noticia de ellos. Calculó que, por el tiempo transcurrido, les quedaría poco para salir, de forma que pensó esperarles en la calle. Arrancó el Audi y salió del aparcamiento, se arrimó a la acera y miró hacia el convento. A los pocos instantes vio como la puerta pequeña del portón se abría. Menos mal, pensó sonriente. Su sonrisa se desvaneció al instante, cuando vio salir al individuo que Sara le había achacado que les perseguía, hacía tan solo unos días. Estaba segura de que era el mismo. Le observó mientras se alejaba, temerosa de que les hubiese hecho algo malo. Estaba claro que no estaba ahí por casualidad y, menos, a las cuatro de la madrugada.

No podía quedarse ahí sin hacer nada. Quitó las llaves del contacto, salió del coche y cogió una linterna del capó. Atravesó la calzada y entró en el claustro hasta la Capilla Real, sin rastro de Lluís, Sara y Andreu. Un golpe de tos delató su presencia. No había podido evitarlo. La oscuridad parecía haberle atrofiado sus sentidos, que se habían intensificado en el embarazo. ¿A qué olía ese sitio? —se preguntó mientras se aproximaba a la pequeña puerta pegada a la derecha del altar—. Se detuvo al verla entreabierta. Al empujarla, ese apestoso tufo se intensificó. Supo al instante qué era. Era gas, y no solo eso, el ambiente estaba cargado con una densa niebla. Alejandra se tapó la boca y la nariz con el pañuelo del cuello, al mismo tiempo que tosía sin parar. Gritó el nombre de Lluís, Sara y Andreu sin obtener respuesta. Si estaban ahí dentro se asfixiarían sin remedio. Al alumbrar alrededor le pareció ver que alguien estaba tumbado en el suelo. Se acercó corriendo y reconoció a Andreu. ¡Dios mío! Estaba muerto o inconsciente, pensó.

—¡Andreu! ¡Andreu! —le llamó gritando mientras le agarraba de los brazos y le arrastraba fuera de ese infierno, dejándole en el suelo de la capilla.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están Lluís y mi hermana?

Agachada sobre el cuerpo de su amigo, intentaba reanimarlo a toda costa, mientras lloraba; le escocían los ojos y le destilaba la nariz. Andreu despertó con un golpe de tos. Estaba aturdido y le sangraba el labio. Alejandra respiró. Volvió de nuevo al lugar del suceso y llamó a su hermana y a su marido sin ningún

resultado. El humo se había intensificado; era imposible estar allí. Volvió con Andreu y le ayudó a ponerse en pie, acosándole a preguntas. Tenían que salir de allí lo antes posible.

Entretanto, en la escalera de caracol de la izquierda, a Lluís le había arremetido el olor a gas y el humo había ascendido por esa espiral de piedra contaminando todo a su paso. Lluís se vio atrapado en ese negro túnel que tan solo presagiaba muerte. Agobiado por la situación y viendo que bajar le resultaba imposible, subió rápidamente hasta el fin de los escalones y se dio de bruces con una puerta. Los ojos le empezaron a lagrimear y la tos le recordó que no tenía tiempo que perder. No podía detenerse en forzar la cerradura, así que arremetió a paladas contra ella con el fin de que se abriera lo antes posible. La puertecilla se venció dejando paso a una habitación no muy grande. Lluís cerró la puerta como pudo para evitar la entrada de humo y se asomó al único balcón que daba a la calle. Desde allí vio a Alejandra como ayudaba a Andreu a subir al coche. Abrió el ventanal y miró hacia el suelo. Calculó que le separaban unos seis o siete metros.

Instantes antes, en la escalera de caracol de la derecha, Sara se había despistado de Andreu y se había detenido para solucionar el mal funcionamiento de su linterna. No le había dado tiempo a llegar hasta abajo, ya que una terrible humareda había infectado aquel reducido hueco, haciéndole retroceder. Asustada y confusa de lo que podía suceder, llamó a Andreu en numerosas ocasiones. El silencio fue la única respuesta por su parte. La tos y el lagrimeo de los ojos fueron sus primeros síntomas. Viéndose sola ante esa hazaña, Sara subió, perseguida por esa niebla que amenazaba con engullirla, hasta llegar a la puerta de la terraza. Allí abrió el pestillo, salió al exterior e inhaló, con ansia, aquel aire limpio, contrarrestando la toxicidad a la que había estado sometida. Se asomó por la balaustrada y vio a su hermana al lado del coche.

El sonido de su móvil le hizo escarbar en su mochila.

—¡Sara! —voceó Alejandra al escuchar su voz—. ¡Gracias a Dios que estás bien! ¿Dónde estás?

—En la terraza. Ahora mismo te estoy viendo desde aquí; lo que no sé es cómo voy a bajar. La escalera está llena de humo ¿Cómo está Andreu?; y Lluís, ¿sabes algo de él?

—No te preocupes. Todo está controlado —mintió nerviosa—. Lluís está en el pequeño balcón a varios metros debajo de ti y Andreu dentro del coche. Le han dado una paliza.

—¿Quién?

—Ya te contaré. He hablado con Jesús y llegará enseguida.

—¿Ya ha llegado de Madrid?

—Sí, hace unos minutos.

Sara se asomó a la calle y calculó los metros que le separaban del suelo; por lo menos había entre diez y doce metros. Esa pared era completamente lisa, salvo el pequeño balcón donde se encontraba Lluís; sin embargo, a la derecha estaba la impresionante y repujada fachada del convento, a modo de retablo de piedra. Una descabellada idea le pasó por la cabeza, y llamó a su hermana.

Jesús llegó en su coche, se subió a la acera pegada a la fachada y lo aparcó justo debajo del balcón dónde estaba Lluís. Luego cogió una cuerda enrollada, se subió al techo y se la lanzó a su amigo.

Lluís la agarró al segundo intento, la ató a la barandilla y se descolgó hasta el coche.

—¡Gracias, Jesús! —murmuró abrazándole.

Jesús y Lluís se unieron a Alejandra, que estaba hablando por teléfono.

—Dice mi hermana que se creé capaz de bajar por la fachada.

—¡Cómo! —exclamó Lluís mirando la distancia.

—¡Está loca o qué! —protestó Jesús, todavía incrédulo por semejante barbaridad—. La que hace escalada eres tú, no ella, y con anclajes y cuerdas de seguridad, no a pelo ¡Pásamela!

Lluís se asomó por la ventanilla del coche para ver cómo estaba Andreu.

—Estás jodido ¿no, tío? —le dijo al ver su aspecto.

—Ahora mejor —murmuró, saliendo fuera.

Jesús trataba de convencer a Sara.

—¡Ni se te ocurra! ¡Si te falla un pie te puedes matar! —le reprochó, advirtiéndole del peligro. Vamos a ver la manera de solucionarlo. Puedo hacerme con dos máscaras antigás que tenemos en la comisaría y ayudarte a bajar.

—¡Yo lo veo viable! —soltó Alejandra a bocajarro y con bastante seguridad —. Hay cientos de salientes donde se puede agarrar.

Jesús miró a Andreu levantando los brazos. No daba crédito a semejantes comentarios.

—¡Miradla se ha subido al muro! —les anunció Andreu.

Alejandra le quitó el móvil a su cuñado.

—¡Sara! ¿Me oyes?

—Sí, tengo el manos libres sujeto al pecho.

—Es importante que estés tranquila.

—Eso es muy fácil decirlo desde ahí abajo —susurró.

Alejandra pensó que tenía razón.

—Por ahí vas muy bien —le indicó—. Pon los pies en el saliente y agárrate fuerte. En el siguiente nivel hay un escudo, apóyate en la corona y desciende despacio y pegada a la pared. Muy despacio.

Jesús y Lluís pasaron al otro lado y se colocaron a los pies de la portada, observando todos sus movimientos con la mirada hacia arriba y los dedos cruzados.

Sara se sujetó con firmeza. El corazón se le salía por la boca. Todavía no se explicaba cómo había tomado esa insensata decisión. Pero ya era tarde para volverse atrás, y siguió escuchando las indicaciones de su hermana.

—Escúchame bien Sara, no puedes bajar por dónde estás, lo siguiente es una hornacina y es muy difícil el acceso, así que muévete hacia el centro, a la altura de la primera y segunda imagen, debajo hay un enorme tímpano semicircular que te facilitará el descenso. ¡Hazlo despacio! No tenemos prisa. Muy bien, ahora pon el pie en la cabeza del perro que sobresale. Agárrate a la columna de la derecha. ¡Sara, agárrate! —grito al ver que se le había escurrido el pie.

—Estoy bien, estoy bien, que más… —solicitó soplando.

—Sara, estás justamente encima de la puerta, pero por ahí es imposible bajar, tienes que atravesar la columna de la derecha y pasar a la cornisa de la siguiente hornacina. ¿Me escuchas bien?

—Sí, solo que no es fácil…

—¡Lo sé! Pero puedes hacerlo, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. ¡Lo tengo! —pronunció, agarrada a la imagen del dominico.

—Ya casi lo tienes —le animó su hermana—. Sara, ya casi está. ¡Un último empujón!

Lluís había ayudado a subir a Jesús hasta la primera hornacina y le separaban de ella tan solo un par de metros.

—Sara, cariño —le dijo Jesús, mirándola—. Estoy aquí.

—Jesús no puedo bajar, ¡no puedo, estoy atascada! —negó, con las fuerzas menguadas y la moral por los suelos.

La situación se le había complicado. Se encontraba entre dos columnas y sobre un borde donde apenas cabían sus pies; miró hacia abajo y vio a Jesús, solo que no sabía cómo descender esos últimos metros.

—Sara, has sido muy valiente hasta llegar ahí —le alentó Jesús—. No

puedes abandonar, ahora que tan solo te queda un último esfuerzo. ¡Inténtalo! Vamos, yo te cogeré.

—Pero cógeme, por Dios. Temo que las fuerzas me fallen.

Sara tomó aire y lo soltó suavemente. Después se agachó, y agarrada como una lapa dejó los pies en el vacío hasta que notó las manos de Jesús en ellos.

—¡Ya está! ¡Te tengo! —gritó emocionado.

Sara estaba a punto de explotar en sollozos. Sintió las fuertes manos de Jesús como le sujetaban el cuerpo, hasta que se colocó a su altura. Allí le abrazó envuelta en lloros.

—Prométeme que no me vas a dejar hacer más locuras como esta —le susurró, acongojada.

—Te lo prometo. Si te llega a pasar algo, no me lo hubiera perdonado nunca.

Jesús le cogió la cara y la besó.

—¿Por qué no dejáis las carantoñas para luego y termináis de bajar? — refunfuño Lluís, sonriente.

Jesús ayudó a Sara a descender, luego pasó por las manos de Lluís hasta tocar tierra firma.

—¡Eres mi heroína! — le dijo abrazándola.

Minutos después se subieron en los coches y se metieron por la calle de La Paz.



Capítulo 65

Sara se levantó con agujetas hasta en las pestañas. Le dolían los brazos, el pecho, el abdomen, las piernas, el culo; absolutamente todo el cuerpo. Cada vez que recordaba la locura que había cometido la noche anterior, se le ponían los pelos de punta. Sería el efecto del gas, que le afectó a la razón y le hizo tomar decisiones arriesgadas —se decía desde su interior—. Por suerte era sábado y no trabajaba. En esos momentos solo estaba capacitada para moverse lo imprescindible por casa.

Encendió la televisión y buscó algún noticiario que mencionara la intrusión en el convento; pero en ninguna cadena hacían referencia al respecto. Era consciente de los cabos sueltos que habían dejado sin atar, como la cuerda en el balcón por el que se descolgó Lluís, y las puertas que habían manipulado para entrar. Recordaba que la cavidad donde estaba el cilindro de metal se cerró nada más cogerlo, de manera que la incógnita del motivo que los había llevado hasta allí estaba a buen recaudo.

Todo hubiera resultado a las mil maravillas. Tenían todos los pasos meditados y estudiados; de no ser por la intromisión de ese hombre, habrían sido limpios en el trabajo. Un sinfín de preguntas revoloteaban en su cabeza: ¿Quién era? ¿Qué pretendía? Y la incógnita que ganaba a todas: ¿Por qué?

Ya tenían en su poder dos de los tres pergaminos; también disponían del medallón y de las tres láminas con los dibujos de los tres demonios. Ya quedaba menos para concluir con esta odiosa pesadilla.

Escuchó la puerta de la calle y la voz de Jesús, que entraba con Lluís.

—¿Cómo estás? —le preguntó Lluís al verla.

—Dolorida de pies a cabeza. ¿Habéis visto a Andreu?

—Sí, hemos pasado por su casa —le contestó Jesús—. Tiene una moradura en el vientre y el morro un poco hinchado; aun así, dice que esta tarde ira a trabajar.

—¿Y mi hermana?, vaya susto que se llevó.

—Se ha pasado toda la noche murmurando un montón de frases que no conseguía entender —le contó Lluís—. Esta mañana me la he dejado con las dichosas arcadas.

—¿Y el pergamino?

—En la Casa Vestuario —aclaró Lluís—. El lunes, a primera hora, irán Humberto y Miguel y lo depositarán en la caja de seguridad.

—Nos queda averiguar —expuso Jesús— quién es ese hijo de puta que os ha perseguido y agredido. He pasado por la comisaría fingiendo coger algo que había olvidado en mi mesa, y he hablado con un compañero que ha acudido al convento esta mañana, al aviso de uno de los párrocos. Además de las puertas forzadas, han encontrado seis bombas de gas lacrimógeno. Ese cabrón no se andaba con tonterías, porque, aunque ese gas no es tóxico, estabais en un recinto pequeño y cerrado. Suerte que tuvisteis una salida de emergencia.

—¿Qué pasa con las cámaras de seguridad de la calle? —preguntó Sara, preocupada—. Seguro que alguna nos ha localizado.

—Hasta ahí nos ha llegado la suerte —contó Jesús—; este compañero que os comento me ha pedido si puedo revisarlas por él, ya que a su mujer la ingresan este fin de semana con un parto programado.

—Uf… Menos mal —resopló Sara.



Humberto Fernández y Jaime Santos entraron en la Casa Vestuario a primera hora del lunes. Descendieron por el pasadizo hasta la sala de los manuscritos y percibieron los vestigios del olor a chamuscado. No pudieron evitar recordar la lamentable escena de Valentín. Recogieron algunos de los objetos que aún permanecían por el suelo, tras el incidente, y ordenaron el lugar. Por suerte, los manuscritos no habían sufrido ningún daño.

Sobre la mesa estaba el segundo pergamino encontrado en el Convento de Santo Domingo. Llevaba dos largas jornadas allí sin que nadie se atreviera a tocarlo y, mucho menos, a destapar su mal. El temor a repetir otro trágico

incidente les tenía con el corazón encogido. De hecho, habían bajado suspicaces por si encontraban alguna variación no deseada. ¡Dios sabía dónde! Después de tantas experiencias sobrenaturales ya no les podía sorprender nada. Lo que sí deseaban es poder deshacerse, lo antes posible, de él y llevarlo a mejor recaudo en la caja de seguridad del banco. Esperaron a que Miguel llegara y, sin mucha demora, se lo llevaron de allí.



Victoria Quirós acudió al periódico; al pasar por la mesa vacía de Alejandra sonrió. Sabía que libraba ese día, y también sabía la sorpresa que le esperaba. No es que disfrutara con el mal ajeno. Bueno, reconocía que a veces sí que lo hacía, sobre todo con las personas que se interponían en su camino, voluntaria o involuntariamente. Esta vida estaba hecha para los más fuertes, y los débiles al paredón. Esa frase era de su padre, y bien se la inculcó desde que era una niña. En ningún momento la defendió ante nada ni ante nadie; al contrario, si le podía poner la zancadilla se la ponía a dos pies.

Bien decía el dicho que se aprendía más de las derrotas o de los errores que de las victorias o los aciertos, hasta que se cansó de cumplir esa frase a rajatabla y aprendió a llevar su nombre con dignidad y la cabeza bien alta. Demasiado le habían pisado en esta vida. Ahora le había llegado el turno de ser ella quién pisara, y cuanto más fuerte mejor.

Se sentó en su mesa de trabajo y encendió el ordenador. Después, caviló el título de su siguiente artículo, acompañada de una ligera y malévola sonrisa.



Capítulo 66

Habían pasado varios días desde la ajetreada noche en el Convento de Santo Domingo y las aguas se habían calmado. Esa mañana Alejandra se levantó descansada. Últimamente dormía más de la cuenta, hasta en el sofá se le cerraban los ojos, daba igual la programación que hicieran, algo inusual en ella, quien siempre era la que despertaba a Lluís para irse a la cama. Subió la persiana de la habitación y abrió la ventana. Detuvo su mirada en la acera de enfrente, y cuando una mujer que llevaba un niño de la mano pasó por delante no pudo evitar tocarse el vientre. Qué ganas tenía de sentirlo, de apreciar cómo se movía. Desde que sabía que iba a ser madre se quedaba embobada ante cualquier bebé, no importaba dónde fuera ni la edad que tuviera.

Al salir del baño le pareció que alguien había llamado a la puerta. Escuchó un segundo toque y se dirigió a abrir. Una expresión de sorpresa se plasmó en su cara al ver a su hermana con los ojos llorosos.

—¿Qué pasa? —preguntó con flojedad de piernas, temiéndose algo muy grave.

Sara entró sin decir ni una palabra, sonándose la nariz y haciéndole unas carantoñas a Thor, que se había levantado a saludarla.

—Sara, ¿por qué has llorado? —insistió—. ¿Qué sucede?

—No estoy así de pena sino de cólera e impotencia. Me acaba de llamar Arturo Arándiga, el abogado que metió a Fonfría en la cárcel.

—Sí, se quién es perfectamente, era compañero de promoción de un amigo de Lluís.

—Augusto Fonfría será puesto en libertad en unos días.

—¡Cómo! —exclamó Alejandra incrédula, sentándose en el sofá.

—Sí, ese asesino estará en la calle mientras nuestros padres llevan enterrados veintisiete años —su tono reflejaba ira y dolor.

—Pero… eso no puede ser posible, es un asesino —su última palabra fue regada por las lágrimas que no pudo contener.

Sara se abrazó a ella. Estaba tan llena de odio que no había reparado en el estado de su hermana; ahora se arrepentía de habérselo dicho así, a bocajarro.

—Lo siento por decírtelo de esta manera.

—Tenemos que impedirlo —propuso Alejandra con los ojos enrojecidos—, algo podremos hacer.

—Esta vez ha atado bien los cabos para que no le podamos meter mano por ningún lado. ¡Menudo hijo de puta! Su abogado apeló la condena, denunciando en su recurso que hubo un quebrantamiento de normas, errores en la apreciación de las pruebas y no sé qué más cosas me ha comentado. Hace quince días hubo una vista y su abogado presentó nuevas pruebas, incluidas grabaciones que dejan al señor Fonfría en la posición de víctima en lugar de verdugo.

—¿Por qué no nos avisaron? —preguntó Alejandra más repuesta.

—No lo sé, solo sé que la vista fue a puerta cerrada. Dado que era un caso mediático, como lo fue en su día, se alegó que podía perjudicar al acusado. El Tribunal Superior ha revocado la totalidad de su condena.

—Claro, así han hecho y deshecho lo que han querido —especuló Alejandra —. Me juego el cuello y no lo pierdo, a que más de uno está comprado o chantajeado.

—El poder siempre gana. ¡Qué mierda de dinero!

Rosa dejó el teléfono encima de la mesa después de hablar con Sara. Sus palabras arremetían contra su cabeza como mazas de hierro, aporreándole y gritándole, no es verdad, no puede ser verdad. La respiración se le había detenido y la sangre se le había quedado helada. Nada en ella funcionaba. Su cuerpo se había convertido en una estatua de hielo ante la noticia de que el causante de la muerte de su hermana y de su cuñado iba a gozar de una libertad que no se merecía, después de haber arrebatado la vida de cuatro personas. ¿Para quién estaba hecha la justicia?, ¿para el ciudadano que cumplía con sus obligaciones, sin meterse con nadie, o para el criminal asesino que encima de

quebrantar la ley le daban una palmadita en la espalda? Qué mentira era esta corrompida sociedad en la que vivíamos y cuán podrida estaba.

Miguel se acercó a ella, extrañado por la ausencia de respuesta al llamarla varias veces. Alarmado por la expresión de desconcierto reflejada en su cara y con los ojos encharcados de lágrimas, la cogió por los hombros en espera de una respuesta a su angustia.

—Rosa, ¿qué sucede?

—Augusto Fonfría ha sido puesto en libertad. Su condena ha sido revocada por el Tribunal superior.

Miguel no pudo replicar ante la tristeza y decepción que percibió en el tono de su mujer al pronunciar esas palabras. El contenido de esa frase le hizo recordar los veintitrés años que estuvieron separados por culpa de ese malnacido de Fonfría; por su ambición y por su sangre fría. Disfrutaría de su libertad como si no hubiese pasado nada, mientras que las vidas de las personas que robó y los años que se perdieron por sus consecuencias, nadie los podría recuperar. Fonfría continuaría en las mentes de los afectados como el asesino implacable, férreo, que arruinó la vida de muchos, mientras él seguirá celebrando sus fiestas con el mejor champán francés y adquiriendo cuadros de famosos pintores para su corrupta asociación A.F.C.A.N.I.



Alejandra quiso dar la noticia a Andreu en persona. Acudió a su casa al salir del trabajo. Él la recibió con un par de besos en las mejillas y un fuerte abrazo. Apenas se le notaba ni moradura ni la hinchazón del labio.

—Hace días que no nos vemos —le dijo él sin poder dejar de mirarla—. El embarazo te sienta muy bien, todavía estás más guapa. Aunque creía que eso no podía ser posible.

Ella sonrió.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, ¿cómo estás?

—Bien, tirando, ya sabes.

—Y, ¿la pierna?

—De momento no se me ha caído —había querido hacer un chiste de ello, pero Alejandra no le encontró la gracia.

—Estás jodido, ¿verdad? —demandó, a sabiendas de que no erraba.

—No te lo voy a negar, a ti no puedo —dijo derrumbado.

—¿Me dejas verla?

—No creo que sea una buena idea.

—Por favor —su tono fue de súplica—, no sé cómo ayudar en esto. Vamos muy lentos en la búsqueda y yo me siento tan mal por verte así, con culpa porque yo me he curado. Bueno, eso creo y tú sigues ahí con tus pesadillas y…

—Alejandra, por Dios, no llores…

—Lo siento, no era mi intención derrumbarme delante de ti, es que las hormonas del embarazo me tienen algo melancólica —dijo, secándose con un clínex.

—No quiero que la veas porque no es agradable.

—¡Insisto en ello! —Esta vez su tono era firme.

Andreu se levantó, se desabrochó el pantalón, se lo bajó hasta la altura de las rodillas y se quitó el apósito.

Al verlo, Alejandra estuvo a punto de gritar por todo lo que debía de estar sufriendo. Procuró disimular su aprensión al percibir el hedor putrefacto que despedía. Se llevó una mano a la boca, tragó la saliva que empezaba a acumulársele y contuvo, como pudo, las primeras arcadas.

Recordaba haber visto su herida cuando le ocurrió en el Mar Muerto. Luego en un par de ocasiones más; pero jamás había pensado que podía cambiar a tan nocivo aspecto. Además, se había extendido de tamaño y, no solo eso, sino que la costra le había recordado a las escamas de un lagarto.

—Impresiona, ¿verdad? Yo ya me he acostumbrado.

—¿Te lo desinfectas todos los días?

—Sí, los antibióticos han sido en vano; las curas en el ambulatorio, tres cuartos de lo mismo. Ya he dejado de ir. Ahora soy yo quien lo trata a diario, aunque tú sabes tan bien como yo que nadie puede ayudarme y que esto tiene los días contados.

—No digas esas cosas, no puedes rendirte ahora que hemos avanzado tanto.

Andreu sonrió levemente.

Alejandra vio en su rostro la resignación de un hombre desesperado. Notó cómo se le partía el corazón. En esos momentos recordó cuál había sido el motivo de su visita y dudó si decirlo o no.

Respiró hondo y tiró hacia delante. Antes o después tenía que saberlo y no podía permitir que se enterara por alguien que no fuera ella.

—Hay algo importante que tengo decirte, sé que quizás no sea el momento

adecuado…

—Adelante.

—Augusto Fonfría va a salir de la cárcel. Han revisado el caso y lo van a dejar en libertad.

Andreu no tuvo aliento a responder, simplemente, se dibujó en su mente la imagen de su hermana, que yacía sobre el asfalto quebrada la vida, con la cara destrozada y las esperanzas partidas. La forzosa separación de su madre y los años de pesadumbre y mendicidad que había tenido que llevar silenciando su identidad, y enmascarado como un vulgar delincuente. Los recuerdos le hostigaron como punzantes latigazos en su piel.

Giró la cara y miró la estampa del Arcángel San Miguel, colocada sobre el panel de sus antepasados; ante ellos y en puro silencio, juró y perjuró que se vengaría de ese hombre mientras le quedara un resuello de vida.



Capítulo 67

Llovía con ganas en el centro de la ciudad, tal y como habían anunciado en la previsión meteorológica. Últimamente acertaban en un porcentaje bastante elevado. Tanta tecnología servía para algo. Entrando en el municipio de Picassent, la lluvia arreció tanto que ni las luces antiniebla del coche de Victoria Quirós podían traspasarla. El limpiaparabrisas delantero, a máxima potencia, permitió, a duras penas, que no se pasara el desvío del Centro Penitenciario. Cuando entró en el *parking* se podría decir que estaba sola.

Quién iba a escoger un día de perros como ese para hacer una visita, salvo ella, que no se dejaba intimidar por nada ni por nadie. Qué tenía de malo unas cuantas gotas, si el beneficio que podía encontrar tras ellas le compensaba de todas, todas.

Cogió su mochila, el paraguas y, con paso firme, se propuso cruzar el patio de un tirón. Saludó a los guardias de la entrada y le condujeron a la sala de visitas. Al igual que en otras ocasiones anteriores, esperó dentro de la pequeña garita hasta que vio aparecer al recluso Augusto Fonfría. Le recibió con una sonrisa que fue correspondida.

—Mi enhorabuena por su pronta salida, señor Fonfría.

—Gracias, espero que la próxima vez que nos veamos sea en mejores circunstancias y con un entorno menos austero.

—Por supuesto.

—¿Alguna novedad a destacar?

—He provocado a Alejandra, tal y como me indicó, directa e indirectamente, pero es orgullosa.

—Como su padre, lleva los mismos genes —sonrió—. Quiero que continúe hostigándola a ella y a los demás. Sin compasión.

—No se preocupe que así será. Por cierto, han detenido a Onofre Lafuente.

—A ese infeliz le venía grande el puesto que ocupaba en el Archivo del Reino.

—Sí, señor, carecía de personalidad.

—Señorita Quirós, ¿está usted contenta dónde trabaja?

Victoria abrió los ojos más de lo normal.

—¿Me va a hacer una oferta? —se atrevió a decir, levantando una ceja.

—Una muy buena oferta, la calificaría yo. Cuando salga de aquí tendremos una conversación.

—Cuando usted quiera —pronunció ella con la mente llena de billetes.

—Mientras tanto, me gustaría que se encargase de algo…

Victoria Quirós tomó nota mentalmente de cada una de sus palabras, sobre todo de la parte del final y la que más le interesaba; que iba a ser muy generoso con ella.

En el minuto treinta y nueve se despidieron. Victoria salió convencida de que había apostado por el caballo ganador.



En la comisaría de policía de Ciutat Vella el inspector Valdés y el subinspector Roque acababan de llegar de un operativo que les había tenido gran parte de la noche en vela. Nada más verlos, la comisaria Ortiz les avisó que quería urgentemente hablar con ellos. A los pocos instantes los dos hombres entraban en su oficina.

—No tienen buen aspecto ninguno de los dos.

Fue el inspector el primero en replicar.

—Si usted hubiese dormido tres horas esta noche también tendría esta cara.

—No lo pongo en duda. Ya sé que estamos desbordados de trabajo y, con ello no pretendo justificar nada ni reprender a nadie que no se lo merezca; pero hay cosas que no se pueden consentir. No podemos permitir que una periodista de tres al cuarto nos ponga en ridículo y nos deje en evidencia delante de los ciudadanos, y de la justicia en general. Primero con los maquiavélicos interrogantes que generó con el incendió de la Casa Vestuario, y ahora esto.

La comisaria les arrimó el periódico al borde de la mesa para que pudieran verlo mejor. Los dos leyeron el titular de la primera página, que en letras grandes ponía:

De la Edad Media al siglo XXI, solo hay un paso.

¿Suicidio u homicidio?

La historia se repite una y otra vez, en este caso rodeada de suicidios y asesinatos. El tiempo pasa, pero la maldad se queda como el poso del café en una taza, inmutable, hasta que se diluye en las entrañas de su víctima provocando una muerte segura. Algo así ha debido de suceder con los dos casos del supuesto suicidio, ocurridos en los jardines arqueológicos del antiguo hospital. Dos casos idénticos y con los mismos parámetros acaecidos en el siglo XV, que la policía no atina a resolver.

¿Serán las brujas las causantes de haber ocultado las pruebas determinantes, o tal vez el famoso libro de la Edad Media que perteneció a un grupo de aquelarres y que tiene siniestros poderes?

Señoras y señores, no sabemos a qué se debe, lo que sí sabemos es que la incompetencia policial está dando palos de ciego. Ahora falta saber quién puede ser el próximo.

—¿Quién es esa tal Quirós que lo ha escrito? —interpeló el subinspector.

—Una periodista conflictiva —murmuró Valdés, maldiciéndola.

—Un grano en el culo, diría yo —apuntó Roque.

—No podemos permitir que nos saquen los colores y que se vaya chismorreando por ahí detalles de un caso que, cómo bien dice está sin resolver. ¿Es cierto que hubo una muerte igual en el siglo XV?

—Creemos que sí —asintió Valdés.

—¿Ah, sí?… —balbuceó el subinspector, mirando a su compañero fijamente. Era la primera noticia que tenía.

—¿Cómo se ha podido filtrar esa información a los medios de comunicación?

La comisaria Ortiz estaba que trinaba.

—¿Por qué se me ha ocultado a mí? —gritó—. Inspector Valdés, ¿se puede saber qué cojones está pasando? ¿O tengo que llamar a esa tal Quirós para que me ponga al día?

Salieron del despacho, escocidos y con las orejas coloradas.

—Tío, ¿te estás acostando con esa periodista? —le preguntó Roque,

suspicaz.

—Pero ¡qué dices! ¡Pues claro que no!

—No sé, como siempre han dicho que los secretos se cuentan a las amantes.

—¡No digas tonterías! ¡Hostia!

—Pues ya me contarás de dónde has sacado que hubo otro asesinato igual en el siglo XV; porque se supone que yo estoy contigo en la investigación, ¿no?, o es que ahora trabajas solo. Por saberlo.

Jesús Valdés se veía acorralado. No podía por más tiempo mantener esta farsa. Se jugaba su trabajo y, ante todo, la confianza de su compañero y amigo Roque.

—Te debo una disculpa —reconoció el Inspector Valdés—. Vamos, te invito a un café, tengo ciertas cosas que contarte.



Capítulo 68

Llegó el día tan esperado por Augusto Fonfría, en que volvió a ver la luz de su libertad. Un puñado de periodistas esperaban a las puertas del Centro Penitenciario, con micrófonos y cámaras en mano, para grabar su aspecto y saciar la curiosidad. Mucho era lo que se había especulado en los informativos, y también muchos los cuchicheos y comentarios que se intercambiaban entre unos y otros sobre su caso. El hecho de que hubieran amputado de cuajo la red mediática en el juicio, sesgando la noticia, había creado un hambre de saber, en los que unos estaban a favor y otros en contra.

En las oficinas del periódico de la plaza del Ayuntamiento se había creado cierta controversia. Victoria Quirós estaba victoriosa. Nunca su nombre se había sentido tan identificado con algo. La razón estaba de su parte con respecto al empresario y accionista Augusto Fonfría. Sus predicciones advirtiendo de su inocencia se habían cumplido, dejándola en un muy buen lugar. Ello le había dado pie e inspiración para redactar un artículo que, si en el anterior había dejado al señor Fonfría como una mera víctima, ahora lo subía al cielo en forma de ángel redentor.

Alejandra, mientras desayunaba en casa, había visto las imágenes en televisión de su puesta en libertad. La poca leche que había llegado a su estómago se le había solidificado en una bola agria, que todavía no había conseguido tirar.

En cuanto llegó al trabajo sabía que Victoria se iba a regocijar ante ella; no solo por escrito para que todos pudieran ver su satisfacción reflejada en cada

palabra, en cada letra de esa maliciosa reseña, sino que también esperaba humillarla en persona.

Por ese motivo la abordó ante la presencia de todos, nada más la vio entrar. Antes de dirigirse a ella cogió un pañuelo del respaldo de su silla y se lo anudó al cuello. Seguidamente, y con la arrogancia que le permitieron sus pasos, se plantó delante de ella.

—¿Has visto los noticiarios? —le preguntó con una media sonrisa.

Alejandra apenas escuchó sus palabras; sus ojos solo tenían fijación en el pañuelo de seda que llevaba rodeando su garganta.

—Lo que estoy viendo es un pañuelo de mariposas idéntico al que supuestamente perdí o me robaron hace unos meses en el Museo del Palacio Real.

—Tenemos los mismos gustos, entonces.

—Lo dudo mucho. Tú y yo no podemos ser más dispares de lo que somos —añadió Alejandra con todo el sarcasmo del que fue capaz—. El mío tenía un pequeño zurcido en una de las esquinas —dijo, alargando el brazo para comprobarlo.

Victoria dio un paso atrás para impedirlo.

—Este no lo tiene, así que si quieres uno igual, ¡ya sabes! Tendrás que buscarlo en otra parte. Por cierto, imagino que ya sabrás que acaba de salir Augusto Fonfría de la prisión. Al parecer, no iba tan desencamina al defender su inocencia. Como verás, yo no miento ni tampoco me invento nada. Mi versión es veraz y a la vista está. ¿Cuál es la tuya?

—Soy conocedora de la noticia —contestó, apretando los puños y lo más entera que pudo—; pero si fui capaz una vez de ayudar para meterlo entre rejas por sus viles acciones, entre ellas, cuatro asesinatos, puedo volver a hacerlo. Así que…, tiempo al tiempo.

—Eres igual de orgullosa que tu padre —murmuró con desprecio.

Alejandra se encolerizó. No iba a permitir que esa malnacida mencionara a su padre por nada del mundo. Dio un paso hacia delante y cogiéndola de la solapa, con nervio, acercó su cara a la de ella, separada tan solo por unos pocos centímetros y le dijo con todo el asco del que fue capaz:

—¡Que sea la última vez que nombras a mi padre! ¡Hija de puta!

Después la soltó, se dio media vuelta, y dándole la espalda salió de allí. Una vez en la calle se metió en la primera cafetería que encontró, buscó el baño y vomitó la bola agria del desayuno junto con toda la ira contenida.

Los síndicos del Tribunal de las Aguas venían de visitar a Valentín, que se recuperaba lentamente. Los médicos habían advertido que le quedarían importantes secuelas en la piel, algo que había asumido la familia e incluso él.

Entraron en la Casa Vestuario y descendieron las escaleras en fila hasta la sala de los manuscritos.

—No podemos permitir que esto vuelva a ocurrir —expuso Adolfo, jurado de Mislata.

—Nadie contaba con que sucediera —intervino Jaime, jurado de Quart.

—Es cierto —afirmó Humberto—, deberíamos dar gracias que no se prendió nada más, si no, en este recinto cerrado nos hubiéramos muerto asfixiados o incluso quemados sin remedio.

—Ha sido una advertencia —manifestó Lorenzo, jurado de Rovella.

—¿Qué quieres decir con eso? —demandó Juan, jurado de Mestalla.

—Lo que todos sabemos y nos cuesta reconocer —dijo Fernando, jurado de Rascaña.

—Que los años no perdonan, amigos míos —formuló Antonio, jurado de Benácher y Faitanar—. Esta carga resulta ya demasiado pesada.

—No cabe duda que ese es nuestro *handicap*, nuestra baza es la sabiduría y la experiencia —planteó Humberto—. Hemos aportado mucho en esta causa, la hemos sorteado con astucia, aunque he de reconocer que hemos llegado a unos extremos de riesgo para nuestra salud que no contábamos.

—¿Alguien ha revisado últimamente el medallón y los dibujos? —preguntó Jaime, preocupado.

—Creo que no —negó Fernando, contagiado por su intranquilidad—: con tantos sobresaltos…

—Pues deberíamos hacerlo —insistió Jaime con un mal presentimiento mientras buscaba por encima de una de las mesas.

—Yo subiré a la caja fuerte a comprobar si el medallón está en orden —se ofreció Lorenzo.

Humberto se unió, registrando palmo a palmo la sala; retiró unas carpetas, abrió unos cajones, y escarbó entre unos manuscritos. Sumamente contrariado miró a los demás.

Lorenzo bajó a los pocos minutos.

—El medallón está en su lugar y parece que tranquilito.

—Menos mal, porque las láminas de dibujo han desaparecido —bufó Jaime.

—¿Cómo? —el runrún de unos y otros alteró el orden, creando un auténtico revuelo.

Humberto calmó los ánimos.

—Un momento, un momento, no nos alarmemos todavía, que bastantes sustos llevamos ya. ¡Están aquí! — dijo, mostrándolos y extendiéndolos encima de una de las mesas.

Todos se aproximaron para comprobar que era cierto. Hubieran preferido no ver lo que vieron; también hubieran preferido no estar donde estaban y, tal vez, no ser quienes eran. Nadie podía modificar el destino que parecía estar escrito, y tatuada su rúbrica con letras de sangre, a favor de unos y en contra de otros. Quién se encargaba de escoger, quién de indultar o quién de hostigar, nadie lo sabía; lo único que sabían era que las láminas de colores que contenían la silueta de unos de los tres demonios más perversos de la Creación, era la segunda vez que sufrían una mutación.

En la primera ilustración donde se veía la imagen de Satanás, con una claridad abrumadora por la perfección de sus trazos y el brillo de sus colores, se había fusionado una llama anaranjada que tapaba parte del rostro de la bestia. En la segunda estampa, que figuraba el monstruo marino de Leviatán con el cuerpo escamado, pudieron apreciar, atónitos, como la pierna humana que llevaba en sus garras parecía un apéndice por la textura de escamas que le habían aparecido; por último, y tal vez la más impactante, el grabado de Lilith en el que, incomprensiblemente, estaba gestando un embrión humano, no solo había aumentado de tamaño, sino que, además, en sus diminutos pies le habían empezado a crecer membranas.

Humberto se aproximó para verlo con más detalle, y tuvo que sujetarse del tablero para no caer de lado.

Jamás en su larga vida había visto nada semejante.



Capítulo 69

Andreu consultó el móvil, harto de escuchar un sinfín de sonidos de entrada de WhatsApp, a pesar de que le había bajado el volumen para no molestar a los compañeros ni clientes, y que no pudieran reprocharle que perdía el tiempo en horas de trabajo. Le sorprendió que todos ellos fueran de la misma persona: Rebeca.

Se había negado a mantener una relación extralaboral con ella; solo que tanta insistencia por su parte le había creado cierta alarma. Podía haberle sucedido algo grave y necesitarle. Por eso decidió llamarla; al segundo tono descolgó. Cuando escuchó su voz le pareció percibir algo de nerviosismo.

—Hola, ¿ocurre algo?

—Perdona, ya sé nuestro acuerdo, mejor dicho, tu acuerdo. Te llamo porque ha sucedido algo en el museo que deberías saber.

Andreu frunció el entrecejo.

—Como ya sabes, hay un equipo de arqueólogos que llevan trabajando a destajo en los túneles, pasadizos y salas donde se encontraron los cientos de objetos antiguos. Entre ellos, hay un arqueólogo, varios ayudantes y un topógrafo que, por cierto, me está «tirando los trastos».

Rebeca se mantuvo en silencio, esperando que su última frase surtiera efecto. No estaba dispuesta a dejarse embaucar por ese adulador que, a pesar de su nutrida cultura, no le aportaba nada de lo que ella buscaba en un hombre; aunque sí había aprovechado su *sexapil* para sonsacarle cierto tipo de información.

Andreu sintió un remolino de celos al escuchar ese comentario e imaginarse a ese moscón revoloteando a su alrededor. Intuir que podía conquistarla y

perderla era algo que le entristecía enormemente, pero más le amargaba y nunca se perdonaría, no hacerla feliz y cargar con una culpa que no se merecía. Por eso, recapacitando, pensó que con él le olvidaría y podría pasar página, cuanto antes, a su corta relación.

Resentida ante su mutismo como respuesta, Rebeca continuó:

—Pues coincidimos varios días en la hora del almuerzo y comentamos banalidades. Según me contaron, llevaban tiempo sospechando que había alguna cámara al otro lado de donde estaban trabajando.

—¿Y?

Andreu estaba expectante ante sus siguientes confesiones. Sabía perfectamente lo que podían encontrar si escarbaban más de la cuenta. Él había estado en esa habitación, la recordaba como si hubiera estado el día anterior; también en su cuerpo se alojó el temor de entonces cuando tuvo que introducir las dos manos en aquellas estrechas y profundas aberturas en la piedra de la pared, con el consabido riesgo de que podían habérselas amputado.

—¡Que así ha sido! Según he entendido han encontrado dos salas; una en el interior de la otra. En la más pequeña, ni te imaginas lo que había dentro.

Andreu pensaba disimular su sorpresa. Sabía lo que había, las dimensiones que tenía y lo que había albergado en su interior durante siglos.

—Un sarcófago vacío, Andreu. Sabía que te iba interesar, como tú sabes tanto de la historia del Palacio Real y sé que te gustan tanto estos temas. Solo que me han dicho que no diga nada a nadie. Yo sé que puedo confiar en ti; además, tú fuiste una de las personas que estabas en la expedición de los hallazgos, y merecías ser uno de los primeros en enterarte. Qué pena que no encontrarais vosotros también esa tumba. A saber lo que había dentro.

—¿Sospechan qué podía contener ese sarcófago? —preguntó Andreu con interés.

—Eso no me lo han dicho, aunque en una de las conversaciones me pareció escuchar que no era una tumba porque no había restos humanos. Desconozco cuál era su función; pero no te preocupes, que al final terminaré enterándome.

Andreu le agradeció la primicia y se despidió de ella con la cortesía de una buena amistad. Rebeca echó de menos su dulzura y sus mimos. En el momento que colgaron, tanto uno como otro, no pudieron despegarse del teléfono.

Nada más levantarse, Alejandra acudió al baño; llevaba unas semanas que no levantaba cabeza con las dichosas angustias. Todo le daba arcadas, esperaba que al cumplir los tres meses la cosa cambiara, aunque había leído y escuchado a otras madres decir que, a veces, no ocurría y los vómitos no desaparecían hasta el momento del parto. De solo pensarlo se ponía mala; pero si eso era el inicio de ser madre, lo asumía con todas las consecuencias posibles. Frente al lavabo, notó un fuerte pinchazo que le dejó casi sin respiración, como en alguna otra ocasión le había sucedido. Se encorvó, sujetándose la tripa con las manos como si con ese gesto pudiera sentir alivio, cuando escuchó a Lluís tocar con los nudillos al otro lado.

—¿Estás bien? —Su tono era de preocupación.

Ella abrió la puerta.

—Regular, me acaba de punzar otra vez. Me deja tan amarga; menos mal que solo dura unos segundos. Es como si me agujerearan por dentro. No sé cómo explicarlo.

Lluís se acojonó.

—¡Ven, siéntate! —le dijo dulcemente, rodeándola por la cintura.

—Cariño, estás pálido. Solo ha sido un pinchazo.

—¿Dónde es el dolor?

—No sé exactamente —contestó, levantándose la parte de arriba del pijama —. Por aquí, más o menos —señaló sin apenas mirar.

—¿Y estos cardenales? —sondeó él alarmado.

—No lo sé, los vi el otro día, aunque no recuerdo haberme dado ningún golpe. Tenía un par de ellos.

—¡Un par!, de eso nada, ahora tienes más.

Alejandra se levantó rápidamente colocándose frente al espejo. Allí pudo comprobar que era cierto, debajo del ombligo tenía cinco pequeños moratones.

—¡Vístete ahora mismo que nos vamos a urgencias! —dijo Lluís resolutivo —. Voy a llamar a la oficina para decir que no iré en toda la mañana.

—Sí, yo también lo haré —musitó ella, intranquila.

En el trayecto en coche hacia el Hospital La Fe, Lluís, mientras conducía, iba sumido en sus ahogados pensamientos, acosado por el temor de que algo malo pudiera sucederle a su mujer o al bebé. La llamada de teléfono de Humberto del día anterior, avisándole sobre la transformación de las láminas, en especial, la del feto de Lilith, le había dejado tan espantado que no podía eliminar los retorcidos y perversos pensamientos.

—Estás muy callado —murmuró ella con cierta congoja.

—Pensativo, simplemente.

—¿Crees que algo irá mal?

Lluís tragó saliva antes de contestar.

—No, claro que no… Todo irá bien, ya verás — él sonrió, sujetándole la mano izquierda.

Cuando llegaron a urgencias les atendieron con bastante rapidez, algo que agradecieron enormemente. El desasosiego les estaba ahogando. Lluís estuvo con ella en casi todo momento, salvo unos minutos en los que tuvo que salir a la sala de espera. Allí, solo, no paró de preguntarse, una y mil veces, cómo habían llegado a esa enrevesada situación.

Habían pasado varias horas, cuando la pareja salió del hospital. En sus caras, mucho más relajadas que cuando entraron, se reflejaba la serenidad de que todo estaba correctamente. Las palabras favorables del ginecólogo les sonaron como música celestial, cuando les explicó que no había ninguna anomalía a destacar, que tanto la madre como el desarrollo del embrión seguían un proceso normal, y que las moraduras podían ser debidas a la disminución de plaquetas, algo habitual en las mujeres embarazas.

Alejandra se emocionó al volver a escuchar los latidos del minúsculo corazón. Lluís dio gracias porque todo había sido un enorme susto.



Capítulo 70

Miguel visitó a los miembros del Tribunal de las Aguas en la Casa Vestuario. Juntos comentaron los recientes acontecimientos: la evolución de Valentín, las maquiavélicas reseñas de la periodista Victoria Quirós contaminando el ambiente, la misteriosa desaparición del libro *Súmmum* en el Archivo del Reino, el decaimiento de Andreu y la nociva herida que le estaba corroyendo y, sobre todo, los increíbles y preocupantes cambios sufridos en los diabólicos dibujos.

Miguel les contó la buena evolución de Alejandra, dictada por la revisión en urgencias y que discrepaba con esas láminas.

—Es una gran noticia —añadió Humberto—; tener algo tan grato que contar es un regalo ante tanta adversidad.

—Nos alegramos mucho y sé que hablo en nombre de todos —apuntó Jaime con la aprobación de los demás—. Estas malignas láminas nos están mareando, hasta el punto que ni nosotros sabemos discernir la realidad de la ficción.

—Hay algo más que debo contar —expuso Miguel—; aún no es oficial, pero no tardará en hacerse público. El grupo arqueológico que lleva dos años investigando los restos del desaparecido Palacio del Real ha encontrado la sala donde estaban los manuscritos edetanos.

Un cúmulo de murmullos se elevó en el ambiente.

—Era de esperar que antes o después dieran con él —comentó Juan, jurado de Mestalla.

—Es cierto y éramos conscientes de que esto podía suceder —continuó Humberto—; solo que, si antes había especulaciones con respecto a las

incógnitas abiertas, ahora se van a volcar con uñas y dientes, como hienas hambrientas, en averiguar qué había dentro.

—Eso les conducirá a dilapidar la teoría de que la sala del tesoro donde encontramos miles de objetos almacenados durante siglos y siglos, que nuestros antepasados del tribunal se encargaron de salvar de guerras, conflictos bélicos y demás, quede como que fue una tapadera para ocular algo mucho más valioso, llegando a la simple y llana verdad —planteó Lorenzo.

Hubo un estremecedor silencio.

—Me temo, señores, que esto tiene fecha de caducidad —habló Humberto con resignación.

—No voy a poner en duda lo que parece evidente —intervino Miguel—, pero antes de que todo eso ocurra, si es que llega el momento, tenemos una importante misión que cumplir; dar fin con la maldición del libro *Súmmum*, ya que afecta a gente muy cercana a nosotros y el pronóstico de las consecuencias es nefasto.

Los comentarios de los síndicos fueron de total unión en la contienda.

—Hasta la fecha disponemos del medallón —repasó Miguel—, pieza clave para llevar nuestro objetivo a cabo, dos de los pergaminos que maldijeron a Camilo Subies y Hortensia Roig, nos falta un tercero que correspondería a Pedro Adell.

—Sin olvidar que el libro *Súmmum* está desaparecido —recordó Humberto — y que es imprescindible.

—Por supuesto —asintió Miguel—. En ese punto disponemos de la ayuda de Jesús, que siempre es bueno tener a la policía de nuestro lado.

Muchos de los síndicos sonrieron por la ironía.

El inspector Valdés y el subinspector Roque llevaban varias horas en comisaría, centrados en averiguar la identidad del propietario de esa misteriosa empresa fantasma de Suiza, que había proporcionado el pago del robo del libro *Súmmum*. Después de interrogar varias veces a Onofre Lafuente, estaban convencidos de que realmente desconocía la persona que estaba detrás de todo, y que le había utilizado para conseguir su propósito, aprovechándose de su crisis económica.

Para ello, habían pedido la colaboración voluntaria de un *hacker*, un cerebro de la informática que trabajaba haciendo distintas funciones en la policía.

—Esto que me estáis proponiendo me va a llevar más tiempo del que os imagináis —se quejó el joven, reacio a ceder.

—No seas quejica, si tú eres un as en este mundo —le animó Valdés, elogiándolo.

—Sí, pero esas horas me van a retrasar mi faena.

—Tú solo piensa en lo que vas a disfrutar con tu novia en el partido Barça-Madrid —le achuchó Roque—. Tengo esas entradas hace no sé el tiempo. Vamos, con decirte que ya están agotadas.

—Sí, lo sé, yo llegué tarde a comprarlas —añadió el chaval más convencido, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador y moviendo el ratón para aquí y para allá.

—Todavía no entiendo cómo pueden ser legales este tipo de empresas chanchullo —manifestó Roque, asqueado.

—Esos paraísos fiscales son un vehículo para eludir impuestos; pero ahí están para las personas poderosas, no como nosotros —comentó Valdés.

—Lo peor de todo es que la mayoría están constituidas de forma que mantienen el anonimato del propietario, sí o sí —les explicó el *hacker*—. De antemano os digo que no va a ser nada fácil, y que no os doy garantías de que lo pueda conseguir.

—Pues no tenemos mucho tiempo —le advirtió el inspector Valdés, colocando la mano sobre su hombro y acercándose a su oído—; la comisaria Ortiz nos tiene pillados por los huevos, así que ya puedes darte prisa.

El subinspector Roque pasó por delante de sus ojos las entradas de fútbol con cierto recochineo.

—¡De acuerdo, lo intentaré! —claudicó el joven—. Y ahora, ¿queréis marcharos ya y dejarme trabajar?

Valdés y Roque cedieron satisfechos. Lo conocían bien y sabían que era un *cerebrito* de la informática. Estaban en buenas manos.

—Cuánto dinero tiene la gente y nosotros aquí, día y noche, para llevarnos un sueldo — exteriorizó Roque, decepcionado de la vida—. ¿Qué harías tu si tuvieras millones de euros? — formuló la pregunta, lanzándola al aire.

Valdés le miró y sonrió.



Capítulo 71

Rosa se asomó por el balcón. Hacía un precioso día invernal, de la planta quince del edificio gozaba de unas extraordinarias vistas de la ciudad, alcanzando a ver el puerto y el mar. El sol estaba ubicado en lo más alto e incidía en el mosaico blanco del Palacio de las Artes Reina Sofía, teatro de ópera de la ciudad por excelencia, por cuyo escenario habían pasado voces de primera línea y batutas de gran nivel. Su fachada, convertida en un imponente reflejo de luz, hizo que Rosa se protegiera los ojos. Eran las doce del mediodía, hora de la oración del ángelus. Desde que Alejandra estaba embaraza la rezaba todos los días pidiéndole que la cuidara. La Virgen María sabía lo que era ser madre y la protegería.

Cuando entró en el salón estaba deslumbrada por tantísima claridad. Miguel continuaba delante de la pantalla del ordenador. Cuánto le quería y lo que se había involucrado en esta tarea tan complicada.

—¿Cómo vas? —le preguntó.

—Algo bloqueado. He repasado mil veces los trabajos de Baldomar, la vida de ese gran maestro cantero, incluso he intentado ponerme en su propia piel ante la tesitura que le solicita la reina. También me he aprendido de memoria los textos de las cartas entre ellos y…

—¿Y? —quiso saber Rosa, ansiosa ante su repentino silencio.

—Pues que no termino de verlo claro. Estoy convencido de que hay algo que se me escapa, algo que no consigo ver.

—¿Qué sabemos de la reina? —preguntó Rosa, intentando ayudar.

—Pues en una de sus misivas menciona distintos versículos de la Biblia.

—¿Cuáles?

Miguel comenzó a recitar:

> *—Apocalipsis* 12.
> *3. Y se vio otra señal en el cielo y he aquí un gran dragón de color de Fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas.*
> *7. Y se hizo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles pelearon contra el dragón: y peleaba el dragón y sus ángeles…*
> *9. Fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el engañador del universo. Arrojado fue a la tierra y con él fueron arrojados sus ángeles…*

—Miguel, nos está hablando en todo momento del Arcángel San Miguel y de su lucha con el Diablo.

—Sí, lo sé.

—¿Qué más dice?

> *—Apocalipsis* 20.
> *12. Y vi a los muertos, los grandes y los pequeños, en pie ante el trono y se abrió el libro de la vida y fueron juzgados los muertos, de acuerdo con lo escrito, según sus obras.*

—Y aquí continúa hablando de él —siguió Rosa—, ya que es el encargado de pesar las almas en el Juicio Final. Hasta ahora en los dos pergaminos anteriores siempre ha aparecido el arcángel por medio, bien su imagen o su símbolo; ello nos ha dado la pista para localizar lo que buscábamos.

Miguel asintió más relajado, escucharla le empezaba a aclarar las ideas.

—Entonces no te ciegues en la reina y Baldomar, sino en localizar al arcángel que pudo tener relación con ellos y que es posible que nos pueda llevar a dónde queremos llegar.

—Miguel se quedó muy serio y pensativo. Luego sonrió, se levantó y le dio un beso.

—¡Tienes razón! ¡No sé qué haría yo sin ti!

—¡Calla!, zalamero.

Las siguientes horas Miguel las dedicó a buscar todo tipo de información, según los consejos de su mujer.

A mitad de tarde, Rosa le llevó un café con leche con un trozo de *coca de llanda* para merendar.

—Rosa, ahora no puedo entretenerme, que creo tener algo…

—Si que puedes, solo serán diez minutos.

—Miguel desistió, prestándole atención.

—¿Cómo vas?

—Pues… —comenzó a decir después de saborear el primer bocado—. ¡Qué buena está!

—Recién hecha de esta mañana.

—Pues —continuó Miguel, sacudiéndose las migas que le habían caído— me estoy centrando en cuadros, retablos, esculturas que contengan al santo y que puedan estar en el entorno de la soberana. Tarea nada fácil.

—Ya me imagino.

—La reina María de Castilla fundó el Monasterio de la Trinidad, en 1444, a extramuros de la ciudad, sobre el emplazamiento de un convento trinitario anterior, contando con la aportación económica de muchos benefactores nobles e instituciones valencianas. Su intención era establecer allí una comunidad de clarisas, ya que desde su juventud solía retirarse entre las claras de Tordesillas, atraída por la sencillez y dulzura de la espiritualidad franciscana.

Miguel dio el último sorbo al café con leche y dejó la taza vacía encima de la bandeja.

—Pero el convento trinitario llevaba en pie desde el año 1242 y también estaba habilitado como hospital, creado para atender a pobres y peregrinos, aunque, según apunta algún historiador, acabó como hospital privado. Pero lo más curioso del lugar es que con el tiempo se acabó convirtiendo en un burdel.

Rosa puso cara de sorpresa.

—¡Cómo lo oyes! Regido por monjes que eran hijos de familias ricas de la ciudad, de escasa moral, como puedes ver, transformándolo en un refugio de prostitutas y maleantes. Fue la reina, María de Castilla, la que dio orden de expulsar a todos los monjes trinitarios y reemplazarlos por monjas clarisas de clausura procedentes de Gandía.

Rosa sonrió por el temperamento que debía tener la soberana.

—Con ello consiguió que el monasterio iniciara su etapa de esplendor, convirtiéndolo en un importante foco cultural. Ella misma colocó la primera piedra y quiso ser enterrada allí.

—Me ha parecido leer que Isabel de Villena también estuvo en el convento

—puntualizó Rosa.

—Cierto. En 1445, poco después de que se establecieran las clarisas en el monasterio de la Santísima Trinidad, Leonor ingresó a la edad de quince años, cambiando su nombre por el de Isabel. Ella se había quedado huérfana a los cuatro años y fue educada en la corte por María de Castilla, que la instruyó como una princesa ya que no tenía hijos. En 1463 fue nombrada abadesa y escribió en valenciano su obra *Vita Christi*, una de las piezas más importantes de la literatura del siglo XV. De la reina puedo decirte que, en la etapa final de su existencia, acrecentó su atracción por la oración, la interiorización y la vida mística.

Rosa se levantó y se llevó la bandeja a la cocina. Al regresar siguió escuchando a Miguel.

—Como ya he comentado, la reina tenía cierta predilección por las monjas clarisas; indagando por aquí y por allá, resulta que Jaime I, en 1239, un año después de conquistar Valencia, le concedió a Ximén Pérez de Arenós, un fiel servidor que le ayudó en su conquista, una ermita a extramuros de la muralla musulmana con el fin de levantar un convento para la Orden de Santa Clara, ubicado en el entonces poblado de Roteros, en la zona de la plaza del Tossal, llegando a ser uno de los más importantes del Reino.

—¿Dónde vive Andreu?

—Sí, justo enfrente. En 1836, con la desamortización de Mendizábal, el convento tuvo que ser abandonado como tantos otros en aquella época. Años después fue derribado y sobre su solar se construyeron nuevas casas. Las monjas se trasladaron al convento de la Trinidad. Después pasaron al actual convento de la Puridad, en la calle con el mismo nombre.

—Miguel, no veo la relación con el arcángel.

—Ahora te cuento… De ese primer convento se retiraron numerosas obras de valor: cuadros, retablos, etc. Aunque la mayoría están perdidos, podemos encontrar dos retablos importantes que todavía se conservan en el Museo San Pío V; uno es el de la Purísima Concepción y otro el de San Miguel Arcángel.

Rosa sonrió.

—¿Quieres ver las fotos de ellos?

—Naturalmente que quiero verlas.

Miguel tecleó en el ordenador y en pocos minutos aparecieron los dos retablos en la pantalla.

Rosa clavó sus ojos en el primero, frunció el entrecejo, y después miró a Miguel.

—Lo conoces ¿verdad?

—Claro que lo conozco —afirmó Rosa—, me ha dado un vuelco el corazón al verlo y recordar cómo los dos burlamos a los guardias de seguridad del Museo San Pio V para conseguir una de las doce llaves. ¡Madre mía!, qué angustia pasé ese día intentando escapar sin ser vista.

—Pues me temo que este otro, el que nos interesa ahora, está en la misma sala.

—¡No puede ser!

Miguel asintió con la cabeza y una sonrisa de resignación.

—Deberíamos ir a verlo — propuso él.

—¿Y si nos reconocen?

—Rosa, han pasado tres años, ¿cómo nos van a conocer?

Miguel miró el reloj.

—Si te das prisa en cambiarte de ropa, aún nos da tiempo a acercarnos antes de que cierren.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

Rosa fue rápidamente a la habitación, abrió el armario con torpes movimientos buscando algo que ponerse, y vio cómo le temblaban las manos.



Capítulo 72

La oscuridad de la tarde se les había echado encima cuando Miguel y Rosa bajaron del autobús, a pocos pasos de la puerta del Museo de Bellas Artes.

Él la cogió de la mano y entraron en aquella inmensa antesala. Rosa miró hacia el techo y se encandiló con la cúpula estrellada, simulando el cielo. Recordó que hacía tres años repitió los mismos gestos. Se dirigieron hacia las salas de exposición permanente, amplias, pulcras, con el suelo de mármol y una fusión de luz artificial y natural, debido a un gran lucernario que intensificaba el color de las obras que acogía. Nada más entrar, a la derecha, Miguel se detuvo y le hizo una seña a su mujer para indicarle que el retablo del Arcángel San Miguel, del pintor valenciano Jaume Mateu y encargado para el Convento de la Puridad, lo tenían delante de sus narices.

Rosa echó un vistazo alrededor, por suerte, a esa hora de la tarde no había apenas gente. Miguel fue el primero en acercarse para verlo con detalle. Ella, más regazada, se unió a él.

Durante unos instantes admiraron su magnificencia. Un dorado retablo compuesto por tres calles verticales y una predela en su base con seis imágenes. En la calle central había una solemne figura de San Miguel con armadura completa, como príncipe de las milicias celestiales, alanceando al dragón de siete cabezas: una como principal y seis más en la parte de la cola. En las calles laterales rematadas con tracería gótica, seis historias con la leyenda del santo arcángel.

Miguel sacó de su bolsillo una hoja de papel con los versículos anotados y los leyó despacio:

> *–Y se vio otra señal en el cielo y he aquí un gran dragón de color de fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas.*

—Mira las siete cabezas del dragón —dijo Rosa, señalando la imagen central.

—Miguel continuó leyendo:

> *Y se hizo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles pelearon contra el dragón; y peleaba el dragón y sus ángeles… Fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el engañador del universo. Arrojado fue a la tierra y con él fueron arrojados sus ángeles…*

—Esa escena está aquí, a la izquierda —susurró ella nerviosa.

—Sí, ya la veo. El arcángel está a la cabeza del ejército de ángeles que arrojan a los rebeldes a las fauces de Leviatán.

—¿Tú crees que estamos en lo correcto? —preguntó Rosa, esperanzada—, ¿que vamos a salir de aquí con algo más de lo que hemos entrado?

—Eso espero —contestó Miguel sin demasiada convicción.

—Miguel recitó el último párrafo:

> *Y vi a los muertos, los grandes y los pequeños, en pie ante el trono y se abrió el libro de la vida y fueron juzgados los muertos, de acuerdo con lo escrito, según sus obras.*

—También está arriba a la derecha —chilló Rosa, sin poder reprimir su estallido de alegría.

—Rosa, tranquilízate. No podemos llamar la atención.

—Lo sé, lo sé… No he podido evitarlo. ¿Ves?, está San Miguel pesando las almas, y se ve cómo el Diablo está haciendo trampa con la balanza.

—¿Y ahora qué? —demandó Miguel, ofuscado—. Hemos terminado las pistas y, con ello se nos han acabado los cartuchos.

Rosa volvió a mirar el retablo. Su marido tenía razón, todo había sido una falsa ilusión.

—¿Quiénes son estos santos de abajo que rodean a Cristo? —se interesó ella.

Miguel consultó sus anotaciones.

—El del centro, el Cristo Varón de Dolores sostenido por un ángel; las dos imágenes que le rodean, su madre y San Juan Evangelista.

—¿Y los otros cuatro?

—Los dos últimos de la derecha, Santa Catalina de Alejandría y San Francisco de Asís. Los dos de la izquierda, San Antonio Abad y Santa Clara.

—Un momento —añadió Rosa—, Santa Clara la que lleva el báculo, ¿la fundadora de la Orden de las Clarisas?

Él asintió; luego la miró primero a ella y después la imagen de la santa. A los pocos instantes estaba palpando el marco de madera que lo envolvía.

—¡Miguel, no se puede tocar! —le chistó su mujer—. Nos van a llamar la atención. ¡Ya estamos igual que hace tres años!

—Si no lo toco —rechistó él—, ¿cómo voy a saber si hay algo?

Miguel sacó un cortaúñas del bolsillo de su chaqueta, y de él una fina y puntiaguda lima de uñas.

—No lo irás a rayar. ¡Madre mía! ¡A saber lo que vale esto!

—En 1988 fue declarado «Bien de Interés Cultural del Patrimonio Histórico Español».

—¿Qué? ¡Eso suena a mucho dinero!

—Quieres dejarme hacer, por favor.

Una sombra detrás de ellos le hizo retomar la compostura. Al girarse, vieron que era el guardia de seguridad.

—Perdonen, el museo cerrará sus puertas dentro de diez minutos.

—¡Gracias! —agradeció Rosa con el corazón bombeando a gran velocidad.

Miguel achuchó a su mujer para que se encargara del vigilante. Rosa frunció el entrecejo. Instantes después, de su rostro brotó una fingida, pero radiante sonrisa.

—¡Perdone un minuto! —le dijo mientras caminaba a su lado—. ¿Me puede ayudar a encontrar el retablo de la Purísima Concepción?

—La verdad es que soy nuevo aquí, pero creo que se encuentra por allí. Acompáñeme, por favor.

—Claro, claro, le sigo. Muchas gracias por su amabilidad.

Miguel los oyó alejarse, momento que aprovechó para hincar, con delicadeza, la punta de la lima en el marco de madera. Después hizo palanca con la esperanza de que algo ocurriera. Sin esperarlo, la imagen de Santa Clara le cayó en la otra mano.

Emocionado y sorprendido a la vez, miró a todos lados para asegurarse de

que nadie le había visto. Brincó de alegría, hipotéticamente, al comprobar que estaba completamente solo. Le dio la vuelta a la placa de madera y había una frase escrita. La leyó rápidamente e intentó memorizarla; pero le dio miedo olvidar alguna palabra, de forma que sacó su móvil para hacerle una foto. En ese preciso momento escucho la voz de Rosa que hablaba con el hombre. Miguel, histérico por la premura del tiempo, logró cumplir su objetivo. Rápidamente se guardó el teléfono y quiso colocar la pieza desmontada en el lugar que le correspondía, pero, no sabía si por los nervios o porque algo se había movido al quitarla, no lograba acoplarla de ninguna manera. Hizo varios intentos, presionó, empujó y, viéndose perdido y con Rosa y el guardia demasiado cerca, le dio un golpe seco con el puño y quedó encajada.

Miguel respiró, justo en el momento en el que Rosa se colocaba a su lado.

—El museo acaba de cerrar sus puertas —les avisó el guardia.

—Nos vamos ya —pronunció Miguel, mirando de reojo el retablo y suplicando que aguantara entero hasta que se fueran.



Capítulo 73

Rosa salió del museo con flojedad de piernas y colorada como un tomate, y Miguel conteniendo la respiración para que no les vetaran la salida. Cuando se vieron en la calle, agradecieron el aire frío del ocaso contra su cara. Lo habían vuelto a hacer y lo habían vuelto a conseguir. Sus miradas se encontraron, acompañadas de una triunfante sonrisa.

Miguel llamó a Andreu para comunicarle sus avances, mientras su mujer hablaba con sus sobrinas. Por unanimidad, acordaron verse todos en casa de Jesús y Sara. Ellos fueron los últimos en llegar, las interrogantes miradas de unos y otros apenas les dieron tiempo para contar cómo habían sucedido los acontecimientos.

—¿Y cuál es la frase? —preguntó Alejandra con gran curiosidad.

Miguel rebuscó entre sus imágenes. Después la leyó en voz alta y Andreu la anotó en un papel.

> *La oscuridad agonizará dando paso a la luz, que germinará los lirios y las flores de azafrán eclipsando al dragón, teñido de púrpura.*

Rosa observó la expresión de desconsuelo en algunos.

—Creía que sería más directa —se quejó Alejandra, decepcionada—, que nos mostraría el lugar fácilmente.

Rosa, pendiente de su sobrina, advirtió que su embarazo empezaba a ser visible; aunque el incipiente aumento de su tripa podía llegar a disimularlo, la fisonomía de su cuerpo había cambiado.

—Yo también me había hecho ilusiones de que hoy mismo lo tendríamos resuelto —añadió Andreu con un semblante desmejorado—. Parece que la cosa todavía se alargará.

—No seamos así —intervino Sara, viendo la negatividad reinante en la sala —; por favor, analicemos lo que dice.

—Estoy contigo, cuñada —apoyó Lluís.

Jesús sacó unas bebidas y fue repartiéndolas a cada uno.

—Deduzco que esta frase es de la reina —puntualizó Miguel—. Yo me he atrevido a diseccionarla y a sacar mis propias conclusiones. Con ello no estoy diciendo que sean las acertadas. Yo creo que cuando menciona *La oscuridad agonizará* es porque deduce que, con esta misión concluida, finaliza el negro capítulo de maldiciones. Si analizamos *la luz germinará los lirios*, como os hemos comentado Rosa y yo, la frase estaba en el reverso de una de las siete imágenes que componen la predela del retablo y que correspondía a santa Clara. Pues uno de los atributos de la Santa, además, de la custodia y el báculo, es el lirio. Flor que representa la pureza y la virginidad.

Todos le escuchaban atentamente.

—También hace mención a *las flores de azafrán*. Cuando escuchas esto piensas que no tiene ningún sentido; pero cuando llevas semanas hurgando en la vida de la soberana, sin descanso, como es mi caso, todos los momentos de ceguera por los que he pasado acaban recobrando sentido. Os preguntareis a qué me refiero —mencionó, al percibir en sus rostros la impaciencia por una aclaración—. Resulta que a partir del año 1420 las divisas de la reina fueron el caldero ardiente y las flores de azafrán.

—No termino de ver dónde nos quieres llevar —terció Alejandra.

—Es normal. Pero qué ocurriría si yo os dijera que si la reina escogió esa flor no fue al azar, sino porque tiene tres estigmas rojos de donde se saca el preciado condimento y que, simbólicamente hablando, aludiría a la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El silencio reinó en la habitación, asimilando dicha información y buscando la coherencia a sus palabras.

—¿Estás insinuando que nos lleva al Real Monasterio de la Trinidad? —cuestionó Andreu con un hilo de esperanza.

—¿Por qué no? —contestó Miguel, satisfecho de su exposición.

—De acuerdo, hasta aquí te sigo y aplaudo tu ingenio —soltó Lluís, admirado—; pero ¿qué pasa con las palabras del final, *eclipsando al dragón*,

teñido de púrpura?

—Si los tres estigmas de la flor del azafrán simbolizan a la Trinidad —prosiguió Sara, cautelosa—, nos está diciendo que Padre, Hijo y Espíritu Santo están eclipsando o, lo que sería lo mismo, venciendo al dragón que es el Diablo; además, lo expresa claramente con la metáfora *teñido de púrpura*, ya que ese es el color del azafrán.

—Eso quiere decir que lo tenéis a medias —especificó Lluís, dándose por enterado—. Según vuestras deducciones, confirmáis que el tercer pergamino que estamos buscando se encuentra en el Monasterio de la Santísima Trinidad. Ahora falta saber dónde.

La mirada de Miguel se ensombreció.

—Todavía no lo sé.

—Miguel, repasa los datos de la reina —le propuso su mujer, percibiendo su ofuscación—. Has pasado tantas horas empollando la vida de la reina, que estoy convencida de que tiene que dar su fruto de alguna manera. Seguro que la clave está ahí.

—Como ya sabemos —comentó Miguel, rememorando la información recabada—, los restos de la reina se encuentran en el monasterio, dentro un bello sarcófago gótico en forma de arcosolio. Su construcción se atribuye a Antoni Dalmau; exhibe en la parte inferior tres escudos coronados con las armas reales y en los extremos dos bajorrelieves. Uno con el símbolo del caldero y otro con las flores de azafrán. Según he leído, fue sepultada con el hábito de las hermanas Franciscanas Clarisas; decía que «Quería seguir estando al lado de sus monjas». De hecho, es la única tumba real ocupada en la Comunidad Valenciana. Se encuentra en la cabecera de la iglesia, aunque no en su interior, sino en la parte que da al claustro, en uno de sus ángulos, con la curiosidad de que la cabeza de la reina recae en el lugar donde estuvo la antigua capilla de San Miguel, y los pies hacia el altar mayor.

—Hasta después de muerta quiso estar al lado del Arcángel San Miguel —mencionó Rosa con grandes muestras de admiración hacia esa mujer.

—¿Creéis que el pergamino que buscamos puede estar en su sepulcro? —preguntó Sara con ciertas reservas.

—No lo creo —negó Miguel.

—Me alegro —contestó Sara más relajada—, no me apetece tener que perturbar la paz de la reina.

—Aunque el monasterio se ha mantenido en pie —reanudó Miguel su

explicación—, a pesar de haber sufrido graves asaltos con la Guerra de Sucesión, la Guerra de la Independencia y la Guerra Civil. Hace unos años, un grupo de arqueólogos realizaron unas excavaciones en una de las criptas y se encontraron con que todo estaba removido. Además, tan majestuoso lugar ha resistido siete inundaciones, incluida la de 1957, cuando el rio Turia se desbordó anegándolo todo. Fue entonces cuando el sepulcro de la reina María de Castilla fue abierto por tercera vez, comprobando la presencia de sus restos y renovando sus hábitos franciscanos. Según dicen algunos historiadores, su tumba no llegó a ser saqueada por los franceses, ya que no descubrieron su entrada. Su arcosolio ha sido restaurado con trabajos de limpieza mecánica y química, recuperando su color y forma original.

—¿Qué pasa con Baldomar? —se interesó Jesús—, le hemos dejado de lado cuando se supone que juega un papel importante.

Miguel reconoció que tenía razón. Hurgó en uno de los bolsillos de su chaqueta y desplegó un folio.

—Hay ciertos trabajos realizados en el monasterio que se atribuyen a la posible autoría de Baldomar, como la bóveda del locutorio, la bóveda aristada en el interior de uno de los contrafuertes de la iglesia, en la tribuna de la reina o en la sacristía; también la portada de la cocina, la escalera del claustro…

Sara se levantó y encendió el ordenador portátil.

—No vamos a salir de aquí hasta que lo averigüemos —murmuró.

Miguel se acercó a ella y le dio varias indicaciones que ella acató. Mientras tanto, los demás planteaban varias opciones.

—Aquí aparecen las imágenes de la exhumación e inhumación de la reina —mencionó Sara ante una página de Internet.

Todos se levantaron para poder verlas.

—¡Esperad un momento! —exclamó Miguel—. Hace algunos años se hizo un estudio de la bóveda gótica de la iglesia; el interés se debió a que se encuentra oculta por encima del recubrimiento barroco.

—¿Cómo oculta? —requirió Rosa contenta al ver que su marido había encauzado, de nuevo, la investigación.

—Sí, el templo, de nave única y estilo gótico, fue construido con toda probabilidad por Antoni Dalmau en el siglo XV; pero el interior se renovó dos siglos después en un barroco vanguardista, como ocurrió con otras iglesias de la ciudad, quedando el primitivo techo completamente tapado.

—¿Y? —cuestionó Lluís, presintiendo que se acercaban al final de esa búsqueda.

—Sara, déjame un minuto, por favor —le pidió Miguel ocupando su lugar—. A veces una imagen vale más que mil palabras.

Miguel manipuló el teclado con destreza. A los pocos instantes, la fotografía que presenciaron les dejó sin palabras. En ella aparecía una parte de la bóveda gótica. Aunque lo que realmente les atrapó, hasta el punto de no poder retirar la vista de ella, no era su estructura sino las ornamentales pinturas que la decoraban; unas imponentes cabezas de dragón, con tanto color y detalle, que les sobrecogió. Todas eran idénticas, con la boca abierta mostrando sus puntiagudos dientes y un palmo de lengua encarnada.

—Los dragones era un tema bastante recurrente en la Época Medieval —matizó Miguel ante la colectiva expresión de sorpresa—. ¡Os presento a los Dragones de la Trinidad!

—Ahora la pregunta es —añadió Lluís—, ¿cómo vamos a llegar hasta ahí arriba?



Capítulo 74

Esa noche concluía el mes de febrero y, con ella, si todo salía como esperaban y habían estado organizando varios días, también la ansiada búsqueda de los tres pergaminos. Se merecían respirar tranquilamente de una vez por todas, aunque todavía tuvieran pasos decisivos por realizar.

Lluís aparcó la furgoneta al principio de la calle Alboraya, lo más cerca que pudo del muro que daba al patio del Monasterio de la Trinidad, beneficiándose de la amplitud de la acera. A su lado, iba Andreu con el material que habían decidido llevar; detrás, Sara y Jesús. Alejandra se había quedado en casa; por su estado no era aconsejable correr más riesgos innecesarios y sabían, por propia experiencia, que en esas batidas siempre había inesperadas sorpresas. Miguel también se había quedado con Rosa. Se merecía un descanso después de su exhaustiva investigación.

Bajaron los cuatro del vehículo. Andreu sacó de la mochila un gancho de escalada con cuatro púas, atado a una larga cuerda con nudos, se subió al capó del furgón y lo lanzó al borde de la tapia. Acertó a la primera, gracias a la luz de una farola cercana. Al bajar de un salto, la herida de su pierna le recordó que no estaba al cien por cien.

—Te ha dolido, ¿verdad? —le preguntó Sara, percibiendo su escozor.

—Andreu, ¡quédate aquí! —le aconsejó Jesús—. No tiene sentido que te arriesgues a entrar dentro si la pierna te puede gastar una mala pasada. Tú ocuparás mi puesto y vigilarás.

Al observar las miradas de sus compañeros supo que coincidían en la misma opinión. Entonces, claudicó.

El primero en ascender por la cuerda fue Lluís, seguido de Sara y Jesús. La indumentaria adecuada y oscura, para la ocasión, les facilitó los movimientos. Una vez en el patio alumbraron a su alrededor.

—Me pareció leer que debajo del antiguo huerto había un refugio que utilizaron en la Guerra Civil Española —comentó Lluís, iniciando el paso.

—Es cierto —afirmó Jesús—. Todavía existe el búnker antiaéreo en bastante buen estado, con la maquinaria de ventilación y restos de fango de la riada del 57. Se especula que, por medio de un túnel, se comunicaba con el viejo cauce del río Turia. De hecho, se puede ver la entrada tapiada a la altura del monasterio.

—Será mejor que mantengamos silencio —aconsejó Sara—, no querréis que se despierten las monjas que habitan el convento, ¿verdad?

Ellos negaron con la cabeza.

Jesús alumbró la puerta principal de la iglesia. Después, en la misma pared, localizaron la entrada de la sacristía, mucho más pequeña, más discreta y más sencilla de forzar. Lluís se afanó en su cerradura hasta que la consiguió abrir. Entraron sigilosos investigando el lugar, atravesaron la estancia y después una puerta barroca policromada que los llevó al presbiterio. Los tres miraron hacia la bóveda; si sus cálculos no les fallaban, estaban justamente debajo de las claves. Movieron sus haces de luz hacia un lado y otro de la iglesia. Sara iluminó el altar mayor y se detuvo en el lienzo central de la Santísima Trinidad, franqueado por cuatro altas columnas. Lluís iluminó los grandes ángeles dorados que adornaban la parte baja de la cornisa. Jesús, en cambio, buscó la manera de acceder a la sobresacristía, lugar que ocupó la tribuna de la reina, desde dónde escuchaba los oficios divinos. En cuanto tuvo el camino claro les silbó a sus compañeros, que le siguieron sin rechistar. Ascendieron uno detrás de otro hasta llegar al habitáculo, y consiguieron filtrarse hasta la fina barandilla que bordeaba la iglesia. Desde esa altura y perspectiva, Lluís observó cómo los ángeles parecían haber crecido de tamaño y los medallones vegetales que cubrían el revestimiento barroco se encontraban en primera línea.

—Impresiona la iglesia desde aquí —exclamó Sara—. Sobre todo a oscuras.

—Por eso es importante que, a partir de ahora, tengamos mucho cuidado dónde ponemos los pies —aconsejó Jesús.

—Tenemos que encontrar la forma de acceder a la bóveda gótica —murmuró Lluís, enfocando en todos lados con el haz de luz.

—Ha de ser muy antigua si consideramos que es la parte original de la iglesia —añadió Jesús—. Por eso creo que podría ser esa —dijo, señalándola.

—¿De veras? —gritó Sara, siendo la primera en asomarse—. Chicos, ahora viene lo verdaderamente emocionante —voceó con el eco de su voz, perdido en aquella negrura—. Mirad, la escalera está en un estado de pura ruina. No estoy segura que soporte nuestro peso.

—Déjame ver —se interesó Jesús—. ¡Opino lo mismo!

—Subiré yo que soy la más ligera —se ofreció ella.

Desde el primer escalón, el amenazante crujido de la madera le acompañó peldaño tras peldaño. Con cautela y asegurando cada paso, consiguió llegar hasta arriba. La oscuridad era absoluta, dirigió la luz hacia el frente y gritó:

—¡Eureka!

Ante ella se encontraba la primitiva bóveda de crucería. En los cruces de los nervios se encontraban unas inmensas cabezas de dragón policromadas. Sara se estremeció, impresionada. Nada tenían que ver con las imágenes que Miguel les había mostrado en Internet. Seguidamente chilló hacia abajo:

—¡Esto está lleno de dragones!

Su frase les debió de impresionar porque a los pocos minutos escuchó el crujir de la escalera y vio asomar a los dos.

Sara se encaramó en aquella reducida amplitud del techo con el fin de dejarles más espacio.

—Ya lo creo que sí —murmuró Lluís, sin saber a cuál de todos mirar—. Parece mentira que todavía estén tan bien conservados.

—Según explicó Miguel, deberíamos centrarnos en las claves que hay debajo de los dragones —comentó Sara—. La principal representa a la Santísima Trinidad, y el resto a la faz de Cristo. Según sus argumentos, él opta por la primera.

—Y nosotros también —corroboró Lluís.

—Lo tenemos bastante mal para maniobrar —mencionó Jesús, barajando cómo llevar los hechos a cabo—. Hay una altura de poco más de cuarenta centímetros. Habrá que ir tumbados.

—No creo que debamos ir todos —puntualizó Lluís, precavido—. No sabemos el peso que podrá soportar ese techo barroco.

—Da un poco de claustrofobia —susurró Sara.

—¿Un poco solo? —musitó Jesús detrás de ella.

—Creo que yo soy la más indicada para hacerlo; tiene sus ventajas pesar poco —comentó Sara con una media sonrisa.

—De acuerdo —aprobó Jesús—, pero no quiero que arriesgues nada. ¿Me

oyes? Al menor peligro, retrocedes.

—Me alegra que estés aquí —le susurró ella.

—¿Y yo no? —pronunció Lluís.

—Los dos.

Lluís centró su atención en guiarle el camino con la estela de luz, al mismo tiempo que Jesús la animaba.

Sara se encaramó, boca arriba, en esa capa de cemento y piedra. Reptó despacio y con gran dificultad, hasta casi rozar la clave de la Santísima Trinidad que, con forma acampanada, surgía del nacimiento de los nervios de piedra. Su base estaba decorada con un colorido dibujo en relieve; en él, dominando el espacio, había una imagen representando a Dios con los brazos extendidos, sujetando la cruz en la que aparecía su hijo crucificado; sobre su cabeza, la paloma en referencia al Espíritu Santo. A tan poca distancia podía apreciar toda su grandeza.

—¿Dónde se supone que tengo que buscar? —les gritó, separada varios metros de ellos.

—Cariño, debería de haber algún saliente, no sé, algo que te llame la atención —le contestó Jesús, preocupado.

—Tócala, Sara —le indicó Lluís.

Ella hizo caso de los consejos, acariciando cada una de las siluetas, sus extremidades, sus ropas, los bordes, pero nada de nada.

De repente, se detuvo y miró a su alrededor. Un sonido había captado su atención, solo que no había logrado descifrar su ubicación. Al ver que no era nada, retomó sus movimientos sin éxito. A los pocos instantes, le pareció escuchar otro ruido parecido al anterior y se paralizó.

—Muchachos, ¿habéis escuchado eso?

—¿El qué? —preguntó Jesús.

—No sé… Ha sido como un chasquido —explicó, sin tener claro qué podía ser.

—No hemos escuchado nada —negó Lluís—. ¡Date prisa!

—Es muy fácil decirlo —protestó ella haciendo un guiño—. ¡Aquí te quisiera ver yo!

Sus manos se empezaron a mover con cierta rapidez. No sabía por qué, pero se había empezado a poner nerviosa. Había tentado todo y seguía igual que al principio. Harta, agarró el borde de la clave como si fuera un volante e intentó moverlo hacia la derecha y hacia la izquierda. Pensó que estaba haciendo el

ridículo, aquello era de piedra maciza, ¿cómo iba a girar? En uno de esos forzados movimientos le pareció percibir un clac en el centro de la clave. ¿Y si no eran los bordes, sino el punto central? —se dijo—. Con la mano abierta agarró la cruz como si fuese una manivela e intentó girarla hacia un lado, cuando escuchó el segundo clac, sus ojos se avivaron.

—¡Creo que sé dónde está! —clamó eufórica. Al instante, volvió a oír un tercer chasquido, solo que esta vez era tan cerca de ella que, al girar la cabeza, distinguió una ligera grieta en la superficie dónde estaba apoyada.

—¡Oh, no! —bramó asustada.

—¿Qué sucede? —le preguntaron los dos.

—El revestimiento barroco donde estoy recostada se está agrietando.

—¿Cómo? —Jesús puso el grito en el cielo—. ¡Sal de ahí, ya!

Sara no escuchó, se agarró con firmeza a la cruz y giró y giró. Mientras tanto, en la superficie donde que apoyaba su espalda se comenzaba a dibujar una frágil tela de araña que crecía sin parar.

—¡Déjalo, Sara! Tú eres más importante —le imploró Jesús al ver que no reaccionaba coherentemente.

—Tío, ¡se está resquebrajando! —voceó Lluís, angustiado—. ¡No le va a dar tiempo!

—¡Sara, déjalo ya! —Esa vez el tono de Jesús sonó a orden.

—¡Casi lo tengo! ¡Casi lo tengo! —gritó ella, ajena a que el terreno que pisaba se había convertido en una trampa mortal.

Jesús, desesperado, se ató una cuerda a la cintura llevando en la mano otra para ella. Comenzó a arrastrarse en su dirección mientras Lluís la sujetaba con fuerza; el suelo por donde se movía era un polvorín que podía desmoronarse en cualquier momento.

Sara continuó rotando la imagen hasta que le pareció que quedaba suelta. Pudo comprobar su peso al apoyarla sobre su pecho, dejando una oscura y pequeña cavidad a la vista. Sara introdujo la mano, a ciegas, hasta que palpó el frío contacto metálico del tubo cilíndrico. Lo agarró fuertemente, lo sacó fuera y de su boca brotó una gran sonrisa. Una sonrisa que duró más bien poco al escuchar a Jesús, con fingida calma, decirle:

—No te muevas.

—¡Lo tengo, Jesús! —su euforia podía traicionarle en un momento tan delicado.

—Sara, he dicho que no te muevas…

Fue en ese instante cuando ella regresó a la realidad, a esa estrecha bóveda gótica, minada de fisuras.

—¡Dios mío! Se va a romper y me voy a caer —balbuceó al ser consciente del peligro que corría.

—¡No lo harás! —Su voz sonó con firmeza—. Átate esta soga a tu cintura.

—No puedo moverme, estoy bloqueada.

—¡Sí que puedes! Hazme caso, ¡por favor! Cógela y pásala por tu cintura.

Sara agarró el cabo, levantó su cadera lentamente, mientras la superficie de sus pies se cuarteaba un poco más, lo pasó por debajo y lo anudó.

—Ahora, con delicadeza, ven hacia mi —Jesús le instruía controlando el temblor de su voz. No quería ni pensar si todo se iba abajo.

Sara se había quedado paralizada.

—Dame la mano, por favor.

En el primer intento que ella hizo por salir de esa emboscada de obra, oyó como las finas grietas se convertían, en décimas de segundo, en auténticas brechas. Inevitablemente, la parte del recubrimiento barroco donde ella se encontraba cedió y cayó sobre el altar, produciendo un ruido ensordecedor y abriendo un agujero por el que ella desapareció absorbida como un huracán.

Tan solo quedó, dentro de la reducida cavidad, el eco de su alarido al caer, mezclado con una nube de polvo.

—¡Sara! ¡Sara! —gritaron los dos hombres a la vez.

—Jesús, despavorido, por no poder agarrarle a tiempo, avanzó hasta asomarse por el hueco y comprobó que estaba colgada, aparentemente sana y salva.

—¿Estás bien? —gritó.

—Creo que sí, algo aturdida.

La presión en su cuerpo producida por la soga le estaba empezando a resultar insoportable. Sara quiso remediarlo. Fue en ese momento cuándo se dio cuenta de que el nudo estaba soltándose. Entonces chilló asustada.

—¡Jesús, me voy a caer al vacío! — Su rostro reflejaba la angustia de una muerte inevitable.

—No, no, agárrate fuerte.

—La cuerda se está desatando, si no me bajáis ya, me voy a caer.

—¡Lluís, Lluís! Hay que bajarla urgentemente — vociferó Jesús.

Sara fue descendiendo a trompicones hasta casi llegar al suelo. En el último metro y medio el nudo se soltó, quedando libre de sujeción, y cayó sobre los

escombros. Tumbada en el suelo, miró el boquete en el techo y la terrible altura de la que podía haber caído.

Se hubiera matado sin remedio. Miró su mano derecha y vio que todavía conservaba el tubo metálico.

Cerró los ojos y dio gracias a la Santísima Trinidad. Estaba convencida de que había intervenido salvándole la vida.



Andreu estaba histérico esperando en la furgoneta, cuando escuchó el brutal estruendo del techo al desplomarse. Se había dispuesto a saltar al otro lado, cuando los vio aparecer. Menos mal que los tres habían sido ágiles en salir pitando de allí. De no ser así, les hubiesen cogido «in fraganti», ya que un grupo de monjas, escandalizadas por tan monumental ruido, habían acudido a la iglesia, instantes después, de que Sara, Jesús y Lluís hubieran salido por la sacristía.

Llegaron a casa, exhaustos, cerca de las seis de la madrugada, pero satisfechos con su objetivo cumplido.



Capítulo 75

Sara se levantó con magulladuras en gran parte de su cuerpo y una despiadada congoja presionando su pecho. La caída de la noche anterior, sobre los escombros de la iglesia, empezaba a dejar visibles secuelas. Hizo un repaso mental de los hechos acontecidos y dio gracias por estar viva. De no haber sido por Jesús y Lluís, ahora mismo estaría en el depósito de cadáveres. Al ser consciente del peligro al que había estado expuesta, no pudo evitar desahogarse llorando.

Menos mal que no trabajaba esa mañana. No se sentía con ánimos de nada. Miró el reloj y comprobó que hacía una hora que Jesús se había marchado con Andreu y Miguel para depositar el tercer pergamino dentro de la caja de seguridad del banco. Se le puso el vello de punta solo con pensar que ese objeto tan maléfico había estado varias horas en su casa. ¡Qué ganas tenía de poner fin a esa maldición!

Escuchó el sonido de la puerta de la calle, e instantes después entró Jesús. Al verla con las mejillas húmedas la abrazó.

—¿Estás bien?

—Dolorida. Pero es esa opresión en el pecho la que me ahoga —apenas pudo terminar la frase.

—Llora, cielo, llora… Es normal, tienes que aligerar la tensión acumulada. Yo estaba atemorizado por ti, realmente asustado. Gracias a que todo se ha quedado en un susto.

—Lo estoy llevando peor que en el Convento de Santo Domingo, y mira que aquello también fue peligroso.

—¡Eres muy valiente! Has demostrado un coraje envidiable —su frase la selló con un beso.

El sonido del móvil les separó. Jesús, al cogerlo, vio que era Andreu.

—Dime, sí, ahora lo pongo —contestó él—. Gracias, hasta luego.

—¿Qué pasa? —preguntó ella intrigada.

Jesús antes de contestar, encendió la televisión.

—Está saliendo la noticia del derrumbamiento del techo del Convento de la Trinidad.

Los dos escucharon atentamente la descripción del suceso y sus posibles causas. Una pérdida irreparable comentaba el locutor. La primera hipótesis, a falta de las pesquisas oportunas, apuntaba a que había sido de forma casual. Al parecer, el estado del revestimiento barroco estaba en espera de una reestructuración que no llegaba.

—Hemos dejado demasiados rastros —murmuró Jesús—. Al final terminarán averiguando el motivo real.

—No seas agorero. ¿Crees que nos podrán localizar?

—No tienen nuestras huellas ni tampoco nuestros rostros, o eso creo. Les va a resultar difícil.

—Pero no imposible…

—No lo sé Sara, no lo sé.

Alguien llamó a la puerta, sacándoles de sus peores temores. Fue Sara la que se dirigió a abrir. Alejandra se encontraba al otro lado.

—Buenos días. No sabía si aún estabas durmiendo ¿Cómo estás? Me ha dicho Lluís que corriste mucho peligro.

—Magullada, pero bien.

—¡Qué susto! Lluís me ha contado los detalles y no podía parar de pensar que eras tú. Si te hubiese pasado algo…

—Ya ha pasado, lo importante es que ya tenemos los tres pergaminos. Te veo arreglada, ¿vas a algún sitio? —preguntó, cambiando el rumbo de la conversación.

—Voy a la tienda de ropa de una antigua amiga, que me tiene reservadas unas cositas para el bebé; te diría que me acompañaras, pero será mejor que te quedes descansando.

—Casi que lo prefiero. Hoy no tengo muchas ganas de salir a la calle. La verdad es que aún tengo el miedo metido en el cuerpo.

Alejandra salió de casa de su hermana hacia la parada del autobús de Guillem de Castro, dirección a la avenida de Aragón. La tienda le quedaba algo lejos. A pesar de que tenía que coger dos autobuses, valía la pena ya que la dueña, amiga del colegio, le hacía muy buenos descuentos. Eran las primeras cositas que compraba para el bebé, aunque ya había pensado cómo decorar su habitación. Pondría una cenefa en la pared; por unos instantes recordó que así es como, supuestamente, era su habitación y la de su hermana, según un sueño que tuvo y que su tía corroboró. El subconsciente era un auténtico misterio.

Casi dos horas después, salió de la tienda con mucho más de lo que pensaba, y escandalizada por la desorbitada inversión que necesita la entrada de un nuevo miembro en la familia. Iba sumando mentalmente: la minicuna, la cuna, el carrito, el cambiador y la bañera, para mentalizar a su marido en el gasto tan extraordinario que tenían que desembolsar, cuando, de repente, cortó de cuajo sus pensamientos al presentir que alguien la seguía. Se quedó paralizada al comprobar que era el mismo tipo calvo que vio salir del Convento de Santo Domingo.

Alejandra aceleró el paso, con las pulsaciones ascendiendo a la carrera, y se giró con todo el descaro que pudo para ver la reacción del individuo. El hombre, lejos de disimular y viéndose descubierto, le miró fijamente y levantando el brazo derecho extendió el dedo índice y se lo llevó al cuello haciendo el gesto de degollar.

Alejandra, horrorizada, notó como la bolsa que llevaba entre las manos le cayó a los pies. Rápidamente la recuperó y continuó caminando, dándole la espalda. Salió a la calzada con la intención de coger un taxi, pero no pasaba ninguno, ni tampoco coches de policía.

Con manos temblorosas, sacó su móvil del bolso y llamó a Lluís. Saltó el contestador automático.

—¡Maldita sea! ¿Dónde estás? —bramó asustada.

—Cruzó la avenida con el semáforo en rojo, esquivando los coches y escuchando varios bocinazos de ellos. Buscó su WhatsApp y le escribió: Me están siguiendo…

Se volvió de nuevo y comprobó que el hombre la seguía a pocos metros de distancia. Anduvo por la acera, sofocada, hasta que vio que se aproximaba un

autobús y corrió hasta la parada cercana con el fin de que no se le escapara. Logró subir por los pelos y deprisa se adentró en él mezclándose entre la gente. Con sorpresa y también con horror, vio como el conductor volvía abrir las puertas dejando entrar al hombre que la estaba acosando. Atemorizada, intento avanzar más, pero el pasillo entre los asientos del final estaba totalmente colapsado de viajeros.

—¡Por favor!, ¡déjenme pasar! —murmuró, intentando filtrarse entre ellos.

—¿Qué no ve que está lleno? —gruñó una mujer, obstruyendo la entrada.

Alejandra, descompuesta, notó la presencia de él en su espalda. Después sintió cómo algo puntiagudo le pinchaba a la altura de los riñones.

En esos momentos el conductor dio un frenazo. Ante el inesperado vaivén, Alejandra aprovechó para colarse en ese embudo y gritó:

—Señora, ¡qué me deje pasar!

—¡Vaya educación! —renegó la mujer—. Tanta prisa, tanta prisa.

Alejandra consiguió llegar a las puertas, que se abrieron delante de ella. Antes de bajar, gritó:

—¡Detengan a ese hombre, que lleva una navaja!

Escuchó los gritos de la gente dentro del autocar. Sin mirar atrás, pisó la acera y comenzó a correr, cruzó el Paseo de la Alameda, en dirección al Puente del Mar. Estaba subiendo los escalones cuando miró hacia atrás y vio que todavía la seguía. Corrió a lo largo del puente sin nadie a quien pedir ayuda. Estaba sola en esa contienda.

Desmoronada y envuelta en lágrimas, cogió el móvil y llamó a Jesús. Este descolgó al instante.

—¡Jesús, tienes que venir! —chilló histérica.

—¿Qué te ocurre? —Su voz acongojada le alarmó.

—El hombre calvo me ha amenazado y me está siguiendo. — Tienes que hacer algo, no me lo puedo quitar de encima.

—¿Dónde estás? Dime dónde estás.

—¡Cruzando el Puente del Mar, hacia la plaza de América!

Alejandra se volvió por enésima vez. Le estaba pisando los talones. No tenía escapatoria. Se guardó el móvil en el bolsillo y le pareció sentir que tenía un papel dentro. Lo sacó, lo desplegó y leyó: «Tienes los días contados». Asustada, nerviosa y extenuada llegó al final del puente. Al colocar el pie en el primer escalón de piedra tropezó. Sin poder evitar la caída, rodó escaleras abajo hasta frenarse en la acera. Su cuerpo quedó desmadejado e inconsciente sobre los fríos

adoquines. La bolsa de plástico que había llevado durante todo el camino yacía a su lado; de ella salieron unos peucos blancos que rodaron sobre el asfalto.

El hombre calvo, en lo alto de la escalinata, la contempló durante unos instantes. Después se dio media vuelta retomando sus pasos y se marchó.

Seguidamente, se escuchó la sirena de la policía.



Capítulo 76

En la sala de urgencias del Hospital La Fe, Lluís se revolvía como una fiera dentro de su jaula. Alejandra llevaba varias horas dentro y nadie salía a decirles nada. Rosa y Miguel también estaban angustiados por la incertidumbre de no saber cómo se encontraba. Sara se levantó y salió a la calle. Necesitaba airear esos remordimientos que la estaban carcomiento por dentro.

Jesús se acercó a ella.

—Sara, no puedes arrastrar esa culpa.

—¡No puedo evitarlo! Si la hubiera acompañado posiblemente esto no habría ocurrido.

—No sabemos si fue empujada o los nervios le jugaron una mala pasada.

—Tú hablaste con ella… ¿Cómo estaba? Jesús se quedó callado durante unos instantes.

—¡Desesperada!

Sara rompió en sollozos.

—Tienes que detener a ese individuo, ¿me oyes? —le dijo cargada de rabia.

Miguel se asomó a la puerta y les chistó.

—Nos han dicho que va a salir el médico.

Impacientes y agrupados como una familia esperaron a que les informaran.

—¿Su marido? —preguntó el doctor.

—Soy yo —contestó Lluís.

—¿Cómo está? —demandó Rosa, descompuesta.

—La madre se encuentra bien, ha sufrido algunos traumatismos provocados por la caída, pero físicamente se recuperará en unos días. Psicológicamente, le

costará algo más de tiempo.

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso saber Lluís, asustado por sus palabras —. ¿Cómo está el bebé?

—A eso me refiero, precisamente —continuó el ginecólogo—. Siento comunicarles que lo ha perdido. Le hemos practicado un aborto.

—No, no… —Lluís no quería asimilar esa última confesión, era demasiado dolorosa.

Tía Rosa se abrazó a Miguel, afligida por la tragedia.

Sara se había quedado estática.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Lluís con los ojos llorosos.

—Sí, está consciente y sabe lo que ha ocurrido. Creo que será mejor que pasen a verla, aunque hay algo que no le he dicho y que ustedes deben saber.

—¿Qué? —interrogó Rosa.

—El feto tenía ciertas malformaciones congénitas en los pies.

Todos se quedaron sin palabras, mirándose unos a otros.



Lluís abrió la puerta de casa y dejó que su mujer entrara la primera. En su rostro se podía leer el dolor y la decepción. En el trayecto en coche la conversación había sido escasa, apenas unos monosílabos. Cuando Alejandra entró en el salón se detuvo frente al sofá, en él estaba su bolso con el asa rota provocado por la caída y la bolsa con la ropita del bebé.

Lluís se adelantó para quitarla del medio. Se maldijo una y mil veces por no haber sido más precavido.

—No, no te la lleves.

Ella se sentó a su lado y volcó el contenido encima de sus piernas. Lluís contuvo la emoción.

—¡Por qué, por qué! —susurró sin aliento mientras acariciaba el tejido de las prendas.

Lluís cerró los ojos. Quería tener una respuesta, pero no la encontraba.

Alejandra cogió los peucos. Uno estaba manchado por el asfalto, y fue entonces cuando rompió a llorar desconsoladamente. Lluís la abrazó, y juntos se fundieron en el mismo dolor.

—Deberías acostarte un rato y descansar —le propuso Lluís, todavía con lágrimas en los ojos.

—Quiero poner la denuncia en la comisaría, ahora.

—Pero tienes…

—¡Quiero que atrapen a ese hijo de puta! Quiero saber por qué nos ha estado persiguiendo… y por qué ha ido a por mí —su tono era de pura rabia—, ¡o es que tú no!

—Yo también; aunque en estos momentos solo me preocupas tú.

—¡Pues entonces, acompáñame!

—Voy a llamar a Jesús y avisarle de que vamos para allá.

Lluís apretó la mandíbula. Tenía unas ansias locas por tener a ese hijo de perra entre sus manos. La ira apenas le dejaba respirar ni pronunciar palabra cuando el inspector Valdés descolgó el teléfono.



Tan solo habían pasado diez minutos cuando la pareja dobló por la calle San Miguel, camino de la comisaría. Jesús les estaba esperando.

—¿Estás con fuerzas para hacerlo? —le preguntó el inspector nada más verla.

—Con fuerzas no… pero debo hacerlo.

—De acuerdo. Acompañadme.

Tomaron asiento al otro lado de la mesa del despacho. Alejandra le relató, con pelos y señales, todo lo acontecido, desde que advirtió su presencia amenazándole con el gesto de cortarle el cuello, el acoso en el autobús con la sensación de que algo le pinchaba, la persecución por el puente. A Lluís se le engangrenó la sangre al escucharla.

—Hasta el momento sabemos que es calvo, fuerte, atlético y moreno de piel —comentó Jesús ¿Podrías añadir algún dato más?

—Tendría unos cuarenta años. En el autobús pude verle un pequeño tatuaje en la primera falange del dedo pulgar de la mano izquierda.

—Un tatuaje, dices… —repitió Valdés.

—Sí, era como un pequeño sol. En ese momento debió ser cuando me metió el papel en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué papel? —preguntó Lluís, extrañado.

—¿Es este? —añadió Valdés, mostrándolo.

Lluís leyó claramente: «Tienes los días contados». Seguidamente miró a su amigo, alarmado.

—Estaba arrugado entre el bolso y tu ropa —aclaró Valdés.

—Lo vi poco antes de caerme.

—¿No te empujó, entonces? —interrogó Valdés.

—No, todavía no me había alcanzado.

—¿Te ves capaz de guiar a mi compañero para hacer un retrato robot de ese hombre?

—Lo intentaré —aceptó ella.

—Sé que eres una mujer fuerte —le animó Valdés—. Lo superarás, ya lo verás.

Alejandra fue dirigiendo al joven, que modificaba las imágenes según sus indicaciones.

Lluís se acercó a Valdés.

—Todavía no he tenido tiempo de agradecerte que estuvieras ahí en su llamada de socorro, y que fueras tú quien la atendieras avisando a una ambulancia y llevándola al hospital.

—No hay de qué, sois mi familia y es mi trabajo.

—¡Por eso sé que vas a coger a ese malnacido! ¡Porque si no lo haces tú, lo haré yo!

—Lluís, déjanos hacer nuestro trabajo. No hagas tonterías.

—Esto no ha sido una tontería, Jesús. Ha sido mucho más que eso.

Alejandra terminó con su identificación y se acercó a ellos.

—Creo que ya está. Se parece bastante.

Los dos hombres grabaron su rostro en sus retinas.

—¿Me puedo llevar una copia? —demandó Lluís.

—Si el inspector me lo autoriza —dijo el joven sin saber qué hacer. Valdés asintió. Luego los acompañó a la salida.

Andreu se enteró del aborto de Alejandra por Jesús, que le llamó por teléfono. La noticia le afectó bastante; sabía que era un hijo tan esperado, que les costaría superar el duelo; y las circunstancias que lo provocaron le dejaron con el estómago encogido. En cuando pudo, llamó a Lluís, haciéndole saber su pesar por lo ocurrido e interesándose por el estado de los dos, principalmente, por el de Alejandra.

—Me hubiera acercado a vuestra casa, pero creo que no es el momento.

—Sabes que siempre eres bien recibido. Agradezco tu preocupación y tu prudencia. Sara se marchó hace unos minutos. Ha estado un rato con ella, pero te confieso que en estos momentos no quiere ver a nadie. Ahora se ha echado un rato.

—Lo entiendo, y tú, ¿cómo estás?

—Jodido, muy jodido —se sinceró Lluís.

—Si puedo hacer algo, sabes qué…

—De momento, todavía no lo sé, pero te juro que ese cabrón va a pagar por lo que ha hecho. ¡Te lo juro!



Capítulo 77

El inspector Valdés entró en comisaria a una hora tan temprana que aún no era de día. Tenía tanto trabajo por hacer que no había conseguido pegar ojo en toda la noche.

Cuando llegó el subinspector Roque tenía dos tazas de café vacías encima de la mesa.

—¿Qué te ha tirado Sara de la cama? —dijo con guasa.

—Menos cachondeo y al trabajo.

—A sus órdenes, mi inspector —formuló, cuadrándose como un soldado.

—Hay que revisar todas estas cámaras de vigilancia de la zona del Puente del Mar. Buscamos a un tipo con este aspecto —dijo, mostrándole la foto robot —, que cruzó el puente.

—¿Qué ha hecho? —Después de dos días libres estaba claro que tenía que ponerse al día.

—Perseguir, acosar y amenazar a mi cuñada.

—¿A tu cuñada?

—Sí. Sabes si el chaval ese… ¿cómo se llama?…, ¿el *hacker* tiene algo nuevo sobre el propietario de la empresa fantasma?

—Creo que no. De ser así nos hubiera avisado a alguno de los dos, aunque ya se puede dar prisa porque el partido de fútbol es la semana que viene. No creo que quiera perder las entradas gratis.

—¡Joder!…, estamos atados de pies y manos —gruñó.

—Mira esto —expuso Roque, atento a las imágenes del Puente del Mar—. Desde esta perspectiva y a la hora que me has señalado, se ve claramente como

una mujer lo atraviesa corriendo.

Valdés se acercó, reconociendo a Alejandra.

—¡Mierda, no llega hasta el final! —se quejó el subinspector.

—Retrocede, quiero ver quién la sigue.

Instantes después, observaron cómo un hombre corpulento y calvo, tal y como había descrito su cuñada, la seguía.

—¡Para, ahí! —gritó Valdés—. Amplíala todo lo que puedas.

La silueta fue creciendo hasta que su cara se apreció con relativa nitidez.

—¡Te tenemos, hijo de puta! —murmuró el inspector Valdés—. ¡Hay que averiguar quién es!



Andreu salió a mitad de su jornada laboral del restaurante. Todavía no sabía cómo había aguantado las últimas horas de pie. Los pinchazos en el muslo eran tan amargos como si le desgarraran por dentro. A trancas y barrancas acudió al ambulatorio; tenía cita con el médico, a sabiendas de que no le podía dar solución. Salió de la consulta con el parte de baja temporal, acompañado de una monumental bronca, por no acudir a las curas, y con la advertencia de que, de seguir así, tendrían que amputarle la pierna.

Desmoralizado, se dirigió a casa con la intención de quitarse el vendaje, airear la herida y descansar con el pie en alto. A la vista estaba que nadie podía ayudarle. Tan solo rompiendo la maldición, y eso se veía bastante lejano. Subió con dificultad los escalones hasta el segundo piso. Nada más entrar dejó las llaves en la estantería del recibidor. Al pasar al comedor, atrajo su atención que la estampa del Arcángel San Miguel, que tenía clavada en el panel de su árbol genealógico, estaba en el suelo. Se acercó para recogerla y comprobó que no había podido caer sola, sino que alguien había removido sus anotaciones y había variado el orden de alguna de ellas.

Nadie, salvo Lluís, tenía llaves de ese piso. Si hubiera sido él se lo habría dicho; entonces ¿quién se había atrevido a entrar en la casa sin su permiso? Con cautela, cogió el bastón de madera de su madre que estaba apoyado en un rincón y miró habitación por habitación. En cuanto comprobó que estaba solo llamó a su amigo.

—Perdona, Lluís, no sé si te interrumpo en algo.

—No, dime, ¿qué pasa?

—A lo largo de la mañana, ¿has entrado en mi casa?

—No, ¿para qué iba a hacerlo?

—¿Has dejado mis llaves a alguien?

—Pero qué estás diciendo, pues claro que no. ¿Por qué?

—Pues alguien lo ha hecho.

—¿Estás seguro?

—Sí, han entrado de una forma limpia. No han roto la cerradura, y apenas hay cosas revueltas. Vamos que dudo que sea un ladrón, aunque no hay muchas cosas de valor que llevarse de mi casa.

—Ahora no puedo acudir, voy a empezar una reunión. Llama enseguida a Jesús. Luego hablamos.



A pocos metros de la plaza del Tossal, en el retén de policía, Valdés y Roque continuaban con sus investigaciones.

Habían dado con la identidad del hombre que persiguió a Alejandra. Era un exmilitar albanés, asentado en España desde hacía seis años, con un largo historial delictivo; había estado involucrado en varias trifulcas y un asesinato, aunque, misteriosamente, siempre había salido absuelto. Hasta el tatuaje detallado en el dedo índice de la mano izquierda coincidía con exactitud.

—¡Menudo tipo! —exclamó Roque—. Ese dibujo del sol es el símbolo de la inmortalidad y la reencarnación.

—No me digas…

—Sí, por eso de que el sol se oculta y vuelve a nacer todos los días. O algo así le contaron a mi hermano, una vez que le dio la locura de hacerse un tatuaje.

Un compañero se acercó a ellos y les dijo que la comisaria Ortiz quería verlos en su despacho.

Cuando ambos llegaron vieron que no estaba sola. Le acompañaba un hombre no demasiado alto, pero si fibroso, moreno, con bigote y perilla.

—¡Adelante! —les indicó Ortiz—. Les presento a Adam Cohen, agente de inteligencia y contraespionaje de El Mosad.

Valdés y Roque se miraron extrañados, luego se adelantaron y se saludaron con un choque de manos.

—Señor Cohen, ellos son el inspector Valdés y el subinspector Roque. Estarán a su disposición para todo lo que necesite.

Valdés fulminó con la mirada a la comisaria, exigiendo una explicación.

—Comisaria Ortiz, ¿podemos hablar un minuto en privado? —le interrumpió el inspector.

Los dos pasaron a una oficina contigua.

—No entiendo qué pretende —se quejó—. No damos abasto con el trabajo que tenemos y me está diciendo que tengo que perder el tiempo, como un perro faldero, con ese agente.

—¡Valdés, no puedo negarme! Sé que vais hasta el cuello; pero es lo que hay. Me lo han pedido desde arriba y no puedo decir que no.

El inspector bufó, respiró hondo, y más sosegado preguntó:

—¿Qué es lo que quiere ese agente para venir desde tan lejos?

—Busca a un hombre. Por sus investigaciones, deduce que vive por la zona. Vuestra misión es ayudarle a encontrarlo ya que conocéis bien la ciudad.

Comisaria e inspector volvieron al despacho.

—Señor Cohen —le pidió Ortiz—, por favor, explíqueles la situación.

—Imagino que estarán agobiados de trabajo —empezó a decir, cordialmente, sin apenas acento extranjero y con un castellano claro y Ruido—. Si colaboramos juntos es muy posible que en esta misión les robe tan solo unos pocos días.

—Esa misión debe ser muy importante para que un agente israelí se desplace hasta aquí —acentuó Valdés.

—En efecto. Hace un par de meses hubo un robo en uno de los almacenes de la AAI; es decir, de la Autoridad de Antigüedades de Israel. Sustrajeron una pieza muy valiosa del tesoro israelí.

Valdés tragó saliva, temeroso de sus siguientes palabras.

—Sabemos que fue un grupo de tres personas, dos hombres y una mujer; aunque nos falta la identidad de dos de ellas, puedo mostrarles la imagen de uno de los varones.

El agente se desabrochó la cazadora dejando entrever su arma y sacó una foto del bolsillo.

—Tiene este aspecto. Ya sé que no tiene una nitidez del cien por cien, porque se ha obtenido de una de las cámaras de los almacenes donde se realizó el robo; aun así, se aprecia lo suficiente para su identificación. Deducimos que llevaba algún tipo de disfraz para camuflar su aspecto.

Todos clavaron la atención en la fotografía.

—Me suena su cara —murmuró Roque—. Ahora no sé exactamente…

Valdés apretó los puños.

—Y usted, inspector, ¿creé haberlo visto? —le preguntó el agente.

—Diría que no, la calidad no es demasiado buena. —Se justificó. No sabía cómo salir de la situación sin que le delatara su estado emocional. Se había quedado totalmente bloqueado. Si tenía el aspecto y sabía que vivía por esa zona, estaba convencido de que, seguro que también conocía su nombre y dirección; entonces, ¿por qué les estaba solicitando ayuda?

—Este es mi número de teléfono —añadió, entregándoles una tarjeta—. Me alojo a cinco minutos de aquí, en un hotel de la plaza Manises, al lado de la Generalitat. Así es como le llaman aquí, ¿no?

Ellos asintieron.

Los dos salieron del despacho dejando al agente con la comisaria. Valdés tenía la cabeza embotada de temores y preguntas sin respuesta. Roque estaba impresionado por colaborar con un agente de El Mosad.

—¿Has oído dónde se aloja el agente? Uf… en un hotel de cinco estrellas, nada menos —parloteó el subinspector—. Tengo entendido que su agencia de inteligencia es de las cinco mejores del mundo; con operaciones de terrorismo, espionaje y no sé qué más. Sus espías tienen fama de llevar una preparación que, ya nos gustaría a muchos. Oye, esa pieza que han robado debe ser muy importante, ¿no?

—Sí, debe serlo —Valdés apenas si le escuchaba. Era de máxima urgencia avisar a Andreu.

El sonido de su móvil le sacó de sus atormentadas conclusiones.

Al cogerlo, le sorprendió y también le alegró ver que era él.

—Hola, Jesús, ¿puedes hablar?

—Sí —contestó, retirándose de Roque—, me acabas de leer el pensamiento, te iba a llamar en este momento.

—¡Alguien ha entrado en mi casa!

Jesús percibió que la situación se estaba haciendo irrespirable. El cerco se encogía cada vez más, y notaba cómo la presencia de una soga le apretaba el gaznate.

—¿Estás en tu casa?

—Sí, cuando he llegado me he encontrado…

—Andreu, no hay tiempo que perder. ¡Escúchame bien lo que te voy a decir y hazme caso al pie de la letra! Coge lo imprescindible para unos días, mételo en una mochila y sal de ahí rápidamente.

—Pero ¿qué está pasando?

—Ahora no puedo hablar, solo sé que eres un blanco fácil.

Ese comentario fue como un jarro de agua fría. ¿Qué estaba sucediendo a su alrededor? —se preguntó angustiado—. Inevitablemente y sin saber por qué, la historia se repetía. Ahora que había empezado a rehacer su vida, con un trabajo, una casa e incluso con un posible amor y, de la noche a la mañana, tenía que abandonarlo todo y volver al principio, a la puta calle.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Jesús, preocupado.

Andreu asintió.

—¡No sé dónde ir! Dime al menos qué está pasando.

—Hay un agente israelí que te está buscando por el robo del medallón.

Andreu sintió que le faltaba el aire.

—A nuestra casa no puedes ir —pronunció Jesús, apenado—. Lo entiendes, ¿verdad? De un momento a otro localizará la casa de Lluís y averiguará que somos familia.

—De acuerdo —contestó, abatido de tanto huir en la vida.

—Espera, ya sé dónde puedes esconderte — su cabeza iba a mil por mil —, en la antigua casa de Rosa, en la avda. del Puerto. Lleva vacía tres años y no creo que ella tenga ningún inconveniente. Además, Sara tiene las llaves. ¿Recuerdas dónde era?

—Sí.

—Nos vemos allí.



Capítulo 78

Rosa venía de comprar el pan cuando se encontró en el ascensor con su vecina Salomé, que iba con Póker. Entablaron una banal conversación y se despidieron cordialmente. Hacía semanas que no habían coincidido. Con todos los acontecimientos acaecidos últimamente, la verdad es que no había tenido ni tiempo ni ganas de visiteo.

Entró en casa y vio a Miguel, entretenido con su colección de monedas y sellos. Nunca entendería esa afición tan sumamente aburrida. Claro que, después de tanta tensión vivida, no venía nada mal algo de tranquilidad.

—Miguel, te dejo el periódico encima de la mesa —le dijo.

—Gracias, ahora mismo le doy un vistazo.

Rosa se puso delante de él, en completo silencio. Miguel levantó la cabeza y le vio con esa expresión de tristeza que no había conseguido hacer desaparecer desde que se enteró del aborto de Alejandra.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No, no lo estoy. Tengo un nudo aquí, en el pecho, que no sé cuándo se me va a ir.

—Rosa, sabes que estas cosas llevan su tiempo.

—Sí, no te lo discuto, pero todos nos habíamos hecho tantas ilusiones que ya veíamos al bebé reír y llorar, corretear por aquí y por allá.

—Ellos son jóvenes, lo volverán a intentar.

—Seguro que sí…

Pasados unos minutos Rosa le preguntó:

—¿Qué opinas de la malformación de los pies que tenía el feto?

Miguel dejó la filatelia a un lado.

—Yo también le he dado vueltas —confesó—, aunque no te haya dicho nada.

—No hay antecedentes familiares similares ni por parte de nuestra familia ni por parte de la familia de Lluís.

—A veces eso ocurre sin un motivo aparente. Hay muchas causas que pueden provocar ese tipo de alteración.

—¡Miguel, mírame! —gritó exaltada—. Estás hablando conmigo, no con una de la calle que no conoces. No te vayas por las ramas y no trates de convencerme de algo que tú tampoco crees.

Él recapacitó. Rosa estaba cargada de razón. Nadie se atrevía a hablar del tema, y mucho menos a llamar a las cosas por su nombre.

—Tú piensas lo mismo que yo, ¿verdad? —manifestó Rosa con los ojos llorosos y con una congoja que confirmaba su angustia y desesperación—. ¡Qué ese niño no tenía que nacer! Qué la maldición de Lilith tiene atrapada todavía a Alejandra y que no le va a dejar libre hasta que no demos fin a esta pesadilla.

—Así es —susurró Miguel, cabizbajo.

—Estoy muy asustada.

Miguel le abrazó.

—Mientras estabas en la calle ha llamado Jesús.

—¿Pasa algo? —preguntó ella alarmada.

—Andreu ha tenido que abandonar su casa. Alguien ha entrado en ella.

—¿Cómo?

—Está en tu casa desde ayer por la tarde. Sara le ha dejado las llaves.

—No entiendo, ¿por qué?

—Hay un agente de la inteligencia israelí en Valencia. Ha pedido la colaboración en el retén de policía y está buscando a Andreu por el robo de una pieza muy valiosa en los almacenes de la AAI.

Rosa se llevó las manos a la boca.

—¡El medallón! —exclamó—. Pero él no iba solo.

—Jesús piensa que es cosa de días que den con nosotros, si no lo saben ya. Dice que va a hacer todo lo posible por frenar la investigación.

Rosa no daba crédito a todo lo que estaba escuchando.

—También me ha dicho que vayamos esta tarde a llevarle provisiones. Cuánto menos salga de allí, mejor.

—¡Madre mía! Iremos, claro que iremos.

Alejandra se había incorporado al trabajo después de tres días de reposo en casa. Estaba claro que la vida continuaba y ese era el comentario generalizado de los demás, solo que ella no sabía hasta qué punto hacerla continuar. Qué sentido tenía cuando se había perdido la ilusión. Su tía y su hermana habían estado ayudándole a llevar el mal trago; pero Lluís se había ganado el cielo apoyándola día y noche, soportando sus lloros y aguantando su mal humor. Merecían que por lo menos intentara volver a su vida normal, aunque fuera de puertas hacia fuera, porque en su interior todo le daba igual.

Sin embargo, al salir de casa y pisar la calle, después del trágico accidente, se dio cuenta de que no solo le habían quedado las secuelas de la herida del aborto sino también el temor a encontrarse otra vez con el mismo individuo u otro similar, con las mismas intenciones. Lo primero que acudió a su mente fue la nota amenazante y la frase que decía: Tienes los días contados. En esos momentos se arrepintió de no haber acudido antes a las clases de *full contact*; con las primeras nociones que adquirió no tenía ni para empezar.

Durante todo el trayecto caminó en tensión, con paso ligero y el bolso bien amarrado, atajando por las calles más transitadas y con la psicosis por si alguien la perseguía. Un trayecto de apenas quince minutos andando que, hasta ese día, le había resultado agradable, esa mañana lo hubiera calificado de angustioso.

Cuando entró en las oficinas del periódico respiró por haber superado la primera prueba. Saludó a sus compañeros, que se interesaron por su salud, agradeciendo su interés y alegando que había sido una gripe pasajera: no iba a desvelar el motivo cuando nadie sabía de su existencia.

—Se nota que has estado enferma —le comentó Ruth—. Aún tienes mala cara.

—Vaya, gracias, con tu caudal de pesimismo es difícil levantar la cabeza.

—No me lo tengas en cuenta, ya sabes cómo soy. Me alegro de que estés mejor y de vuelta al trabajo.

—¿Alguna novedad que me haya perdido en estos días? —preguntó Alejandra con picardía. Sabía que ella era la persona indicada para informarle de cualquier chisme.

—¡Déjame pensar!

Alejandra sonrió y retomó su trabajo.

—¡Ya lo tengo! Todavía no sé cómo se me había podido olvidar —susurró, acercándosele casi a la oreja en tono confidencial—, la Arpía ha estado buscando un traje de noche para una fiesta.

—No me digas…

—Tú también te extrañas, ¿verdad? Como siempre va hecha un adefesio, vestida igual que un tío, pues no sabía dónde ir a comprarlo; así que preguntó por ahí para ver si le podían asesorar.

Alejandra estaba sorprendida.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó con curiosidad.

—Ni idea. Pero, tranquila, que me enteraré.

—Y, ¿ya lo tiene? Quiero decir, el vestido.

—Sí, aunque por lo que he podido escuchar se lo están arreglando. No me extraña, con lo seca que está. Da igual lo que se ponga, va a parecer una escoba vestida.

Alejandra se rio. Se alegraba de haber vuelto al trabajo.

A mediodía, a la hora de salir de la oficina, Alejandra se llevó una grata sorpresa. Lluís estaba esperándola a pocos metros de la entrada. La recibió con un beso en los labios.

—No sabes lo que me alegra verte.

—Por eso lo he hecho —contestó él sonriente—. Te invito a comer. He reservado en un restaurante cerca de aquí.

—Hecho.

Los dos pasearon por la plaza del Ayuntamiento.

—¿Has llegado bien esta mañana al trabajo? —le preguntó él.

—Sí… aunque, si he de serte sincera, he ido acojonada todo el camino. Pero lo superaré.

—Estoy convencido de ello. He estado pensado en que alguien de confianza te acompañe cuando vayas sola.

—¡Un guardaespaldas! —exclamó sorprendida— Lluís, por favor.

—Llámalo como quieras, pero por tu tranquilidad y por la mía creo que deberías verlo como una medida preventiva hasta que cojan a ese cabrón.

—Creo que estás exagerando —musitó con la boca pequeña—. En lugar de animarme, me estás asustando.

—No te equivoques Alejandra, no es esa mi intención, tan solo quiero protegerte. Déjame hacerlo hasta que lo atrapen.

Ella meditó sus palabras.

—De acuerdo.

En la puerta del restaurante, Lluís saludó a un hombre de unos cuarenta años que se encontraba en la entrada.

—Te presento a Carlos Peña, es compañero de las clases de *full contact* a las que asisto semanalmente. Está casado y con familia numerosa. Se dedica a eso que hemos estado hablando.

Ella se quedó sin palabras.

—Pensaba que íbamos a comentarlo más, no sé… Veo que ya lo has dado por hecho.

—Disculpa que intervenga en esta conversación —dijo el futuro escolta—. No vas a notar mi presencia y te dará tranquilidad.

—Esta mañana te ha acompañado a tu trabajo — le reveló Lluís—. Tú misma has confesado lo mal que lo has pasado. No tienes porqué volver a repetir la experiencia.

—Me podías haber avisado — protestó ella molesta.

—No hubieras querido.

Alejandra reconoció que tenía razón, se hubiera negado rotundamente. Luego cedió ante su propuesta.



Capítulo 79

Sara trajinaba en la cocina preparando la cena. Se le había hecho tarde en casa de su hermana. La veía más animada y ello le alegraba enormemente. Lo había pasado muy mal. Todos lo estaban pasando mal, hasta el pobre Jesús. Con tanta tensión no comía, no dormía, y de continuar así estaba convencida de que iba a caer enfermo.

Eran casi las diez de la noche cuando le escuchó entrar. Su cara reflejaba el agotamiento de haber estado más de catorce horas fuera.

—Te estaba esperando para cenar.

—Cariño, lo siento, estoy tan cansado que creo que no voy a poder comer nada.

—Sabes que no puedes seguir así, ¿no?

Jesús se sentó al lado de ella.

—Tienes razón…

—¿Cuánto tiempo llevamos sin apenas coincidir en una comida o una cena?

—Lo sé, Sara.

—Llegas, me besas por compromiso y te acuestas. No te estoy criticando, sé toda la carga que llevas, pero yo también estoy en tu vida.

—Lo siento. Sara, no trato de justificarme con ello, sé que esto viene de más lejos, pero ese agente israelí me está trastornando. Es muy astuto, el hijo de puta. Sabe mucho más de lo que dice, estoy seguro de ello. Sin embargo, espera a que se lo mostremos nosotros. Todavía no sé con qué propósito.

—Esa gente está entrenada física y psicológicamente. Yo creo que os está estudiando.

—Sí, yo también.

—¿Y no ha mencionado a mi hermana ni a Miguel? Ellos también estuvieron en el robo.

—No, tan solo al principio.

—¡Qué extraño!

—Además, estoy convencido de que sabe dónde vive Andreu. Está esperando que nosotros le guiemos.

—¿Y le vas a llevar?

—Qué remedio me queda, tengo que aparentar que estoy de su parte.

—¡Jesús! —exclamó ella soliviantada—. Andreu tiene una foto en la que estamos los cinco juntos; la tenía en una estantería, se le cayó, el marco se rompió y debe tenerla en algún cajón.

—Tengo que conseguirla —pronunció pensativo.

—He llamado a Andreu para ver cómo está —mencionó Sara cambiando de tema—. Lo he visto muy hundido.

—Es normal, después de todo lo que le ha caído encima, solo faltaba este agente del copón hurgando en su vida.



A primera hora de la mañana, Jesús Valdés entró en casa de Andreu, con las llaves que le pidió a Lluís. Su intención era localizar la fotografía que delataba su amistad. Por mucho que registró, no la halló por ningún lado. Intranquilo se dirigió al retén. Acababa de sentarse en su mesa de trabajo cuando, a los pocos minutos, llegó Roque.

—Toda la noche llevo intentando acordarme dónde he visto al tipo de la foto.

—¿Qué foto? —le preguntó Valdés.

—La que nos mostró el agente Cohen. Resulta que es el camarero del restaurante de la plaza. Tú debes conocerlo, creo que te he visto hablando con él alguna vez.

—Roque, ¡maldita sea! ¡Por qué no te centras primero en nuestras investigaciones y dejas las del tío ese para después!

—Vale, vale. Solo pretendía ayudar.

El inspector Valdés salió de la oficina y se dirigió al cuarto de baño. Se lavó la cara y se miró en el espejo. ¿Qué estaba haciendo? —se dijo. Estaba pagando su estrés e impotencia con Roque, justo el que menos culpa tenía. No podía

seguir tapando la evidencia. Antes o después le descubrirían. Se jugaba mucho, demasiado. Esa situación le estaba afectando en su vida laboral y sentimental.

Respiró profundamente y recapacitó sobre sus posteriores movimientos. Su postura debía cambiar o se volvería loco. Tenía que dejar de exponer la parte visceral de la que siempre había pecado, y mostrar la misma frialdad que el agente Cohen. La frialdad de un iceberg.

El inspector Valdés regresó al lado del subinspector y le pidió disculpas.

—Disculpas aceptadas, ya sé que estamos todos estresados y nerviosos.

—Sí, pero no es justo que tu recibas los palos. Por lo menos de mi parte.

—En el fondo tienes razón, me he cegado con esto de que es de El Mosad y todas esas chorradas. Pero, al fin y al cabo, mi familia y yo comemos de esto. No volverá a pasar. Lo primero es lo nuestro, y el que venga detrás que arree. Mira, hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

Valdés se giró para verlo.

—Buenos días —les saludó—, ¿algún dato más sobre mi hombre? —preguntó.

—Sí —contestó Valdés—. El subinspector ha recordado que, casualmente, trabaja de camarero muy cerca de aquí.

Roque le miró con cara de sorpresa.

—Sí, es cierto —afirmó, sorprendido ante el cambio de actitud.

—Pues a qué esperamos —añadió el agente.

Entraron los tres en el restaurante. Valdés sabía que lo identificarían con Andreu en cuanto lo vieran, así que cuando se iba acercar uno de los empleados, fingió que le llamaban por teléfono y salió fuera del local. Estuvo con el móvil pegado a la oreja hasta que salieron.

—Una llamada urgente —se disculpó.

—Ya me imagino —manifestó Cohen—. Según nos han indicado se llama Andreu Subies. Es cierto que trabaja aquí, pero ahora está de baja y vive ahí enfrente, en el segundo piso.

—Vamos entonces —añadió Valdés.

—Es raro que estando tan cerca de la comisaria no le suene su cara, ¿no? —cuestionó Cohen con una media sonrisa.

—¿Está insinuando algo en particular? —Su tono fue seco e inexpresivo.

—No, simplemente hago la observación.

—No contestan al timbre —mencionó Roque, percibiendo cierto ambiente tirante entre los dos.

—¡Pues llame a otro hasta que nos abran! —exigió Cohen con tono de mando.

Roque miró a Valdés, levantando las cejas.

Al final consiguieron entrar. Subieron por una antigua escalera hasta llegar a la puerta de Andreu.

Nadie contestó a la llamada. Cohen sacó de un bolsillo interior una especie de billetero con un kit de miniganzúas para abrir cerraduras. Al inspector Valdés le recordó las que utilizaba Lluís. Luego se puso por delante.

—No podemos entrar sin una orden judicial.

—Usted se encargará de conseguirla, ¿verdad?

A continuación, el agente israelí introdujo el instrumental y a los pocos instantes la puerta se abrió. Cohen entró en primer lugar. La casa estaba con las persianas a medio bajar.

—Da la sensación de llevar varios días vacía —pronunció el inspector.

Cohen se dirigió hacia una de las habitaciones. Valdés tardó unos minutos en entrar.

—Es curioso —comentó Cohen—, mire lo que acabo de encontrar —dijo, mostrándole la fotografía en la que estaban los cinco juntos.

Fotografía que Valdés había buscado, a primera hora de la mañana, y no había encontrado.

—Creo, inspector Valdés, que tiene muy mala memoria.

—Con las personas que no van de frente, sí. Lo sabía desde el principio. Por eso pidió que fuéramos nosotros los que le ayudáramos en esta mierda de misión.

—¡Quiero el medallón y lo quiero ya! —Su tono se elevó al igual que su barbilla a modo de intimidación.

—¡Agente Cohen, no está usted en su país! ¡Está en el mío! — le contestó con una media sonrisa—. ¡Y no sé de qué puto medallón me habla!

Roque, confuso por el mal entendimiento de los dos y mosqueado por los tonos de la conversación, entró en la habitación.

—¿Ocurre algo, Valdés?

—No, todo está controlado. Diferencia de opiniones, nada más. Ya salimos. ¿Verdad, agente Cohen? — Su tono no pudo ser más irónico.

Esa noche Jesús Valdés llegó a casa mucho más pronto de lo habitual. Se había prometido, a sí mismo, que el trabajo, a partir de ahora, se quedaría en la comisaría. El tiempo que tenía que dedicar a su casa y a su mujer no se lo robaría nada ni nadie porque tan solo les pertenecía a ellos.

Cuando entró todo estaba en penumbra. Al final del pasillo se escuchaba una música de violines que ponían la carne de gallina a cualquiera por insensible que fuera. Jesús caminó despacio hasta la entrada del salón. Sus ojos se detuvieron en las ondulantes llamas de varias velas desperdigadas por el suelo, dando tal sensación de paz en el ambiente, que le embriagó. En el centro de la estancia, sobre una amplia esterilla, estaba Sara meditando, en posición de loto y con un antifaz.

Jesús sonrió al verla. No podía estar más atractiva. Se descalzó, se quitó la chaqueta y lo dejó todo en el suelo. Después caminó hasta ella, se arrodilló en su espalda y comenzó a besarle los hombros, el cuello, la nuca, los lóbulos de las orejas. Sara se sobresaltó al sentir su cálido aliento, sus besos y sus caricias. Sonrió y se dejó llevar. Él le quitó la prenda de arriba, le desabrochó el sujetador y acarició sus erectos pechos. Le dio la vuelta y, abrazados, se besaron como si no hubiera un mañana, como si esa noche fuera la última.



Capítulo 80

Amaneció un día radiante, como preámbulo de la primavera que se aproximaba. También las fiestas de Las Fallas estaban en vísperas; por eso, las calles engalanadas con luces de colores y puestos de chocolate y churros olían a pólvora y a fritanga.

Sara se despertó risueña, se dio media vuelta en la cama y aspiró la almohada; aunque Jesús ya se había marchado, su esencia permanecía intacta. A su mente acudieron algunas escenas de la noche pasada; recordó sus besos, sus caricias y cómo la penetraba. Relamiéndose, se levantó para comenzar un nuevo día.

Hacía una semana desde el incidente de Alejandra, y había quedado con ella y con Lluís para ir a la sala de los manuscritos. Humberto les había llamado para repasar algunas cosas.

En cuanto estuvo lista bajó a casa de su hermana. Lluís le abrió la puerta y Thor la recibió tan meloso como de costumbre.

—Nos vamos en unos minutos —comentó su cuñado.

—¿Sabéis algo de Andreu? —preguntó Sara—. Jesús y yo hemos intentado hablar con él, pero no coge el teléfono.

—Lo mismo nos pasa a nosotros —dijo su hermana, saliendo del baño.

—Voy a intentarlo ahora —agregó Lluís con el móvil en la mano.

A los pocos minutos colgó.

—Nada, apagado o fuera de cobertura.

—Deberíamos acércanos a ver cómo está —dijo Sara, preocupada.

—Eso mismo estábamos comentando Lluís y yo en estos momentos. Cuando salgamos de la Casa Vestuario nos vamos para allá. De paso, le llevaremos algo de comer.

La temperatura marcaba veinticuatro grados cuando salieron los tres, en dirección hacia la plaza de la Virgen, sumidos en una amigable conversación. Las calles se veían saturadas de viandantes y turistas que había que esquivar para poder circular. A la altura del Teatre Talia, Alejandra se retiró el pañuelo del cuello, que empezaba a molestarle. Al hacerlo, se le cayó al suelo. Se agachó a recogerlo, miró hacia atrás y se quedó paralizada.

—¡Lluís, nos está siguiendo el hombre calvo del tatuaje! —gritó alarmada señalándole.

Él se dio la vuelta rápidamente.

—¡Será hijo de puta!

Despotricando una retahíla de tacos salió corriendo en su dirección. Le pareció que se había escabullido entre la gente, hasta que lo vio de espaldas cómo se metía por un callejón. Su sangre, en plena efervescencia, hervía dentro de sus venas reclamando venganza, y con ansias de ponerle las manos encima a ese desgraciado.

Las dos hermanas salieron detrás de Lluís, con grandes zancadas. Lo siguieron al doblar la esquina y vieron cómo, a pocos pasos del hombre, lo agarraba del hombro dándole la vuelta para ponerle de frente. En ese momento Alejandra le vio la cara y, justo cuando iba a levantar el brazo para darle un puñetazo en los morros, ella gritó:

—¡No es él, Lluís! ¡Déjalo, no es él!

—Perdone, por favor —intercedió Sara de mediadora, procurando calmar los ánimos—. Le hemos confundido con otra persona. Lo siento.

Alejandra se llevó las manos a la cara, avergonzada.

—¡Vámonos de aquí! —añadió Sara, cogiendo a cada uno del brazo.

Lluís, con la cara desencajada, le pasó el brazo por encima a su mujer. Caminaron en silencio por la calle Caballeros asimilando lo ocurrido.

—Lo siento… —se disculpó Alejandra con los ojos brillantes—. Creía que era él, te lo juro.

—Ya está. No le demos más vueltas —exteriorizó Lluís—. Lo que hubiera lamentado es si le llego a pegar sin tener culpa.

Alejandra se arrepintió de haberse acelerado en su conclusión. Esperaba que no hubiera una próxima ocasión; si la había se aseguraría, antes de acusar a

alguien.

Pocos minutos después accedieron a la Casa Vestuario por la finca colindante, esquivando las mesas y las sillas del bar que obstruían la entrada.

Unos metros por detrás de ellos, el agente Cohen los venía siguiendo desde hacía rato. Había presenciado el altercado con ese hombre calvo y ahora se preguntaba qué hacían en ese edificio, y si sería allí dónde tenían escondido el medallón.



En la sala de los manuscritos, los miembros del Tribunal de las Aguas habían retomado su investigación y les recibieron cordialmente. Hacía tiempo que Alejandra no pisaba ese habitáculo. ¡La cantidad de horas que había pasado allí dentro husmeando en la historia y hurgando en testimonios de nuestros antepasados!

—¿Cómo está Valentín? —se interesó Sara.

—Mejor —contestó uno de los síndicos—, ya está en casa, incluso el otro día nos hizo una visita, ¿verdad?

Los demás asintieron con una sonrisa.

—¿Todavía no se sabe nada del propietario de la empresa fantasma? —quiso saber Humberto.

—Me temo que no —contestó Lluís—. Eso nos está retrasando en localizar el libro *Súmmum*.

—Sí, me temo que la espera se está haciendo larga —comentó Humberto con resignación.

—Siendo tan necesario como es, nos tiene atados —se sumó Jaime en la conversación.

—Lástima que estemos perdiendo este valioso tiempo —agregó Sara separándose de su hermana, que había empezado a fisgonear por ahí.

—El medallón está a buen recaudo, supongo —formuló Alejandra al otro extremo de la estancia, tocando por aquí y por allá.

—Por supuesto, se encuentra en la caja fuerte de nuestra sala de reuniones —corroboró Humberto—, y los tres pergaminos están en una caja de seguridad del banco, aquí en la plaza, en el que estamos autorizados Miguel y yo.

—Entonces, para romper la maldición nos falta el libro *Súmmum* —apuntó Alejandra—. Y con estos grabados lo tenemos todo, ¿no? —puntualizó,

cogiéndolos en sus manos.

Los demás mantuvieron la respiración. Se suponía que los habían retirado del resto para que no los viera. ¿Cómo había escarbado hasta dar con ellos tan fácilmente? Era como si una fuerza incomprensible la hubiera arrastrado a ellos.

Fue Lluís el primero en reaccionar y acercarse a ella con el fin de quitárselos, disimuladamente. Solo que llegó tarde porque ella ya había fijado su vista en la primera lámina.

—¿Vosotros recordáis que Satanás fuera antes así? —Fueron sus primeras palabras de desconcierto, sin poder levantar la mirada de la silueta contrahecha —. Era negro y ahora es rojo sangre.

No obtuvo respuesta. Ella pasó al segundo grabado y abrió los ojos aún más. Lluís hizo un intento de quitárselas.

—Alejandra, se está haciendo muy tarde y tenemos que ir a ver a Andreu.

—¡Espera un momento! —clamó—. ¿Habéis visto esto? —Su sorpresa iba en aumento al comprobar la pierna humana con escamas que tenía Leviatán en sus garras.

—Alejandra. ¡Dame eso! —le gritó su marido.

Ella le miró fijamente dando un paso hacia atrás para evitar su arrebato, y leyó en su rostro la viva imagen del temor. Pero temor ¿a qué? — Se preguntó. Bajó la vista clavando los ojos en ella; la malévola Lilith, la desafiante Diosa de la noche con extraordinarias alas de poder y pies de ave rapaz. Alejandra le retó con la mirada; estaba curada y protegida por el Arcángel San Miguel en el Mar Muerto. Estaba a punto de sonreír, cuando se centró en su vientre. Luego se aproximó un poco más para verlo con detalle. Aquello era un embrión humano. Inconscientemente, se llevó las manos al abdomen. Horrorizada, definió las membranas en sus diminutos piececitos. Cerró los ojos llenos de lágrimas. Cuando los volvió a abrir el feto se estaba arrugando hasta convertirse en un negro lunar. Espantada, tiró los dibujos al suelo.

Lluís la rodeó entre sus brazos.

—¡Tú lo sabías! ¡Tú lo sabías! — gritó golpeándole el pecho con los puños.



Capítulo 81

Era casi medio día cuando Sara, Alejandra y Lluís cogieron el coche para ir a ver a Andreu. No se habían dirigido la palabra desde que salieron de la Casa Vestuario.

—Te lo ocultamos por tu bien —comentó Sara al volante, cansada de tanto silencio—. No queríamos hacerte sufrir más.

—¡Estoy harta de vuestra hiperprotección! No soy ninguna niña, aunque sea tu hermana pequeña y tu mujer, ¿me oís bien?

Ellos asintieron.

—Hay una cosa que quiero saber y espero que seáis sinceros conmigo, porque de lo contrario juro, por el hijo que he perdido, que no volveré a dirigiros la palabra en lo que me queda de vida —su barbilla tembló de congoja al final de la frase.

—¿Qué quieres saber? —pronunció Lluís.

—Nuestro hijo… ¿Tenía alguna malformación en los pies?

Lluís tardó unos segundos en responder.

—¡Sí! —contestó con una pena que no había conocido jamás, al tiempo que una lágrima caía rodando por su mejilla—. Nos lo confirmó el médico que te realizó el aborto.

—¡Dios! —chilló, explotando en un llanto desgarrador.

Sara buscó un lugar para aparcar. La niebla de sus lloros le impedía ver con claridad.

Estuvieron dentro del vehículo un buen rato hasta que se estabilizaron los ánimos. Después se dirigieron al patio de Tía Rosa y subieron al piso donde

estaba Andreu. Llamaron a la puerta sin obtener respuesta.

Insistieron una y otra vez, y nada.

—¿No tenemos otras llaves? —preguntó Lluís.

—Las mías las tiene él —aclaró Sara refiriéndose a Andreu.

—Podemos acercarnos a casa de Miguel y que nos dé Tía Rosa las suyas —propuso Alejandra.

—Creo que no va a hacer falta —agregó Lluís, sacando su kit de cerrajero. Dejadme un momento.

Sacó dos pequeñas y afiladas ganzúas y se cebó hasta que oyó el clic.

—Espero que no nos vea ningún vecino —susurró Sara mirando por el rellano y las escaleras.

—¡Ya está! —musitó Lluís.

Al abrir la puerta les sorprendió la oscuridad de la casa. Hacía un día primaveral y, sin embargo, ningún rayo de luz tenía cabida allí dentro, ya que todas las persianas estaban cerradas.

Sara le dio al interruptor del recibidor y se encendió la lampara. Luego abrió la ventana de la salita de estar, que estaba pegada al pasillo, para aliviar el olor a cerrado.

—¡Andreu! —pronunció su amigo, llamándole a medida que se adentraban en el piso.

El baño y la cocina daban señales que no haber sido utilizados en mucho tiempo, a pesar de que él llevaba varios días escondido allí, o por lo menos eso era lo que pensaban.

Sara levantó las persianas del ventanal del comedor; decepcionados, comprobaron que también estaba vacío.

Alejandra entró en la habitación de matrimonio y percibió un desagradable hedor a orina el cual le hizo buscar el origen. Entonces, lo vio, al otro lado de la cama, acurrucado en el suelo con la cabeza entre las rodillas.

—¡Andreu! —gritó, colocándose a su lado—. ¡Está aquí! —chilló avisando a los demás.

Sara y Lluís entraron rápidamente. Al verlo, se les cayó el alma a los pies. Su aspecto les recordó al indigente que fue hacía unos pocos años. Estaba sentado sobre el charco de su propio orín con el pelo enmarañado, la barba de varios días y la sensación de estar perdido, ido o ebrio.

—¡Andreu, mírame! —le dijo Alejandra levantándole la cara.

Su rostro estaba desencajado con los ojos venosos.

—¡Qué nos han hecho, Andreu! ¡Qué nos han hecho! —masculló ella escocida de dolor.

Lluís se agachó, cogió a Andreu por los hombros y dijo:

—¡Ayudadme a levantarlo!

—¡Dejadme, no podéis ayudarme! —farfulló él, desmadejado y casi sin fuerzas—. ¡Marchaos!

Entre los tres consiguieron sacarlo del rincón y tumbarlo en la cama.

—Seguro que ni ha comido en estos días —comentó Sara—. Voy a hacerle algo caliente.

—No podemos dejarlo solo en este estado —añadió Alejandra, preocupada —. Deberíamos quedarnos esta noche. Mañana es domingo, así vemos cómo evoluciona. ¿Qué dices, Lluís?

—Me parece bien.



La noche resultó angustiosa para Andreu, con fiebre muy alta. Delirando sin parar con frases y palabras incoherentes. Lluís y Alejandra se turnaron cada dos horas y le aliviaron el malestar con antipiréticos y paños de agua en la frente.

Al amanecer, Andreu abrió los ojos y los volvió a cerrar. La luz que entraba por las rendijas de la persiana le molestaba. Estaba tumbado en la cama con el pijama puesto, aunque no recordaba el momento en que se lo puso. A decir verdad, no recordaba nada de nada.

—¿Estás mejor? —dijo Lluís, en el sillón de al lado, mientras se desperezaba.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó aturdido.

—De enfermero. Me debes un par de cervezas por esto.

—Gracias, no me acuerdo de nada —balbuceó agradecido—. He tenido unos sueños muy raros que no termino de recordar.

—Mejor así, porque lo que decías no tenía ningún sentido.

—Buenos días —saludó Alejandra, entrando en la habitación y sentándose a los pies de la cama.

—¿Y ella? —preguntó a Lluís, extrañado.

—Hemos estado los dos, mano a mano, contigo. Ayer estabas muy mal. Tuviste una importante crisis. Jamás te habíamos visto así.

Andreu sonrió. No tenía palabras para demostrar su gratitud. Cada día que pasaba con ellos aprendía un capítulo nuevo de lo que significaba la sincera y leal amistad.

Desayunaron los tres juntos. A mitad de mañana llegaron Sara y Jesús y se quedaron hasta la hora de comer. Andreu parecía estar más repuesto. Eso les dio confianza para dejarlo solo de nuevo.



Ese domingo por la mañana Rosa y su marido se habían citado con el padre Simón. Aunque Miguel no era de muchas iglesias y santos, exceptuando su patrón, ella le había convencido para que la acompañara. Después de una hora de tertulia con el cura, salían por la Puerta de los Hierros de la Catedral con ciertas esperanzas. Rosa le había puesto al día con respecto a los sucesos de Alejandra y al mal estado de la pierna de Andreu. Su intranquilidad le tenía en vilo, por eso había solicitado su ayuda y su consejo.

El padre Simón les había advertido que no era fácil librarse de los demonios que les poseían. Llegado el momento de hacer el exorcismo final, una vez tuvieran todos los elementos, incluido el libro *Súmmum*, él no se creía capaz de llevarlo a cabo solo, ya que, a pesar de su larga experiencia en el mundo del exorcismo, y después de haber presenciado hechos que pondrían los pelos de punta al más atrevido, presagiaba un posible fracaso. Por eso, ante el temor a no cumplir el cometido exigido por él mismo y por las personas afectadas, solicitaría la colaboración del padre Anselmo, un octogenario que, aunque continuaba en la tarea pastoral de una forma esporádica, había sido párroco de la Iglesia de Santa Catalina durante casi cuarenta años y había lidiado con el diablo en numerosas ocasiones, conociendo sus mentiras y también sus artimañas.



Capítulo 82

Nada más salir del portal, Alejandra divisó a Carlos, el segurata que le había puesto Lluís. Este le hizo una ligera seña con la cabeza como que la había visto. Lo llevó detrás de ella, a una prudente distancia. Algo que agradeció, no le gustaba sentirse observada. Todavía no entendía cómo había claudicado a semejante proposición. Durante el trayecto aprovechó para llamar a Andreu y comprobar que se encontraba bien. Quedó en volver a hablar con él por la tarde, puesto que no quería que se repitiera la misma experiencia. Se despidió en la misma puerta de las oficinas del periódico.

A media mañana, Alejandra estaba enfrascada repasando un artículo cuando Ruth se le acercó, y en tono confidencial le dijo:

—Ya sé a qué fiesta va la Arpía.

—¿Ah, sí? —contestó ella sin grandes muestras de interés.

—¡Al Palacio de las Artes Reina Sofía!

—¡Caray, que poderío!

—Según me han contado, la ha invitado ese hombre del que escribió la reseña.

—¿De qué hombre hablas? —preguntó sin prestarle mucha atención al cotilleo.

—Sí, ese que ha salido de la cárcel hace poco.

Alejandra se detuvo en seco.

—¿Te refieres a Augusto Fonfría? —cuestionó sorprendida.

—Sí, ese. Por cierto, ¡vaya nombrecito! No me acordaba.

—¿A qué se debe la fiesta? —siguió indagando Alejandra con un interés desmesurado.

—Creo que para celebrar su libertad. Su vuelta a la vida civil.

Alejandra hizo una mueca similar a una sonrisa, solo que no era de alegría sino de ironía.

—¡Menudo pájaro! —susurró.

Ruth siguió con su chismorreo.

—Según me han contado, el tipo ese ha alquilado todo el palacio para él solo durante no sé cuánto tiempo. Eso le debe de haber costado una millonada.

—Ya lo creo que sí —murmuró.

La mente de Alejandra ya no se encontraba allí, con Ruth, sino vagando por otros senderos, preguntándose qué tramaba Augusto Fonfría.

Mientras tanto, en la comisaría del Distrito Centro, el inspector Valdés interrogaba a dos tipos sobre el robo en un supermercado. El subinspector le seguía la corriente, pero después de una hora con ellos no habían sacado nada en claro.

—Voy a por dos cafés —interrumpió Roque, harto de dar vueltas a lo mismo —, esto tiene pinta de ir para largo.

—De paso habla con el *hacker*, necesitamos una respuesta.

—Más le vale porque el partido es dentro de dos días.

—¡No tenemos dos días, dile que lo queremos ya! —dijo Valdés subiendo de tono.

El subinspector tardó más de media hora en volver. Cuando lo hizo llegó con las manos vacías.

—¿Y los cafés? —reclamó Valdés.

—Te traigo algo mejor que eso. Ya sabemos a quién corresponde la empresa fantasma.

El inspector Valdés sonrió. Se levantó, le pasó los dos detenidos a un compañero y fueron a ver al *hacker*.

El joven estaba pletórico. Cuando los vio aparecer no pudo disimular su alegría.

—Esas entradas… —le dijo a Roque a modo de cancioncilla—. Mi novia se va a poner muy contenta.

—Antes, la información —le contestó el subinspector con los papeles en la mano.

—Tengo que deciros que es de las búsquedas más arduas que he hecho en mucho tiempo. Esa empresa tenía decenas de ramificaciones que apuntaban a distintos puntos del globo terrestre. Ha sido un trabajo duro. No sabéis la cantidad de horas que me ha llevado encontrar la raíz. Menos mal que ahora podré compensar a mi chica por todo este tiempo que no he podido estar con ella.

—¡Al grano! —protestó Valdés, dándole un achuchón.

—Después de días indagando, todo me llevaba a la Riviera Italiana, pero si creéis que aquí se acaba la cosa, ¡pues no! También tiene empresas en Roma, Venecia, Florencia, España, que se yo… Su nombre es Ramiro Matoses. Aquí está todo detallado —dijo, entregándoles la documentación.

El subinspector le dio las entradas del partido Barça-Madrid con una sonrisa.

—Te las has ganado chaval. ¡Disfrutadlo!

Mientras se dirigían a su puesto de trabajo, Valdés le relató a Roque los pasos a seguir:

—Tenemos que averiguar quién es ese tal Ramiro Matoses. Por qué ha tenido tanto interés en conseguir ese libro y, lo más importante, cómo recuperarlo. ¡Así que manos a la obra!

Se sentaron cada uno frente a su ordenador, consultaron otras fuentes de información, hablaron por teléfono con distintas personas; todo valía si de esa forma se sumaban datos a la investigación.

Al final de la tarde, tanto el inspector como el subinspector comentaron sus adelantos.

—Hasta el momento sabemos que Ramiro Matoses tiene sesenta y dos años —empezó Valdés leyendo sus anotaciones—, es viudo por segunda vez y como única descendencia tiene una hija de su primer matrimonio. Posee un sinfín de propiedades en Italia, España, Francia, Alemania y América. Las más cercanas: una mansión en Ibiza, otra en Jávea y otra en Valencia. Es exaccionista y exdirectivo del Banco Popular, director general de una de las cadenas de hoteles más importantes de España y consejero del Colegio de Ahogados. Ha sido acusado de malversación de fondos. Suele organizar fiestas particulares con prostitutas de alto *standing*, drogas y alcohol a mansalva. Como imaginarás todo ha quedado en agua de borrajas; en todas y cada una de las demandas siempre ha

salido impune, bien por falta de pruebas, bien porque nadie ha sido capaz de echarle el guante o decir una palabra más alta que otra.

—Con los cargos que ocupa y el alto poder adquisitivo, no le faltarán buenos y competentes abogados que lo defiendan y den la cara por él —apuntó Roque —. Viene de una familia adinerada, sus antepasados provenían de la Italia Renacentista. Vamos, que no contento con ser rico de cuna, el ricachón ha cuadruplicado su imperio. ¡Está claro que unos nacen con estrella y otros estrellados!

Valdés sonrió.

—Ahora viene lo mejor. Entre sus más logradas aficiones está almacenar arte y objetos de gran belleza. Dispone de cuadros y antigüedades de numerosos artistas españoles y extranjeros, algunos de ellos que jamás había escuchado.

El inspector afinó el oído.

—Aunque no figura su nombre en las siglas A.F.C.A.N.I., es poseedor de parte de sus acciones.

—O lo que es lo mismo, socio de Augusto Fonfría —mencionó el inspector Valdés.

¿Por qué no le extrañaba que ese hombre estuviera involucrado aquí? La prisión no le había servido para redimir la codicia ni la maldad. Lo que no sabía era cómo había llegado hasta él la información sobre la existencia del libro *Súmmum*.

—Me juego el cuello —continuó Valdés— a que el individuo calvo del tatuaje es obra del señor Fonfría o de su socio.

—Es posible que su intención no fuera matar a tu cuñada, sino intimidarla.

—No lo sé, existe demasiado rencor por medio. Aunque por esa regla de tres, hay más personas metidas en el mismo saco.

—Estás pensando en Sara, ¿verdad?

—Sí, en ella y en el resto de la familia. Tenemos que abortar esto como sea.

Valdés se quedó pensativo durante unos instantes.

—Averigua si ese tatuaje del sol que llevaba en el dedo anular corresponde a algún clan o algo por el estilo. Yo repasaré sus antecedentes. Tiene que haber algo más que hemos pasado por alto y que posiblemente les une.



Capítulo 83

Esa mañana Sara estaba indignada. No había logrado concentrarse en sus clases de yoga por mucho que lo había intentado. Enterarse de que Augusto Fonfría estaba implicado en el robo del libro *Súmmum* y que tal vez se hubiera entrometido de nuevo en sus vidas, le había creado un desasosiego y una mala leche que no había podido suavizar. Estaba segura de que ese indeseable no solo se había librado de la condena por medio de embustes, amenazas y chantajes, sino que, además, no se había resignado a dejarlos tranquilos. Tenía la sensación de que el tiempo había retrocedido, que estos tres años habían pasado en balde, estando de nuevo en la casilla de salida.

Salió de sus clases a la hora acostumbrada, cruzó la Gran Vía y atajó por las calles hasta llegar a la plaza del Ayuntamiento. Había quedado con su hermana y su tía en tomar algo y ver la *mascletá*. Se respiraba olor a pólvora y ambiente de fiesta, tanto en la ciudad, adornada con las tradicionales Fallas, como en sus gentes.

Sara se sentó en una mesa de la terraza del Ateneo Mercantil a esperar a las demás. A los pocos minutos llegó Rosa, seguida de Alejandra. Pidieron unas cervezas y unas patatas bravas.

—Necesito deciros esto porque si no voy a explotar —Sara no podía aguantar más su rabia—. ¿Sabéis que Augusto Fonfría está detrás del robo del libro *Súmmum*? También su socio, Ramiro Matoses. De hecho, es él quién figura como titular de la empresa fantasma.

—¡Ese desgraciado! —grito Rosa, exaltada—. No tiene bastante con lo que tiene, que quiere también lo de los demás.

—No sé por qué lo presentía —expuso Alejandra—. Sospechaba que esta pesadilla con él todavía no había terminado. Pues me he enterado por una compañera, la chismosa de la oficina, que Fonfría ha contratado el Palacio de las Artes Reina Sofía para hacer una fiesta en honor a su libertad. Imaginaos que hasta Victoria Quirós está invitada.

—¿Qué? —exclamó Sara—. Pues ya sabemos quién le ha estado pasando toda la información.

—¡Maldita zorra! —bramó Alejandra.

—Ya decía yo que veía mucho movimiento en el teatro desde mi balcón —añadió Tía Rosa—. Miguel me decía que estarían cambiando algo del decorado.

—Pues no iba mal encaminado —manifestó Sara con retintín—, solo que una decoración personalizada y costeada por el señor Fonfría. ¡Maldito hijo de la gran puta!

—A saber dónde tiene escondido el libro *Súmmum* —declaró Alejandra—, pieza imprescindible para nosotros. Tenemos que recuperarlo sea como sea.

—Hace unos días Miguel y yo fuimos a hablar con el padre Simón —confesó Tía Rosa mirando a sus sobrinas y desviando el rumbo de la conversación.

Alejandra se puso un poco a la defensiva.

—Le dijiste que no estoy curada, tal y como creíamos, ¿no?

Tía Rosa asintió.

—Nos habló de un antiguo párroco de Santa Catalina. Un hombre ya mayor que, durante décadas, ha tratado con maldiciones, exorcismos y todo ese tema. Cree que con su experiencia nos puede ayudar.

—¡No sé tía! —La entonación de Alejandra rozaba la decepción.

—¿Cómo qué no sabes? —protestó su tía—. Habrá que tenerlo todo hilvanado para cuando llegue el momento.

—¡Qué momento, tía! ¡Qué momento! —bufó Alejandra, enojadísima—. ¿De verdad creéis que todo esto que nos ocurre a Andreu y a mí tiene remedio?

—¡Pues no lo sé! —replicó su tía con carácter—, pero desde luego yo no dejaría de intentarlo.

—Alejandra, ella tiene razón —intercedió Sara, procurando calmar los ánimos.

—¡Cómo se nota que tú no estás afectada! —le refregó su hermana con despecho.

—¡Alejandra, ya basta! —la amonestó su tía—. Nadie quiere veros en esta

situación. Pero tampoco tenemos la culpa. Somos conscientes de lo que estáis sufriendo. Dios sabe que, si yo pudiera cambiarme por ti, lo haría ahora mismo. Sin dudarlo.

Su sobrina no contestó. Tenía tanta ira interior que solo lo pagaba con las personas a las que quería, y no era justo. Nada en esta vida era justo, empezando por la muerte de sus padres y terminando por el hijo que había perdido.



En la comisaría de policía, Valdés y Roque iban a destajo, ya que se habían propuesto cerrar el caso, y no habían parado hasta obtener la información necesaria. Sentados, uno frente al otro, exponían los hechos:

—Tuviste buen ojo al augurar que el tatuaje podía tener otro trasfondo —puntualizó el subinspector, admirado—. El sol como ya sabíamos significa la inmortalidad y la reencarnación. Hay un clan que se llama «El Dorado», que está compuesto por hombres, la mayoría extranjeros, con una buena preparación física y subvencionados por Ramiro Matoses.

—¡Otra vez ese cabrón! —exclamó Valdés.

—Él se encarga de cubrir económicamente todas sus necesidades. A cambio, ellos cuidan de su seguridad física y de todas sus pertenencias.

—¡Vamos, que actúan de gorilas!

—Más o menos —añadió Roque.

—Sabemos que Augusto Fonfría ha contratado el Palacio de las Artes del Reina Sofía durante dos meses, donde expondrá parte de su patrimonio, compuesto por centenares de cuadros de los pintores más prestigiosos de toda la historia. No hace falta mencionar, el grado de seguridad que llevarán sus instalaciones.

—Ni tampoco mencionar, porque podemos darlo por hecho, que los guardias de seguridad que se encargarán de su custodia pertenecerán a El Dorado, ¿no crees?

El inspector Valdés asintió.

—Ahora vuelvo —se levantó Roque—, voy a por unos cafés, que nos los hemos ganado.

El móvil del inspector comenzó a sonar. Al cogerlo de encima de la mesa vio que era Sara. Se levanto para estirar las piernas y se aproximó a la ventana mientras descolgaba.

—Dime.

—Jesús, ¿has vuelto a casa después de irte a trabajar? —Su voz sonaba agitada.

—No. ¿Por qué?

—Creo que alguien ha entrado.

—¿Estás segura?

—Sí, he mirado por toda la casa y, aparentemente, no falta nada. No hay nada revuelto, pero tengo la sensación de que alguien ha estado aquí. Yo sé cómo me dejo las cosas cuando salgo. Sabes lo ordenada y tiquismiquis que soy. Termino de llegar de estar con mi hermana y mi tía y, no sé… Jesús, estoy convencida de ello.

Valdés sintió cómo le hervía la sangre. Ese hijo de puta de Cohen se había atrevido a invadir su intimidad y la de su mujer. Encolerizado, miró hacia la calle y vio como entraba en el bar de enfrente. Rápidamente se dirigió hacia la puerta. Roque entraba en esos momentos con los cafés en las manos.

—¿Qué pasa? ¿Dónde vas tan deprisa?

Valdés no contestó. Bajó las escaleras de dos en dos y salió a la calle. Cruzó apenas sin mirar y se detuvo en la puerta. Enseguida lo vio sentado en la barra. En dos zancadas se puso a su lado, lo cogió de la solapa, levantándolo de la banqueta, y le escupió en la cara diciendo:

—¡Qué sea la última vez que vuelves a entrar en mi casa! ¡Maldito hijo de puta!

—¡No sé de qué me hablas, y como sigas importunándome me veré obligado a denunciarte a la comisaria Ortiz por agresión y cómplice de robo!

—¡No tienes pruebas!

—¡Tú tampoco!

Valdés le soltó y se miraron con desafío. Luego Cohen se arregló el cuello de la chaqueta.

—¡Vosotros tenéis algo que pertenece al pueblo israelí y no voy a parar hasta conseguirlo!

—¡No te vuelvas a acercar ni a mi casa ni a mi familia! ¿Me oyes? —Su tono fue amenazante.

Cohen simplemente se limitó a dar un trago al botellín.

Valdés salió del local echando pestes por la boca. Roque le abordó en la calle.

—¿Qué pasa? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Nada.



Capítulo 84

Eran casi las nueve de la noche cuando Lluís aparcó su coche por los alrededores de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. A su lado iba Alejandra; detrás, Sara, Jesús y Andreu. Esa noche había reunión urgente en casa de Miguel y Rosa. Tenían cosas que comentar y también que resolver. Caminaron hasta el portal y subieron los quince pisos en el ascensor. Fue Rosa quién les recibió en la puerta con los brazos abiertos.

En la mesa del comedor había preparado un tentempié con jamón y queso, olivas, papas, almendras y sándwiches de varias clases. Miguel les saludó y sacó la bebida a la mesa.

—Gracias Rosa, venimos con hambre —comentó Lluís, agradecido—. Me lo imaginaba —añadió Rosa—. Las horas que son, no pensaríais que os iba a tener desmayados.

—Tía, hubiéramos pedido unas *pizzas* —añadió Sara.

Se sentaron a la mesa y disfrutaron del piscolabis con pequeños anticipos de su encuentro.

—Como ya sabemos —empezó Jesús— Fonfría se ha adueñado, temporalmente, del teatro de la ópera. Allí expondrá parte de su patrimonio con centenares de cuadros de Botticelli, Delacroix, El Giotto, Picasso, Sorolla, Renoir, Van Gogh, Velázquez y otros más. También se exhibirán esculturas y piezas de joyería, únicas en el mundo.

—Será un evento sin precedentes y de un valor incalculable —apuntó Miguel.

—Ya lo creo —continuó Jesús, retomando el hilo de la conversación—. El día de la inauguración habrá una macro fiesta donde estarán invitados más de un centenar de personas. Podéis imaginaros el nivel de esa gente, principalmente, relacionada con el arte y la cultura.

—Vamos, que solo podrá entrar la gente VIP —añadió Rosa con cierta sorna —; está claro que nosotros no tenemos entrada.

—¿Sabéis cómo se va a llamar la exposición? —preguntó Jesús.

Todos negaron con la cabeza.

—¡*Súmmum*! —soltó de sopetón.

—Ese malnacido se está riendo de nosotros —clamó Sara.

—¡Igual sí, o a lo mejor tiene un doble sentido! —pronunció Andreu.

—¿Qué quieres decir con eso? —cuestionó Lluís, despistado.

—¿Qué sentido tiene que haga esa fiesta? —planteó Andreu—. Para celebrar su libertad como le contaron a Alejandra, lo dudo mucho. Eso no se lo creé él ni borracho.

—¿Entonces? —demandó Lluís, ansioso.

—Si va a ir gente tan importante como decís —continuó Andreu—, y con un alto poder adquisitivo, igual su propósito es negociar.

—Negociar vendiendo sus cuadros —comentó Alejandra, dudosa—. No tiene pinta de que le haga falta el dinero.

—A lo mejor la intención no es solo vender sus lienzos sino deshacerse del libro *Súmmum*, al mejor postor.

La reflexión de Andreu les dejó pensativos.

—Pero ¿por qué no lo hace en su casa o en un lugar más privado? —expuso Rosa—. ¡Vamos, digo yo!

—Porque ya lo conocemos y le gusta alardear —explicó Sara—. Ser el centro de atención. Vanagloriarse de lo que tiene, que es mucho, y de lo que no tiene.

—Centrémonos en tus especulaciones, Andreu —apuntó Miguel, interesado —, que me parecen bastante coherentes. El libro *Súmmum* es una pieza única. Muy valiosa por su contenido y por los poderes sobrenaturales que encierra. A nosotros nos es indispensable para dar fin a la maldición, pero para otras personas con mucho poder, puede ser una adquisición muy golosa, y estoy convencido de que más de uno estaría dispuesto a pagar verdaderas fortunas.

—Estás insinuando que a ese libro le habrá salido algún novio, —dijo Rosa —; es decir, ¿algún comprador? Eso es una locura.

—Creo que sí, tía —afirmó Sara, reconsiderando las palabras de Miguel—. Además, es un libro muy valioso pero robado, de forma que Fonfría no lo puede ni enseñar ni presumir de él.

—Pero sí venderlo por una sobresaliente cantidad de euros —continuó Alejandra.

—¿Estáis insinuando que lo tendrá en el palacio? —Quiso saber Rosa.

—¿Por qué no?, imagino que no a la vista, pero sí bien vigilado —mantuvo Alejandra.

—Pues si todas esas conjeturas son ciertas —expuso Lluís—, no podemos permitir que lo venda, cambie de manos y le perdamos la pista.

—¡Cierto! —prosiguió Andreu—. La pregunta es, ¿cómo vamos a entrar?

—No solo eso —añadió Sara—, sino, ¿cómo sabemos dónde lo tienen custodiado?

—Esperad un momento, os va a parecer una locura lo que os voy a decir —expuso Miguel, captando la atención del grupo—, podemos utilizar el medallón como sensor.

—Miguel, acláranos eso —exigió su mujer.

—Dejad que me explique. En la Casa Vestuario el medallón cambió de tono, del negro al rojo, al estar próximo a los grabados de los tres demonios. Hay una fuerza sobrenatural que los une; aunque no la podamos ver, pero está ahí. Quiero pensar que ocurrirá lo mismo al acercarse al libro *Súmmum*.

—No sé, Miguel, es arriesgado ir con el medallón como si fuera una brújula —dudó Jesús—. ¿Qué hacemos? ¿Registramos todo el palacio?

Miguel se dio cuenta de la aberración que había planteado.

—No lo veo tan descabellado —pronunció Sara— teniendo en cuenta que no tenemos otra opción.

—Hay otro problema —avisó Jesús—, no va a ser fácil entrar. Las instalaciones están ya modificadas y decoradas al gusto de su patrocinador. Las medidas de seguridad son extremas en cuanto a tecnología punta se refiere. Estarán desplegados decenas de seguratas, y cuando digo seguratas no me refiero a vigilantes a punto de jubilarse, sino a un ejército de guardaespaldas extremadamente peligrosos, preparados física y psicológicamente que pertenecen al clan El Dorado. Todos llevan el tatuaje de un sol en el dedo anular izquierdo.

Alejandra miró a Lluís, al mismo tiempo que una especie de nerviosismo, envuelto en colera, se le formaba en la boca del estómago.

—Van a estar todas las entradas cerradas y vigiladas, salvo la principal por dónde accederán los invitados. Acordonarán la zona, para impedir el paso a quién no esté invitado, con una distancia de separación del palacio no inferior a diez metros.

—Si no podemos entrar por ninguna puerta, entonces ¿qué hacemos? —demandó Miguel.

—¡Entrar por el techo! —exclamó Alejandra.

Todos se giraron para digerir sus palabras.

—Pero ¿qué estás diciendo? —cuestionó su tía.

—¡Lo que habéis oído! —reiteró ella.

Alejandra se levantó, abrió el ventanal del balcón y se asomó. Los demás la siguieron. Delante de ellos, integrado en el viejo cauce del río Turia, a una altura similar a la que se encontraban, emergía, con abundante iluminación y contrastando con la opacidad de la noche, una de las edificaciones más vanguardistas de la ciudad. La majestuosidad de su infraestructura y la apuesta por el arte la habían convertido en un referente valenciano de la ópera y de los grandes espectáculos musicales.

—Nos encontramos en el lugar perfecto —ratificó Alejandra con una sonrisa.

—¡No lo veo, Alejandra! —protestó su marido—. No lo veo…

—¡A mí me parece una verdadera locura! —desaprobó su tía, llevándose las manos a la cabeza.

—Dejemos que se explique —propuso Andreu, intentando ver el lado positivo, si es que lo había.

—Solo tenemos que lanzar un cable o una cuerda hasta la parte más alta y asunto concluido. Yo me encargo de cruzarlo.

—Sé consecuente con lo que estás diciendo —intercedió Miguel, calculando a ojo la distancia—. Debe haber unos doscientos metros y estamos en la planta quince.

—¡Lo sé! —Su voz fue tajante, sin un asomo de duda.

—¡Ah… y lo dice como si fuera coser y cantar! —rumió su tía, encrespada —. No estás bien de la cabeza. ¡Te lo digo yo! —protestó metiéndose para adentro. No quería volver a oír nada del tema.

—Yo lo veo viable —se unió Sara, que todavía no se había manifestado, evaluando las posibilidades de éxito—. ¡Iremos las dos!

—¡Lo que me faltaba por oír! —gritó Rosa desde el salón—. Ahora se suma

la otra también. Qué no tuviste bastante con el techo del Monasterio de la Trinidad. ¡No me lo puedo creer!

—No me parece una buena idea —negó Jesús, valorando los terribles riesgos. Hemos de buscar otra forma de hacerlo.

—Yo creo que podrían conseguirlo —las animó Andreu—. Antes deberíamos estudiar los pros y los contras, claro está.

—¡Lo haremos! —murmuraron las dos hermanas a la vez.



Capítulo 85

Apenas había amanecido cuando Rosa se levantó, retiró un poco las cortinas y miró por la ventana de su habitación el Palacio de las Artes Reina Sofía. Se imaginó a sus sobrinas encaramadas en la cresta de ese imponente edificio, que parecía un barco naufragado en medio del mar. Todavía no podía creerse cómo habían accedido a semejante barbaridad. ¿Estaban todos locos o qué?

Miguel se dio la vuelta en la cama. Al notar su ausencia abrió los ojos.

—¿No tienes sueño? —le preguntó.

—No.

—Rosa, ven aquí. Vas a coger frío.

Ella se sentó en el borde de la cama.

—No te preocupes. Ellas están ágiles y son fuertes. Sara es muy flexible por el yoga y ha hecho parapente; Alejandra lleva varios años haciendo escalada. No les intimida la altura. Lo harán bien.

—Eso espero, porque como les pase algo me hundo, te aviso. Me hundo.

—Hoy empezarán a descargar las obras de arte —añadió Miguel—. Eso quiere decir que será un día muy activo de entradas y salidas. Es un buen momento para que nos acerquemos y echemos un vistazo. Haremos fotos de todo y anotaremos lo que sea de interés.

—Entonces, levántate. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Miguel tenía sus reservas con que la propuesta funcionara a la perfección. Entendía su malestar y sus nervios, él también los tema, por eso era de suma importancia que todo estuviera medido a la perfección. No podía fallar nada.

El sol empezaba a asomar por el este, sobre el mar, proyectando su luz, todavía débil, sobre aquella monstruosa obra del arquitecto Santiago Calatrava, cuando Miguel y Rosa salieron de casa y cruzaron la calle. Se colocaron sobre esa estructura de forma lenticular, compuesta principalmente por cemento blanco y acero laminado, cubierta con un revestimiento cerámico. Fotografiaron por aquí y por allá. Observaron que habían colocado barreras a cierta distancia, con personal encargado de no traspasarlas, de manera que era imposible acercarse más de lo que ellos habían estipulado. Jesús tenía razón en el perímetro de seguridad. Miguel se aproximó a uno de los hombres con intención de ver su reacción.

—Perdone, ¿sabe usted si se puede visitar el Palau?

—No, privado, privado —contestó en un castellano mediocre con acento extranjero.

—Gracias —dijo Miguel.

Los dos se retiraron. Rosa, escandalizada, le susurró:

—¿Has visto la pistola que llevaba debajo de la chaqueta?

—Sí, se la he visto cuando ha levantado el brazo.

—Esto no me gusta, Miguel. Esos hombres no son guardias, son matones.

Bordearon la construcción hasta descender por las escaleras. Aquello era una verdadera fortaleza. Las grandes puertas del sótano estaban abiertas y varios camiones descargaban mercancía. Miguel volvió a hacer algunas fotos y consultó uno de los planos del lugar. Repasó dónde se encontraban las cuatro salas principales, las oficinas, los vestuarios y las cafeterías.

Bordearon el palacio, paralelos a la orilla de las láminas de agua que acentuaban su grandeza, y se adentraron en el entorno ajardinado. Se sentaron en un banco y se limitaron a curiosear.

Andreu estaba sentado en la barra del bar del Mercado Central. Había entablado amistad con un hombre, algo más mayor que él, que iba a recoger la compra diaria para un determinado restaurante. Tenían una conversación animada y las risas eran constantes. Delante de ellos había varias botellas de cerveza vacías.

—Te invito a otra cerveza —dijo Andreu, amistoso.

—No puedo —añadió el hombre, haciendo mención de levantarse. Estoy trabajando. Si se llegan a enterar me despiden.

—¡La última, que pago yo! Ya sabes que no me gusta beber solo.

—No, no, que me voy, ya he bebido bastante.

—Solo una más, bien fresquita, y te vas a currar.

El hombre se quedó pensativo durante unos instantes.

—¡Vale!, pero la última, ¿eh?…

—Claro que sí. ¡Camarero otro par de cervezas! —gritó.

Prácticamente habían dado fin de ellas cuando apareció Lluís por detrás, y tropezó a la altura de Andreu dándole un empujón en la espalda, lo que provocó que derramara parte de su vaso en las piernas del hombre.

—Cuánto lo siento —dijo Andreu ante el señor que sonreía sin parar.

—Perdonen por el choque —se disculpó Lluís—. Por cierto, no será suya la furgoneta que hay fuera. Esa de no sé qué restaurante.

—Sí, sí, es mía.

—Pues creo que está molestando a un coche que no puede salir.

—Gracias… Me tengo que ir —dijo, bajándose del taburete.

—¡Cuánto lo siento! —agregó Andreu—. Tranquilo, ya nos veremos otro día.

Cuando el conductor salió, un policía estaba multándole.

—Me voy ya, me marcho. Ha sido solo un minuto.

—Lo siento, está mal estacionado. Está pisando la raya.

—Sí, pero muy poco.

—Caballero, ¿usted está en condiciones de conducir? —le preguntó el policía.

—Sí, sí, perfectamente —afirmó con la lengua algo enredada.

—Pues huele bastante a alcohol. Le tengo que hacer la prueba de alcoholemia.

—Estoy trabajando.

—Pues lo siento, pero si rebasa los límites le tendré que requisar el vehículo. Tenga… y sople, sople.

El hombre le obedeció, intentando recordar cuántas cervezas se había tomado.

El policía meneó la cabeza y le dijo:

—Triplica la tasa de alcohol permitida. Sintiéndolo mucho caballero, no puede conducir.

—Agente, tengo que entregar esta mercancía sin falta —le imploró con la lengua atascaba.

—¡Pues tendrá que hacerlo otra persona! —dijo tajante—. Usted no puede estar al volante.

Andreu salió del mercado y se acercó al conductor.

—¿Te han multado? ¡Qué putada!

—Lo peor es que no puedo llevar el género y es urgente que lo entregue ahora.

—Sí quieres que lo lleve yo. Estoy harto de llevar furgonetas como esta.

—¿Me harías ese favor?

—Claro, para qué están los amigos. Dame la dirección.

—Es en el restaurante del Palacio de las Artes del Reina Sofía, ¿sabes dónde está?

—Sí, claro que sí.

—Pues entrega este pase y te dejarán entrar.

Andreu subió a la furgoneta y le guiñó el ojo al policía, nada más doblar la calle recogió a Lluís. Juntos se dirigieron hacia la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

Una vez allí entraron por el cordón de seguridad sin problema. Descargaron las cajas y se infiltraron en la cocina.

—¿Sois los nuevos? —les preguntó una mujer.

Ellos asintieron, algo descolocados.

—Solo habíamos pedido uno. Esta empresa de trabajo temporal no se entera. Da igual, con el trabajo que se espera hoy todas las manos serán pocas.

—Supongo que tendréis experiencia.

—Por supuesto —contestó Andreu.

—Ahí tenéis los uniformes. Ahora vengo y os pongo al día.

Lluís llamó a Alejandra para informarle de la suerte accidental que habían tenido.

—Hemos conseguido entrar. Andreu y yo estaremos de camareros —le explicó—. La providencia nos ha sonreído. Las plegarías de tu tía están haciendo efecto.

—¡Qué buena noticia! —contestó ella.

—Así que ya no es necesario que entréis vosotras, nosotros nos encargaremos.

—¡De eso nada! Todo está preparado y no vamos a renunciar. Vosotros seréis

un refuerzo por si algo sale mal.



Capítulo 86

La fecha de la inauguración había llegado y el ajetreo del Reina Sofía iba en aumento a medida que pasaban las horas. Los nervios del personal acrecentaban con la cuenta atrás. Muchos conocían a Augusto Fonfría, sabían de su exigencia y que no perdonaba errores, sobre todo, si eran por negligencia. Sus órdenes siempre eran claras y concisas, por eso sus visitas supervisando las instalaciones habían sido asiduas.

La Sala de Exposiciones ya estaba terminada, acogiendo la mayor parte de las obras. Habían acondicionado la iluminación y reforzado la seguridad. En la Sala Magistral estaba prevista una charla del anfitrión, acompañado de Ramiro Matoses, donde realizarían la subasta de ciertas obras. En el restaurante ya estaba todo preparado para un variado y sabroso *cátering* digno de estrellas Michelin, acompañado de botellas y botellas de Dom Pérignon. A través de sus inmensas cristaleras se podía gozar de unas inmejorables vistas del resto de edificios que componían la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

Después amenizarían la velada con barra libre y música, en los idílicos jardines de la terraza rodeada de palmeras y adornada con materiales naturales, velas y detalles de pan de oro. No se había escatimado en nada. El lujo y el poder endulzaban el ambiente.

En casa de Miguel también se había desatado cierto nerviosismo, a pesar de que todavía quedaban varias horas para actuar. Desde primera hora de la mañana todos se habían instalado allí para ultimar detalles. Rosa llevaba el seguimiento del palacio con unos prismáticos. Asomada al balcón, iba y venía controlando quién entraba y salía por la puerta principal.

Lluís y Andreu se despidieron, ya que tenían que ejercer de camareros y no podían retrasarse. Cada uno se colocó un minúsculo pinganillo oculto en la oreja, que les permitía estar en contacto gracias a un sistema que había instalado Lluís.

Antes de irse, Lluís abrazó y besó a Alejandra.

—¡Ten mucho cuidado! ¡No arriesgues demasiado! Te quiero.

Ella le correspondió.

—Nos vemos en unas horas.

Alejandra vio cómo cruzaba la calle. En ese momento un ligero estremecimiento le recorrió la espalda. ¿Y si la aventura no salía bien? —se dijo.

Miguel llamó a las dos hermanas, y con el plano del edificio en la mano repasó las distintas estancias.

—Como veréis esta parte rodea el edificio y permite la circulación periférica exterior a los auditorios, las terrazas-jardín, cafetería y restaurante. Esta otra —señaló, cambiando el dedo de posición— une los balcones, los paseos, las escaleras y los ascensores exteriores con vistas panorámicas de la ciudad.

Sara y Alejandra escuchaban con atención.

—Aquí están las salas de ensayo, los vestuarios y las áreas de descanso. En esta otra parte, las oficinas, la dirección artística y técnica, los vestuarios VIP y los camerinos para solistas —Miguel hizo un inciso y miró a las dos hermanas —. Deduzco que aquí es dónde se habrá instalado Fonfría; aparte, están los talleres, sastres y almacén.

Alejandra intentó memorizar las ubicaciones.

—Como podéis ver, la estructura está abrazada por dos carcasas de acero. Mucho cuidado con el revestimiento cerámico que las cubre, tiene pinta de resbalar bastante.

—De acuerdo —murmuró Alejandra.

—Otra cosa importante —señaló Miguel—, la pluma de acero laminado donde aterrizareis, cruza el palacio de parte a parte y mide 70 metros de altura. Por favor, id con mucho tacto.

Sara asintió con un ligero nerviosismo.

—Aquí están las cuatro salas. En el núcleo central se encuentra el Auditorio, tiene una capacidad para 1500 personas. Aquí podéis encontrar la Sala Principal, la más grande de todas, la Sala Magistral donde Fonfría dará la conferencia y, por último, el Teatro Martin i Soler.

—Mirad, mirad —gritó Rosa— acaba de llegar Fonfría.

Todos se asomaron para verle bajar de un impecable Mercedes de color

negro, junto a otro hombre que dedujeron sería su socio Ramiro Matoses. Los dos iban elegantemente vestidos como anfitriones que eran. En el coche que aparcó detrás, de las mismas características que el primero, Alejandra vio bajar a Victoria Quirós con un traje de noche rojo, acompañada de una mujer que no conocían.

Alejandra torció el morro al verla. Sus incógnitas habían cobrado forma.

—Fijaos en el maletín que lleva uno de los guardaespaldas —añadió Jesús—. ¿Qué creéis que puede contener?

—Podría ser el libro *Súmmum* —se adelantó Sara.

—Tenemos que darnos prisa —achuchó Miguel—. Habéis traído el medallón, ¿verdad?

Jesús sacó del bolsillo un pequeño sobre acolchado, luego lo destapó y dejó a la vista la serpiente negra enroscada. Después de estar varias semanas en la caja fuerte de la Casa Vestuario había recobrado su estado inicial.

Recogieron las mochilas y subieron hasta la azotea, que había sido el punto elegido tras valorar que estaba algo más alto que el Reina Sofía, y les facilitaría el descenso.

Jesús sacó el cable de acero para la tirolina y una polea de doble eje. Sara le quitó la funda al dron.

—¡Menudo juguete! —exclamó Rosa—. Miguel ¿seguro que vas a saber llevarlo?

—Ten fe, Rosa… No me pongas nervioso. Después de las pruebas que hemos hecho en la playa yo creo que lo tengo dominado.

Alejandra se colocó el arnés y se colgó la mochila en la espalda. Sara la imitó.

—Mirad qué cola de coches están llegando al Palau —masculló Rosa, cotilleando.

A pocos metros de la entrada fueron descendiendo las celebridades, con una elegancia digna de la ocasión, mientras sus choferes retiraban coche tras coche. Ante la puerta principal y sobre una estupenda alfombra roja, a modo de la entrega de los Óscar, fueron fotografiándose y accediendo al recinto.

—Nosotros a lo nuestro, que no podemos perder tiempo —atajó Miguel.

Jesús puso en marcha el dron, le acopló el cable de acero con un gancho de agarre con cuatro púas, cogió el mando a distancia y conectó la cámara.

El aparato ascendió silencioso mientras Miguel iba soltando el cable para que no estuviera tenso. Los cinco tenían los ojos clavados en ese pájaro

mecánico, que avanzaba despacio, pero seguro.

—¡Está llegando! —avisó Jesús, pendiente de la imagen que le mostraba el aparato.

—Ahora tienes que afinar mucho —susurró Sara.

—Lo sé, vamos a ver si lo consigo —Jesús colocó el dron sobre la gigantesca pluma que cubría la estructura, lo llevó hacia delante y hacia detrás, subió unos centímetros y bajó otros tantos, y cuando le pareció que estaba cuadrado, soltó el gancho.

Alejandra cruzó los dedos.

—Creo que se ha cogido —susurró Jesús.

—Tenemos que tirar para comprobarlo —expuso Miguel con un nudo en la garganta—. No hay otro remedio. Esperad…, creo que se ha movido un poco.

Sara cerró los ojos, imaginándose el cable atravesado en la avenida con los coches, los árboles, las aceras y los peatones.

—¡Ha cogido! ¡Ha cogido! —voceó Miguel, eufórico.

Los demás respiraron. El primer paso estaba dado. Jesús le dejó el mando del dron a Miguel y ayudó a Alejandra a instalar la polea.

—Está todo listo. Ha llegado el momento —murmuró Sara besando a Jesús.

Alejandra se encaramó en el borde de la barandilla y enganchó la anilla de anclaje. A continuación, se dejó caer al vacío sujeta por el arnés. Avanzó unos metros hasta que Sara repitió sus movimientos y comenzaron a recorrer los ciento setenta metros que había de un punto a otro.

Sara miró hacia abajo. Cerró los ojos y pensó: «lo puedo hacer, lo puedo hacer».

—¿Estás bien? —le preguntó su hermana, preocupada.

—Sí, ya voy, si llego a saber esto hubiera cambiado el aikido por la escalada.

—Aún estás a tiempo de hacerlo. Vamos, que ya nos queda poco.

Alejandra llegó al borde. Desde allí, la estructura todavía era más gigante. Se deslizó sobre la pluma y se soltó. Cuando llegó su hermana la ayudó a desengancharse.

—Ahora tenemos que bajar —indicó Alejandra—. Sacó unas cuerdas de la mochila que fijó en un lugar seguro y descendieron hasta el jardín. De momento no había nadie, todos estaban ocupados con la recepción y la exposición de la planta primera. Sara sacó el medallón y lo llevó en la mano, protegida con un guante. Pisaron el césped y se fueron adentrando en el interior.

Alejandra comunicó su posición por el auricular.

—Hemos llegado, estamos dentro.

Mientras tanto, en la exposición, Lluís y Andreu, con el uniforme de camareros, repartían bebidas a diestro y siniestro.

Andreu vio a Fonfría y se dio la vuelta, ya que si lo veía estaban perdidos. El anfitrión saludó a unos y a otros con una media sonrisa. Se le veía triunfante como centro de atención. A una mujer, vestida con centenares de plumas, se le cayó una copa al suelo. Mientras Lluís estaba agachado para recogerla, Fonfría se paró delante de él y le ordenó:

—¡Recoja eso, ya!

Luego continuó con los efusivos saludos.

Unas plantas más arriba, las hermanas Ferrer habían esquivado a varios de los vigilantes. Aquel recinto era interminable, un verdadero nido de recovecos. Se habían movido de un lado a otro y el medallón no se había activado. Igual estaban equivocados.

—Este es el Auditorio —señaló Sara.

Alejandra abrió la puerta y, al asomarse, retrocedió.

—Hay varios tipos dentro —musitó.

—Si la sala está vacía, ¿qué finalidad tienen? —planteó Sara—. A no ser que estén custodiando algo. ¡Espera! —dijo, mirando el medallón—. Se está transformando. Está cambiando de color.

—Eso quiere decir que estamos cerca —dijo Alejandra—. Volvamos a entrar, pero agachadas y muy despacio.

Se adentraron en esa grandiosa sala con la agilidad de dos gatos, deslizándose entre las decenas y decenas de hileras de asientos. A medida que descendían, la serpiente iba haciéndose más encarnada.

—¿Dónde está? —le preguntó una a la otra en susurros.

—Lo estoy viendo. En el mismo centro del escenario. Por eso está tan bien guardado.

—¡Chicas, chicas! —escucharon por el audífono—. Fonfría sube en el ascensor con Ramiro Matoses.

—¿Crees que viene hacia aquí? —susurró Alejandra.

—¡Apuesto a que sí!

—Pues entonces tenemos que darnos prisa.

Sara introdujo el medallón en el sobre acolchado y se lo guardó en la mochila. Al mirar a su hermana la vio agobiada.

—¿Qué te ocurre?

—Está el maldito calvo.

—¿Dónde?

Alejandra lo señaló.

—¡Déjame a mí! —Sara se levantó, dirigiéndose hacia los tres hombres.

Alejandra le chistó, sin éxito, mientras veía cómo se aproximaba a ellos.

Dos de los gorilas al verla bajar se adelantaron cortándole el paso.

—¡No puede estar aquí! —le voceó uno de ellos a varios metros de distancia.

—Ah, no ¿por qué?

—¡Es una de las hermanas Ferrer! —gritó el calvo fortachón—. ¡No la dejéis escapar!

El hombre avanzó hacia ella y le agarró del brazo. Sara se alegró de las enseñanzas de su maestro; haciendo un par de movimientos se soltó, escabulléndose entre los asientos. Los otros dos guardias la siguieron escaleras arriba, mientras otros dos le intentaban cortar el paso por el otro lado. Alejandra vio que le habían dejado vía libre y avanzó hasta aproximarse al libro *Súmmum*. Se giró para ver a su hermana, que seguía escabulléndose entre los asientos. Sin pensarlo dos veces abrió una bolsa de tela negra que llevaba doblada, metió el libro que estaba colocado sobre un atril, se lo guardó en la mochila y, agazapada, retrocedió sobre sus pasos.

Sara se vio acorralada, la estaban cercando y no veía modo de escapar. Uno de los hombres la agarró de la espalda, ella se giró y consiguió soltarse, pero los otros se le echaron encima y consiguieron dominarla.

—¡Maldita zorra! —gritó el calvo, dándole un golpe en el estómago que hizo que se encorvara de dolor.

Alejandra se detuvo al escuchar el quejido de su hermana, al otro lado del Auditorio. Dudó qué hacer, si salir en su ayuda o salvar el libro. Barajó las posibilidades de éxito y no tenía ninguna con Sara. Arrastrándose por el suelo llegó a la salida. En ese instante, el ascensor se detenía, se escondió y vio que salía Augusto Fonfría acompañado de su socio. De buena gana le hubiese arañado la cara; en su lugar, se mantuvo en silencio hasta que entraron en el Auditorio y avisó a Lluís y Andreu.

—¡Han cogido a Sara!, me oís. Está en el Auditorio.

—Te escuchamos —dijo Lluís.

—Tenéis que ir rápidamente. Acaba de entrar también Fonfría.

Alejandra se dirigió hacia la salida.

—Miguel, ¿me oyes?

—Sí, dime.

—Prepara el dron que voy para allá.

Alejandra llegó al jardín de las palmeras, que aún permanecía sin invitados. Se agarró de la cuerda y trepó hasta lo alto de la pluma de acero. Encaramada en lo alto vio el piloto rojo del artefacto metálico aproximarse.

—Vamos, Miguel, vamos —ronroneó.

El dron se colocó encima de ella, pero por mucho que se estiraba no llegaba ni a rozarlo.

—¡Miguel, haz que descienda! —le gritó por el micro del pinganillo.

—Lo estoy intentando, pero este cacharro no me hace caso —escuchó por el auricular.

Alejandra estaba histérica viendo cómo lo llevaba de un lado a otro menos para dónde ella quería.

—¡Bájalo de una puñetera vez! —gritó entre dientes con los dedos cruzados.

Esa última exclamación resultó efectiva. El dron se puso a su altura y pudo enganchar la bolsa negra.

—¡Miguel, llévalo de vuelta a casa!

Mientras tanto, en el Auditorio, Sara estaba acobardada. La tenían agarrada entre dos tipos y le dolía muchísimo el abdomen. Además, frente a ella tenía al mismísimo Augusto Fonfría.

—Señorita Ferrer, cuánto tiempo sin verla —soltó con ironía.

—Sí, todo el tiempo que usted ha estado en la cárcel, que ha sido poco.

—¿También está interesada en el libro *Súmmum*? —dijo con el mismo tono —. Parece que nuestros caprichos son afines.

—¡Parece que sí! —contestó ella, confiando en que su hermana lo hubiese puesto a buen recaudo.

—¿Y su hermana?, qué raro no verla por aquí —Su sarcasmo aumentaba.

—¡Tenía cosas que hacer! —contestó con cara de asco.

—¡Lleváosla de mi vista! —Su falso humor se agrió por completo.

—¡Señor Fonfría, el libro no está! —anunció uno de los matones.

—¿Cómo que no está? —bramó furioso—. Después se giró hacia Sara y con la mandíbula enclavijada, delatando su cólera, le dio un puñetazo en la cara. —Dime dónde está.

Sara, escocida de dolor y con sangre en la boca, no contestó.

—¡Claro, se lo ha llevado la puta de tu hermana! ¡No sabéis ir una sin la otra! —vociferó con rencor.

Ella tan solo lo miró.

—¡Buscadla y traédmela aquí! Ramiro, vamos a tener que posponer la venta durante un rato. Avisa por favor, a los compradores —añadió, dirigiéndose a la persona que tenía al lado—. ¿Puedes distraer a nuestros invitados mientras yo me encargo de este contratiempo?

Ramiro asintió.

—Te recuerdo que en apenas diez minutos tenemos el discurso en la Sala Magistral.

—Es cierto —Fonfría torció el morro—. Vamos para allá entonces.

Luego se giró y les gritó a los escoltas.

—¡Quiero el libro y a su hermana antes de que termine la fiesta! ¡Si no, ateneos a las consecuencias!

Todos asintieron.

Los dos poderosos hombres se marcharon del Auditorio dejando a Sara con tres de los guardias. A los pocos minutos, salieron al pasillo llevándola arrastras.

—Nos estás dando demasiado trabajo, zorra —se quejó uno de ellos cogiéndola del pelo.

—¡No se trata así a una mujer! —gritó Lluís detrás de ellos.

—Me lo vas a impedir tú, camarero de mierda —dijo en un castellano mediocre.

—¡A lo mejor sí!

Lluís dio un paso hacia delante.

El hombre calvo que sujetaba a Sara la soltó dándole un empujón y le atizó un puñetazo en plena barbilla a su oponente. A Lluís le costó reaccionar. Menuda ostia le acababa de dar. Uno de los otros dos sacó su arma y la bronca se detuvo.

—Es el que amenazó a Alejandra —le confesó Sara gritando.

Lluís sintió cómo le hervía la sangre.

—Tú eres el hijo de puta que acosa a mujeres y hace las cosas a escondidas —le increpó con carácter.

—A ti que te importa —chapurreó.

—¡Me importa y mucho!

Por detrás, apareció Andreu con una silla en las manos y le atizó en la espalda al que llevaba el arma, provocando que le cayera al suelo y dejándole

aturdido. A partir de ese momento se desencadenó una batalla en la que todos daban y todos recibían.

Lluís se cebó con el malnacido que persiguió a Alejandra. Le tenía tantas ganas que sus puños estaban concentrados de ira. Le golpeó y golpeó hasta que lo dejó tumbado en el suelo.

Sara se agachó a coger el arma, les apuntó a todos y logró parar la pelea de los otros dos. Consiguieron encerrar a los tres en un almacén y buscaron la forma de salir de allí.



Alejandra había perdido el auricular con tanto ajetreo; no sabía si volver a buscar a su hermana o cruzar por el cable de acero hasta la azotea de Miguel. Había recogido la cuerda por la que había descendido para que no la detectaran, cuando vio como varios tipos, con traje negro, señalaban el cable de acero y miraban hacia arriba. Entonces, reculó ocultándose. Estaba acorralada. No podía volver por donde había venido. Seguramente estarían al otro lado antes de que ella pudiera llegar. Tenía que buscar otra opción. Dio una vuelta alrededor y se detuvo en la pluma donde se encontraba. Nacía del suelo con un solo punto de apoyo y se curvaba, a modo de tobogán, hasta donde ella se encontraba. Era la única salida viable que veía. No sabía si saldría bien o mal, pero se deslizaría. No lo pensó. Se colocó la mochila a la espalda y se dispuso a bajar. Si lo hacía bien y rápido, llegaría al suelo en menos de un minuto.

Antes de iniciar el descenso se santiguó. Respiró profundamente y comenzó con grandes zancadas. A medida que sus pasos avanzaban, la pendiente era más inclinada, pero no se acobardó. Siguió al mismo ritmo hasta la mitad del recorrido, saltó un obstáculo, y el resto se deslizó a horcajadas hasta que tocó el suelo.

Estaba a punto de salir corriendo cuando, a tan solo un par de metros, vio a Victoria Quirós, con su traje rojo, de espaldas y fumando.

No pudo contener la tentación, era demasiado irresistible. Se arriesgaba a que la cogieran, pero la ocasión valía la pena.

Se acercó ella y le dijo:

—¿No habías dejado de fumar?

Victoria se giró sobresaltada.

—¿Qué haces tú aquí? —le dijo, tremendamente sorprendida al verla.

—He venido a la fiesta, pero ya me voy, ha sido tremendamente aburrida — dijo con ironía.

Victoria miró a ambos lados. Estaban completamente solas.

—Antes de marcharme, quería darte las gracias por haberme vendido a Augusto Fonfría. ¡Has sido una hija de puta en mayúsculas!

Alejandra, sin más preámbulos, levantó el brazo, cerró el puño y le atizó en toda la cara.

Después, sin decir ni una palabra, se marchó.



Capítulo 87

Los primeros rayos del alba se dejaron caer sobre la cúpula ovalada de la Basílica, abarcando parte de la plaza. La noche había resultado extenuante y larga. Todos habían tenido obstáculos que sortear, unos más que otros, para cumplir con su respectiva misión; pero eso no les había impedido conseguir su objetivo; apoderarse del libro *Súmmum*. Por un medio distinto, todos habían acudido a la Casa Vestuario para salvaguardar su hallazgo. Sabían que dejarlo en casa de Miguel hubiera sido un riesgo innecesario que no podían correr.

Sobre una de las amplias mesas habían depositado el libro, que aún permanecía dentro de la bolsa de tela negra. Fue Andreu quién lo sacó y colocó al lado de los grabados de los tres demonios y el medallón que Sara había sacado de su mochila.

Ante la mirada atónita de todos los presentes, la enroscada serpiente del medallón se encendió hasta rozar un rojo incandescente. La tinta de los grabados se acentuó de color y el libro *Súmmum* se abrió de repente recobrando vida. Sus páginas se agitaron de un lado a otro, con furia, como si las moviera un vendaval, solo que allí, en esa sala hermética no había ningún tipo de corriente. Jesús estuvo a punto de echarle una manta por encima para frenar semejante episodio de brujería. Alejandra le frenó.

Las hojas de ese antiguo manuscrito medieval seguían batiéndose, como las alas de un pájaro enloquecido, hasta recobrar cierto sosiego. Continuaron pasando con lentitud, una tras otra hasta quedarse abierto y quieto: después pasó algo que les dejó sin aliento, la imagen de Satanás se elevó un palmo del tablero

de la mesa y, como si un imán la atrajera hasta el libro, se dejó caer sobre él. Las juntas de un borde y otro se fusionaron sin dejar huella de que alguna vez pudieran haber estado separadas. Seguidamente y dejando a todos anonadados, se movieron varias páginas y la lámina de Leviatán se integró en lo que todos pensaron que sería su lugar correspondiente. Los mismos pasos siguió el dibujo de Lilith, que encajó a la perfección en ese maléfico manuscrito.

Andreu gritó de dolor, llevándose las manos al muslo herido. Se tiró al suelo aullando de sufrimiento, revolcándose y dándose puñetazos en la propia herida, como si quisiera matar lo que llevaba dentro. Jesús y Lluís, tumbados sobre él, intentaron frenarle a toda costa. Querían detener esa lucha interna que le consumía, día tras día, e impedir que se pudiera lastimar todavía más.

Alejandra, ajena a la escena de Andreu e insensible ante su tortura, se colocó delante del libro y posó las dos manos sobre él, con los ojos en blanco. Antes de que pudiera entrar en trance o pronunciara alguna palabra, su hermana, al verla así, le dio un empujón, cerró el libro de golpe y lo metió en el saco de tela.

—¿Estás bien? —le preguntó aterrada.

—Creo que sí —contestó algo aturdida ¿Qué le pasa a Andreu?

—Le dolía la pierna, pero ya está mejor —contestó con el miedo todavía dentro del cuerpo—. ¡Ven, siéntate!

Rosa se acercó a ellas al presenciar la escena.

—Es de vital importancia —gritó Sara— que demos fin a esta mierda de maldición que nos va a volver locos a todos. Llevamos una intensa lucha de seis meses y debemos ponerle fin. Tenemos todos los requisitos que nos hacen falta para ello. ¡Ha llegado la hora!

—Rosa —dijo Miguel— habla con el padre Simón, dile que ya podemos ponernos en sus manos para realizar el exorcismo. Los síndicos no tardarán en llegar. En cuanto lo hagan, hay que volver a guardar el medallón en la caja fuerte. Ya hemos visto que no pueden estar juntos. Yo iré con Humberto al banco y recuperaremos los tres pergaminos.

—¡Que Dios nos coja confesados! —murmuró Rosa.

—Deberíamos irnos a casa —propuso Lluís, dolorido al lado de su mujer—, darnos una ducha y estar preparados para el día que nos espera.

—Sí, creo que será lo mejor, tenemos un aspecto espantoso —aprobó Sara.

—Andreu, vámonos, te acompañamos a casa —le dijo Lluís.

Sara vio a los tres desaparecer. Ella también estaba ansiosa por llegar a casa, se encontraba magullada y cansada, pero no iba a hacerlo hasta comprobar que el

medallón estuviera seguro.

A los pocos minutos llegaron los síndicos Humberto y Jaime.

—No hemos podido venir antes —se disculpó el presidente del tribunal—, está todo cortado por las Fallas.

—Es cierto —murmuró Sara—. No sé ni en el día en el que vivo.

—Vaya fiestas nos esperan —protestó Jesús—. Si no tenemos bastante con toda la mandanga, ahora también estamos enredados con los putos demonios.

—Tranquilo, cariño, esto está llegando a su fin.

Miguel les relató a los síndicos el éxito de la misión hasta conseguir el libro, las escenas que acababan de presenciar y la máxima urgencia en hacerse con los pergaminos.

Humberto, Miguel y Rosa salieron de la sala de los manuscritos, camino del banco.

Sara hizo mención de coger el medallón, pero tuvo que retirar la mano rápidamente; aquello abrasaba. Luego cogió su mochila y rebuscó, tropezó con el sobre de papel acolchado donde lo había tenido guardado toda la noche y un pañuelo. Sacó el trapo de tela y lo lio. Seguidamente salió acompañada de Jesús y Jaime. Tomaron el ascensor del edificio hasta llegar a sala de reuniones. Una vez allí, Jaime se dirigió hacia la caja fuerte que se encontraba al final de la estancia.

Un sutil ruido, como un clic, les hizo girarse a los tres. En la entrada y a pocos metros de ellos, se encontraba el agente Adam Cohen apuntándoles con una pistola.

—Sabía que antes o después me llevaríais a él.

Sara miró a Jesús. Jaime ni se movió.

—¡El medallón! —exigió Cohen, extendiendo la mano y apuntando a Sara.

—Tranquilo, podemos hablar —dijo Jesús, levantando las manos en señal de paz y mostrando que no iba armado.

—No hay nada de qué hablar… ¡el medallón!

Sara no podía resistir más el calor tan insoportable que desprendía la incandescente serpiente. Dio un paso hacia adelante, deslió el medallón y lo dejó encima de la larga mesa.

—¡Quieres el medallón, pues tómalo, ven a por él! —bramó.

—¡Sara! —exclamó Jesús, sorprendido por su reacción.

—¡Empújalo hacia aquí! —gritó Cohen.

—¡Ven tú! —voceó ella desafiante—. Dispares o no, si lo quieres vas a tener

que venir.

Cohen tensó la barbilla y caminó hasta la mesa. Luego la bordeó por el otro lado sin parar de apuntarles con el arma. Se inclinó sobre ella para cogerlo y, cuando lo tuvo en su mano y ante la sorpresa de que quemaba, lo soltó de cuajo maldiciendo.

Jesús, ante ese momento de distracción, se abalanzó sobre él haciéndole caer el arma, enzarzándose en una pelea cuerpo a cuerpo.

—¡Corre, Sara! —le animó Jaime—. ¡Salva el medallón!

Ella lo envolvió en el trapo y salió corriendo. Bajó por las escaleras y una vez en la calle, sin saber qué dirección tomar, cruzó la plaza de la Virgen, perdiéndose por los callejones atestados de gente. La mayoría de las calles estaban cerradas por los casales falleros y las vallas de las fallas. Se escuchaba música y petardos por todos lados. Sara miró hacia atrás y creyó ver a Cohen. ¡No podía ser! Aceleró sus pasos por la calle Serranos, entremezclándose con una banda de música. Se volvió a girar y vio que lo tenía más cerca, dando empujones a los músicos para que le dejaran pasar. Cohen se abrió paso entre una familia. Uno de los niños le tiró un petardo a los pies; su fulminante mirada acojonó al crío.

Sara se vio acorralada, tan solo les separaban unos pocos metros. La calle, atascada de peatones y turistas que le habían frenado, no había sido suficiente para despistarlo. El estruendo de un *masclet* le sobresaltó, tapándose los oídos. Sin detenerse, se descolgó la mochila, sacó el sobre acolchado, introdujo dentro el medallón que estaba tibio y lo cerró. Tenía que desprenderse de él. Si la pillaba no podía permitir que se lo quitara. Aceleró sus pasos, se paró durante unas milésimas de segundo frente a un buzón que había en la calle y lo dejó caer dentro. Antes de llegar a las Torres de Serranos, se desvió por el callejón de la izquierda.

Anduvo apresuradamente hasta mezclarse con un grupo de japoneses que se metieron en un patio inmenso. Al instante, supo dónde se encontraba; había pasado miles de veces por allí. Era el Museo del Corpus o La Casa de las Rocas, un edificio del siglo XV que albergaba todos los elementos usados en la Fiesta del Corpus Christi. Se separó de la multitud, buscando un lugar donde ocultarse. Aquello era un caserón de dos plantas, con un patio interior alto y grande, cubierto por una techumbre de vigas de madera. Allí se alojaban enormes figuras del Antiguo y Nuevo Testamento, algunas de ellas con aspecto diabólico, un

buen número de gigantes de unos cuatro metros de altura y varios cabezudos. Sara miró hacia el pórtico y vio a Cohen con la intención de entrar dentro. Angustiada, se metió dentro de las sallas de uno de los gigantes. La oscuridad la envolvió al instante dentro de esa comprimida estructura de madera. Observó su respiración acelerada mientras vigilaba a través de la pequeña rejilla, y vio que Cohen caminaba hacia ella y se detenía justo a su lado. Cerró los ojos y mantuvo el resuello para que no le delatara. Cuando los volvió a abrir ya no estaba. No sabía el tiempo que había transcurrido, y decidió salir aún a riesgo de encontrárselo. Se deslizó por detrás de la hilera de gigantes hasta salir a un enorme patio. La primera imagen con la que se tropezó fue la de una descomunal águila; avanzó, ocultándose entre varios carros de madera con forma de barco antiguo, representando pasajes bíblicos, hasta que se detuvo al sentir en su espalda algo que la aprisionaba.

—¡No te muevas! Dame el puto medallón o te juro que te mato aquí mismo.

—¡No lo tengo!

Cohen le palpó el cuerpo, asegurándose de que decía la verdad. Luego le quitó la mochila de un estirón y se la registró.

—¿Dónde está? —le preguntó, cogiéndole del cuello.

—No lo sé. Se me ha debido caer —su voz era apenas un susurro.

—¡Maldita zorra! —resopló, apretando un poco más.

Sara levantó la cabeza con la mirada borrosa, y en lo alto del carro dónde se encontraba vio la imagen del Arcángel San Miguel. A continuación, las manos de su agresor aflojaron y vio cómo se desvanecía a su lado. La silueta de Jesús emergió detrás de él.

—¿Estás bien? —le preguntó, abrazándola.

—Creo que sí —musitó ella tocándose el cuello.

—¡Vámonos de aquí! Este no tardará en despertarse.



Capítulo 88

Sara tenía moretones por todo el cuerpo. Daba gracias de haberse librado de ese desgraciado de Cohen. Sabía que no les dejaría en paz hasta conseguir el maldito medallón y, para más inri, ahora estaba perdido en alguna oficina de Correos. Qué grandiosa resolución la suya, Alejandra le había recriminado la ocurrente idea y la falta de cabeza. No valía la pena lamentarse. Ahora necesitaban localizar su posición lo antes posible.

Jesús no había parado de hacer llamadas y averiguaciones al respecto. Cuando ella entró en el salón, le escuchó despedirse de alguien, agradeciendo su colaboración.

—Creo que vamos a tener suerte —comentó.

—¿Y eso? —se interesó Sara.

—El buzón donde echaste el medallón corresponde al Edificio de Correos de la plaza del Ayuntamiento. La recogida la hacen sobre las doce de la mañana.

—Yo pasé antes por allí —aclaró esperanzada.

—Lo sé, lo cual quiere decir que debe encontrarse ya en la central.

Sara miró la hora.

—Son las seis, ¿crees qué nos dará tiempo?

—Sí, están hasta las nueve.

—Voy a avisar a Lluís y Alejandra —comentó Sara, nerviosa.

—Sí, será mejor. Todas las manos son pocas.

Sara salió al rellano y bajó las escaleras hasta el primer piso. Lluís le abrió y Thor le recibió como de costumbre.

—¿No está mi hermana? —le preguntó a su cuñado.

—Está hablando con Rosa.

Nada más colgar, Sara les comentó dónde estaba el medallón y que aún podían rescatarlo.

—¿Qué te ha dicho Tía Rosa? —preguntó Sara con interés.

—Que esta noche —la voz de Alejandra se mostraba temblorosa—, a partir de las doce, nos esperan en la Iglesia de Santa Catalina el padre Simón y el padre Anselmo.

—¡Pues no podemos perder tiempo! —agregó Lluís.

Sara resopló.



Los cuatro bajaron del taxi y se detuvieron frente al impresionante Palacio de Comunicaciones, en parte construido, en el antiguo barrio de pescadores.

Alejandra levantó la cabeza; había pasado miles de veces por allí y jamás se había detenido a admirar su belleza. En los extremos de su inmensa fachada había dos pequeñas torres revestidas de zinc. La entrada principal estaba flanqueada por dos columnas jónicas. Sobre ella y bajo un arco de medio punto, cinco figuras le llamaron tremendamente la atención.

—¿Sabéis qué representan esas figuras? —preguntó mientras esperaban para cruzar.

—A los cinco continentes —contestó Jesús—. Y los seres alados de los lados del reloj, a los mensajes telegráficos y postales, o sea, a las cartas. Si os fijáis, los de la derecha van en un navío y los de la izquierda en locomotora, simbolizando la tierra y el mar. Veréis que falta el aire, pero es que, a principios del siglo XX, cuando se construyó el edificio, todavía no se había establecido el correo aéreo.

—Ya podemos cruzar —añadió Lluís.

Los cuatro juntos atravesaron el vestíbulo. Después traspasaron la puerta giratoria, que les dio paso a una enorme sala ovalada rodeada por dieciocho columnas de mármol que sostenían dos pisos altos.

—Hace muchísimos años que no entraba aquí —susurró Sara deslumbrada —. No recordaba que fuera tan imponente.

Sara se detuvo en la gran claraboya de hierro y cristal, con vidrieras de infinidad de colores, por la que todavía se filtraba la luz del atardecer.

—¡Es grandiosa! —exclamó.

Jesús la contempló durante unos instantes.

—Con el sol aún es más bonita, los escudos que hay alrededor corresponden a las cuarenta y ocho provincias españolas.

Ella sonrió.

—Tenemos un cometido —protestó Lluís con ironía—. No estamos de turismo.

—Cada uno sabe lo que tiene que hacer, ¿no? —cuestionó Jesús.

Los tres asintieron.

—¡Venid conmigo!

Jesús se dirigió a una de las señoritas que había detrás de uno de los mostradores.

—Buenas tardes, señorita, necesito hablar urgentemente con la persona encargada.

—Lo siento, pero se ha marchado ya.

—Mire usted, no quiero alarmarla ni tampoco al personal que se encuentra en este momento dentro del edificio, pero es de máxima urgencia que nos lleve usted o la persona autoriza a la planta sótano donde se encuentra la correspondencia.

—Eso es imposible, allí no pueden acceder.

—Perdone, no me he identificado. Soy el inspector jefe de la Guardia Civil, dijo enseñándole la placa de refilón. Aquí tiene al subinspector Esteve que pertenece al Grupo de Especialistas en Desactivación de Artefactos Explosivos, y a las inspectoras Ferrer y Gómez del equipo de Búsqueda y Localización de Artefactos Explosivos.

La mujer, se iba poniendo colorada a medida que la presentación se alargaba.

—Señorita, podemos estar todos en peligro —agregó Lluís presionando.

—Perdonen un momento.

La mujer se levantó y le cuchicheó algo a un hombre. A los pocos instantes vinieron los dos.

—Disculpen —dijo el hombre algo nervioso—, no entiendo lo que quieren realmente. ¿Están insinuando que hay una bomba en el recinto?

—No podemos asegurarlo todavía —quiso aclarar Jesús—, por eso, no queremos alarmar a nadie sin necesidad. Nos han filtrado la información y nos acompañan dos personas del Equipo de Búsqueda y Localización de Artefactos Explosivos para averiguarlo.

El hombre tragó saliva.

—De acuerdo. Yo los acompañaré —murmuró—. Puedes volver a tu puesto —le dijo a la empleada.

El hombre se aflojó el nudo de la corbata, apenas si podía respirar.

—¿Dónde creen que puede estar?

—Con toda la correspondencia de hoy recogida en el distrito 3 —contestó Jesús.

—¡Síganme!

—Sabemos que es un sobre pequeño, acolchado —explicó Sara—, que no tiene remite ni dirección.

—Si no tiene datos, entonces…, entonces solo puede estar en esta habitación.

El hombre les abrió la puerta. Entró con ciertas reservas y les indicó el lugar exacto.

—Puede esperar fuera si lo prefiere —le indicó Alejandra.

—Sí, si no les importa casi que sí, espero fuera.

Nada más salió por la puerta, los cuatro se pusieron a remover y a buscar.

—Creía que solo iba a estar lo nuestro —se quejó Sara al ver el montón que había.

—No protestes y sigue buscando…, si no hubieses tenido esa gran idea —criticó Alejandra.

—¡Qué haya paz! —intercedió Lluís—. ¡No empecemos!

—¡Lo tengo, lo tengo! —vitoreó Sara, sacudiéndolo en alto.

—Los cuatro recompusieron su cara, y con expresión muy seria salieron al pasillo.

—¿Han encontrado algo? —demandó el hombre, intranquilo.

—No, todo ha sido una falsa alarma —contestó Jesús.

—¡Gracias a Dios! —musitó el hombre—. Les acompañaré a la salida.



Capítulo 89

Había llegado el momento, o por lo menos eso era lo que ellos ansiaban. Esos últimos meses habían sido duros, con pesadillas y hechos que no se podían contar a la ligera. Sobre todo con desconocidos, porque los hubieran tratado de locos, de perturbados mentales. Nada más lejos de la realidad. Todos y cada uno de ellos habían experimentado hechos sobrenaturales; y nadie, nadie podía entender, salvo ellos, la sensación de impotencia que te puede embargar y anular cuando algo que no se puede ver ni tocar, algo sobrehumano, te controla y te ataca.

Se reunieron todos en casa de Sara y Jesús hasta que se hizo la hora de partir. Llegado el momento repartieron los hallazgos; Lluís se encargó de llevar el libro *Súmmum*, Jesús, el medallón y Andreu, Sara y Alejandra los tres pergaminos; también los acompañaban Miguel y Rosa, que se habían negado a quedarse al margen. Nerviosos y expectantes ante lo que podía suceder, salieron de casa en dirección a la Iglesia de Santa Catalina; una iglesia construida sobre una antigua mezquita que, tras la conquista de Jaime I, se convirtió en una de las diez parroquias fundacionales de la ciudad. Tan integrada en la Valencia Medieval dentro del apiñado Barrio del Mercado, que gran parte de su fachada quedaba oculta entre las viviendas del casco histórico. Próxima a la plaza Redonda y rodeada de bares y pequeños comercios, se había convertido, sin duda alguna, en uno de los lugares más concurridos de la ciudad.

Salieron con tiempo más que suficiente, a pesar de que el trayecto caminando era de escasos diez minutos. Debido a las fiestas, las calles estaban prácticamente intransitables. Cuando llegaron a la plaza del Tossal, la multitud

de gente provocaba un embudo humano que les hizo imposible acceder por Bolsería. Atajaron por callejones alternativos, hasta que pasaron por detrás de La Lonja. Lluís no pudo evitar recordar la noche que consiguieron uno de los pergaminos allí mismo. Los bares estaban atestados de clientes, había colas en los puestos callejeros, corros de visitantes alrededor de las fallas, turistas haciéndose fotos, gentío bebiendo en las calles, padres e hijos tirando petardos, hombres y mujeres luciendo el traje regional, casales falleros en cada manzana, ofreciendo comida, bebida y música. Una auténtica hazaña para todos ellos que no tenían ganas de fiesta, sino de llegar cuanto antes a su destino.

Se detuvieron ante la fachada principal de la iglesia, recayente en la plaza Lope de Vega y una de las tres entradas que, a esa hora, estaban cerradas. Anduvieron por el callejón de la izquierda hasta la esquina con Tapineria y, detenidos en el portal, llamaron a la puerta. No hubo necesidad de repetir el gesto, el padre Simón abrió al instante. Los siete entraron rápidamente, sus pupilas se dilataron amoldándose a la penumbra que había allí dentro.

—¡Adelante, acompáñenme! —les dijo el párroco con la sotana hasta los pies y su acostumbraba Biblia en la mano.

Le siguieron hasta situarse en la nave central, con hileras de bancos a los lados. Reinaba un silencio y una paz que agradecieron, apaciguando su ansiedad, su nerviosismo. Su sobrio aspecto les recordó dónde se encontraban y para qué habían acudido.

Rosa miró las vidrieras de colores situadas en la parte alta de los muros laterales representando a personajes bíblicos. Se detuvo al ver la imagen de San Miguel Arcángel y del Ángel Custodio, y les rezó una plegaria.

A los pocos instantes, vieron acercarse por el pasillo a un hombre de pelo cano, más bien bajo, con rostro bondadoso y ojos claros. Por su forma de caminar se deducía su avanzada edad. Le seguía el padre Simón a cierta distancia. Al llegar a su altura les tendió la mano a todos y cada uno de ellos. El vigor de su apretón les sorprendió, nada correspondiente a un octogenario.

—¿Han traído todo? —les preguntó.

Ellos asintieron.

—El padre Simón me ha comentado todos los pormenores de esta maldición. He de decirles que, a lo largo de mi trayectoria religiosa, he realizado numerosos exorcismos lidiando con el demonio y sus aliados. También he de confesarles que en este caso hay varios hechos de los que jamás había tenido constancia; pero teniendo en cuenta que Satanás es el padre de la mentira y el encargado de

seducir a la humanidad en los caminos del pecado y la corrupción, no puedo poner en duda esos sucesos, de manera, que tanto el padre Simón como yo haremos todo lo que esté en nuestras manos para aliviar o sanar esta situación.

Andreu notó opresión en el pecho.

—¿Quiénes son los afectados?

—Nosotros —pronunció Alejandra señalando también a Andreu.

—Ustedes estarán con nosotros en el Altar Mayor, debajo de nuestro Señor Jesucristo. Los demás colóquense, por favor, en uno de los primeros bancos.

Ellos asintieron.

—Antes que nada, me gustaría advertirles de algo muy importante. Cada exorcismo es diferente; no hay dos iguales, dependiendo de cómo se haya fraguado. Hay casos en los que el demonio decide salir del cuerpo endemoniado por su propia voluntad, bien por debilidad o por la tortura que le supone la oración y los objetos sagrados. Otras veces, los demonios son más fuertes y tan solo se ven coaccionados y obligados a salir por el poder sacerdotal. Como último caso y el más difícil, sería una lucha invisible entre el maligno y un ángel de alto rango enviado por Dios.

Andreu y Alejandra se miraron. Lluís le cogió la mano a su mujer.

—Por ello, les pido que, vean lo que vean y oigan lo que oigan, no se muevan de sus asientos. Es fundamental que nadie intervenga por mucho que se pueda agravar el exorcismo.

Rosa tragó saliva y agarró del brazo a Miguel.

—Ahora, ¡síganme!

Avanzaron por el pasillo central hasta el presbiterio en un mutismo sepulcral, con temblor de piernas y el corazón encogido, tal y como había solicitado el exorcista. Miguel y Rosa se sentaron en el primer banco, a su lado lo hicieron Lluís, Sara y Jesús.

La Capilla Mayor estaba rodeada por una girola, poco usual en las iglesias góticas primitivas valencianas; presidiendo en el centro, un gran Cristo crucificado de aproximadamente metro y medio. Sara se encomendó a él con toda su fe.

Alejandra y Andreu se arrodillaron ante el altar, según les indicaron. Los curas comenzaron a desplegar los objetos que les habían entregado: el libro *Súmmum*, el medallón y los tres pergaminos, que todavía se encontraban dentro del cilindro de metal. Fue el exorcista de más experiencia quién los abrió uno por uno y depositó su contenido, extendiéndolo sobre el altar.

El padre Simón comenzó a rezar en voz alta, sobresaltándoles. A esas oraciones se unió el padre Anselmo. El eco de los murmullos retumbó por toda la iglesia como si hubieran subido el volumen de un altavoz.

Alejandra cerró los ojos y cogió la mano de Andreu. Con todas sus fuerzas deseaba que esa pesadilla terminara. Sabía que estaba en buenas manos. Solo tenía que creer.

Sobre el altar, la serpiente del medallón empezó a tornarse encarnada y la tinta de los pergaminos se hizo más negra. Los exorcistas continuaban con sus rezos, alternándolo con frases secas y cortantes, órdenes dirigidas al diablo con voz de mando.

El libro *Súmmum*, que permanecía cerrado, empezó a vibrar sobre la superficie. Primero suavemente, luego con brusquedad, hasta que se abrió por la imagen de Satanás.

Inexplicablemente, la serpiente que se había convertido en una ascua incandescente se desenroscó y, saliendo del medallón, reptó por la mesa hasta montarse en uno de los pergaminos. Al contacto de su pequeño cuerpo el papel se fue impregnando de sangre hasta que no quedó ni una milésima por cubrir, así lo hizo con los otros dos. Después retomó su posición inicial, volviendo al medallón.

Los exorcistas continuaban con sus rezos, a pesar de las visiones que estaban experimentando. Nada les podía hacer callar.

La lámina de Leviatán se levantó, se intensificaron sus colores y de ella salió la cabeza de un enorme dragón que, mostrando sus afilados dientes, se abalanzó contra Andreu manteniendo su aliento a pocos centímetros de él, lamiendo su rostro y haciéndole temblar. El padre Anselmo se apresuró a rociar agua bendita por la bestia; cada gota le provocaba una quemadura sobre sus escamas. Entonces, se retorció y, lleno de ira, se encaró con el padre, que luchó con una cruz en la otra mano, a modo de amuleto, mientras le seguía echando agua. Fue en ese momento cuando Andreu aulló de dolor, retorciéndose en el suelo, gritando desesperado y golpeándose la pierna. Era como si se la cortaran en ese mismo instante. Cerró los ojos y tuvo unas visiones horripilantes que le hicieron perder el control.

Alejandra, angustiada, lloraba echada sobre él, procurando aliviar su mal; era tan poderoso ese maleficio que nadie podía hacer nada. Lluís hizo mención de levantarse. No soportaba ver tanto sufrimiento. Miguel le frenó.

Leviatán retrocedió ante el padre Anselmo, hasta desaparecer en la lámina de

la que había salido. Alejandra ayudó a Andreu a sentarse, estaba sudoroso y pálido, muy pálido.

Los exorcistas continuaban rezando, exclamando que se fuera Satanás, que saliera de esos cuerpos, que se manifestara como lo que era, un traidor y un embaucador.

De repente, las páginas del libro se movieron como en un vendaval y se quedó abierta la silueta de Lilith. Del grabado emergió una serpiente de varios metros de longitud, que se encaramó en el altar desafiante y reptó hasta Alejandra que, en cuclillas, al lado de Andreu, la notó rozar su piel.

Sara se levantó, escandalizada. Rosa gritó, llevándose las manos a la boca.

La pitón paseó su lengua viperina por el rostro de Alejandra y la miró fijamente. Ella tuvo la sensación de desfallecer; sin embargo, algo había sucedido en esos instantes, ya que su cuerpo se había quedado totalmente paralizado, como si le hubieran suministrado una droga; no podía mover absolutamente nada, salvo los ojos. A continuación, la serpiente comenzó a enroscársele en su delgado y asustado cuerpo. Andreu se había quedado inmóvil, al igual que el padre Simón. Ella, con lágrimas lamiendo sus mejillas, percibió la presión sobre su abdomen, sus costillas y su cuello; comenzó a sentir que le faltaba el aire, sus pulmones reclamaban oxígeno. Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, el exorcista Anselmo roció la serpiente con agua bendita hasta que consiguió amedrentarla y conducirla a las profundidades de la página de donde había emergido.

El libro *Súmmum* se volvió a mover. Dejando la figura de Satanás, se intensificaron sus colores y se dibujó un tornado, el mismo que surgió al final de la iglesia, escandalizando a todos que, llevándose las manos a la cabeza, presagiaron que era el final. Los sacerdotes gritaron, queriendo neutralizar la fuerza maligna, que con una poderosa y fuerza descomunal se arrastraba por el centro de la nave arrasando los bancos que interferían su camino y haciendo estallar las vidrieras de las paredes laterales, salpicando todo el suelo de cristales.

Miguel abrazó a Rosa, protegiéndola, y Lluís, Sara y Jesús se tiraron al suelo. Entonces, las tres puertas de la iglesia se abrieron de golpe y empezaron a caer casquillos de escombros del techo, lo que hizo que Miguel y los demás se resguardaran debajo de la Capilla de Santa Catalina. El tornado avanzó hasta el presbiterio envolviendo a Alejandra y a Andreu en esa diabólica ventisca. Después, prosiguió con los dos curas, que habían intensificado su exorcismo

ante la presencia del mismísimo Satanás. El Cristo crucificado se empezó a tambalear, provocado por el brutal ciclón, hasta que se soltó del pedestal de mármol y se clavó en el suelo en medio de los dos eclesiásticos. La bestia de Leviatán y la serpiente de Lilith se incluyeron en ese potente tifón, adquiriendo todavía más fuerza.

En esos momentos de pánico, por el hueco de las vidrieras en las que habían estado representados las imágenes de San Miguel Arcángel y el Ángel Custodio, penetraron dos inmensos haces de luz, tan potentes que, iluminando gran parte de la iglesia, se introdujeron por el ojo de ese arrasador huracán dejando a todos boquiabiertos.

La lucha titánica que allí se desató, entre la luz y las tinieblas, entre el Bien y el Mal, fue una experiencia que jamás podrían olvidar ninguno de los presentes. Una costosa batalla en la que las dos llamas de luz vencieron a la oscuridad, hasta consumir sus perversos despojos.

Alejandra abrió los ojos al percibir la calma. Tan solo las dos estelas luminosas se alzaban triunfantes, sin rastro de Satanás. Una de ellas se aproximó a la joven, rodeó su cuerpo, envolviéndolo, y se elevó hasta desaparecer por la misma abertura por donde había entrado. La otra hizo exactamente lo mismo con Andreu.

Los curas se levantaron del suelo, se sacudieron el polvo y ayudaron a levantarse tanto a Alejandra como a Andreu. Con sorpresa, presenciaron cómo los tres pergaminos se empezaron a desintegrar al igual que el libro *Súmmum*, convirtiéndose en apenas un puñado de cenizas. A su lado, quedó el medallón con la serpiente negra fosilizada, como en un principio debió de ser; tan solo una simple alhaja medieval, sin magia, sin embrujo, sin maldición y sin vida.

Lluís corrió hacia los brazos de su mujer.

—Te quiero, ¡qué miedo he pasado por ti! —le confesó.

Los demás salieron de su escondite y se abrazaron unos a otros de alegría por tenerlos de vuelta.

El padre Anselmo les chocó la mano a todos diciendo:

—Confieso que ha habido momentos en los que he dudado de nuestro éxito.

—Yo también —se sumó el padre Simón.

Miguel echó un vistazo a la iglesia. Parecía haber pasado por un terremoto.

—¡Madre mía! —exclamó Rosa—, ya podemos hacer horas extras todos si queremos pagar los daños ocasionados.

—Ya hablaremos mañana, ¿no le parece Rosa? — le dijo el padre Simón con

una sonrisa —. Por hoy ya hemos hecho bastante.

Salieron de la Iglesia de Santa Catalina dejándola hecha una ruina, aunque en esos momentos les traía sin cuidado. En la calle continuaba la fiesta, como si nada hubiera sucedido. ¡Qué irónico resultaba!

El grupo se entremezcló con la gente. Por fin, Alejandra y Andreu habían encontrado el sendero de la redención.

El camino de la luz.

Una vez más, el Bien había vencido sobre el Mal.



Capítulo 90

Andreu se levantó con el cuerpo baldado, como si le hubiesen dado una paliza, pero con el espíritu limpio. Se sentía diferente, como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Entró en el baño y se volvió a mirar el muslo. Todavía no era consciente del milagro que había sucedido. Estaba completamente curado. No se lo podía creer. No tenía ni una mísera secuela.

Su vida podía continuar dónde la dejó, cumplir los sueños que se habían quedado estancados. Repasó mentalmente las cosas que tenía por hacer:

Recoger el alta del médico y reengancharse en el trabajo.

Llamar a su tío Agustín y darle la buena nueva. Estaba seguro de que se iba a emocionar. Después de seiscientos años la estirpe Subies había recuperado la libertad. Su familia y la de sus futuros descendientes estaba libre de cargas, curados del estigma de la maldición que los había ido destruyendo vilmente.

Iría al cementerio para contarle a su madre, personalmente, que ya podía descansar tranquila, que su San Miguel Arcángel se había encargado de ello y de mucho más, devolviéndole la vida a su hijo.

Se acercó y cogió la estampa del santo que estaba en el tablón de su árbol genealógico. Pasó los dedos por la imagen y murmuró:

—¡Qué razón tenías, madre!

Luego siguió pensando las tareas pendientes.

También pasaría por la lápida de su padre y de sus abuelos. Se merecían una visita.

Tenía que volver a ver a Paca, la gitana, para agradecerle que mantuviera viva la llama del arcángel en las lápidas de sus antepasados con la Cruz contra el

Mal.

Aunque lo primero que iba a hacer era llamar a Rebeca, si ella estaba dispuesta, continuarían la relación dónde lo dejaron.

Andreu sonrió, cogió el móvil y buscó su número en la agenda.

Al tercer tono, ella le contestó.



Rosa canturreaba en la cocina. Metió la ropa de la noche anterior en la lavadora, que estaba llena de polvo a causa de semejante aventura. Cada vez que recordaba las escenas de la iglesia se le ponían los pelos de punta. Miguel se acercó a ella y la cogió por la cintura.

—Si Andreu se ha curado —mencionó Miguel, cogiendo una taza de café—, quiere decir que Alejandra también.

—Es la mejor noticia que podíamos tener. Estoy tan contenta por haberse liberado de ese mal que les envolvía. Nos estaba consumiendo a todos.

—Hiciste muy bien en contactar con el padre Simón y que este trajera al padre Anselmo. Le estaremos siempre agradecidos.

—Le voy a llamar para decírselo. Anoche estábamos tan exhaustos que no era el momento.

Miguel encendió la televisión de la cocina, en espera de que dieran alguna noticia sobre los destrozos causados en la Iglesia de Santa Catalina.

Rosa cogió el teléfono, anduvo hasta el salón y se sentó en el sofá. Miguel, pendiente del informativo, escuchaba el runrún de su mujer hablando con el cura, pero sin llegar a distinguir claramente la conversación.

A los pocos instantes, ella entró en la cocina exaltada.

—¡Miguel! —exclamó.

Él se alarmó por su tono de voz.

—Me ha dicho el padre Patricio que nos iba a llamar él, que ha estado esta mañana a primera hora en la Iglesia de Santa Catalina.

—¿Y? —preguntó impaciente.

—¡Que está bien, Miguel! —contestó ella emocionada.

—¿Cómo que está bien? —Su voz sonaba confusa.

—¡Sí, que todo está en orden, que no hay ningún desperfecto! Como si no hubiésemos estado anoche allí.

—¡No puede ser! —Miguel no daba crédito a su afirmación—. Todos fuimos testigos del estado asolado en que se quedó.

—Lo sé, el párroco también estaba asombradísimo. Dice que jamás había presenciado algo así.

Miguel intentó asimilar tan grata noticia.

—Me ha dicho que podemos comprobarlo cuando queramos, pero que es cierto. —Su barbilla temblaba de la emoción.

Miguel se levantó, la abrazó y le susurró al oído:

—Hoy hay mucho que celebrar. Te invito a comer y a ver fallas.



A mitad de mañana, Jesús Valdés entró en la comisaría. No era su jornada laboral, se había tomado el día libre como la mayoría de sus compañeros, hasta Roque se había pedido íntegro el periodo de fiestas para disfrutar con la familia, ya que todos eran falleros.

Venía de la Iglesia de Santa Catalina, de comprobar que, efectivamente, estaba en perfecto estado. Nunca lo hubiera creído. Parecía que todo había sido una alucinación. Sin embargo, tenía testigos, también pruebas de lo sucedido; su ropa y su calzado utilizados la noche anterior estaban impregnados de polvo, al igual que los de Sara; polvo de ese brutal tornado y de su invisible poder de destrucción.

Se sentó en su mesa de trabajo y sonrió, pensando en semejante paradoja de la que no podía testimoniar nada. Nada en absoluto, ya que nadie le creería.

El caso estaba cerrado. Había llegado la hora de redactar un informe oficial en toda regla sobre los hechos acontecidos, empezando por los paleógrafos ahorcados en Guillem de Castro y confirmando su suicidio. Relató, uno por uno, los puntos que consideró relevantes y que necesitaban aclaración, siempre desde la posible veracidad y omitiendo hechos increíbles. Cuando lo terminó, se levantó y lo dejó encima de la mesa de la comisaria Ortiz. Después rebuscó en su cartera hasta localizar la tarjeta del agente israelí Adam Cohen y le llamó por teléfono.

Salió del retén policial, anduvo por la calle Caballeros y en la plaza Manises se detuvo en la terraza de un bar. Se sentó en una de las sillas y esperó. A los pocos minutos, una sombra se posó detrás de él acompañado de una pequeña maleta.

Valdés levantó la cabeza y, al verlo, le hizo un gesto con el brazo para que tomara asiento. Adam Cohen lo hizo frente a él.

—¿Ya te vas? —le preguntó Valdés—. Después de tantas peripecias juntos, yo creo que nos merecemos hablarnos de tú y dejarnos de formalidades.

—¡Tú dirás! —exclamó con tono afable.

—Creo que esto te pertenece —añadió Valdés, dejando el medallón encima de la mesa.

El desconcierto de Cohen se hizo visible.

—Lo había dado por perdido —manifestó sorprendido—. Estuve anoche en la Iglesia de Santa Catalina. Entré cuando las puertas se abrieron y pude ver aquello. No sabría cómo describirlo.

—Yo tampoco tengo palabras. Entiendes ahora por qué necesitábamos ese medallón; era una de las piezas claves para romper la maldición. Por eso lo robamos. No podíamos dar explicaciones.

—Lo entiendo. Este gesto te honra — añadió sonriente—. El pueblo israelí te estará siempre agradecido.

—Algún día te contaré cómo ese medallón salió de Valencia y llegó hasta Israel. Es una larga historia.

Cohen puso la mano sobre el medallón y dudó unos instantes antes de recogerlo.

—Ya no hay peligro — le aseguró el inspector Valdés.

—Discúlpame ante Sara por la persecución y por la presión que os haya podido ocasionar.

Valdés hizo un gesto de asentimiento.

Después, se levantaron y se dieron la mano en señal de despedida.



Alejandra paseaba a Thor por los jardines de Guillem de Castro. Se sentía renacida, limpia, libre. Estaba convencida de que algo en ella había cambiado. Ese abismo en el que estaba sumida había desaparecido; en su lugar, se había instalado una intensa paz interior y ganas de luchar por la vida.

Durante unos instantes, revivió la extraordinaria sensación que sintió cuando la estela de luz del ángel rodeó su cuerpo. Una experiencia que no olvidaría jamás.

El dicho decía que «después de la tormenta viene la calma», y esa era la sensación que experimentaba en esos momentos. La vida estaba llena de trabas, pero lo verdaderamente importante era superarlas. Habían arriesgado mucho y también habían aprendido a crecer como personas; a controlar sus impulsos, sus emociones y sus miedos; a conocer sus defectos y sus virtudes, pero, sobre todo, a darse cuenta de las personas por las que merecía la pena luchar.

Thor dio un tirón a la correa queriendo salir corriendo. Al instante, Alejandra supo el motivo. Sara estaba debajo de las Torres de Quart haciéndole señas con la mano. Alejandra se unió a ella. Juntas se dirigieron a casa, y desapareciendo en el portal.



Capítulo 91

Los ocho miembros del Tribunal de las Aguas estaban reunidos en la Casa Vestuario; hasta Valentín, más repuesto de sus quemaduras, había acudido a la reunión semanal.

Todo había vuelto a la normalidad. Después de intensas búsquedas, de asombrosos descubrimientos, de incertidumbres, de brujerías y maldiciones, habían retomado su apreciada rutina. Reconocían, unos más que otros, que ya estaban mayores para tantos avatares. No les venía nada mal un poco de tranquilidad.

El alguacil entró en el salón de juntas para avisarles de que se acercaba la hora del juicio. ¿Cuántos se habrían celebrado a lo largo del último milenio? Nadie lo sabía con exactitud. Lo verdaderamente importante era que, todavía, a pesar de los siglos, se mantenía vivo, convertido en un referente valenciano y en la institución jurídica existente más antigua de Europa.

Los síndicos salieron a la calle, con el típico blusón de huertano a modo de toga de magistrado, atravesaron el flaco pasillo existente entre la multitud y tomaron asiento en los sillones de sus acequias correspondientes, debajo de la Puerta de los Apóstoles. En primera fila estaban Sara y Alejandra Ferrer; a su lado, Lluís, Jesús y Andreu; detrás, Rosa y Miguel. Entre ellos, se saludaron con una sonrisa y un leve movimiento de cabeza, al mismo tiempo que repiqueteaban las campanas del Miguelete de la Catedral, atronando la plaza de la Virgen con su eco, y el alguacil daba comienzo a un nuevo juicio.

Fin.



Agradecimientos

Antes de nada, me gustaría dar mi más sincero agradecimiento a todos los lectores y lectoras que me han apoyado con su fidelidad y paciencia ante la espera de esta segunda parte de *Las doce llaves*.

También a la Editorial Samaruc por publicar mis novelas y apostar por *Huellas de Plomo*. Trabajar con ellos resulta muy fácil.

Gracias a Amadeo, guía del Real Monasterio de San Miguel de Liria, por contarme la historia y sucesos del eremitorio un domingo por la mañana.

A Joaquín, mi marido, por su apoyo incondicional, y por estar ahí, siempre.

A mi familia, porque sin su calor yo no sería quién soy.

Quisiera hacer hincapié que los nombres de los personajes que aparecen en el transcurso de la novela, a excepción de los nombres históricos, son totalmente ficticios. Cualquier coincidencia con la realidad, tan solo sería mera casualidad. Sin embargo, todos los escenarios son tan reales que se pueden pisar y visitar en cualquier momento.

Quienes no conocéis Valencia os recomiendo a ello.

Mil gracias.



MARÍA VILLAMAYOR (Valencia, España).

Nació en Valencia, aunque sus raíces son manchegas, concretamente, de Alhambra (Ciudad Real).

Se inició en el mundo de la literatura en el año 2004, con su primera novela *El embrujo de Alhambra*, una obra histórica y costumbrista desarrollada en la época de la Guerra Civil española y la posguerra, que se publicó en 2006. Con ella descubrió su vocación incondicional.

En el 2012, se editó su segunda novela *Las doce llaves*, una trama de misterio, intriga y aventuras cuya acción se desarrolla en la ciudad de València y que se ha convertido en un éxito en ventas.

En el año 2016 nos presentó su tercera novela *Años Muertos*, dando un giro radical a su trayectoria, enfocando una historia de superación, intimista y muy humana ambientada en la Playa de la Malvarrosa y el Hospital San Juan de Dios.

Ahora nos sorprende con *Huellas de Plomo*, la tan esperada segunda parte de *Las doce llaves*, donde miles y miles de personas han sido abducidas por su historia.